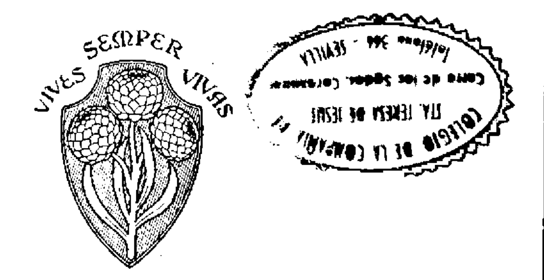
EL SANTO DE CADA DIA

POR

EDELVIVES



EDITORIAL LUIS VIVES, S. A.
ZARAGOZA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR
DR. VICENTE TENA

HUESCA, 27 DE ABRIL DE 1946

IMPRÍMASE
LINO, *Obispo de Huesca*
A. A. DE BARBASTRO

*Por mandato de S. E. Rvdma.
el Obispo mi Señor,*

DR. FRANCISCO PERALTA
CANC. SECR.

IMPRESO EN ESPAÑA

PRÓLOGO

EN los tiempos modernos de persistente laicismo y descristianización, ha sido arrebatado al hogar español un libro de inapreciable valor: EL AÑO CRISTIANO.

Muchos otros libros de edificación han entrado luego en las familias, a Dios gracias, empero aquél no ha sido sustituído. La lectura de la vida de los Santos, tan familiar y frecuente en época aun no lejana, ha sufrido quebranto, incluso en los refectorios de colegios y de instituciones religiosas.

DENTRO DE LA TRADICIÓN, LO MÁS MODERNO

APENADOS ante la realidad, sin pretender inquirir las causas o circunstancias que la hayan podido traer, nos ha parecido empresa meritoria contribuir en algo a remediarla, y, dentro de la tradición de esta lectura espiritual, adoptamos la forma que nos parece más en consonancia con las necesidades actuales y con las posibilidades de la vida moderna.

La cual presenta días ocupadísimos a la mayoría de los fieles e impone a las veces reglamentos recargados a colegios y comunidades. Teniéndolo muy en cuenta, nos ha parecido condición propicia para facilitar este piadoso ejercicio, que las vidas de los Santos tengan la misma extensión y requiera el mismo tiempo su lectura.

Así se conseguirá más seguramente que sea cotidiana. A lograr este objetivo hemos consagrado todo nuestro esfuerzo y hasta el título que hemos dado a la obra lo dice claramente.

EL SANTO DE CADA DÍA

CADA día necesitamos pan para alimentar el cuerpo y no menos necesitamos alimentar el alma con la lectura de la vida de algún Santo o Santa, que aquel mismo día celebra la Iglesia universal o particularmente una nación u orden religiosa determinada.

Seleccionadas así las vidas de Santos, presentan ya una ventaja muy apreciable, es a saber: su gran variedad al proponer ejemplos sacados de todos los tiempos, de todos los estados y de toda condición.

Además de la vida del Santo principal, cada día aparecen, como pétalos en flor, las vidas de tres o cuatro Santos secundarios que, en torno a los capullos que forman el Santoral de cada jornada cristiana, constituyen como un ramillete integrado por las rosas de los mártires, los lirios de las vírgenes y las violetas de los penitentes, que perfuman las bellas páginas de esta obra y embriagan los corazones de los fieles.

LA HEROICA SANTIDAD DE CADA DÍA

OTRA ventaja más notable será la de ayudarnos eficazmente a santificar nuestro vivir cotidiano. Siempre ha gustado a la Iglesia glorificar ese humilde vivir cotidiano y con reiterada predilección en nuestros días. Nada hay en verdad tan meritorio ni tan difícil de alcanzar como la santidad de cada día, que exige el diario y perfecto cumplimiento de las mismas obligaciones, la sostenida lucha contra las mismas pertinaces tentaciones.

El alma que lo logra es verdaderamente heroica, pues hora tras hora redobla de piedad y de fervor; por lo cual la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, gran maestro de santidad, gusta tanto de glorificar y ensalzar como estrellas de primera magnitud, a esas almas fieles que pasaron ignoradas o inadvertidas ante los mismos que con ellas vivieron.

Propone a nuestra admiración e imitación los ejemplos más comunes, al parecer las virtudes cotidianas más humildes, tanto más preciosas cuanto más comunes y más humildes. Además que, bien mirado, ¿cuántas veces se presentan en la vida circunstancias extraordinarias y acciones

heroicas? Pocas, y vale más, pues mal estuviéramos si la santidad dependiera de circunstancias extraordinarias y excepcionales.

¿Qué sería de la santidad de la mayor parte de nosotros?; y, no obstante, la santidad es para todos, porque para todos sin distinción es la vida un continuado combate, una conquista que sólo se logra con la santificación de la propia vida.

EDIFICACIÓN Y AMENIDAD

HEMOS procurado que todas sus páginas y sus frases todas hablen a la vez al entendimiento, al corazón, a la imaginación y a los sentidos, para mover la voluntad a mejor obrar, pero en forma tal, que la amenidad sostenga su lectura y que la edificación dimane del relato mismo de la biografía y de sus circunstancias, dejando que ellas sugieran al lector consideraciones piadosas pertinentes sobre las cuales pueda ampliamente meditar y hacer aplicaciones personales.

ILUSTRACIÓN DE ALTO VALOR ARTÍSTICO

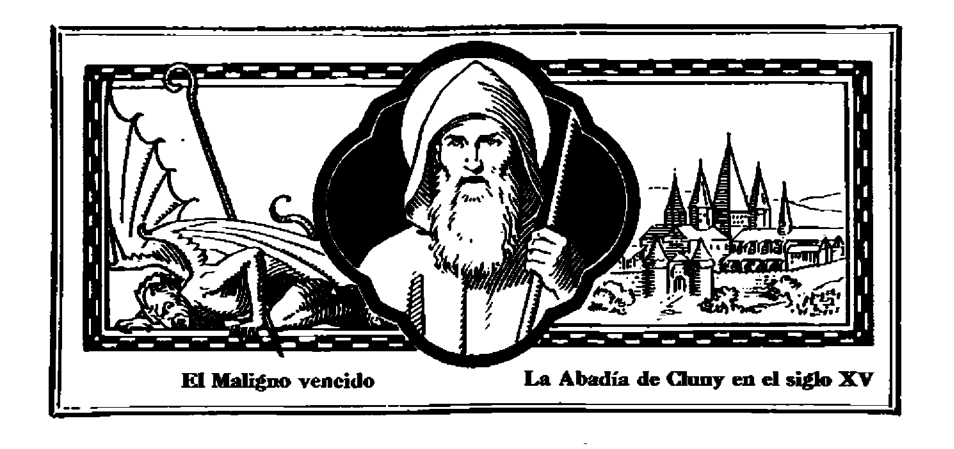
POR lo que a nosotros toca no hemos escatimado esfuerzo alguno para que la parte material secunde y ayude en lo posible la eficacia espiritual que en sí lleva la lectura de la vida de los Santos.

Ese mismo esmero nos ha decidido a poner una ilustración abundante y de alto valor artístico. Cada vida va acompañada de dos ilustraciones. Al principiarla se da el retrato del Santo con algunos detalles documentales, en forma de elegante cabecera, y unas páginas más adelante la escena evocadora de un episodio trascendental y representativo de su vida.

La edición toda es de hermosa factura, papel de calidad, nítida impresión, caracteres de imprenta nuevos, claros y de fácil lectura, rica y resistente encuadernación.

Ofrecemos al público esta obra persuadidos de que por su precio, por su valor literario, por su mérito artístico y por todas sus circunstancias, es una verdadera obra de propaganda que responde de pleno al espíritu apostólico que todo lo anima y vivifica en esta Casa.

ENERO


El Maligno vencido — La Abadía de Cluny en el siglo XV

SAN ODILON

Abad de Cluny (962-1049)

DÍA 1.º DE ENERO

DESENVOLVIÓSE la larga vida de este héroe de santidad, entre fines del siglo X y principios del XI, precisamente en una época en que la Iglesia sufría el abusivo entrometimiento del poder civil y deploraba la simonía y los más abominables escándalos; época en que el retorno a la barbarie amenazaba arruinar a la vez la Iglesia y la sociedad.

Pero Dios, que vela amorosamente por sus hijos, escogió el monasterio de Cluny para plantel y cuna de almas fervorosas que, andando el tiempo, habían de correr tras las ovejas descarriadas y traerlas al santo redil de su Iglesia. Allí creció robusta la virtud de nuestro Santo, señalándose luego como uno de los apóstoles más celosos en la obra de regeneración cristiana de la sociedad. Odilón tuvo el alto honor de ser maestro y educador del ilustre Hildebrando, que más adelante gobernó la Iglesia con el nombre de Gregorio VII.

En los confines de la Auvernia Baja y cerca de la aldea de Ardes se hallaba, en otro tiempo, un castillo feudal, verdadera fortaleza infranqueable. En él residía por los años de 960 a 980 una familia de nobilísimo

linaje, compuesta del señor de Mercoeur Beraldo I, apellidado el Grande, uno de los principales señores feudales del Condado de Auvernia, dechado de perfectos caballeros; de su esposa Gerberga, descendiente del rey Lotario y pariente de Hugo, rey de Italia, y mujer insigne y piadosísima, y de sus diez vástagos, ocho hijos y dos hijas, de los cuales Odilón fué el tercero.

MILAGROSA CURACIÓN

ERA muy niño cuando, tras grave dolencia que puso en riesgo su vida, quedaron sus miembros sujetos por traidora parálisis. Contaba ya tres años, sin que sus débiles piernecitas le permitieran dar un paso. Pero aconteció un día que, al regresar de un viaje que efectuó en compañía de los criados de su padre, detuviéronse en un pueblecito cuya iglesia estaba dedicada a la Virgen María, y los criados, con el fin de comprar algunas provisiones, dejaron al enfermito en su camilla junto al portal de la iglesia. Mas como tardasen en volver, abandonó el niño por inspiración divina la camilla donde descansaba y, arrastrándose por el suelo, dióse tal traza que llegó a franquear el umbral de la iglesia y logró acercarse al altar de la Virgen. Sin duda para ayudarse a levantar asió con sus manos los manteles del altar y, al punto que los hubo tocado, sintió que salía de ellos, como en otro tiempo de los vestidos del Salvador, una fuerza misteriosa que milagrosamente le restituía la salud. Los criados, al volver, quedaron maravillados viéndole saltar de gozo ante el altar de la Virgen. La bondadosa Madre que le había curado, parecía sonreírle desde su trono. Odilón, que ya amaba a la Virgen, le tuvo desde ese día particular devoción y correspondió a los favores de su celestial Protectora ofreciéndole generosamente su salud y su corazón.

Acudió pocos años después en peregrinación a la iglesia en que había recibido tan señalado beneficio y, de rodillas ante el altar, consagróse a María con la siguiente oración: «¡Oh benignísima Virgen María! Desde hoy y para siempre me consagro a tu servicio. Socórreme en mis necesidades, ¡oh poderosísima medianera y abogada de los hombres!; cuanto tengo te doy, y gustoso me entrego a Ti por entero para ser tu perpetuo siervo y esclavo».

A nadie extrañará, pues, si decimos que toda su vida se señaló el Santo por una filial y ardiente devoción a Nuestra Señora. Cada vez que pronunciaba su nombre bendito, inclinaba profundamente la cabeza, y, al cantar en el coro el versículo *Tu ad liberandum*..., que significa: «Tú, Señor, para redimir al hombre, no desdeñaste el seno de la Virgen», postrábase reverente para adorar el misterio de la Encarnación del Verbo y honrar y venerar la soberana dignidad de la Madre de Dios.

Sus padres, maravillados de los favores que el niño recibía del cielo, le dieron cristiana y viril educación. Muy jovencito aún pusiéronle con los canónigos de la Colegiata de San Julián, que dirigían por entonces una escuela que fué muy famosa en la ciudad de Brioude. Sólo eran admitidos en ella los hijos de los nobles, y hasta los canónigos que la regentaban llevaban el título de condes de Brioude.

Muy pronto se señaló Odilón por la ciencia y santidad, mereciendo de sus maestros singulares demostraciones de aprecio y deferencia. Tenía veintiséis años cuando recibió la tonsura clerical; poco después fué nombrado canónigo de la Colegiata de San Julián, beneficiado de la catedral de Puy, y algo más tarde abad secular de San Evodio.

SAN ODILÓN, ABAD DE CLUNY

LLEVADO nuestro Santo de un deseo de mayor perfección, determinóse a ingresar en una Orden que por entonces pasaba por la más austera y santa. El providencial encuentro y entrevista que tuvo con San Mayolo, abad de Cluny, afirmó más a Odilón en su propósito, de suerte que al poco tiempo, renunciando a todas sus dignidades, ingresó de novicio en la célebre Orden benedictina de Cluny, haciéndole donación de todos sus bienes.

En aquel tiempo, esta abadía, fundada hacía sólo unos ochenta años, era todavía muy pobre. Desde el primer día mostróse Odilón fiel observante de la regla de San Benito, desempeñó con grandísima humildad los empleos más modestos y bajos del monasterio, y llegó a ser muy pronto acabado modelo de todas las virtudes monásticas. Antes de que hubiese transcurrido el año de noviciado, fué admitido a profesar en la Orden, y en el mismo año le tomó San Mayolo como Vicario y le nombró a la vez sucesor suyo, a pesar de la resistencia que opuso Odilón en un principio. Pero apenas murió el abad de Cluny, Odilón dimitió el cargo y fué menester toda la influencia del rey Hugo Capeto y el unánime acuerdo de los monjes para que aceptara el gobierno de la abadía. Rendida al fin su humildad y habiendo dado su consentimiento al ver manifiesta la voluntad del Señor, fué ordenado sacerdote el 20 de mayo del año 994, en la festividad de Pentecostés.

Después de la muerte de su padre, que ocurrió por aquella época, la madre de Odilón se retiró al monasterio de San Juan de la ciudad de Autún, donde pasó sus últimos años llevando santísima vida.

El nuevo abad de Cluny contribuyó mucho a aumentar la reputación de

santidad del monasterio y llegó a ser en breve, por su caridad, pureza de vida y obras maravillosas, una de las glorias más señaladas de la Iglesia.

Puso singular empeño, desde los principios de su nuevo cargo, en la reforma de la regla de San Benito, observada por casi todos los monasterios de aquella época. Encargóse Odilón de llevar a cabo tan ardua empresa, estableciendo con carácter definitivo un código que se llamó *Costumbres de Cluny*, que mandó observar puntualmente en todos los monasterios de su jurisdicción.

Muy pronto, solicitado de todas partes, emprendió largos y frecuentes viajes, tanto por Francia, como por Alsacia, Suiza, Alemania y sobre todo Italia. Y envió a diversas provincias de Francia y de España algunos monjes para restaurar y restablecer en la primitiva observancia la regla de San Benito. No se contentó con visitar los monásterios ya existentes, sino que fundó muchos otros y extendió con ello las disciplinas cluniacenses que sirvieron de dique a la relajación de costumbres que empezaba ya a notarse en Europa.

La caridad en todas sus formas era la virtud que practicaba con particular empeño. Distribuía limosnas con tanta largueza, que cuantos le rodeaban llegaron a censurarle por mostrarse, decían ellos, demasiado pródigo de los bienes del convento.

Su confianza en la Providencia era tal que jamás temió le faltara su asistencia. Cierto día que visitaba uno de los monasterios, juntóse tan crecido número de monjes para oír sus enseñanzas que llegaron a faltar las provisiones, pues no disponían los sirvientes a la hora de comer sino de un pescado. Mandó el Santo que lo partiesen y, ¡oh prodigio!, no sólo hubo bastante para los allí reunidos, sino que hasta los pobres participaron de las sobras.

En uno de sus viajes, al atravesar un monte, pasó cerca de unos campesinos extenuados por la fatiga y muertos de sed y, como escaseaba el agua por aquellos contornos, mandó el Santo a los suyos que distribuyesen el vino que llevaban para el viaje. Hiciéronlo así y luego prosiguieron su camino, pero al cabo de un rato se detuvieron para tomar a su vez algún refrigerio y, con sorpresa, hallaron los cántaros tan llenos de vino como lo estaban al emprender el viaje.

Mas, donde brilló con mayores fulgores la caridad de nuestro Santo, fué durante una gran carestía que se hizo sentir en la provincia de Aquitania en el año 1016 y causó la muerte de innumerables personas. Después de distribuir entre los pobres las provisiones del monasterio, mandó que se vendieran los ornamentos y vasos sagrados y hasta la corona de oro que el emperador San Enrique había regalado a la iglesia de Cluny. Mas, como aun no bastara todo ello para remediar todas las necesidades, recorrió él



CUAL *nuevo Tobías, San Odilón entierra a los desgraciados que durante una peste quedan muertos en los campos y caminos. Con ayuda de un monje joven y vigoroso, en la fosa que acaban de abrir pone a un labrador difunto. Todavía les queda tarea; son muchos los pobres aun insepultos.*

mismo las ciudades para mover a compasión con sus palabras los corazones de los poderosos, logrando así salvar de la muerte a un sinnúmero de desgraciados.

A ejemplo de Tobías, cuidábase de enterrar los cadáveres de quienes de miseria y de hambre habían muerto en los caminos. Por su intercesión y súplicas, gran número de enfermos, ciegos, dementes y paralíticos recobraron la salud o las facultades.

Era blando y compasivo con sus monjes, y más parecía madre bondadosa que padre severo y justiciero. A los que le reprendían por ello solía responderles que es preferible pecar por exceso de dulzura que por severidad.

Con ser grande la compasión que tenía del prójimo, nunca se compadeció de su propio cuerpo al que trataba con extremado rigor. Sus ayunos eran frecuentes y prolongados; dormía apenas lo indispensable; ceñíase con ásperos cilicios; sometía, en fin, todos sus miembros a la más austera mortificación, cuidando, sin embargo, que su vida tan penitente no trascendiera al exterior.

SAN ODILÓN Y LAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO

NO se limitaba la caridad del Santo a socorrer a sus hermanos, sino que se extendía de modo especialísimo a las almas del purgatorio. A él se debe la institución de la Conmemoración de los fieles difuntos.

Aunque la piadosa costumbre de rogar por los finados se remonta a los tiempos apostólicos, como lo atestiguan los libros litúrgicos de aquella época y los escritos de los Santos Padres, no obstante, en el transcurso del año no había un día dedicado especialmente a orar por ellos.

He aquí el origen de la piadosa institución. Al regresar un monje de la peregrinación a Tierra Santa, estalló de improviso, cuando ya se hallaba cerca de Sicilia, violenta tempestad que le obligó a refugiarse en una isla próxima. En aquellos parajes abruptos y solitarios descubrió el monje la morada de un ermitaño que pasaba los días entregado a rigurosa penitencia. Después de unos breves coloquios espirituales, supo el solitario que aquel monje era francés y le preguntó si tenía noticia del célebre monasterio de Cluny y si había oído hablar del venerable abad Odilón. Respondióle el monje afirmativamente y entonces el santo ermitaño le dijo:

—A poca distancia de aquí, he visto con frecuencia levantarse grandes llamaradas que envolvían a millares de almas, las cuales padecían tormentos atrocísimos, proporcionados a la especie y número de los pecados por ellas cometidos... Entre los ayes lastimeros he percibido unos rugidos infernales que lanzaban los demonios al ver que algunas de aquellas almas,

que habían sido libertadas de sus garras, eran transportadas triunfalmente a los cielos merced a las oraciones, limosnas y penitencias de almas santas y en particular de Odilón, abad de Cluny, y de sus monjes. Os conjuro, pues, en nombre del Señor, que narréis puntualmente al santo Abad cuanto acabo de deciros, para que prosigan él y sus monjes, con más ardor que hasta ahora, sus oraciones, ayunos y limosnas, acrecentando así de continuo el gozo de los bienaventurados y la rabia de los demonios.

Tan pronto como el religioso llegó a su país, cumplió fielmente el encargo que le había dado el ermitaño y, consecuencia de ello fué que, en 988, San Odilón promulgó un decreto para todos los monasterios de la Orden, mandando que en adelante, a la celebración anual de Todos los Santos siguiera la Conmemoración de todos los fieles difuntos. En aquel decreto prescribía Odilón a sus monjes que ofreciesen en ese día, 2 de noviembre, para las ánimas del purgatorio, las oraciones, santa Misa y algunas limosnas. Pronto se extendió esta costumbre, y el papa Juan XVI la mandó celebrar en toda la cristiandad.

CELEBRIDAD Y MILAGROS DE SAN ODILÓN

FUÉ San Odilón valiosísimo consejero de Papas, emperadores y reyes, que en toda ocasión le demostraron singular aprecio. Tomó parte muy activa en los grandes acontecimientos de su época, y su intervención fué siempre segura prenda de feliz éxito.

En el año 1004 intercedió ante el emperador Enrique II y logró que los habitantes de Pavía no fuesen castigados después de una sublevación. Al morir el santo emperador en el año 1024, Odilón aseguró la elección del sucesor, librando con ello de un día de luto a la misma ciudad de Pavía. Al fin de su vida fué árbitro de la paz entre García IV, rey de Navarra, y su hermano Fernando I de Castilla. Contribuyó al establecimiento de la llamada *Tregua de Dios,* que tanto bien y provecho produjo para la humanidad.

Su humildad y modestia le hacían rechazar de continuo los elogios que recibía de cuantos le visitaban. Por unanimidad el pueblo reclamó para Odilón las más altas dignidades de la Iglesia y el papa Benedicto IX le remitió el palio y el anillo pastoral, como prueba de amistad; pero Odilón, rechazándolo todo, prefirió la soledad del claustro a todas las dignidades.

Visitando una vez el monasterio de Monte Casino, el abad Teobaldo le invitó a oficiar en la Misa conventual el día de San Benito. Mas Odilón no sólo rehusó, considerándose indigno de tal honor, sino que aun obtuvo, después de grandes instancias, que se le permitiese besar en dicho día los

pies de todos los monjes de la comunidad. En los monasterios era acogido con grandes muestras de regocijo, y los monjes acudían confiados a él como hijos a su padre bondadoso; el venerable Fulberto, obispo de Chartres, le llamaba Arcángel de los monjes.

Declara San Pedro Damián que «la vida del bienaventurado Odilón fué como una mesa de oro purísimo», sobre la cual brillaban los milagros como presea de ricos y preciosos diamantes.

Al regresar San Enrique de un viaje a Italia, detúvose con su corte en el monasterio de Cluny, en donde fué testigo de un portentoso milagro. Hallándose el emperador sentado a la mesa en una de las dependencias del monasterio, presentáronle una copa de cristal primorosamente cincelada y llena de aromas exquisitos; era una verdadera maravilla de arte alejandrino que un príncipe de Oriente acababa de regalarle. El santo emperador mandó llamar a dos capellanes suyos y, entregándoles la copa, les encargó que en su nombre la presentasen y ofreciesen al abad Odilón, lo que cumplieron al instante.

Admirados los monjes de tan preciosa joya, la examinaron pasándola de mano en mano; pero uno de ellos dejóla caer al suelo, y se hizo añicos. El Santo estaba entonces ausente. Tan pronto como regresó, apresuráronse los monjes a contarle lo sucedido. Pero él, después de explicar a los monjes las consecuencias que podía acarrear el accidente, ya que el emperador podría culpar de ello a los clérigos a quienes confió la copa, hizo oración a Dios y mandó que le trajesen los pedazos de cristal. ¡Oh prodigio!, en vez de los trozos, hallaron en el suelo la copa entera sin señal alguna de rotura.

Muchos otros milagros pusieron de manifiesto la santidad del siervo de Dios. En dos ocasiones viéronse obligados unos ladrones a devolver los objetos robados, pues la justicia divina permitió que no pudieran desprenderse de ellos para venderlos. Por dos veces atravesó, en compañía de varios monjes, ríos desbordados, y la segunda lo hizo sin que quedase señal de humedad en su calzado.

ADMIRABLE MUERTE

SAN Odilón llegó a octogenario, pero los cinco últimos años de su vida fueron para él un continuo martirio. Creyéndose a punto de morir, quiso ir a Roma con la esperanza de expirar cabe la tumba de los santos Apóstoles. Aprovechando la primavera del año 1047, salió para la Ciudad Eterna en donde permaneció cuatro meses continuamente enfermo. El papa Clemente II, que le amaba como a hermano, pasaba algunos ratos

a su lado, consolándole con sus palabras y su apostólica bendición. Contra lo que se esperaba, recobró la salud y volvió a Cluny.

Antes de morir, quiso visitar los monasterios de la Orden para consolar a los monjes y animarles a perseverar con fidelidad en el camino del cielo. Cumplida esta misión y habiendo llegado a Souvigny, al convento de Silviniaco, donde unos años antes había muerto su insigne predecesor San Mayolo, esperó allí, él también, la hora del gran paso de este mundo a la eternidad.

Unos días antes de Navidad del año 1048 dirigió emocionado discurso a sus hermanos reunidos en capítulo, exhortándoles a celebrar con alegría las cercanas fiestas; pero mientras predicaba sobrevínole tan fuerte dolor, que fué menester trasladarlo a la celda, sin esperanza de salvarlo. Recibió los santos Sacramentos y luego abrazó con ternura a todos los monjes, que rezaban junto a su lecho.

Ni la pureza admirable de su vida ni las grandes penitencias que había practicado fueron obstáculo para que el demonio se le apareciese pensando vencerlo en el último combate. Odilón, al verle, tomó el Crucifijo en sus manos y pronunció las siguientes palabras: «La Cruz es mi refugio; yo la adoro y bendigo, y entrego mi alma en manos de mi Dios crucificado.»

Con todo, llegó a reponerse un tanto de esta grave dolencia y predijo que acaecería su muerte el día de la Circuncisión. En efecto; el día por él señalado, bendijo a los religiosos, quienes, accediendo a sus desos, le llevaron a la Iglesia, y entonó él mismo las vísperas por última vez; después de las cuales, tendido sobre un cilicio cubierto de ceniza, con voz balbuciente empezó una oración que fué a terminar en el cielo. Era el 1.º de Enero del año 1049, y tenía 87 años de edad; había gobernado por espacio de cincuenta y cinco años la abadía de Cluny. En 1063 se abrió su sepulcro, y hallóse intacto su cuerpo. Presidió el acto San Pedro Damián, autor de una biografía de Odilón.

SANTORAL

La Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo. — Santos **Odilón, abad**; *Fulgencio* y Justino, obispos; *Gregorio, obispo de Nazianzo; Concordio,* Almaquio y Magno, mártires; Heliberto, ermitaño; Félix, obispo de Bourges; Agripino, obispo de Autún; *Santa Eufrosina, virgen.*

SAN FULGENCIO, obispo y confesor. — Nació en Africa, y siendo niño de pocos años perdió a su padre Claudio, encargándose de su educación su madre Mariana, que le educó en todo género de virtud y letras, en las cuales fué maestro consumado. A pesar de la oposición de su madre, Fulgencio se hizo religioso,

y llevó una vida muy austera. Llegó a ser obispo de la ciudad de Ruspe, y sufrió cruel persecución de los vándalos arrianos, cuyo rey Trasimundo le desterró a Cerdeña, con gran aflicción de sus amadas ovejas. Vuelto del destierro al morir el rey tirano, fué recibido con grandes aclamaciones por el pueblo en masa, y acabó sus días a los 65 años de edad, el día 1.º de enero de 533.

SAN GREGORIO DE NAZIANZO, obispo. — Nacido en el error de sus abuelos, que adoraron a los ídolos, Gregorio fué hombre de buenas costumbres, casto, modesto y honrado. Su esposa, Santa Nona, no cesó de pedir a Dios la conversión de Gregorio, el cual cedió a instancias de ella para pedir que le acompañara en el canto de los salmos. Una noche le pareció oír entre sueños este versículo del salmo 121: «Estoy contento porque se me ha dicho que iremos a la casa del Señor» y, al contárselo a su esposa, ésta aprovechó la ocasión para excitarle a la conversión, la cual se llevó a cabo el año 325, con motivo de la celebración del concilio de Nicea, que tanto atacó las doctrinas arrianas.

En la ceremonia de su bautizo, y como demostración de la sinceridad de su conversión, se vieron señales maravillosas, pues una luz sobrenatural pareció irradiar sobre la cabeza del neófito suavísimos destellos, envolviéndole en un nimbo de claridad, indicio cierto de que Gregorio era un nuevo hijo de la Iglesia. Llegó a ser obispo de Nazianzo, siendo en todo momento un esforzado campeón de la fe; no tuvieron límites su piedad, su caridad y su prudencia y demás virtudes. Cargado de méritos se encaminó a la patria celestial, donde le aguardaba el premio de sus eminentes servicios. Fué padre del gran doctor de la Iglesia San Gregorio Nacianceno.

SAN CONCORDIO, mártir. — Nació en Roma en tiempo del emperador Adriano; fué instruído en las Sagradas Escrituras y recibió el subdiaconado de manos del papa San Pío I. Torcuato, presidente de la Toscana, quiso seducirle empleando para ello todo género de artificios; pero todo fué en vano. Estando en la cárcel, Torcuato le envió dos emisarios con esta orden: «O le ofreces sacrificios a Júpiter, o será cortada tu cabeza con esta espada». Concordio se negó a tales deseos y escupió a la estatua del ídolo. Al mismo tiempo rodó por el suelo la cabeza del héroe, cuyos restos mortales fueron recogidos por los cristianos y sepultados no lejos de la ciudad de Espoleto, el año 175, reinando Marco Aurelio. Hoy son venerados en el monasterio de San Pedro de Besalú, en el obispado de Gerona. El Señor ha obrado muchos milagros por su intercesión.

SANTA EUFROSINA, virgen. — Eufrosina era hija de Pafnucio, caballero muy ilustre y principal de la corte de Teodosio el Menor, y de una nobilísima señora. Ambos eran muy piadosos e inclinados a la virtud. La niña, sumamente dada a las cosas del cielo, quiso abrazarse solamente con Jesucristo, a quien deseaba por único esposo. Huyendo de otros partidos que le ofrecía su padre, se escapó de casa disfrazada de hombre, y fué recibida, con el nombre supuesto de Esmaragdo, en un convento de monjes cuya santidad gozaba de fama extraordinaria. Tuvo por guía y maestro al santo y perfectísimo monje Agapio, bajo cuya obediencia aprendió las cosas propias de su religión. Treinta y ocho años vivió Esmaragdo en este encerramiento y, cuando el Señor le reveló que quería librarle de esta cárcel mortal, llamó a su padre; al cual se dió a conocer, diciéndole que Dios la había encaminado e inspirado a tomar aquel santo hábito y perseverar en él hasta la muerte. Y, diciendo esto, dió su espíritu al Señor, dejando en pos de sí la suavísima fragancia de sus extremadas virtudes.



Cuatro atributos de su vida La leona agradecida

SAN MACARIO ALEJANDRINO

Anacoreta y Abad († 395)

DÍA 2 DE ENERO

A San Macario el alejandrino se le da el nombre de «el Mozo» para distinguirlo de San Macario el egipcio, llamado indistintamente «el Grande o el Viejo», cuya fiesta se celebra el día 15 de enero. La vida de San Macario Alejandrino fué escrita por su amigo y discípulo Paladio, el cual nos refiere que antes de ser bautizado Macario, que fué a los cuarenta años, ejercía el oficio de vendedor de grajeas, dulces y frutas a los burgueses de la ciudad de Alejandría, por lo cual le llamaban *urbanus*, ciudadano.

Deseoso Macario de vivir en la soledad, encaminóse hacia el desierto de la Tebaida, situado al sur de Menfis, donde vivía el ermitaño San Antonio. Al llegar al eremitorio del célebre solitario, vió en el suelo un montón de hojas de palmera para fabricar cestas y esteras.

—Venerable Padre, le dijo Macario, dadme por favor algunas de esas palmas.

—Hijo mío, le contestó San Antonio; escrito está: No desearás los bienes ajenos...

Apenas acabó de hablar, las hojas de palmera se secaron de repente, quedando como tostadas por el fuego. A vista del prodigio, San Antonio extendió sus manos sobre el recién llegado, diciéndole:

—Ahora veo, Macario, que el Espíritu Santo mora en tu alma; desde hoy serás favorecido de Dios con las mismas gracias y bendiciones que este siervo tuyo.

Sumamente edificado por el tenor de vida de Antonio, Macario resolvió imitarle, y así, encendido en grandes deseos de mayor perfección se retiró él también a otro desierto poco distante de la ciudad de Alejandría. Era una soledad espantosa, sin caminos ni huellas de ser viviente, sin manantiales, ni más agua que la poca que al llover se recogía en algunas balsas donde quedaba encharcada y corrompida. Este inmenso desierto se extendía entre Nitria y Escitia, necesitándose un día y una noche para llegar hasta la meseta sobre la cual, a fines del siglo IV, había ya cincuenta monasterios con más de cinco mil monjes.

Esa región llamóse luego Celia, por haberse edificado en ella gran número de celdas, que poco a poco fueron diseminándose no sólo por las pendientes de Nitria sino también por todo el valle vecino, que llegó a designarse con el nombre de «*Yermo de las Celdas*».

Mientras se encaminaba San Macario a dicha soledad empezó a rendirle el cansancio cuando se le apareció el demonio y le dijo:

—Oye, Macario; ya que has recibido la misma virtud que Antonio, ¿por qué no la ejercitas para obtener de Dios alimento y fuerzas para proseguir el camino hasta el desierto?

—El Señor es mi apoyo y mi gloria —le contestó Macario—; tú, Satanás, retírate y no me tientes, pues que no te pertenezco; soy sólo de Dios.

No por eso desistió el demonio de su intento sino que tomando la forma de camello cargado de alimentos, simuló haberse extraviado en el camino y se acercó a Macario con ademanes de hallarse muy cansado, viniéndose a echar junto al Santo y como pidiéndole que le aligerase la carga. Pero Macario, sospechando ser aquélla nueva tentación del enemigo, hizo oración a Dios; al punto se abrió la tierra y tragóse al fingido animal.

SAN MACARIO EN EL DESIERTO

CORRESPONDE a San Macario la gloria de haber fundado el primer monasterio en el desierto de Escitia, a donde, después de haber sido ordenado de sacerdote, se dirigió para ver a San Macario el Grande. Además de su celda de Escitia tenía otra en Nitria; no obstante, la mayor parte del año residía en Celia.

Esas celdillas eran a propósito para satisfacer los ardientes deseos de penitencia que sentía Macario: unas carecían de ventanas y otras eran de dimensiones tan exiguas, que no podían los solitarios permanecer acostados

con el cuerpo extendido. No había austeridad, por grande que fuese, que Macario no intentase practicar y aun sobrepujar. Habiendo sabido que un solitario no comía más que una libra de pan al día, vínole la idea, para mortificar más su apetito, de cortar en trocitos la hogaza que le daban y echarlos en un cántaro de boca estrecha, obligándose a no comer sino lo que lograba alcanzar con sus dedos. Así se alimentó durante tres años, comiendo sólo de cuatro a cinco onzas de pan al día, y aun procuraba rociarlo antes con el agua corrompida de las charcas. En los días festivos añadía al pan un poco de aceite crudo, no llegando a gastar en un año la cantidad de medio litro.

Debido sin duda al oficio que en su juventud desempeñó en el siglo, habíale quedado cierta inclinación a lo dulce y un día manifestó ganas de comer uvas. Trajéronle al punto un racimo fresquísimo y faltó poco para que lo comiese, como podía haberlo hecho, pues nada se oponía a ello. Dejólo, no obstante, y juntando la caridad a la mortificación, fué a ofrecérselo a un monje achacoso a quien también agradaban las uvas. Alegróse el enfermo al ver el racimo; pero, a pesar del deseo grande que tenía de probarlo, prefirió mortificar él también su gusto y lo llevó a otro monje, el cual, austero también y caritativo, no quiso tampoco probarlo. Fué pasando el racimo de mano en mano recorriendo todas las celdas, que eran muchas y distanciadas, y el último monje que lo tuvo, llevólo a San Macario, ignorando que el Santo había sido el primero en recibirlo. Desde luego que tampoco esta vez quiso probarlo y, al saber lo sucedido con el famoso racimo, dió gracias a Dios, admirado de ver tanta virtud en los solitarios.

Pareciéndole que aun se mortificaba poco, se propuso luchar contra el sueño. «Para vencer el sueño —contó un día a Paladio, que luego fué su biógrafo— pasé veinte días con sus noches a la intemperie, de día abrasado por el sol y de noche transido de frío; mas, pasado este tiempo, hube de acostarme de prisa en una celda y dormir un poco, pues si no hubiera desfallecido.»

Habiéndole tentado el espíritu de fornicación, y deseoso de matar los ímpetus levantiscos de la fierecilla de la concupiscencia, se fué a los pantanos de Escitia y expuso su cuerpo a las picaduras de unos mosquitos tan grandes como avispas, de aguijones tan agudos y penetrantes, que, al decir de los biógrafos, atravesaban la piel del jabalí. Practicó esta penitencia por espacio de seis meses, y al volver a su celda tenía el cuerpo tan entumecido, que no por la cara, sino sólo por la voz se le reconocía; muchos creyeron que estaba leproso.

Además de muy penitente, era devotísimo. De las tres partes en que había dividido el día, dedicaba una a la oración y contemplación; otra al

Señor, y exterminad a vuestros enemigos, pues ya veis cómo intentan llenar nuestras almas de insulsas ilusiones.»

Al día siguiente mandó Macario llamar a los monjes que se habían dejado engañar por los diablillos. Entrevistóse con cada uno de ellos, y preguntóles si en el oficio divino de la víspera no habían soñado con edificios, viajes y otras cosas por el estilo. Contestáronle todos afirmativamente, con lo cual vió el Santo bien a las claras que los vanos pensamientos que invaden al alma en la oración, son por lo común ilusiones del maligno espíritu, y que de tales ilusiones se ven libres los que se mantienen atentos y fervorosos, cuidando de que nada les distraiga de la presencia de Dios durante el rezo.

EL TAUMATURGO

LA fama de San Macario, en alas de su santidad y de las maravillas que obraba, extendióse presto fuera del yermo. De todas partes acudían en busca de luz y consejo para el espíritu, consuelo y alivio para las penas y miserias espirituales y corporales.

Trajéronle cierto día hasta la puerta de su celda al cura de una aldea, quien tenía la cabeza corroída por un cáncer. La parte superior del cráneo estaba enteramente escoriada dejando el hueso descubierto.

—Quiero ver al abad Macario —exclama el desgraciado sacerdote—; sólo él puede curarme.

—No iré —respondió el Santo— hasta que me prometas no volver a celebrar misa, pues de ello eres indigno, y bien sabes que el asqueroso mal que padeces es justo castigo de Dios.

Prometió el sacerdote obedecer a Macario y entonces el santo Abad mandó lo trajeran a su presencia.

—¿Crees tú, por ventura, oh ministro del Señor, que puede haber algo oculto para Dios? No; no has podido engañarle ni sustraerte a su divina mirada; ha presenciado todas tus faltas; arrepiéntete, pues, ahora sinceramente, y promete al Señor no volver a ofenderle.

Puso luego Macario sus manos sobre la cabeza del enfermo, el cual volvió a su casa con el cuerpo y el alma totalmente curados, sin que quedase señal alguna de la cancerosa llaga: la piel y los cabellos habían crecido como por ensalmo.

En otra ocasión, una señora rica y de noble linaje pero del todo paralítica, se hizo llevar desde Tesalónica hasta Celia, confiada en el poder del santísimo abad Macario. Este la ungió con los santos óleos, y el mismo día la despidió enteramente curada.

Una pobre viuda le presentó su hijo, poseído del demonio. Macario puso su mano derecha sobre la cabeza del muchacho y la izquierda sobre el corazón y oró unos instantes. Al punto se hinchó el endemoniado como un pellejo, y tanto, que parecía iba a reventar; pero de repente lanzó un horrible grito, arrojó agua en abundancia por todos los sentidos, y recobró su talla y aspecto normal. Hizo entonces Macario la señal de la cruz sobre el joven con el óleo santo, prohibióle comer carne y beber vino en los cuarenta días siguientes, y lo devolvió curado a su madre.

Entretanto, el demonio de la vanagloria, con el intento de vencer a San Macario, le sugirió la idea de ir a Roma para curar milagrosamente a los enfermos de los hospitales de aquella ciudad. Mas, por lo absurdo de la tentación, descubrió el Santo al tentador y, para vencerle, fué al punto a buscar un capazo que llenó de arena y, cargándolo sobre los hombros, emprendió la travesía del desierto.

Caminaba rendido y sudoroso, cuando le vió un amigo suyo llamado Teodosio Cosmetor de Antioquía, el cual se acercó al Santo, diciéndole:

—Pero ¿qué llevas ahí, Macario? Déjame esa carga, que yo la llevaré de buena gana hasta donde quieras, y tú sé más prudente y no te canses tanto.

—Estoy cansando al que me ha querido tentar —le contestó Macario—. Figúrate, amigo, que ha llegado la osadía del padre de la mentira hasta sugerirme a mí, anciano ya y sin fuerzas, la estrambótica idea de emprender largos e interesantes viajes.

Rendido de cansancio después de dar muchas vueltas por el desierto con el capazo de arena a cuestas, volvió Macario a su celda, muy satisfecho de haber humillado otra vez al demonio, venciendo la tentación de viajar.

Murió San Macario alejandrino por los años de 394 ó 395, después de haber vivido más de sesenta en el yermo; otros hagiógrafos retrasan la fecha de su muerte hasta el año 405. La Iglesia latina señaló para honrar a San Macario alejandrino el día 2 de enero; en cambio, los griegos celebran su festividad el día 19 del mismo mes, junto con la de San Macario el Viejo, lo cual explica la confusión de los antiguos martirologios respecto a estos dos Santos.

SANTORAL

EL SANTO NOMBRE DE JESÚS. — La venida de la Santísima Virgen del Pilar a Zaragoza. Santos Macario, abad; *Isidoro, arzobispo de Zaragoza y mártir;* Argeo, Narciso y Marcelino, mártires en el Ponto; *Adelardo, abad; Teodoro, obispo;* Estable, obispo de Clermont; Siridión, misionero; Martiniano, obispo de Milán. Santa Teodota, madre de los santos mártires Cosme y Damián.

SAN ISIDORO, obispo y mártir. — Sevilla, la reina del Betis, que se enorgullece de su Giralda, vió nacer a San Isidoro, dotado por el cielo de un talento poco común, que le permitió hacer en corto tiempo grandes progresos en la ciencia y en la virtud, llegando a tener sólida educación cristiana. Era tenido por sabio y lució en la Iglesia Católica como faro esplendoroso que iluminó a los fieles todos de su diócesis, pues, habiendo sido elegido obispo de Zaragoza a la muerte de Valerio III, mostróse siempre como padre y pastor vigilante de sus ovejas. Su celo no se ceñía a los estrechos límites de la diócesis, sino que volaba presuroso allí donde sabía que tenían peligro los pobres cristianos. Por eso, cuando supo que el apóstata Ayax se había trocado en un decidido proselitista del arrianismo, Isidoro se presentó en la capital de Orense, llamada a la sazón Anfiloquía, cuya semejanza de denominación con la de Antioquía dió motivo al error de suponer natural de esta ciudad al sabio y santo español. En Anfiloquía, pues, predicó sin desmayo la consustancialidad del Hijo con el Padre, no cesando en sus ataques a los herejes arrianos, hasta que éstos le quitaron la vida el 2 de enero del año 466, poco antes del asesinato del rey Teodorico.

SAN ADELARDO, abad y confesor. —Adelardo, sobrino del rey Pipino, se hallaba dotado de preclaro entendimiento que le brindaba un brillante porvenir en el mundo. Renunciando a cuanto oropel podían prometerle su talento y fortuna, abandonó el siglo y, en el año 772, a los 19 de su edad, pronunció los votos monásticos en el monasterio de Corbie. Carlomagno le consultaba como a consejero prudente y virtuoso. Fué primer ministro del rey de Lombardía, y se destacó siempre por su abnegada caridad.

Pero amante de la soledad y el retiro, solicitó se le permitiera volver a su querido y añorado claustro, consiguiéndolo al fin, y en él vivió entregado a una austera penitencia. Cayó enfermo a los 72 años de edad, y traspasó los umbrales de la eternidad el 2 de enero del año 827, en el mismo monasterio en que había profesado. Son muchos los fieles que acuden a Corbie para honrar las reliquias de este Santo, que es uno de los más ilustres de la vida monástica.

SAN TEODORO, obispo de Marsella. — Nuestro Santo es uno de los que recibieron de Dios el dulce regalo de la persecución injusta, que sufrió y sobrellevó con santa resignación. Sus enemigos, y hasta el mismo clero de su ciudad, trabajaron denodadamente para arrojarlo de la diócesis, y le trataron como a criminal de quien conviene deshacerse. Pero él, ¡oh generosidad suprema!, rogaba para que Dios iluminase a sus calumniadores y los apartase del camino de perdición. Entre otras acusaciones se le culpaba del asesinato del rey Chilperico de Neustria, siendo por ello encarcelado; pero salió de su encierro gracias a la defensa que de su virtud hizo el rey Childeberto II de Austrasia, que conocía a fondo la santidad de Teodoro.

Por fin, después de las amargas y negras horas de la tempestad, brilló en el alma de nuestro Santo la feliz aurora de la paz, lo cual le permitió entregarse por completo a la virtud y al bien, y derramar por doquiera el tesoro inagotable de su ardiente caridad. Después de veinte años de regentar la diócesis de Marsella, murió con la muerte de los justos, dejando la tierra impregnada del aroma de sus virtudes.


Pastorcilla y armadora de navíos — Relicario de la Santa en París

SANTA GENOVEVA

Virgen, Patrona de París (422-512)

DÍA 3 DE ENERO

A la virgen Santa Genoveva dióle el Señor por descendencia un pueblo entero. Perteneció a la Galia romana, de cuyo desmoronamiento fué testigo, y a la Galia franca, en cuya conversión trabajó denodadamente. Sirvió de lazo santo entre romanos y bárbaros, y recibió de Dios la honrosa y santa misión de transmitir la fe católica de los romanos vencidos a los francos vencedores, pero aun paganos.

LA VIRGEN DE NANTERRE

HACIA el año 422, que fué de los últimos del imperio de Honorio, nació Santa Genoveva en Nanterre, aldea situada cerca de París. La futura capital de Francia pertenecía aún al imperio romano, pero éste empezaba ya a derrumbarse, acosado y combatido sin tregua por los bárbaros.

Los padres de Genoveva, Severo y Geroncia, pobres de bienes terrenos, eran ricos de virtudes y muy fervientes cristianos, en una época en que el paganismo reinaba todavía en gran parte de la Galia. Ambos procuraron con todo empeño infiltrar a su hija los sentimientos de fe y amor a Cristo que

ellos tenían. La madrina de la Santa residía en París y, a lo que se cree, en situación desahogada. Puso a la niña en el bautismo el nombre de Genoveva, que, según algunos intérpretes, significa, en lengua céltica, *niña celestial*.

Por aquella época, se había difundido en la Gran Bretaña la herejía del pelagianismo. En el año 429, por orden del Sumo Pontífice San Celestino I, y a ruegos de los obispos de las Galias, encamináronse hacia Boloña para ir a Inglaterra y pelear contra el error, San Germán, obispo de Auxerre, y San Lupo, obispo de Troyes. Llegaron al atardecer al pueblecillo de Nanterre y determinaron pasar allí la noche. Toda la población acudió a ver y saludar a los ilustres huéspedes, y el bienaventurado Germán predicó en tal circunstancia. Durante el sermón, reparó en una niña en cuya frente brillaban resplandores de santidad.

—¿Qué muchacha es ésa? —preguntó Germán al auditorio, señalando a Genoveva—, y ¿quiénes son sus padres?

—Es Genoveva — respondieron varias voces.

Abriéndose paso entre la multitud, Severo y Geroncia se adelantaron y se presentaron ante el obispo.

—Bendito día aquél en que el Señor os concedió tal hija —les dijo el Santo—; los ángeles la saludaron sin duda en su nacimiento y Dios nuestro Señor la destina a ser instrumento de grandes maravillas.

Y, dirigiéndose a la niña, le preguntó:

—Dime, hija mía, ¿no te agradaría consagrarte al servicio de Dios y ser esposa de Jesucristo?

—Bendito seáis mil veces, padre mío —le contestó la niña—, pues habéis leído los secretos pensamientos de mi alma; ése es en verdad el más vivo deseo de mi corazón, y con frecuencia le pido al Señor me conceda la gracia de servirle sólo a Él toda mi vida.

—Confía, hija —repuso Germán—; permanece firme en tu deseo y vocación, y el Señor te comunicará la fuerza y el valor necesarios para renunciar al mundo y vivir entregada a su divino servicio.

Fueron luego todos a la iglesia donde cantaron Nona y Vísperas, durante las cuales tuvo Germán la mano extendida sobre la cabeza de Genoveva. Al día siguiente, después de los oficios, llamó el prelado a la niña y le dijo:

—¿Te acuerdas, hija, de la promesa que ayer me hiciste?

—Padre mío, la hice a Dios y a vos, y nunca la olvidaré.

Hallaron en el suelo una moneda de cobre que llevaba grabada una cruz. Recogióla San Germán y, ofreciéndosela a la niña, le dijo:

—Cuelga a tu cuello este signo sagrado y consérvalo como recuerdo mío; llévalo con piedad y desprecia en adelante los adornos profanos que suelen ponerse las personas del siglo.

Este es, en la historia, el primer ejemplo del uso de una medalla en señal de devoción.

Después de encomendarse a las oraciones de Genoveva, San Germán la bendijo y prosiguió su camino hacia Inglaterra.

La cotidiana ocupación de la santa niña era cuidar un rebaño que su padre le había encomendado. Aprovechábase del silencio y soledad del campo para recrear su corazón con el pensamiento de cosas celestiales. El tiempo que le dejaban libre sus quehaceres, lo pasaba retirada en la iglesia, haciendo compañía a Jesús, prisionero en el sagrario.

Disponíase Genoveva para ir a la iglesia un día festivo, pero se lo prohibió su madre terminantemente, diciéndole que se quedara a guardar la casa mientras ella estaba en misa. La niña deseaba, sin embargo, ir al templo y recordó a su madre la promesa que había hecho a San Germán de no faltar a ninguna función de iglesia. La madre, cansada al fin por la insistencia de su hija se puso malhumorada y hasta le dió una bofetada. Mas fué para su desgracia, pues Dios la castigó al instante permitiendo que se quedase ciega. Pasados veintiún meses de ceguera, Geroncia se acordó de las asombrosas predicciones que había hecho San Germán respecto de Genoveva y, arrepentida y llena de confianza, llamó a su hija y le dijo:

—Hija mía, corre a traerme agua del pozo vecino.

Genoveva obedeció, y se fué a toda prisa a sacar agua del pozo, volviendo presto y ofreciéndosela muy cariñosamente a su madre.

—Haz ahora la señal de la cruz sobre el agua, hija mía.

Hízolo así Genoveva, mientras la ciega alzaba las manos al cielo y oraba con fervor. Lavó luego por tres veces sus ojos con aquella agua bendecida por la niña, y recobró al punto la vista. Desde aquel día, Geroncia dejó a su santa hija en completa libertad para entregarse de lleno a los ejercicios de devoción.

TOMA EL VELO Y VA A VIVIR A PARÍS

AL cumplir Genoveva los catorce años determinó tomar el velo de virgen para no ser solicitada en matrimonio. Recibiólo de manos del obispo de París, y aunque luego volvió a Nanterre para ayudar a sus padres, fué por corto tiempo, pues tuvo la pena grande de verlos morir a poco de su llegada. Entonces regresó a París y se hospedó en casa de su madrina, resuelta ya a llevar en adelante vida totalmente dedicada al servicio de Dios.

No bien hubo llegado a su nueva residencia, plugo al Señor enviarle una dolorosa parálisis que la dejó como muerta por tres días. Pero, mien-

tras tanto, ocupaba su espíritu en la contemplación de la inefable dicha de los bienaventurados en el cielo y de los atroces tormentos de los infelices réprobos en el infierno. Aparecióseie Nuestro Señor Jesucristo clavado en la cruz, diciéndole que podía disponer del tesoro de sus gracias, y le concedió en particular el don de discernimiento de los espíritus.

Suspiraba por el feliz momento en que, libre su alma de las ataduras del cuerpo, podría volar gozosa hacia Dios, y por eso, al mirar al cielo, sus ojos se llenaban de lágrimas. Pero si era impotente para despojarse del peso del cuerpo, procuraba en cambio domarlo y castigarlo con vigilias, ayunos, disciplinas y oraciones.

Desde los quince años hasta los cincuenta, no solía comer sino los domingos y jueves, y su alimento consistía en un poco de pan de cebada y algunas habas con aceite, que cocía de una vez para dos o tres semanas. Al llegar a los cincuenta años, añadió, por consejo de algunos obispos, a ese ordinario y frugal sustento, un poco de pescado y leche, pero ni aun en caso de enfermedad quiso probar la carne, ni el vino, ni otra bebida fermentada.

SU DEVOCIÓN A SAN DIONISIO. — MILAGROS

LA virgen parisiense era devotísima de San Dionisio, ilustre apóstol de París. Fué con frecuencia al pueblecito de Catuliaco, situado a orillas del Sena, por venerarse allí el sepulcro del Santo, y trabajó para que se le edificase suntuoso templo. Los sacerdotes a quienes consultó sobre el proyecto, trataron de disuadirla ante la imposibilidad de hallar cal para su construcción. No por eso desistió Genoveva de su propósito, antes bien perseveró en oración, siendo oídas sus súplicas, pues unos pastores descubrieron dos hornos de cal no lejos del lugar en que hoy se levanta la basílica de San Dionisio.

Faltó una vez el vino a los albañiles; pero, habiéndose puesto la Santa en oración, plugo al Señor renovar el milagro de las bodas de Caná, cambiando en vino el agua de un tonel, con cuyo contenido hubo bastante para el tiempo que duraron las obras. En esa iglesia curó más adelante la Santa a doce endemoniados.

Las fervorosas oraciones de Genoveva eran continuo tormento para los demonios, que no perdonaban medio de molestar a la Santa y a las demás vírgenes y santas viudas de quienes era superiora por mandato del obispo de París. Una noche en que la piadosa comunidad se encaminaba a la iglesia para cantar Maitines cabe el sepulcro de San Dionisio, una lluvia torrencial apagó la antorcha que las alumbraba. Creyó Genoveva que había sido



EL santo obispo Germán dice a la niña Genoveva, delante de sus admirados padres: —Dime, ¿no te agradaría consagrarte al Señor y ser su esposa? —Muchísimo me gustaría; es lo que deseo; y muchas veces se lo pido de todo corazón. —Ten confianza, hija; Él te lo concederá.

el diablo el autor del trastorno. Tomó en sus manos la antorcha, que se encendió por sí sola, y la llevó hasta la basílica, sin que el furioso huracán la apagase. Esa antorcha fué guardada como preciosa reliquia, y sirvió muchas veces para *devolver la salud a los enfermos.*

Pasó Genoveva días y semanas enteras retirada en reducido y solitario aposento, entregándose únicamente a la oración y penitencia. Desde la Epifanía hasta Jueves Santo, solía permanecer encerrada en su habitación conversando sólo con Dios y los Ángeles, concediéndole entonces el Señor nuevas luces y gracias para ella y para sus prójimos.

Presentáronle cierto día un niño que se había ahogado al caer en un *pozo, donde permaneció hundido por espacio de tres horas.* La Santa cubrió el cadáver con su manto, se puso en oración y el niño volvió a la vida. En otra ocasión, hallándose la Santa en su aposento, una mujer tuvo la curiosidad de mirar por una rendija de la puerta para ver lo que hacía Genoveva. La desgraciada perdió al punto la vista, pero la Santa, movida a compasión, se la devolvió con sólo trazar sobre los ojos de la ciega la señal de la santa cruz.

Tenía en propiedad, cerca de la ciudad de Meaux, algunas tierras que le había dejado en herencia su madrina, y solía ir a visitarlas al tiempo de la cosecha. Un día en que la tempestad amenazaba destruirlas, Genoveva se cobijó en una como tienda que tenía en el campo y, postrándose en el suelo, suplicó al Señor con *abundantes lágrimas que se compadeciese de ella* y de los segadores. Todos los allí presentes quedaron atónitos al ver que el chaparrón caía sobre los campos vecinos, sin que una sola gota mojara las cosechas de la Santa. En Meaux conquistó para Jesucristo a dos doncellas, Celina y Auda, que llegaron a ser santas bajo la dirección de Genoveva.

Llevada de su ardiente devoción a San Martín, fué a Tours, y obró por el camino muchos milagros, devolviendo la vista a los ciegos y la salud a los *enfermos, y arrojando a los demonios del cuerpo de los posesos.*

La fama de santidad de Genoveva era tal en todo el mundo, que San Simeón, el estilita de Asia, viendo al pie de su columna algunos mercaderes que venían de París, les encargó que al regresar saludaran en su nombre a la Santa y la rogaran que le tuviese presente en sus oraciones.

Al ver el demonio el gran bien que obraba Genoveva, puso en juego todos los medios para impedirlo. Algunas personas, movidas por el maligno espíritu y más llenas de orgullo que de recto sentido, se atrevieron a difamar a la Santa, publicando que no era sino una hipócrita que so capa de austeridad ocultaba los crímenes más atroces y afrentosos. Estos falsos rumores, esparcidos con arte diabólico, hallaron eco en muchísimas personas que llegaron a perder la estima de la humilde religiosa.

Tal era el estado de los ánimos cuando San Germán, llamado otra vez

por los obispos de Inglaterra en 447, volvió a pasar por París. Al preguntar el obispo por la joven pastora de Nanterre, el pueblo le respondió con ofensivas insinuaciones en términos que hacían poco favor a la Santa. Hizo el prelado que le llevasen a casa de la joven religiosa y, después de saludarla con gran respeto, dijo al pueblo que le rodeaba:

—Ved, parisienses, esta humilde celda; su suelo está regado con las lágrimas de esta inocente virgen que es muy amada de Dios y que un día será instrumento de vuestra salvación.

SALVA DOS VECES A LA CIUDAD DE PARÍS

AL frente de un formidable ejército compuesto de seiscientos a setecientos mil bárbaros, acababa de cruzar el Rin el terrible Átila, que se apellidaba el *Azote de Dios*. Los pueblos de Occidente creyeron que se acercaba el fin del mundo. Pasaba, en efecto, el ejército de Átila como un devastador torrente por aquellas desgraciadas comarcas: los campos quedaban asolados, las ciudades saqueadas e incendiadas, las iglesias derruídas, el clero y los fieles asesinados.

El pánico de la población llegó al colmo al cundir la noticia de que Reims había capitulado y que las hordas bárbaras estaban camino de París. Los ricos y hacendados amontonaron con prisas en sus carros lo más precioso que tenían; todos querían huir a otras ciudades en busca de refugio. Genoveva empero, animada del espíritu de Dios, procuró tranquilizar y contener a los despavoridos habitantes.

—Si hacéis penitencia de vuestros pecados —les dijo—, aplacaréis la ira divina y estaréis aquí más seguros que en las ciudades donde pretendéis hallar refugio; los enemigos se retirarán sin molestaros.

Hubo algunos que, convencidos por las palabras de la Santa, siguieron sus consejos, pasaron días y noches en oración en la iglesia de San Juan; pero la mayoría de los habitantes la trataron de hechicera que exponía a sus conciudadanos, con sus visiones ridículas, a perder la vida, y quería entregar la ciudad al enemigo. Hablaba ya el populacho de asesinarla, cuando muy oportunamente llegó a París Sedulio, arcediano de San Germán de Auxerre, el cual traía a Genoveva el pan bendito que el santo obispo moribundo le enviaba como prenda de su bendición. Al oír el nombre de Germán, el pueblo se apaciguó recordando las proféticas palabras del Santo; Genoveva, tenida hasta entonces por loca, fué aclamada con alborozo, y los parisienses permanecieron en la ciudad.

No tardaron en saber que Átila, rechazado en Orleáns gracias a la energía del obispo San Aniano, se había visto obligado a retroceder, prosi-

guiendo aún más su retirada después de la derrota en los Campos Cataláunicos.

Más tarde venció Clodoveo en 486 al general romano Siagrio, apoderándose de la región de Soissons, y luego sitió a París, que permanecía nominalmente fiel al emperador romano, negándose a reconocer por soberano al rey franco. El hambre puso muy pronto en gran aprieto a los sitiados. En tan apurado trance acudieron todos a la intercesión de Genoveva, la cual mandó equipar once barcazas que navegaron con rumbo a Champaña, recogiendo trigo por las ciudades costeras, pagándolo con milagros.

Al salir de París, penetraron en una parte del río que hacía tiempo estaba en poder de los demonios, quienes volcaban las embarcaciones que por allí pasaban, y las de Genoveva estuvieron también a punto de naufragar. Pero vanos fueron los esfuerzos de los espíritus infernales; la Santa les conjuró en nombre de Dios que dejasen aquellos parajes, y desaparecieron al instante y no volvieron a molestar ya más a los navegantes. De regreso a París, ella misma amasaba y cocía el pan para darlo a los necesitados; el Señor premió tanta caridad permitiendo que muchas veces se multiplicara en manos de la Santa.

Cuando Clodoveo hubo recibido en Reims las aguas regeneradoras del santo Bautismo, el 25 de diciembre del año 496, se abrieron de par en par, ante el real convertido, las puertas de París. Este memorable y felicísimo acontecimiento fué sin duda alcanzado por las ardientes súplicas de la Santa.

INFLUENCIA CERCA DE LOS REYES FRANCOS. — SU MUERTE

Los reyes francos Meroveo y Childerico, aunque paganos, no podían dejar de admirar las virtudes de Genoveva; llamábanla semidiosa y nunca le negaron nada. Salió cierto día la Santa de París. Enteróse de ello Childerico, quien temeroso de que Genoveva viniese a pedirle la libertad de algunos prisioneros, cosa que no podía negarle, mandó cerrar las puertas de la ciudad, mas éstas abriéronse por sí solas al llegar la Santa, quien fué a echarse a los pies del monarca y obtuvo el perdón de todos sus patrocinados.

Mayor afecto y veneración le manifestaba el gran Clodoveo. A petición de Genoveva daba libertad a los prisioneros, se mostraba magnánimo con los pobres y edificaba suntuosas iglesias. Hízole donación de dos casas reales de campo situadas en el camino de París a Reims, facilitando con ello a la Santa sus entrevistas con el obispo San Remigio.

La noble esposa de Clodoveo, Santa Clotilde, consideraba como grande honra ser visitada por Genoveva. En sus largas conversaciones, las dos Santas solían hablar familiarmente sobre los medios de agradar a Dios y

asegurar la salvación eterna. Aquella humilde pastora contribuyó así de modo eficaz con su santidad a fundar la Francia cristiana, mereciendo ser, en los siglos sucesivos, una de sus principales protectoras celestiales.

Llegaba la Santa a los ochenta y nueve años de edad y se iba acercando el término de su gloriosa carrera. El reino cristiano era ya una realidad y tal como lo había contemplado en sus visiones. El día 3 de enero del año 512, cinco semanas escasamente después de la muerte de Clodoveo, entregó ella su hermosa alma en manos del Señor. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Pedro y San Pablo, que había edificado Clodoveo por consejo de la Santa. Dicha iglesia se llamó desde entonces de Santa Genoveva. Se hallaba a mano derecha de San Esteban del Monte, en la calle de Clodoveo, y fué destruída el año 1807. Su culto corría a cargo de los canónigos seculares de San Agustín, llamados allí de Santa Genoveva.

PATRONA DE PARÍS Y DE FRANCIA

PRONTO llegó a ser célebre su sepulcro, merced a los innumerables y portentosos milagros con que plugo el Señor glorificar a su sierva. El aceite de la lámpara que ardía ante sus reliquias curó a multitud de enfermos. Debido a una extraordinaria crecida del Sena, las casas de París se inundaron hasta el primer piso, llegando el agua a la habitación en donde había muerto la Santa; pero las aguas se detuvieron alrededor de la cama en que falleció, formando como una muralla. En aquel lugar se construyó una iglesia llamada *Santa Genoveva la Menor*.

Cuando alguna calamidad pública amezaba a París, o se hallaba en peligro la Monarquía, acudían los confiados parisienses a implorar la ayuda de su celestial patrona; las reliquias de la Santa eran llevadas con toda clase de honores en solemne procesión al terminar una novena, juntándose en tal circunstancia el clero, la corte, las autoridades y el pueblo todo.

La antigua iglesia de Santa Genoveva, en la que se guardaban sus reliquias desde su traslación en 28 de octubre del año 1242, amenazaba ruina en el siglo XVIII. El rey Luis XV hizo edificar otra cerca de la antigua; pero la Revolución transformó la iglesia de la Patrona de París en Panteón de hombres ilustres.

La iglesia de San Esteban del Monte, guardiana por largo tiempo del sepulcro donde descansó el cuerpo de la Santa, sigue siendo lugar muy venerado, a donde acuden frecuentes peregrinaciones.

El día 14 de enero de 1914, la Santidad de Pío X se dignó conceder a todas las diócesis de Francia la facultad para celebrar la festividad de Santa Genoveva.

SANTORAL

Santos *Antero, papa y mártir; Florencio, obispo; Avito,* Atanasio, Daniel y *Teógenes,* mártires; Gordio, centurión; Zósimo, Ciriaco y Primo, mártires. Santas **Genoveva y Bertilia, vírgenes.**

SAN ANTERO, papa. — Sucedió en el trono pontificio a San Ponciano y, aunque rigió el mundo católico pocos días, se acreditó por las importantes reformas eclesiásticas que llevó a cabo; merece mención especial por la colección que mandó hacer de las *Actas de los Mártires.* Sufrió el martirio en tiempo del emperador Maximino, el 3 de enero del año 236, habiendo sido Papa desde el 25 de noviembre del año anterior.

SAN FLORENCIO, obispo. — Vivió a principios del siglo III, y ejerció el cargo de obispo de Viena, en Francia, desde el año 239 al 256. Fué un hombre de mucha virtud y ciencia; con estas armas luchó tenazmente contra los errores y el cisma que suscitó Novaciano al hacerse consagrar obispo de Roma cuando aun vivía el legítimo, que era San Cornelio. Sufrió el destierro en tiempo de Galieno y le cupo la dicha de derramar su sangre en defensa de la fe de Cristo.

SAN AVITO, apóstol de España, mártir. — Pertenecía Avito a una de las más linajudas familias de España. Sus padres, que eran paganos, le enviaron a Roma con objeto de ampliar sus conocimientos y adquirir la cultura que correspondía a su noble prosapia. En la corrompida capital del orbe encontró Avito un ambiente y unos compañeros que le incitaban a la vida de placer y a las diversiones groseras, a las que sin freno alguno se entregaba la mayor parte de la juventud romana. El ilustre español Marcial, poeta epigramático bilbilitano, trabó íntima amistad con nuestro joven y pretendió iniciarle en los secretos de la vida cortesana. Avito, lejos de prestar oídos a esta sirena tentadora, despreció aquellos falsos atractivos, que para él no eran sino oropel engañador, incapaz de satisfacer el corazón humano. Renunció totalmente a las prácticas mundanas y se abrazó fuertemente a las doctrinas de la religión de Cristo; se revistió con la coraza de la fe y regresó a su patria, España, donde predicó la Religión del Crucificado, consiguiendo grandes e innumerables triunfos en tierras de Extremadura y Portugal. En Canarias quiso convertir a los infieles, pero sólo encontró muchedumbres turbulentas que le arrancaron la vida el 3 de enero del año 106.

SAN TEÓGENES, mártir. — Soldado aguerrido de la legión Trajana, supo defender con la heroicidad del martirio el tesoro de su fe, de mayor valor que los territorios del emperador. En medio de aquel mundo pagano y adverso al cristianismo, Teógenes supo manifestarse como cristiano sin petulancia, pero también sin cobardías; por lo cual Licinio mandó que le apalearan como si fuera una bestia. Después fué encarcelado y atado a un cepo, en cuya actitud le dejaron abandonado para que las heridas y el hambre acabaran con su existencia. Pero a los cuarenta días se le encontró rebosante de alegría y cantando salmos al Señor. Al fin le arrojaron al mar, cuyas olas sepultaron su cuerpo mientras su alma subía a la gloria a recibir la corona de los mártires.


Rudas disciplinas, punzantes espinas y cordón de terciaria

BEATA ANGELA DE FOLIGNO

Viuda, Terciaria franciscana (1248-1309)

DÍA 4 DE ENERO

LAS noticias adulteradas que acerca de esta Beata se tenían no daban satisfacción, por lo cual se llevó a cabo, en 1925, una diligente y cuidadosa búsqueda en los archivos de Subiaco, Roma y Asís, en donde se hallaron los documentos originales referentes a la Beata, los cuales, una vez analizados y comprobados, fueron aceptados e impresos para su divulgación, siendo vertidos fidelísimamente a diversos idiomas.

Ahora puede decirse que se conoce no sólo la doctrina, sino también la vida y estados místicos de esta alma primero pecadora y luego tan de veras convertida al Señor y unida a Él de tal manera, que ascendió a las más encumbradas y esplendentes cimas de la divina dilección.

«El que me ama —dice Jesús—, guarda mis palabras, y mi Padre le amará, y vendremos a él y dentro de él moraremos»; y en otro lugar: «A quien me ame, a ése me manifestaré.» Ángela lo experimentó en sí misma, y en ella vemos todos cómo el Señor cumple y cumplirá siempre sus divinas y salvadoras promesas.

DEVANEOS. — CONVERSIÓN

NACIÓ Ángela en el pueblecito de Foligno, situado como a unas tres leguas de Asís, por los años del Señor de 1248. Sus padres, riquísimos y probablemente nobles, la casaron siendo aún muy joven, y acaso por ese motivo y por estar dotada de un corazón apasionado que la arrastraba a los placeres ilícitos, incurrió en muchísimos desórdenes y excesos. El no haber sido detenida en el camino del mal, antes empujada al vicio por una madre desenvuelta y frívola, y el haber tenido un marido vividor que no le mostró afecto alguno, fueron asimismo causa de que no diera importancia a las graves y trascendentales obligaciones de esposa y de madre.

Hacia los años de 1285, frisando ella en los treinta y siete, aterrada por el pensamiento del gran peligro en que estaba de condenarse si seguía dejándose arrastrar por el torbellino de sus pasiones, dió felizmente oídos a los primeros toques de la gracia que la llamaban a convertirse de su mala vida, y se acercó a recibir los sacramentos de la Iglesia. Fuése a confesar, pero lo hizo mal, pues el demonio le infundió tal vergüenza de declarar todos los pecados, que le faltó valor para confesar los más graves, añadiendo luego a ese primer sacrilegio el de comulgar en tan triste estado de conciencia.

Jesús, empero, seguía compasivo los pasos de la desventurada Ángela y, para atraerla hacia Sí y salvarla como a pesar suyo, le otorgó la gracia del remordimiento, el cual llegó a ser tan vivo, que de día y de noche atormentaba su alma con insistencia. Pidió con lágrimas al Señor le concediese hallar un confesor ilustrado y prudente en quien pudiese depositar su confianza, y plugo a Dios darle esta inapreciable gracia, pues una noche en que acudió en busca de favor y ayuda al gran Patriarca San Francisco de Asís, apareciósele el Santo en medio de celestiales resplandores, y le dijo: «Hermana, si antes me hubieras invocado, antes te hubiera yo socorrido; sabe, Ángela, que el Señor te concede benigno lo que le pides.»

Al día siguiente oyó misa en la iglesia dedicada al Santo, y a la vuelta entró en la catedral para cumplir con otras devociones. Allí la esperaba la gracia salvadora que debía obrar en ella el admirable prodigio de la perfecta conversión. Halló en la catedral a Fray Arnaldo, religioso franciscano y pariente suyo, y tuvo inspiración del cielo de que aquél era el confesor ilustrado y prudente que ella pedía al Señor con insistencia. Arrojóse Ángela a sus pies, y deshecha en amargo llanto, hizo confesión sincera y dolorosísima de todas sus iniquidades. El mismo Fray Arnaldo, testigo luego de las maravillas obradas por el Señor en aquella alma arrepentida, logró que la Beata le descubriese algunas de las grandes mercedes que recibía del

cielo. Esas manifestaciones escritas por él al dictado de Ángela, llevan el sello de irrefragable sinceridad.

Emprendió Ángela con todo empeño la reforma de su vida y dióse de lleno a la oración y al ejercicio de las cristianas virtudes, sin gozar de aquellos consuelos sensibles con que suele el Señor endulzar el borde de la copa de su Pasión, al dársela a beber a sus más fieles amigos. El recuerdo constante de sus pasadas infidelidades llenaba su alma de vergüenza y amargura grandes, pero su corazón no experimentaba todavía tiernos sentimientos de amor a Dios. Mas no por estar privada de las divinas consolaciones se desalentó Ángela en el camino de perfección emprendido con fervor y determinada voluntad. Menester era que la pecadora arrepentida padeciese y sufriese por cinco años y medio la prueba dolorosa de la soledad espiritual, antes de que en ella prendiese el incendio del divino amor.

Empezó abismándose en la contemplación y meditación de los dolores de Jesús y ofreciéndose a Él sin reserva con el voto de castidad. Sintiendo atractivo irresistible hacia la pobreza absoluta, repartió entre los pobres sus más ricos vestidos, y aun quiso deshacerse de todos sus bienes, y de muy buena gana lo hiciera, a no haberse opuesto a ello sus parientes y su mismo confesor.

Mas plugo al Señor disponer que en brevísimo tiempo muriesen uno tras otro su madre, marido e hijos, produciéndole la pérdida de personas tan queridas amarguísimo dolor, al mismo tiempo que consuelo y gozo sobrenatural que mitigaron su pena.

Entonces creyó llegada la hora de unirse más estrechamente con Dios, renunciando de una vez a todo cuanto poseía para llevar vida pobre, de manera que tuviese que mendigar aún el propio sustento.

Pero otra vez sus consejeros espirituales y en particular su confesor, la disuadieron de tal propósito, mostrándole los peligros de la mendiguez para una mujer todavía joven. Entretanto, Jesús crucificado se aparecía con frecuencia a su sierva y, mostrándole sus llagas, le decía: «Mira, hija, cuánto padecí yo por ti; ¿cuándo padecerás tú lo que mereces?»

Efectuó por entonces un viaje a Roma con el fin de obtener del apóstol San Pedro la gracia de poder vivir en absoluta pobreza. A su regreso, venciendo todos los obstáculos, vendió la mayor parte de sus heredades y repartió el precio entre los necesitados. Ya desde ese día, todos sus bienes fueron uno tras otro a parar a manos de los pobres, viviendo ella recluída en su casa y no guardando para su servicio sino a una sola de sus criadas, María, «alma sencilla, pero muy amada del Señor», compañera inseparable de la Beata y confidente de sus más íntimos secretos.

TERCIARIA DE SAN FRANCISCO

HACIA los años de 1291 ingresó Ángela en la Orden tercera de San Francisco y, movida por su devoción, emprendió la peregrinación al sepulcro del insigne Santo cuya regla acababa de abrazar.

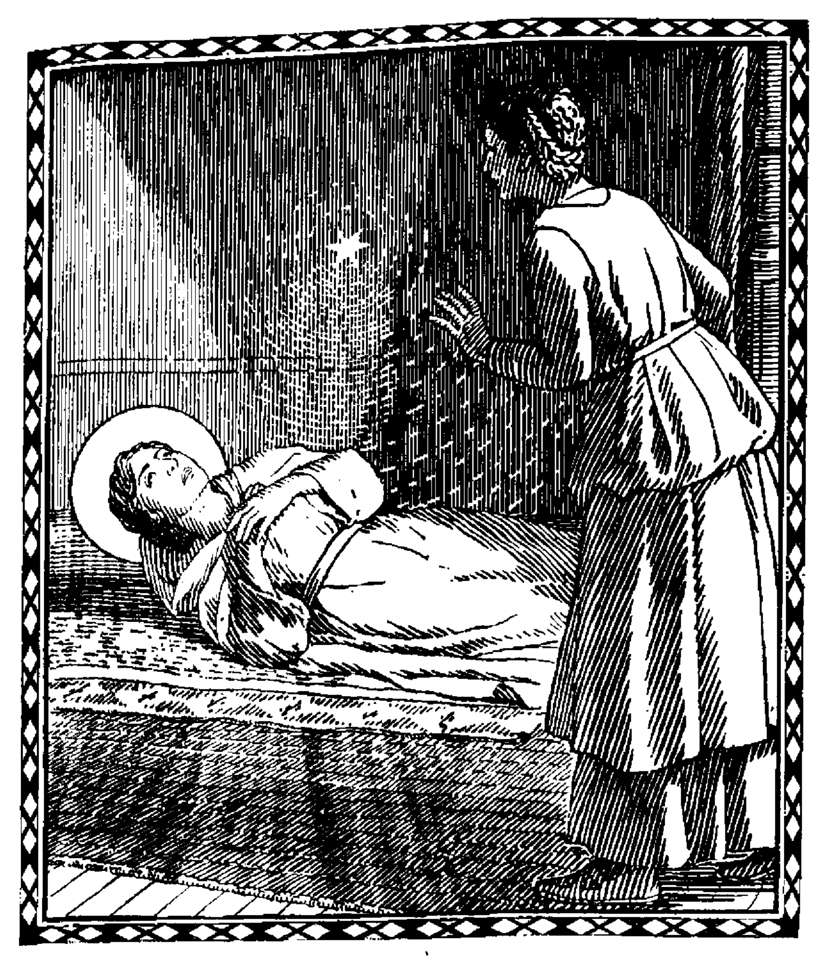
Cierta noche tuvo una visión muy singular. Parecióle que ya no sentía la presencia de Dios en la oración y lamentábase de ello, diciendo: «¡Oh Señor!, todo cuanto hago tiene por fin el hallaros. ¿Cuándo os encontraré, Dios mío? —¿Qué deseas, hija? — preguntóle una voz misteriosa. —No quiero oro ni plata —respondió Ángela—; sólo os deseo a Vos, Señor, y todo el mundo lo daría yo con tal de hallaros y poseeros. —No desmayes, hija —repuso la voz—; prosigue tu camino y date prisa para llegar a Asís; allí te visitará la Trinidad entera.»

En efecto, cuando cierto día de abril del año 1291 subía Ángela el camino que lleva a Asís en compañía de su fiel criada María, sucedió que, pasado el pueblecito de Spello, y al llegar cerca de una ermita dedicada a la Santísima Trinidad, se le aparecieron las tres divinas Personas, las cuales le acompañaron en su peregrinación, conversando afablemente con ella. «Yo soy el Espíritu Santo —oyó Ángela decir— y tú eres mi hija, mi templo y mis delicias... Has invocado a mi siervo Francisco; sabe que por amarme mucho mi siervo Francisco, por eso obré en él grandes maravillas; mas si alguien me ama con mayor amor que Francisco, en ése tal obraré prodigios más maravillosos.» Oyó también estas palabras: «Por ti fuí yo crucificado, por ti padecí hambre y sed, y derramé toda mi sangre para mostrarte cuánto te amo... Toma, Ángela, este anillo, símbolo de mi amor, pues en adelante serás mi esposa... A ti y a tu compañera os bendicen el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.»

Inefable consuelo experimentó Ángela durante la visión; pero, al volver a entrar por la tarde en la iglesia de San Francisco, fueron desapareciendo de su vista las tres divinas Personas. Desmayóse Ángela de pena, cayendo al suelo en la misma entrada de la iglesia. «¡Oh amor desconocido! —balbuceaba entre gemidos—, ¿por qué te alejas dejándome sola? Dime, ¿por qué?, ¿por qué?» Los transeúntes se pararon a verla y pronto se amotinaron rodeando a la desmayada, a la que creían epiléptica o endemoniada, y en cuanto Ángela se levantó vuelta ya en sí del desvanecimiento, la despacharon de la iglesia, prohibiéndole volver a poner en ella los pies.

Preguntóle unos días después su confesor, qué había visto durante aquel rato en que pareció desmayada. «¡Oh!, vi algo infinitamente grande; vi una majestad inmensa. No sé cómo expresarlo, pero me pareció ver al que es el sumo Bien.»

Vuelta ya a su casa, experimentó tal gozo en su espíritu, que durante



ANGELA *de Foligno yace en éxtasis desde hace ocho días, contemplando la bondad del Altísimo. La sirvienta, admirada, ve un resplandor que, saliendo del pecho de su ama, forma círculos que parecen llegar a los cielos, y sobre ellos una estrella de incomparable esplendor.*

ocho días permaneció como arrobada y fuera de sí. Alarmóse su compañera viéndola en aquel estado, pero por tres veces oyó una voz que le dijo: «En el alma de Ángela mora el Espíritu Santo.» Otro día, al entrar en el aposento de la Beata, vió sobre ella una estrellita resplandeciente que parecía haber salido de su pecho y quería remontarse hasta el cielo.

PRUEBAS Y LUCHAS. — RECOMPENSAS

PERMITIÓ *el Señor, para mayor* bien de su sierva y humilde desposada, que Ángela experimentara en su alma y en su cuerpo los fuertes embates del maligno espíritu. Oscuridades, dudas acerca de los principales misterios de la fe, negra desesperación que la llevaba a creer que el cielo no era para ella, tentaciones contra la castidad, extrañas dolencias que martirizaban todos sus miembros, burlas y persecuciones, nada faltó durante dos años de cuanto podía causarle mortales agonías. Hasta llegó a persuadirse de que estaba realmente endemoniada.

Un día en que la amarga desesperación atormentaba su alma con mayor violencia, exclamó: «¡Oh Dios mío! Aunque fuera cierto que me hubieseis ya condenado al infierno, del que soy merecedora, no por eso dejaría de *llevar vida penitente, ni de permanecer, con vuestro beneplácito, en vuestro* santo servicio.»

A pesar de todas esas pruebas, no omitió, en efecto, sus ejercicios devotos, ni desamparó a los pobres o enfermos que solicitaban sus caritativas limosnas. Visitaba con frecuencia y con particular cariño un hospital poco distante de la ciudad, en el que estaban asilados varios leprosos.

Un día de Jueves Santo, dijo Ángela a su compañera: «Vayamos hoy al Hospital. ¿Quién sabe si no hallaremos a Jesucristo entre aquellos pobrecitos enfermos?» Fuéronse, pues, al Hospital, distribuyeron entre los enfermos el pan que recogieron de limosna por el camino, y luego lavaron pies y manos a aquellos desgraciados, haciéndolo con más cuidado y amor a un leproso que las tenía muy roídas y llagadas. «Bebimos después —dice la Beata— del agua con que se las habíamos lavado, y experimentamos un sabor tan delicioso cual si acabáramos de comulgar.»

Virtud tan eminente y heroica no podía menos de herir amorosamente el Corazón divino, cuya sabiduría proporciona siempre las pruebas al grado de santidad a que quiere elevar a un alma. Mandó el Señor al demonio que dejase ya en paz a Ángela, y en el verano del año 1293, recibió la Beata *plena seguridad de que verdaderamente era obra de* Dios y no del maligno espíritu cuanto en ella pasaba, de suerte que, ya convencida y sosegada,

exclamó: «Aunque el mundo entero se alzase para contrariarme, burlaríame yo del mundo; tan segura estoy de que me guía el espíritu del Señor.»

Con todo, aun le sobrevinieron, en los tres años siguientes, algunos ratos de congoja y tinieblas, en medio de las divinas dulzuras que experimentaba ya de lleno. Pero desde el año 1296, en que volvió en peregrinación a Asís, permaneciendo allí diez días, entró Ángela en una nueva fase mística, la de la plenitud del amor, favoreciéndola el Señor desde entonces con el don de oración y con una paz y tranquilidad de espíritu tan completa, duradera e inalterable, que vivía casi de continuo absorta en la contemplación de las cosas celestiales.

Muchas veces se le apareció Jesús bajo la figura de un niño de unos doce años mientras Ángela oía misa, y derramaba en su alma tal copia de gracias, que fuera de sí y olvidando la santidad del lugar y del acto que se celebraba, prorrumpía en gritos y sollozos precursores de prolongados éxtasis.

De entre esas apariciones que llenaban de júbilo el corazón de Ángela, sólo referiremos una que tuvo en la iglesia de los Franciscanos de Foligno: Era la mañana del día de la Purificación y la Beata se hallaba en la iglesia asistiendo al oficio, cuando he aquí que al llegar el momento de distribuir las candelas, oyó estas palabras: «Esta es la hora en que la Virgen vino al Templo con su divino Hijo.» Al instante quedó arrobada en éxtasis y vió llegar a la celestial Señora, la cual puso en sus brazos al niño Jesús dormido. Ángela lo abrazó amorosamente, estrechándolo y besándolo con tan intenso cariño y tanta vehemencia que el divino Niño se despertó, y con su tierna mirada llenó de inefable dicha el corazón de la Beata.

ÁNGELA Y LA PASIÓN DEL SEÑOR

LA contemplación de los atroces padecimientos del Salvador llegó a serle familiar. Solía decir muy a menudo que los enfermos y los afligidos son amigos y comensales de Jesucristo.

El ver a Cristo crucificado, ocasionábale fuerte calentura, llenándose de tristeza su alma y de copioso llanto sus ojos, de tal suerte, que su compañera se veía precisada a tapar con un velo la sagrada efigie. Hablando de la Pasión, daba a entender que había tenido revelación de las menores circunstancias de la misma, pues decía que «para referirla tan por menudo como ella la conocía, era menester haberla padecido».

«Al meditar en la Pasión del Señor —añadía—, mi alma participaba de los dolores del divino Crucificado, y hasta en mis huesos y articulaciones experimentaba tormentos indecibles, cual si toda mi persona, cuerpo y alma.

la tuviera atravesada por la espada del dolor. Contemplaba yo al Salvador, cuya carne fué como incrustada en la madera de la Cruz por los clavos, y al pie de aquella Cruz, en vez de los fieles seguidores de Cristo, veía yo al demonio, usando de toda suerte de industrias para aumentar la crueldad del tormento, e incitando a los verdugos a que negasen a Jesús la gota de agua que a gritos pedía.»

Al explicar una vez la última súplica del Salvador en la Cruz: «¡Padre, perdónales, pues no saben lo que hacen!», acababa diciendo la Beata con amargura: «¿Quién, entre los hombres, trata de corresponder a este amor tan sin medida?»

LOS ESCRITOS DE ÁNGELA

POR sus escritos, Ángela de Foligno se coloca en primera fila entre los grandes místicos católicos. Severo y detenido examen demostró ser su doctrina perfectamente ortodoxa, y grandes teólogos como San Francisco de Sales, Bossuet, Fenelón y otros la tenían en mucho. San Alfonso de Ligorio y Benedicto XIV la leían con igual veneración que a Santa Teresa y a los mayores místicos, aunque no conocieron todos los escritos de la Beata. Y aun asegura Fray Arnaldo, que al expresar él en humano lenguaje los esplendores de las divinas manifestaciones, le pasó «lo que al tamiz, que no guarda la harina, sino sólo el salvado». Las cartas, enseñanzas y recuerdos admirables que constituyen la parte segunda de las obras de la Beata, descubren la benéfica influencia que tuvo, en los trece últimos años de su vida, en los asuntos de la Orden franciscana.

SU GLORIOSO TRÁNSITO

ENFERMÓ Ángela a mediados de septiembre del año 1308, y al llegar la fiesta de San Miguel, entróle gran deseo de comulgar en dicho día. Entreteníase en tan santo y dulce pensamiento, cuando de repente quedó arrobada en éxtasis, apareciéndole innumerables ángeles que la llevaron hasta un altar diciéndole: «Prepárate para recibir a quien se desposó contigo y te dió el anillo símbolo de su amor. En Él se halla la perfección y completo sacrificio que tanto ansías.» Desde entonces, rendida por la enfermedad y totalmente absorta en Dios, no habló sino rarísimas veces y con frases entrecortadas.

El día de Navidad, oyósele decir: «El Verbo se hizo carne. ¡Oh!, no lo entienden los hombres...; ni los mismos ángeles, tan inteligentes.» Luego

añadió: «¡Oh!, éste es el Dios que me lo prometió; Jesucristo, su Hijo, acaba de llevarme a presencia del Padre.»

«Hijos míos —dijo un día a los frailes que rodeaban su lecho—, amaos unos a otros, pero con verdadera caridad divina... Ese es mi testamento; también os dejo toda mi herencia; es la vida del Salvador: pobreza, dolores, desprecios.» Luego los bendijo uno a uno, diciendo: «¡Oh Señor!, otra vez os los entrego, para que los guardéis y libréis de todo mal.»

«Más gracias recibí de Dios —les dijo en otra ocasión— cuando lloraba y padecía por los pecados ajenos que por los propios; y en verdad, no hay mayor caridad que el llorar por los pecados del prójimo... Hijos míos, amad de ese modo a vuestros prójimos.»

«Mi alma fué sumergida en la sangre de Cristo, caliente cual si acabase de manar de su cuerpo crucificado, y oí estas palabras: «Ángela, eso es lo que te lava y purifica.» Hijos míos, trabajad para volveros pequeñitos... La mejor de las visiones es la de la propia nada...»

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», repitió a menudo la víspera de su muerte. Desde entonces cesaron sus dolores, gozando ya de anticipado cielo, y así se durmió en el Señor, el sábado 4 de enero de 1309, después de Completas, a los sesenta y un años de edad. Fué enterrada en una de las capillas de la iglesia de los Franciscanos en Foligno, donde se veneran hoy en día sus reliquias.

Beata la llamaron sus contemporáneos desde el día de su muerte, autorizando luego la Iglesia esa pública veneración por boca de Inocencio XII en 1693. Clemente XI, en 1701, le puso oficio propio, y en 1709 lo mandó celebrar con rito de doble. Pío X, en 1911, señaló el 4 de enero como fecha de la festividad de la Beata.

SANTORAL

Santos *Tito, Gregorio* y *Rigoberto, obispos; Sinesio, obispo de Tolemaida;* Esteban de Bourg; Libencio, arzobispo de Brema; Mávilo, Prisciliano, Hermeto, Ageo y Cayo, mártires; Augusto, niño, en Mérida. Santas Dafrosa, Neófita, Benedicta y Faraílda; Beata Ángela de Foligno, viuda.

SAN TITO, obispo. — Entre los numerosos gentiles convertidos por San Pablo figura Tito, a quien el Apóstol eligió por secretario e intérprete, llevándole consigo al concilio de Jerusalén celebrado el año 49 ó 50 de nuestra Era. Estuvo en Corinto para calmar las disputas que se habían suscitado entre los cristianos de aquella Iglesia. El año 63 fué designado obispo de Creta, para cuyo desempeño le envió Pablo una carta muy célebre, dándole los consejos oportunos para el digno cumplimiento de tan sagrado ministerio. Hacia el año 105, a los 94 de

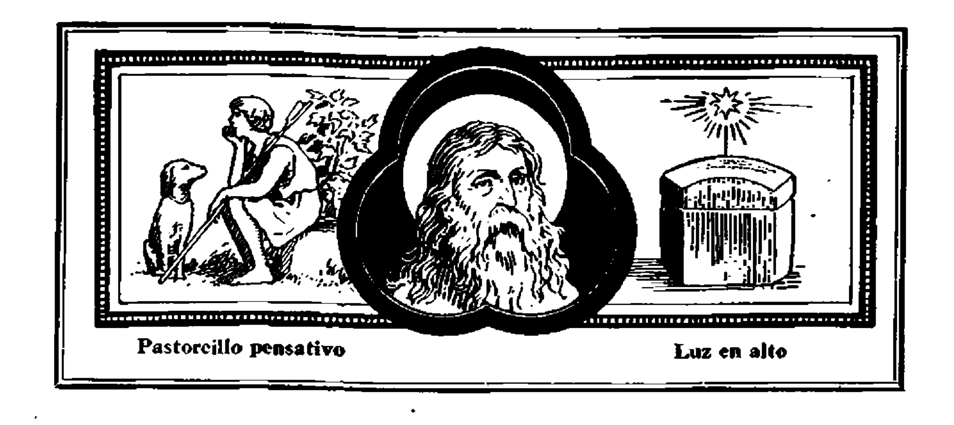
edad, y en la misma isla de Creta que con tanto acierto había gobernado, Tito voló al cielo para juntarse con Jesucristo, cuyo apóstol había sido en la tierra.

SAN GREGORIO, *obispo*. — Según San Gregorio de Tours, el Santo que nos ocupa «era de una familia senatorial y sirvió cuarenta años en la escolta del emperador, después de los cuales, habiendo perdido a su esposa, se convirtió a Dios, y fué elegido obispo de Langres por el clero y el pueblo». En su nuevo estado se distinguió por la penitencia y caridad, siendo el amparo de cuantos llegaban a él en demanda de protección. El cielo le favoreció con el don de milagros. Murió San Gregorio el año 541, a los noventa y dos años de edad, y se le enterró, según su deseos, en la basílica de San Juan de Dijón, junto al sepulcro de San Benigno, apóstol de Borgoña.

SAN RIGOBERTO, arzobispo de Reims. — Entre los santos que decoran la Historia de Francia, uno de los más ilustres es San Rigoberto, nacido en Reims a mediados del siglo VII. Desde joven ya se vió ambientado de piedad y virtud, que germinaron en su alma y fueron pruebas inequívocas de la bondad de su corazón y del extraordinario talento con que Dios le había favorecido. Fué monje benedictino en la abadía de Orbais, fundada por su primo San Reol, arzobispo de Reims, a quien sucedió en la sede de esta ciudad. Eleváronle a ella su fe, su prudencia, bondad y sabiduría, por las cuales se había conquistado la consideración y estima de todos sus hermanos en religión y de cuantos le trataron. Fué infatigable obrero en la casa del Señor; extirpó los abusos del santuario y obligó al clero de su diócesis a vivir conforme a los sagrados cánones.

Consagró a los reyes Dagoberto II y Childerico III, y sacó de pila a Carlos Martel, hijo de Pipino de Heristal. No le faltaron deslealtades e ingratitudes, siendo una de las principales la de su ahijado Carlos Martel, quien logró, merced a groseras y viles calumnias, arrojar de su sede arzobispal a Rigoberto; pero, desvanecidas estas insidias, el Santo recobró su reputación y su sede. La muerte de este campeón de la Iglesia acaeció hacia el año 733, según unos, o hacia el 749, según otros.

SAN SINESIO, obispo de Tolemaida. — La bondad de carácter, la rectitud de intención en su obrar y la morigeración de sus costumbres contribuyeron grandemente a convertir a Sinesio del error del paganismo a la verdad del cristianismo. Como hombre concienzudo y pensador, quiso recibir el bautismo sólo después de haberse informado detenida y escrupulosamente de la verdad de la religión que deseaba abrazar. En cuanto abandonó el paganismo, comenzó a servir a Dios con nobleza de corazón. Se hizo célebre como poeta lírico de gran altura; por eso no es de extrañar que el emperador Arcadio, a quien en el año 400 hizo entrega de su obra *Del poder real*, le honrara con su estima y consideración. Sólo después de muchos ruegos aceptó la sede episcopal de Tolemaida, y mientras la desempeñó no cesó de mostrarse prácticamente el padre y el amigo de todos y, en especial, de los pobres. Sus obras, de fondo doctrinal puro y de dicción muy elegante, han sido en gran manera ponderadas.


Pastorcillo pensativo — Luz en alto

SAN SIMEON ESTILITA

(387-459)

DÍA 5 DE ENERO

INCREÍBLES y fabulosas parecen algunas de las maneras de mortificarse y llevar vida penitente practicadas por los monjes orientales de los siglos IV y V. Otras llevan tal sello de aparente extravagancia, que los cristianos tibios y sensuales las juzgan rarezas estrafalarias, disparatados caprichos y aun reprobables atentados a la salud y conservación de la vida.

En Egipto y Siria, la mayor parte de los monjes llevaban vida cenobítica o común, en uno o varios monasterios, bajo la dirección de uno o más superiores. Con todo, había en los desiertos del Sinaí y de Nitria, y en otras comarcas, unos monjes llamados anacoretas, que vivían solitarios en ermitas o pobres celdillas, apartados casi totalmente de los hombres y aun del trato de los demás monjes. Hasta los había, y más en Siria, que establecían su morada en los cerros y montes, entre cuatro paredes que ellos mismos construían, tapiándolas por todas partes, permaneciendo allí recluídos sin volver a salir en toda su vida, careciendo de refugio contra la inclemencia del clima y el rigor de las estaciones, y añadiendo al cruel tormento del continuo vivir a la intemperie, la pasmosa penitencia de permanecer día y noche en pie, no rindiéndose al cansancio sino al agotárseles las fuerzas.

UN MONJE EXTRAORDINARIO

NINGUNO de los admirables ascetas de los primeros siglos tiene la historia de su vida mejor documentada que el celebérrimo Simeón de Sisán, más conocido con el sobrenombre de Estilita que le dieron los hagiógrafos. Hay dos biografías de este santo solitario, que dos de sus discípulos escribieron en la segunda mitad del siglo V, y además existe otra vida escrita por Teodoreto, obispo Cirenense, autor de una *Historia de los monjes de Siria,* el cual trae con muchos pormenores la de San Simeón, por haberle conocido y tratado, y haber sido testigo de vista de todo cuanto refiere. Esta narración, hecha por autor tan conocido y solvente, contiene preciosas y circunstanciadas noticias acerca de la vida, acciones y natural de San Simeón.

No hay que confundir este San Simeón con otros dos Simeones, uno de ellos también de Siria, llamado el Mozo, y otro que vivió estilita en Cilicia y murió de un rayo. Este cuya vida referimos llámase Simeón el Viejo.

Practicó una tras otra las diversas maneras de vida religiosa que estaban en auge en Oriente en el siglo V: fué cenobita, anacoreta y solitario recluso. Pero, además, siguiendo la inspiración divina, estableció otra manera de vida penitente, rarísima sin duda, pero muy heroica. La columna que se hizo edificar y en la cual pasó la mayor parte de su vida, aislábale, si no de las miradas de los hombres, a lo menos de toda relación con ellos, y le daba ocasión de sufrir las continuas molestias del sol, del aire o del frío, y la fatiga causada por la inmovilidad casi absoluta en que había de permanecer, pero le acercaba más a Dios, que es lo único que su alma deseaba.

Simeón fué el padre y modelo de los innumerables *estilitas* —del griego *stylos,* columna— que florecieron en Siria, Tracia, Palestina, Egipto, a orillas del Bósforo y en otras partes, hasta el siglo XIII. En no pocos documentos de los siglos V, VIII y IX están mencionados por separado y sin juntarlos con los cenobitas, ermitaños o reclusos. Los estilitas constituyeron, en efecto, categoría distinta, la cual tuvo su lugar señalado en el monaquismo, y gozó de especiales privilegios, como la exención tributaria y el no comparecer ante los tribunales, prerrogativas ambas mencionadas y sancionadas por la ley civil. Así, debido a su vida extraordinaria y a su influyente y relevante personalidad, fué Simeón Estilita como el primer eslabón de la larga cadena de ascetas que siguieron heroicamente sus huellas en el trabajoso y áspero camino de la austeridad cristiana.

Nació Simeón a fines del siglo IV, en un pueblecito llamado Sisán, o Sis, en los confines de Cilicia y Siria. Sus padres eran muy pobres, y desde

muy temprana edad le hicieron trabajar en casa, encargándole la guarda del ganado. Pasó los primeros años de su oficio de pastor sin que nada le distinguiera, en su manera de vivir, de los demás pastorcitos de su edad; pero el Señor le trajo pronto a vida más perfecta.

Hallándose un día en el templo asistiendo al oficio litúrgico, oyó leer las bienaventuranzas evangélicas, y muy conmovido por tal lectura, pidió a uno de los que estaban presentes, que sería algún sacerdote o monje, le explicase el sentido de aquellas palabras de Jesucristo, y le dijese qué tenía que hacer él para alcanzar las bienaventuranzas y llegar a ser pobre, misericordioso, casto, paciente y adquirir todas aquellas virtudes tan ponderadas y alabadas por el divino Maestro, y a las cuales prometía tan grandes premios. Habiéndole respondido que el camino más rápido y seguro para ello era el abrazar la vida perfecta de los monjes, Simeón se determinó a entrar en un monasterio, pero no quiso hacerlo sin antes consultar con Dios en la oración para mejor conocer su adorable voluntad.

Entró en una iglesia dedicada a los santos mártires y, después de suplicar al Señor le enderezase por las sendas de la perfección, alcanzó luz del cielo por medio de una visión y revelación que tuvo en sueños. Parecióle que estaba cavando como para poner un cimiento y, al pararse cuando creía haber cavado bastante, oyó una voz que le dijo: «Si quieres levantar edificio que dure, es menester que trabajes sin cansarte, porque nadie puede hacer cosa grande sin grande y continuo trabajo.» Se fué, pues, a un monasterio de monjes poco distante de Sisán, permaneciendo en él unos tres años, en los cuales empezó a ejercitarse en las prácticas de la vida cenobítica; pero, sintiéndose luego llamado a mayor perfección, se fué a vivir en la soledad de Teleda.

EXTRAORDINARIAS PENITENCIAS

EN Teleda vivían en comunidad, bajo la dirección del abad Heliodoro, algunos monjes muy fervorosos, que trataban de reproducir en Siria la maravillosa manera de vivir de los religiosos de la Tebaida. Allí sirvió Simeón al Señor con tan gran fervor, que muy pronto aventajó a todos sus compañeros en la práctica de la penitencia, con abstinencia tan extraña y por encima de la regla, que comiendo los otros una vez de dos en dos días, él se pasaba toda la semana sin probar bocado, y traía a raíz de sus carnes una soga tejida de palmas, tan apretada que penetró en carne viva produciéndole una gran llaga, con grave peligro para su vida. Un día le dió por echarse en una cisterna sin agua, y allí se quedó durante una semana, al cabo de la cual le hallaron los monjes y le trajeron a su convento.

Esas extraordinarias penitencias no eran compatibles con la vida común y la observancia de una regla fija, y así, el santo abad Heliodoro, temeroso de que otros monjes quisieran imitar a Simeón o se burlasen de su manera de vivir, introduciéndose con ello desorden en el monasterio, le rogó que se alejase de su compañía y se fuese a vivir en la soledad, en lugar recogido, donde pudiese, sin perjudicar a nadie, darse de lleno a la penitencia, dejándose llevar de los impulsos de su fervor.

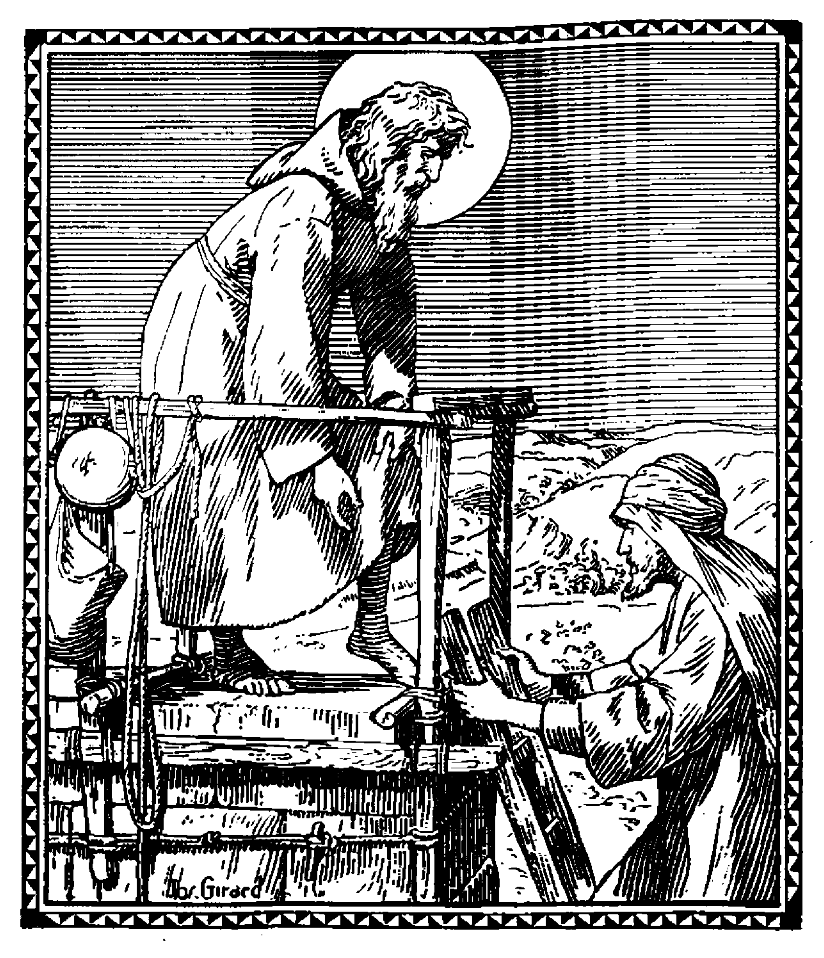
RECLUSO. — AYUNOS CUARESMALES

ANDUVO errante una temporada por los parajes solitarios de los alrededores de Antioquía, y al fin se detuvo en una ermita que halló al pie de un monte en la región llamada hoy en día Tell-Neschín. Allí se encerró y permaneció tres años, y por primera vez ayunó, sin comer ni beber cosa alguna, los cuarenta días de la Cuaresma. Ese ayuno prodigioso, emprendido a impulso del divino Espíritu, le dejó como muerto y sin movimiento alguno, y cuando el día de Pascua fué a verle su amigo el presbítero Basso, hallóle tendido en el suelo y casi sin conocimiento; pero al recibir la Sagrada Comunión que le dió el mismo sacerdote, la carne vivificadora de Cristo infundió vigor en aquel cuerpo debilitado y Simeón recobró sus fuerzas.

No le desalentó este primero y espantoso ensayo; cada año practicó tan severa abstinencia, hasta que los achaques de la vejez no le permitieron poner tanto rigor en sus penitencias. En los primeros años, ese ayuno cuaresmal debilitaba un poco sus fuerzas; durante la primera semana, aun podía sostenerse en pie, pero luego se veía precisado a sentarse, y por fin a acostarse en el suelo, de manera que al llegar el día de Pascua, se hallaba exhausto de fuerzas y como muerto.

Dice Teodoreto que, cuando escribía la vida de Simeón, este santo estilita llevaba ya practicadas veintiocho Cuaresmas con el mismo rigor que la primera. Más adelante, cuando ya estuvo en la columna, aun halló medio de permanecer en pie toda la cuaresma atándose a un poste, acabando por no necesitar de tal sostén. «Diríase —observa Teodoreto— que la costumbre le redoblaba las fuerzas; además, como quiera que la gracia aumentaba a medida del rigor que ponía en sus penitencias, pronto se le hizo todo facilísimo de practicar.»

Deseoso empero de hallar una soledad más completa que le permitiese entregarse de lleno a la contemplación lejos de los hombres, el recluso se subió a lo alto del monte. Allí construyó un cercado de piedra, e hizo aferrar por un extremo una cadena de unos diez metros de largo a una roca que había en medio del cercado y por el otro extremo a su pie derecho, para



EN *lo alto de la columna, San Simeón no tiene más que un zurrón, una cantimplora y la soga que llega hasta el suelo. Un árabe que no podía creer lo que veía, ha logrado subir hasta el Santo para saber si verdaderamente era hombre. —Mira si lo soy, le dice, enseñándole la pierna llagada.*

que, aun queriéndolo, no pudiese salir de aquel término. De esa manera vivió al aire libre y en pie, ocupando el tiempo en la oración y predicación, pues no cesaba de incitar a la compunción y penitencia a cuantos iban a verle.

Fué a visitarle Melecio, obispo de Antioquía, y, hablando con Simeón, le hizo observar que aquella manera de sujetarse con cadena de hierro, más propia era de bestias faltas de conocimiento que de hombres, los cuales han de domarse a sí mismos con la razón y la voluntad asistidas por la gracia de Dios. Simeón, accediendo respetuoso a la insinuación del ilustre y santo huésped, mandó venir un herrero para que quitase la cadena.

Pero los Santos, por más que pretendan ocultarse y recogerse en la soledad, no llegan a lograr su intento de sustraerse a la curiosidad y veneración de los hombres. La prodigiosa austeridad de sus penitencias, el maravilloso poder de sus oraciones, la curación de un sinnúmero de enfermos, contribuyeron a divulgar por todas partes la fama de santidad de Simeón. Tanto de las comarcas vecinas como de las más apartadas tierras, de Persia, Armenia, Palestina y aun de las provincias occidentales, venían a él para edificarse con el espectáculo de su vida portentosa, encomendarse a sus oraciones, alcanzar curaciones u otros beneficios y recibir su bendición. Todos querían acercarse a él para tocar su túnica de pieles y llevarse consigo algún jirón como reliquia.

Ese extraordinario concurso de gentes, esos testimonios de veneración y piadosos hurtos, importunaron al fin al humilde solitario, que juzgaba pura extravagancia todas esas cosas. Buscaba medio de sustraerse a tanta honra, cuando el Señor acudió en su ayuda inspirándole la estupenda y nueva idea de vivir en una columna situada en lugar alto. Esto ocurría en el año 423.

SU VIDA DE ESTILITA. — APOSTOLADO

EN medio del cercado donde vivía, hizo Simeón edificar una columna de unos tres metros de alto, cuya cúspide estaba rodeada de una barandilla de madera que servía de antepecho, y cuyo suelo tenía extensión suficiente para que un hombre pudiese permanecer acostado. Vivió sucesivamente en otras dos columnas más altas de seis y diez metros, y al último en una de quince, en la que vivía cuando Teodoreto escribió su *Religiosa Historia*. Allá en lo alto de la columna, a donde se subía por una escalera móvil, el Estilita estaba sin defensa contra los ardores del sol, las molestias de la lluvia, las furias de los vientos y las heladas del invierno.

En los treinta y siete años que vivió Simeón en aquella ermita aérea,

permaneció casi todo el tiempo en pie. Una vez cada semana tomaba una frugal comida y muchas veces, ni eso siquiera. Tenía señalado el tiempo para cada cosa: al principio del día meditaba, luego predicaba y después recibía a los pobres y afligidos, consolándolos a todos con santas palabras. Cada tarde, puesto el sol, Simeón se recogía y comenzaba sus coloquios con el Señor, prolongándose la contemplación toda la noche y parte de la mañana siguiente, y haciendo, mientras oraba, muchas y profundas inclinaciones para adorar y reverenciar a Dios, a quien tenía presente en todas sus acciones, sacando de esa su habitual y amorosa unión con el Señor que es manantial de toda verdad y sabiduría, la ciencia de las cosas divinas y la inteligencia exacta de las sagradas Escrituras, con gran provecho de cristianos e infieles, recordando sin cesar a los primeros los preceptos del Evangelio y los deberes que impone la religión, y como verdadero apóstol, excitando a todos a poner muy arriba sus deseos y sus corazones.

Al hablarles de la vanidad de las cosas de la tierra, comparadas con los tesoros de la otra vida, la palabra de Simeón, cual maravilloso imán, conquistaba a los hombres más perversos y carnales, haciéndoles olvidar los negocios terrenos y elevando sus pensamientos al cielo, para que gustasen cuán bueno es el Señor para cuantos le buscan y le aman de veras. Sorprendidos por la noticia de la vida extraña y maravillosa que llevaba Simeón, concurrían a él muchos infieles de Persia y de los desiertos de Siria, y en particular de Arabia; y el santo Estilita, dolorido al ver que esas pobrecitas almas eran todavía esclavas del demonio, ponía todo su celo y empeño en mostrarles la falsedad de sus ídolos, de modo que aquellos bárbaros se convertían a centenares, rompían las estatuas de sus dioses, pedían a gritos el bautismo, renunciaban sin más a los malos usos y costumbres de su nación y seguían con gran docilidad las órdenes y consejos de Simeón. Poco faltó para que Teodoreto pereciese aplastado por unos árabes recién convertidos, cuando el Estilita les aconsejó que fuesen a pedir la bendición al piadoso obispo que se hallaba al pie de la columna, y ellos lo hicieron con tal ímpetu, que estuvieron a punto de sofocarlo.

Con incansable bondad y extremada mansedumbre atendía Simeón a los pobres, enfermos y afligidos que venían a hablarle de sus males y dolencias, a pedirle la curación y solicitar su protección contra aquellos que los afligían. Sólo con invocar a la Santísima Trinidad, devolvió la salud a un joven paralítico, mandándole luego que cargase a cuestas al jefe de la tribu y lo llevase hasta su tienda. Al prefecto de Antioquía le escribió reprendiéndole por haber impuesto una contribución injusta y ruinosa a una corporación de artesanos de la ciudad, y, habiéndose mofado el magistrado, castigóle Dios con una dolorosa enfermedad de la que no tardó en morir el desgraciado.

No era raro ver al pie de su columna y después de uno de sus sermones, que los acreedores perdonaban generosamente todas las deudas, los amos daban libertad a sus esclavos, y los enemistados volvían a la concordia. Teodoreto refiere algunas predicciones que hizo Simeón y que se cumplieron puntualmente. Añade también que su santo amigo no se olvidaba de trabajar por el bien general de la Iglesia católica, confundiendo a los idólatras, convenciendo a los judíos y a los herejes con argumentos y razones, y aun dando sabios consejos al emperador Teodosio II y exhortando a los prelados a que redoblaran la vigilancia y buen cuidado de su rebaño.

EXTRAORDINARIA INFLUENCIA DE SAN SIMEÓN

ERA tan nueva y extraña la manera de vivir de San Simeón, que al principio fué mal conceptuada en la opinión pública, no escaseando juicios desfavorables de la gente culta de las ciudades sobre el extravagante asceta de universal nombradía, y hasta los monjes de Egipto desaprobaron su conducta y le excluyeron de la comunidad, si bien mudaron de parecer algo más tarde, al comprobar que el Señor estaba con él. Sin embargo, las sobrehumanas austeridades del Estilita, su celo compasivo y realmente apostólico, su elocuencia arrebatadora y empapada de espíritu de fe, todas sus virtudes y cualidades realzadas singularmente por practicarlas en lo alto de una columna, causaron al fin profunda impresión en las muchedumbres, las cuales esparcían por todo el mundo la fama de santidad del celebrado Estilita, y dice Teodoreto, que ya mucho antes de morir Simeón, apenas había casa en Roma que no tuviese a la puerta una imagen del Santo.

Todos anhelaban ver al santísimo varón de quien se publicaban tantas maravillas, y ya en su presencia, y a vista de aquella heroica virtud con que sobrellevaba el tormento de la inmovilidad, el peligro de las tempestades y el rigor de las estaciones, trocaban la incredulidad y el recelo por la veneración y el amor al siervo de Dios. Cristianos e infieles oían con respeto y practicaban dócilmente las enseñanzas y consejos de Simeón, convencidos de que aquel género de vida no era fruto de vanidad y ostentación, sino de la humildad y abnegación del santo monje.

Y este ascendiente extraordinario que plugo al Señor otorgarle con el particular designio de convertir a los infieles y enfervorizar a los cristianos, ejercióle el Santo no solamente sobre sus contemporáneos, sino también sobre varias generaciones. Movidos con su ejemplo, un enjambre de monjes orientales se ejercitaron en adquirir el espíritu de abnegación y penitencia del admirable Estilita, y trataron de imitar fielmente, por espacio de ocho

siglos, aquella su manera de vivir, de modo que San Simeón fué realmente padre y modelo de los monjes estilitas mencionados a menudo en la historia de la Iglesia y de los cuales se habla también en la sagrada liturgia. Hasta había un rito especial para iniciar a los aspirantes a la vida de estilita —«vivir y orar en lo alto de una columna»—, y el evangeliario siríaco trae un evangelio propio del día en que el monje subía a ella.

MUERTE DEL ESTILITA

HACIA el mes de julio o septiembre del año 459, y tras prolongada dolencia, llamó el Señor a la recompensa celestial a su fidelísimo siervo Simeón. Noticiosos de su muerte, el obispo Martirio y otros prelados acudieron a la columna y, para impedir que fuese hurtado el cuerpo del Santo con perjuicio de los de Antioquía que lo codiciaban, acudió también Ardaburio, oficial del ejército, con una guardia de más de quinientos soldados. Las reliquias del Estilita fueron encerradas en un ataúd de plomo, y un carruaje las trasladó a Antioquía, donde les depararon triunfal recibiento y entrada. Toda la población salió a unirse al cortejo que acompañaba al cuerpo del insigne asceta, el cual fué depositado en el mayor templo de la ciudad.

La columna del Estilita se convirtió en lugar de peregrinación muy concurrido, y un monasterio edificado a corta distancia de ella, agrupó en comunidad a los primeros discípulos de Simeón. Rodeando la columna edificóse un grandioso y suntuoso templo que recordaba y proclamaba con lenguaje más elocuente que la palabra, la devoción de la nación siriaca hacia el admirable y santo Ermitaño. Las majestuosas ruinas llamadas aún *Kalat' Sem'an* —«castillo de Simeón»— situadas en lo alto de una meseta que domina el valle de Afrín, son los restos de la iglesia y del monasterio, los mismos que visitó y describió Evagrio, historiador del siglo IV. Uno de los discípulos de Simeón, llamado Sergio, llevó a Constantinopla la noticia de la muerte de su maestro y trajo al emperador como regalo la túnica del Santo, si bien luego le pareció mejor regalársela a otro de los discípulos de Simeón llamado Daniel, el cual vivió estilita a orillas del Bósforo.

La fiesta de San Simeón se menciona en fechas distintas en los calendarios y martirologios de las diversas Iglesias de Asia y Egipto. La Iglesia latina señaló para ella el día 5 de enero, como consta en el Martirologio romano, aunque el Santo muriera en julio o septiembre. La Iglesia griega celebra la festividad del Estilita el día 1.º de septiembre, y hace sólo conmemoración del Santo el día 26 de julio.

SANTORAL

Santos *Telesforo, papa y mártir;* **Simeón Estilita, solitario;** *Deogracias* y *Gaudencio, obispos;* Andrés de Vaubrún, abad; Atanasio y Teodoro, discípulos de Santiago Apóstol; Migueas, profeta; los Mártires de la Tebaida; Eduardo, confesor, rey de Inglaterra: su fiesta se celebra el 13 de octubre. Santas Sinclética y Apolinaria, solitarias; Euprexia, viuda; Adalberga y Talida, abadesas, y Emiliana, monja.

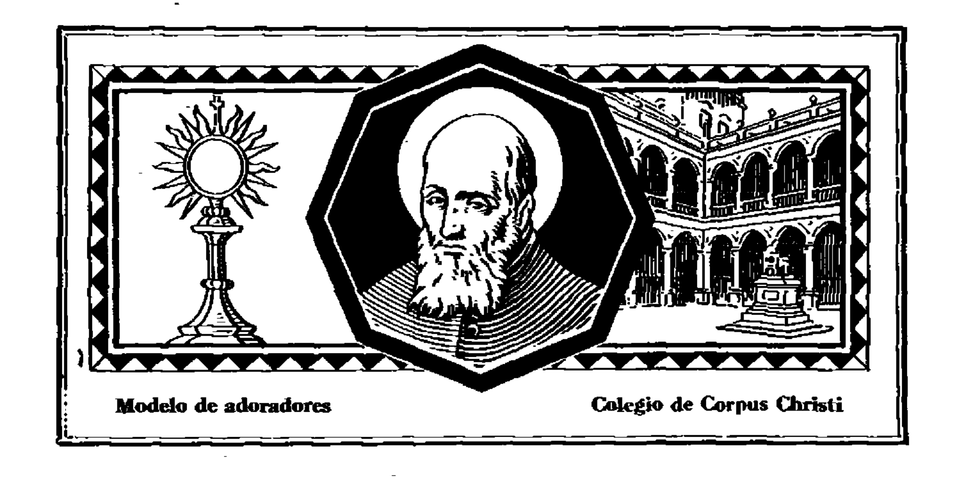
SAN TELESFORO, papa y mártir. — Este Santo sucedió a San Sixto I en la silla de San Pedro, el año 125, y gobernó la Iglesia por espacio de doce años aproximadamente. Todos sus desvelos y actividades iban encaminados a la decidida empresa de confundir las doctrinas perniciosas de los herejes y de los gentiles y las de muchos falsos profetas que se levantaron en aquel tiempo. Sin ser propiamente el innovador del ayuno cuaresmal, ordenó que se ayunase siete semanas antes de Pascua. También mandó que se celebrase misa en la noche de Navidad y que en el Santo Sacrificio se rezase el «Gloria in excelsis Deo». Sufrió el martirio en tiempo del emperador Adriano, el año 136, y fué enterrado en el Vaticano.

SAN DEOGRACIAS, obispo. — Los vándalos, capitaneados por su rey Genserico, cometían, por doquiera pasaban, toda clase de crímenes y vejaciones, persiguiendo cruelmente a los que profesaban la doctrina de Cristo. Cartago estuvo desprovista de obispo durante quince años, hasta que el virtuoso Deogracias, por consejo del emperador Valentiniano, fué elegido y consagrado obispo el 25 de octubre del año 453. Prestó a la verdadera Iglesia innumerables beneficios y ejerció con los pobres y fieles en general incontables actos de caridad, pues amar al pobre, al necesitado, al desvalido, fué siempre el afán de toda su vida. Gustaba de visitar a los cautivos y les llevaba socorros pecuniarios y espirituales.

Los arrianos querían acabar con la vida de tan santo obispo, pero Dios se adelantó a la malignidad de los calumniadores haciendo resaltar ante todo el mundo la inocencia de su fiel siervo, el cual, lleno de méritos, se durmió en la paz del Señor a los tres meses de haber ceñido la mitra.

SAN GAUDENCIO, arzobispo. — Poco antes del año 1000, la ciudad de Praga y su diócesis se veían infestadas de los errores idólatras que desfiguraban el verdadero culto de la religión cristiana y ponían en peligro la salvación del alma de muchos católicos que se dejaban seducir por estos errores. Inflamado el corazón de San Gaudencio en el amor de Dios, se puso en contacto con su hermano San Adalberto, arzobispo de Praga; no cesaron ambos apóstoles de exhortar al pueblo a que abjurase sus errores y abandonase las prácticas a que se entregaba, con grave detrimento de la verdadera religión.

Pero su celo apostólico les valió las iras del pueblo, que exigió su expulsión. Adalberto ingresó en la abadía de Monte Casino, aunque pudo recuperar su sede. Gaudencio fué elegido arzobispo de Gnesne, en Polonia, donde se atrajo, por su prudencia y santidad, el aprecio de sus súbditos. Después de inauditas penalidades sufridas en dura cárcel a causa de su celo evangelizador, murió en la paz del Señor en los albores del año 1009.



EL BEATO JUAN DE RIBERA

Arzobispo y Virrey de Valencia (1533-1611)

DÍA 6 DE ENERO

ES lumbrera de toda España, singular ejemplo de virtud y de bondad, dechado de gloriosas costumbres y santidad: tanto que yo me confundo oyendo lo que oigo decir de su mucha humildad y modestia. Porque no sólo cumple con la obligación de Obispo, sino con la de Cura, ejercitándose en administrar los Sacramentos y llevar por sí mismo el Viático a los enfermos. Su vida es más de religioso que de Prelado y muchos Obispos en España siguen sus pisadas y su ejemplo.»

Así ensalzó San Pío V al Beato Juan de Ribera, Obispo de Badajoz, en público Consistorio ante los Cardenales, al nombrarle Patriarca de Antioquía, en abril de 1568.

EL NIÑO JUAN. — ESTUDIANTE EN SALAMANCA

NACIÓ el Beato Ribera en la riente ciudad de Sevilla y fué bautizado en la parroquia del Sagrario de la Catedral en 20 de marzo de 1533. Se le puso por nombre Juan Evangelista. Fué su padre don Perafán (Pedro Afán) de Ribera, Duque de Alcalá de los Gazules, Marqués de Ta-

rifa, Conde de los Molares y Adelantado Mayor de Andalucía. Fué Virrey de Cataluña y después de Nápoles.

El bienaventurado Juan no conoció a su madre. Desde sus más tiernos años fué cuidadosamente educado por meritísimos ayos, respondiendo su natural bondadoso y su talento nada vulgar, de tal suerte que a los diez años, perito en el latín y con elementos de griego, proponían sus maestros al Duque que le enviara a estudiar a la Universidad de Salamanca. Dilatólo el Duque, dada la tierna edad del niño; pero a su tiempo, púsole casa en Salamanca, como a Príncipe; un ayo que la gobernara, cuatro pajes para su servicio y renta de veinte mil escudos. El dominico Maestro Soto, árbitro del saber en tan famosa Universidad, cuidó de su orientación literaria, y el Maestro Ávila, de su dirección espiritual. Conservó intacto el lirio de su virginidad a costa de acerbadísimas penitencias, por las cuales, su padre, creyéndole ético, le mandó regresar a Sevilla y lo cuidó amorosamente, instalándole en el llamado Palacio de Pilatos, casa solariega de los Ribera y maravilla española del arte mudéjar.

Volvió el joven Juan a Salamanca para proseguir los estudios; su vida era edificantísima; no salía de su oposento, que era un verdadero oratorio, sino para comer. Tenía en su escritorio las normas que le había trazado el Beato Ávila y las cumplía con exactitud. Añadía a la oración el Oficio Parvo y rezaba con la familia el santo Rosario. Sus delicias eran tratar con sus maestros y con personas de virtud. En una carestía, el joven Ribera vendió su vajilla de plata para socorrer a los pobres. Hubo de mendigar el sustento para sí y los suyos en los conventos amigos hasta que, enterado el Duque, le proveyó con abundancia.

De su asiduidad en el estudio dan testimonio los nueve tomos escritos por mano del Beato en los que consigna, con muy linda letra, las más notables lecciones que oyera en las aulas. Licencióse de Bachiller en 5 de mayo de 1554 con universal elogio.

Después de muy larga preparación ordenóse de sacerdote, a título de Beneficio. Doctoróse en Salamanca en 31 de mayo de 1557 y no fué poco lo que sufrió su modestia, debido al clamoroso aplauso que se le prodigó en la Universidad.

JUAN DE RIBERA, SACERDOTE Y OBISPO

CONSERVÓ siempre el rezo del Oficio Parvo, y logró que también lo rezaran en obsequio de la Virgen todos los habitantes de su casa. Levantábase antes del amanecer, ordinariamente a las cuatro; dedicaba una hora a la oración; luego, rezaba el Oficio Parvo y el Divino y a

continuación, y después de haberse confesado, celebraba devotísimamente la Santa Misa, durante la cual, como un querube, derramaba abundantes lágrimas. Para más esparcirse a sus anchas con el Señor, solía despedir al ayudante, y, al llegar al Agnus, llamábale con la campanilla. Corrían veloces las horas en estos deliquios divinos y el Señor se complacía en honrar a su siervo, cuyo rostro irradiaba fulgores o quedaba, como dos palmos, suspendido en el aire. Dadas con detenimiento las gracias, solía sentarse en el confesonario y luego atendía a sus quehaceres y estudio. Venida la noche, meditaba un capítulo de la Sagrada Escritura, terminaba el rezo, leía un comentario o capítulo de los Santos Padres y, cumplidas sus devociones con el santo Rosario, se entregaba al descanso.

Siendo tan elevada la posición y la alcurnia de Ribera, no pudieron sus relevantes prendas ser ignoradas del Rey, el cual, antes de la edad canónica, le presentó para el obispado de Badajoz. Rehusó el nombramiento el joven doctor y sólo ante el mandato de su padre y ante las reiteradas insistencias de Felipe II, hubo de avenirse resignadamente a ser consagrado Obispo en la catedral de Sevilla en 1562.

Si toda la vida del beato Ribera en Salamanca se ciñó al cumplimiento exactísimo de las normas que le trazara el Beato Maestro Ávila, toda su actuación episcopal tuvo por pauta estas palabras que le escribiera su padre desde Nápoles.

«A mi hijo don Juan de Ribera.

Hijo: Dios ha sido servido de remediar la necesidad de mi ánimo y aun de mi alma; porque cierto la tenía con gran inquietud, viéndome con tan poca salud, y a vos falto de remedio, deseándoos más que la vida. En pago de esto y de lo que habéis conocido que os he querido siempre, que es y ha sido más que a hijo, os encargo, que con todas vuestras fuerzas trabajéis en cumplir con el oficio y dignidad en que Su Majestad os ha puesto: y que os trataréis con todos con toda humildad: y os acordaréis de los pobres para socorrer su necesidad, y que a ellos y a los ricos administraréis los Sacramentos y les mostraréis el camino de salvarse.

Oiréis a todos con blandura, y pasen por vuestras manos todos los más negocios que fuere posible, sin remitirlos a nadie. Miraréis que en vuestro Obispado no haya pecados públicos, y principalmente en los Clérigos, de los que habéis de tener particular cuenta que vivan con el recogimiento y la honestidad que conviene.

Residid siempre en vuestro Obispado, y en tiempo de necesidad o de falta de salud, no hagáis ausencia una hora, aunque sea por negocio que os parezca que importa mucho. En vuestra casa querría que tuviésedes muy poca gente y aquélla muy virtuosa.

Tened poco aderezo y muy honesto, una cama negra o leonada, y de manera que no parezca que hay curiosidad en esto y en otra cosa. Comed a la castellana, gallina o pollo, carnero, vaca y potaje, esto muy limpio y bien concertado. Tened

cuenta con la hacienda, así porque la habéis de dejar a quien no es vuestro hijo, como porque aprovechándola podréis socorrer mejor las necesidades de los pobres, *que esto os vuelvo a encomendar yo sobre todo.* No tendréis granjería porque parece muy mal.

Visitaréis muy poco en el lugar: y las más veces que pudiéredes las iglesias de vuestra diócesis. A los que escribiéredes sea muy cortésmente, y a los Grandes Ilustrísimo, y a todos los otros Muy Ilustre y Señoría, aunque ellos no os la llamen a vos; y lo mismo haréis con los Obispos, aunque sean de anillo. Y Dios os guarde, como deseo, y os dé gracia para que le sirváis. De Nápoles, 2 de *mayo de 1562. — Don Perafán.*»

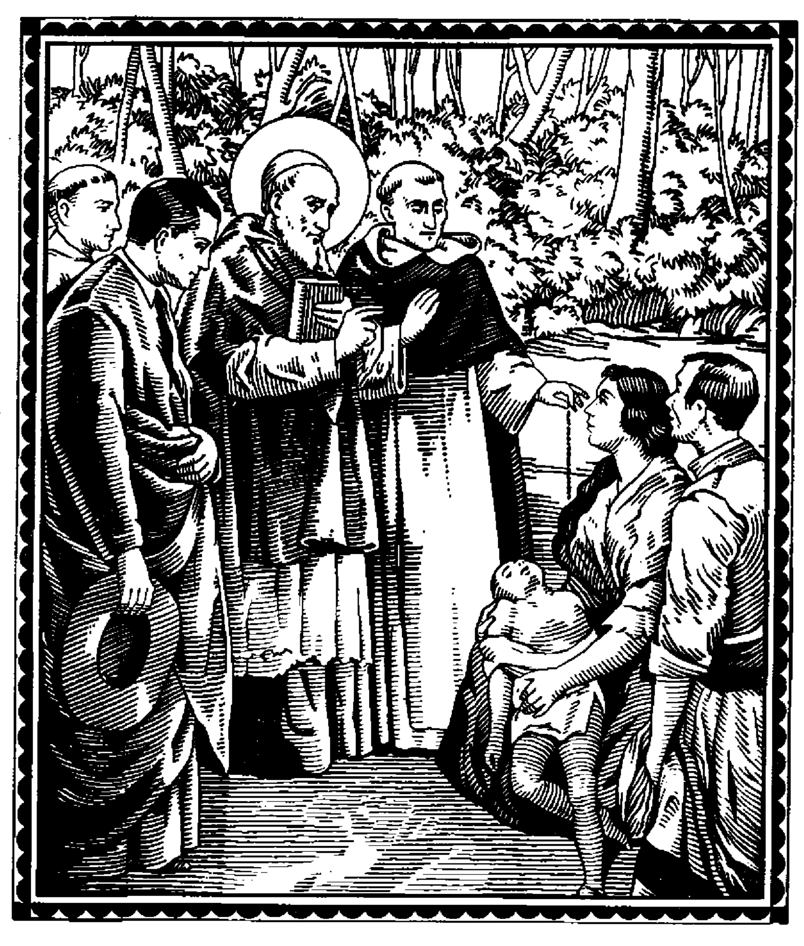
Precedióle la fama de sus virtudes y de su saber y, al llegar a Badajoz, recibióle la ciudad con inusitadas demostraciones de alegría, dispensándole una entrada verdaderamente triunfal. Su prócer continente, su viril hermosura y la modestia que resplandecía en todas sus acciones predispusieron a su favor a las multitudes que le miraban como a un ángel, admirándose de la vida prodigiosa y santa de su nuevo Pastor.

Siempre juzgó como muy principal deber de los Prelados el ministerio de la predicación, y en dos voluminosos infolios en que consigna el esqueleto de sus sermones, consta que predicó el primero en su querido Badajoz. Su extraordinaria elocuencia le mereció la fama de ser reputado como el Prelado más elocuente de su tiempo.

Amigo de los pobres, padre de los necesitados, por segunda vez vendió su vajilla de plata para remediar el hambre de sus diocesanos. Fomentó las Cofradías de las Minervas, la de almas benditas del Purgatorio y la de reparación contra la blasfemia. Sus austeridades y penitencias bajo la dirección de San Pedro de Alcántara, segunda vez hicieron temer al Duque por la salud de su hijo.

PATRIARCA DE ANTIOQUÍA. — ARZOBISPO DE VALENCIA

HACÍA seis años que regía la diócesis de Badajoz el Beato Ribera cuando, *motu proprio,* el papa San Pío V le ennobleció con el Patriarcado de Antioquía y le condecoró con el sagrado palio. Y al dignarse el Pontífice asumir el oficio de abogado ante el Sacro Colegio de Cardenales para proponerles su nombramiento, tomó pie para prodigarle los encomios que se consignan al comenzar este esbozo de la vida del Beato. Entonces, con humildad profunda, llegó el Pontífice a decir *que era más digno que su inutilidad de ocupar la Sede Apostólica.* Y lo decía San Pío V.



EL *Beato Juan de Ribera visita hasta los más apartados rincones de la diócesis; habla, consuela y alivia con preferencia a los humildes. En este día su bendición devuelve la salud a un pobrecito niño ya agonizante, que sus padres le presentan apenados, pero llenos de esperanza.*

Y, como si este nombramiento Apostólico indicara al Rey el Prelado conveniente para Arzobispo de Valencia, presentóle al Pontífice. Segunda vez se resiste la humildad de Ribera que, desconfiando de sus fuerzas, tampoco se decide a dejar a su primera esposa, su amada Iglesia de Badajoz. Preconizado por el Pontífice, hubo de salir de noche de la mencionada ciudad para evitarse las dolorosas escenas de una triste despedida.

Para dar mayor eficacia a su actuación, visitaba personalmente la diócesis o por medio de los dos Obispos Auxiliares que le concediera la Santa Sede. Reunía a los niños y les enseñaba el catecismo y estimulaba a los padres y al clero; examinaba las deficiencias que pudieran observarse y les procuraba inmediatamente remedio. Como que este punto referente a la urgencia de la catequesis figura también en sus enseñanzas conciliares de Salamanca.

LA INSTRUCCIÓN DE LA NOBLEZA

ERA costumbre entonces que en las casas de los próceres y potentados españoles, con el nombre de pajes, utilizados en los más decorosos ministerios, se criara buen número de nobles efebos que, juntamente con las letras, se adiestraban en las armas. Al tratar el Patriarca de evitar los pecados y excesos de la República, vió que la abundancia de medios y el descuido que se tenía para educar a los nobles, era parte principal de este mal, que podría remediarse si «el Obispo tuviese cuidado de los hijos de la gente noble y les diese maestro, el cual en casa del Obispo les leyese los libros que le fuesen señalados por él mismo y asimismo les diese buena educación». El discreto Patriarca en su palacio de Valencia atúvose a este antiguo parecer suyo y a la costumbre introducida y admitió en su palacio a veinticuatro jóvenes de la primera nobleza a los que educó, como en un seminario.

Jamás usó el Beato Ribera de estos pajes para el servicio de su persona ni de su casa, mas cuando oficiaba de pontifical le asistían en el presbiterio, rica pero sencillamente vestidos. De este semillero, la Iglesia contó dos Cardenales y diez Obispos, y la Patria, varios señores convertidos en padres de vasallos y no pocos que la sirvieron en las más altas magistraturas. Veinticuatro fueron los pajes que educó durante su vida, veinticuatro los colegiales que señaló a su Colegio-Seminario de Corpus Christi para el servicio de la diócesis valenciana.

VIRREY Y CAPITÁN GENERAL

SIEMPRE pesó el parecer del Patriarca Arzobispo en el Consejo de S. M. Católica el Rey Felipe II, el cual al recibir sus cartas las besaba devotamente y en zalema oriental, entonces muy en boga, las colocaba sobre su frente y decía: «Todo esto y mucho más merece la santidad del Patriarca.»

Nombrado Virrey y Capitán General por Felipe III, que le veneraba como a padre, alcanzó del Rey que viniera a celebrar Cortes en Valencia, satisfaciendo los deseos de este reino. Los bandos de buen gobierno, el alumbrado nocturno de la ciudad, la requisa diaria de mesones y posadas, la investigación de los forasteros venidos a pernoctar, la persecución insistente de vagos, maleantes y gente de mal vivir, lograron que se desterraran voluntariamente todos los elementos indeseables. Ni en las huertas de Alicante, ni en los vados del Júcar, ni en los alrededores de Valencia, antes tan infestados de malhechores, hubo atropello alguno durante su gobierno. Un solo arcabuzazo se disparó por la noche en los alrededores de la ciudad y no quedó sin castigo. Defendió las costas contra los corsarios africanos armando dos poderosas naves, temibles para el abordaje; dotó de material los polvorines; amaestró las milicias, y enfrenó los desafueros y licencia de la nobleza.

EL INSIGNE Y REAL COLEGIO-SEMINARIO DE CORPUS CHRISTI

CON los bienes heredados del Duque virrey su padre, con los suyos propios y con otros que la Divina Providencia le procuró, enriqueció a la ciudad de Valencia con la magnífica fundación arriba enunciada, que posee una de las más primorosas iglesias de España, y cuyo servicio corre a cargo de numerosos sacerdotes y encargados, entre cantores, maestros de ceremonias y oficiales de toda clase.

Y es que Juan de Ribera era muy amante del Santísimo Sacramento, y quería, con esa fundación, salir por los fueros del divino Huésped del sagrario, y ganarle corazones, en una época en que los herejes menudeaban los escarnios y ultrajes contra Su Divina Majestad. Nada escatimaba para lograr su intento, no pareciéndole ninguna cosa demasiado hermosa, magnífica o lujosa cuando se trataba de honrar a Aquél a quien la tierra entera sirve de escabel. Quince años llevó la ejecución de esa obra, teniéndose que vencer muchísimas dificultades, que superó con ánimo esforzado.

EL BEATO JUAN DE RIBERA Y LOS MORISCOS ESPAÑOLES

NO es posible omitir la actuación del Beato Patriarca, tanto como Prelado, en la instrucción de los moriscos, como en sus consejos a la Corona en la expulsión de los mismos. Constituía el nudo de esta cuestión secular el haber sido forzados a bautizarse los moriscos por las tropelías de los agermanados y haber aceptado después voluntariamente el bautismo, simulando su conversión, para esquivar ser expulsados por Fernando el Católico. Y al ser moros de corazón, constituían la pesadilla de los Prelados, de los políticos y de los reyes españoles. Según derecho, por ser hijos de bautizados, debían serlo ellos también, y al quedar en poder de sus padres se tenía la evidencia moral de que habían de apostatar de la santa fe católica. Este hecho lamentable abrumaba como prelado al Beato Juan de Ribera. Atento siempre a satisfacer sus deberes de pastor, comenzó visitando personalmente hasta los más apartados y abruptos rincones de su diócesis; editó dos catecismos, uno sintético y otro explicado, al que precedía la refutación de los errores muslímicos. Y para que con la unidad de acción tuviera esta empresa la debida eficacia, dictó prudentísimas normas tanto para los párrocos como para los predicadores y misioneros que recorrían los pueblos, y no hubo ni santo, ni venerable, ni docto que no figurara en esta general catequesis de los moriscos, que impulsaba y presidía el mismo Patriarca.

Sabía muy bien que, de ser posible la conversión de los moriscos, vendría naturalmente la fusión de los dos pueblos, y la idea de conquistar tantas almas para Dios y tantos ciudadanos para la Patria, acrecentaba sus energías y sus esfuerzos. Empero, a medida que estrechaba el cerco el Beato Ribera, las aljamas se reunían y se concertaban, sugerían las respuestas en todas partes idénticas, cruzábanse correos y enhorabuenas y se comunicaban instrucciones, hasta venidas de África. Los esfuerzos practicados ahondaban las diferencias y los odios. Los medios de atracción, además de inútiles, eran cínicamente burlados.

Aun era más deplorable el aspecto político de este lamentable asunto. Los moriscos, desconocedores de la continencia y teniendo por lícita la poligamia, sin ser admitidos al noble ejercicio de las armas, se multiplicaban extraordinariamente; en cambio, los reinos españoles se despoblaban de cristianos que morían peleando en los tercios, o afluían a la colonización americana. Los oficios de trajinero y muchos más eran monopolizados por los moriscos, conservándose dueños de las comunicaciones y del tráfico. No había seguridad en los caminos, y donde ellos predominaban no podían

salir de noche los cristianos. Jamás cesaron en sus conspiraciones y tratos tanto con las potencias musulmanas, como con las naciones enemigas de España, mientras los corsarios africanos saqueaban las costas, muchas veces en connivencia con los mencionados moriscos. Los clamores del pueblo iban en aumento demandando remedio, y al repercutir en las diversas cortes españolas, más de treinta veces pidieron la expulsión. Y el Beato Patriarca en dos representaciones tan sesudas como enérgicas, acudió al Rey demandando remedio, inclinándose por la expulsión, *por reclamar los grandes males heroicos remedios, por ser éste el más razonado y hacedero de los propuestos, y en tanto no se pudiere hallar otro más suave.*

Causaron gran sensación en la corte estos razonamientos viriles con tanta clarividencia expuestos y mayor aún, si cabe, en la corte romana.

Sin embargo, así hubiera quedado probablemente este asunto, pues imponía al ánimo más esforzado la misma magnitud de la empresa. Mas quiso el cielo que cayeran en manos de la autoridad las maquinaciones tramadas para la inmediata primavera de 1610, los tratos con Muley Cidan de Marruecos, las embajadas a la Puerta Otomana y los ofrecimientos de que se levantarían en España ciento cincuenta mil combatientes, tan moros como los de Berbería, que acudirían con vidas y haciendas en socorro de las potencias invasoras. Y entonces el Consejo de Castilla, acordó con el mayor secreto la expulsión y sorprendió con la publicación del bando a los moriscos y a los cristianos. Escribió el Beato Ribera a sus párrocos, les previno para que hicieran rogativas, ayudaran a las autoridades, y confortaran a los cristianos y aun pudo lograr indulgencia para los niños y para cuantos pudieran acreditar la verdad de su conversión.

Los impíos y la secta de los falsos políticos se han esforzado en arrojar paletadas de cieno sobre la memoria del Beato Ribera, acusándole de haber faltado a la caridad y a la mansedumbre apostólica. La Santa Iglesia, en el proceso de Beatificación, se sirvió declarar, que aun en el proceder del Patriarca relacionado con la expulsión, había éste ejercitado la caridad en grado heroico. Como que el cayado no sólo sirve al pastor para apacentar idílicamente a sus ovejas, sí que también para blandirlo con decisión y energía en su defensa, cuando los lobos carniceros tratan de devorarlas, precisamente en odio a su santa fe y con hundimiento de la patria.

Juan de Ribera murió a los 78 años de edad, el 6 de enero del año 1611. Al ver entrar en su aposento el santo Viático, saltó el venerable anciano de su lecho y, arrodillándose, adoró al Santísimo Sacramento y le pidió perdón de haberle hecho venir a su casa, siendo así que tenía que haber ido él a buscarle al pie del tabernáculo. Muchísimos milagros y singulares mercedes alcanzaron los fieles orando junto a su sepulcro. Fué beatificado por Pío VI el día 5 de agosto del año 1796. Celébrase su fiesta el 30 de agosto.

SANTORAL

La Epifanía del Señor. Santos Gaspar, Melchor y Baltasar, reyes; *Melanio* y Teodoro, obispos; Erminoldo, Pedro de Doroverne, abad; *Nilamón, solitario;* Antimondo, apóstol de las Galias; Beato Juan de Ribera; Juliano, obispo; Pompeyano, mártir en Cerdeña. Santas *Macra* y Benita, mártires; Gertrudis de Ostende.

SAN MELANIO, obispo. — Estando en la agonía el glorioso obispo de Rennes, San Amando, tuvo la inspiración divina de proponer para sucederle en su silla episcopal a Melanio, varón sabio y prudente, pero muy humilde, en cuyo corazón se desarrollaban las flores de la castidad, caridad y celo inmenso por conservar en su primitivo vigor y lozanía las máximas de Cristo. El pueblo respetó la voluntad de Amando y eligió a Melanio por pastor; éste se consideraba indigno de ocupar tan elevado cargo; pero, al fin, aceptó. El nuevo prelado trabajó sin descanso en procurar a sus queridos diocesanos los pastos saludables para su cuerpo, interesándose, ante todo, por su bien espiritual, lo cual le valió el aprecio de todos sus subordinados. Pronto se extendió la fama de su santidad y acudieron a escuchar sus consejos muchos hombres ilustres, entre ellos el rey Clodoveo, que consideraba a Melanio como el apóstol de Francia († 531).

SAN NILAMÓN, solitario. — Al alborear el siglo v, el patriarca de Alejandría, Teófilo, procedente de Constantinopla, desembarcaba en el puerto de Geres, no lejos de Damieta, en ocasión en que la sede episcopal de aquella población se hallaba vacante por muerte de su prelado. El pueblo buscaba y pedía un sucesor.

En las afueras de la ciudad vivía, desconocido de todos, un solitario llamado Nilamón, que pasaba su vida en continuos ejercicios de oración y penitencia. Providencialmente fué descubierto por Teófilo, el cual, al conocer la santidad del solitario, le propuso para obispo. Nilamón aducía todas las razones que encontraba para rehusar aquel cargo, para el que no se sentía llamado ni con las condiciones debidas. Pidió el solitario un día para pensarlo; pasado el cual, volvió Teófilo, seguido de todo el pueblo, que aclamaba a Nilamón para su pastor. Ya se disponía el patriarca a ordenarle y luego a consagrarle, cuando Nilamón pidió un momento para orar, lo que hizo junto con Teófilo. Poco después de iniciada la plegaria, el solitario tuvo un dulce éxtasis en el que entregó su alma a Dios. Muchos milagros se han hecho por intercesión de este Santo. Su muerte ocurrió en el año 403.

SANTA MACRA, virgen y mártir. — Se convirtió del paganismo al cristianismo y dedicó toda su vida posterior a la oración y penitencia. Eran tan fuertes sus convicciones y tan intenso su amor a Dios, que no fueron suficientes los tormentos a que la sometieron para inclinarla a ofrecer sacrificios a los dioses. Vivió en las proximidades de Reims, cuyo gobernador mandó cortarle los pechos, encarcelarla y echarla al fuego. Así consumó su martirio el día 6 de enero del año 302.


Grillos, azotes y cadenas.—Símbolos gloriosos del encarcelado y del mártir

SAN LUCIANO

Presbítero de Antioquía, mártir en Nicodemia († 312)

DÍA 7 DE ENERO

EN tiempo en que el ánimo del emperador Constantino comenzaba a inclinarse al cristianismo, al que andando los años había de convertirse, la persecución de Maximino Daza dió ocasión a que fuese llevado a Nicomedia un santo e ilustre sacerdote, acreedor al aplauso y alabanza de la Iglesia por haber transcrito las sagradas Escrituras vertiéndolas al griego, preludiando con ello los grandes trabajos que más tarde habían de llevar a cabo San Jerónimo y otros escritores. El heroico derramamiento de su sangre por Cristo, coronó dignamente su vida, llena de vicisitudes, pero ejemplar y fecundísima.

FAMILIA DEL SANTO.— SU CONVERSIÓN

DE padres descendientes de noble prosapia nació San Luciano en Samosata, hoy en día Samsat, ciudad situada en la Siria septentrional, entonces llamada Siria eufratesiana. Las actas del martirio, escritas con bastante posterioridad a su muerte, afirman que sus padres

eran cristianos fervorosos y que pusieron todo empeño hasta el último día de su vida, que fué cuando Luciano contaba unos doce años, en formar a su hijo en la práctica de la virtud y piedad. Sin embargo de eso, el historiador Rufino, que escribía en el siglo IV, pone en boca del Santo un discurso que pronunciara poco antes de su muerte y en el que le hace decir que en su infancia adoró las falsas deidades del paganismo. Es, pues, verosímil que así sucediera, y que, educado el niño en la idolatría, se convirtiera en su juventud.

Fallecidos sus padres y ya él en el gremio de la Iglesia, entró cierto día en el templo y, postrado ante el altar, escogió a Dios por padre y herencia y, siguiendo los impulsos de la gracia, vendió luego su patrimonio y distribuyó el importe entre los pobres.

Dejando por aquel tiempo su país natal, se encaminó a Edesa para ponerse bajo la dirección de un tal Macario, que gozaba de gran fama como intérprete de las Sagradas Escrituras. Mas no por eso descuidó Luciano las letras humanas en las que sobresalía mucho, como consta por el testimonio que da de ello San Juan Crisóstomo. También San Jerónimo alaba sobremanera la elocuencia del Mártir, afirmando que en los escritos de Luciano brillan a la par la ciencia de los filósofos y la luz sobrenatural de los Libros Santos.

En realidad, Luciano era aún catecúmeno; no tardó, sin embargo, en recibir el agua bautismal que le confirió la gracia santificante, y poco después, el espíritu divino le llevó al desierto de la vida monástica. Su ayuno era allí tal, que casi podría decirse que se privaba de todo alimento: comía una sola vez al día, y aun algunas temporadas una sola vez a la semana.

Por entonces vivió Luciano entregado por completo al estudio, a la penitencia y a la contemplación, disputando a la naturaleza un descanso que sólo tomaba de pie, apoyado en una pared o en algún arrimadero. No es, pues, extraño que su adolescencia fuese pura y varonil.

REVISIÓN DE LOS LIBROS SANTOS. — OTROS TRABAJOS

EL apuesto caballero se había trocado en joven y virtuoso santo. Dejando a Edesa, pasó a Antioquía, donde le fueron conferidas las sagradas órdenes, y desde entonces comenzó a agrupar en su derredor un enjambre de jóvenes estudiosos que acudían a él, atraídos por el universal y merecido renombre de que gozaba. Ocupaban el tiempo en copiar manuscritos, y Luciano se valía también de su hermosa letra como medio de hacer frente a sus necesidades y a las de aquellos que le rodeaban, pues

miraba como una injusticia el tomar él algún sustento sin haber antes proveído a la necesidad de los menesterosos.

La revisión de la Sagrada Escritura fué particularmente el blanco al que apuntaron sus trabajos y los de sus discípulos, por considerarla como de indiscutible necesidad en aquellos tiempos de proselitismo y de incesantes arremetidas contra la verdadera fe.

Advierte el escritor Suisdas que Luciano, «en vista de las notables modificaciones introducidas en los Sagrados Libros a través de los tiempos, debidas al sin fin de traducciones que de los mismos se hicieron y a la malicia de los paganos, los cuales añadían conceptos que tergiversaban el sentido espiritual de las Escrituras», emprendió la corrección de la versión griega llamada «de los Setenta» del Antiguo Testamento, cotejándola con el texto hebreo, idioma que Luciano poseía con perfección, y después de ese trabajo verdaderamente asombroso, hizo lo propio con el Nuevo Testamento, como refiere San Jerónimo. Su obra fué considerada de tanta excelencia y mérito que casi todo el Oriente, desde Antioquía hasta Constantinopla, adoptó esta revisión de las sagradas Escrituras al finalizar el siglo IV.

Además de eso, Luciano escribió algunos tratados menores sobre la fe, y posteriormente unas cuantas epístolas muy cortas. Al hablar la Historia de la Iglesia de los Concilios habidos en la capital de Siria para impugnar los errores de Pablo de Samosata, obispo de Antioquía, no menciona a nuestro Santo. Qué partido tomó Luciano con respecto a las falsas doctrinas de Pablo, su compatriota y obispo, no se sabe de cierto, por más que de una carta de San Alejandro, obispo de Alejandría, se deduce que por algún tiempo estuvo separado de la Iglesia Católica, particularmente siendo obispos de Antioquía Domno, Timeo y Cirilo, y es probable que esa excomunión se relacione con el asunto de Pablo, de quien Luciano no quiso al principio separarse.

Dice un autor grave que ése es el lugar más escabroso de la vida de nuestro Santo, y que sin duda en eso no se le puede eximir de culpa, pero que sea cual fuere la gravedad de su falta, la borró luego entrando en la comunión de la Iglesia, y la reparó nobilísimamente y con creces, dando muestras extraordinarias de perfecta caridad al confesar con valentía la fe ante los tribunales y derramar heroicamente la sangre por Jesucristo; pero mayores pruebas dió de su retractación antes de su martirio.

Otro tanto puede decirse de los errores que se le atribuyen respecto al misterio de la Santísima Trinidad, pues no se puede tampoco culparle de buenas a primeras por doctrinas teológicas que en aquel tiempo eran discutidas libremente, y que la Iglesia no condenó sino trece años después de muerto Luciano, y tras largo y concienzudo examen.

ES MARTIRIZADO EN NICOMEDIA

EXISTEN fundados motivos para creer que en el tiempo en que estuvo separado de la Iglesia, pasó Luciano por vez primera a Nicomedia de Bitinia, ciudad que Diocleciano había de elegir poco después para capital del Imperio de Oriente. Allí se reconcilió el sabio sacerdote con los católicos de la población, los cuales le facilitaron medios de volver a ser admitido en la Iglesia de Antioquía.

Hallábase todavía en Nicomedia en el año 303, al estallar la persecución contra los cristianos, y fué testigo de sus primeras heroicidades. Consérvase, en efecto, un fragmento de una de sus cartas escrita al parecer en el año 304, en la que dice a los fieles de Antioquía que «el sagrado batallón de los santos mártires los saluda, y que el obispo Antimo, terminó su vida con el martirio», lo cual es segura prueba de que Luciano estaba ya en comunión con las Iglesias de Nicomedia y Antioquía, y también con los santos mártires.

Regresó luego a Antioquía, y pronto el emperador Maximino Daza (Daia) desencadenó violentísima persecución contra la Iglesia de Dios, dispuesto a borrar de la tierra hasta el recuerdo del nombre cristiano, y para mejor lograr su diabólico intento, arremetió primero contra los prelados, sacerdotes y personas de mayor nombradía. No tardó en mandar detener a Luciano; pero el Santo, ya por desconfiar de su valor, ya por salvar a los fieles, había huído de la ciudad y vivía oculto en los alrededores.

Sin embargó, cayó, al fin, en manos de los perseguidores, delatado por un hereje que le odiaba de muerte por envidia de la gran fama de que gozaba, y fué conducido a Nicomedia donde el emperador residía con preferencia, para recoger la sucesión de Galerio y preparar la guerra contra su competidor Licinio.

En el viaje a Nicomedia, atravesó Luciano la Capadocia y, durante un alto que hizo la comitiva, encontróse el ilustre preso con un grupo de cuarenta soldados cristianos de aquella provincia, los cuales, por temor a los tormentos habían cobardemente apostatado. Ardiendo en celo por la salvación de aquellos desventurados, echóles en cara lo ignominioso de su proceder, ya que habían temido peligros y suplicios que generosamente habían arrostrado las doncellas y los tiernos niños. Con inflamadas frases que le salieron del alma removió sus conciencias y al fin tuvo el consuelo de verles primero arrepentirse y luego hacer pública profesión de fe, reparando unos con la muerte y otros con atroces tormentos sufridos animosamente, la flaqueza y cobardía en que habían antes incurrido.

Acompañaron a Luciano hasta Nicomedia algunos de sus discípulos tam-



VENID, *amigos —dice el Santo, deshecho por los tormentos—. Hoy, festividad de la Epifanía, no os dejaré sin Santo Sacrificio. Mi pecho será la mesa y el altar.» Así, tendido, celebra Misa, les da la Santa Comunión y les entrega Sagradas Formas para que otros puedan comulgar en sus casas.*

bién detenidos por cristianos; pero no todos ellos tuvieron bastante valor para permanecer firmes y constantes en la fe, y así, prefirieron apostatar, antes que morir atormentados. Luciano puso todo en juego para conseguir que volvieran sobre sus pasos, lo que hicieron, con mucho gozo del Santo, entre otros el presbítero Alejandro y el sofista Asterio, ambos tristemente célebres más tarde por sus heréticas doctrinas.

El ilustre confesor de la fe permaneció algunos días encarcelado, y aprovechó ese tiempo para enviar cartas a sus amigos de Antioquía, sirviéndole de secretario su carísimo discípulo Antonio, como se colige de una de ellas. Escribíalas a los discípulos que no habían podido acompañarle a Nicomedia, y también a algunas piadosas matronas como Dorotea, Severa, Eustolia y otras. Refiere el historiador Eusebio, obispo de Cesarea, que al comparecer Luciano ante el emperador Maximino, presentó para su defensa una apología del cristianismo. Por desgracia, casi todos esos escritos se han extraviado, y en los demás hanse introducido tantas y tales modificaciones que hoy en día es imposible averiguar lo que fué escrito por el propio Mártir.

Mientras tan santa y útilmente pasaba sus días el esforzado atleta, preparábase el tirano para vencerle, y, como le dijeran los que ya le habían tratado, que era tal su continente y la gravedad atractiva de su semblante que a todos admiraba y subyugaba, no quiso verle durante el interrogatorio, sino que le mandó estar lejos, puso una cortina entre el juez y el acusado y le habló por intérprete.

Intentó el emperador deslumbrar a Luciano con la perspectiva de riquezas abundantes y de los más codiciados honores, respondiéndole el mártir que en nada tenía él la magnificencia de tales promesas, ni aun el mundo entero con sus riquezas, cuando comparaba todo ello con el amor y reverencia debidos al verdadero Dios.

Amenazóle entonces el emperador con suplicios largos e inauditos; mas el valeroso atleta, imperturbable y sereno, se mantuvo firme en su fe, burlando la cólera del emperador, el cual airado y como fuera de sí, juró salir vencedor del santo mártir.

Varios fueron los tormentos que infligieron al esforzado sacerdote con la doble intención de causarle los más atroces dolores y de alargar todo lo posible su martirio. Abrieron los verdugos cuatro orificios muy separados en una tabla e introdujeron los pies y las piernas de Luciano, primero por los dos más altos, y luego a viva fuerza por los otros dos, de modo que se le dislocaron los miembros; al mismo tiempo le tendieron de espaldas sobre el suelo cubierto de cascos de vidrio, llagándose el cuerpo con heridas sin número en extremo dolorosas y ataron sus manos a una viga atravesada en el techo encima de la cabeza del Santo.

TESTIMONIO DE SAN JUAN CRISÓSTOMO

EN el panegírico que del santo mártir Luciano pronunció San Juan Crisóstomo el día 7 de enero del año 387, dijo estas palabras: «Viendo los verdugos la augusta serenidad de la víctima, y aquella tranquilidad de ánimo con que sufría los más atroces tormentos; que en vano le sometían al suplicio del potro y lo arrojaban en braseros hechos fuego; que era inútil querer despeñarlo o echarlo a las fieras; que nada, en fin, era eficaz para hacerle abjurar sus doctrinas, acudieron a otra manera de suplicio para ver de doblegar la voluntad del Mártir. Sometiéronle al tormento del hambre; pero viendo el demonio que a pesar de tales privaciones no podía vencerle, intensificó con nueva saña sus padecimientos mudando de táctica. Movió al emperador a que mandara disponer al alcance de las manos del santo mártir una mesa repleta de manjares ofrecidos a los ídolos, intentando con ello dar la última arremetida contra el esforzado varón que se moría ya de hambre. Mas aun aquí triunfó el intrépido soldado de Cristo, y aquello que fué puesto ante sus ojos como tropiezo para su fortaleza, enardeció más su valor, de manera que no solamente reprimió su apetito no dejándose arrastrar a probar aquellos impuros manjares, sino que aun creció en su alma el desprecio y asco que por ellos sentía. Y si la voz del hambre resonaba con fuerza en sus entrañas, impulsándole a probarlos, el santo temor de Dios sujetaba sus manos y le infundía valor para desoír la exigente voz de la naturaleza. A la vista de aquella mesa manchada con la idolatría, acordábase Luciano del banquete eucarístico en el que Dios mismo se da en alimento, y con ese pensamiento se le llenaba el alma de heroica fortaleza, y así determinó sufrirlo todo antes que probar aquellos sacrílegos manjares.»

LA ÚLTIMA MISA. — LA MUERTE

ACERCÁBASE entretanto la fiesta de la Epifanía, y los discípulos del santo sacerdote hallábanse sumidos en profunda tristeza a la vista de su ilustre maestro agotado por los tormentos. Temían que muriese de hambre antes de la hermosa festividad, privándolos con ello de celebrarla dignamente, ya que sería imposible hallar otro sacerdote que ofreciese el divino Sacrificio. Adivinó Luciano las angustias de sus discípulos y les dijo con bondad:

—Sosegaos, hijos míos, y confiad, pues aun celebraremos juntos la Epifanía; no os dejaré sino al día siguiente.

Así sucedió, en efecto; pero llegado el día de la fiesta sintieron nueva congoja por no saber cómo se las compondrían para celebrar los santos misterios en la cárcel, ya que era imposible llevar allí una mesa sin que lo vieran los paganos que iban y venían sin parar y los soldados de guardia.

—Tranquilizaos, hijos —exclamó Luciano—; mi pecho será el altar vivo que valdrá más que uno material e inerte, y vosotros, rodeándome, formaréis como un templo.

Ahora bien, la divina Providencia dispuso las cosas de tal manera que todos los guardianes faltaron a un tiempo, de modo que la víspera de su muerte, el santo Mártir pudo celebrar el augusto sacrificio con toda tranquilidad. Estando en él, dió los últimos consejos y alientos a sus compañeros, y todos ellos y también los ausentes —a quienes se llevó la santa Eucaristía en nombre del celebrante— participaron de los sagrados misterios comulgando con fervor: eran las suaves alegrías de la última Cena que preludiaban las amarguras y duelo del Calvario.

Pero oigamos otra vez a San Juan Crisóstomo: «Juzgando impotentes todos los medios empleados hasta entonces, el enemigo hace comparecer de nuevo a Luciano ante el tribunal del emperador. Llueven sobre él nuevos tormentos y le acosan con infinidad de preguntas, a todas las cuales contesta: «Soy cristiano». Pídele el emperador cuál es su patria, y el mártir le contesta: «Soy cristiano»; cuál es su oficio, y él dice: «Soy cristiano»; cuál es su familia, y la invariable respuesta del esforzado confesor es: «Soy cristiano.» Con esa frase tan corta y sencilla, el valeroso mártir logra vencer la soberbia de Satanás, infligiéndole nueva herida con cada una de sus respuestas.»

«Bien es verdad que de joven había Luciano estudiado con afán las humanas letras, pero no ignoraba que en aquella clase de combates debe el cristiano fiarse en la fe, no en la elocuencia, y que un corazón lleno de amor de Dios vale más en esos trances que el ingenio y la sutileza de las palabras.»

No se sabe a punto fijo cuál fué el último suplicio del Santo, pero es lo más probable que murió degollado o con parecido tormento, pues San Juan Crisóstomo asegura que Luciano fué purificado y bautizado con su propia sangre. Sucedió su martirio a los siete días de enero del año 312. Su cuerpo, al que ataron piedras para que se hundiese, fué arrojado al mar, pero los cristianos lo hallaron al cabo de unos días en la playa, milagrosamente devuelto por las olas.

Rufino opina que fué decapitado secretamente en la prisión por orden de Maximino, quien, temeroso de un tumulto popular, no se atrevió a hacerle morir públicamente. Ribadeneira dice que fué condenado a ser dividido en cuatro partes, cada una de las cuales fué luego atada a una enorme piedra y arrojada al mar. Pero las olas devolvieron milagrosamente el cuerpo entero.

VENERACIÓN DE SUS RELIQUIAS

GRANDE consuelo fué para los cristianos el poder recoger los sagrados restos del Mártir. Faltábale al santo cuerpo la mano derecha que tanto y tan bien había escrito en defensa de la fe y que sin duda se había desgajado al enredarse en algún obstáculo dentro del mar. Pero al cabo de pocos días la vieron flotar sobre las aguas y las olas la acercaron a la orilla, de manera que pudo juntarse con las demás reliquias, las cuales fueron trasladadas con la solemnidad que permitían las circunstancias, al pueblecito llamado Drepanón de Bitinia, situado en la costa meridional del golfo de Nicomedia.

Perteneció nuestro Santo a una época gloriosa para el cristianismo, en la que una como fiebre de santidad se apoderó de los hombres de valer y de prestigio de la sociedad. Viéronse milagros de Poder, pues los ídolos eran desprestigiados; milagros de Saber, pues los maestros de la doctrina cristiana eran muchos y medían talla de genio; milagros de Piedad y de Mística, pues los desiertos se poblaban de santos. Esos hombres admirables prepararon el triunfo de la Iglesia proclamado definitivamente por Constantino.

En cuanto este emperador se vió dueño y señor del imperio romano, edificó un magnífico sepulcro para las reliquias de San Luciano y, además, transformó el pueblecito de Drepanón en pequeña pero hermosa ciudad, a la cual puso por nombre Helenópolis, en honor de su madre Santa Helena, y para honrar más aún al glorioso mártir eximió de pagar tributo a las tierras que rodeaban a Helenópolis, privilegio que duró varios siglos.

Hoy en día, en el lugar donde estaba Helenópolis se encuentra una aldea llamada Yalova, pero, como aseguran algunos viajeros que recorrieron hacia 1900 dicha región, tanto el sepulcro de San Luciano como el recuerdo del ilustre y valeroso Mártir están allí totalmente olvidados.

La Iglesia Católica celebra su fiesta el séptimo día de enero, y los Griegos, el día 15 de octubre.

SANTORAL

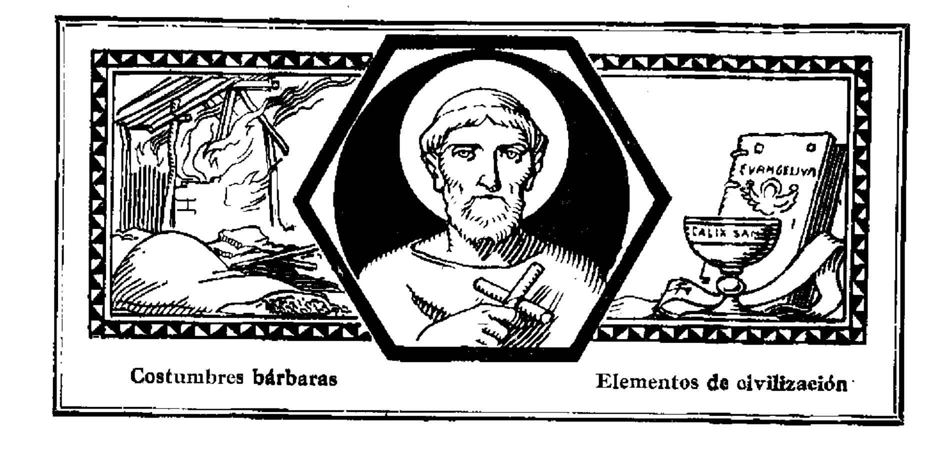
LA SAGRADA FAMILIA: Jesús, María y José: su fiesta, el domingo infraoctava de la Epifanía; la *Vuelta del Niño Jesús de Tierras de Egipto*. Santos **Luciano, presbítero y mártir**; Jenaro, Julián y Félix, mártires; Teodoro, monje; Crispín y Anastasio, obispos; *Polieucto* o *Poliuto, mártir;* Aldrico, obispo; Tilón, ermitaño; Canuto, duque de Slesvig; Reinoldo, mártir; Nicetas, apóstol de godos y escitas; *el Beato Witikind*. Santas Virgana, pastora, y Kentigerna, viuda.

EL NIÑO JESÚS VUELVE DE LA TIERRA DE EGIPTO. — Bajo las arcadas arquitectónicas de los templos, que semejan brazos de amorosa madre, se congregan los fieles todos para conmemorar los diversos pasos de la ruta gloriosa del Divino Salvador, uno de los cuales celebramos hoy, conmemorando el regreso de Jesús Infante, probablemente a los seis años de edad, de aquellas tierras que recibieron a la Sagrada Familia cuando ésta huía de la persecución de Herodes. ¡Jesús vuelve a su hogar, pisa nuevamente su patria! ¡Cuánta poesía, cuánta belleza, cuánto amor! Ya ha muerto el tirano; el cielo consuela a José, fortalece a María y asegura al Niño. Ya el carpintero de Nazaret podrá dedicarse nuevamente y con tranquilidad a sus faenas profesionales; ya María, la dulce Madre, podrá vacar plácidamente a sus rezos y quehaceres habituales, y ambos podrán gozarse en la contemplación serena de aquel rostro divino de su Hijo, que es la sonrisa de Dios y la alegría de los cielos. Y el Niño a su vez será el encanto de aquel hogar más del cielo que de la tierra.

También nosotros somos seres desterrados que peregrinamos por el mundo en busca de la patria verdadera, que es el cielo. El Niño Jesús está a nuestro lado para hacer con nosotros la dura jornada de la vida; hagamos que su corazón palpite junto al nuestro. La vida será breve; pronto divisaremos los muros de la Judea celestial; María va también con nosotros, y ambos nos envuelven con sus sonrisas llenas de esperanzas de salvación.

SAN POLIEUCTO, mártir. — Escenas llenas de emoción tiene la vida de este Santo que, tan pronto como conoció la luz de la verdad, deseó la gracia del martirio. Era idólatra y ejercía el cargo de oficial de la guardia romana que guarnecía a Melitine. Tenía un íntimo amigo, San Nearco, mártir, que le hablaba frecuentemente de la Religión de Cristo, para lograr su conversión. No lo consiguió hasta que un sueño misterioso abrió los ojos del oficial: vió que se le presentaba Jesús con una túnica de color de sangre, interpretándolo como que le pedía el martirio. Apresuradamente se presentó a los que perseguían a los cristianos y públicamente hizo confesión de fe. Su esposa e hija le rogaban con insistencia que se volviera atrás; pero todo fué inútil. Con el martirio recibió el bautismo de sangre, que le abrió las puertas del cielo. Corneille se inspiró en él para la tragedia de este nombre.

EL BEATO WITIKIND. — Este personaje histórico, guerrero feroz y soldado incendiario, es un ejemplo más de los efectos admirables de la gracia, que opera verdaderas maravillas cuando encuentra la correspondencia debida. Witikind era el jefe terrible de los sajones y adversario cruel de la civilización cristiana. Dirigía los ejércitos que luchaban contra Carlomagno, a quien puso en fuga más de una vez. Saqueos, incendios y matanzas eran la obra nefasta de sus manos. Pero el día de Pascua de Resurrección del año 795, asistiendo a las ceremonias religiosas de la festividad pascual en el palacio de Carlomagno, emperador de los francos, se sintió como herido interiormente por una fuerza irresistible, y desde aquel momento el feroz guerrero se convirtió en apóstol denodado de la fe; y si antes incendiaba templos, ahora edificaba iglesias; y el que antes mataba cristianos, ahora anima a los sacerdotes y logra nuevos prosélitos para la religión de Cristo; y los que anteriormente fueron testigos de sus barbaridades, ahora lo son de sus ejemplos y de su constancia; por eso, al morir, en 810, le enaltecieron como guerrero y le honraron como santo.



Costumbres bárbaras — Elementos de civilización

SAN SEVERINO

Apóstol de Baviera y de Austria († 482)

DÍA 8 DE ENERO

A oscuras estamos respecto al origen del santo varón cuya extraordinaria vida nos proponemos compendiar. Preséntase de improviso en Nórica, provincia romana sita entre lo que hoy llamamos Baviera y Hungría, anunciando a aquellos pueblos la proximidad de una invasión de los bárbaros y excitándolos a penitencia. Animado de apostólico celo, recorre ciudades, establece monasterios sin morar de asiento en ninguno de ellos; predica por doquier el Evangelio, obra toda clase de milagros y, con inspiración y certeza de profeta iluminado, presiente y pronostica sucesos por venir. Llégase hasta el trono de los reyes, y lo mismo anuncia la verdad a los cortesanos, que a los más humildes vasallos. Aviénese con los arrianos que le veneran como a santo, con los católicos cuyo valor y cuya fe sostiene y alienta, con los bárbaros invasores y con las personas cuyos territorios estos ocuparon. De no haber dado a entender el Santo que había vivido en Oriente y se había librado de innumerables peligros durante sus largos viajes, hubiéranle tenido por mensajero celestial.

PRIMEROS PASOS EN EL APOSTOLADO

LA primera mención que de nuestro Santo hace la Historia, hállase en las páginas relativas al año 454, y es para presentarlo a poco de su llegada a Astura, ciudad poco importante, situada en una de las márgenes del Danubio, confinante con Panonia y Nórica, llegada que ocurrió escasos meses después de la muerte de Átila, el *Azote de Dios*. ¿A qué fué Severino a aquella región inundada de bárbaras hordas a las cuales servía Panonia de puente para llevar la desolación y la ruina hasta las llanuras de Italia, cebo de su codicia y teatro de sus vandálicas devastaciones? ¿Tenía misión de predicar en aquellas comarcas, y hallábase investido, para desempeñarla debidamente, de alguna dignidad que le diese crédito y buen nombre ante aquellas personas entre las cuales pretendía morar, y sobre las cuales ejercería en breve influencia tan notable y constante? Nada había en él que pudiera de buenas a primeras granjearle la pública estimación. Al llegar a Astura, entrevistóse con el portero de la iglesia, compasivo anciano que le admitió en su casa como huésped. Allí vivió Severino una temporada, retirado y desconocido, dando al buen anciano, único testigo de su vida, constante ejemplo de piedad y cristianas virtudes. Pero de repente se ve al extranjero recorrer las calles llamando a sacerdotes y seglares; a todos ellos les incita a dirigirse a la iglesia para oír lo que tiene que anunciarles. La invitación hace mella en los corazones, y los fieles le siguen hasta la iglesia y se apiñan en su derredor para escucharle. Háblales el nuevo apóstol en nombre de Jesucristo, advirtiéndoles que sin demora deben mudar de vida y entregarse a penitencia para desarmar la ira del Señor y salvarse del inminente peligro de ser exterminados por los bárbaros, los cuales están ya a la puerta de la ciudad para sitiarla y destruirla.

Pero en vano predica y amonesta. No hace eco la intimidación de este nuevo Jonás en aquellos corazones sedientos de placeres y ocupados tan sólo en negocios y asuntos materiales. Ni sacerdotes ni seglares mudan de vida, no obstante las reiteradas amenazas de aquel santísimo varón. Visto lo cual, señala Severino a su huésped con precisión el día en que se cumplirán sus predicciones, y parte para Cumana, plaza fuerte situada cerca de Astura, por entonces en poder de los bárbaros y del resto de una guarnición romana. También en Cumana era inminente el peligro, pues a pesar de la presencia de esas tropas invasoras, las incursiones de otros bárbaros tenían en continuo apuro a aquellas comarcas constantemente amenazadas de destrucción. Por eso, apenas llegó a la ciudad, convocó a los fieles y los congregó en la Iglesia, y después de avivar la fe en sus almas, incitóles a darse

de veras a penitencia, único medio que les quedaba para librarse del peligro de nuevas invasiones, que Dios les enviaría en castigo de sus pecados.

EFICACIA DE LA ORACIÓN. — PELIGROS DISIPADOS

HALLARÍA por ventura el Apóstol en Cumana igual indiferencia que en la anterior misión? Así sucediera sin duda, si los fieles, al ser testigos de un hecho imprevisto, no hubieran abierto los ojos y vencido la repugnancia que sentían por la vida penitente.

Aconteció que mientras deliberaban sobre dar o no dar crédito a las advertencias e intimaciones de Severino, entró en la iglesia un anciano que había logrado escaparse del tremendo desastre de Astura asaltada por los bárbaros. Refirióles conmovido las trágicas escenas que acababa de presenciar. «Nada de eso sucediera —añadió— si hubiesen dado oídos al santísimo varón que se lo anunciaba.» «Ese es el que quiso librarnos, y gracias a él estoy con vida», dijo el anciano señalando a Severino. Bastó eso para que al punto se determinasen a acceder a los requerimientos del nuevo Apóstol.

Resuélvense a celebrar un triduo de oraciones y ayunos, y, apenas acabado, sobreviene al atardecer un súbito terremoto que llena de espanto a los bárbaros. Huyen éstos despavoridos, y cunde tal pánico y confusión entre ellos, que se hieren de muerte unos a otros. Cumana recobró la libertad, y desapareció el peligro de nuevas invasiones de tribus bárbaras. Fué bastante el referido suceso para que los de Cumana se diesen a averiguar el origen de su libertador y soltasen las velas de su alborozado fervor. Pero sólo lograron saber que se llamaba Severino. Sin embargo, a juzgar por sus nobles modales, su castizo lenguaje y universales conocimientos, podíase sospechar que era italiano y había recibido esmeradísima educación. Doquiera se mostraba dejábase ver como jefe y guía de pueblos, según lo testificarán numerosos episodios de su vida.

Después del desastre de Astura y de la victoria de Cumana, vémosle correr al llamamiento de la importante ciudad de Fabiena a la que salva de espantosa hambre. Espesa capa de hielo impedía el tráfico fluvial y la ciudad no podía abastecerse. Acuden al Santo en busca de socorro, y él empieza como de costumbre por incitarles a la oración y a la penitencia, alcanzando con ello de Dios la cesación del azote. Merced a las súplicas del Santo deshieláronse los ríos, con lo cual tuvieron libre paso los barcos de la Retia que abastecían a Fabiena.

Alejado estaba el azote del hambre, pero suspendido sobre la ciudad quedaba el peligro de los bárbaros. A consecuencia del continuo pillaje de éstos, la población de Fabiena, extenuada, empobrecida, se hallaba en si-

tuación casi desesperada, y la fuerza militar de que disponía no bastaba para defenderla. Sin embargo, a ese puñado de soldados acudió Severino en busca del auxilio necesario. Dióle seguridad al oficial llamado Mamertino de que el Señor ciertamente les ayudaría si confiaban en Él y no vacilaban, a pesar de su reducido número, en arremeter contra los bárbaros. Hácenlo así, y de pronto aquellas turbas de errantes bandoleros llamados Escamaras, huyen a la desbandada. Los prisioneros fueron presentados a Severino, que los trató con evangélica mansedumbre y les concedió perdón y libertad, no sin antes advertirles que indicasen a sus compañeros la necesidad de poner término a sus fechorías, para no incurrir en las justas venganzas del Señor. Dirigióse luego a los vencedores y aseguróles que gozarían de paz y tranquilidad absolutas mientras sirviesen fielmente a su Dios. Merced a los referidos sucesos, quedó desde aquel día bien asentado el ascendiente y la autoridad del celosísimo Apóstol.

SEVERINO FUNDA MONASTERIOS. — VIDA INTERIOR

COMO quiera que día tras día iba creciendo el feliz éxito de la misión, juzgó el Santo que era bueno tener cerca de sí algunos auxiliares que le ayudasen eficazmente a cumplir su piadoso ministerio. Por otra parte, el medio ambiente de apatía e indiferencia en que se movía, clamaba por una reforma religiosa y moral que él por sí solo no podía emprender y llevar a cabo. En suma, tratábase nada menos que de amansar a los bárbaros enseñándoles a morigerar sus indómitas costumbres, y despertar y avivar la fe y la caridad en el corazón de los cristianos adormecidos en la tibieza.

Para el logro de ambos fines, determinóse el Santo a fundar un monasterio cerca de Fabiena. Facilitóle dicha fundación el grande y merecido crédito de que gozaba, merced al cual pronto logró juntar algunos fervientes discípulos. Dióles al principio una regla sumamente llevadera que no les obligaba en común, sino privativamente. Más tarde, el abad San Eugipio, sucesor y biógrafo que fué del Santo, redactó una regla más severa y común para todos sus monjes. Tuvo Severino la dicha de poder enriquecer el monasterio de Fabiena y luego el de Boetro (Instadt) con insignes reliquias.

Pero no paró después de fundar esos dos monasterios, sino que poco a poco fué instituyendo más en distintos lugares, semejando otros tantos dispensarios de auxilios espirituales. No intentaremos ir en seguimiento del Santo en todas sus admirables empresas cuyo resultado fué darle ascendiente sin par sobre aquellas poblaciones tan afligidas, de las que se mostraba.



EL *gran monje romano declara su muerte cercana a los reyes bárbaros. Poniendo la mano sobre el pecho del rey, pregunta a la reina: —¿Amas a esta alma más que al oro y a la plata? —Mucho más la amo, responde. —Si tal es, dice el monje, cesad ambos de oprimir a mis discípulos, para que Dios no os castigue.*

según lo exigían las circunstancias, protector, providencia y salvador. En él hallaban sostén y dirección eclesiásticos y seglares. Fué durante treinta años el alma de aquellas regiones, de suerte que imprimió en sus discípulos de toda categoría y condición un carácter muy especial y distintivo. Algunos de ellos fueron sucesores del santo Fundador en la dirección de los monasterios, y otros llegaron a ser obispos y se valían en tan elevado cargo de las doctrinas de su santo Maestro, para instruir y dirigir a sus diocesanos.

Muy a medias daríamos a conocer a este santísimo varón, si nos limitásemos a presentarlo únicamente en el aspecto de su vida pública. Al entregarse de lleno a las tareas exteriores, no hacía sino cumplir con una obligación y corresponder noblemente a la piadosa y especialísima vocación que el cielo le impusiera; pero sus personales gustos se hallaban en la soledad y vida interior, y en la observancia de las austeridades propias de la vida monacal. Por lo que a las virtudes de fe, humildad y caridad se refiere, puede asegurarse que las practicó el Santo día tras día con todo el empeño de su alma. Premio de la vida interior y del espíritu de devoción que le animaba eran los maravillosos resultados y el extraordinario poder que numerosos necesitados explotaron con avidez y notable provecho espiritual y corporal. Obstinábanse las muchedumbres en conceptuar milagros todos los favores que del siervo de Dios alcanzaban, y esa obstinación lastimaba sobremanera la humildad del Santo, el cual no toleraba le llamasen taumaturgo, y solía atribuir a la fe y piedad de quienes a él acudían y aun a los medios humanos, lo que era resultado de sus dones y virtudes personales. Desde luego, no todo lo que obraba Severino llevaba por fuerza el sello de milagro, y cierto es también que le ayudaron no pocas veces sus talentos naturales para atraer a las almas y llevarlas a Dios.

Con todo, realizó un día un asombroso milagro que no debemos pasar por alto; nos lo refieren los propios testigos del prodigio. Acababa de morir un monje llamado Silvino; puestos alrededor del cadáver, rezaban los demás monjes los salmos del oficio de difuntos; en un momento determinado, llama Severino al difunto y le pregunta si desea que pidan a Dios le permita volver a ocupar su sitio entre los monjes. «Pisando estoy los umbrales de la eterna mansión de los santos —le contestó Silvino—; ¡oh! te lo juro, ¡no quieras privarme de la felicidad que me espera!» Y de nuevo quedó exánime. Sólo después de muerto Severino refirieron los testigos este prodigio que el siervo de Dios les había prohibido publicar.

Dice Moroni que este Santo alcanzó de la misericordia de Dios extinguiese una terrible plaga de langosta que amenazaba concluir con toda la cosecha; sus predicaciones producían efectos maravillosos, pues que comúnmente iban seguidas de conversiones, y no eran pocos los enfermos del alma, y aun del cuerpo, que encontraron la salud después de estos sermones.

SEVERINO Y LOS ROMANOS

DISEMINADAS quedaban por la Nórica algunas guarniciones romanas, insuficientes, como lo vimos, para constituir defensa eficaz contra el invasor. Por otra parte, en aquella época de turbulencias y continuas incursiones de los bárbaros, carecía el poder civil de la necesaria autoridad para regir ordenadamente los intereses públicos de las poblaciones. Sólo los miembros del clero formaban un cuerpo íntimamente unido y compacto, bien organizado y capaz de ejercer notable y provechosa influencia. En ellos halló Severino el apoyo que necesitaba para el buen gobierno de aquellos pueblos, mezcla de bárbaros y romanos, de los cuales llegó a ser como cabeza y jefe a causa de su talento organizador y de la confianza universal que en él tenían.

No cesaba el Santo de incitar a los fieles a la práctica de la oración y penitencia, ponderando la superior eficacia de tales medios de salvación; pero no todos se rendían a las exhortaciones de Severino y más de una vez, los mismos que hubieran debido seguirlas con mayor empeño, mostráronse obstinados en rechazarlas. Funestísima obstinación que trajo casi siempre como consecuencia manifiesta la ruina y el desastre que el Santo había predicho y tratado de evitar. Lamentable experiencia hicieron de ello las ciudades de Batavis y Foviacum.

La vida de este santísimo varón, en los años sucesivos, estuvo calcada en lo que fué cuanto hasta aquí de él hemos referido. Siempre y en todas partes puso en juego los mismos medios para lograr la conversión de las poblaciones y asegurarles ayuda y protección. Toda su existencia es una sucesión de prodigios y favores que apuntó fidelísimamente su ilustre biógrafo San Eugipio, abad del monasterio de Lucullano.

SEVERINO Y LOS BÁRBAROS

NO era negocio llano entablar relación con bárbaros de razas tan distintas. Constante caridad y muy particularmente diplomacia exigía el hallarse mezclados vencedores y vencidos. Entre ellos los había que vivían confederados, como los rugios; otros eran entre sí enemigos declarados, tales los alemanes de Retia, los turingios, godos y hérulos. Al tratar con semejante ralea de personas, había de tener muy presente Severino la disposición de ánimo en que se hallaban, para poder sacar del prudente y acertado trato el mejor provecho temporal, con la mira puesta en el bien de las almas que quería llevar a Dios.

Más diestra táctica tenía que seguir con los reyes y jefes bárbaros que

con la masa ignara y sencilla. Pero merced a los sabios consejos que incesantemente daba a los grandes, y gracias también a los beneficios de todo género que supo dispensar a los humildes, acertó Severino a conciliarlo todo y granjearse la general estimación. Valíase del don de profecía que había recibido para conjurar las calamidades privadas y públicas, y para ensalzar o humillar a los que Dios le manifestaba. A varios les predijo el siervo de Dios altos y encumbrados destinos; mención especial merece Odoacro, jefe de los hérulos, destructor del imperio romano y soberano de Italia. «Hijo mío —díjole el Santo cierto día—, pasa a Italia; andas ahora vestido con pieles de animales, pero pronto podrás dispensar grandes beneficios a tus semejantes».

Nunca se borró de la mente de Odoacro el recuerdo de esa profecía.

Sostuvo Severino el valor del jefe de los rugios, Flacciteo, y asimismo el del hijo y sucesor de aquél llamado Fleteo, cuya esposa Gisa, arriana exaltada y perseguidora del Apóstol y de los fieles, vino a mejores sentimientos, aunque poco duraderos, al saber que su hijo menor, Federico, había sido librado por el Santo del poder de los bárbaros.

Codiciaban la Nórica los alemanes, cuyo jefe era Giboldo, hombre hipócrita y cruel, y mientras llegaba ocasión de conquistarla, devastábanla con sus continuos pillajes. Sabía Giboldo que Severino gozaba de considerable influencia, y con el interesado fin de aprovecharse de ella, aparentó guardar al Santo toda clase de miramientos. No se dejó engañar el siervo de Dios por esas fingidas muestras de respeto, y aun aquí supo sacar provecho de la confianza que le demostraba Giboldo para lograr que este bárbaro diera libertad a todos los cautivos. Decidiéronse más tarde los alemanes a enseñorearse de una vez de Nórica y acometieron a la población, que huyó alocada llevándose todas las riquezas para sustraerlas al invasor y fué a refugiarse en las plazas fuertes.

Pero tuvo que vérselas Giboldo con un capitán improvisado que le cerraba el paso; era Severino, el cual, echando mano de las armas materiales y espirituales, organizó la defensa y acabó por lograr la victoria, si bien fué triunfo de un día, pues los alemanes, resueltos a devastar aquel territorio, no tardaron en volver al ataque, dobladas sus fuerzas con las de los turingios. En cuanto Severino previó la nueva invasión, les conjuró a los de Nórica y en particular a los de Passau que huyeran ante el enemigo y se refugiasen en Lauriaco. Pronto, sin embargo, hízose irresistible el empuje de los bárbaros, y fueron necesarias nuevas intervenciones del Santo para salvar aquellas comarcas de fatal ruina. Entró en tratos con Fleteo, rey de los rugios, y logró que los refugiados de Lauriaco pasaran a ocupar algunas ciudades de dicho reino, consiguiendo de este modo que los alemanes no volvieran a molestarlos. Fué la aurora feliz de nuevos días de paz después de los cuales volvieron los romanos a su patria, cumpliéndose con ello la promesa que les hiciera Severino.

ÚLTIMOS AÑOS Y MUERTE DEL SANTO

HECHOS históricos son los sucesos que motivaron la caída del Imperio de Occidente y la subida de Odoacro, rey de los hérulos, al trono de Italia. No olvidaba el valiente caudillo que aquel triunfo se lo había predicho Severino y quiso dar pública demostración de su reconocimiento al siervo de Dios. No se contentó con no perseguir a los católicos, aunque él fuese arriano, sino que los trató con toda clase de deferencias particularmente a Severino y a sus monjes.

Residían todavía en Nórica el rey Fleteo y su hermano Federico. Al enterarse de que el Santo deseaba hablarles, ambos acudieron sin demora al monasterio de Fabiena. «Cercana veo la muerte —les dijo Severino—; por eso os conjuro a vos, Fleteo, que respetéis la hacienda de vuestros súbditos, y a vos, Federico, que proveáis al amparo de los monasterios faltos de mi apoyo después de mi muerte.» Puso luego Severino la mano sobre el pecho del rey y preguntó a la reina: ««¿Preferís vos, señora, esta alma al oro y a la plata?» Gisa protestó con resolución que estimaba más a su esposo que todos los tesoros. «Si así es —le replicó el siervo de Dios— cesad ya de oprimir a los fieles, no sea que vengáis a incurrir en las justas iras del Señor.»

Después de proveer Severino, conforme a sus fuerzas, a los intereses que tenía misión de custodiar, no pensó ya más que en prepararse a la muerte. Tuvo revelación del día y hora en que partiría de este mundo, y lo manifestaba a cuantos acudían a visitarle. Predijo a los monjes porvenir más halagüeño dentro de una sociedad pacificada y lejos de aquellas tierras, y anuncióles la definitiva retirada de los bárbaros.

Exhortólos con elocuentes y sentidas palabras a la práctica de las virtudes religiosas y, después de abrazarlos fraternalmente, recibió el santo Viático. Hizo luego sobre sí la señal de la Cruz y empezó a rezar el salmo 150: *Laudáte Dóminum in sanctis ejus*. Al terminarlo con las palabras: *Espíritus todos, alabad al Señor*, durmióse en la paz de su Dios. Era el día 8 de enero de 482.

Obligados seis años después sus discípulos —entre ellos San Eugipio— a huir de los bárbaros, llevaron consigo el cuerpo de San Severino y lo depositaron en el monasterio de Lucullano, cerca de Nápoles, en donde estuvo hasta el año 910, en que fué trasladado a esta ciudad.

Celébrase la fiesta de San Severino el día 8 de enero. En el mismo día se honra también a un santo de igual nombre que fué obispo de Septempeda en Piceno (Marca de Ancona) en el siglo VI, y que no debe confundirse con nuestro Santo.

SANTORAL

Santos Severino, abad; *Apolinar, obispo y confesor; Luciano, Maximiano y Julián, mártires;* Teófilo y Eladio, mártires en Libia; Bartolomé, abad del monasterio de Poblet; Máximo, Paciente, Vulsino, Garibalto, Erardo y Torfimo, obispos. Santas *Gúdula, virgen, patrona de Bruselas,* y Adela, esposa de Balduino V de Flandes.

SAN APOLINAR, obispo y confesor. — En la noche tenebrosa de los primeros siglos del cristianismo, en que los emperadores romanos desencadenaron tormentosas persecuciones contra los cristianos, no dejaron de brillar, en el firmamento de la Iglesia, hombres distinguidos, varones ilustres por su sabiduría y santidad, cuyos destellos iluminaban al mundo, para que no errara en el camino que le debía conducir a la verdadera salvación. A estos adalides de la causa católica se los llama apologistas. Uno de ellos fué San Apolinar, que floreció a mediados del siglo II. Ocupó este santo la sede episcopal de Alepo, y trabajó sin desmayos para lograr del emperador Marco Aurelio favor para los cristianos, inicuamente perseguidos. Aunque no era cosa fácil conseguir indulgencia del emperador, Apolinar lo consiguió en más de una ocasión, merced a la fuerza convincente de sus razones. Se ignora la fecha de su muerte, aunque se supone que fué el 8 de enero.

SAN LUCIANO Y COMPAÑEROS, mártires. — Pertenecía Luciano a una ilustre familia senatorial romana, y fué convertido a la fe de Cristo por las predicaciones de San Pedro. El papa Clemente le envió a envangelizar las Galias, siendo el país de Beauvais el campo donde Luciano dejó caer más y mejor semilla, a pesar de ser una tierra abrupta y de paso casi inaccesible a los hombres, y de hallarse sumidos sus habitantes en las tinieblas del paganismo; éste se fué disipando al compás de la predicación evangélica de Luciano. Con celo infatigable, y después de inauditos esfuerzos, consiguió nuestro Santo la conversión total de dicha región y aun la cohorte romana que habitaba en las plazas fronterizas. Al fin fué condenado al martirio en vista de su persistencia en defender públicamente la fe. Le acompañaron en el sacrificio de su vida sus dos compañeros Maximiano y Julián.

SANTA GÚDULA, virgen. — Gúdula aparece en el firmamento en la Iglesia como estrella de una brillante constelación formada por otras estrellas de santidad de su misma familia. Entre estos luceros de deslumbrante santidad figuran las Santas Renalda, Faraílda, Gertrudis, Aldegunda, Aldetrudis y Amalberga; ésta era su madre. Gúdula no se dejó deslumbrar por el oropel de su abolengo, sino que vivió siempre, a imitación de su madre Amalberga, como una humilde violeta, entregándose por completo a la virtud y a la santificación de su alma. Sobresalió en la virtud de la caridad. Dios la distinguió con el don de milagros. He aquí uno de ellos: Una vez, estando sola orando en su celda, se le presentó una mujer cargada y casi consumida de lepra, suplicándole que la curase; hizo oración y puso las manos sobre ella, y al punto quedó limpia y sana. Murió llena de méritos el 8 de enero del año 712. La ciudad de Bruselas se honra teniéndola por Patrona.


Rosas y lirios de virginidad — Corona y palma de inmortalidad

SAN JULIAN, SANTA BASILISA

y sus compañeros mártires († hacia 312)

DÍA 9 DE ENERO

EL Martirologio romano, siguiendo a los martirologios antiguos, señala la ciudad de Antioquía como lugar donde fueron martirizados San Julián y sus compañeros. Trátase muy probablemente de Antioquía de Egipto, llamada Antinoe.

NACIMIENTO DE JULIAN. — SU MATRIMONIO

SAN Julián nació en Antinoe a fines del siglo III, y fué hijo único de padres ilustres y cristianos muy temerosos de Dios. Asistió a la escuela de los retóricos o maestros de elocuencia, y merced a su grande habilidad e ingenio, aprendió fácilmente las letras griegas y latinas; pero lo que le dió más gloria y mérito fué el permanecer virtuoso y casto en medio de la general corrupción de costumbres. Leía con particular gusto y afición las Epístolas de San Pablo y la narración de las vidas de los mártires, y fruto de esa lectura y del aprecio en que tenía a la virtud, consagró con voto a Dios la flor de su virginidad.

Siendo ya de edad de dieciocho años aconsejábanle sus padres se casara, trayéndole muchas razones para ello, como el peligro que como mozo tenía de caer y la sucesión y establecimiento de su casa. Pero el virtuoso joven, que, por una parte, no quería dejar incumplido el voto que había hecho al Señor, y por otra temía desobedecer a sus padres, les pidió siete días de término para pensar aquel negocio.

Pasó este tiempo Julián en oración, suplicando a Nuestro Señor y a la Reina de las vírgenes, le mostrasen cómo podría guardar intacto el tesoro de la virginidad, sin por eso contrariar la voluntad de sus padres. Oyó el Señor sus súplicas, y la noche del postrero de los siete días le apareció en sueños y le mandó que obedeciese a sus padres, asegurándole que no por ello perdería la fragancia y lozanía la azucena de su castidad.

Increíble contento y alegría recibió el padre de Julián al saber que su hijo había determinado casarse, y luego buscó una mujer que fuese igual a su hijo en nobleza, fortuna y virtud, y por ordenación divina halló para compañera de Julián una doncella de grande linaje y hermosura, llamada Basilisa. Concertáronse los desposorios y señalaron el día de la boda, al que se preparó Julián con recogimiento y oración, muy confiado en que se cumpliría la promesa del Señor.

Vino por fin el día de la boda; al estrecharse la mano los dos esposos, ambos sintieron en su corazón latidos de amores santos. Después de las fiestas y regocijos del día, entraron en su aposento y sintieron un olor suavísimo, figura del que exhalaban sus corazones ante Dios.

—¿Qué olor es éste tan gradable y de dónde viene? —preguntó maravillada Basilisa a su esposo—. Y ¿qué rosas y azucenas son éstas que florecen en medio del invierno?

—El olor suavísimo que sientes —contestó Julián— no es ocasionado del tiempo, sino de Jesucristo, amador de la castidad. Si quieres vivir siempre en este ambiente de embriagadores aromas, vivamos castos y que sea nuestro corazón vaso purísimo y digno de su divina gracia.

—Muy bien entendido tengo ser verdad lo que me dices —respondió Basilisa—; por eso, ninguna cosa me podría ser más agradable que permanecer virgen viviendo contigo.

Aquí, los dos esposos cayeron de rodillas y exclamaron como el profeta:
—Confirmad, Señor, lo que en nosotros habéis obrado.

Jesús, que asistió a las bodas de Caná, vino Él mismo a dar digno remate a tan hermoso día. Estando ambos esposos en oración, comenzó a temblar el aposento y una luz celestial lo iluminó de repente. Apareció entonces un coro de ángeles vestidos de blanco, presidido por Jesucristo, y más allá, otro de inumerables vírgenes que tenían en medio a la Madre de Dios. El coro de los ángeles cantó dulcemente: «Vencido has, Julián; sí, vencido has»,

y el de las vírgenes continuó la música diciendo: «Ven, esposa de Cristo; ven a recibir la corona», y todos a una contestaron: *Amén*.

Aparecieron luego dos varones vestidos de blanco y ceñidos con cintas de oro, los cuales traían dos coronas, y juntando las manos a los dos castos esposos, pusieron las coronas sobre su frente cantando: «Levantaos, muy amados de Dios; por haber vencido, seréis escritos en nuestro número.» Y un anciano, que tenía en la mano un libro escrito con letras de oro, se les acercó, y ellos leyeron esta sentencia: «Los que dejaren por Cristo el padre y la madre, los hermanos y hermanas, la mujer, los hijos y hacienda, recibirán el céntuplo y poseerán la vida eterna.» Con esto cerróse el libro y desapareció la visión.

MUERTE DE SANTA BASILISA

DESPUÉS de la muerte de sus padres, los dos santos esposos se separaron con el fin de darse más libremente al ejercicio de las obras de caridad, y se fueron a vivir a dos casas distantes. Pronto sus palacios se trocaron en verdaderos monasterios, y en sus extensas propiedades se fundaron varios conventos. Los hombres acudían a los monasterios gobernados por Julián, y las vírgenes vivían bajo la obediencia de Basilisa.

Siempre que se entrevistaban era para hablar de cosas celestiales. Un día contó Basilisa a Julián una visión y revelación que tuvo del Señor, en la cual le declaró Dios que pronto la llamaría a sí, y que todas sus hijas espirituales morirían y volarían al cielo antes que ella. Juntó después a sus monjas y las exhortó a purificar sus almas para ir a gozar en el cielo de los castísimos abrazos de su dulce Esposo. Mientras hablaba la Santa, se vió en aquel lugar una columna de fuego, en la cual estaban escritas estas palabras: «Venid, vírgenes de Jesucristo; venid a gozar del lugar que os tengo aparejado.» Todas murieron en espacio de seis meses, como el Señor se lo había revelado a Basilisa, y ella se durmió apaciblemente en el Señor de allí a pocos días, siendo enterrado su cuerpo por Julián con gran ternura y devoción. De esta manera las libró Dios de los peligros de la violenta persecución que estaba a punto de desencadenarse contra los cristianos de Antinoe.

PERSECUCIÓN DE MAXIMINO

MANDÓ el emperador Galerio, antes de morir, que cesase la persecución contra los cristianos; pero Maximino volvió luego a encenderla con nuevo furor, haciendo martirizar él mismo en Alejandría a la noble virgen Santa Catalina. Por lugarteniente suyo envió a Antinoe a

un hombre cruel y fiero llamado Marciano, el cual promulgó un decreto mandando que los cristianos no pudiesen comprar ni vender cosa alguna, y que tuviesen cada uno en su casa una estatua de Júpiter.

Enteróse Marciano de que allí vivía Julián, y que su casa era lugar de reunión para los cristianos, y al punto envió a su asesor para que viera de convencerle sin traerle a su tribunal. Julián, rodeado de sus discípulos, se presentó al asesor y confesó que Jesucristo era el único Dios, declarando que ni él ni sus compañeros obedecerían a otro rey que al Señor de cielos y tierra.

Al saber Marciano esta respuesta, loco de rabia y furor, mandó poner fuego a aquella casa sin que nadie saliese de ella, pero hizo prender y guardar a Julián, que así había blasfemado de los dioses, para darle más cruel tormento.

Llamóle luego a su presencia y pretendió hacerle ofrecer sacrificios a los ídolos.

—¿Qué representan vuestros dioses de piedra y metal para que yo les ofrezca este incienso? —le respondió Julián—. A los de metal, prefiero yo mis calderos, que por lo menos tienen alguna utilidad y, si pretendéis que adore a los de piedra, ¿por qué no adorar también a los adoquines y a las losas enlodadas que cubren las calles?

Ordenó Marciano que le atormentasen con azotes, y mientras lo hacían, uno de los verdugos perdió un ojo en el cual se descargó un golpe de los que destinaba al Santo. Valióse Dios de ese medio para dar mayor lustre a la gloria de su esforzado mártir.

—Manda juntar a todos los sacerdotes de tus dioses —dijo Julián— y que les pidan la curación de este hombre y, si lo hacen, yo los adoraré; si no queréis juntarlos, yo invocaré al Dios de los cristianos y le devolveré la vista.

Marciano aceptó el desafío. Vinieron los sacerdotes de los ídolos e invocaron a los dioses; pero aquellos bloques de piedra permanecieron sordos. Como en otro tiempo a los sacerdotes de Baal, hubieran podido decir a éstos: «Gritad más recio, porque vuestros dioses están quizá durmiendo.»

—¿Dónde está el poder de tus dioses? —preguntó entonces Julián.

Fueron luego todos al templo; Julián, al entrar, hizo la señal de la cruz, y de repente todas las estatuas de los ídolos cayeron y se hicieron polvo. Acercóse después al hombre que había perdido el ojo e, invocando el nombre del Señor y trazando sobre el desgraciado la señal de la cruz, se lo restituyó; pero lo que es más, al devolver a aquel hombre la luz del cuerpo, Dios esclareció los ojos de su alma con lumbre celestial. «Jesucristo es Dios, exclamó, y el solo digno de ser adorado.» Marciano le mandó degollar allí mismo, de manera que el recién convertido voló al cielo bautizado con su propia sangre.



LOS *ángeles coronan a los santos esposos y aparece un anciano que les enseña un libro abierto escrito con letras de oro. El anciano va señalando con el dedo y los Santos leen: «Los que dejaren por Cristo el padre y la madre, los hermanos y hermanas..., recibirán el céntuplo y la vida eterna.»*

CONVERSIÓN DE CELSO Y DE SU MADRE

EL cruel tirano, fuera de sí, atribuyó a arte mágica lo que Dios obraba por Julián. Mandó que le cargasen de cadenas y le llevasen por todas las calles de la ciudad diciendo: «Así serán castigados los enemigos de los dioses y emperadores.» Pero, ¿qué puede el hombre contra Dios?

Al pasar el santo Mártir por las escuelas de Antinoe, salieron los muchachos a ver el extraño espectáculo. Entre ellos estaba Celso, hijo único de Marciano que, al mirar a Julián, le vió rodeado de gran muchedumbre de ángeles vestidos de blanco, los cuales hablaban con él y le ponían sobre la cabeza una corona cuyo brillo oscurecía la luz del día. El muchacho, trocado con esta visión, arrojó los libros y se fué corriendo tras el santo Mártir. Llegado a él, besó sus llagas afirmando que quería ser su compañero en el martirio, y fueron vanos todos los esfuerzos para apartarlo de su lado.

Hirió su rostro Marciano y rasgó sus vestiduras al ver a su hijo delante del Mártir; instó viva y paternalmente al muchacho para hacerle desistir de su determinación; a sus súplicas se juntaron las de Marcionila, su madre; pero todo fué en vano, y el desventurado padre mandó echar a Celso y a Julián en un profundo calabozo, hediondo y tenebroso. La gracia del Señor, empero, los ilustró con inmensa luz, y el mal olor se convirtió en suavísima fragancia, de manera que los veinte soldados que estaban de guardia se convirtieron al ver tal maravilla, alabando ellos también al Dios de los cristianos.

En aquel tiempo vivían en Antinoe siete caballeros cristianos hermanos con un sacerdote llamado Antonio, natural de Papo, hoy en día Bibbeh. Todos ellos vinieron a la cárcel guiados por un ángel y, al llegar a ella, las puertas se abrieron por sí, como en otro tiempo ante el apóstol San Pedro. Antonio bautizó a Celso y a los veinte soldados y luego todos esperaron la llegada de los carceleros, y se prepararon al martirio con la oración y probablemente con la recepción del Cuerpo del Señor, como acostumbraban los mártires antes de ir a la muerte.

De todo eso fué avisado Marciano que en seguida dió cuenta al emperador. Entretanto, y sin esperar la respuesta, mandó poner su tribunal en el Foro y, llamando a Julián y a todos sus compañeros, intentó por segunda vez disuadirlos.

Sucedió que mientras les hablaba, pasaron por allí algunos gentiles que llevaban a enterrar a un hombre muerto. Marciano los mandó parar y, para hacer burla de Julián, le rogó que resucitase al difunto. —«¿Qué importa al ciego que resplandezca la luz del sol?» —respondió Julián—. Con todo, no mirando a la intención de Marciano, hizo oración a Dios y el muerto resucitó.

Quedó asombrado el presidente cuando vió al que era muerto, y mucho más cuando le oyó hablar y decir a grandes voces: «Unos monstruos horribles estaban a punto de llevarme al fuego eterno, mas por la oración de Julián, Dios me ha mandado volver al cuerpo y hacer penitencia.»

Este testimonio celestial tan grande y fuerte, no bastó para ablandar el corazón de Marciano, el cual, obedeciendo las órdenes del emperador, condenó a Julián y a sus treinta compañeros a ser arrojados vivos en unas cubas llenas de aceite y pez, a las que pegaron fuego, pero como en otro tiempo los jóvenes hebreos echados al horno encendido, todos salieron del tormento sin lesión alguna.

Sin embargo, Marcionila, madre de Celso, no se resignó a ver morir a su hijo único. Fué a la cárcel y, abrazándole con ternura, intentó atraerle al culto de los ídolos. Pero las palabras del joven cristiano, llenas del espíritu de Dios, triunfaron del corazón de la madre. Marcionila acabó por abrir su alma a la divina gracia y se convirtió al Señor, bautizándola luego el santo sacerdote Antonio.

Marciano, loco de rabia y furor, mandó degollar a los veinte soldados y a los siete caballeros hermanos que habían venido a la cárcel, y a Julián, Celso, Antonio, Marcionila y el muerto resucitado —a quién llamaron Anastasio, que en griego significa resucitado—, los mandó guardar para mayores tormentos.

MARTIRIO DE JULIÁN Y SUS COMPAÑEROS

EN vano intentó Marciano el último esfuerzo para ablandar el corazón de los mártires y arrebatarles la palma del martirio. Había en Antinoe un templo dedicado a los dioses de la comarca, el cual era suntuosísimo y por mayor reverencia se abría sólo una vez al año en determinado día, pero Marciano ordenó que se abriese y que los sacerdotes preparasen grandes ofrendas, de manera que el sacrificio fuese solemnísimo.

Estando ya todo dispuesto, entró Marciano en el templo en compañía de sus guardas y del sinnúmero de sacerdotes de los ídolos, y mandó que viniesen a su presencia Julián y sus compañeros, los cuales le habían prometido que ofrecerían un sacrificio.

—Aparejado está todo —les dijo con alegría—; ahora, cumplid vosotros vuestra promesa.

Los mártires armaron su frente con la señal de la cruz e hincaron las rodillas, y Julián hizo esta oración: «¡Oh Señor, que declaraste por boca de tus profetas que los dioses de las naciones no son sino demonios y que Tú eres el solo Dios verdadero, reduce a la nada estos ídolos en los cuales se

glorían los insensatos, para que seas de todos adorado como único Dios y Señor!»

—*Amén*— contestaron sus compañeros.

En acabando esa oración, el templo se derrumbó estrepitosamente, sepultando a los ídolos y matando a los sacerdotes.

—¡Gran poder el de tus dioses! —dijo Julián al presidente.

Entonces Marciano, no sabiendo ya qué hacer de ellos, mandó que los volviesen a la cárcel.

La noche siguiente, estando Julián y sus compañeros cantando alabanzas al Señor, el calabozo se mudó en paraíso delicioso, pues apareció un ejército de santos mártires que venían a saludar a los que seguían peleando por Cristo. De un lado estaban, gloriosos y resplandecientes, los veinte soldados y los siete caballeros, y de otro, Santa Basilisa con un coro de vírgenes, y todos cantaban a una: *Alleluia, alleluia!*

Habló Santa Basilisa a su esposo Julián y le dijo:

—¡Oh qué gloria y qué alegría! Llegó el fin de tus batallas; desde mañana estaremos otra vez todos juntos para siempre.

Al amanecer del siguiente día, Marciano mandó poner su tribunal en la plaza y los cinco cristianos volvieron a comparecer ante él. Los verdugos, por orden suya, ataron los pies y las manos de los mártires con cuerdas untadas de aceite y las encendieron; pero los miembros de los santos quedaron sin lesión. Mandó entonces el cruel tirano que desollasen la cabeza a Julián y a Celso, y que atormentaran a Marcionila en el ecúleo. Mientras se ejecutaba la bárbara sentencia, el sacerdote Antonio, y Anastasio, el resucitado, comenzaron a cantar con alegría: «¡Gloria a ti, oh Señor Jesucristo!» Irritóse Marciano al oírlos y al punto mandó que les arrancasen los ojos con garfios de hierro. Mas fué en vano; todos fueron milagrosamente curados de sus heridas, de manera que quedaron como si ninguna cosa hubieran padecido.

Llevarónlos luego al anfiteatro y soltaron todas las fieras, mas ellas, olvidadas de su natural fiereza, se echaron a los pies de los mártires y comenzaron a lamerlos.

Desesperando al fin de poder triunfar de tan esforzados confesores, Marciano mandó que allí mismo fuesen degollados juntamente con otros presos gentiles que estaban condenados a muerte, para que mezclados sus cadáveres, no pudiesen los cristianos conocer los de los mártires y recogerlos.

Al mismo tiempo vino un temblor de tierra que derribó la tercera parte de la ciudad, y el mismo prefecto Marciano murió pocos días después, como otro Antíoco, devorado por los gusanos.

La noche siguiente vinieron los cristianos a recoger los cuerpos de los santos mártires, y vieron sus cinco almas en figura de purísimas doncellas que velaban cada una sentada sobre su cuerpo.

Recogiendo las preciosas reliquias, las trasladaron con gran reverencia y devoción hasta la iglesia y las sepultaron debajo del altar. El Señor verificó en el sepulcro de estos santos mártires muchos y grandísimos milagros, porque bastaba, para ser curado de cualquier dolencia, el rezar con fe ante sus reliquias; y aun en otras muchas partes de la cristiandad donde era invocado con confianza el nombre de Jesucristo por intercesión de San Julián, se lograron maravillosas curaciones.

San Eulogio en el libro que llamó *Memorial de los Santos,* pone a estos bienaventurados mártires por modelo y nos exhorta a morir por Cristo, y con mucha razón; porque si consideramos con atención lo que aquí queda referido, hallaremos muchos y grandes motivos para alabar al Señor, admirarnos de sus secretos juicios, y reverenciar aquella providencia inescrutable con que a unos hace santos y los regala, favorece y asiste para que peleen y venzan a todo el poder del infierno, y a otros por sus pecados desampara y castiga; porque, ¿qué mayor maravilla pudo ser que ver a un caballero mozo, noble y rico, como fué Julián, dar de mano a todos los regalos, apetitos y blanduras de la carne, y ofrecer a Dios su castidad? ¿Qué persuadir a su esposa Basilisa, que viviesen como hermanos y conservasen perpetuamente la flor de su virginidad? Y ¿que el Señor con tan claras y evidentes señales del cielo los confirmase en aquel santo propósito, y les diese gracia para perseverar en él, y para que con su ejemplo otros muchos los imitasen? Y ¿que acabando Basilisa en santa paz el curso de su peregrinación, y llevando delante un número tan grande de honestísimas doncellas al cielo, quedase vivo Julián para la guerra y para glorificar más con sus batallas y triunfos al Rey de los reyes y Señor de todo lo criado? ¿Cuántos y cuán ilustres milagros sucedieron en su martirio? ¿Cuán duros fueron los tormentos del tirano, y cuán suaves los regalos del Señor? El cual, en San Julián quiso mostrar que todas las criaturas reconocen y obedecen a su Criador; y que en la ignominia está la gloria, en la pena el deleite, en la muerte la vida, cuando el hombre con fe viva padece y muere por su Señor. Marciano tirano se acabó, y no se acabaron sus tormentos. Murió San Julián, y vive para siempre.

SANTORAL

Santos *Pedro de Sebaste* y *Marcelino, obispos y confesores;* Julián, Celso, Antonio, Anastasio y compañeros mártires; Vidal y Fortunato, mártires; *Adriano de Nérida, abad;* Vanengo, Felán, Adriano y Mauroncio, abades; y Pascasio, mártir. Santas Basilisa, esposa virgen de San Julián; y *Marciana, virgen y mártir.*

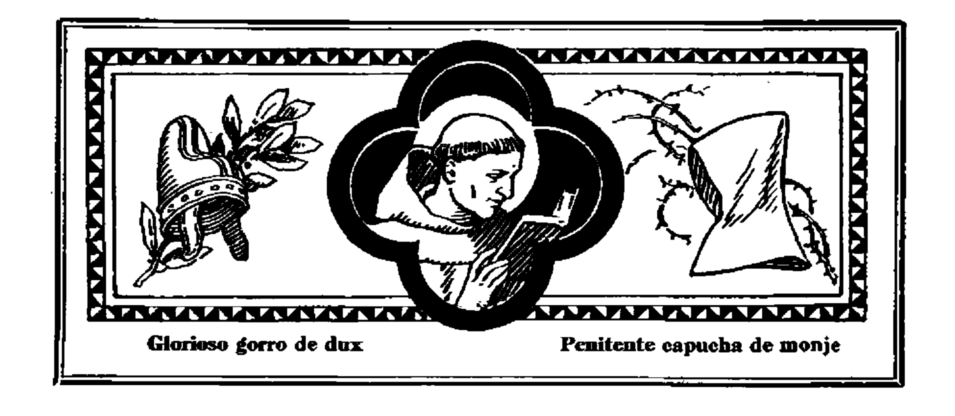
SAN PEDRO DE SEBASTE, obispo. — Nació en Sebaste, fué obispo de la misma ciudad y en ella murió después de 17 años de pontificado. La santidad de Pedro era oro de buena ley. Sus padres fueron San Basilio y Santa Emelia, y tuvo por hermanos a otros tres Santos: Basilio el Grande, Gregorio de Nisa y Macrina. Murió su madre al darle a luz, y su padre el mismo día; pero sus hermanos supieron mantener en el hogar el ambiente saturado de virtud que tanto influyó en el ánimo de Pedro, de cuya educación cristiana se encargó especialmente su hermana Macrina. Se distinguió por su inmensa caridad, y se esforzó en hacer desaparecer el arrianismo, logrando que brillase en todo su esplendor la doctrina del Divino Crucificado.

Después de asistir al Concilio de Constantinopla, en el que se condenó la doctrina herética de los macedonios, se durmió en la paz del Señor hacia el año 386.

SAN MARCELINO, obispo de Ancona. — Según el papa San Gregorio, Marcelino floreció en tiempo del emperador Juliano. Estuvo muchos años impedido por la enfermedad de la gota, la cual le obligó a quedarse retenido en su palacio, del que no salía sino cuando las circunstancias lo exigían, y entonces era llevado a hombros de sus familiares. En cierta ocasión, habiéndose producido un gran incendio en un barrio de la ciudad de Ancona, capital de su diócesis, viendo el pueblo el peligro que amenazaba a la ciudad de ser pasto de las llamas, acudió al santo obispo, el cual, habiéndose hecho llevar al lugar del siniestro, logró colocarse junto al fuego, que se apagó gracias a las oraciones del prelado, con lo cual Ancona se libró de una destrucción inminente. Todo el pueblo admiró y celebró la santidad de su pastor.

SAN ADRIANO DE NÉRIDA, abad. — Este Santo nos da un alto ejemplo de humildad en un rasgo de su vida, que contrasta con el afán desmedido de grandezas que tanto caracteriza a los hombres ambiciosos de este mundo. Adriano era sumamente apreciado del Pontífice San Vitaliano, quien veía en él al siervo de Cristo fiel y noble, adornado de talento singular. Por todo ello, Adriano, que ejercía el cargo de abad en la abadía de Nérida, cerça de Nápoles, fué promovido a la sede arzobispal de Cantorbery; pero su humildad le hizo declinar tal distinción y se contentó con estar a las órdenes de San Teodoro, en calidad de consejero. Después de treinta años de vida ejemplar y apostólica, se durmió en la paz del Señor el 9 de enero del año 710. Dios honró su tumba obrando en ella numerosos milagros. (Se hace mención de él en las páginas 124-126).

SANTA MARCIANA, virgen. — Esta doncella, aunque criada por sus padres en los errores del paganismo, tuvo el valor suficiente de renunciar a las falsas doctrinas de la idolatría y enamorarse de las bellezas de la Religión Católica. Se abrazó a ella de tal modo, que nada fué capaz de separarla de sus nuevas creencias, en las que perseveró hasta la muerte. Habiendo sido presentada ante una estatua de Diana, ésta se derribó haciéndose añicos al hacer la Santa la señal de la cruz, por lo cual la condenaron al cruel tormento de ser despedazada por un leopardo, alcanzando así la palma del martirio en el año 300.



SAN PEDRO URSEOLO

Dux de Venecia y Monje benedictino (928-987?)

DÍA 10 DE ENERO

PEDRO Urséolo nació en Venecia por los años de 928, siendo papa León VI y gobernador de aquella república el Beato Orso II Particiaco, el cual dejó el dogato y abrazó la vida monástica cuatro años después. Descendía Pedro de la ilustre familia de los Ursoni; pero respecto a sus progenitores, sólo sabemos que confiaron la educación de su hijo a maestros «sapientísimos, prudentísimos y piadosísimos», para que su formación fuera proporcionada a la nobleza de su estirpe.

EDUCACIÓN Y MATRIMONIO

APROVECHÓ tanto Pedro las enseñanzas de sus maestros, que la *Crónica Veneciana* lo presenta desde su infancia atento a agradar a Dios y practicar el amor al prójimo, que sólo en el alma amante del Señor puede mantenerse encendido.

Puso en él la divina Providencia una cualidad que andando el tiempo había de ser el nervio de su actividad política y causa del acierto de su ac-

tuación entre los hombres. Manifestó su habilidad al concordar a los discordes y destruir quisquillosos recelos. Y desde niño era su afán el reconciliar a sus compañeros de juego, haciendo cesar las discordias con el ejemplo de su inalterable mansedumbre. Los años perfeccionaron luego tan precioso don del cielo, merced al cual logró traer a cristiana amistad a muchedumbre de almas amargadas por luchas partidistas o por golpes de la fortuna.

Contrajo Pedro matrimonio con Felisa Maripetra, la cual era como él de muy noble linaje. Florecieron pronto en el nuevo hogar todas las virtudes cristianas, pues ambos esposos eran igualmente fervorosos en el divino servicio y estaban animados de idénticos anhelos de caridad para con los pobres, virtud hereditaria de sus antepasados; reinaba entre ellos santa porfía por cumplir con perfección sus obligaciones, mostrando con ello cuán grande era su empeño en aventajarse en las cosas celestiales.

Créese que un ángel anunció a la feliz madre el nacimiento de su primogénito y único hijo, que vino al mundo en el año 961, lo cual nada tendría de extraño, pues fué un hijo de bendición, que llegó a ser gobernador de la república veneciana con el nombre de Pedro II, y uno de los hombres más famosos de su siglo; señalóse hasta su muerte tanto por su piedad como por sus dotes políticas.

Para mostrar al Señor su agradecimiento, Pedro y su piadosa consorte determinaron guardar de allí en adelante los consejos evangélicos de la manera delicada con que saben cumplirlos las almas generosas movidas del amor y del deseo de lograr la santidad.

POLÍTICO Y DUX

FIEL a las gloriosas tradiciones de sus antepasados, Pedro ofreció a su patria las preciosas prendas recibidas del cielo. En el año 984 se halló Venecia en graves apuros y peligró su independencia. Los bandidos de Narenta la tomaron por blanco de sus audaces arremetidas y juraron arruinarla. Ávidos de rapiña y botín, se enseñorearon del mar Adriático; pero el principal objeto de sus codicias era la opulenta capital de las Lagunas, cuyos navíos asaltaban, despojándolos en el mismo puerto de Venecia, a la vista del Senado exasperado. Con un poco más de audacia, fácilmente hubieran entrado en la ciudad.

Los venecianos prepararon contra ellos una expedición al mando de Pedro Urséolo, tan experto capitán como ferviente cristiano, el cual triunfó de los piratas, obligándolos a renovar el contrato de paz acordado en otro tiempo entre ellos y los venecianos. Por este triunfo fué elegido miembro del Gran Consejo del dux Candiano IV, y merced a su influencia se pro-

mulgó un decreto prohibiendo en absoluto a los súbditos de la República vender esclavos cristianos o comprarlos para volverlos a vender o tenerlos encadenados.

En nada se parecía Candiano a su virtuoso y prudente consejero. Por sus costumbres disolutas, desgobierno e injusticias, acabó por excitar el ánimo de los venecianos, los cuales se rebelaron contra él en el año 976, y le hirieron de muerte junto con su hijo.

Apaciguáronse con eso los ánimos, y luego trató el pueblo de elegir nuevo dux. El 12 de agosto del año 976, reuniéronse los electores en la catedral de Venecia, suntuosa basílica que andando los años se llamó de San Marcos. Fuera de ella, la multitud apiñada pedía a voces que nombrasen dux a Pedro Urséolo; dentro, todos los electores estaban acordes con el clamor popular, de manera que por aclamación general fué elegido Pedro, varón justo, humilde y piadoso, que no consiguió librarse del aplauso universal. Trató con todo de apartar de sí aquella dignidad; pero los venecianos, lejos de atenderle, se obstinaron en su elección, declarándola irrevocable. Al fin, el recién elegido aceptó el sacrificio que el Señor le pedía por voluntad unánime de sus conciudadanos, y fué solemnemente proclamado dux de la Serenísima República, cargo al que iban anexionados los títulos de rey de Dalmacia y de Croacia.

«Orar es gobernar» —dijo el eminente cardenal y político Fray Jiménez de Cisneros—. Sobre ese principio cristiano fundamentó el nuevo dux la dirección de los negocios públicos, confiando sólo en Dios para sanar a su patria de las heridas que recibiera de un gobierno sin moralidad, sin patriotismo y sin honor. Reedificó el palacio ducal incendiado cuando la sublevación contra Candiano y restauró la catedral de San Marcos. Saneó la hacienda de la República, regulando la recaudación de las contribuciones y estableciendo un monopolio y un impuesto sobre la renta. Pero, lo que vale más, florecieron otra vez, en los días de su gobierno, la concordia, la justicia, el trabajo y todas las virtudes sociales que crecen y prosperan en cuanto los hombres son buenos cristianos.

Además de atender a los negocios de la República, Pedro intervino con feliz éxito en favor de los habitantes de Pulla, agobiados por los musulmanes; obligó a Istria a abrir sus puertos a las naves venecianas; firmó paces con el emperador Otón II, amigo del dux caído, que sostenía a sus partidarios, y logró apaciguar las contiendas y diferencias suscitadas en la corte imperial por los partidarios de Candiano. Todo ello lo alcanzaba Pedro Urséolo más que con las artes y diplomacia de la política, con sus eximias virtudes y fervientes oraciones, las cuales atraían copiosas bendiciones del cielo sobre sus compatriotas.

Con todo, no acató el partido de Candiano la conducta llena de justicia

y rectitud del elegido, calumniándole sin cesar. Enardeciéronse algunos facciosos al ver aquella mansedumbre que ellos miraban como síntoma de cobardía; esparcieron malévolos rumores acerca del nuevo dux, y aun determinaron asesinarle; hubieran llevado a cabo su criminal intento, a no haber la Providencia desbaratado maravillosamente sus maquinaciones. Pedro resistió con su acostumbrada mansedumbre y con la serenidad de ánimo propia de los santos, pues sabía que al verle practicar actos de bondad heroica los venecianos se sentirían más movidos a reprimir sus odios, que viéndole ejercer recta e inflexible justicia.

¿Y cómo ponderar su extremada caridad? Costeó un hospital para los peregrinos de Tierra Santa y Roma, a los que acogía siempre con bondad paternal, mostrándose muy solícito en alojarlos, alimentarlos y vestirlos, siendo tal su cariño por esta obra, que desde el principio pretendió darle carácter nacional, para lograr que la hospitalidad cristiana fuese en Venecia como un deber del gobierno.

Pero era sobre todo cabe los enfermos, donde el piadoso dux daba rienda suelta a su ardiente amor para con los prójimos; socorríalos de día con sus limosnas, y levantábase de noche secretamente, pasando parte de ella a la cabecera de los moribundos, disfrazado para no ser conocido; y cuando los negocios de la República no le permitían dedicarse a esas obras de misericordia, encargaba a alguno de sus familiares que visitase en su lugar a los enfermos y les entregase lo que él les hubiera llevado.

Con delirio querían los venecianos al dux que habían aclamado por sus virtudes y méritos, y cuya benevolencia y mercedes excedían a las esperanzas por ellos concebidas. Pero no eran los únicos que admiraban la eminente sabiduría y la incomparable caridad de Pedro, pues ya la fama había pregonado por doquier su recta y ejemplar justicia y sus prudentes y atinados juicios. Distinguidos personajes y hasta familias enteras mucho tiempo enemistadas, acudían a él de las comarcas vecinas como a árbitro de sus diferencias. También hubo ciudades que se sometieron a sus decisiones, hallando en sus consejos la anhelada paz y concordia.

VOCACIÓN RELIGIOSA

EN un islote distante pocas millas de Venecia, vivían los jóvenes anacoretas Marino y Romualdo, el futuro fundador de la Camáldula, los cuales edificaban a toda la región con el ejemplo de vida rigurosa y austera. Fué a visitarlos Pedro Urséolo, y comparando el agitado vivir de la ciudad con aquella vida penitente, pero libre y tranquila de los monjes,



HUYENDO *del mundo y de sus pompas, el dux de Venecia pasa largos ratos en la celda de un cenobio. Medita profundamente estas palabras de Nuestro Señor, en San Mateo: «Si alguien quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame.» De allí a poco, inesperadamente, lo pone en práctica.*

sintió mayores ansias de entregarse él también al recogimiento, al silencio y a la soledad.

Cierto día, al oír estas palabras de San Pablo: *Nuestra conversación está en el cielo*, se puso a meditarlas para compenetrarse del sentido, lo que consiguió al pensar en aquellas otras de San Mateo: *Si alguien quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz y sígame*, y en éstas otras del mismo Evangelio que leyó poco después: *El que por mí dejare la casa, los hermanos y hermanas, el padre y la madre, la mujer, los hijos y la hacienda, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna.*

Señal evidente de ser eso lo que Dios esperaba de él, era aquel deseo grande que sentía de llevar vida perfecta, y así, desde ese día, sólo pensó en conformar su voluntad con la divina.

A fines de febrero del año 978, llegó a Venecia para venerar las reliquias de San Marcos, un monje llamado Guarino, que gozaba fama de santo y fué más de veinte años abad del monasterio de San Miguel de Cuxá, en el Rosellón, y después que hubo acabado sus devociones, le presentaron al dux para que le hospedase, pues él se reservaba el derecho de cumplir esa obra de caridad con los peregrinos. Levantóse Pedro al verle y corrió hacia el monje, cual si se tratase de un amigo al que hacía tiempo esperaba. Se abrazaron dándose el ósculo de paz, y luego pasaron buena parte del día en santos coloquios. ¿Qué pasaría entonces entre aquellas dos almas? ¿Qué influjo ejercerían las virtudes del santo monje sobre el corazón del dux? ¿Qué descubriría en Pedro la ciencia divinamente ilustrada del monje? Fácilmente se adivina todo ello si se considera el consejo que dió el abad al dux: «Ya que aspiráis a la perfección —le dijo— dejad el mundo y corred a la soledad para servir sólo a Dios.» Lleno Pedro de agradecimiento por un aviso tan franco y terminante, ordenó presto los negocios del Estado y eligió para recogerse el monasterio de San Miguel de Cuxá, esperando para emprender el viaje a que Guarino volviese de Roma.

Terminada su visita a la Ciudad eterna regresó el santo monje a Venecia para determinar con el dux la fecha de la salida, que fué el primer día de septiembre del año 978, día que señaló Pedro, porque en esa fecha tendría oportunidad de alejar a su piadosa consorte, con lo cual se librarían ambos esposos del doloroso trance de la separación. Celebrábase el día 1.º de septiembre la fiesta de un santo mártir en una capilla particular poco distante de Venecia, edificada en una finca de la que Pedro era propietario. Suplicó, pues, a su esposa que para mejor ordenar los preparativos de la fiesta y alojar a los peregrinos, fuese ella a aquel lugar desde la víspera. Felisa, siempre obediente a los deseos de su santo esposo, se despidió de él el día 31 de agosto, sin sospechar que ya no volvería a verle en este mundo.

Al llegar la noche, una navecilla vogaba veloz por el Adriático, llevando

a un lugar distante ocho millas de Venecia al abad de Cuxá, a Pedro Urséolo y a dos amigos suyos, Marino y Romualdo, que también deseaban vivir solitarios en paraje desconocido. Duró el desembarco más tiempo que de costumbre y, debido a esa tardanza, la piadosa empresa estuvo a punto de fracasar, pues los venecianos consternados corrieron a dar alcance al fugitivo dux, y una de sus barcas abordó precisamente en el lugar donde se hallaban los cuatro viajeros.

No vió Pedro otro medio de librarse que el fingirse monje, y así, pidió licencia al abad para raparse la cabeza y la barba y vestir el hábito monástico, cuya capucha, cubriéndole parte del rostro, le dejaría totalmente desconocido.

Desembarcaron los venecianos y en seguida reconocieron al monje extranjero Guarino, al que habían visto en Venecia. Acercándose a él, le amenazaron diciéndole que él tenía la culpa de que el dux hubiese desaparecido, y le suplicaron les dijese dónde estaba escondido. Guarino, imperturbable, les señaló a los tres monjes que estaban algo apartados simulando no interesarles la conversación. «Allí están mis compañeros, dijo; miradles tanto cuanto queráis y ved si halláis entre ellos al que buscáis.» Los venecianos, desconcertados, dieron por terminadas sus pesquisas.

Al pasar por Verona, donde era conocido, se vistió de criado, y fué a pie por las calles de la ciudad detrás de los demás viajeros, arreando a las caballerías cual si fuera un mero guía. Al cabo de tres semanas de viaje y unos días de descanso en Narbona, llegaron felizmente a la vista de Cuxá.

PEDRO URSÉOLO, MONJE

HALLÁNDOSE ya a corta distancia del monasterio, dijo Pedro al abad: «Sin duda nos acercamos al término de nuestro viaje, pues a cada paso que damos, siento rebosar de gozo mi corazón», y en diciendo estas palabras, apeóse del caballo y adoró al Señor, hincado de rodillas en el polvo del camino.

Ya en su celda de novicio, desde los primeros días adelantó como gigante en la carrera de la perfección monástica. Su anhelo constante era morir al mundo y a las pasiones; para lograrlo somete su cuerpo a todas las austeridades; usa el cilicio y deja sangrar sus miembros maltratados, prolonga las vigilias y guarda rigurosísimo silencio. Solicita los oficios más bajos del convento, sintiéndose feliz cuando se le presenta ocasión de obedecer al último de los monjes.

Después de estar dos años ocupado en estos ejercicios de trabajo manual y de penitencia, el antiguo dux de Venecia fué nombrado sacristán del

monasterio. Su residencia fué desde entonces el oratorio, y la casa del Señor, su morada, pues pasaba casi toda la noche orando ante el Sagrario, de suerte que parecía —dicen sus biógrafos— un serafín cuyo corazón, cual soplo amoroso, ascendía hasta el cielo.

Adivinando el demonio el gran bien que obraría entre los hombres tan perfecto ejemplar de abnegación, determinó poner trabas a tanta virtud, procurando que el santo monje se disgustara de la vida religiosa, y así, por ejemplo, apenas acababa Pedro de cerrar los ojos para dormir, sacudíale el diablo con violencia para aumentar su fatiga, y luego le aconsejaba dormir tranquilo, prometiéndole que ya le despertaría para que tocase a Maitines. ¡Cuántas veces apagó el demonio todas las lámparas de la capilla esperando asustar al Santo con la oscuridad y hacerle dejar sus piadosas vigilias!

Una vez atentó el maligno espíritu a la vida del siervo de Dios, tirándole a la cabeza un pesado candelero de roble que milagrosamente se desvió al caer. En todos estos trances, el santo monje hacía la señal de la cruz y permanecía tranquilo, sin que los asaltos del demonio le impresionasen lo más mínimo, pues sabía que, después de pasados, recibía siempre nuevas gracias del cielo.

Con todo, faltó poco un día para que el triunfo quedara de parte del tentador. El perverso llegó a persuadir a Pedro, que Venecia había caído en poder de un gobierno infame, que los venecianos pedían a voces su ayuda, y que una vez apaciguados los ánimos, le sería fácil volverse a la soledad. La tentación era peligrosísima y, además, tan persistente, que el abad Guarino acabó por decir a Pedro sin rodeos: «¿No es verdad, hijo, que sentís grandes deseos de volver a Venecia? Si es así, me temo que esa idea os la haya sugerido el demonio.» Pedro le pidió que le dejase unos días solo para reflexionar sobre ello, al cabo de los cuales volvió a presentarse a los monjes reunidos en capítulo. Llegándose al abad y echándose a sus pies con las espaldas descubiertas, exclamó: «Padre mío, azotadme, os lo suplico, pues bien merecido lo tengo; castigadme, porque no he sabido resistir a la tentación del demonio.» Los monjes testigos de aquella escena no podían contener las lágrimas a la vista de tan humilde y sincero arrepentimiento.

Entráronle deseos de llevar vida más penitente y, con licencia de su abad, se fué al desierto. Enterado de ello su hijo, acudió allí para tener el consuelo de recibir la postrera bendición de tan virtuoso padre. Fácilmente se adivina cuán afectuosos sentimientos brotarían en sus corazones en aquella entrevista, después de nueve años de separación. «Hijo mío —díjole Pedro al despedirse— sé de cierto que un día te proclamarán dux de Venecia, y que el tiempo que dure tu gobierno, será para la República era de prosperidad. Pero te conjuro que mires siempre como tu mayor gloria, el respetar

y mantener íntegros los derechos de la Iglesia y de la religión cristiana. En el trato con tus súbditos, muévante siempre las normas y dictámenes de la justicia, sin dejarte dominar por consideraciones personales de amor o de odio.»

SU MUERTE. — HONRAS LITÚRGICAS

La vida penitente que llevaba en el desierto debilitó de tal modo la robusta naturaleza del solitario, que fué menester traerle a la comunidad; mas apenas estuvo en la celda, le entró una recia calentura que debía acabar con su vida. Hallábase el siervo de Dios padeciendo esta grave dolencia cuando plugo al Señor fortalecer el ánimo del Santo, el cual al día siguiente, ante el abad y los monjes agrupados a su alrededor, refirió lleno de gozo la visión que había tenido, anunciándoles que al cabo de tres días se vería por fin redimido de la cárcel de esta vida terrena.

Y así sucedió en efecto, pues en el día señalado y a la hora de Nona, Pedro se encomendó en las oraciones de sus Hermanos, y luego, puesta la vista en el cielo y, recordando sin duda que era la hora en que el Redentor había expirado, dijo estas palabras: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.» Y en diciéndolas, voló al cielo a los 10 de enero del año 987, según se cree.

La Sagrada Congregación de Ritos, por decreto del día 28 de abril del año 1731, aprobó el oficio litúrgico del Santo, y Benedicto XIV mandó se hiciese mención de Pedro Urséolo en el Martirologio romano en el día 10 de enero.

El cuerpo del Santo fué expuesto a la veneración de los fieles en el año 1644, en un altar de la iglesia del monasterio de Cuxá, y en el de 1734, fué trasladado, casi entero, a Venecia de donde era oriundo. Descansan sus preciosas reliquias en la catedral de San Marcos y celébrase su fiesta el día 10 de enero.

En el mes de mayo del año 1928, San Miguel de Cuxá solemnizó con espléndidas fiestas el 950.° aniversario de la entrada de San Pedro Urséolo en el monasterio.

SANTORAL

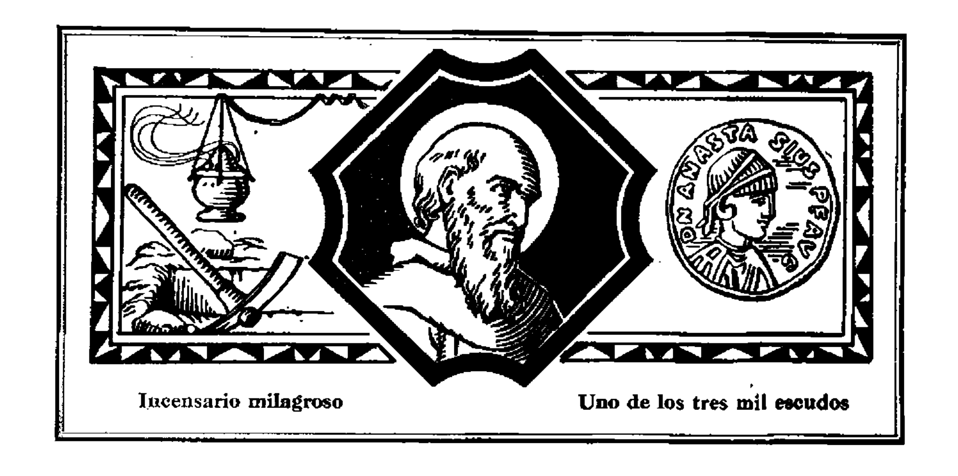
Santos *Marciano, presbítero; Agatón, papa; Guillermo, arzobispo de Bourges;* Gonzalo de Amaranto, confesor; Nicanor, uno de los siete primeros diáconos, mártir; **Pedro Urséolo, dux de Venecia;** Domiciano, obispo en Armenia; Valerico, ermitaño; Petronio, obispo; Saturio y Quintiliano, mártires. Santas Tecla y Justina, en Sicilia; Sedrida, abadesa.

SAN MARCIANO, presbítero. — Era Marciano natural de Roma y pertenecía a una familia de las más ilustres. Vivió mucho tiempo en Constantinopla, corte, a la sazón, del imperio. A instancias del patriarca fué ordenado de sacerdote y empleó toda su fortuna en aliviar a los podres y edificar y ornamentar iglesias. Salía de noche para buscar necesitados y remediarlos. Una vez encontró un muerto, le tomó, lavó, ungió y amortajó, y después le levantó, diciéndole: «Dime si eres, con nosotros, participante de la caridad que está en Jesucristo.» Y sucedió, por la inmensa bondad de Dios, que el difunto se mantuvo en pie como si estuviera vivo; y le abrazaba, dándole a entender cuánto complacía a Dios aquella obra de caridad.

En el acto de consagración del templo en honor de Santa Anastasia, levantado con las limosnas de nuestro Santo, el cielo vistió a Marciano de una riquísima tela de oro y piedras preciosas que muchos envidiaron, acusándole al patriarca, el cual le llamó a su presencia para entender en el asunto; pero delante de él la túnica de Marciano se esfumó milagrosamente, lo cual fué motivo de conversión para muchos arrianos. A los diez días de enero del año 472 subió al cielo, dejando en pos de sí una luminosa estela de santidad.

SAN AGATÓN, papa. — Vino al mundo en Sicilia y se distinguió siempre por su humildad, dulzura de carácter, inclinación constante al bien y amor grande a los pobres, a los cuales socorrió con sus abundantes limosnas. Estas virtudes, unidas a su mucha ciencia y al acierto con que desempeñó el cargo de tesorero de la Iglesia romana, le elevaron a la cátedra de San Pedro, sucediendo en 678 al papa Domno. Reunió un Concilio ecuménico en Constantinopla, con el fin de atajar el mal de los monotelitas, que pretendían admitir en Cristo una sola voluntad. Refutó este error con tanta fuerza y maestría, en una carta al emperador Constantino IV Pogonato, remitida al Concilio, que los Padres allí presentes exclamaron: «Pedro habla por boca de Agatón.» Abolió el tributo que exigían los emperadores a los Pontífices al tiempo de su elevación, y procuró el restablecimiento de Wilfrido en la silla de York; dotó a las iglesias y al clero de Roma de grandes beneficios. Por sus muchos milagros mereció el sobrenombre de Taumaturgo. Murió en 681, después de casi tres años de pontificado.

SAN GUILLERMO, arzobispo de Bourges. — Procedía Guillermo de ilustre prosapia, de la casa de los Condes de Nevers, una de las más linajudas de Francia. Fué sobrino de Pedro el Ermitaño, que tanta influencia ejerció sobre su privilegiado entendimiento. Abrazó el estado eclesiástico, siendo más tarde nombrado canónigo de Soissons, y finalmente de París. Renunciando a todos los beneficios que su cargo y méritos personales pudieran proporcionarle, ingresó en la Orden religiosa fundada por San Esteban el año 1096; pero se vió obligado a abandonarla y fué recibido en la Orden del Cister, asombrando a todos por sus prodigiosas penitencias. Desempeñó el cargo de abad en la Abadía de Fuente Juan y en la de Chalis, de donde salió para la sede arzobispal de Bourges, que sólo aceptó tras los reiterados mandatos, en virtud de santa obediencia, del superior general del Cister y del Legado de la Santa Sede. Después de pronosticar la proximidad de su muerte, se durmió en la paz del Señor el 10 de enero del año 1209.


Incensario milagroso

Uno de los tres mil escudos

SAN TEODOSIO CENOBIARCA

Monje en Palestina (423-529)

DÍA 11 DE ENERO

EN tanto que San Sabas establecía en las cavernas diseminadas a orillas del torrente Cedrón, algo así como una aldea de anacoretas, con casita distinta para cada monje, San Teodosio, contemporáneo y compatriota suyo, fundaba a una legua de esa célebre «laura», un monasterio de cenobitas, o monjes que llevaban vida común. Por eso le dieron el calificativo de «Cenobiarca», que en griego significa «cabeza y príncipe de los cenobitas», llegando a ser, como San Sabas, uno de los personajes más insignes del monaquismo oriental.

TEODOSIO Y SIMEÓN ESTILITA

NACIÓ nuestro Santo en una aldea de Capadocia llamada Marisa o Magariaso, hacia el año 423. Sus padres le pusieron por nombre Teodosio, quizá en memoria del famoso emperador cristiano que lo llevó y engrandeció pocos años antes. Dióse el virtuoso joven con ahinco al estudio de las divinas Letras, llegando en breve a poseerlas de modo maravilloso.

Mientras ejercía en su patria las funciones de lector de Escritura sacra, parecióle oír la voz de Dios que le invitaba, cual nuevo Abrahán, a dejar su familia y la tierra de sus padres, y obedeciendo la divina inspiración, partióse para ir a Palestina y venerar los lugares que Jesús consagró con su vida y pasión sacrosantas.

En el viaje, vino a pasar cerca de la columna de San Simeón Estilita, y allí se detuvo para tratar con aquel insigne varón sobre el género de vida que más le convenía elegir. Luego advirtió Simeón que Teodosio se hallaba entre la muchedumbre de peregrinos y, aunque nunca se habían conocido, le llamó por su nombre y le saludó diciendo:

—Teodosio, siervo de Dios, bien venido seáis.

Invitado por el Estilita, subió Teodosio a la columna, y después de abrazarse, Simeón le bendijo, le dió sabios consejos y le predijo que también él sería, andando el tiempo, padre y cabeza de innumerables monjes.

Con esto siguió Teodosio su camino para Jerusalén y, habiendo visitado con suma devoción aquellos lugares santificados por el divino Salvador, determinó abrazar la vida cenobítica. Fijó su residencia no lejos de la ciudad Santa, poniéndose bajo la dirección de un santo viejo recluso llamado Longino, que moraba en una casita de la torre que llaman de David, y merced a las enseñanzas de este gran siervo de Dios y excelente maestro de perfección, Teodosio se formó pronto en la práctica de la oración y de la virtud.

EN LA GRUTA DE LOS MAGOS

LLEVABA ya varios años viviendo humilde y recogido, cuando una noble dama llamada Icella, poseedora de una finca en la carretera de Belén, edificó en aquel lugar una capilla dedicada a la Virgen María y, terminada la obra, rogó la piadosa señora a Longino, que le diese para guardián del nuevo santuario a su discípulo Teodosio.

Fué, pues, nuestro Santo encargado por orden de su maestro de la guarda de aquella capilla. ¡Guardián, a la verdad, admirable y santo! De día y de noche, casi sin cesar, sus plegarias, avaladas a menudo con lágrimas, ascendían hasta el Señor cual incienso suavísimo. Ni aun en el mismo trabajo interrumpía su oración, y tan hechos a rezar estaban sus labios, que se movían aun estando dormido el Santo, de suerte que hasta el sueño de Teodosio semejaba una plegaria. A la vez que muy devoto, fué muy austero y mortificado, comiendo frugalmente, sustentándose sólo con dátiles, legumbres o yerbas silvestres y no probando pan por espacio de treinta años.

La fama de su santidad fué causa de que en breve acudieran muchos a visitarle, en vista de lo cual se recogió en una gruta de los alrededores que

tenía por nombre Catisma. En ella, según refiere la tradición, los Reyes Magos hallaron asilo, cuando avisados de que no volviesen a Jerusalén, regresaron a su tierra por otro camino. Es muy verosímil que en esa gruta se detuviesen, pues de no querer pasar por Jerusalén, no hay sino aquella vía para ir de Belén a Oriente.

Representa Catisma, en el cenobitismo oriental, lo que Subiaco en el occidental. La soledad en que se había refugiado San Teodosio, no logró sustraerle por mucho tiempo a la admiración de los fieles de las cercanías; pronto se agruparon en su derredor diez fervorosos discípulos a los cuales instruía y ejercitaba el Santo en la virtud, no sólo de palabra, sino también con el ejemplo. Quería que tuviesen siempre presente la memoria de la muerte, que es medio eficacísimo para conservar la virtud, y, para ayudarles a ello, mandóles cavar una larga fosa que pudiera servir de sepultura común y, estando un día todos los monjes alrededor de ella, díjoles con mucha gracia:

—Abierta está la sepultura, ¿quién de nosotros la estrenará?

Uno de los monjes, el presbítero Basilio, se arrodilló y dijo:

—Dadme vuestra bendición, Padre mío, que yo seré el primero en ser enterrado en ella.

Teodosio le dió la bendición y luego mandó a los monjes que en los cuarenta días siguientes, estando Basilio aun vivo, le rezaran el oficio de difuntos, y al cabo de los cuarenta, sin calentura, sin dolor ni agonía, Basilio durmió plácidamente el último sueño y entregó su espíritu al Señor.

Sin embargo, el difunto monje no dejó del todo a sus Hermanos, pues cada tarde acudía con ellos a la iglesia y cantaba las vísperas. Uno de los monjes, llamado Ecio, que le oía cantar, preguntó un día a Teodosio:

—Padre, ¿no oís en el coro por la tarde la voz de nuestro hermano Basilio?

El Santo le respondió que no sólo la oía, sino que, además, veía el rostro de Basilio, y le prometió que se lo mostraría. Al caer la tarde fueron los monjes al coro, y el sacerdote Basilio apareció allí de pie, cantando con los demás las divinas alabanzas. Teodosio, que le veía, hizo entonces esta oración:

—Abre, Señor, los ojos de tu siervo Ecio, para que vea el prodigio.

Vió Ecio a Basilio, y al punto corrió a él para abrazarle, pero no pudo hacerlo, pues desapareció Basilio despidiéndose con estas palabras que todos los presentes oyeron claramente:

—Adiós, Padres y Hermanos míos; ya no volveré a visitaros; tened por cierto que Jesucristo habló verdad cuando dijo: «El que cree en mí, aunque muriere, tendrá vida.»

EXTRAORDINARIA CIUDAD MONÁSTICA

LAS eminentes virtudes de Teodosio y los milagros por él obrados, fueron causa de que su fama se extendiese por doquier, acudiendo a él muchos discípulos deseosos de tenerle por guía y maestro en el arduo trabajo de la santificación. Consultó con Dios en la oración y, habiéndole manifestado el Señor que había de tener más cuenta con la salvación de las almas que con su propio descanso, resolvió edificar un monasterio en el sitio que el cielo le mostrase.

Un día, movido de sobrenatural impulso, tomó un incensario en el que puso carbón e incienso, y con él recorrió los montes de los alrededores, confiando que algún suceso milagroso le daría a entender la divina voluntad. Caminó por todo el desierto que se extiende desde el sudeste de Jerusalén hasta el mar Muerto sin que sucediese lo que él esperaba, pues ni se encendió milagrosamente el carbón, ni se exhaló perfume de incienso. Pero ya de vuelta, y al pasar cerca de su gruta, estalló de pronto una chispa en el incensario y comenzó a subir por los aires el vapor de oloroso incienso, mostrándole el cielo con ese prodigio que allí había de edificar el monasterio.

Puso, pues, los cimientos de la nueva fundación cerca de Catisma, en los altos que por el sur dominan el torrente Cedrón, levantando edificios tan amplios que daban a aquel lugar aspecto de gran ciudad. Los solitarios y cenobitas tenían sus pabellones por separado, y los pobres de las cercanías y los peregrinos, un asilo reservado. Los monjes servían a los indigentes, y sucedió muchas veces que en un solo día se aparejaron hasta cien mesas para dar de comer a los huéspedes enviados allí por la divina Providencia.

Eran también varios los hospitales que allí había; uno para los monjes enfermos; dos para los extranjeros pobres o ricos que iban al monasterio para ser atendidos por los santos monjes, y además un asilo para los sacerdotes ancianos o inválidos.

Sólo por caridad admitían a los seglares, y el trato obligado con ellos, nunca fué motivo de relajación para los discípulos de Teodosio, los cuales cumplían con rigurosa fidelidad sus reglas, en particular la del silencio, evitando con sumo cuidado el entretenerse en conversaciones inútiles con los huéspedes. Unidos con lazos de paz y caridad, parecían ángeles terrenales, teniendo los peregrinos a grande honra y dicha el verlos y permanecer en su compañía.

Había en el recinto del monasterio cuatro iglesias para distintos grupos y fines.

Pronto fué la ciudad monástica testigo de muchos y grandes prodigios.



SAN Tedosio, inspirado por el Cielo, ha recorrido montes, valles y desiertos sin que el incensario se haya encendido. De vuelta, ya en las cercanías de su gruta, se encienden súbitamente los carbones y exhala perfumes el incensario. Esta es la señal milagrosa; allí edificará el gran monasterio.

Una mujer cuyos hijos morían todos antes de nacer, se encomendó a las oraciones del siervo de Dios, y dió a luz a uno muy robusto, al que llamó Teodosio en prueba de gratitud al Santo. Un año de escasez fueron innumerables las personas socorridas eficazmente por los monjes, sin que en el monasterio se notase mengua de nada, renovando muchas veces el Señor, en favor de Teodosio, el milagro de la multiplicación de los panes.

Quería el bienaventurado cenobita que en el monasterio se acogiese a todos, pobres, enfermos y viajeros, y que se diese a cada cual lo que necesitaba como si se atendiera a Jesucristo en persona; por eso nunca desamparó la divina Providencia a quien de esta suerte se sacrificaba por el prójimo, esperándolo todo del Señor con fe inquebrantable y seguridad absoluta.

AMISTAD SANTA. — EL CENOBIARCA

DISTANTE de Jerusalén unos quince kilómetros al sudeste y en una de las escarpadas orillas del Cedrón, hallábase un paraje solitario y agreste, donde vivía el famoso anacoreta San Sabas, muy amigo de Teodosio. Ambos siervos de Dios eran igualmente amados y venerados por los cristianos de Siria y Palestina. A los ignorantes y a los pobres les mostraban el camino del cielo, infundiéndoles gran aprecio de la pobreza evangélica, y los que el mundo llama ricos, sabios y poderosos, al oír las lecciones de esos dos santos penitentes, quedaban persuadidos de la vanidad de las promesas del siglo, y acudían a los monasterios en busca de la paz y dicha perdurables que son fruto de la humildad, y para entregarse al desprendimiento de los bienes caducos y a la abnegación propia por amor de Cristo y con esperanza del cielo.

En el monasterio gobernado por Teodosio, vivían varios centenares de monjes, con los cuales siempre se mostraba blando y compasivo, corrigiéndolos más con el ejemplo que con severas amonestaciones, y tanto en la repartición de cargos como en la imposición de castigos, eran admirables su discreción y prudencia, fruto de su profunda humildad y de su amor a las almas, ponderando mucho el biógrafo del Santo aquella su constante ecuanimidad y la imperturbable serenidad de su rostro.

La regla del monasterio, muy sabiamente trazada, señalaba para la oración pública largas horas del día y de la noche; mandaba guardar riguroso silencio, indispensable para vivir con recogimiento, e imponía a los monjes ciertos oficios compatibles con su estado y provechosos para la comunidad.

Sabas y Teodosio se entrevistaban a menudo y se ayudaban mutuamente, estrechando más su afecto y la unión de sus voluntades en los trances en

que peligraba la fe de los cristianos, pues la principal preocupación de ambos santos monjes fué siempre la salvación de las almas y la defensa de la fe ortodoxa.

Salustio, patriarca de Jerusalén hacia el año 492, honró a Teodosio con el título y cargo de cenobiarca, esto es, cabeza de todos los cenobitas o monjes que vivían en comunidad, y a Sabas con el de superior de los ermitaños o anacoretas.

DEFENSOR DE LA FE CATÓLICA

ANASTASIO I, emperador de Oriente en los años 491 a 518, se declaró protector de los eutiquianos, los cuales, al impugnar la herejía de Nestorio que negaba la unidad de persona del Salvador, cayeron en otro error no menos grave, confundiendo la naturaleza humana de Jesucristo con la divina, por lo que al eutiquianismo se le llamó también *monofisismo,* que significa «una sola naturaleza».

Esta perniciosa doctrina sedujo muchas almas y causó grandes perturbaciones y desórdenes particularmente en Siria y Palestina, donde originó apasionadas sublevaciones populares y aun monásticas.

En el año 513, Anastasio expulsó de Jerusalén al patriarca católico Elías y puso en su lugar a un eutiquiano llamado Severo, promulgando un edicto en el que mandaba a los sirios que obedeciesen al intruso. Pero Sabas y Teodosio, arrostrando la indignación del príncipe, apoyaron con todas sus fuerzas primero a Elías, y luego a su legítimo sucesor Juan, a quien defendieron valerosamente.

Procuró también el emperador ganar muchos obispos y personas señaladas, y atraerlos a su opinión para hacer guerra a la fe católica y, viendo que Teodosio, por sus virtudes, era celebrado en todo el Oriente en donde gozaba de grande influencia, intentó ganarlo con dádivas, enviándole como unos tres mil escudos de oro y diciéndole que se los enviaba para que los repartiese a los pobres.

Aceptó el santo cenobiarca aquellas limosnas imperiales y las repartió a los necesitados, pero luego escribió una carta al emperador, protestando sin rebozo de inquebrantable adhesión al concilio de Calcedonia y, juntando a los monjes, les declaró que era tiempo de pelear varonilmente y los exhortó con palabras encendidas a permanecer firmes en la verdadera fe, aun a costa de la vida.

Indignóse el emperador al leer la carta de Teodosio, pero esta vez disimuló su enojo y no quiso molestarle. El Santo, aprovechando la libertad en que se le dejaba, corrió en auxilio de las almas amenazadas con perder la

fe y, aunque ya de mucha edad, anduvo predicando animosamente la verdad católica por las ciudades y pueblos de Palestina, por cuyo medio confirmó en la fe a los cristianos.

Hallándose una vez en Jerusalén, entró en una de las principales iglesias, acompañado de San Sabas y del patriarca Juan III, y, subido al púlpito y ante la muchedumbre de fieles, anatematizó, con autoridad y gravedad propias de un ángel del Señor, a cuantos no recibiesen los cuatro concilios ecuménicos con el mismo respeto que los cuatro Evangelios. No dijo más y bajó del púlpito. Pasando por entre la multitud asombrada, se llegó a él una mujer que padecía horrible cáncer, y con sólo tocar el hábito del Santo quedó al punto sana.

Al enterarse el emperador de lo que había dicho y hecho Teodosio, le mandó desterrar; pero duró poco el destierro, porque en breve el emperador murió de un rayo, sucediéndole Justino I, favorecedor de los católicos, el cual acabó pronto con el cisma, de suerte que Teodosio volvió triunfante del destierro.

PACIENCIA Y RECOMPENSA

AUN vivió el Santo once años entregado a la penitencia, oración y humildad, sin consentir ni mudanza ni mitigación en su vida monástica, a pesar de las fatigas y achaques de la vejez, guardando hasta su muerte, con escrupulosa fidelidad, la regla que dió a sus discípulos.

Sufrió con inalterable paciencia e increíble fortaleza una larga y muy molesta dolencia que le envió el Señor. Como un anciano, amigo suyo, le invitase a pedir a Dios la curación o por lo menos algún alivio en sus dolores, contestóle Teodosio:

—Ese mismo pensamiento acudió a mi mente, pero lo aparté por creerlo tentación del demonio, pues semejante súplica sería señal de impaciencia y me robaría el mérito de mis padecimientos. Hasta ahora he vivido en medio de la gloria y de los honores; ya es tiempo de que padezca algo para merecer consuelos eternos.

Tres días antes de su muerte, tuvo de ella revelación divina y, ya moribundo, juntó a los monjes y les habló del porvenir del monasterio, dándoles santos avisos y consejos. También hizo llamar a tres obispos con los cuales trató importantes negocios, manifestándoles por último el inmenso gozo que sentía al pensar que muy en breve dejaría este destierro. Juntando luego las manos sobre el pecho, entregó su espíritu al Señor a los ciento cinco años de edad, habiendo enviado al cielo antes de sí a seiscientos noventa y tres de sus discípulos.

Pedro III, patriarca de Jerusalén, acudió al monasterio en compañía de

otros obispos, para enterrar al santo cenobiarca, pero fué menester aplazar varios días los funerales, por ser infinito el número de gente que se apiñó alrededor del ataúd e incontables los milagros que allí mismo obró el Señor en favor de su siervo, siendo uno de ellos el haber librado a un hombre atormentado del demonio, del cual había intentado librarse en vida de Teodosio sin lograrlo, pero echándose sobre el cadáver del Santo, al punto quedó libre.

El patriarca Pedro mandó al fin enterrar al bienaventurado cenobiarca, presidiendo él mismo la fúnebre ceremonia. El biógrafo del Santo dice que se enterró el cuerpo de Teodosio, no porque fuera menester apartarlo de la vista de los hombres como a los demás cadáveres, sino porque todos querían llevarse algo de las preciosas reliquias, de suerte que para que no desapareciese aquel tesoro, no hubo más remedio que encerrarlo bajo la losa sepulcral. Depositaron el santo cuerpo en la gruta de los Magos, que había sido la primera celda del bienaventurado cenobiarca.

Los griegos ortodoxos de Jerusalén restauraron parte del monasterio de San Teodosio, y descubrieron la cripta fúnebre del santo fundador, cerca de la cual descansaban sus innumerables discípulos, aquellos monjes que poblaron la ciudad monástica por espacio de varios siglos.

Algunos monjes griegos custodian en el día de hoy aquellos lugares santificados en otro tiempo por legiones de ascetas cristianos.

Los calendarios latino y griego traen la fiesta de San Teodosio el día 11 de enero.

La vida de este santo cenobiarca fué escrita por un autor contemporáneo que no quiso dar su nombre, pero que en opinión del cardenal Baronio fué un monje llamado Cirilo. La trae también Metafrastes, y el padre Bolando la publicó, habiéndola cotejado con un manuscrito griego de la Biblioteca Vaticana.

SANTORAL

Santos *Higinio, papa y mártir;* Teodosio, cenobiarca; *Salvio, obispo de Amiens; Teodosio de Antioquía, el Cabelludo;* Alejandro, obispo y mártir; Anastasio, monje; *Palemón, abad;* Leucio, obispo de Bríndisi. En España, los santos mártires Donato, Agustín, Salvio, Félix, Floro, Eugenio, Esteban y muchos otros. Santas Eufrasia y Honorata.

SAN HIGINIO, papa y mártir. — Nació en Atenas. Entre los romanos que dieron su sangre por Jesucristo, en tiempo del emperador Adriano, figura el papa San Telesforo, cuyo sucesor fué San Higinio, que también murió mártir. Durante el pontificado de este último, se trasladaron a Roma algunos herejes que se hacían pasar por cristianos para poder engañar más fácilmente a los que se-

guían la verdadera doctrina de Jesucristo. Entre estos lobos rapaces vestidos con piel de oveja, se señalaron Valentiniano y Cerdón, los cuales fueron maestros de herejías infernales. Pero a su maldad y perfidia se opuso la vigilancia de Higinio, quien no cesaba de animar y exhortar a los fieles a que se mantuvieran firmes en la fe enseñada por los Apóstoles y sellada con su sangre. De sus muchas epístolas sólo se conservan dos. Una de ellas regula las ceremonias para la consagración del Santo Crisma; ordena que sólo haya un padrino y una madrina en el Bautismo. Finalmente, después de cuatro años y tres meses de pontificado, padeció martirio por Cristo el 11 de enero del año 140. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano.

SAN SALVIO, obispo de Amiéns. — Después de una juventud licenciosa, Salvio abandonó la riquezas heredadas de sus padres y se retiró a un monasterio que él mismo mandó edificar. Fué arrancado de su soledad para ocupar la sede episcopal de Amiens, vacante por muerte de San Honorato. Su caridad, su inexorable penitencia, su mortificación y el amor con que socorría a los pobres, hicieron de él el padre de todos. Fué una verdadera lumbrera de la Iglesia, y por su mucha virtud y ciencia, mereció ser consejero del rey. Finalmente, coronado de gloria en la tierra voló al cielo en el año 715.

SAN TEODOSIO DE ANTIOQUÍA, el Cabelludo. — Aunque procedía de familia rica, Teodosio se desprendió de todos los bienes de este mundo y no pensó más que en entregarse por completo a Dios. Repartió toda su fortuna, quedándose sólo con los bienes espirituales que con la educación cristiana había recibido. Se retiró a unos montes de Cilicia, llenos de animales salvajes que constituían su única compañía. Poco tiempo permaneció solo, pues la fama de su santidad, que se extendió rápidamente, le atrajo numerosos discípulos ávidos de llevar el mismo género de vida que él. Repartió su vida entre la oración, el trabajo y la contemplación. Su comida era muy frugal. Se conoce a este Santo con el nombre de «el Cabelludo» porque, descuidado completamente de su exterior, dejó crecer sus cabellos sin cortárselos nunca, llegándole hasta los talones, y los recogía a veces alrededor de la cintura. Subió al cielo el 11 de enero del año 412.

SAN PALEMÓN, abad. — Nació en Italia y siguió la carrera de las armas. Después se marchó a Egipto, donde se hizo catecúmeno. Recibido el bautismo, se retiró a los arenales desiertos de la Tebaida, donde se dedicó a la oración y a la penitencia. Un día se le presentó Pacomio y le rogó con insistencia que le admitiese en su compañía. Palemón, para disuadirle, le dijo: «Yo vivo en continua mortificación; mis alimentos son únicamente el pan y la sal, y no pruebo ni el vino ni el aceite. La mayor parte de la noche la paso cantando los salmos o meditando la Sagrada Escritura. ¡Cuántas veces llega la luz del día sin haber cerrado los ojos!» Pacomio no se amedrentó por este género de vida y fué recibido por Palemón. Le siguieron otros muchos discípulos, a quienes santificó con sus admirables ejemplos y la santidad de su doctrina. Un día de Pascua no quiso tomar la frugal comida acostumbrada, porque habían echado un poco de sal y aceite. Al fin, vencido por tantos ayunos y penitencias, el cuerpo no pudo resistir más y el santo varón murió en brazos de su primer discípulo, San Pacomio, el año 315.



SAN BENITO BISCOP

Abad benedictino en Inglaterra (618 ó 628-703)

DÍA 12 DE ENERO

EL siglo VII, tan vilipendiado por ciertos críticos modernos, interesados en disfrazar la verdad a sus lectores, es en realidad un magnífico período de paz tranquila entre las invasiones bárbaras y las guerras carlovingias; una época de reconstitución social para los diversos países de la Europa occidental; una época fecunda, si no en ingenios literarios, a lo menos en profundos políticos y en una multitud de grandes santos. Porque la paz es una isla dorada fecundada por el sol esplendente del espíritu, cuya vida se manifiesta en obras admirables de arte y en gestas heroicas de virtud.

Recién convertida al catolicismo, sin pasar como otros países por la herejía arriana, la Gran Bretaña no se quedaba atrás en el movimiento general de su siglo. La heptarquía anglosajona, gobernada casi sin excepción por príncipes prudentes y religiosos, como los santos Etelberto, Eduino, Oswaldo y Oswino, perdía en aquel siglo a sus primeros apóstoles, pero promulgaba leyes cristianas y veía surgir en todos los puntos del viejo suelo bretón, innumerables monasterios, focos de civilización y de virtud, destinados a completar la obra de San Agustín de Cantorbery, y que le valdrían, andando el tiempo, el honor de disputar a Irlanda el hermoso título de *Isla de los Santos*.

Inglaterra fué formada por los monjes. En la época de que hablamos, el noble país de los anglos enviaba al continente gran número de aquellos «ángeles» que deseaba ver San Gregorio. Muchas son las princesas sajonas que figuran entre las primeras santas abadesas del norte de las Galias. En la misma isla británica vivían San Félix, obispo de la región oriental, San Erconvaldo, obispo de Londres, San Lorenzo, San Melito, San Adelmo, San Adamnano, San Teodoro, San Wilfrido, San Cutberto, y otros muchos de nombres ilustres entre los que sólo podemos citar los más principales; magnífica floración que da a la Iglesia, a principios del siglo siguiente, tres grandes lumbreras: San Beda el Venerable, San Wilibrordo, apóstol de Holanda, y San Bonifacio, apóstol de Alemania.

EDUCACIÓN Y PRIMERA PEREGRINACIÓN DE SAN BENITO BISCOP

SAN Benito Biscop merece puesto distinguido en el catálogo de estos santos, por las virtudes de que fué modelo eminente y por los beneficios que dispensó a su país.

Biscop Baducing, más conocido con el nombre de Benito Biscop, nació en 618, o tal vez en 628, en el reino de Nortumberland, uno de los siete de la heptarquía. Sus padres, nobles y ricos señores sajones, le destinaron desde muy temprano a la carrera de las armas, que era la ocupación ordinaria de las gentes de su condición. De natural esforzado, Benito alcanzó pronto brillante reputación en la corte de Oswino, rey de Nortumberland.

Señalábase entre los soldados por su valor, y entre los cortesanos por su política, su afabilidad y por sus admirables prendas personales; pero muy especialmente por su piedad y singular prudencia. Estimado del príncipe, honrado de los grandes y amado de todos, parece que había de adelantar a pasos agigantados en la gloriosa carrera que había emprendido, lisonjeándole el mundo con brillantísimas esperanzas, cuando la consideración de una fortuna más sólida y de una felicidad más llena y digna de un corazón verdaderamente grande, le hizo renunciar a todo cuanto le prometían sus fundadas esperanzas. Herido del amor de los bienes eternos y deseoso de no servir a otro amo que a solo Dios, dejó la corte, renunció a los empleos, apartóse de sus parientes, huyó de su país en la flor de su juventud y emprendió por devoción el viaje a Roma (año 653 ó 654).

No es de admirar que Benito dirija sus pasos a la Ciudad Eterna. Conocía la antigua tradición según la cual el Príncipe de los Apóstoles habría llevado por sí mismo la luz del Evangelio a los bretones; comprendía que no podría hallar la doctrina de Jesucristo más seguramente que al lado del Papa, intérprete y guardián de la tradición de la Iglesia y depositario infa-

lible de la revelación divina. En el mismo siglo vemos a los obispos bretones acudir a cada instante a la Santa Sede para resolver dificultades de doctrina y de disciplina eclesiástica. Por otra parte, ésta fué la gran época de peregrinaciones a Roma.

«Durante los siglos VII y VIII, Roma fué el punto de cita de innumerables peregrinos que acudían de todas las comarcas de Occidente para contemplar la ciudad santa y orar en los sepulcros de los santos y de los mártires. Ninguna nación mostró más celo y ardor en el cumplimiento de esta piadosa devoción que los anglosajones... Príncipes y obispos, ricos y pobres, sacerdotes y seglares, hombres y mujeres, emprendían esta peregrinación con tal entusiasmo, que a las veces volvían a ella a pesar de las dificultades y peligros de tan largo viaje.»

En esta primera peregrinación no parece que Benito estuviera resuelto a abrazar la vida monástica. La reina de Nortumberland y el rey de Kent le dieron por compañero a un fervoroso joven, al futuro San Wilfrido, que no hallando en los monjes escoceses de Lindisfarne maestros bastante seguros en las vías de la santidad, quería estudiarlas en los monasterios de Italia. San Honorio, arzobispo cantuariense, murió poco después de la salida de estos dos peregrinos, en 653 ó 654, lo que nos permite precisar la fecha de su viaje a Roma.

El arzobispo de Lyón, San Enemundo, quiso retenerlos a su lado; Wilfrido consintió en ello ya que podía allí instruírse, y Benito continuó solo su viaje. Pronto, sin embargo, el arzobispo cambió de parecer y aconsejó a Wilfrido que fuera con su compañero. Juntos llegaron a Roma, donde el papa San Martín I los acogió favorablemente, veneraron el glorioso sepulcro de los santos Apóstoles y se instruyeron según su deseo.

El regreso lo hicieron por separado. Wilfrido salió el primero dirigiéndose a Lyón, donde recibió la tonsura. Ya en su patria, Alfredo, hijo del rey Oswino, le encargó la dirección del monasterio de Ripon, y en el año 664 fué investido de la dignidad episcopal. Benito se quedó en Roma y es probable que residiera allí varios años.

SAN BENITO ABRAZA LA VIDA MONASTICA. — NUEVAS PEREGRINACIONES

AL volver a su patria, por el mediodía de Francia, Benito se detuvo en la célebre abadía de Lerins, fundada hacía dos siglos y medio por San Honorato, según la regla de San Macario, y regida entonces por las reglas de San Columbano y de San Agustín.

El noble peregrino halló allí su vocación definitiva. Pidió y obtuvo el hábito de religioso, recibió la tonsura y vivió dos años en la observancia

más perfecta de la vida cenobítica, entregado completamente a la oración, al trabajo y a la penitencia. Al fin, volvió a marchar a Roma, a donde le llevaba una particular inclinación, con ánimo de pasar allí el resto de su vida.

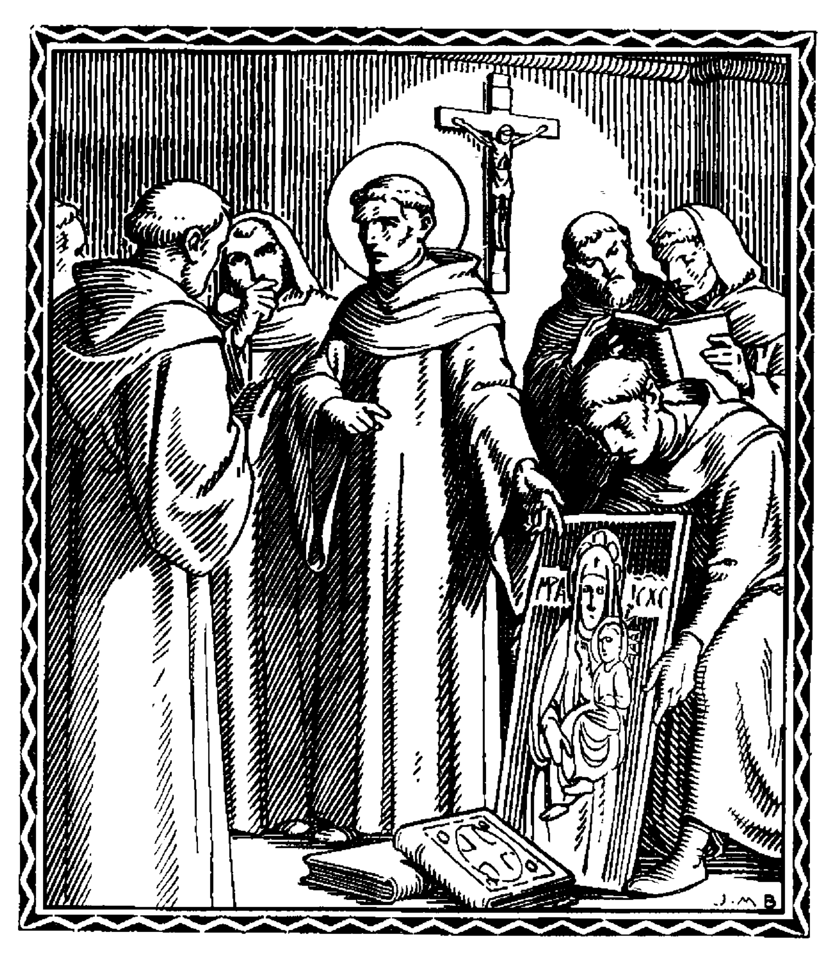
Mas otros eran los designios de la Providencia. El papa San Vitaliano acababa de consagrar arzobispo de Cantorbery, para suceder a San Honorio, a un sabio y piadoso monje griego, llamado Teodoro, natural de Tarso en Cilicia, de setenta años de edad. Proponíase el Soberano Pontífice al enviarle a la Gran Bretaña la reforma de ciertos abusos y la resolución satisfactoria de varias cuestiones de disciplina eclesiástica. Dióle por compañeros a otro monje, llamado Adriano, muy versado en las ciencias sagradas y en las letras griegas y latinas, y a Benito Biscop. El primero había rehusado humildemente el episcopado y había hecho anteriormente varios viajes a las Galias. En cuanto a Benito, el Papa, que conocía su nobleza, su saber y virtud, le juzgó más capaz que ninguno para servir de guía y de intérprete a los otros dos mensajeros.

San Teodoro, San Adriano y el guía de ambos partieron de Roma hacia fines de mayo del año 668, llegaron por mar a Marsella, y de allí fueron por tierra a Arlés, donde permanecieron hasta que Ebroín les envió la autorización para continuar el viaje. Pasaron el invierno en Sens, Meaux y París, con los santos prelados que por entonces gobernaban estas Iglesias. El rey de Kent envió a uno de sus principales señores al encuentro de Teodoro, a quien aguardaba con impaciencia. Teodoro y Benito se embarcaron, pues, y llegaron felizmente a Cantorbery. En cuanto a Adriano, sospechando Ebroín infundadamente que hubiese recibido alguna misión diplomática secreta contraria a los intereses de su política recelosa, le retuvo aún dos años en Francia.

Teodoro confió a Benito el gobierno de la abadía de San Agustín, situada cerca de su Sede episcopal. El Santo implantó pronto en ella la más perfecta regularidad; pero a la llegada de Adriano, en 671, entregó en sus manos la dirección de la abadía y se encaminó por tercera vez a Roma.

Al volver Benito de este viaje se llevó gran número de libros que compró o que le regalaron. Al pasar por Viena, en las Galias, recogió además otros varios que había comprado anteriormente y que había dejado en depósito en dicha ciudad.

De vuelta a su patria, en 672, el rey Egfrido, otro hijo y sucesor de Oswino, y el mismo que persiguió más tarde a San Wilfrido y a San Wilibrordo, le concedió cerca del sitio donde el Wear desemboca en el mar del Norte (Wearmouth) una tierra de setenta yugadas, es decir, suficiente para alimentar a setenta familias. Benito edificó en ella un espacioso monasterio que dedicó al Príncipe de los Apóstoles.



El *Santo viene de Roma: presuroso saca de los baúles artísticos cuadros y valiosísimos códices. Los monjes, que los esperan ansiosos, celebran su valor artístico. Los manuscritos serán copiados una y cien veces; los cuadros adornarán la iglesia y enfervorizarán e instruirán a los fieles.*

Benito puso al frente del monasterio de San Pedro al diácono Sigifredo y, al morir este último, confió a Godofredo la dirección de las dos abadías. Estos tres abades merecieron por sus virtudes ser colocados en los altares.

MUERTE DE SAN BENITO BISCOP

ANCIANO ya y lleno de achaques, fué nuestro Santo un raro ejemplo de paciencia, en medio de las más dolorosas enfermedades. No cesaba de dar gracias a Dios que le había ayudado a dar a sus hijos tan santas constituciones. El mayor gusto que podía dársele era hablarle de las instituciones eclesiásticas que había estudiado en diversos sitios y sobre todo en Roma, y de las numerosas peregrinaciones que había realizado.

Aunque fué tan eminente la virtud de Benito durante el tiempo de una vida tan pura, laboriosa y penitente, quiso Dios purificarla y perfeccionarla más al fin de sus días, para que, habiendo dado tan grandes ejemplos de observancia, de mortificación y de penitencia a todos sus religiosos, les diese también el de la paciencia admirable con que sufrió la cruel parálisis, que le sirvió de durísima cruz los tres últimos años de su vida. Su semblante siempre afable, siempre igual, siempre tranquilo, su íntima unión con Dios y aun su exterior alegría, no se alteraron nunca.

No pudiendo asistir al canto del oficio divino, iban varios monjes a su habitación y formando dos coros cantaban los salmos de la Hora canónica correspondiente; él los seguía con atención y cantaba también cuando sus fuerzas se lo permitían.

Antes de morir, exhortó a sus discípulos a guardar fielmente la regla, ensalzando la exacta observancia que había admirado en otros monasterios y la dicha de los que aman su vocación. «Hijos míos —les decía— no creáis que las constituciones que os he dado son invención mía. Después de visitar diecisiete monasterios bien gobernados, cuyas reglas y costumbres procuré conocer perfectamente, junté las que me parecieron mejores, y son las que os he dado.»

Por último, el venerable Padre entregó su alma a Dios, después de recibir el santo viático, a la edad de 76 años —86 según otros— el 12 de enero de 703. Fué inmediatamente venerado como santo, según testimonio de su discípulo más famoso, San Beda el Venerable, abad de Jarrow, el cual declara incidentalmente, en su *Historia de Inglaterra,* ser autor de la biografía de su padre y maestro en la vida religiosa. Si este documento, que sería de tanto valor para precisar las fechas de la vida del Santo en las que ahora no hay plena unanimidad de opinión, se ha extraviado, nos queda felizmente el texto de una homilía del mismo Beda, dedicada a San Benito Biscop en el aniversario de su fallecimiento. Esta fuente histórica, junto

con las *Crónicas* de Florencio de Worcester y las *Gestas de los Pontífices ingleses* del historiador Guillermo de Malmesbury (siglo XII), así como las *Flores de relatos* de Mateo de Westminster (fin del siglo XIII), son las principales de donde los autores más modernos han sacado los documentos históricos para trazar la vida del Santo que acabamos de resumir.

San Benito Biscop llegó a ser por una parte con San Pedro, y por otra con San Pablo y San Beda, el patrono de las dos iglesias que hizo construir. Al pie del altar que le está dedicado en la catedral de Cantorbery, fué inmolado el ilustre defensor de los derechos de la Iglesia, Santo Tomás Becket. La Congregación actual de los Benedictinos ingleses celebra también a San Benito Biscop entre sus mayores protectores.

En el año 970, sus reliquias fueron trasladadas a la abadía de Thorney, según un cronista del siglo XII. Sin embargo, los monjes de Glastonbury pretendían poseer parte de ellas.

SANTORAL

Santos Benito Biscop, abad; *Nazario, confesor;* Victorián, abad (su fiesta, el 19 de enero); *Arcadio, Eutropio, Tigrio* y Modesto, mártires; Juan II de Ravena y Probo de Verona, obispos; Martín, presbítero, natural de León; Sátiro, mártir en Acaya; Zótico, Rogato, Cátulo y otros cuarenta soldados, mártires en África; Peregrino, Pedro y Lorenzo, en España. Santas *Taciana, virgen y mártir;* Cesárea, abadesa; la Venerable Madre Margarita Bourgeois, fundadora de la Congregación de Hijas de María.

SAN NAZARIO, confesor. — Fué español de nación y vivió en el siglo VI. Desengañado del mundo por la falsedad y mentira que por todas partes veía, quiso, desde la más temprana edad, dejarlo y hacerse religioso, y así lo verificó cuando tuvo la edad competente, entrando en el monasterio benedictino de San Miguel de Cuxá, en la diócesis de Elna (Cataluña francesa). En el claustro quiso allegar grandes tesoros y riquezas espirituales para comprar con ellas la perla preciosa de la salvación eterna, usando para ello del sencillísimo medio de la misericordia y de la caridad. Daba hospitalidad a los peregrinos, vestía a los desnudos, daba de comer a los hambrientos y socorría a los necesitados. Le recompensó Dios con el don de milagros, entre los cuales merece consignarse la extinción de un incendio con su hábito, sin que éste sufriera daño alguno al ponerle sobre el fuego. Llegado a la cumbre de la santidad emprendió el vuelo al cielo para unirse con Dios eternamente.

SAN ARCADIO, mártir. — Arcadio vió la luz primera en Osuna, ciudad de la riente Andalucía. Si fué ilustre por su nacimiento lo fué más aún por las gracias con que Dios le favoreció. Sus enemigos le admiraban a causa de los milagros que realizaba; pero le odiaban por la eficacia de sus predicaciones. No pudiéndole ya soportar por más tiempo, le persiguieron hasta hacer que le condenaran a muerte. Él mismo se presentó al gobernador, el cual le dijo que le perdonaría si sacrificaba a los dioses. Arcadio le contestó: «Imposible parece que me propongas tal infamia... Jesucristo es mi vida y no me importa la muerte. Inventad el suplicio que os plazca, sometedme a él, y nunca, por horroroso, por cruel que sea,

me volveré infiel a mi Dios.» Después de un momento de silencio y estupor, el juez dijo a los verdugos que le cortaran, poco a poco y uno tras otro, todos los miembros. Así lo hicieron; pero Arcadio no pronunció ni una sola palabra de queja; antes, al contrario, iba ofreciendo a Dios cada uno de sus miembros. Mientras estaba orando, su espíritu se elevó al cielo el 12 de enero del año 111.

SANTOS EUTROPIO y TIGRIO, mártires. — Tigrio y Eutropio vivían en Constantinopla y ejercían el cargo de presbítero y lector, respectivamente, en tiempo de San Juan Crisóstomo, arzobispo de dicha ciudad. Juan fué desterrado a Bitinia por intrigas de unos cuantos envidiosos hostigados por la emperatriz Eudoxia. Durante este destierro sucedió que la iglesia patriarcal de Santa Sofía y la sala adjunta donde se reunía el senado fueron pasto de las llamas, sin que pudiera saberse de cierto la causa del incendio.

Optato, gobernador pagano, cual nuevo Nerón, culpó de ello a los cristianos para tener así un pretexto de persecución contra ellos. Sus iras se dirigían principalmente contra Tigrio y Eutropio, por las muchas conversiones que con sus predicaciones lograban. A estos dos, principalmente, se les violentaba con inhumanos tormentos a fin de conseguir de ellos la declaración del culpable. Los golpearon sin compasión, desgarraron sus cuerpos con uñas de hierro, quemaron sus cuerpos con antorchas, y a Tigrio, además, le dislocaron los huesos. El valor resignado de estos dos Santos es admirable. Después de tanto martirio parecía que la muerte debía acabar pronto con ellos; pero sólo Eutropio falleció en la misma cárcel a consecuencia de los malos tratos. Tigrio pudo sobrevivir algún tiempo. Por no reconocer al intruso patriarca Arsacio, fué transportado a Mesopotamia. Se ignoran detalles y fecha de su muerte.

SANTA TACIANA, virgen y mártir. — La vida y el martirio de esta santa doncella son admirables y edificantes como pocos y conmueven las fibras más sensibles del corazón humano, que se llena de emoción ante el espectáculo que ofrece una bestia fiera lamiendo mansamente los pies de una joven condenada a muerte por el furor inhumano de un gobernador, a quien enfurecen más y más los prodigios realizados en el martirio de Taciana, en vez de calmarle y hacerle abrir los ojos del alma para ver en ello la mano del Dios Todopoderoso.

Era Taciana una joven romana que había jurado fidelidad a Nuestro Señor. El prefecto Ulpiano fracasó rotundamente en sus reiteradas instancias y tentativas para lograr la caída de la virgen. Taciana, estando en el templo, en vez de ofrecer incienso a los ídolos, invocó a Dios, diciendo: «Gloria a Ti solo, oh Jesús, Hijo de Dios vivo. Haz que este pueblo no conozca otro Dios que Aquel que reina en el cielo, Criador del universo. Oíd a esta vuestra indigna esclava; aniquilad al ídolo y que se vea su vanidad.» De repente el ídolo se desploma hecho pedazos. Ulpiano quiere huir aterrado, mas Taciana, como desafiando su poder, le increpa: «¿Por qué huyes? Acude en socorro de tu dios.» Su respuesta consistió en abofetear fuertemente a la doncella y ordenar que la golpearan y atormentaran bárbaramente. Los verdugos encargados de ejecutar la sentencia se convirtieron y lograron el bautismo de sangre. Más tarde, en presencia de todo el pueblo, que llenaba totalmente las gradas del circo, fué echada a los leones, los cuales respetaron su cuerpo ante la general admiración de los asistentes, excepto de Ulpiano, que, endureciéndose más que las bestias feroces, arrojó, tirándola por los cabellos, a Taciana a una inmensa hoguera, cuyas llamas la respetaron, como en otro tiempo a los compañeros de Daniel. Por último fué degollada el 12 de enero del año 227, mientras se oía una voz del cielo que decía: «Bravamente has combatido, Taciana; ven ya al reposo eterno.»



Tres letras coronadas

Alejandro VI, protector de la Beata

BEATA VERONICA DE BINASCO

Conversa de la Orden de San Agustín (1444-1497)

DÍA 13 DE ENERO

En el camino de Pavía a Milán, y a igual distancia de ambas ciudades, hállase una humilde aldea llamada Binasco, patria de la religiosa cuya vida de íntima unión con Dios, de visiones, arrobamientos y éxtasis extraordinarios, vamos a historiar brevemente.

Pertenecía Verónica a una familia de honrados y virtuosos labradores, más ricos en tesoros espirituales que en bienes de fortuna. A duras penas su padre sacaba del cultivo del campo y de un modestísimo negocio el sustento cotidiano para los suyos. Honrado a carta cabal en las relaciones propias de su humilde posición social, era estimadísimo por su probidad y sencillez admirables.

El dominico Isidoro Isolano, uno de los biógrafos de nuestra Beata, dice que la delicadeza de su conciencia llegaba casi al escrúpulo, turbándola hasta la ocultación deliberada de cualquier defecto en los animales que vendía. Vivía, pues, Verónica, en terreno muy abonado para que en su alma germinaran con vigor todas las virtudes cristianas. Su admirable vida nos dirá con elocuencia cómo esta alma privilegiada aprovechó las lecciones que se le ofrecían constantemente a la vista en su piadosísimo hogar.

La precaria situación de sus padres les obligó a dedicarla desde muy joven a las faenas del campo, debiendo terciar y convivir con jóvenes que no siempre eran correctos, en conversaciones y entretenimientos, pecando a las veces de mundanos y atrevidos. Sin embargo nada pudo mancillar el alma purísima de Verónica, estando su espíritu completamente alejado de esos peligros, y en continua conversación con Dios y con su Santísima Madre. Al ver su recogimiento, hubiérase dicho que sus oídos estaban totalmente cerrados a los entretenimientos mundanos.

ALFABETO MISTERIOSO

ESTA joven era flor demasiado delicada para poder vivir y desarrollarse en el erial del mundo. Cifrando sus delicias todas en la contemplación de las cosas del cielo, sólo podía tener ambiente propicio en los jardines del Señor: en el claustro. Al efecto, siguiendo la voz de su divino Esposo que la llamaba a Sí, dirigióse al convento de agustinas, denominado de Santa Marta, en Milán. Manifestó a la Madre priora su deseo de vestir el velo de las religiosas, diciéndole que dentro de los muros del convento quería permanecer hasta el fin de sus días, practicando la regla de San Agustín.

—¿Sabes leer, hija mía?— preguntó amablemente la Superiora.

—No, Madre— respondió con sencillez la postulante.

—En tal caso siento no poderte admitir, ya que el saber leer es requisito indispensable para ingresar; vuelve a tu casa, aprende a leer y entonces con mucho gusto te recibiremos.

Verónica, resignada ante esta primera prueba, volvió a su hogar. Ocupábase durante el día en las labores del campo y en los menesteres de casa; por la noche procuraba aprender a conocer las letras y a juntarlas entre sí; mas no teniendo quién la guiara en esa primaria labor, no pudo lograr lo que tanto ansiaba; sus esfuerzos resultaron del todo infructuosos.

Apenadísima al ver que las puertas del convento se le cerraban por no poder vencer esa dificultad, dirigióse a la Virgen Santísima, suplicándole que no dejara de acudir en su auxilio. Como las oraciones de los corazones puros y sencillos llegan pronto ante el trono de esa celestial princesa, la petición fué acogida con prontitud. Baja solícita de su excelso trono y aparécese radiante de hermosura a su humilde sierva. Por vez primera tiene Verónica ante sus ojos una aparición sobrenatural y, llena de espanto, cae y da con el rostro en tierra.

—No temas, hija mía —le dice la Madre de Dios—; quiero evitarte el trabajo de aprender a leer, y vengo a enseñarte sólo tres letras, cuyo cono-

cimiento, significado y aplicación bastarán para hacerte eternamente feliz.

Estas palabras reanimaron algo a Verónica, y al punto preguntó:

—¿Quién sois Vos?

—Soy la Madre de Dios.

—No puedo llegar a creer que la Madre de Dios se haya dignado visitar a tan despreciable criatura cual soy yo. Antes temo que seáis algún espíritu maligno, que pretende engañarme.

María le dice entonces con inefable dulzura que impresiona hondamente a Verónica:

—No dudes más, soy la Madre del Salvador. Voy a enseñarte las tres letras. Mira, hija mía; la primera es la pureza del corazón, que nos hace ver a Dios sobre todas las cosas. Has de procurar que ningún afecto desordenado mancille jamás la blancura de tu alma. Todos los afectos de tu corazón los debes concentrar en un solo amor: Amor encendido y constante a mi divino Hijo.

La segunda es la caridad. Esta virtud debe enseñarte a no ver los defectos del prójimo, a soportar con paciencia sus molestias y a rogar mucho por él. Nunca te escandalicen las acciones de los hombres; si ves cometer acciones malas, compadécete de sus desgraciados autores, y procura con empeño, por medio de la oración y de la mortificación, ganarlos para mi divino Hijo.

La tercera es la meditación diaria de la Pasión de mi Jesús, que quiere ser tu Esposo.

Este es el alfabeto que te conviene saber. Si quieres aprender las otras letras, puedes hacerlo; pero no olvides nunca las que te acabo de enseñar.

Dicho esto desapareció la visión.

Desde este momento, Verónica no se cuidó del alfabeto ni de los libros; pero meditó cada día con nuevo ahinco las tres letras que la Madre de Dios le había enseñado. Al cabo de tres años, volvió al monasterio de Santa Marta, y fué admitida como hermana conversa.

EL DON DE LÁGRIMAS

Ya desde los primeros días pudieron admirar en Verónica todas las religiosas el modelo acabado del más exacto cumplimiento de todas las obligaciones del noviciado.

Los favores del cielo se acumulaban en esta alma privilegiada. El don de lágrimas, particularmente, le fué concedido en grado extraordinario. Ya en público, ya en privado, manaban continuamente de sus ojos copiosas lágrimas; hubiérase dicho que eran manantiales inagotables; y era tan sin ficción

ese continuo brotar, que con sólo tratar de contenerlas caía enferma y no se reponía hasta dejar libre curso a la corriente de sus lágrimas.

La meditación de los padecimientos del divino Salvador y la ingratitud de los hombres, eran las causas principales de su continuo llorar.

Cierto día apareciósele Nuestro Señor y le dijo:

—Ten por cierto, hija mía, que las lágrimas derramadas en memoria de mi Pasión, me son muy agradables; pero, a causa del amor incomprensible que profeso a mi Madre, las que derrames al contemplar sus propios dolores, serán para mi corazón aun más sensibles y de mayor consuelo.

Desde entonces, siguiendo la indicación de su amadísimo Esposo, Verónica meditó más a menudo los sufrimientos de María Santísima al pie de la cruz, y se aumentaron sus lágrimas.

La hermana Tadea, religiosa del convento de Santa Marta y confidente de nuestra biografiada, cuenta que más de una vez vió los vestidos que cubrían el pecho de Verónica tan mojados, cual si sobre ellos se hubiera derramado un vaso de agua. El fenómeno crecía en intensidad durante los éxtasis. Alguna vez tuvo la citada hermana la piadosa indiscreción de recoger las lágrimas, y en más de una ocasión se vió a un ángel desempeñar el mismo cometido. Ocurrió a veces que durante los éxtasis las lágrimas se le cuajaban encima de los vestidos, semejando preciosas perlas, que al cesar el rapto, se deshacían y caían al suelo.

VERÓNICA, MODELO DE LAS VIRTUDES RELIGIOSAS

LOS dones gratuitos de Dios no santifican al hombre, pues la santidad estriba en la práctica de las virtudes. Verónica las ejercitó todas, pero sobresalió particularmente en las que son la esencia de la vida religiosa.

Su obediencia era perfecta; por eso fué fácil a sus superiores descubrir las maravillas que la gracia obraba en su alma. Bastaba que la interrogasen, pues aunque le repugnara mucho hacer tales manifestaciones, al punto les abría su corazón, temerosa de faltar a la obediencia que les era debida. Anteponía el acto más sencillo de obediencia a los consuelos espirituales, a la oración y a los coloquios con los ángeles.

Solicitó autorización de la Madre Priora para levantarse una o dos horas antes que las demás Hermanas, para entregarse a la meditación en el silencio de la noche; y denegándosele el permiso, recibió la negativa con entera sumisión. Algún tiempo después, díjole Nuestro Señor en una visión: «Hija mía, muy agradable me es que no te levantes antes del Oficio de Maitines, ya que la superiora te lo prohibe; has de saber que prefiero la obediencia a cuantas oraciones me hubieses hecho, porque los actos de la vida de comu-



UN *ángel baja del cielo y durante ocho días seguidos enseña a la Beata las rúbricas del Oficio Divino, según el rito romano. Las últimas veces el ángel deja el libro a la discípula para que lo vaya rezando sola, contentándose con corregirla cuando se equivoca y ayudarla cuando se pierde.*

nidad son particularmete gratos a mi Corazón, sobre todo aquellos que se ejecutan renunciando a la propia voluntad.»

No fué menos admirable en la humildad. Aunque enriquecida de extraordinarios favores y de delicados carismas espirituales, solía repetir con frecuencia que era una mujer despreciable, indigna de los beneficios de Dios, y cargada de crímenes y pecados. Los oficios más bajos, los empleos más viles eran los de su preferencia. Durante mucho tiempo quiso encargarse del cuidado de las gallinas, contra el parecer de sus Hermanas, quienes al verla tan favorecida por el Cielo, hubieran querido verla con cargo más honroso. Por el mismo sentimiento de humildad, nunca consintió en cantar con las religiosas en el coro, ni siquiera después que un ángel le enseñó a rezar el oficio divino.

Compañera inseparable de las virtudes precitadas fué su gran mortificación. Los ayunos de regla no saciaban su ardiente deseo de austeridad y penitencia. Mostrábase alegre cuando obtenía permiso para no tomar en el día más que pan y un poco de agua. Muchos días se abstenía en absoluto de todo alimento y bebida; cuando había recibido la sagrada Comunión, sentía grandísima repugnancia por cualquier comida terrestre.

NUMEROSAS VISIONES Y APARICIONES

DIOS promete ensalzar a los humildes, y da lecciones de humildad a los poderosos y grandes de la tierra. Vémoslo realizado en esta sencilla monja conversa de San Agustín.

Ella, que sólo ansiaba esconderse a las miradas de los demás y en todo buscaba el propio anonadamiento, recibió en cierta ocasión, de Nuestro Señor mismo, el honrosísimo encargo de llevar al Papa un mensaje: «Vete a Roma —le dijo— verás al romano Pontífice, y le hablarás en mi nombre.»

Ocupaba a la sazón la cátedra de Pedro el papa Alejandro VI, a quien la historia señala no pocas debilidades, aun reconociendo en él una piedad sincera y santo celo en el desempeño de su cargo. Verónica tuvo con él una larga audiencia secreta, pero nadie ha tenido jamás referencia alguna de lo tratado. Después de esta misteriosa conversación, el Papa concedió multitud de indulgencias a Verónica y a su convento; luego, la presentó a los Cardenales y a los miembros de su Corte, diciendo conmovido: «Honren a esta mujer, que es una santa.»

El espíritu de Verónica no posaba en la tierra y, aunque encerrado en la cárcel de su cuerpo, se cernía constantemente en las alturas. Su trato íntimo con Dios se intensificó particularmente en los últimos años de su vida; las visiones se repetían casi todos los días, y ya con los ángeles, ya con Jesús, ya con su Santísima Madre, estaba casi en continuo coloquio.

En el año 1489. durante la octava del Corpus Christi, vió en la iglesia del convento al Niño Jesús vestido de blanquísimo ropaje y rodeado de una numerosa corte de ángeles. El último día de la octava, presentóse con mayor encanto aún; le acompañaba una multitud de espíritus angélicos, con cirios encendidos, mientras una melodía divina llenaba el templo de inefables y dulcísimas armonías.

Una noche que se quedó en la iglesia después del rezo del Oficio, para meditar, según costumbre, sobre los dolores de la Pasión, llenóse de repente la iglesia de resplandor celestial, y apareció Jesucristo nuestro Señor cerca del altar, clavado en cruz, coronado de espinas, con el rostro pálido, los labios cárdenos y el cuerpo cubierto de llagas. Esta visión causó a Verónica tan penetrante dolor, que se sentía desfallecer, teniendo sus Hermanas que auxiliarla para que no expirara.

Los ángeles cuidaban a la amorosa esposa de Cristo. Durante los tres años que precedieron a su muerte, todos los lunes, miércoles y viernes, llevábanle un pan delicioso, y en cuanto lo gustaba sentía náuseas de cualquier otro alimento corporal.

La ya citada Hermana Tadea cayó enferma de bastante gravedad en cierta ocasión. Verónica suplicó encarecidamente al cielo que le devolviera la salud, y el mismo día presentóse el ángel con dos panes. Dió Verónica uno a la enferma, que lo comió y quedó sana.

Durante mucho tiempo fué limosnera del convento. Día tras día, y de puerta en puerta, recorría las calles de Milán, para atender a las necesidades materiales de la comunidad.

Algún tiempo después, se le apareció un ángel y, durante ocho días consecutivos, le enseñó las rúbricas del Oficio divino, según el rito romano, con las particularidades que en dicho rezo tienen las diversas órdenes religiosas que usan el Breviario romano. La Hermana Tadea quiso comprobar el milagro, y al efecto, varios días seguidos le entregó el suyo, cuidando de cambiar las señales. Verónica, que antes ignoraba las letras del abecedario, devolvía el libro con las señales puestas en los sitios debidos para el rezo del día. No se contentó el ángel con enseñar a Verónica cómo debía cantar las alabanzas divinas, sino que se dignó rezar el oficio con ella.

El día de Pentecostés del año 1496, algo antes de la hora de Nona, la Hermana Tadea fué, según su costumbre, a la celda de Verónica. Llamóla varias veces y no recibió respuesta. Observando por una rendija de la puerta, vió que el aposento estaba iluminado con resplandor sin igual. La sierva de Dios se paseaba y cantaba con voz dulcísima; de repente se paró, y tras una pausa, dijo: «Señor, no puedo seguir, ya no sé lo que viene.» Con todo esto, ya habían tocado a Nona; la Hermana Tadea no pudo ir al coro con las demás religiosas: una fuerza suave, pero irresistible, la retenía a la puer-

ta de su compañera. Por fin, vino ésta a abrirle: «Dios te perdone, hija, lo mucho que me has hecho esperar», le dijo la Hermana. Verónica confesó sencillamente que rezaba el oficio con el mismo Salvador. Y como la Hermana le dijese que la había oído pronunciar estas palabras: «Señor, no puedo seguir, ya no sé lo que viene», añadió Verónica que en adelante no se repetiría el hecho, porque el divino Mastro le había comunicado la ciencia del Breviario, y había puesto en su memoria todas las oraciones que tenía que rezar.

COMUNIONES MARAVILLOSAS. — COMBATES CON EL DEMONIO

SUCEDÍANSE casi de continuo los prodigios en la vida de la humilde virgen de Binasco. Estando rezando en su celda una noche de la octava del Corpus Christi, oyó una voz que le dijo: «Levántate, hija mía, y prepárate para recibir el Santísimo Sacramento que el Señor te envía.» Estas palabras abrasaron de amor el corazón de la Beata. Al mismo tiempo vió a un ángel que, rodeado de una aurora luminosa, se acercaba a ella, teniendo en sus manos el Cuerpo de nuestro Señor, lo depositó en los labios de Verónica y desapareció. A la mañana siguiente, se acercó aún Verónica a la sagrada Mesa con sus compañeras, y contó este día entre los más felices de su vida, porque tuvo el singularísimo favor de comulgar dos veces.

No podía por menos de provocar las iras del infierno la santidad de esta alma que tan íntimamente vivía unida a Dios y en constante comunicación con los ángeles.

No sólo fué tentada muchas veces, aunque inútilmente, sino que quiso valerse el demonio de todos sus maléficos artificios para hacerla consentir en alguna falta. Trató de espantarla con terroríficas visiones, y hasta llegó a maltratarla brutalmente, castigando su cuerpo con dureza. Algunas veces la lanzó desde el piso superior de la casa, por la caja de la escalera, al entresuelo; un día mientras Verónica subía al piso, hizo desplomar la escalera, quedando envuelta entre los escombros, con graves contusiones.

En un viaje, ordenado por la obediencia, el demonio se apoderó de ella y la lanzó a un precipicio, y costó no pocos apuros a sus compañeras poder sacarla. Otro día, al salir de la celda, saltó el demonio a las espaldas de la santa; cayó ésta al suelo, como oprimida por un enorme peso, y Satanás cebó su rabia en ella propinándole fuertes golpes en la cabeza. «Yo creía —decía Verónica al relatar el hecho a la Madre Priora—, yo creía que me daba con una maza de hierro o con una dura piedra.»

SANTA MUERTE DE VERÓNICA

La paciencia heroica de esta virgen singular hizo inútiles los esfuerzos del infierno; y tantos combates, tan valerosamente sostenidos, sólo sirvieron para acrecentar sus méritos. Por otra parte, el buen Jesús no estaba ausente de esas lides, las contemplaba gozoso, y fortalecía el corazón de Verónica, inundándolo de consuelos celestiales.

Aparte de las visiones de que hemos hablado, el Señor manifestó a su sierva en una serie de éxtasis, diversas acciones de su vida mortal, con circunstancias que no constan en los santos Evangelios.

Por último, después de una vida del todo celestial, llegó para Verónica el fin suspirado del destierro, para gozar de Dios en visión eterna, presagio de la cual habían sido las numerosas que había tenido en la tierra. Dios permitió que pasara el purgatorio de una enfermedad que le produjo sumo enflaquecimiento y debilidad, sin que por eso omitiese la observancia de ningún punto de las reglas. Conoció por revelación la hora de su muerte. Acaeció ésta en el año 1497, a los 53 de edad, y a los 30 de vida religiosa.

No tardó Dios en manifestar acá en la tierra el gran valimiento de su sierva allá en el cielo, por medio de numerosos milagros.

En 1517, veinte años solamente después de su tránsito, el papa León X autorizó la celebración de su fiesta en el convento de Santa Marta, y Benedicto XIV, en 1749, inscribió su nombre en el martirologio romano. La orden agustiniana celebra su fiesta el día 28 de enero.

SANTORAL

Santos *Gumersindo* y *Servodeo, mártires en Córdoba; Leoncio, obispo, en Capadocia; Vivencio, confesor; Potito, mártir en Cerdeña;* Kentigerno, obispo de Glasgow; Agricio, obispo de Tréveris; Hermilo y Estratónico, arrojados al Danubio bajo el imperio de Licinio; Félix, mártir en Nápoles; la traslación del cuerpo de San Fermín. Santas Neomadia, Felícitas, mártir; la **Beata Verónica de Binasco.**

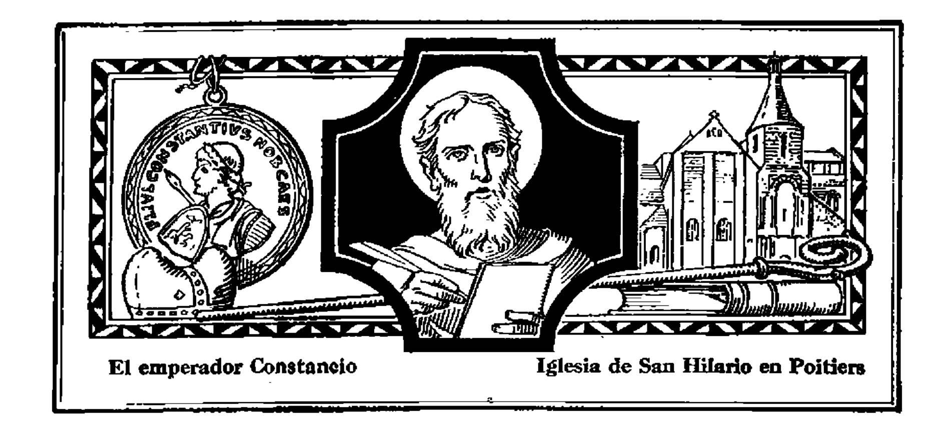
SANTOS GUMERSINDO Y SERVODEO. — Procedía Gumersindo de una familia rica de Toledo. Sus padres, nobles y cristianos, le enviaron a Córdoba para que adquiriese la cultura que reclamaba su posición social. Los cristianos tenían en esta hermosa ciudad de Andalucía un colegio o seminario para la educación de la juventud. Muy pronto dió Gumersindo señales de que le gustaba el servicio eclesiástico, y emprendió con vivas ansias la carrera sacerdotal. Al acabarla fué nombrado párroco de un pueblo de la campiña cordobesa, y en su desempeño desplegó todo el celo de su apostolado, tratando a todos con exquisita bondad. Servodeo, monje del seminario arriba indicado, amigo y compañero de Gumersindo

en el celo por el bien de las almas, lo fué también en el tormento. Ambos, alentados por la gracia divina, se presentaron al tirano en Córdoba, haciendo protestas de su fe católica, lo cual irritó al juez, quien mandó darles muerte inmediatamente: así alcanzaron la corona de los mártires el 13 de enero del año 852.

SAN LEONCIO DE CAPADOCIA, obispo. — Es Leoncio una de las más ilustres figuras de la Iglesia en los albores del siglo IV. Ocupó la sede episcopal de Cesarea y combatió sin descanso a los infieles y arrianos, oponiendo el dique de la verdadera fe a las olas encrespadas del paganismo. En los varios Concilios a que asistió, aportó las luces de su claro entendimiento, esclareciendo con ellas cuestiones arduas y difíciles. Le cabe el honor y la gloria de haber convertido a la fe de Cristo a Gregorio, obispo de Nacianzo y padre del gran Doctor del mismo nombre. Sus enemigos le crearon una atmósfera hostil por medio de calumnias y mentiras. Pero San Atanasio le justificó plenamente desbaratando los planes de sus enemigos. Murió habiendo conservado toda su vida la pureza de costumbres y la santidad de doctrina.

SAN VIVENCIO, confesor. — Era Vivencio un joven de talle arrogante, bien apuesto y fornido, de entendimiento despejado y de gallarda presencia, seguidor de las teorías groseras del gentilismo hasta que, oyendo a San Jorge cuando predicaba las doctrinas del Evangelio, no sólo se convirtió a la Religión de Cristo, sino que, además, se hizo apóstol denodado de la doctrina que había oído de Jorge y perfeccionóse en los estudios sacerdotales, carrera que abrazó para que más fácilmente pudiera aportar mayor número de ovejas al aprisco del Buen Pastor. Entre los convertidos por él figuran sus padres y toda su familia. Antes de abandonar la tierra quiso santificarse en la soledad y se retiró a un monasterio, desde donde emprendió el vuelo a la gloria a los 120 años de edad el día 15 de enero del año 400.

SAN POTITO, mártir. — Potito vió la luz primera en Cagliari (Cerdeña) y, aunque envolvieron su cuna las nieblas del paganismo, pronto fulguró en su mente la luz de la verdad, cuyos destellos alumbraron no sólo su inteligencia y corazón, sino también la mente y el espíritu de su padre, que merced a la insistencia con que el hijo le predicaba y a la elocuencia con que defendía los dogmas del cristianismo, abjuró el paganismo y abrazó la fe de Cristo. Potito fué favorecido por Dios con el don de milagros, siendo algunos de ellos muy renombrados por las personas en quienes los realizaba. Con sólo hacer la señal de la cruz, curó instantáneamente a la esposa del senador Agatón, que se hallaba enferma de la lepra. Por este prodigio se convirtieron Agatón y toda su familia. Este milagro se difundió por todo el imperio y no tardó en llegar a oídos del emperador Marco Aurelio, cuya hija Inés estaba poseída del diablo. Potito fué llamado y obró el milagro de la curación. Los testigos del prodigio lo atribuyeron a magia o brujería, y pidieron la muerte del Santo. Potito consiguió la palma del martirio al ser degollado el 13 de enero del año 166.



El emperador Constancio — Iglesia de San Hilario en Poitiers

SAN HILARIO

Padre y Doctor de la Iglesia († 367)

DÍA 14 DE ENERO

HILARIO nació en la ciudad de Poitiers, en Francia, entre el año 310 y el 320. Su familia pertenecía a la nobleza gala y se distinguía no sólo por el brillo de su posición, sino también por la fama de su valor y de su hidalguía. Desgraciadamente estaba envuelta en las tinieblas del paganismo, e Hilario fué educado en el error; mas en medio de un ambiente de corrupción, siempre conservó la rectitud de corazón y llevó una vida honesta y pura, dedicando el tiempo al estudio de la filosofía, de la elocuencia y de la poesía.

Estaba Hilario dotado de un ingenio demasiado agudo y sutil para andar cebándose con paganas supersticiones. No cabe duda que la sola lumbre de la razón y de los principios filosóficos era suficiente para llevarle al conocimiento de los crasos errores y desatinos del paganismo y darle en los ojos con el desengaño; pero la verdadera conversión del corazón, no tanto es obra del entendimiento como de la gracia, la cual, por la divina misericordia empezó a alumbrar el espíritu del Santo, haciéndole entender lo ridículo e impío de aquellos vanos simulacros que recreaban al pueblo.

Y creciendo por momentos la claridad de esta divina lumbre, luego ad-

virtió Hilario la existencia de un Ser soberano y eterno, principio y fin de todos los seres criados, y solo capaz para llenar las ansias de felicidad que siente el hombre. Trayendo en su espíritu estos pensamientos, toparon sus manos, disponiéndolo así la Providencia, con los libros de Moisés y de los Profetas, los cuales escudriñó con avidez y sumo agrado. Leyó después el Evangelio, y éste fué el sol que iluminó su espíritu con meridianas claridades, descubriéndole la verdad y santidad de nuestra religión; y el Padre de las misericordias que tenía dispuesto trocar a Hilario en vaso de elección, le inspiró grandísimos deseos de abrazarla y seguirla.

Merced al influjo de luz tan esplendente, dió de mano al paganismo de muy buena gana, y recibió el bautismo con sumo contento de su espíritu, como él mismo nos lo asegura; y tales y tan copiosos dones y gracias derramó Dios en su alma, que desde el principio de su conversión pareció ya estar lleno del espíritu del Señor y ser cristiano antiguo y perfecto. Entonces su conversión fué completa, siguiendo su ejemplo su mujer y su hija Abra.

De allí en adelante tuvo horror a la profana ciencia que había aprendido en los libros paganos, y grande afición y deleite en leer la Escritura sacra, hallando sosa y desabrida la lectura de otros libros. Destinábale Dios a ser antorcha resplandeciente en la santa Iglesia, y por esto dióle tan clara inteligencia de las divinas Letras y de las sublimes verdades de la religión, que saliendo de las regeneradoras aguas bautismales, obró ya, no como mero neófito, sino como maestro y padre de la Iglesia del Señor.

Desde aquel momento empezó a sentir tan profundamente aversión a los enemigos de la religión católica, que le repugnaba sentarse a la mesa con ellos, y hasta les negaba el saludo cuando los encontraba al paso. En cambio, exhortaba a los fielès a la práctica perseverante de la virtud, y «de tal manera practicaba él la religión —dice el historiador Fortunato— y tanto esmero y cuidado ponía en conformar sus costumbres con las leyes de la Iglesia, que más parecía sacerdote del Señor, que seglar y hombre casado».

HILARIO, OBISPO DE POITIERS

HACIA el año 350 murió el obispo de Poitiers, Hilario, aunque seglar, fué unánimemente propuesto por el clero y el pueblo para sucederle, siendo consagrado con libre consentimiento de su mujer; desde entonces se separaron los dos esposos para vivir en perfecta continencia.

Reinaba a la sazón el emperador Constancio, por cuya protección se extendía por todas partes la herejía arriana, que negaba la divinidad de Jesucristo, causaba mucho daño e infiltraba pérfidamente mortífero veneno en el corazón de los fieles. El mismo Constancio era arriano y perseguía a los que permanecían firmes en la pureza de su fe. Varios obispos

ambiciosos, principalmente Ursacio y Valente, sostenían el error con su autoridad y valimiento.

Hilario, como denodado campeón, se lanzó a la palestra y no dejó el campo de batalla hasta su último suspiro.

En un concilio celebrado en Milán, puso en juego el emperador toda su autoridad y poder para destruir la fe de Nicea, que era la que profesaba la Iglesia católica, y arrancar a los obispos la condenación de San Atanasio, implacable y terrible adversario del arrianismo. Pero los legados de la Santa Sede le hicieron ver que era absolutamente contrario a las leyes de la Iglesia condenar a un ausente sin oírle.

«Aquí no hay más ley que mi voluntad», replicó Constancio. Pero los legados pontificios y muchos obispos prefirieron el destierro antes que aceptar una máxima tan tiránica y hacer traición de manera tan inicua a la causa de la justicia.

Hilario hubiera podido vivir tranquilo en su Iglesia de Poitiers; bastaba que se hubiera inhibido de la cuestión debatida, dejando que otros la contendieran, con lo cual se hubiera granjeado, además, el favor del emperador; pero no vaciló ni un instante sobre el partido que debía tomar: «Me adhiero —dijo— al nombre de Dios y de mi Señor Jesucristo, a pesar de todos los males que me pueda acarrear esta confesión; rechazo la sociedad de los malos y el partido de los infieles, aunque me ofrecieran todos los bienes de la tierra.» Y acto seguido envió al emperador una valiente requisitoria en nombre de los obispos de las Galias contra la violencia de los arrianos.

La firmeza de su lenguaje le atrajo el odio feroz de los herejes. Saturnino, obispo de Arlés y partidario de los arrianos, se puso de acuerdo con Ursacio y Valente, que habían sido tratados con mucha dureza en aquella requisitoria, y abrió un concilio en Bezières para juzgar y condenar a los obispos que habían permanecido fieles a la fe de Nicea. Presentóse Hilario en el concilio y, en medio de esta asamblea de encarnizados enemigos, se levantó para pedir con gran valentía que se le permitiera refutar en el acto la perniciosa doctrina de Arrio. Pero los herejes asombrados ante semejante valor, temieron verse confundidos públicamente y se negaron a oírle.

EN EL DESTIERRO

EL adversario era demasiado temible y convenía eliminarlo. Abusando del crédito que tenían con el emperador, los arrianos consiguieron que Hilario fuese desterrado a Frigia, en el Asia Menor. Pero no dejó por eso de ser, desde el fondo de su destierro, el alma de las Iglesias de las Galias, ni de gobernar su diócesis con sus cartas e instrucciones, pues los

»Así, pues, hija querida, lee una y muchas veces esta carta; ten compasión de mis angustias y resérvate únicamente para este vestido y esta perla. Contéstame consultando tu corazón. Cuando sepa tu determinación, te daré a conocer la voluntad y el nombre de este desconocido.»

La joven Abra recibió con inefable gozo la carta de su padre, y rogaba a Dios por su pronto regreso, pareciéndole siglos los meses. La hija era digna de su padre, como luego veremos.

Ya hacía cuatro años que sufría el destierro el obispo de Poitiers, cuando el emperador Constancio dió a sus oficiales la orden general de convocar a todos los obispos para un concilio que debía celebrarse en Seleucia. En la carta no se hacía mención de Hilario. El gobernador de la provincia, olvidando que había caído en desgracia del emperador, le obligó a que asistiera y hasta le mandó un carruaje para hacer el viaje.

LA VIRGEN FLORENCIA

POR doquiera van los santos, la santidad les sigue y les acompaña. Es privilegio muy suyo. Al pasar un domingo por una población, cuyo nombre no ha conservado la historia, Hilario entró en la iglesia de los católicos a la hora en que se hallaba reunido el pueblo para la oración. De repente, abriéndose paso por en medio de la multitud, una joven declara que hay allí un gran siervo de Dios y, echándose a los pies de Hilario, le suplica que la admita en el rebaño de Jesucristo y haga sobre ella la señal de la cruz.

Era ésta la joven pagana Florencia, a quien un movimiento del Espíritu Santo impulsaba hacia el gran doctor. Este le dió su bendición, prometiéndole que la instruiría en las verdades de la fe. Mas no fué sola en gozar de esta dicha, sino que toda su familia, ilustrada por las palabras de Hilario, fué regenerada junto con ella en las aguas del santo bautismo.

Desde aquel instante ya no se separó Florencia del santo obispo, a quien llamaba padre, el cual —decía ella— le había dado vida mil veces más preciosa que la del cuerpo. Siguióle por todas partes y, dirigida por él, llegó a tal grado de santidad, que mereció ser puesta en los altares. Murió en el año 367, y el martirologio galicano coloca su fiesta el 1.° de diciembre.

ENFRENTE DE LOS OBISPOS Y DEL EMPERADOR

HILARIO pudo, pues, tomar asiento en el concilio de Seleucia, donde tuvo la pena de oír horribles blasfemias de boca de los arrianos, hombres cobardes delante de los príncipes de la tierra; pero audaces sólo contra Dios, negando al Hijo de Dios el atributo de eterno que daban al emperador.

Los mismos semiarrianos, animados por el ejemplo del intrépido doctor de las Galias, condenaron la herejía arriana y destituyeron a sus obispos infieles que la defendían. Pero estos impíos recurrieron a Constancio; unos y otros marcharon a Constantinopla, como si Nuestro Señor hubiese dicho a sus apóstoles: «Cuando os veáis perplejos acerca de cualquier punto de la doctrina que os he mandado enseñar, id a pedir la solución al César.»

Hilario acompañó este triste concilio a la corte, para proclamar los derechos inalienables de la verdad frente al servilismo arriano. Los herejes, viéndose en gran número en la misma capital de un imperio que ponía la fuerza a su disposición, juzgaron que la ocasión era propicia para celebrar un concilio de su gusto. En él se disputó de la fe, y los arrianos la removieron hasta en sus fundamentos. Pero allí estaba el gran atleta; dirigió una petición al emperador, en la que se justificaba de las acusaciones que contra él habían dirigido sus enemigos, y le pedía una audiencia en que se le permitiera exponer la fe católica delante de los obispos reunidos y en presencia de todo el pueblo.

En esta defensa censuraba Hilario con mucha habilidad y fina ironía la multitud de símbolos contradictorios que componían los arrianos a cada momento. «El año pasado —decía— compusieron cuatro; la fe no es ya la del Evangelio, sino la de los tiempos, o mejor dicho, hay tantas clases de fe cuantas son las voluntades. Los arrianos publican todos los años y aun todos los meses símbolos nuevos para destruir los antiguos y anatematizar a los que los profesan.»

Los herejes no se atrevieron a aceptar el desafío del santo doctor. Para librarse de adversario tan terrible que los acometía hasta en sus últimas trincheras, persuadieron al emperador que le enviara a las Galias como hombre que perturbaba la paz en Oriente. Constancio, que también quería verse libre de un acusador importuno, negó la audiencia que el pontífice le había pedido con tanta instancia como respeto, y le dió orden de salir inmediatamente de la capital y tomar el camino de Occidente. La injusticia no podía ser más notoria, ni la doblez del príncipe más palpable. Hilario pensó que ya no debía guardar miramiento alguno con él, y publicó un escrito para denunciar a todos los obispos de las Galias las iniquidades e impiedad del tirano.

«Lobo devastador —decía en un vehemente apóstrofe dirigido al emperador— ya vemos tu piel de oveja; recibes a los obispos con el beso con que fue entregado Jesucristo; inclinas la cabeza para recibir su bendición, pero es para mejor pisotear su fe; los convidas a comer contigo para que se parezcan a Judas, que se levantó de la mesa para ir a vender a su Maestro. Esa es la piel de oveja con que te cubres; veamos ahora los hechos del lobo.»

Aquí trazaba el santo obispo un cuadro exacto de las crueldades de Constancio contra los católicos.

REGRESO DE HILARIO A SU PAÍS

DESPUÉS de un destierro tan prolongado como laborioso, Hilario desembarcó por fin en las costas de su patria. La Galia entera —dice San Jerónimo— abrazó al héroe que volvía del combate, victorioso y con la palma en la mano. Pero donde el júbilo no tuvo límites fué en la ciudad de Poitiers. Fortunato refiere que cada cual se figuraba haber hallado a su padre y aun la patria misma, porque durante la ausencia de su amado pastor, a todos les había parecido la patria un lugar de destierro.

Señalóse su llegada por un estupendo milagro. Acababa de fallecer un niño sin el bautismo.

«Su madre, que ya no era madre, pues no tenía más hijos —dice un biógrafo—, se postraba sollozando a los pies del Santo, mostrándole el cuerpo de su hijo: Obispo —le decía—, devuélveme a mi hijo, a lo menos para que reciba el bautismo. Tú, que eres llamado padre del pueblo, haz que yo pueda aún ser llamada madre.

Conmovido por los ruegos de esa mujer, que mostraba tanto dolor y tanta fe, se postra de rodillas y elevando sus súplicas al cielo, devuelve el niño a la vida, ante el asombro de los fieles.»

Inmensa alegría inundó el alma de Abra al regreso de su amadísimo padre. Había comprendido el pensamiento expresado en la carta a que hemos hecho referencia; pero poco sobrevivió a la celebración de sus nupcias con el divino Esposo de las almas. Su nombre aparece en el martirologio galicano el 13 de diciembre.

Uno de los más señalados favores que las Galias deben a San Hilario es el haber conquistado para la religión y atraído a su suelo al célebre San Martín, que debía ser tan popular y que la historia apellida «el taumaturgo de las Galias».

Había nacido en Panonia. La fama de las virtudes y de los combates del obispo de Poitiers, le admiraron de tal manera que dejando el brillante porvenir que le ofrecía la carrera de las armas, acudió desde su lejano país para vivir a su lado.

Cuando Hilario regresó a Poitiers, estableció a su discípulo en Ligugé y de acuerdo con él fundó el más antiguo monasterio galo.

ÚLTIMOS TRABAJOS. — SANTA MUERTE

NO conoció Hilario mucho tiempo el reposo en la tierra. Quiso reparar las innumerables ruinas ocasionadas por los desmanes de los arrianos. La bondad y la indulgencia fueron las principales armas de que se sirvió para atraer a los extraviados al gremio de la Iglesia católica.

Restablecida la fe en toda su pureza en las Galias, pasó Hilario a Italia, donde el error tenía aún hondas raíces. Encontró un gran obstáculo en Aujencio, obispo arriano de Milán, el cual le acusó taimadamente ante el emperador Valentiniano II de perturbar la paz de su Iglesia, y el príncipe, mal informado, obligó a Hilario a volver a las Galias.

El santo obispo tornó, pues, a su diócesis de la que le habían alejado los intereses de la fe. Se encargó de nuevo del ministerio pastoral, siguió explicando a su amado rebaño la Sagrada Escritura, compuso una colección de himnos para cantarlos en las ceremonias, e introdujo en su Iglesia algunas costumbres piadosas que había traído de Oriente.

Al fin, agotado por tantos trabajos y fatigas, cayó gravemente enfermo. Apenas corrió la noticia, acudieron presurosos los cristianos a palacio para seguir, llenos de ansiedad, el curso de la enfermedad, llorando de antemano la desgracia que los amenazaba.

A eso de la medianoche, estando ya solo con dos discípulos que velaban al pie del lecho, se iluminó de repente la habitación con un resplandor tan vivo que los dejó deslumbrados. Poco a poco se fué extinguiendo la luz y desapareció en el mismo instante en que el alma de Hilario, rompiendo los lazos de la carne, volaba al cielo. Era el día 14 de enero del año 366, 367 ó 368.

Fué enterrado en la tumba que él mismo había preparado entre su esposa y su hija. La basílica sepulcral en que la edificó, dedicada en un principio a los mártires romanos Juan y Pablo, fué luego dedicada a nuestro Santo. Es la Iglesia llamada hoy día de San Hilario el Grande. Allí descansaron sus preciosos restos con pública veneración, multiplicando las gracias y los prodigios, hasta el 25 de mayo de 1652, en que fueron quemados por los hugonotes, sin que lograsen por eso, a Dios gracias, abolir su culto.

El 10 de enero de 1852, accediendo a la petición del episcopado francés, Pío IX proclamó al denodado adalid de la fe, Doctor de la Iglesia universal.

SANTORAL

Santos Hilario, obispo de Poitiers; *Félix de Nola, presbítero; Malaquías, profeta;* Eufrasio, obispo; *Teódulo, solitario;* Julián Sabas, el Viejo; Barbascemino, obispo, y dieciséis presbíteros, mártires. Treinta y ocho mártires en el Sinaí. Cuarenta y tres monjes degollados en Egipto; Eneas, obispo de París; Dacio, obispo de Milán; Guarino, obispo de Sión; *Ponciano* y Clero, mártires. Santa Macrina, abuela paterna de San Basilio el Grande.

SAN FÉLIX DE NOLA, presbítero. — Félix nació en Nola, distante cinco leguas de la ciudad de Nápoles. Dió a los pobres la mayor parte de su patrimonio y él se entregó al servicio de la Iglesia. Siendo exorcista, tuvo la virtud de echar a los demonios del cuerpo de los posesos. Ya sacerdote, se levantó una terrible

persecución contra los cristianos y contra la Iglesia; Félix fué encarcelado, y el obispo Máximo tuvo que esconderse en un monte, llegando casi a morir de hambre. Un ángel sacó a Félix de la cárcel, cual otro San Pedro, y le condujo al sitio donde estaba su prelado, al cual halló completamente desfallecido; se lo cargó sobre sus hombros y lo dejó al cuidado de una piadosa mujer hasta que se disipara la tormenta de la persecución. Brilló la aurora de la paz, aunque por poco tiempo, pues se desencadenó otra borrasca. Perseguido Félix, se refugió en una cueva solitaria, a donde fueron a buscarle sus perseguidores; pero una espesa telaraña que Dios milagrosamente hizo aparecer delante de la cueva, les hizo creer que nada había allá dentro, de modo que nada vieron; escapando así Félix de las manos enemigas. Vivió, después de la borrasca, en medio de suma pobreza, pues todo lo daba a los pobres. El 14 de enero del año 312 comenzó a vivir la vida bienaventurada y eterna que con sus virtudes había conseguido. En él hemos de imitar, principalmente, su caridad entrañable, su humildad profunda y su admirable espíritu de pureza.

SAN MALAQUÍAS, profeta. — Se supone que era de la tribu de Zabulón y que nació en Sopha. Fué el último de los doce profetas menores. Su nombre significa «ángel del Señor», y por esto Orígenes y Tertuliano opinan que este profeta era un ángel que tomaba forma humana para profetizar. Otros quieren confundirlo con Esdras, el gran caudillo y restaurador del pueblo escogido a su vuelta del cautiverio. Profetizó en tiempo de Nehemías, después de la reconstrucción del Templo, pues las circunstancias que describe se adaptan perfectamente al tiempo del restaurador de la ciudad santa y sus murallas. Artajerjes Longimano (464-424) era a la sazón rey de Persia; corresponde, pues, a la segunda mitad del siglo V antes de Jesucristo. Sus profecías, escritas en hebreo, predicen la abolición de los sacrificios judaicos y la institución de un nuevo sacrificio universal; anuncian el juicio final y la venida de Elías.

SAN TEÓDULO, solitario. — Corría el año 390 cuando Teódulo y su padre abandonaban la ciudad de Constantinopla para retirarse a la soledad, de la que estaban enamorados. Les servía de asilo una caverna de las estribaciones del monte Sinaí; permanecieron allí varios años sin otro alimento que frutas silvestres para sus cuerpos y oración y lecturas santas para sus almas. Los árabes hicieron incursión por aquellos lugares, mataron a muchos solitarios y robaron cuanto pudieron. Teódulo (pues su padre estaba, a la sazón, ausente) fué llevado cautivo y comprado por el obispo de Alcuza, quien le tuvo a su servicio hasta que Nilo, padre de Teódulo, fué a buscarlo. Ambos fueron ordenados de sacerdotes por el obispo, volviéndose a sus soledades para llevar vida eremítica. Teódulo expiró con la dulce tranquilidad de los justos.

SAN PONCIANO, obispo de Espoleto, mártir. — Sin otro crimen que el de ser cristiano, Ponciano fué sacado violentamente del retiro de su vida, entregada por completo a la oración y al ejercicio de la virtud, y presentado al prefecto Fabián, quien intentó, en vano, hacerle adorar a los ídolos. Con admirable paciencia sufrió Ponciano todos los tormentos: fué azotado, paseado sobre brasas encendidas, extendido en el potro, arañado con garfios de hierro, expuesto a los leones y torturado con plomo derretido. De todo le salvó Dios, cuya presencia goza en el cielo desde que la espada le segó el hilo de su vida el 14 de enero del año 176.



SAN PABLO DE TEBAS

Primer ermitaño (229-342)

DÍA 15 DE ENERO

AL ocupar el trono el emperador Decio —que sólo reinó dos años (249-251)— se propuso borrar del mundo hasta el último vestigio del cristianismo. Comenzó mandando que todos sus súbditos sacrificasen a los dioses, aunque al principio no castigó con pena de muerte a los que no lo hacían, y ordenó a los magistrados que pusieran en juego todo su arte para quebrantar la firmeza de los cristianos, procurando ganarlos con la bondad y persuasión, y, si nada lograban por ese medio, que los amenazasen con prolongadas detenciones y atroces tormentos. Y era que *siguiendo más diestra táctica que sus antecesores, quería* Decio hacer apóstatas y no mártires.

EFECTOS DE LA PERSECUCIÓN DE DECIO

NO *solamente* no logró llevar a cabo tan satánico, designio, sino que, con su proceder, contribuyó en gran manera y sin sospecharlo, a la difusión del reinado de Cristo, pues en su corta aunque terrible persecución, tuvo origen la huída de los fieles al desierto, derivándose de ello las maravillas de la vida monástica.

Entre la multitud de cristianos perseguidos, había no pocos que se habían entibiado en la fe, en los años de tolerancia y prosperidad. Por eso, no es de extrañar que a la vista de los tormentos y de la muerte, muchos negasen a Jesucristo y sacrificasen a los ídolos. No faltaron quienes, no atreviéndose a ofrecer víctimas a los dioses, procuraron ganar el ánimo de los prefectos, logrando de ellos testimonios de haber sacrificado. Pasada la tormenta, esos cobardes solicitaron reintegrarse a la Iglesia, y en ella fueron admitidos, pero tuvieron que someterse a penas proporcionadas a la gravedad de su apostasía.

Hubo también en todo el imperio magníficos ejemplos de heroísmo, derramando su sangre por la fe muchísimos fieles.

Pero otros cristianos optaron por huir a los desiertos, exponiéndose a las mayores privaciones para evitar el peligro de la apostasía. Así, un joven llamado Pablo, de la ciudad de Tebas, en Egipto, vino a refugiarse en la Tebaida, encerrándose en una caverna, donde vivió por espacio de noventa y dos años solitario, mereciendo el dictado de «primer ermitaño».

En la misma época abrazaron este género de vida un sinnúmero de cristianos, de suerte que la desoladora aridez del desierto fué fecundísima en varones virtuosos y santos, debido a la persecución de Decio, de la que se sirvió el Señor para poblar las soledades y fomentar la vida eremítica.

La vida de San Pablo, primer ermitaño, fué escrita por San Jerónimo, que recogió los documentos visitando a los anacoretas de la Tebaida; en esta corta biografía seguiremos su relato.

JUVENTUD DE SAN PABLO

NACIÓ San Pablo en Tebas, en la Baja Tebaida, por los años del Señor de 229, según los cálculos más exactos. Huérfano a los quince años y dueño de cuantiosas riquezas, vivía en casa de su cuñado, en cuyas manos puso gustoso la administración de sus bienes temporales, para él cuidarse de los intereses de su alma.

Al levantarse la terrible persecución de Decio, tendría Pablo como unos veinte años. Para estar más apartado del peligro y más seguro del furor de los tiranos, se retiró a una casa de campo, esperando no ser allí descubierto. Pero su cuñado, dando oídos a la envidia y codicia, resolvió hacerle traición, sin ser parte para detenerle en su propósito los lazos de carne y sangre. El Señor, que tenía designios especiales sobre su siervo, le dió a conocer la poca seguridad de su retiro, y le inspiró el huir al desierto y vivir en medio de las bestias fieras, cuya crueldad era menos temible que la furia de los hombres.

Obedeció Pablo al impulso divino partiendo sin demora y, habiendo andado varias jornadas, se adentró más y más en la soledad, hasta que llegó a un monte a cuya falda halló una cueva grande. Quitó la piedra que la cerraba y entró en ella, caminando temeroso por las tortuosas veredas del subterráneo, hallándose muy pronto en una como estancia que la naturaleza había abierto en la roca, y desde donde no se veía sino el cielo. En un rincón de la misma extendía sus hojas una añosa palmera cargada de dátiles, y junto a ella brotaba una fuentecilla, cuyas claras y limpias aguas, apenas nacidas, iban a perderse en la arena, bebiéndolas la misma tierra de donde manaban. En las laderas del monte había algunas chozas, y dentro de ellas, unos yunques y martillos muy oxidados, que sin duda sirvieron en otro tiempo para acuñar moneda falsa.

Cobró Pablo encendido cariño a esa morada que, a su entender, le había deparado el mismo Dios y, encerrándose en ella para no volver a salir, transcurrió su vida en la presencia del Señor, único testigo de sus acciones hasta la muerte. Vestíase de las hojas de la palma, comía de su fruta, y bebía el agua de la fuente. El mundo ignoraba su retiro, pero no le importaba, pues sólo pensaba en él cuando encomendaba a Dios los miembros de su familia; en cambio, su soberano Señor y Maestro Jesucristo, por quien todo lo había dejado, le consolaba y favorecía y, del modo que vamos a referir, le manifestó cierto día cuánto le agradaba aquella manera de vida solitaria.

SAN ANTONIO VISITA A SAN PABLO

CORRÍA el año de 342, y hacía casi un siglo que Pablo llevaba en la tierra vida celestial, y su ejemplo había ya arrastrado al yermo infinito número de solitarios. «El desierto —como lo habían predicho los Profetas— estaba cubierto de flores», y la flor que exhalaba más suave aroma de santidad, era por cierto el venerable patriarca de la vida cenobítica, San Antonio. Siendo ya de noventa años de edad, y habiendo llevado vida devotísima y muy austera, vínole una imaginación, y comenzó a pensar si habría alguno que hubiese vivido en el yermo tantos años como él. La noche siguiente le reveló el Señor, que otro ermitaño más antiguo y mucho mejor, se hallaba en soledad más apartada y austera, y que sin tardanza debía buscarle y visitarle.

Al rayar el alba, salió de su convento el santo viejo y, sustentando sus flacos miembros con un báculo, se puso en camino para ir a donde no sabía, confiando que el Señor le mostraría aquel portento de santidad. El demonio, para asustarle, se le apareció en el viaje, una vez bajo la forma de un monstruo que parecía medio hombre y medio caballo, y otra vez en

figura de un enano con las narices encorvadas, unos cornezuelos en la frente y los pies como de cabra; pero él se armó con la señal de la cruz y obligó a la maldita bestia a mostrarle el camino.

Llevaba ya andando dos días, cuando al amanecer del tercero, vió de lejos una loba sedienta que iba ansiosa a la falda de un monte. Siguióla él con los ojos cuanto pudo y, al perderla de vista, acercóse a una cueva que allí estaba y comenzó a mirar con curiosidad lo que había dentro, sin poder distinguir cosa alguna por la grande oscuridad. Con todo, movido del divino espíritu, entró dentro paso a paso y conteniendo la respiración, y pasó adelante deteniéndose algunas veces en el camino; y, poniendo la oreja para escuchar si allá dentro sonaba alguna cosa, vió entre aquella oscuridad una luz que resplandecía de lejos. Así que la vió, queriendo con ello apresurar el paso, tropezó en una piedra e hizo ruido. Oyéndolo San Pablo, cerró la puerta y atrancóla. Entonces Antonio se arrojó al suelo ante la puerta y estuvo hasta pasado medio día, pidiendo con grande instancia que le abriese:

—Bien entiendo, padre mío —decía—, que vos sabéis quién soy, de dónde y a qué vengo, y también sé que no merezco veros; mas tened por cierto que no me apartaré de aquí hasta que os vea. ¿Recibís a las bestias y desecharéis al hombre? Yo os he buscado y os he hallado, y a vuestra puerta llamo para que me abráis. Si esto no puedo alcanzar, aquí me moriré, y espero que a lo menos enterraréis mi cuerpo cuando ante ella lo halléis.

—Ninguno pide gracia con amenazas, ni con lágrimas hace agravio —le respondió Pablo—. Si vienes para morir, ¿de qué te maravillas que no te reciba?

Diciendo esto, sonriéndose, abrió la puerta, y los dos se abrazaron con grande amor y ternura, saludándose por sus nombres como si mucho tiempo antes se hubieran conocido. Dieron gracias al Señor por aquella merced y, sentándose después de darse el ósculo de paz, Pablo habló a Antonio de esta manera:

—Aquí tienes al que has buscado con tanto trabajo; mira estos miembros consumidos ya por la vejez; aquí tienes, desgreñado y cubierto de canas, a un hombre que muy en breve se tornará en polvo. Pero dime, ¿qué es del linaje humano? ¿Se construyen por ventura casas nuevas en las antiguas ciudades? ¿Quién señorea al mundo? ¿Hay todavía gente ciega que adora a los demonios?

De todo le dió cuenta Antonio por menudo; y después él preguntó a Pablo con qué ocasión había venido al desierto, cuántos años había vivido en él, cuántos tenía y con qué manera de vida había pasado tan prolija edad. Y Pablo, por satisfacer el deseo de Antonio, le informó de toda su vida.



EL *bueno de San Antonio, de rodillas ante la puerta de la cueva, humildemente dice: —No niegues a un hombre la entrada que franqueas a las fieras. Si no puedo obtener esta gracia, determinado estoy a morir en la demanda, pensando que al menos tendrás la caridad de darme sepultura.*

Estando en estas pláticas, llegó un cuervo y se paró en la rama de un árbol que estaba cerca; voló luego de allí blandamente, vino a poner un pan delante de ellos y se fué.

—Bendito sea Dios que nos envía de comer —dijo Pablo—. Sabed, Antonio hermano, que hace ya sesenta años que este cuervo me trae medio pan cada día, y ahora que has venido, el Señor nos envía la ración doblada.

Dieron ambos gracias a Dios, y se sentaron cabe la fuentecilla para tomar su sustento. Queriendo partir el pan, comenzaron con santa humildad a porfiar sobre quién de los dos lo había de hacer. Pablo quería que lo partiese Antonio como huésped, y Antonio, que Pablo, como más viejo, y en esta piadosa porfía gastaron casi toda la tarde. Al fin, asiendo el uno de una parte del pan y el otro de la otra, le partieron y comieron, alabando luego al Señor y pasando la siguiente noche en oración.

Vino la mañana, y Pablo habló a Antonio de esta manera:

—Muchos días ha, hermano Antonio, que sé que habitas por estos desiertos, y Dios me había prometido que serías mi compañero; mas, porque llegó ya el tiempo por mí tan deseado, en que he de ser desatado de este cuerpo mortal y ver a mi Señor Jesucristo, él te ha enviado para que me entierres devolviendo la tierra a la tierra.

Al oír estas palabras, enternecióse Antonio en gran manera, y con muchas lágrimas comenzó a pedir a Pablo que no le dejase, antes le llevase al cielo en su compañía.

—No quieras lo que no quiere Dios, ni busques tu provecho, sino el de tus hermanos —le respondió Pablo—. Bueno sería para ti dejar esta tan pesada carga del cuerpo y subir a las moradas eternas; pero a tus hermanos conviene que vivas y que les enseñes y los ayudes con tu ejemplo. Por tanto, ruégote vayas luego a tu convento —si no lo tienes por molestia— y me traigas el manto que te dió el santo obispo Atanasio, para que envuelvas en él mi cuerpo y lo entierres.

Esto dijo Pablo, no porque tuviese cuidado de que su cuerpo fuese enterrado desnudo o cubierto, pues había vivido tantos años vestido con solas hojas tejidas de palma, sino porque estando ausente Antonio, no recibiese tanta pena con su muerte; y también para mostrar que seguía la fe católica que profesaba Atanasio, que a esta sazón era fuertemente combatida de los herejes arrianos, y defendida con no menos esfuerzo por aquel valeroso soldado del Señor.

Maravillóse Antonio cuando oyó hablar a Pablo de Atanasio y del manto; y, deduciendo de esto que Cristo moraba en Pablo, no se atrevió a contradecirle, antes besándole la mano, se volvió a su monasterio. Viéronle llegar dos de sus discípulos y, saliéndole a recibir, le dijeron:

—¿Dónde habéis estado tanto tiempo, Padre?

—¡Ay de mí, pecador, que sólo tengo nombre de religioso! —les respon-

dió—. He visto a Elías; he visto a Juan Bautista en el desierto, y en verdad, he visto a Pablo en el paraíso.

Dicho esto, sacó de su celda el manto. Rogáronle sus discípulos que les declarase más lo que aquello era, pero él solamente les respondió:

—Tiempo hay de hablar y tiempo de callar.

Salió del convento con tanta prisa que no tomó alimento, y volvió por el mismo camino, ardiendo en deseos de ver al que había dejado en los umbrales del paraíso, temiendo, lo que sucedió, que no diese su alma a Dios estando él ausente.

Al día siguiente, habiendo andado ya como unas tres horas, vió que el alma del bienaventurado Pablo subía a los cielos entre coros de ángeles y santos y envuelta en luz resplandeciente, y, en viéndola, cayó en el suelo sobre su rostro, y echó tierra sobre su cabeza en señal de dolor, y llorando y gimiendo decía:

—¿Por qué me dejas, Pablo? ¿Por qué te vas sin despedirte de mí? ¿Tan tarde te conocí, y tan presto te perdí?

Prosiguió luego el viaje con tanta presteza que no parecía que andaba, sino que volaba. Entrando en la cueva vió el cuerpo difunto, hincadas las rodillas, la cabeza yerta y las manos levantadas. Creyó al principio que Pablo estaba vivo y oraba, y se puso a hacer oración junto a él; mas como no le oyese suspirar —como solía cuando oraba—, entendió que estaba muerto. Echándose entonces sobre el santo solitario, cuyo cadáver parecía alabar todavía al Señor, le abrazó regándole con sus lágrimas.

DOS LEONES CAVAN LA SEPULTURA DE SAN PABLO

ENVOLVIÓ Antonio el difunto cuerpo con el manto de Atanasio que consigo traía y, sacándole fuera, rezó los himnos y salmos que se suelen decir a los difuntos, y, queriéndole enterrar, no sabía cómo, por no tener herramienta para abrir la sepultura. Vióse en gran perplejidad, porque si volvía al monasterio, había tres días de camino, en los cuales no convenía dejar solo el santo cuerpo y, si se quedaba allí, le parecía que sería sin provecho. Al fin se determinó a quedar, y, hablando con Dios, le dijo:

—Aquí moriré, Señor, y junto a este tu soldado caeré, y con él permaneceré hasta dar el postrer suspiro.

Estando en este apuro, vió salir de repente, de lo más retirado de aquel yermo, dos leones que corrían a él. Al verlos tuvo un poco de sobresalto, pero después, volviendo los ojos a Dios, se estuvo quedo y sin temor alguno, como si viera dos mansas ovejas. Los leones se fueron derechos al cuerpo de San Pablo, se echaron a sus pies acariciándole con sus colas, y dieron

un gran bramido, como si lloraran su muerte a la manera que podían. Luego comenzaron a cavar la tierra con las manos, haciendo un hoyo en que podía caber el cuerpo de un hombre. Y como si tuvieran sentido y pidieran paga por su trabajo, moviendo las orejas y bajando la cabeza, se fueron a Antonio, lamiéndole los pies y las manos. Entendiendo el santo que le pedían su bendición, alabando al Señor, a quien hasta las bestias fieras reconocen y obedecen, dijo:

—Señor, sin cuya providencia no cae una hoja de un árbol, ni un pajarillo del aire, dad a estos leones lo que les conviene.

Y, haciéndoles señas con la mano, les mandó que se fuesen.

SAN ANTONIO DA SEPULTURA A SAN PABLO Y VUELVE A SU MONASTERIO

PARTIDOS que fueron los leones, tomó Antonio sobre sus hombros el santo cuerpo de su amigo, púsole en la sepultura y cubrióle de tierra, y toda la noche se quedó orando ante el sepulcro de Pablo.

Al día siguiente fué a ver por última vez la gruta que había sido cerca de un siglo el único testigo de las virtudes del valeroso ermitaño, hallando en ella una sola cosa que diese testimonio de haber sido aquel lugar morada de un mortal. Era una túnica de hojas de palma, tejida por el mismo Pablo. Tomóla Antonio para sí cual preciosa herencia, y con este tesoro se fué a su monasterio, y contó a sus discípulos lo que le había sucedido; y en testimonio de la estima en que tenía aquella presea, vestíasela por fiesta y regocijo los días de Pascua de Resurrección y del Espíritu Santo.

Y no sólo tuvo autoridad San Antonio con sus discípulos en lo que contó de San Pablo, sino con toda la Iglesia católica, la cual por su testimonio le canonizó y celebra su fiesta.

Murió San Pablo a los diez días de enero del año del Señor de 342, siendo de edad de ciento trece años, y habiendo vivido noventa y dos en la soledad del yermo.

En los primeros siglos después de su muerte, celebróse su fiesta el día 10 de enero; pero el papa San Pío V la trasladó al día 15 del mismo mes, y en el año de 1722, Inocencio XIII la mandó celebrar con rito de doble.

Cuenta San Sulpicio Severo que Postumio visitó en 402, allá en el fondo de la Tebaida, la celda del bienaventurado ermitaño, convertida ya en lugar de peregrinación.

Dícese que los restos de San Pablo fueron llevados a Constantinopla, por orden del emperador Miguel Comneno, en el siglo XII. En 1240 los trasladaron a Venecia; y más tarde, Luis I, rey de Hungría, los adquirió

de la república veneciana, y los mandó depositar en Buda, bajo la custodia de los Ermitaños de San Pablo.

San Jerónimo acaba la vida de San Pablo con estas palabras: «Quiero en el fin de esta vida de San Pablo que he escrito, preguntar a los que son tan ricos que no saben lo que tienen, y a los que edifican grandes y magníficos palacios, y en un hilo de perlas o en una sarta de piedras traen grandes tesoros, rogarles que me digan: ¿qué faltó jamás a este hombre santo y desnudo? Vosotros —dice— bebéis en tazas de oro, y Pablo en sus manos satisfacía su sed. Vuestros vestidos son de oro y seda, y él aun no tuvo para cubrirse una ropa de las más viles, que vuestros criados desechan; pero torceránse las manos.

»A Pablo pobrecito está abierto el cielo, y vosotros cargados de oro iréis al infierno. Él, desnudo, guardó limpia la vestidura de Cristo, y vosotros, vestidos de ricas ropas, la habéis manchado. Pablo está debajo de tierra para resucitar a la gloria, y vosotros en sepulcros magníficos de jaspe y de mármol, arderéis con vuestras obras para siempre. Tened siquiera lástima de vosotros mismos, o a lo menos de las riquezas que tanto amáis.

»Yo ruego al que esto leyere, que se acuerde de Jerónimo pecador, quien, si Dios le diese a escoger, más querría la túnica de Pablo con sus merecimientos, que la púrpura de los reyes con sus penas.»

SANTORAL

Santos **Pablo, primer ermitaño**; *Mauro* y *Macario, abades;* Emeverto, Africa y *Bonito*, obispos; Isidoro el hospitalario; *Habacuc* y *Miqueas, profetas;* Beato Francisco Capillas, dominico, y sus compañeros, martirizados en China en 1648. Santas Crescencia y Tarsicia, vírgenes; Secundina, virgen y mártir.

SAN MAURO, abad. — Era Mauro hijo de una ilustre familia romana, pero habiéndolo dejado todo por seguir a Jesucristo, llegó a ser una de las más ilustres figuras de la Orden benedictina. Fué amigo predilecto de San Benito, exacto cumplidor de su Regla y fiel imitador de su Pastor y Maestro, que le había educado desde su más tierna infancia. Era modelo de virtudes, principalmente de obediencia y humildad. Hizo muchos y portentosos milagros. He aquí algunos: andando sobre las aguas de un estanque salvó la vida a Plácido, religioso joven, que se ahogaba entre las ondas; dió la salud a uno que se cayó de la torre de un castillo y quedó medio muerto; devolvió la vista a un ciego a la puerta de una iglesia; adivinó la hora de la muerte de San Benito, su fundador.

Mauro se estableció en Francia después de varias dificultades; mereció que su fama de santidad se divulgara por todas partes, lo cual le atrajo muchos y valiosos súbditos, como el ilustre Floro, alma del Gobierno, a cuya ceremonia de vestición del santo hábito benedictino asistió el mismo Teodoberto I, rey de Austrasia y de Borgoña. Gran lección fué ésta para toda la corte, a causa del

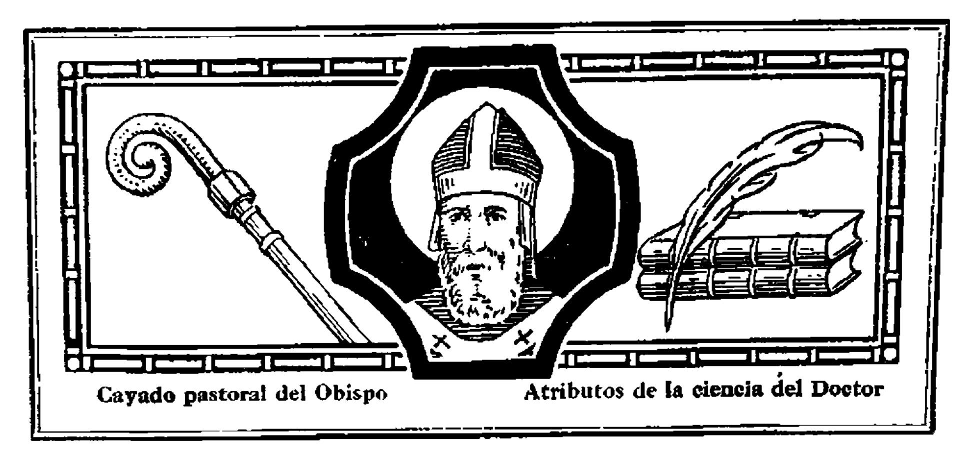
triunfo que obtenía Floro sobre el mundo, que tanto le sonreía. Atacado Mauro de un recio dolor de costado, acabó el curso de esta vida mortal para ir a gozar de la eterna, a los 72 años de edad, el 15 de enero del 584.

SAN MACARIO, ermitaño. — Con destellos de fúlgida luz descuella la vida de San Macario en el cielo inmenso de la santidad, conseguida por él a fuerza de mortificaciones, privaciones y maceraciones inauditas. Vivió en una estrecha y áspera gruta del Alto Egipto, entregado a la más austera penitencia. Realizó varios milagros, reveladores de su santidad. La delgadez de su amarillento rostro indicaba su sufrimiento corporal, pero también era expresión de su robustez interior, de la fuerza de su alma a la que quería presentar radiante y hermosa a los ojos de su Creador. A los cuarenta años recibió la ordenación sacerdotal, y con ella, el poder de arrojar los demonios, de curar las enfermedades y el don de profecía, sin perder por esto el sello de humildad que le caracterizaba. Vivió cerca de 90 años, y su muerte ocurrió hacia el año 390.

SAN BONITO, obispo y confesor. — Era natural de Auvernia y descendía de noble familia, siendo sus padres Teodato y Siagria. La educación que recibió el joven correspondía a su abolengo; Bonito sobresalió particularmente en el estudio del derecho civil. Cuando murió su padre, este admirable hijo, por voluntad de Dios, se trasladó a la corte de Sigiberto II, piadoso rey de Austrasia, que le admitió a su servicio. Teodorico III le concedió altos cargos en el gobierno de su reino. Su actuación y administración fueron ejemplares, tanto por la entereza y rectitud como por la caridad y piedad que mostró en todo su obrar. En 690 sucedió a San Avito en la sede episcopal de Clermont y desempeñó este cargo durante nueve años, después de los cuales, movido por vivos deseos de mayor perfección, renunció al obispado, repartió sus bienes entre los pobres y se retiró al monasterio Magnilocense, donde pasó el resto de sus días entregado a la oración y penitencia con gran admiración y edificación de los religiosos y con inmenso contento de su alma. Realizó un viaje a Roma para venerar las reliquias de San Pedro y San Pablo, así como las de otros muchos santos en ella martirizados. Allí pudo satisfacer su devoción rezando en aquellos lugares santificados por los primitivos cristianos. Son innumerables los milagros que realizó durante este viaje y después de su muerte, acaecida el 15 de enero de 710. Muchos ciegos, cojos y paralíticos fueron por él curados milagrosamente. Según Ribadeneira mereció que la Virgen se le apareciera en el templo y le diera, en prenda, una vestidura blanca, que durante mucho tiempo se mostró en la ciudad de Clermont.

LOS SANTOS HABACUC Y MIQUEAS, profetas. — Entre los doce profetas menores figuran Habacuc, el octavo, y Miqueas, el sexto. Aquél profetizó en tiempo del reinado de Joaquín (609-598 antes de Jesucristo), y anunció a su pueblo la cautividad, la caída del imperio de los caldeos, la libertad de los judíos, por Ciro, y la del linaje humano, por el Salvador.

Miqueas, que descendía del pueblo llamado Morasthit, señaló el lugar donde nacería el Salvador. Los cuerpos de ambos profetas fueron hallados por revelación divina en tiempo de Teodosio el Mayor.



SAN FULGENCIO

Obispo de Écija (564-630)

DÍA 16 DE ENERO

La vida de este Santo pregona, ampliamente, la influencia poderosa y decisiva que en la virtud de los hijos ejerce la santidad de los padres. Cuando el hogar está saturado de piedad y amor de Dios; cuando en él se observa la Ley santa del Señor; cuando el temor de Dios inspira las acciones de los padres; cuando los hijos —capullos desplegados a los besos del sol de la gracia— no ven en su familia sino ejemplos de virtud, ¡ah, entonces!, aquel hogar es un paraíso en donde germinan y crecen lozanas las aromáticas flores de todas las virtudes, que perfuman el ambiente doméstico y hermosean los corazones de cuantos en él viven. Entonces reina la felicidad en aquella casa, que viene a ser un cielo anticipado.

Un hogar en estas condiciones es clima apropiado para la germinación de vocaciones religiosas y sacerdotales, floración preciosa que Dios hace surgir sobre el tallo esbelto y lozano del matrimonio cristiano, regado a menudo por la gracia divina, verdadero rocío celestial que activa el crecimiento de esta flor y tallo en la atmósfera sublime de la santidad.

Estas pinceladas que acabamos de dar no son sino pálidos reflejos de la feliz realidad vivida en el hogar de Fulgencio, enaltecido por la santidad de cuatro lumbreras, verdaderas glorias de nuestra nación.

NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS DE FULGENCIO

CUANDO Fulgencio vino al mundo, el año 564, el horizonte de la Iglesia de España se hallaba ensombrecido por las densas nubes del arrianismo. Cartagena, la histórica, que se mira en las aguas azuladas del Mediterráneo, meció la cuna de este niño, que brilló en el firmamento de nuestra Patria como estrella de primera magnitud.

Entre las olas embravecidas del mar tempestuoso del error, agitado por los corifeos del arrianismo, se encontraban, acá y acullá, islotes de hogares cristianos iluminados por la luz esplendorosa de la fe, en los cuales reinaba dulcísima paz. Uno de éstos fué el constituído por Severiano y Teodora, personajes, ambos, de esclarecido linaje, pues aquél era Duque de Cartagena, y ésta descendía de reyes godos. De este tronco familiar, por el que circulaba la savia vivificadora de la gracia divina, se desprendieron cuatro frondosas ramas, exhuberantes de hermosísimas hojas de sabiduría y sabrosos frutos de santidad. Leandro, Isidoro, Fulgencio y Florentina son las cuatro perlas diamantinas, cuyos destellos de sabiduría y virtud han irradiado al mundo y han tenido el mágico poder de iluminar inteligencias que se hallaban perdidas en la oscuridad del error, y de atraer pueblos enteros al redil de la Iglesia católica.

San Leandro, San Isidoro, San Fulgencio y Santa Florentina son llamados «los cuatro Santos de Cartagena». Si la misma sangre corría por sus venas, idéntico amor inflamaba su corazón; si la misma cuna los meció, la misma madre los educó; si fueron hermanos según la carne, lo fueron aun más en la práctica de la virtud.

En el hogar de Severiano y Teodora reinaban la paz, la piedad sólida, la vida austera, la práctica diaria de la virtud. Y en este ambiente tan propicio fué creciendo aquella flor de pureza que se llamó Fulgencio, a la que servían, como de rodrigón, las virtudes ejemplares de sus hermanos.

Pero fuera del hogar soplaba furioso el vendaval de la persecución que Leovigildo había desencadenado contra los cristianos, los cuales se veían obligados a emigrar para no caer en las manos de su cruel perseguidor. Entre los emigrados —pájaros sin nido— destacáronse Severiano y Teodora, con sus cuatro hijos, que fijaron su residencia en la sonriente ciudad del Betis, a la que debían dar fama imperecedera estas lumbreras de ciencia y virtud.

En Sevilla ahora, como antes en Cartagena, el hogar de Severiano será clima propicio para el desarrollo de la virtud de sus hijos.

Dios había dotado a Fulgencio de admirables disposiciones de alma y cuerpo, adecuadas a la sagrada misión a que le destinaba. Tenía ingenio vivo, sólido, claro y penetrante; se hallaba instruído en diversas lenguas, como la griega, latina, hebrea, siríaca y gótica.

Quedóse huérfano de padre y madre cuando aun era un niño; pero no sufrió quebranto alguno su virtud ni mermó la fortaleza de su voluntad; estaba ya muy arraigado en el bien y por eso no sucumbió al terrible huracán de la maldad, que tantos estragos producía entre la juventud de entonces.

Fulgencio tuvo la dicha de que Leandro, su hermano mayor, hiciera con él las veces de padre; de él recibió alimento, educación y enseñanza; se instruyó en todos los ramos del saber, particularmente en Teología, Filosofía y Sagrada Escritura; además, vió en su hermano un modelo constante de virtud.

Al reconocer Leandro la cordura y prudencia con que crecía Fulgencio, le envió a Cartagena con la misión de cobrar ciertos bienes de fortuna que les fueron confiscados con motivo de su destierro. Cuando hizo este viaje, Fulgencio era todavía muy jovencito. Leandro se arrepintió de haberle dejado ir solo, pues temía los peligros morales que ponían en grave riesgo la virtud de su hermano, a causa de la inmoralidad reinante en su ciudad natal. Así se desprende de una carta que escribió a su hermana Florentina, en la que figuran estas palabras: «¡Triste de mí, triste de mí, que he enviado inconsideradamente a nuestro hermano Fulgencio a Cartagena, cuyos peligros me tienen en continuo sobresalto!» Pero Fulgencio hizo honor a su familia, pues, a pesar de respirar algún tiempo los miasmas putrefactos de la charca inmunda de aquella sociedad corrompida, no se intoxicó ni se manchó lo más mínimo y salió de la urbe tan puro y limpio como había entrado.

Volvió a Sevilla y nuevamente se puso a las órdenes de su hermano Leandro, de quien imitó las virtudes de humildad, abnegación y pobreza, y aprendió la verdadera sabiduría, que enseña al hombre el camino de la eterna felicidad.

Fulgencio, si bien no podía ya mirarse en el clarísimo espejo de sus padres, soberanamente virtuosos, pudo, no obstante, continuar recibiendo los efluvios benéficos que reflejaba en todo momento la actuación de Leandro. Como la Luna del Sol, así recibió este hombre preclaro la santidad de sus padres, que a su vez irradió por el orbe entero, aprovechándose de ella muy singularmente su hermano Fulgencio, para quien fué luz meridiana y guía experto en el intrincado laberinto de la vida.

VOCACIÓN

NO sólo fué Leandro, padre, maestro y educador de Fulgencio, sino el ejemplar que éste trataba de imitar y copiar en todo, no a modo de autómata inconsciente, sino atraído por la fuerza irresistible de su santidad. Cuando Leandro se encerró en el claustro, Fulgencio quería seguirle. Pero aquél logró convencerle de que Dios le quería en el mundo para que condujera muchas almas al cielo.

Se resignó Fulgencio y permaneció en el mundo, cuyas tinieblas fué rasgando poco a poco con el brillo deslumbrador de su doctrina y, sobre todo, de su santidad. Incontables multitudes de hombres, ávidos de poseer la luz de la verdad que Fulgencio irradiaba, acudían a él; nunca vieron fallidas sus esperanzas, pues en el Santo encontraban todos el necesario remedio a sus males.

Pronto transverberó Fulgencio las luces de su claro entendimiento y el fuego interior del celo que le consumía, pues tenía el corazón inflamado en amor a Dios y al prójimo. Bullía en su ánima el entusiasmo del apóstol, por lo cual se mostró en toda ocasión incansable propagandista de la fe, a cuyo servicio puso toda su erudición y su saber.

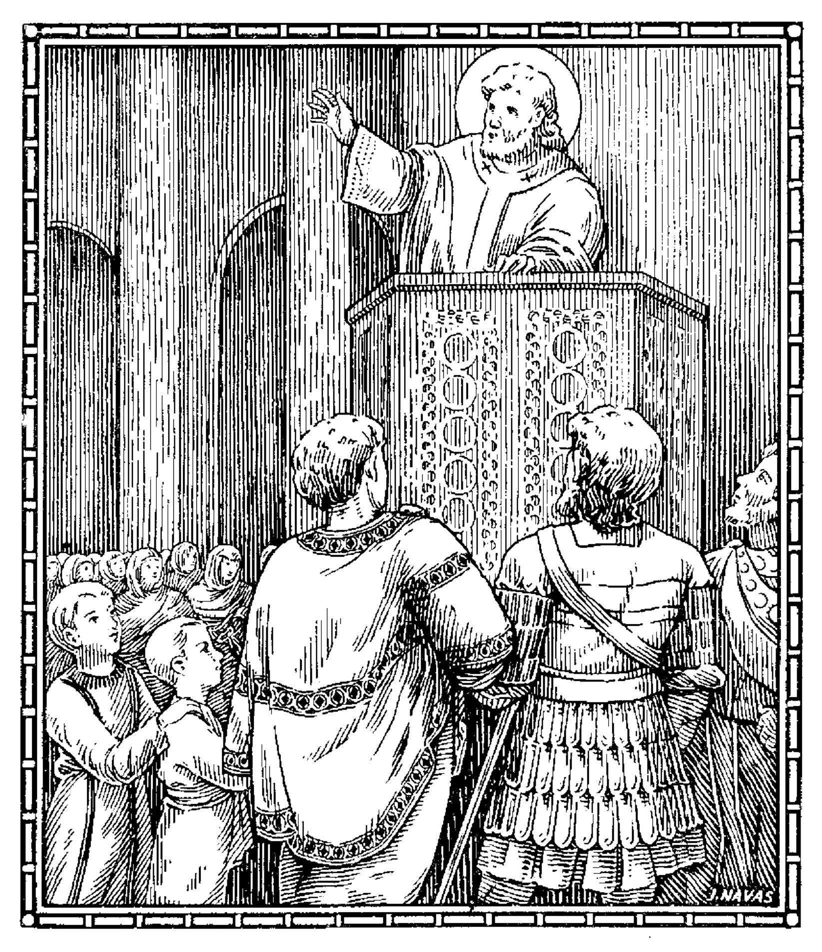
Con su bien cortada pluma y la energía de sus palabras acudía a todas partes, con el fin de sembrar la semilla de la doctrina cristiana. Pero su principal objetivo era combatir la herejía de Arrio, que producía deplorables estragos en los pueblos del Mediodía de España.

Al estallar la guerra entre Leovigildo y su hijo Hermenegildo, Fulgencio quedó envuelto en la persecución general y fué desterrado a Cartagena, en donde permaneció hasta que el rey Recaredo le permitió volver a Sevilla, en cuya catedral acababa de obtener, por nombramiento oficial, una canonjía.

Después de breve estancia en Sevilla, volvió Fulgencio a su ciudad natal por disposición del mismo rey. El obispo de Cartagena, Dominico, se hallaba imposibilitado para ejercer sus funciones, y entonces, Recaredo, deseoso de recompensar a Fulgencio sus méritos y virtudes, le envió allá para que, como coadjutor del prelado, compartiese con él la dirección y gobierno de la diócesis.

FULGENCIO, OBISPO DE ÉCIJA

HACÍA ya tiempo que la diócesis de Écija, hoy desaparecida, se hallaba inquieta y turbulenta; en ella se sucedían los tumultos, se acrecentaban los odios, celos y rivalidades; menudeaba el desorden; se propagaban los excesos. En una palabra, ofrecía un aspecto lamentable.



FULGENCIO, *en aras de su amor a Dios y al prójimo, no se cansa de catequizar a los niños del arroyo, que revolotean a su alrededor como cándidos polluelos, y de predicar a sus amados súbditos la pureza de costumbres.*

Fulgencio fué enviado allí para arreglar la situación; y, en efecto, logró calmar los ánimos y restablecer la paz. No tiene, pues, nada de extraño que el pueblo en masa pidiera a Fulgencio por obispo, y que la Santa Sede accediese a ello, como si en la voz del pueblo reconociese la de Dios. Fulgencio, pues, ocupó la sede episcopal de Écija, llamada entonces Astigi.

Desde el primer momento que desempeñó las funciones del nuevo y elevado cargo, dedicó todos sus afanes a restablecer la disciplina eclesiástica, algo quebrantada con motivo de los acontecimientos reseñados. El primer abuso que trató de eliminar fué el de ordenar de diáconos a los casados. A este fin rogó a su hermano San Isidoro, arzobispo de Sevilla, que convocara un concilio para arreglar todos los asuntos referentes a este caso y a otros, pendientes de solución.

Accedió a ello Isidoro; en 619 se reunió, pues, el segundo concilio hispalense, presidido por el autor de las Etimologías. En él, además de suprimir las ordenaciones de los casados, se trató de poner fin a las desavenencias existentes entre las iglesias de Écija, Málaga y Córdoba.

Como Pastor solícito de sus ovejas, les procuró siempre sanos y abundantes pastos de verdadera doctrina. Así como el pastor no puede abandonar el rebaño, así el Obispo debe hallarse siempre frente a su grey, para que, en su ausencia, no sea víctima de las acometidas del lobo infernal. Fulgencio lo practicó cumplidamente, pues sólo se alejó de su diócesis para asistir al concilio de Toledo del año 610, y al de Sevilla del año 619.

No perdonó medio alguno para hacer religiosamente próspera su querida diócesis. Acompañaba sus frecuentes oraciones con penitencias muy austeras y repetidas. Era místico fervoroso, preceptor infatigable, limosnero caritativo y predicador incansable. Respecto a su oratoria, leemos en uno de sus biógrafos que: «Sus palabras eran fuego vivo que encendía los pechos más helados, y la espada de dos filos que dividía el espíritu y transformaba los corazones.»

En alas de su caridad volaba a los hospitales para prestar a los pobres enfermos el alivio de sus caritativas palabras y el consuelo de sus consejos; atendía con solicitud de padre a los menesterosos y les prodigaba la anhelada limosna, que tanto necesitaban. Tenía febriles ansias de servir al prójimo y practicar la caridad. No se desdeñaba de catequizar, personalmente, a los niños del arroyo, tan faltos de pan material como necesitados del espiritual.

No permanecía inactiva Florentina, la hermana de Fulgencio; aquélla, ayudada por los consejos, oraciones y aportación material de éste, se dedicaba a la fundación de monasterios, donde las doncellas deseosas de servir a Dios y asegurar la salvación de su alma, pudieran encontrar un puerto seguro y tranquilo, en medio de las tempestades bravías del mar agitado del mundo. Más de mil monjas recibían, en estos monasterios, la sabia y pru-

dente dirección de Florentina, y ascendían de virtud en virtud por la senda difícil de la perfección. Para decisiones de importancia solía consultar Florentina a Fulgencio, cuyo parecer seguía fielmente.

Con frecuencia, el obispo de Écija dirigía la palabra a estas piadosas vírgenes, que le escuchaban como a un oráculo; él, por su parte, sabía inflamar sus corazones en deseos ardientes de volar de este mundo a las eternas moradas para gozar plenamente de la posesión de Dios, esposo querido de sus almas.

Fulgencio derramó los raudales de su sabiduría en valiosas obras, escritas con el fin de suplir la deficiencia expansiva de la predicación oral. Le acreditan de sabio los varios «Comentarios» que escribió acerca del Pentateuco, de los Libros de los Reyes, de Isaías, de los doce Profetas menores, de los Salmos y de los Evangelios. Revelan su erudición inmensa sus «Mitologías» o ficciones. Además, cuando cumplía su destierro en Cartagena, escribió su obra «De Fide», que dedicó a Scariba, abad de Santa Leocadia. Sus «Sermones» fueron de mucha estima.

Por otra parte, deseoso Fulgencio de que los eclesiásticos se perfeccionaran cada día más y más en los conocimientos profesionales, rogó a su hermano Isidoro que escribiese algo sobre el origen de las cosas pertenecientes a los oficios divinos. Isidoro le dió satisfacción, ya que publicó en dos hermosos volúmenes cuanto su hermano le pedía.

Por espacio de nueve años rigió Fulgencio la diócesis de Écija, y se mostró, en el desempeño de este cargo, celador constante de la fe y guardador solícito de las costumbres. Refrenó la relajación de la disciplina eclesiástica y puso coto a toda clase de demasías y falsas libertades. Al final dejó la diócesis en estado floreciente.

SU MUERTE

LA intensa actividad a que Fulgencio se había entregado, iba minando su salud y quebrantando sus fuerzas. Presentía que se le acababa su destierro en este mundo y se acercaba su fin. Pero antes de abandonar este valle de lágrimas quiso, a modo de despedida, visitar a las religiosas de los monasterios de Florentina, que esperaban con ansia oír sus alentadoras palabras.

Para que le asistieran y acompañaran en sus últimos momentos, llamó a sus amigos Braulio, obispo de Zaragoza, y Laureano, prelado gaditano. Éstos acudieron presurosos y celebraron con él larga entrevista. Después de serle administrados los Santos Sacramentos, expiró entre los brazos de los dos venerables varones, entregando su alma al Señor en enero del año 630.

La noticia de su muerte fué recibida con muestras de honda pena por

parte del pueblo, pues era muy apreciado de todos. Cada lengua se convirtió en pregón de la santidad de Fulgencio, y cada hombre en un apologista de sus virtudes. El pueblo le honró con el dictado de santo, y como a tal lo reconoció también la Iglesia.

Su cuerpo fué enterrado en Écija, capital de su diócesis, y por su medio Dios ha obrado muchos milagros. Era incalculable el número de los que acudían cabe los restos mortales del Santo para participar de los beneficios de su poderosa intercesión.

Con respecto a los restos de San Fulgencio, transcribimos lo que de ellos dice el Padre Maestro Fr. Heredia en sus «Vidas de Santos del Orden de San Benito»: «Pusieron los obispos su santo cuerpo en la iglesia Catedral; pero desde allí a treinta y cuatro años fué trasladado a la de Sevilla, y le pusieron en la iglesia de Santas Justa y Rufina, que había edificado para este fin su hermano San Leandro, con el de este Santo y de San Isidoro y Santa Florentina, en aquella parte donde hoy se visita una ermita de dichas Santas, a la puerta llamada de Córdoba; y sobre el sepulcro se puso una cruz de plata con el epitafio de los tres hermanos. Gozó Sevilla de este tesoro hasta la entrada de los moros, y entonces fueron llevados los de San Fulgencio y Santa Florentina, con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, a los montes llamados de Guadalupe, por estar cercanos a este pueblo. Aquí estuvieron escondidos hasta los tiempos del rey don Alfonso XI, en los cuales los cuerpos de San Fulgencio y de su hermana fueron hallados en el pueblo de Berzocana. Una parte fué llevada a Cartagena, y la otra a Murcia y a la catedral de Ávila y monasterio de Guadalupe. Desde el primer siglo después de su muerte fué venerado San Fulgencio, obrando Dios por él muchos milagros en las iglesias de Sevilla, en la de Cartagena, de Écija, de Plasencia y otras; y antiguamente se rezaba en la orden de nuestro Padre San Benito.»

Felipe II ordenó que fueran entregadas al Escorial dos reliquias del Santo, lo cual se efectuó en 1593.

SANTORAL

Santos Fulgencio, obispo y doctor; *Marcelo I, papa y mártir; Honorato* y *Melas, obispos;* Benito, Libertino y Furseo, abades; *Berardo y sus compañeros, misioneros en España y mártires en Marruecos;* Enrique, ermitaño; Tamaro de Aversa; Rolando, abad; Ticiano, obispo; Marino, presbítero, y Estéfano, diácono, mártires; Tozón, obispo. Santa *Prisca* o *Priscila;* Beata Juana, religiosa, en Italia.

SAN MARCELO I, papa y mártir. — El emperador Majencio, que tuvo que combatir contra Severo —a quien Galerio había nombrado César y sucesor suyo—, se atrajo a su favor a los cristianos para que le ayudaran en esta empresa. Una

vez vencido su rival, Majencio se trocó, de oveja mansa, en lobo carnicero, y de zorra astuta, en león fiero contra los cristianos. Marcelo, que gobernaba la Iglesia de Cristo, fué apresado por los soldados del emperador, ante el cual se negó a la adoración de los ídolos, por lo cual fué condenado a servir en las caballerizas públicas, sufriendo esta fuerte humillación con gran tranquilidad de ánimo y humildad de espíritu. Y con este género de martirio dió su alma a Dios el 16 de enero del año 309, después de corto Pontificado.

SAN HONORATO, obispo de Arlés. — Aunque descendía de ilustre familia que respiraba el ambiente del gentilismo, Honorato, en su trato con los cristianos, tuvo ocasión de admirar la sublimidad de la doctrina de Cristo, y se hizo cristiano, recibiendo las regeneradoras aguas del Bautismo. Su hermano Venancio le imitó, y ambos se retiraron al campo para dedicarse a la vida contemplativa. Honorato se instaló en la isla de Lerins, mecida por las brisas del Mediterráneo, en las costas de Provenza, y desde entonces la multitud de reptiles que allí había perdieron su actividad venenosa. Siendo muchos los discípulos que se reunieron en torno suyo se vió precisado a construir un monasterio, que a fines del siglo VI, fué uno de los más celebrados del mundo. Siendo arzobispo de Arlés prosiguió su vida de santidad. Fué un prelado insigne, orgullo del episcopado católico. Murió el año 429.

SAN MELAS, obispo. — Nació en Rinocolura, ciudad de Egipto, de familia humilde, pero rica en bienes espirituales. Habiéndose destacado este joven por su vida austera y penitente, fué ordenado de sacerdote por San Atanasio, patriarca de Alejandría. Su actuación apostólica era un grande obstáculo para la difusión de las doctrinas arrianas, protegidas con todo interés por el emperador Valente, el cual mandó prender al santo obispo Melas; éste recibió a los emisarios del emperador con tanta amabilidad, que éstos, confundidos de tales atenciones, le aconsejaron la huída, pues les había cautivado el corazón. Pero él se entregó voluntariamente para que le presentaran al emperador. Valente, en vista de las insistentes negativas del prelado, le condenó al destierro, aceptándolo el Santo con visibles muestras de alegría y satisfacción. Después de haber ejercitado todas las virtudes episcopales, particularmente la mansedumbre y la humildad, descansó en la paz del Señor a principios del siglo V.

SANTOS BERARDO, VITAL, PEDRO, ACURSIO, ADYUTO Y OTÓN, mártires. — Estos ilustres hijos de San Francisco fueron por él enviados como misioneros a dilatar el reino de Cristo, alumbrando las inteligencias de los hombres con la luz de la fe y caldeando sus corazones con el fuego del divino amor. Los seis nuevos apóstoles, dirigidos por Vital, se encaminaron hacia España para sacar de su ceguedad a los mahometanos que en ella perseguían duramente a los cristianos. Mientras atravesaban las tierras de Aragón, Vital cayó enfermo y murió. Berardo se puso entonces al frente de la comunidad peregrina, que dirigió sus pasos a Portugal, y después de breve estancia en Coímbra y Alenquer, pasaron a Lisboa para encaminarse a Sevilla directamente, donde los moros tenían gran dominio.

En esta capital andaluza predicaron primero en la mezquita y luego en el mismo palacio real. Ello les valió malos tratos, golpes y la sentencia de muerte, trocada después en prisión porque el príncipe, hijo del rey, logró aplacar a su padre.

Enviados después a Marruecos, predicaron también en el palacio del rey Miramanolín; éste los despreció como a locos y los expulsó de la ciudad. Mas luego

volvieron y predicaron en la plaza pública; nuevamente fueron detenidos y expulsados; pero otra vez volvieron a predicar. Enfurecido entonces el rey, dió orden de encarcelarlos. Después de permanecer veinte días presos sin probar bocado, alcanzaron la libertad estando más frescos y vigorosos que antes.

A las órdenes del infante don Pedro de Portugal lucharon a favor del Miramamolín en contra de los enemigos de este rey moro. Pero al regresar victoriosos de la campaña, el ejército se hallaba extenuado por la falta de agua y sobra de calor. Berardo, jefe de los cinco misioneros, escarbó la tierra con un palo seco y brotó agua en gran cantidad, de modo que todos pudieron, no sólo apagar su sed, sino proveerse para lo restante del camino. Luego se secó la fuente milagrosa y quedó todo tan árido como antes.

Los cinco religiosos volvieron a predicar, pero el pueblo, enfurecido contra ellos, los apresó y, entre malos tratos y rudos golpes, los llevó al justicia mayor para que les quitara la vida. Los pobres misioneros fueron duramente azotados, y sus heridas rociadas con sal y vinagre. Estuvieron nuevamente en la cárcel, de donde los sacaron desnudos y a empellones, con las manos atadas, con sogas al cuello. Sobre sus delicados miembros sintieron otra vez los golpes de los azotes que sin compasión les daban; sus carnes fueron arrastradas sobre pedazos de vidrios y de tejas, y otra vez rociados con sal, vinagre y aceite hirviendo.

El rey, encolerizado porque los santos misioneros se negaban a renegar de Cristo y abrazar la religión de Mahoma, con su propio alfanje les cortó la cabeza el 16 de enero de 1220. De este modo consiguieron la corona de los mártires y fueron a juntarse en el cielo con su compañero Vital, muerto con los deseos ardientes del martirio.

SANTA PRISCA o PRISCILA. — Era esposa de Aquila, y ambos fueron luchadores infatigables para extender el Evangelio y conquistar almas para Cristo. Vivían pacíficamente en Roma, de donde tuvieron que huir a consecuencia de la orden de destierro dictada por el emperador Claudio contra los judíos. Al abandonar la ciudad eterna, ambos esposos establecieron su residencia en Corinto. En los Hechos de los Apóstoles leemos que Pablo, después que salió de Atenas, donde realizó muchas conversiones, se trasladó a Corinto. «Y hallando allí a un judío, por nombre Aquila, natural del Ponto, que poco antes había llegado de Italia con su mujer Priscila (porque había mandado Claudio salir de Roma a todos los judíos), se juntó con ellos. Y como era del mismo oficio, se hospedó en su casa, y trabajaba en su compañía; porque el oficio de ellos era hacer tiendas de campaña» (*Hechos,* 18, 2 y 3).

Cuando Pablo, para huir del furor de sus perseguidores, se vió obligado a salir de Corinto, Aquila y Prisca le salvaron acompañándole hasta Éfeso, desde donde continuaron el viaje hasta Roma, en cuya ciudad se hallaban el año 58, cuando San Pablo escribió su Epístola a los Romanos, pues en el capítulo XVI, en el que exhorta que eviten las disensiones y permanezcan unidos en caridad, dice: «Saludad a Prisca y a Aquila, que trabajaron conmigo en Jesucristo (los cuales por mi vida expusieron sus cabezas, y no lo agradezco yo solo, mas también todas las iglesias de los gentiles); y del mismo modo a la iglesia que está en su casa» (Versículos 3, 4 y 5). Volvieron nuevamente a Éfeso, donde se hallaban cuando San Pablo publicó su segunda Epístola a Timoteo. Se ignoran los últimos detalles de su vida y los referentes a su muerte.



SAN ANTONIO ABAD

Ermitaño en Egipto (251-356)

DÍA 17 DE ENERO

LA vida de San Antonio fué en verdad una lucha encarnizada y continua contra el enemigo del género humano. En la persona de su siervo quiso Dios ofrecer a las almas cristianas una enseñanza y un consuelo: la enseñanza práctica de la tentación, que visita a las almas más perfectas; y el consuelo del alma tentada, de la cual Dios quiere ser fortaleza, sostén y galardón.

BENEFICIOS DE LA EDUCACIÓN DOMÉSTICA. — VOCACIÓN

ANTONIO vino al mundo el año 251 en Como (Alto Egipto), hoy Kom-el-Arús. Sus padres, que a la nobleza de su sangre juntaban una piedad eminente, no quisieron desentenderse de la educación de su hijo y de la formación de su carácter, sino que le dieron con amor una educación recia y austera, no permitiéndole frecuentar las escuelas paganas. Antonio no abandonaba el hogar paterno a no ser para asistir a la asamblea de los fieles, y durante mucho tiempo no conoció más lugares que su casa y la iglesia.

frecuencia pasaba la noche en oración; hacía una sola comida al día a la puesta del sol, y era todo su manjar un poco de pan, sal y agua. No era raro que pasara dos o tres días consecutivos sin probar alimento, no terminando el ayuno hasta el cuarto día.

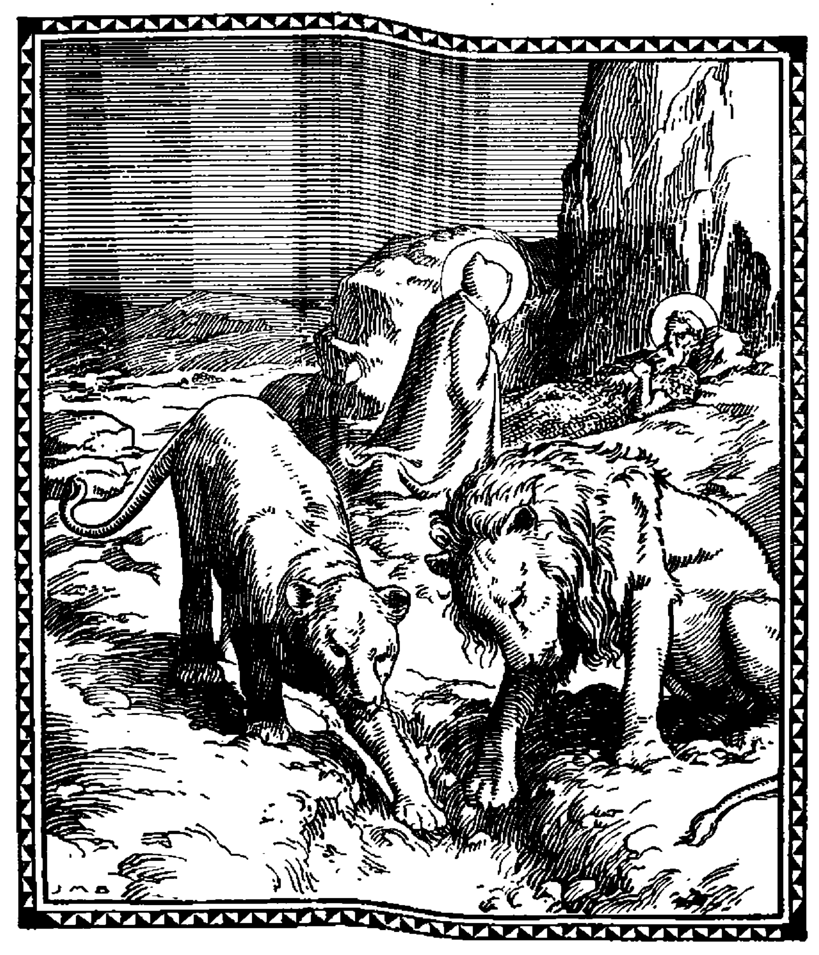
Juzgando insuficiente su soledad, resolvió ocultarse en una sepultura, y no dió conocimiento de su nueva morada más que a un Hermano encargado de llevarle unos panes en determinados días. Una vez que Antonio se aposentó en aquella tumba, el Hermano cerró la entrada; pero no transcurrió mucho tiempo sin que Satanás golpeara tan bárbaramente al solitario que en mucho tiempo no pudo hacer el más leve movimiento ni articular una sola palabra.

Otro día, al venir el Hermano a visitarle, halló la puerta de la tumba hecha astillas y en el interior a Antonio tendido en el suelo sin dar señales de vida. Cargóle el amigo sobre sus hombros y le trasladó a la iglesia de la aldea. Congregáronse los habitantes para asistir a las honras fúnebres de su paisano y pasaron la noche en derredor de su cuerpo conforme era costumbre en los primeros siglos; empero, prolongándose la vela, acabaron todos por dejarse vencer del sueño. En aquel instante Antonio vuelve poco a poco en sí, se da cuenta de que los asistentes están dormidos menos el Hermano que le había traído; le llama por señas y le ruega que le vuelva a llevar con cautela al sepulcro sin que nadie se entere.

Una vez allí, postrado en el suelo, pues no puede aún tenerse en pie, el siervo de Dios prorrumpe en oraciones y suelta mordaces pullas contra los esfuerzos del demonio. «Aquí me tienes —le decía—, soy Antonio; ni me oculto, ni huyo de ti; te desafío, Satanás; tu violencia jamás me apartará de Cristo.»

Irritado el demonio ante la constancia del solitario, le acomete con nueva violencia; en un instante vese el sepulcro invadido de multitud de animales feroces: cerdos, osos, leones, lobos, panteras, serpientes, escorpiones, toros, que arman un ruido infernal. El cuerpo de Antonio queda cubierto de heridas y gime sintiendo el efecto de las garras y mordeduras de aquellos animales, pero su alma goza de una paz inalterable, desdeña a sus enemigos y se burla de tanto esfuerzo ridículo. «Vuestros esfuerzos y el ruido que metéis, delatan bien vuestra flaqueza, pues sintiéndoos impotentes para vencerme tratáis de asustarme.» Esto dijo y, haciendo la señal de la cruz, desvanecióse repentinamente toda la tropa infernal. Entonces fulgura ante sus ojos una luz deslumbradora; el sepulcro derrumbado durante esta lucha espantosa, vuelve a su anterior estado y los dolores de su cuerpo desaparecen súbitamente.

—¿Dónde estabais, Jesús mío? —exclama amorosamente Antonio—; ¿dónde estabais que no me socorristeis desde el principio en esta deshecha tempestad?



SAN *Antonio reza ante el cadáver de San Pablo. Entretanto, un león y una leona cavan piadosa y fieramente la tumba. Terminada la labor, con la cabeza baja y las orejas gachas, se presentan a San Antonio, solicitando una recompensa. El Santo les da su bendición, que reciben agradecidos.*

—Aquí estaba, hijo mío Antonio —le responde una voz—; presenciaba tu lucha y era testigo de tu valor; porque has sido tan fiel, yo te ayudaré siempre en adelante y daré a conocer tu nombre al orbe entero.

SAN ANTONIO SE RETIRA AL DESIERTO

ANTONIO tenía a la sazón treinta y cinco años. Deseoso de más profunda soledad, partió desde la mañana siguiente hacia el interior del desierto. En el camino encontró una bandeja de plata y, no acertando a explicarse al pronto cómo podía estar tal objeto en el desierto, cae en la cuenta de que es otro lazo de Satanás, y le dice: «Perezca contigo tu dinero», y al instante desaparece la bandeja. Unos cuantos pasos más adelante tropieza con una barra de oro y, sin pararse a considerar de dónde pudiera proceder el preciado metal, se aleja rápidamente como de una hoguera devoradora que le pudiera consumir, atraviesa el Nilo y trepa a un monte en cuya cima había un castillo arruinado, situado no lejos de la actual Atfih. Penetra Antonio en su interior y lo halla habitado por multitud de fieras que a su llegada huyen despavoridas. Entonces el solitario se provee de pan y agua para seis meses y cierra la entrada de dicha morada ruinosa. Esto acontecía hacia el año 285.

Atrincherado como en una fortaleza, rechazó por espacio de veinte años las acometidas del demonio, sin salir jamás de allí ni ver a ningún ser humano, como no fuera a las personas que dos veces al año iban a renovar sus provisiones de pan y agua, pero ni aun con éstas hablaba, cuando le bajaban el alimento por un boquerón abierto en el techo.

Cierto día tuvo una visión en la que le pareció que la tierra se hallaba cubierta de lazos y redes tendidos por la malicia de los demonios. Y al preguntarse a sí mismo quién los podría evitar, respondióle una voz: «Antonio, únicamente la humildad lo conseguirá.»

Llegada la noche, postrábase de rodillas para meditar los padecimientos de nuestro divino Salvador. Con frecuencia la pasaba entera en contemplación y en tiernos coloquios con Dios nuestro Señor, y, cuando al día siguiente venía el sol a distraerle con sus rayos de luz y de calor, quejábase a veces el solitario, diciendo: «¡Oh sol!, ¿por qué vienes con tu resplandor a privarme de la claridad de la verdadera y eterna luz?»

¡Oh, cómo contrasta esta conducta del Santo, que convierte las negras horas de la noche en la intensa luz interior que recibe de sus prolongados coloquios con Dios, con el torpe proceder de los pecadores que anhelan las tinieblas nocturnas para ofender a su Criador con más desenfrenada libertad!

FUNDACIÓN DE MONASTERIOS

La santidad de Antonio esparcía su benéfica influencia por el país y numerosas eran las personas que iban a visitarle para entretenerse con él de su alma, mas él rehusaba toda comunicación con ellos. Sin embargo, una vez hubo de romper el silencio para tranquilizar a ciertos visitantes a quienes el espectáculo de sus luchas con el demonio había asustado grandemente. La caridad es, en efecto, el mayor y el primero de los mandamientos. En otra ocasión, gran número de personas subieron al monte creyendo hallar muerto a Antonio, mas al aproximarse le oyeron cantar las alabanzas del Señor. Ansiosas de verle y sin hacer caso de las protestas del ermitaño, derribaron la pared.

Desde aquel instante, hubo de renunciar Antonio a vivir en la soledad, porque un gentío inmenso acudió a él, solicitando muchos tenerle por maestro en la vida religiosa y cenobítica. Esto ocurrió hacia el año 305. El Santo conoció que tal era la voluntad de Dios y, en consecuencia, abandonó su retiro para ir a fundar monasterios que visitaba con frecuencia, fortaleciendo a las almas con sus exhortaciones y descubriéndoles los ardides de Satanás que conocía tan a fondo. «Las armas para ahuyentarle —decía— son la oración, el ayuno, la señal de la cruz y el desprecio.»

Mientras Antonio levantaba asilos a la piedad y laboraba sin descanso en la santificación de las almas, el emperador Maximino Daza, sobrino de Galerio, había desencadenado en Egipto furiosa persecución contra la Iglesia. Al tener noticia de las primeras ejecuciones llevadas a cabo en Alejandría, la resolución de Antonio fué cosa de un instante: «Vayamos —decía—, vayamos a participar del glorioso triunfo de nuestros hermanos o cuando menos asistamos a sus santos combates.»

Bajó, pues, el Nilo en compañía de algunos monjes y desembarcaron en la gran urbe. Una vez allí, fuése derechamente y con toda libertad al dicasterio o tribunal, exhortando a los mártires en presencia del gobernador y acompañándolos hasta el lugar del suplicio para así levantar su ánimo.

Con todo, no entraba en los designios del Señor que Antonio sufriera martirio, sino que más bien fuera para su inmensa familia cenobítica un modelo de constancia, como antes lo fuera de penitencia y oración. Así, pues, cuando se amortiguó el fuego de la persecución, juzgó Antonio terminada su misión y se volvió al monasterio.

Varias veces todavía intentó Antonio ocultarse en el desierto, pero otras tantas fué descubierto su propósito antes de realizar sus proyectos. Esto no obstante, logró tener una como media soledad en las laderas del monte Golzim, hoy Djebel Golzum, a tres jornadas de Beni-Suef. Allí prosiguió su ministerio de inagotable caridad, recibiendo a monjes y seglares con per-

fecta ecuanimidad, atendiendo a sus deseos, respondiendo a sus preguntas, sanando las almas a la vez que los cuerpos. En esta época de su vida (con toda exactitud el año 342), aconteció el episodio de su visita a San Pablo de Tebas, a quien tributó las honras fúnebres.

Mas no eran tan sólo los cristianos los que acudían al monte Golzum, también iban los paganos. Buen testimonio de ello es la aventura acaecida a dos filósofos que pasaban por los más reputados de la época. Cuando anunciaron al siervo de Dios su llegada, supo por revelación con qué personajes tenía que habérselas. Apenas se hallaron en su presencia, Antonio les habló de esta manera:

—¿Por qué, siendo como sois gente docta, os molestáis viniendo de tan lejos a consultar a un loco?

—Pero, por favor, Padre, en modo alguno sois vos un loco; antes por el contrario, nos parecéis varón muy prudente.

—Pues bien, escuchad; si habéis venido a ver un loco, habéis perdido miserablemente el tiempo; mas si me tenéis por cuerdo, si pensáis verdaderamente que poseo algo de sabiduría, entonces debéis imitarme, pues se debe seguir lo bueno. Si yo hubiera ido a encontraros, lleno de admiración a vista de vuestra vida y normas de conducta, me consideraría obligado a seguir vuestros ejemplos; como sois vosotros los que habéis venido a admirar mi sabiduría, haceos cristianos.

Nuestros filósofos se volvieron a Alejandría, encantados de la sutileza de su ingenio, a la vez que maravillados de su imperio sobre los demonios.

La fama había divulgado por doquiera su nombre. Reyes y aun emperadores mantenían correspondencia con él. Tan grande era la autoridad de este padre del yermo, que San Atanasio le rogó que acudiera a Alejandría a contender con los herejes y en particular con los arrianos, y a confirmar a los católicos en la fe. Con todo, no fué cosa fácil tenerle mucho tiempo en la ciudad, «porque —decía— el monje lejos de su monasterio, es como el pez fuera del agua.»

SUS MILAGROS

DESDE el instante en que Antonio abandonó la soledad, su vida fué una serie no interrumpida de milagros: libró del demonio a un sinnúmero de posesos, curó a multitud de enfermos, algunos de los cuales hallábanse ausentes en el momento del milagro; al conjuro de su virtud brotaron milagrosos manantiales, domó a las fieras, etc. Poseía asimismo el don de discernir el estado de las conciencias y conocía la suerte de las almas en la otra vida.

Hacia el fin de su carrera, Dios le reveló parte de los desastres que amenazaban a la religión y vió la verdadera fe derribada por la tempestad;

los hombres convertidos en bestias fieras derruyendo templos; el altar del Señor rodeado de manadas de mulos y destrozado con sus cascos sacrílegos. Dos años más tarde, la profecía se cumplía al pie de la letra: los patriarcas intrusos abrían la era de nuevas persecuciones; las iglesias no servían ya para el verdadero culto; los vasos sagrados eran profanados; las vírgenes ultrajadas; la sangre derramada a torrentes. San Juan Crisóstomo habla de la profecía de San Antonio en su octava homilía acerca de San Mateo.

MUERTE DE SAN ANTONIO. — VENERACIÓN PÚBLICA

LLEGADO a la edad de ciento cinco años, sintió que su fin se aproximaba y mandó llamar a los dos monjes que tenía a su servicio, dióles los últimos consejos y les prohibió que tributaran honras solemnes a su cuerpo, mandando enterrarlo según la costumbre de los egipcios, los cuales guardaban en casa el cadáver de sus difuntos, sin taparles la cara. Dejó en testamento parte de sus vestidos a San Atanasio, otra parte al obispo Serapión y lo demás a los monjes que le rodeaban. Después se durmió con el sueño de los justos, el 17 de enero de 356, entre conciertos angélicos.

Los discípulos de Antonio hicieron puntualmente cuanto les había ordenado, y encomendaron a la tierra sus restos mortales con el mayor secreto, desconociéndose por largo tiempo el lugar de su sepultura.

Doscientos años más tarde, en el reinado del emperador Justiniano (en el año 561), fué descubierto su cuerpo por revelación y trasladado con toda pompa a Alejandría, depositándolo en la iglesia de San Juan Bautista.

Al saberse la llegada de los sarracenos, sus restos emprendieron el camino de Constantinopla, y al finalizar el siglo X, Jocelyn, conde de Viena en el Delfinado, obtuvo del emperador de Bizancio aquellas preciosas reliquias y las llevó consigo a Francia, entregándolas al prior de los Benedictinos de La Motte, hasta que unos siglos más tarde los tomó para sí la ciudad de Arlés. Salvo un brazo, que se halla en Brujas, el cuerpo entero del Santo se venera allí en nuestros días.

Invócase a San Antonio como abogado de los animales domésticos, en consideración, sin duda, del poder que ejerció sobre ellos durante su vida.

Gozaba de un culto tan esparcido por todo Egipto, que puede verse su nombre o su monograma hasta en las lámparas alejandrinas de uso corriente entre los fieles.

Es de notar en todo el orbe el gran número de santuarios erigidos en honor de San Antonio. Uno de los más frecuentados se halla en una gruta al pie del monte Líbano; acuden allí los maronitas en grandes multitudes para pedir la curación de las enfermedades del espíritu y pasan la noche en oración. Y, ciertamente, no salen defraudados en sus esperanzas, pues obtienen lo que piden con las debidas condiciones.

Sus padres fueron asimismo los artífices de su santidad, ejercitándole desde muy temprano al sacrificio. El niño —refiere un autor— hubiera consentido quedarse sin comer antes que probar un solo manjar de la mesa o pedirlo siquiera: aguardaba a que se lo ofrecieran.

A los diez y ocho años, Antonio perdió a sus padres y se quedó solo con una hermana más joven. Ya desde entonces pensó en consagrarse por entero al servicio de Dios. Cierto día oyó en la iglesia leer estas palabras que Nuestro Señor dijo al rico del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y luego ven y sígueme y tendrás un tesoro en el Cielo.» Antonio aplicóse el consejo del divino Maestro como si tales palabras hubieran sido hechas para él personalmente e incontinenti distribuyó una porción de sus tierras entre los vecinos pobres, vendió las demás y asimismo sus muebles, y distribuyó el producto entre los pobres, reservándose tan sólo una exigua cantidad para el mantenimiento de su hermana y el suyo.

Pocos días después volvió a la iglesia y oyendo leer nuevamente el Evangelio, hicieron mella en sus oídos estas palabras: «No os inquietéis por el día de mañana.» Observando que con haberse reservado una partecita de sus riquezas no había cumplido del todo los consejos de Nuestro Señor, distribuyó a los pobres ese resto de su pasada fortuna, encomendó su hermana a una comunidad de santas vírgenes y resolvió renunciar él mismo al mundo.

Por aquel tiempo no existían aún en Egipto los numerosos monasterios que más tarde llenaron su suelo, pues los primeros conventos fueron barridos por el vendaval de las persecuciones y la vida solitaria apenas si era conocida. Los que aspiraban a la práctica de los consejos evangélicos, se contentaban con retirarse a alguna ermita próxima a las ciudades o aldeas. Antonio tuvo la suerte de topar con uno de esos varones, santo anciano que moraba allí desde sus tiernos años, y se propuso desde el primer momento imitar su género de vida. Establecióse, pues, a corta distancia de su vivienda y empezó el aprendizaje de su vida solitaria. Distribuía el tiempo entre la labor de manos, la oración y el estudio de la Sagrada Escritura, cultivando de ese modo su alma y su inteligencia al par que mortificaba su cuerpo. Visitaba asimismo a los ermitaños de los contornos para sacar edificación de sus buenos ejemplos, aplicándose cuanto de él dependía a reproducir la virtud que más resplandecía en cada uno de ellos. De este modo en poco tiempo fueron tan rápidos los progresos del nuevo solitario, que llegó a ser modelo de los que había venido a imitar, los cuales le apellidaron el *Deícola,* esto es, el adorador de Dios.

También nosotros tenemos que imitar a este modelo de virtud, porque como él hemos de adorar a Dios, tanto dirigiéndole sentidas alabanzas en la oración, como dedicándole nuestras obras con gran pureza de intención.

TENTACIONES DEL DEMONIO. — PENITENCIAS DEL SANTO

MAS, no vió el demonio con indiferencia que nuestro joven se hiciera cenobita e indujera a su hermana a hacerse religiosa; preveía también que incontable número de almas, cediendo al suave contagio del ejemplo, habían de abandonar el mundo para entregarse a la práctica de los consejos evangélicos. Efectivamente, Antonio solo debía poblar los desiertos de Palestina y Egipto. ¿Qué tiene, pues, de extraño que Satanás se ensañara en él con verdadera protervia, le tentara y persiguiera adoptando todas las formas por espacio de más de ochenta años? Lucha tan tenaz muestra a las claras la verdad de esta máxima tan consoladora de la vida espiritual: «que Dios no permite jamás que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas» o, en otros términos, que nos otorga siempre los auxilios necesarios para resistir a la tentación.

En primer lugar acomete el demonio a Antonio con las tres concupiscencias; no de otro modo tentó a Nuestro Señor en el desierto. Comienza por representarle una parte de las riquezas que ha abandonado y el bienestar de que hubiera podido disfrutar legítimamente en el siglo, y de otra, las penalidades, el rigor de la pobreza a que voluntariamente se ha reducido y la dificultad de conseguir el fin de la vida religiosa. Pero una fervorosa plegaria llena de fe ahuyenta tales pensamientos de desaliento y codicia de riquezas que Satanás trata de sugerirle. El enemigo de las almas embiste entonces a su adversario por el lado de la carne, adentrando cuanto puede en su espíritu imaginaciones libidinosas y presentando a sus miradas visiones propias para soliviantar la sensualidad, pero el valeroso soldado de Cristo sale vencedor de lucha tan encarnizada valiéndose de las armas que Nuestro Señor recomienda para arrojar de sí esta clase de demonios, a saber: la oración y el ayuno. Por fin, Satanás se propone abatir al siervo de Dios por el orgullo: cierto día, un negrito de fealdad descomunal, se llega a él arrasado en lágrimas y, echándose a sus pies, le dice con tentadora suavidad:

—A muchos cristianos he engañado y seducido, pero me veo vencido por ti, como por otros santos lo he sido.

Poco satisfecho Antonio del valor de esta prematura canonización, ordena al enano que le declare su nombre y, al saber que era el espíritu de fornicación, le ahuyenta súbitamente con sólo pronunciar un versículo de los salmos.

Pero lejos de entregarse al descanso o relajarse lo más mínimo en el fervor después de esta primera victoria, no pensó Antonio sino en disponerse a nuevos combates, dándose con redoblado fervor a la mortificación. Una estera y un cilicio y a veces el suelo desnudo le servían de lecho; con

SANTORAL

Santos Antonio, abad; *Sulpicio,* Alfredo y Julián, confesores; *Diodoro* y *Mariano, mártires;* Espeusipo, Eleusipo, y Meleusipo, hermanos, y Neón y Turbón, mártires; Sabino, obispo de Placencia; Antonio, Mérulo y Juan, monjes; Aquileo, confesor; Víctor, Victorico y compañeros, mártires en Africa; Volusiano, arzobispo de Tours. Santas *Rosalina de Vilanova;* Yolanda, virgen y mártir, y Milvida, religiosa.

SAN SULPICIO, *obispo de Bourges.* — Procedía Sulpicio de una familia muy noble, que le brindó la ocasión de ocupar altos puestos en la corte del rey Thierry II (Teodorico II), de donde le arrancó Austregisilo, obispo de Bourges, para llevárselo a su diócesis. Adornado Sulpicio de talento extraordinario y de un excelente carácter, recibió las órdenes sagradas y ejerció cargos destacados en el cabildo de la catedral. Clotario II, sucesor de Thierry, pidió que le fuera devuelto Sulpicio para dirigir una comunidad de religiosos que iban siempre con el rey. Habiendo éste enfermado gravemente, nuestro Santo oró a Dios y logró que le fuera restituída la salud. Fué obispo de Bourges, por espacio de 17 años, dando siempre pruebas de la ardiente caridad que atesoraba su corazón hacia los pobres. Recibió la recompensa de sus virtudes el 17 de enero del año 647.

SANTOS DIODORO Y MARIANO, *mártires.* — Estos dos Santos brillaron en el siglo III, época de crueles persecuciones contra los cristianos. A la sazón se hallaban en Roma el presbítero Diodoro y su diácono Mariano. En este tiempo, año 255, tenía las riendas del poder el cruel Valeriano, que recrudeció las persecuciones contra los cristianos. Éstos tenían que huir de la soldadesca y esconderse en parajes solitarios y retirados de Roma. Un día, cuando Diodoro y Mariano salían de su escondrijo para ir al lugar acostumbrado de su apostolado, fueron sorprendidos por los esbirros del emperador, los cuales se arrojaron sobre ellos y los mataron al instante.

SANTA ROSALINA DE VILANOVA, *virgen.* — Rosalina era hija de uno de los más piadosos señores de la Edad Media, emparentado con varios Santos, y descendiente, según algunos, de los famosos Vilanovas de la Corona de Aragón. Rosalina vino al mundo en el palacio de Traus, en Provenza, el año 1263, siendo rey de Aragón D. Jaime I *el Conquistador,* y de Castilla Alfonso X, el Sabio. Desde pequeña dió pruebas de la delicadeza de su alma no queriendo los pechos de su madre hasta que no se los cubría con un lienzo. A los once años perdió a su madre, y tomó por tal a la Madre de Dios. Era muy grande su amor a los pobres a los cuales daba frecuentes limosnas; hasta que acusada a su padre, éste se lo prohibió. Una vez que llevaba panes en su delantal, fué sorprendida por aquél, avisado ya por los envidiosos; pero al mirarle el delantal para ver lo que llevaba, no encontró más que rosas. Rosalina aspiraba a la vida solitaria del claustro, y no estuvo satisfecha hasta que ingresó en la Orden cartujana sometida a la Regla de San Bruno, en la cual llegó a ser pronto un modelo de perfección. Su penitencia era extrema; serenaba las conciencias de muchos y veía el fondo de los corazones; curó muchos leprosos chupando sus llagas asquerosas. Un día estaba encargada de preparar la comida, pero se distrajo y pasó todo el tiempo en la iglesia, sin preocuparse de su obligación. Llegada la hora de la comida fué a toda prisa a la cocina y, ¡cuál no sería su sorpresa al ver que los ángeles se lo habían aparejado todo! Murió en 1327, después de haber sido abadesa.



El rey Teodorico (Thierry) — Báculo milagroso, choza del solitario

SAN DEICOLA

Fundador de la Abadía de Lure († 625)

DÍA 18 DE ENERO

ERA a fines del siglo VI cuando San Congal, abad del monasterio irlandés de Bangor, facultó al joven monje Columbano, que con insistencia se lo suplicaba, para partir al continente a fin de trabajar por la gloria de Dios. Y como inspirase el Señor idéntico celo a otros religiosos, doce misioneros se embarcaron juntos en dirección a Francia el año 585, bajo la tutela de San Columbano.

SAN COLUMBANO Y SAN DEÍCOLA

ERAN muy notados entre ellos San Galo, llamado a fundar más tarde, a orillas del lago Constanza, un celebérrimo monasterio, y San Deícola, nombre latino que significa «siervo de Dios».

Deícola, si bien muy entrado ya en años, conservaba todavía la energía de su mocedad, lo mismo que San Columbano su maestro; su corazón hallábase completamente desprendido de lo terreno, y Dios era todo su tesoro.

—¿De qué proviene —le dijo cierto día San Columbano— que siempre te veo radiante de alegría, y que una paz inalterable inunda tu alma?

—Proviene —respondió Deícola— de que no hay nada capaz de arrebatarme a mi Dios y Señor.

Los monjes misioneros que Dios enviaba a Francia penetraron hasta el pie de los Vosgos, donde fundaron el monasterio de Annegray. Numerosas vocaciones acudieron pronto a engrosar esta familia espiritual y el monasterio resultó pequeño en demasía.

Tomando Columbano consigo parte de sus discípulos, entre los que figuraban Galo y Deícola, se corrió un tanto hacia el Este, llegando al gran bosque de Luxeuil, asiento en la antigüedad de una ciudad floreciente. Así quedó fundada la abadía de Luxeuil, que llegó a ser una de las más célebres de Europa, y a cuya sombra debía surgir una población que cuenta hoy con más de 6.000 habitantes.

Muy grande era la nombradía de San Columbano en los reinos de Borgoña y Austrasia, y muchos acudían a él. El joven rey de Borgoña, Teodorico II (o Thierry II), y su corte solían ir a veces de visita a la abadía. Pero Columbano, movido de celo apostólico, no reparaba en reprender los vicios que reinaban en la corte y en recordar al joven príncipe las leyes de la moral cristiana. Sus legítimos reproches levantaron en contra suya una verdadera tempestad de odios. Cierto día del 610 un oficial, por nombre Rodulfo, seguido de una escolta de soldados llegaba a Luxeuil siendo portador de un decreto de Teodorico II y de su abuela la reina Brunequilda, por el que se ordenaba a Columbano que saliese de su reino.

Los monjes de nacionalidad irlandesa quedaron en libertad de seguir a su maestro. Deícola, a pesar de su avanzada edad, partió también despidiéndose de su amada soledad de Luxeuil, testigo de tantos afanes y trabajos. Tenían ya andadas como unas tres leguas, camino de Besançon, cuando vinieron a faltarle las fuerzas y comprendiendo la imposibilidad de seguir más adelante, arrojóse a los pies de San Columbano, pidiéndole licencia para terminar su vida en aquella tierra. Echóle el santo abad una mirada de ternura y de lástima a la vez, diciéndole: —Dios nuestro Señor, por cuyo amor abandonaste la patria y me obedeciste siempre dócilmente, nos otorgue la gracia de juntarnos un día en el cielo.

Abrazáronse derramando tiernas lágrimas, bendijo al fin Columbano a su discípulo, y le habló de esta manera:

—El Señor te bendiga desde Sión, para que contemples los bienes de Jerusalén y disfrutes de ellos todos los días de tu vida.

Y siguió su camino para ir a evangelizar a los habitantes de las riberas del Rin, antes de correrse a Italia donde debía fundar hacia el año 612 el célebre monasterio de Bobio en el que murió en 615.

LA FUENTE MILAGROSA. — CAYADO QUE SIRVE DE PASTOR

DEÍCOLA se quedó a solas con Dios. Hallábase en un paraje desierto y cubierto de malezas. Reanimándose, poco a poco, prosiguió a través de la espesura en busca de un refugio cualquiera que pudiera servirle de retiro. Rendido de cansancio y de calor, el siervo de Dios sufría una sed devoradora sin hallar agua con que apagarla. Lleno de confianza en la bondad omnipotente de su Rey divino rogóle que le socorriera en aquel trance; movido de una inspiración celestial, hinca en el suelo su cayado y ve brotar al instante agua fresca y cristalina. Esta fuente siguió manando y las gentes la llamaron la fuente de San Deícola. Las personas que padecían enfermedades en los ojos acudían antiguamente a esta fuente milagrosa para obtener remedio a sus dolencias.

Una vez que Deícola hubo apagado la sed, prosiguió explorando la región. Hallábase por aquellos contornos un porquero guardando su piara, y al ver adelantar con lentitud al anciano de talla elevada y aspecto demacrado, revestido de un hábito para él desconocido, llenóse de espanto. Pero el buen monje le tranquilizó con tono amable, diciéndole:

—No temas, hermano mío, soy un viajero y además monje y desearía por caridad que me enseñaras en estos lugares un sitio donde poder vivir.

—No conozco ninguno por aquí —contestó el pastor—, pero un poco más lejos hay un sitio llamado *Luthra* (Lure), algo pantanoso, es verdad, pero donde fácilmente podría establecerse, pues tiene abundancia de aguas. Ese lugar forma parte de los dominios de un señor muy poderoso llamado Werfaire.

—¿Podrías acompañarme hasta allí? —interrumpió el monje—.

—Con mucho gusto lo haría —respondió el pastor—, pero ¿quién guardará mi gente entretanto?

—No temas —replicó sonriendo el anciano irlandés—; si me haces el favor por caridad, Dios velará por ella. Voy a plantar mi cayado donde están los animales y respondo que ninguno de tus cerdos se apartará y que los hallarás todos a tu vuelta.

—Nada, pues sea así como decís— contestó el pastor, ganado al fin por el aspecto de santidad que brillaba en el semblante del venerable extranjero.

Deícola hincó su cayado junto a la piara y siguió a su guía hasta Luthra. Cuando regresó el pastor después de una hora larga de ausencia, halló a los cerdos sesteando tranquilamente en torno al cayado; no faltaba ninguno.

LA ERMITA DE SAN MARTÍN. — FUNDACIÓN DEL MONASTERIO DE LURE

DEÍCOLA se fabricó una modesta celda en Luthra y volvió a emprender la vida de oración y penitencia que llevaba en Luxeuil. Aconteció que, en una colina próxima había una ermita dedicada al patrono de Francia, San Martín. Allí acudía el feudal señor Werfaire a oír misa con sus domésticos y pecheros cuando residía en aquellas tierras.

El santo ermitaño vino a ser uno de los más asiduos asistentes de la capillita. Con frecuencia acudía a rezar, tanto de día como de noche. Si estaban cerradas las puertas, invocaba al Señor y al momento ángeles invisibles se las abrían de par en par. Deícola penetraba y se ponía a cantar salmos en acción de gracias. No obstante, el sacerdote que administraba la ermita tuvo la debilidad de dejarse llevar por los celos.

—¡Pues no viene este monje extranjero a suplantarme!— decía.

Cierto día en que se hallaban congregados allí bastantes fieles, llevó su poca delicadeza hasta decir:

—Me da un no sé qué que este extranjero es un insigne brujo, pues por más cuidado que pongo en cerrar puertas y ventanas y amontonar zarzas a la puerta de la ermita, este hombre halla modo de penetrar sin dificultad alguna durante la noche.

—Tenga usted un poco de paciencia, señor cura, hasta que el señor Werfaire regrese —adelantaron los campesinos—; ¡quién sabe si ese monje extranjero no es un gran siervo de Dios! Mas si fuera un impostor o un hombre peligroso y dañino, descuide usted, que llevará su merecido. En cuanto Werfaire estuvo de vuelta, el capellán y sus amigos se presentaron a decirle:

—Señor, ¿es voluntad vuestra que este extranjero se quede sin condición alguna con la iglesia que habéis edificado y de la cual audazmente se ha apoderado?

Al oír semejante nueva, montando en cólera, Werfaire envía hombres suyos con orden de propinar al ermitaño un castigo brutal y humillante. Pero la justicia de Dios acudió más presto que la malicia de los hombres. Al instante mismo fué acometido Werfaire de una enfermedad de entrañas ignominiosa y terrible. Werfaire comprendió que se moría, y Bertilda, no hallando remedio alguno a los sufrimientos de su marido, tuvo la franqueza de decirle:

—Has condenado al siervo de Dios sin oírle y creo que el Señor hace recaer sobre ti el daño que querías causarle. Voy a mandar en seguida a unos criados para que con todo respeto nos lo traigan y ruegue por nosotros.

Partieron los enviados sin demora, mas antes de llegar a la celda del monje ya había muerto su señor. Salieron otros emisarios y fueron a anun-



NO *tengas cuidado, dice el Santo al porquero. Llévame a donde me has dicho; el Señor guardará la piara, y a la vuelta ni uno solo de tus cerdos se habrá apartado del cayado que he plantado. —Así lo haré —dice el pastor, ganado por la santidad del solitario—. Y se fué con él.*

ciar el triste desenlace. Enterado Deícola, quiso, con todo, partir a consolar a la pobre viuda.

Recorrió el camino a pie. Bertilda le recibió con muestras de gran respeto. Al entrar en la casa vió el siervo de Dios un rayo de sol que penetrando por una claraboya parecía una verja que sostuviera el tejado. Sin reparar en otra cosa —dice el cronista— echó en él su manto y se sentó.

Mientras hablaba, los asistentes contemplaban con estupor aquel manto que permanecía suspendido en el aire sin otro apoyo que un rayo de sol. Este prodigio, tantas veces renovado en la vida de los Santos, especialmente de San Goar, presbítero, de San Florencio, obispo de Estrasburgo, y de San Amable, presbítero, acabó por granjear al siervo de Dios la veneración de todos.

Bertilda se echó a los pies del santo anciano y le pidió perdón en nombre de su marido.

Siervo de Dios soberano —le decía— compadécete del alma de mi difunto marido. En verdad que, si afligida estoy por su muerte, más aún me atormenta el pensamiento de los castigos que la justicia de Dios le dará sin duda en la otra vida. Sabemos que eres gran amigo de Dios; te entrego pues la ermita de San Martín y la finca que la rodea y asimismo esta quinta mía; quiero ofrendar todo esto a Dios por tus manos para el eterno descanso del alma de Werfaire.

—Consuélate, noble matrona —le contestó Deícola—, tengo la completa seguridad de que ha aceptado Dios el tardío arrepentimiento que por tus consejos tuvo tu esposo, por lo que se ha librado del infierno, y gracias a tus buenas obras le sacará pronto del purgatorio para darle posesión del descanso celestial. De ese modo se hallará una vez más confirmada la palabra del Apóstol: «El marido infiel, se salvará por la mujer fiel.»

Apenas se halló Deícola en posesión del territorio de Luthra recorriólo en todas las direcciones en busca del sitio más adecuado para construir un monasterio. Habiéndose detenido al fin en el lugar donde descansan hoy sus huesos, dice el hagiógrafo que exclamó con el Salmista: «Este es el lugar de mi descanso para siempre, este es el lugar que he de habitar, pues lo he elegido.»

Los fieles que le acompañaban le ofrecieron por de pronto ayuda y además recursos para edificar un monasterio y dos capillas; la una dedicada al príncipe de los Apóstoles y la otra a San Pablo.

Acudieron luego varios discípulos al siervo de Dios, y él los formó en las prácticas de la vida religiosa conforme al método recio y austero de su maestro San Columbano. Al cabo de unos años hallóse Deícola a la cabeza de una comunidad fervorosa que servía a Dios en medio de la pobreza, del silencio y del trabajo.

SAN DEÍCOLA Y EL REY CLOTARIO II

EL príncipe que expulsara a Deícola y a su querido maestro Columbano, estaba muy lejos de disfrutar la paz del fundador de Lure en su soledad. Vencido por su rival Clotario II, perdió el trono, y sus Estados pasaron a manos del vencedor en 613, reuniendo bajo su cetro los tres reinos franceses de Neustria, Borgoña y Austrasia.

Aplicado únicamente al servicio del Rey eterno que jamás pierde la corona, permaneció Deícola ajeno a todas estas conmociones políticas. Pero cierto día, la calma y silenciosa quietud de Lure vióse turbada por el ladrido de los perros, los gritos de gente armada, el galopar de jinetes y todo el estruendo, en fin, de una cacería real. Y es que parte de los bosques y colinas vecinas pertenecían al Estado, y el rey Clotario se entregaba, con los señores de su séquito, a una de esas ruidosas cacerías que eran la diversión favorita de los reyes merovingios.

Un pobre jabalí, que huía de los dardos de los cazadores, corrió veloz a refugiarse en el humilde monasterio y se metió en la celda de nuestro Santo. El buen anciano le echó la mano suavemente a la cabeza y le dijo:

—Pobre animalito, pues que has venido a implorar la caridad de los monjes, tu vida queda asegurada.

Los cazadores, que seguían con ardor su presa llegaron sin mucho tardar y, viendo a la fiera tranquilamente echada a los pies del santo monje, quedaron pasmados de admiración y corrieron a referir el suceso a Clotario. El rey quiso ver al ermitaño.

El poderoso monarca y el humilde fraile se saludaron con recíproco respeto, elevaron juntos al cielo una plegaria al soberano Señor de todo lo creado, y luego preguntó Clotario al anciano de dónde era y cómo había venido a establecerse en aquella tierra.

Deícola satisfizo sus deseos en pocas palabras. Oyendo el príncipe que era discípulo de San Columbano, de quien él mismo había sido protector, se informó con bondadoso interés de los medios de subsistencia que el santo abad y sus compañeros podían hallar en aquella soledad.

—Escrito está —respondió el monje— que nada falta a los que temen al Señor. Llevamos vida pobre, pero es muy suficiente con ayuda de Dios y su santo temor.

Estas palabras acrecentaron la veneración del rey para con el abad, hizo donación a la naciente comunidad de todos los bosques, pastos y pesquerías que el Estado poseía en los alrededores de Lure. Ello fué para la abadía el comienzo de largos siglos de prosperidad.

SAN DEÍCOLA A LOS PIES DE SU SANTIDAD

ALECCIONADO, sin embargo, el santo fundador por los pasados acontecimientos políticos de lo transitorio del humano poderío, se propuso colocar el patrimonio de la nueva abadía bajo la protección de un poder más durable que el del rey Clotario. A pesar de su edad y de la dificultad de los viajes en aquellos remotos tiempos, partió para Roma —nos dice el hagiógrafo— y después de haber satisfecho su devoción ante el sepulcro de los santos Apóstoles, fué a postrarse a los pies del Soberano Pontífice. El historiador antiguo no nos dice el nombre del Papa que entonces gobernaba la Iglesia, pero cuida de reconstituir tan fielmente como le es posible el mensaje que presentó Deícola a la aprobación del Padre de la cristiandad.

—Padre Santo —le dijo—, soy un monje irlandés peregrino por amor de Cristo. La Providencia me ha establecido en la región de las Galias que se llama Borgoña, y en un paraje denominado *Luthra*. Con el auxilio divino he levantado a proporción de mis posibilidades dos oratorios dedicados a San Pedro y San Pablo, patronos de Roma, y el Señor ha dotado aquel lugar por mediación de los príncipes de la tierra de fincas, de rentas reales y de cuanto es necesario para uso de nuestros Hermanos. Pero los habitantes de la región son todavía inciviles y de tal rapacidad que sobrepuja todo límite. Por eso, Padre soberano, he determinado someter dicho lugar y todas sus pertenencias al príncipe de los Apóstoles por medio de un acta expresa legalizada para perpetua memoria. Y en virtud de dicha acta, deseo que mis sucesores que desde ahora en adelante gobiernen canónicamente aquel lugar, paguen cada año a la Sede apostólica un censo de dos reales vellón.

El Papa acogió con benevolencia la instancia del veterano monje irlandés; dióle reliquias y ornamentos sagrados para su convento y una bula por la que se ponía la abadía de Lure bajo la inmediata dependencia de la Santa Sede. En virtud de dicha bula, cuyo texto auténtico por desgracia no existía ya en el siglo X, ningún rey, ningún potentado de la tierra tenía poder alguno sobre el monasterio, ni podía causarle el menor daño; el emperador, en calidad de protector de la Santa Sede, estaba obligado a proteger con igual fidelidad la abadía de Lure.

ÚLTIMOS DÍAS DE SAN DEÍCOLA. — SAN COLUMBINO

DE regreso a su amada comunidad, cuyo porvenir quedaba ya asegurado, resolvió Deícola pasar en la soledad los últimos años que de vida le quedaran para así prepararse mejor a comparecer delante de Dios. Confió el gobierno del monasterio a su discípulo y ahijado Colum-

bino, irlandés como él, quien después de acompañar a su padrino a Luxeuil, había venido a juntarse con él en el monasterio de Lure, y luego se retiró por su parte a una ermitilla poco distante que dedicó a honra de la Santísima Trinidad. Allí pasaba los días en oración contentándose por todo alimento con un poco de pan y agua.

Mientras tanto la comunidad seguía prosperando dirigida por Columbino, cuyas virtudes no eran menos admirables, pudiendo ver cómo muchos hombres distinguidos por su nacimiento y riquezas abandonaban el mundo para abrazar bajo su dirección una vida más perfecta. De este modo la vida religiosa congregaba en una misma familia de hermanos a nobles y plebeyos, señores y siervos, ricos y pobres, que por amor de Jesucristo se habían hecho iguales.

Notando que se le acercaba la hora postrera, volvió Deícola a bendecir por última vez a sus hijos y se durmió dulcemente en el Señor el 18 de enero del año 625. Pocos años más tarde, fué Columbino a juntarse con él en el cielo y las gentes tuvieron para los dos santos monjes común veneración.

En los primeros años del siglo VIII fué la abadía devastada e incendiada por los sarracenos, pero las llamas respetaron el oratorio donde descansaban los restos de los dos santos. No obstante, volvióse a levantar la abadía, pero en 856 Lure y sus propiedades fueron adjudicadas por el rey de Lorena, Lotario II, a su mujer ilegítima Waldrada. Los religiosos fueron expulsados de la abadía; Waldrada la entregó a Eberardo, conde de Alsacia. Pero Dios velaba por la herencia de San Deícola.

Una noche, los tres nietos del Conde, que preparaban una cacería para el día siguiente, fueron acometidos repentinamente de una enfermedad gravísima. Aconsejados por su anciano padre prometieron a Dios restablecer la abadía, devolverle sus heredades y permitir que profesaran religiosos en la misma. Volvióse a construir, en efecto, el monasterio y a un piadoso ermitaño, el venerable Baltrano, le fué ofrecida la dirección de la naciente comunidad. El emperador Otón confirmó con su autoridad la restitución de los bienes usurpados, volviendo a ser la abadía de Lure uno de los monasterios más famosos de Occidente, pues sus abades tomaron asiento entre los príncipes del Sacro Imperio.

En torno a la abadía se formó poco a poco una ciudad que cuenta hoy más de seis mil almas. La Iglesia levantada antiguamente en honor de San Deícola fué derribada a fines del siglo XVII, por cuyo motivo se depositaron sus reliquias, el 24 de mayo de 1676, en la iglesia de la abadía.

La Revolución francesa expulsó a los monjes, pero la iglesia parroquial conserva las reliquias venerandas del santo fundador.

Roguemos a Dios que conserve siempre en pie a los religiosos y sus monasterios, verdaderos pararrayos que detienen la ira de Dios dispuesta a descargar sobre los pecadores.

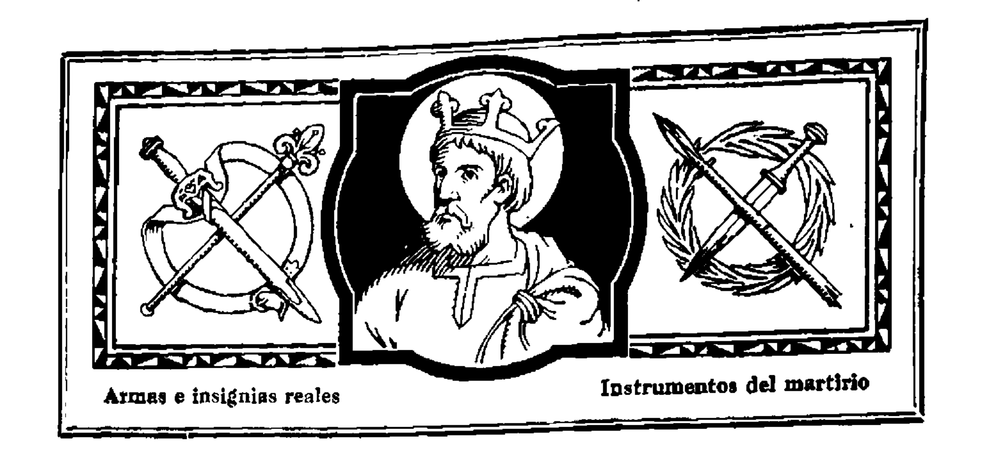
SANTORAL

La Cátedra de San Pedro en Roma. Santos **Deícola**, abad; Volusiano, obispo; Venerando, obispo de Clermont; Leobardo, ermitaño; Atenógenes, mártir; Moseo y Ammón, soldados mártires; Sulpicio, obispo. Santas *Prisca* y *Librada, vírgenes* y *mártires; Liberata, virgen;* y Margarita de Hungría, virgen.

SANTA PRISCA, virgen y mártir. — Ejemplo admirable el de esta tierna doncella que supo vencer las iras del emperador Claudio II. Nacida en Roma de sangre ilustre y pagana, se ufanaba, a los doce años, de seguir a Cristo, a quien nunca quiso renunciar a pesar de las amenazas y torturas que le infligieron. Fué brutalmente abofeteada, echada a la cárcel entre gente facinerosa para reducirla a su mal intento, azotada cruelísimamente; pero ella siempre se mantuvo firme y constante. Con aceite hirviendo rociaron su cuerpo desnudo, pero sólo consiguieron que se hiciera más lúcido; en el anfiteatro, un ferocísimo león que le echaron para devorarla se arrojó a los pies de la virgen como mansa ovejita; salió también ilesa de las llamas de una inmensa hoguera a la que fué lanzada; por fin fué decapitada, ganando la palma del martirio el 18 de enero del año 270.

SANTA LIBRADA, virgen y mártir. — Era Librada hermana gemela de otras ocho doncellas; todas ellas fueron abandonadas por sus padres apenas nacidas. Una piadosa mujer les busca sendas nodrizas; son educadas cristianamente. Librada va creciendo en perfección cristiana; desprecia lo mundano y terreno, y no quiere sino a Jesucristo por esposo. Habitaba en Balcagia, Galicia, cuando llegaron a ella los aires malsanos de la persecución. Librada quiso confesar su fe ante el tribunal del representante del César; sabía que el juez era su padre, aunque éste no la conocía. Las ocho hermanas quisieron participar de la suerte de Librada. Catelio, su padre y juez, las halaga diciéndoles que las adoptará por hijas si sacrifican a los dioses. Ellas desprecian esta proposición, y aun se atreve Librada a echar en cara a su padre la crueldad con que las trataron él y su desnaturalizada madre al venir al mundo. Se suceden unos momentos de viva lucha entre la inocencia y la seducción. El juez prefiere sacrificar a sus propias hijas antes que faltar a sus dioses. Para evitar a su padre un nuevo crimen, las hijas huyen, aprovechando el plazo que se les concede para deliberar. Librada se retira a una soledad en compañía de otros cristianos; pero fué descubierta y al fin coronada con la palma del martirio.

SANTA LIBERATA, virgen. — Alma sencilla y corazón generoso el de esta tierna doncella, cuya cuna se meció entre brisas alpinas en casa de una noble familia, aunque idólatra. El triste espectáculo de una infeliz mujer que se deshacía en llanto junto al lecho de su marido moribundo, fué el toque de la gracia que le dió el impulso necesario para escapar de su casa y seguir a un esposo que nunca se le pudiera morir. Instruída ya en la Religión verdadera, se hizo bautizar, en unión de su hermana Faustina que siguió sus pasos; ambas se retiraron del mundo para seguir más de cerca a Jesús. Su padre, convertido por ellas, les hizo edificar un convento junto a Como, en el cual vivieron hasta su muerte, ocurrida, la de Liberata el 18 de enero del año 580, y tres días después la de su hermana Santa Faustina. Dios ha obrado muchos milagros por intercesión de sus queridas Santas.



SAN CANUTO

Rey de Dinamarca y mártir († 1086)

DÍA 19 DE ENERO

CON el vaivén de los tiempos y las vicisitudes de los pueblos, vemos rodar por el suelo coronas de monarcas y deshacerse como la espuma la gloria de los imperios. Sólo Dios permanece, dirigiendo los acontecimientos y conservando las naciones, a las que da el gobierno que merecen según sus planes divinos. La doctrina de la Verdad es la savia que mantiene la vida de las sociedades, las cuales deben su florecimiento de hoy al hondo fundamento cristiano que les impulsara en sus comienzos un corazón grande, ya fuera el de un simple misionero como un Agustín en Inglaterra, o un Bonifacio en Alemania, o latiera este corazón debajo del manto real de una mujer, como Isabel de Castilla, o de un hombre, como San Enrique, San Fernando, Carlomagno, y tantos otros que iniciaron la fe de sus pueblos o regeneraron sociedades caducas o decrépitas.

Canuto fué también gobernador y sabio conductor de muchedumbres, puesto por la providencia en el trono de Dinamarca para encaminar a su pueblo por las sendas de la justicia y del bien.

Hasta el siglo IX se halló Dinamarca envuelta en las tinieblas del error, que no se rasgaron hasta que en el firmamento de su cielo apareció la luz

del Evangelio llevada allí por San Oscar o Anscario. Pero las continuas guerras entenebrecieron de nuevo el horizonte social de este país, en el cual quedó ya fijamente depositada la semilla de la fe cuando su rey Canuto IV regó su suelo con su sangre, siendo sus purpúreas gotas semillas de nuevos cristianos.

Era Canuto hijo de Suenón II, rey de Dinamarca. Dios le dotó de grandes prendas que ya en su niñez revelaban la eximia santidad a que debía llegar. Estaba adornado de una gran modestia y caridad para con el prójimo, de una amplia generosidad y grandeza de ánimo y era muy dado a la piedad y al celo de la religión.

Habiendo cometido su padre Suenón un pecado comparable al del santo rey David, mandó dar muerte bajo el pórtico mismo de la catedral de Ronkilde al desventurado cuyos derechos sagrados violó. Cegado por la pasión no se dió cuenta de la enormidad de su crimen, y al intentar penetrar en la Iglesia para participar en los misterios divinos antes de haber obtenido el perdón de su delito, el Obispo, revestido con los ornamentos pontificales, cual nuevo Ambrosio conteniendo a Teodosio, dijo al monarca: «Deténte, oh rey Suenón, no oses poner tu planta en esta iglesia, manchada por ti con sangre inocente, hasta que con lágrimas hayas borrado tu culpa.»

Al oír esta intimación y a vista de tanta grandeza y majestad, los presentes quedaron sobrecogidos de estupor y el mismo Suenón confundido se volvió a palacio dándose golpes de pecho. Una vez allí, despojóse de las insignias reales y se vistió con un saco, ciñóse una soga, cubrió su cabeza de ceniza y volvió con los pies descalzos y bañado en lágrimas a presentarse a la puerta del lugar santo. Viósele entonces, delante de todo el pueblo, con la frente pegada al suelo pedir perdón de su crimen con hondos gemidos. Acudió nuevamente el Prelado, levantóle, le abrazó tiernamente y mandó que le trajeran las insignias reales conduciéndole ya reconciliado al templo para tener parte en los divinos misterios.

ADVENIMIENTO DE SAN CANUTO AL TRONO DE DINAMARCA

HABIENDO vacado el trono por muerte de Suenón en 1076, los nobles quisieron elegir rey a Canuto, hijo predilecto del difunto monarca y que, por sus virtudes, parecía tener a ello más derecho que sus hermanos, y que ya se había distinguido en varios hechos de armas. Pero, precisamente, por su valor bélico no gozaba del favor del pueblo, cansado ya de tanta guerra, y por esto fué elegido su hermano Haroldo, tenido por pacífico, pero que en el fondo no era sino un esclavo de la más vergonzosa molicie, hasta el punto de que la historia le ha dado el dictamen de holgazán.

Retirado Canuto a la corte de Halstan, rey de Suecia, se negó a tomar armas contra su patria a pesar de las solicitaciones que le hiciera el monarca sueco. Por ello mereció la alabanza de los daneses que le eligieron rey el año 1080 al morir Haroldo.

El nuevo rey tenía que luchar contra multitud de abusos y contra la relajación de costumbres que la debilidad de su predecesor había dejado crecer, pero antes de emprender reforma tan necesaria, trató de llevar a buen término las expediciones militares de su padre. Proponíase con ello, someter al yugo de Jesucristo los países comarcanos y limpiar el mar del Norte de los piratas que lo infestaban. Después de sometidos los Sambones, Estones y Curetos, difundió la luz de la fe por la Curlandia, Samogicia y Livonia, y terminadas felizmente estas campañas, Canuto fué recibido triunfalmente en Roskilde, capital del reino.

Considerando entonces que se granjearía el afecto de sus vasallos y consolidaría el poder de la casa real si tuviera descendencia, tomó el partido de desposarse con una princesa digna de su dignidad, y tomó por esposa a la virtuosa Adelaida, hija del conde de Flandes, de la cual brotó como tierno capullo de cándida rosa, Carlos el Bueno, que había de merecer por sus virtudes eminentes el honor de los altares.

REFORMA DEL REINO. — RELACIONES CON LA SANTA SEDE

Ya por entonces entregóse de lleno Canuto a reformar el estado político y religioso de su pueblo. Grande era el mal ocasionado por la incuria de Haroldo. Oíanse a cada paso por las calles blasfemias y palabras groseras; la embriaguez, el libertinaje, el crimen, el robo y el adulterio deshonraban a la mayoría de las familias. Las más vergonzosas supersticiones habían sustituído a las prácticas del culto; las iglesias se hallaban desiertas, o si acaso, servían con frecuencia de lugares de cita para fines no santos: el ministerio del culto estaba descuidado y las vocaciones eclesiásticas escaseaban. El rey halló en el obispo Suenón, sucesor de Guillermo, un colaborador celoso y un amigo fiel. Guiado por sus consejos, lanzó edictos severos contra la blasfemia, el sacrilegio y las irreverencias cometidas contra los templos santos y sus ministros. Al mismo tiempo procuró acrecentar el número de clérigos, no escatimando nada de cuanto pudiera procurarles honesto sostén y albergue conveniente. Levantó iglesias y las mandó adornar y dotar, y asimismo fundó varios obispados y colegiatas. Con el fin de fomentar más y más el respeto debido a los eclesiásticos, puso en vigor las prescripciones canónicas que excluyen a las personas y bienes eclesiásticos de la jurisdicción del poder civil.

Canuto ayudó con su propio peculio al obispo Suenón a restaurar la

catedral de Roskilde. El antiguo edificio de madera fué sustituído por otro de piedra de gran riqueza y maravilloso esplendor. Su dedicación se hizo con gran solemnidad. Al terminar la ceremonia, descendió Canuto del trono y fuése a postrar a los pies del crucifijo, se quitó la diadema resplandeciente de oro y pedrería que ceñía su frente y la depositó a los pies del Crucifijo, acompañando dicha ofrenda con abundantes lágrimas. La emoción del pueblo no fué menor que la suya al oír exclamar a su soberano: «Señor y Dios mío, reconózcome indigno, a causa de mis pecados, de ostentar esta corona y por eso la depongo a los pies de mi Rey crucificado y la devuelvo al que me la dió.»

El rey envió embajadores al Papa para que le expusieran, pública y solemnemente, sus filiales sentimientos de obediencia para con la Santa Sede. San Gregorio VII, gloriosamente reinante, acogió a los mensajeros daneses con paternal afecto y los colmó de bendiciones. Estos le hicieron presente el ardoroso celo que su soberano desplegaba para llevar a la perfección deseada la obra de cristianización de su pueblo y de las naciones vecinas, suplicándole al propio tiempo que mandara de la Ciudad Eterna, guardiana fiel y única depositaria de la verdad, obreros evangélicos sobresalientes por su ciencia y su virtud.

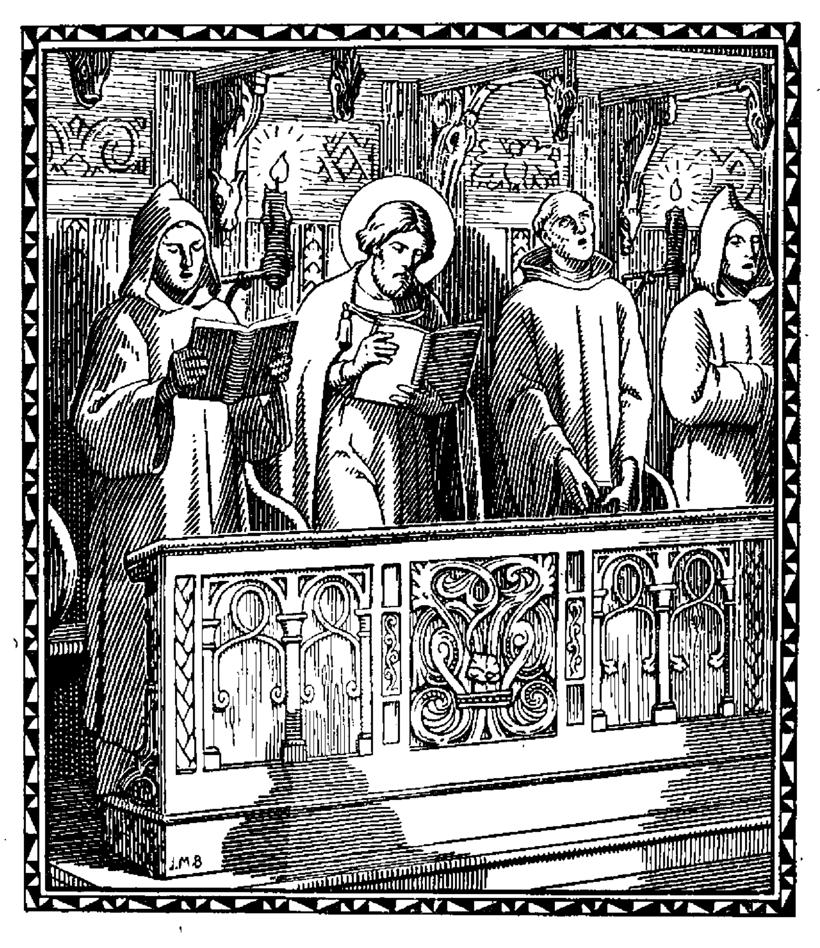
Los misioneros que de Roma llegaron, realizaron, en efecto, verdaderos prodigios en Dinamarca, y sus ejemplos, mucho más aún que sus palabras, hicieron florecer muy pronto la piedad en todo el reino.

Por desgracia, el rigor del clima y la dificultad del idioma eran para ellos obstáculos casi insuperables. Parecióle al Papa más prudente llamar a Roma jóvenes daneses, elegidos entre lo más selecto, para formarlos en los estudios teológicos y en el ministerio sagrado. Canuto puso en ejecución sin tardanza el proyecto pontificio y favoreció cuanto pudo a los jóvenes que se sentían llamados al servicio de Dios.

CASTIGO DE EIGIL. — PIEDAD Y PENITENCIA DEL REY

EL rey no podía por menos que reformar la justicia y los tribunales, y lo hizo demostrando una energía indomable en la aplicación rigurosa de las leyes. Los homicidios y otros muchos crímenes fueron castigados con la pena del talión y fueron defendidos los oprimidos contra la tiranía de los poderosos. El suplicio del famoso pirata Eigil es de ello una prueba evidente.

Eigil era hijo de un poderoso magnate, favorito en otro tiempo del rey Suenón II; Canuto le debía muchos favores, y para premiarle habíale confiado el gobierno de la isla de Bornholm, en el Báltico. Mas el excesivo fausto arrastró a Eigil a gastos tan enormes, que para atenderlos se entregó



SAN *Canuto rey, gusta de ir al monasterio vecino y pasar varias horas de la noche rezando y cantando el Oficio Divino con los monjes. Allí ruega al Señor que le inspire leyes sabias y santas, y le conceda la reforma de las costumbres públicas y la santidad personal.*

a la piratería. No bien se informó el rey de cuanto ocurría, intimó al gobernador la orden de restringir parte de sus gastos, persuadido de que para atajar el mal no había como suprimir la causa. Eigil prometió obedecer, pero poco después partió con diez y ocho navíos a saquear el país de los vándalos.

Un acto de barbarie vino a poner remate a sus crímenes. Cierto navío noruego, cargado de mercancías preciosas, después de haber atravesado el estrecho de Sund y aparecido a la altura de la isla de Bornholm, tuvo la desgracia de encallar en la orilla durante el reflujo. Eigil, que con su gente se hallaba al acecho, se adelantó, apoderóse de las mercancías y quemó el navío con sus tripulantes por miedo a ser denunciado si quedase algún superviviente.

Canuto tuvo conocimiento de lo ocurrido y para cerciorarse envió a su hermano Benito con orden de arrestar al gobernador culpable. Eigil se dejó conducir ante el rey sin ofrecer la menor resistencia, lo confesó todo y trató de justificarse con especiosas razones. No se dejó engañar el príncipe, y como los oficiales de su corte, en su mayoría parientes o amigos del culpable, ofreciesen una gran suma de dinero para salvarle, les contestó: «Eso de ninguna manera; no quiero mancharme con un crimen semejante; Eigil morirá. Si el que mata a un hombre es castigado de muerte, ¿qué suplicio no merecerá el que ha dado muerte a tantos para robarles sus bienes?» Nadie se atrevió a replicar. El rey mandó llevar a Eigil al bosque para ser allí ahorcado, y los cómplices del pirata fueron castigados también conforme a su culpabilidad.

Mientras Canuto se entregaba de lleno a la reforma de su pueblo no descuidaba la obra de su propia santificación. Dedicaba a la oración largas horas del día y de la noche, y como sabía que la oración es mucho más eficaz cuando va acompañada de la mortifcación de los sentidos, sometíase a rigurosos ayunos casi continuos. Y si bien es verdad que su mesa estaba abundantemente servida, dejaba a sus comensales los bocados exquisitos, contentándose él con unas hierbas y agua clara. En fuerza de tales austeridades, muy pronto se vió reducido a suma flaqueza, por lo que sus ministros y oficiales no le escatimaban los reproches diciéndole que tal abstinencia no decía bien con un príncipe, sino con monjes y ermitaños. Pero su ejemplo no dejó de suscitar imitadores en torno suyo, de forma que poco a poco el palacio real pareció un monasterio.

La admirable conducta de Canuto nos evidencia, una vez más, el poder e influencia que ejercen en sus subordinados los ejemplos de las personas constituídas en autoridad, principalmente si ciñen corona y tienen la fuerza de las armas en sus manos.

DESCALABRO DE LA EXPEDICIÓN CONTRA INGLATERRA

DISGUSTADO Canuto por la política que seguía en la Gran Bretaña Guillermo el Conquistador, Duque de Normandía, quiso apoderarse de dicho país alegando que su abuelo Canuto II el Grande había ceñido aquella corona. En 1066, Guillermo, habiéndose adueñado de aquel país, comenzó su gobierno con tanto acierto que mereció la bendición de la Santa Sede por sus manifestaciones en pro de la difusión del Evangelio.

Mas por desgracia no tardaron en introducirse abusos provocativos, muy contrarios al espíritu de la Iglesia. Los moradores de aquella tierra fueron injustamente despojados de sus bienes y hasta los nobles se veían obligados a cifrar su salvación en la huída. Gran número de éstos se refugiaron en tierras de Canuto para implorar su protección. Movido a lástima, el monarca decidió intervenir: su suegro el conde de Flandes le prometía hombres y dinero, y el rey de Francia Felipe I su apoyo moral.

En 1085 mandó Canuto equipar una gran escuadra; confió la mayor parte de la flota a su hermano Olao, a la sazón duque de Sleswig, y él se hizo a la vela con las fuerzas restantes hacia las costas de Inglaterra. En vano aguardó la llegada de su hermano. Intentar un desembarco con sólo las fuerzas que capitaneaba era correr a un desastre. Por otra parte su gente empezaba a murmurar y hubo que decidir el regreso. Canuto llegó a saber con aterrador desconsuelo que la armada de Olao ya no existía: las dilaciones calculadas del traidor habían provocado un motín en sus tropas.

LA CUESTIÓN DE LOS DIEZMOS. — EL MARTIRIO. LA CANONIZACIÓN

CANUTO juzgó esta coyuntura muy propia para llevar a buen término una empresa fracasada varias veces: la recaudación normal de los diezmos eclesiásticos.

A pesar de la legitimidad de este censo, los daneses que habían perdido la costumbre de pagarlo en el reinado de Haroldo, rehusaban con obstinación someterse nuevamente. Canuto creyó llegado el momento de conseguir su objeto. Convocó Cortes y quedó convenido que las tropas desertoras pagarían, en castigo de su cobardía, el diezmo o una multa considerable. Los daneses optaron por la multa por crecida que fuese antes que someterse a los diezmos, aunque eran muy moderados. Resentido el príncipe por tan insólita determinación, ordenó que se recaudara el impuesto con cierto rigor, creído de que sus vasallos mudarían de resolución.

Los recaudadores empezaron a cobrar el dinero en Fionia; de allí pasaron a Jutia y luego a la pequeña provincia de Wensyssel, situada en la parte septentrional de Jutia. Thor Skor y Tolar Werpill, gobernadores ambos de esta provincia, la más pobre a la sazón de Dinamarca, excitaron al pueblo poniéndose a la cabeza de los descontentos y enarbolaron bandera de rebelión.

Supo el rey que marchaban contra él y se retiró a Sleswig, desde donde pasó a la isla de Fionia con un contingente considerable de tropas que aun le quedaban fieles. Desde allí mandó aviso a la reina para que cuanto antes se retirara con sus hijos a Flandes a casa de su padre. Pasados unos días en la ciudad de Odensea, capital de la isla, resolvió salir al encuentro de los rebeldes para presentarles batalla; pero éstos, aunque superiores en número, no se atrevieron a luchar con tropas tan bien disciplinadas y, abandonados por sus jefes desistieron de luchar.

Mas si les faltó el valor, les sobró la perfidia; uno de ellos por nombre Asbiorn fué a encontrar al rey y le aseguró que su pueblo había mudado de parecer y acababa de rendirse a lo que se le exigía, insistiendo con repetidos juramentos falsos. Canuto, cuyas intenciones eran pacíficas, creyó de buena fe el engaño y licenció sus tropas; mas no tardó mucho en descubrir la trampa, pues tuvo noticia de que los rebeldes caminaban a marchas forzadas contra Odensea con el fin de sorprenderle. Semejante nueva no le produjo la menor turbación y fué, según su costumbre, a la iglesia de San Albano para oír misa. Estaban para acabar el santo Sacrificio cuando unos emisarios le comunicaron la inminente llegada de los rebeldes. Como el conde Erico le aconsejara la huída, respondió: «Líbreme Dios de semejante bajeza; prefiero caer en manos de mis enemigos que abandonar a los que me son fieles. Por otra parte, sólo contra mí van las iras de los amotinados.»

Canuto no quiso cuidarse más que de prepararse a bien morir; postróse al pie del altar, y hecha humilde confesión de sus faltas y protesta de que perdonaba a sus enemigos, comulgó con la más perfecta tranquilidad; tomó luego el salterio y se puso a rezar. Mientras tanto los rebeldes llegaron a la iglesia y le pusieron cerco.

Benito, hermano del rey, defendía la entrada con algunos de sus leales, haciendo verdaderas proezas de valor. Canuto recibió una pedrada en la frente, mas lejos de interrumpir su oración, se contentó con llevar la mano a la herida para contener la sangre que a raudales le brotaba.

No habiendo podido los sitiadores forzar las puertas de la iglesia, nuevamente acudieron a la traición. Uno de sus jefes llamado Egwind Bifra, pidió hablar con el rey, a pretexto de proponerle condiciones de paz. Canuto ordenó que le dejaran penetrar, pero habiéndose inclinado profundamente el infame Egwind como para saludarle, al levantarse le clavó un puñal en el pecho. El traidor se encaramó sobre el altar para salir por la ventana, pero

como no hubiera echado fuera más que la mitad del cuerpo, Palmar, uno de los principales oficiales del rey, de un tajo le partió el cuerpo en dos, cayendo una parte fuera de la iglesia y otra dentro. Tal espectáculo encendió el furor de los bárbaros, que arrojaron ladrillos y piedras por las ventanas. No obstante, el rey seguía con los brazos en cruz ante el altar, encomendando su alma a Dios y aguardando la muerte con resignación. Un dardo lanzado por la ventana dió fin al sacrificio. Su hermano Benito pereció también con otros diez y siete de sus leales. Perpetróse el crimen el 10 de julio de 1086, según testimonio de Ælnoth, monje de Cantorbery, que vivió veinticuatro años en Dinamarca. El mártir tuvo por sucesor a su hermano Olao I el Famélico.

Dios vengó la muerte de su siervo castigando a Dinamarca con diversas calamidades, entre otras con una cruelísima hambre. El cielo atestiguó también la santidad de Canuto con varias curaciones portentosas que en su sepulcro se operaron. Por eso fué exhumado su cuerpo al fin del reinado de Olao (1095), para darle más honrosa sepultura. Erico I el Bueno, sucesor de Olao, príncipe religioso que trabajó con acierto en hacer florecer la piedad en sus Estados, envió embajadores a Roma con las pruebas testimoniales de los milagros obrados en el sepulcro del Rey Canuto. Pascual II, una vez examinados los documentos, dió un decreto autorizando el culto de San Canuto a quien consideraba como el protomártir de Dinamarca (1100). Hízose con tal motivo la solemne traslación de las reliquias, que fueron colocadas en hermosa urna, hallada en Odensea el 22 de enero de 1582, durante los trabajos de restauración del coro de la iglesia de San Albano. Era de cobre dorado, enriquecida con piedras preciosas y llevaba la siguiente inscripción: «*El glorioso rey Canuto,* traicionado en servicio de Cristo, a causa de su celo por la religión y de su amor a la justicia, por Blancón, uno de los que comían a su mesa; cayó al suelo con el costado atravesado, delante del altar y con los brazos en cruz. Murió por la gloria de Jesucristo y descansó en Él el viernes 7 de junio, en la basílica de San Albano, mártir, cuyas reliquias había traído de Inglaterra a Dinamarca.»

SANTORAL

Santos **Canuto, rey;** ***Mario, Marta, Audifax y Abacuc, mártires; Basiano, obispo de Lodi; Victorián, abad;*** Germánico y compañeros, mártires; Remigio, hijo de Carlos Martel, obispo de Rouen; Enrique, inglés, arzobispo de Upsala y apóstol de Escandinavia; Constantino III, rey de Escocia; Contexto, obispo de Bayeux; Laín, obispo de las Galias. Santa ***Eufrasia, virgen y mártir,*** en Nicomedia.

SANTOS MARIO, MARTA, AUDIFAX Y ABACUC, mártires. — Estos cuatro Santos eran miembros de una misma familia: Mario y Marta, esposos; Audifax y Abacuc, hijos dignos de sus padres. De Persia se trasladaron a Roma para visitar sus santuarios y las reliquias de los Santos. Pasaban el tiempo en visitar, socorrer y consolar a los cristianos próximos a ser martirizados; y, a los que morían por su fe, sepultábanlos con gran devoción y ternura. Al fin fueron sorprendidos en estas piadosas ocupaciones y sufrieron también el martirio. El padre y los hijos se vieron despojados de sus vestidos; sus cuerpos fueron heridos terriblemente con varas, extendidos en el ecúleo, abrasados con hachas ardientes y rasgados con peines de hierro; durante estos tormentos los tres Santos rebosaban alegría y alababan y glorificaban al Señor por cuyo amor padecían. Después los pasearon por la ciudad y al final les cortaron la cabeza. Marta fué arrojada a un pozo, en el que murió. El triunfo de estos cuatro héroes de la fe tuvo lugar el 19 de enero del año 270.

SAN BASIANO. — Natural de Sicilia, fué enviado a Roma desde niño para que siguiera la carrera de la magistratura. Pero muy distintos eran los designios de Dios, que le llamaba para Sí. La gracia le tocó el corazón, y él, dócil a la divina inspiración, abrazó la Religión cristiana de la que fué después un firme sostén. Se le ordenó de sacerdote y llegó a ser obispo de Lodi. El Señor le favoreció con la gracia de hacer milagros, con los cuales Basiano manifestó al mundo la gloria de Dios. Llevó siempre una vida ejemplar, siendo eminentes sus virtudes, principalmente su piedad y caridad con el prójimo. Asistió a muchos Concilios y coadyuvó eficazmente a la extirpación de las herejías, haciendo resplandecer en luminosos escritos y claras refutaciones el sol de la verdad, pues era intensa y profunda su ciencia. Después de gobernar sabiamente su diócesis durante 35 años, se durmió en el Señor el 19 de enero del año 413.

SAN VICTORIÁN, abad. — Aunque nacido en Italia se le considera como español por su larga permanencia en nuestro suelo, por sus numerosos discípulos españoles, y porque su muerte acaeció en nuestra Patria y sus reliquias se hallan depositadas en un monasterio de Huesca, a las cuales debe esta ciudad el haberse librado completamente del yugo mahometano. Después de tener bien asimilada la doctrina celestial que aprendió en las Sagradas Escrituras, quiso, a todo trance, asegurar su salvación, y para esto huyó de su patria, se internó en Francia, donde formó a muchos discípulos, y, por fin, reinando Amalarico, llegó a España, estableciendo su morada a orillas del Cinca, en la provincia de Huesca. Aunque el lugar era muy retirado, acudieron a él numerosos discípulos. El mismo rey Teudis, con ser arriano, gustaba de conversar con él y pedirle consejo. Por espacio de doce años gobernó Victorián el monasterio de Asanio por él fundado, y acabó sus días el 12 de enero del año 560, séptimo del reinado de Atanagildo.

SANTA EUFRASIA, virgen y mártir. — La fortaleza y vigor de que nos dan ejemplo innumerables doncellas, que, a pesar de la debilidad de su sexo, afrontaron con resignación y alegría los más inauditos tormentos, nos descubren el poder de la virtud y la eficacia de la gracia, que obra en ellas de una manera maravillosa en los momentos dolorosos del martirio. A este grupo de heroínas de la santidad pertenece la joven Eufrasia, descendiente de ilustre familia y educada en el santo temor de Dios. A principios del siglo IV, un soldado le partió la cabeza de un tajo, por negarse a sus caprichos brutales, con lo cual alcanzó la palma del martirio.


Armas y atributos del guerrero — Atributos del mártir glorioso

SAN SEBASTIAN

Mártir en Roma († 288)

DÍA 20 DE ENERO

NARBONA y Milán se disputan la gloria de haber servido de cuna a este héroe cristiano, y a la verdad, bien puede decirse que es hijo de ambas ciudades, ya que su padre era un noble galo oriundo de Narbona y su madre una milanesa.

Recibió en Milán excelente y cristiana educación, y abrazó la carrera militar por los años de 283, no tardando en señalarse por su lealtad, inteligencia y valentía. Imperando Diocleciano, sucesor de Carino en 284, Sebastián consiguió el grado de centurión en la guardia pretoriana, cargo encomendado a personajes de noble alcurnia.

EL DEFENSOR DE LOS CRISTIANOS

LAS brillantes cualidades de nuestro héroe habíanle granjeado el cariño del emperador, en cuyo palacio residía habitualmente. El príncipe ignoraba su calidad de cristiano, pues Sebastián guardaba este secreto, no por falta de valor, sino para así socorrer más fácilmente a los cristianos

encarcelados por la fe. Por entonces promovióse sangrienta persecución contra los discípulos de Cristo. Sebastián, aprovechándose de las prerrogativas anejas a su grado de oficial, penetraba en las prisiones con bien preparadas excusas y no dejaba pasar día sin ir a consolar a los cautivos y fortalecerlos en la fe.

En lo más recio de la persecución, dos caballeros romanos, Marco y Marceliano, hijos gemelos de Tranquilino y de María, personas muy nobles y ricas, se negaron a sacrificar a los ídolos, y fueron condenados a muerte. Sus padres, paganos todavía, consiguieron de Cromacio, teniente del prefecto de Roma, un plazo de treinta días para persuadir a sus hijos a que sacrificasen. Los condenados fueron, pues, confiados a la custodia de Nicóstrato, primer escribano de la prefectura y tuvieron que sostener continuos asaltos por parte de toda su familia.

Conmovidos por las lágrimas de sus padres, esposas e hijos, los dos combatientes ya empezaban a vacilar, cuando Sebastián se presentó en la prisión y con su palabra, encendida por el amor a Cristo, los confirmó en la fe. Aun no había terminado su discurso, cuando Zoe, la mujer del escribano Nicóstrato, se arrojó a sus pies, dándole a entender con gestos, pues hacía seis años que había quedado muda, el ardiente deseo que tenía de ser cristiana. Sebastián trazó sobre sus labios la señal de la cruz y, al punto, recobrado el uso de la palabra, empezó a publicar que profesaba la fe de Sebastián.

Con este milagro tan patente e ilustre, Nicóstrato se convirtió luego a la fe de Cristo, y se echó a los pies del oficial imperial; pidió perdón a los dos cristianos cuya guarda le habían encomendado, les soltó las cadenas y declaró públicamente que quería compartir su martirio. La familia misma. que momentos antes pretendía hacer apostatar a los confesores, renunció al culto de los ídolos, y toda la asamblea, prorrumpiendo en lágrimas, dió gracias a Dios y deploró su infidelidad.

Nicóstrato hizo promesa de no tomar alimento alguno antes de recibir el bautismo; mas Sebastián, moderando su ardor, le aconsejó llevase los presos a su propia casa, y él mismo salió apresuradamente en busca del sacerdote Policarpo, muy conocido, tanto por su celo en mover a conversión, como por su abnegación al servicio de los cristianos encarcelados.

Nicóstrato, so pretexto de asustar a los presos con la vista de los instrumentos de suplicio, los llevó a su casa. Como el carcelero Claudio se admirase mucho de esta providencia inopinada, llamóle el escribano aparte, y le refirió lo ocurrido. Claudio, que tenía dos hijos enfermos, los llevó inmediatamente a casa de Nicóstrato y rogó encarecidamente a los neófitos que los curasen.

«Sólo el bautismo puede realizar tal milagro —respondieron los conver-

tidos. Claudio, movido por la gracia, se colocó con sus hijos entre los catecúmenos. Policarpo celebró la ceremonia del bautismo en casa de Nicóstrato, y Sebastián fué el padrino de los nuevos cristianos. Los hijos de Claudio fueron sumergidos los primeros en el agua regeneradora y salieron llenos de vigor, recobrando al mismo tiempo la salud del alma y la del cuerpo.

Tranquilino, padre de Marco y Marceliano, que estaba como tullido de la gota hacía ya once años hasta el punto que era menester llevarle en brazos, sintió fuertes dolores cuando hubieron de desnudarle. Cuando el sacerdote le preguntó para animarle, si creía que Jesucristo podría curarle al perdonarle los pecados, respondió: «Creo que mi Salvador puede concederme la salud del cuerpo y la del alma; mas yo sólo pido el perdón de mis pecados. Con gran satisfacción ofrezco mis dolores en holocausto a Jesucristo.» Los asistentes se deshacían en lágrimas y pedían a Dios recompensase la fe de su siervo. Policarpo preguntó por segunda vez a Tranquilino:

—¿Crees en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo?

—Sí— respondió el anciano, y bajó con paso firme a la fuente bautismal. Estaba curado.

SEBASTIÁN CONVIERTE AL VICARIO DEL PREFECTO DE ROMA

LOS recién bautizados permanecieron diez días en casa de Nicóstrato. Aleccionados y fortalecidos por Policarpo y Sebastián, cantaban las alabanzas de Cristo y se preparaban al combate. Abrasados del amor de Jesucristo, pedían con instancia la gracia del martirio. Las mujeres y los niños no demostraban menos confianza y valor que los hombres.

Terminó el plazo de los treinta días, y Cromacio mandó comparecer a Tranquilino ante su tribunal. El senador le dió las gracias y le dijo: «El plazo que me concediste ha conservado los hijos al padre y ha devuelto el padre a los hijos.» No entendió Cromacio el sentido de estas palabras; antes bien, creyendo que Tranquilino había vencido la constancia de sus hijos, ordenó trajeran incienso para que Marco y Marceliano pudiesen sacrificar a los ídolos. Pero Tranquilino, irguiéndose, disipó las ilusiones del teniente del prefecto, declaró que era cristiano y refirió el milagro que el Señor había obrado en su favor.

Cromacio también padecía de la gota; mas, como había en el pretorio mucha asistencia, no se atrevió a continuar el interrogatorio; hizo prender a Tranquilino y anunció que examinaría su causa en la audiencia próxima. Por la noche, mandó llamar secretamente al anciano y, cuando Tranquilino estuvo presente, suplicóle Cromacio que le revelase el remedio que le había curado, y hasta se atrevió a tentarle ofreciéndole cuantiosas sumas de dinero. «Debo mi curación a la omnipotencia del Altísimo —repuso el senador— y sólo Cristo tiene poder para otorgaros el mismo alivio.»

El funcionario imperial pidió en seguida ser presentado al sacerdote que le había bautizado, pues esperaba obtener, como los catecúmenos, su completa curación. A toda prisa Tranquilino llevó a Policarpo a casa de Cromacio. Renovó éste sus ofrecimientos y hasta prometió la mitad de su fortuna si conseguían curarle.

«Dios nos libre de tráfico tan criminal —repuso el ministro del Señor—; pero Jesucristo puede rasgar el velo de vuestra incredulidad y curar todas vuestras dolencias, si creéis en Él de todo corazón.»

Después de un ayuno de tres días, Policarpo y Sebastián volvieron a ver a Cromacio, y, con ocasión de los fuertes dolores que padecía, le hablaron de los suplicios del infierno. El vicario del prefecto atemorizado pidió, en el acto, el favor de ser contado en el número de los catecúmenos.

Sin embargo, tenía en su morada gran número de ídolos domésticos. Sebastián le hizo presente que no podía servir a la vez a Dios y a los demonios, y le rogó que hiciera desaparecer todos los vestigios de culto a los falsos dioses. Consintió en ello el teniente del prefecto, y con este fin quiso dar órdenes a la servidumbre. Mas Sebastián le contuvo.

—Vuestros sirvientes son aún paganos y esclavos del demonio; los dioses pueden aún hacerles daño. A nosotros, discípulos de Cristo, toca hacer pedazos a los ídolos.

Púsose en oración y lleno de fuerza sobrenatural, recorrió el palacio y derribó los doscientos ídolos que eran allí adorados.

A la vuelta, el funcionario no experimentaba alivio alguno.

—Os queda aún algo por romper —exclamó Sebastián—; vuestra fe no es todavía completa.

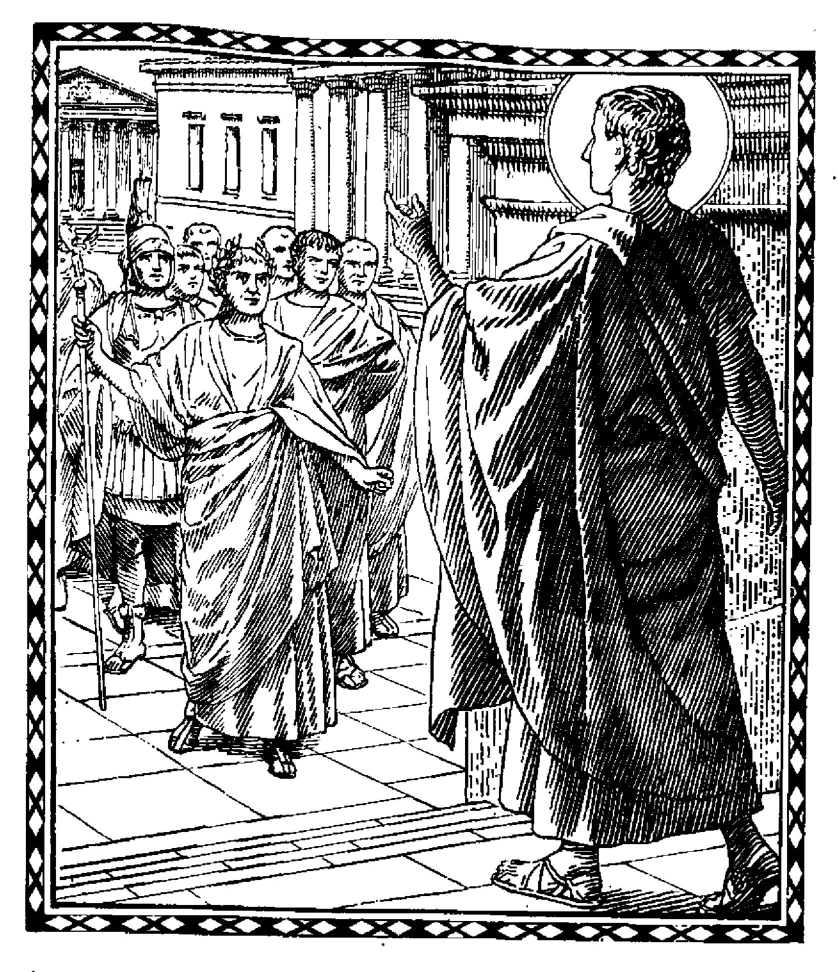
Cromacio confesó que poseía un gabinete lleno de instrumentos de astrología. Eran legados de sus antepasados y la familia los conservaba con religioso respeto. Sebastián arremetió vivamente contra esta otra superstición, y su lenguaje enérgico y vigoroso, provocó la renuncia del prefecto a todos aquellos instrumentos que sin duda impedían su curación. Apenas Cromacio hubo dado su consentimiento, cuando Tiburcio su hijo, entró despavorido en la sala como loco furioso:

—He mandado encender dos hornos —exclamó con voz encolerizada— y juro arrojar en ellos a Sebastián y Policarpo si no se cura mi padre.

Los dos cristianos aceptaron la condición y al punto empezaron a destruir los últimos vestigios de la superstición pagana. En aquel instante aparecióse a Cromacio un joven rodeado de luz respandeciente, que le dijo:

—Cristo me envía para curaros.

En el acto se sintió Cromacio libre de la gota, se levantó y, en un arranque, de agradecimiento, quiso besar los pies al médico misterioso. El desconocido le detuvo:



SAN *Sebastián se coloca resuelto y acusador por donde Diocleciano suele subir, y le dice: —No lo dudes; yo soy Sebastián, a quien condenaste a morir asaeteado. Jesucristo me ha devuelto la vida para que pueda recriminarte, en su nombre, el trato cruel que das a los cristianos.*

—No sois digno de tocar al ángel del Señor, en tanto no hayáis sido regenerado en las aguas del bautismo.

Al oír estas palabras arrojóse Cromacio a los pies de Policarpo y de Sebastián, suplicándoles no difiriesen por más tiempo su bautismo. Exhortóle Sebastián a prepararse dignamente a recibir sacramento tan augusto, por medio del ayuno y la oración. Dióle claramente a entender que, en virtud de su nuevo carácter de cristiano, debería renunciar a su cargo de teniente del prefecto de Roma, una de las primeras dignidades de la ciudad imperial, para no verse obligado a presidir ceremonias paganas y perseguir a los cristianos por orden del emperador. Cromacio se mostró dispuesto a todos los sacrificios.

Al cabo de varios días de oración y penitencia fué recibido en el seno de la Iglesia. Toda su casa y la mayor parte de sus numerosos esclavos siguieron su ejemplo; Sebastián fué el padrino de aquellos mil cuatrocientos convertidos. Cromacio dió la libertad a los esclavos, pero casi todos prefirieron continuar a su servicio.

LA PERSECUCIÓN

ENTRETANTO embravecíase cada día más la persecución. Por orden del emperador, ya no podían los cristianos ni comprar ni vender sin ofrecer antes incienso a los ídolos.

Cromacio había renunciado a su cargo; su amplio y suntuoso palacio servía de lugar de reunión a los cristianos. Poseía, además, en Campania, vastas propiedades que puso a disposición de los cristianos de Roma que quisiesen refugiarse en ellas. El papa San Cayo designó al presbítero Policarpo para que los acompañase.

Tiburcio, el hijo de Cromacio, convertido en cristiano admirable, y Sebastián, permanecieron en Roma. El valeroso oficial, siempre en la brecha, visitaba y animaba a los combatientes; recorría las cárceles llevando por doquier palabras de aliento y salvación.

Al marcharse Cromacio, los cristianos, perseguidos por todas partes, hallaron refugio en el palacio mismo del emperador, en la morada de Cástulo, intendente de los baños y estufas.

Hacía ya algún tiempo que los cristianos celebraban sus reuniones con el mayor secreto, al abrigo de la policía, cuando surgió entre ellos un falso hermano llamado Torcuato. Merced a sus artificios, los fieles fueron sorprendidos durante una de sus reuniones. Cástulo, Tiburcio, Marco y Marceliano fueron arrestados, y el traidor, para evitar sospechas, dejóse llevar a la cárcel con los mártires.

En aquellas tristes circunstancias, Sebastián avivó la llama de su celo para asistir a sus hermanos cautivos. En vida o después de su muerte, los

fieles que le habían tratado más de cerca, fortalecidos con sus exhortaciones, soportaron, sin flaquear, los más atroces tormentos. Así los santos gemelos Marco y Marceliano permanecieron un día y una noche atados a un poste y expuestos a los insultos del populacho amotinado; acabaron con ellos a lanzadas el 18 de junio del año 286. Santa Zoe, mujer de Nicóstrato, fué colgada de un árbol por los cabellos y murió el 5 de julio, asfixiada por un fuego de estiércol encendido bajo sus pies. Tranquilino, padre de los santos mártires Marco y Marceliano, ordenado de presbítero por San Cayo, murió apedreado por los paganos el 6 de julio, octava de los santos Apóstoles, mientras oraba sobre la tumba de San Pedro. San Tiburcio fué degollado fuera de la ciudad, el 11 de agosto. Dos años más tarde, en el 288, San Cástulo fué enterrado vivo el 26 de marzo, en un montón de arena, en la vía Lavicana. San Nicóstrato arrestado por orden del juez Fabián, San Claudio y tres cristianos más, los Santos Cástor, Victorino y Sinforiano, fueron arrojados al Tíber y perecieron ahogados el 7 de julio. También a San Cromacio se le venera como mártir el 11 de agosto.

MARTIRIO DE SAN SEBASTIÁN

SEBASTIÁN había sostenido a los atletas de Cristo en medio de los más terribles combates y, no obstante, permanecía libre. Mas Dios había bendecido sus trabajos, y la hora de la recompensa se acercaba.

Los delatores, prosiguiendo su obra, denunciaron también a Sebastián. Profesaba Diocleciano gran cariño a tan brillante oficial, por lo que se negó al principio a dar crédito a la acusación; mas, cediendo a las instancias de los cortesanos, mandó comparecer ante su presencia al jefe de sus guardias.

Comprendió Sebastián que había llegado para él la hora del gran combate.

—Te acusan de que eres cristiano —dijo el príncipe—. ¿Es cierto?

—Sí —respondió el oficial—; siempre he tenido por locura implorar el auxilio de piedras inertes que el hombre puede impunemente hacer pedazos.

Al oír tales palabras, el emperador, alzándose airado, exclamó:

—¡Siempre te he querido y te he distinguido entre los principales personajes de mi corte, y ahora desobedeces mis órdenes e insultas a mis dioses!

—Siempre he invocado a Jesucristo en favor vuestro y en pro de la conservación del imperio, y siempre he adorado al Dios que está en los cielos.

Juró el tirano castigar sin tardanza al valiente atleta de Cristo; pero Sebastián gozaba de gran popularidad en el ejército, por lo cual temió Diocleciano que se sublevaran los soldados si les encargaba de dar muerte al jefe a quien tanto querían.

Ahora bien, había a la sazón en Roma una tropa de arqueros númidas, a sueldo del emperador, ajenos por completo al modo de ser y sentir del

ejército romano, y capaces de cualquier tarea penosa para los demás soldados. Diocleciano recurrió a semejantes bárbaros.

Éstos obedecieron sin escrúpulo las órdenes del emperador y encadenaron a Sebastián, como a malhechor, sin consideración por su grado; luego le sacaron al campo, le despojaron de sus vestidos y le sujetaron para que les sirviese como de blanco.

Intrépido y tranquilo el mártir alzaba los ojos al cielo, daba gracias a Dios y oraba por sus verdugos. A una señal de su jefe, los númidas le acribillaron con sus flechas y no pararon hasta que le dejaron por muerto.

Durante la noche, Santa Irene, mujer de San Cástulo, recogió el traspasado cuerpo del mártir. Sebastián respiraba todavía; la valerosa cristiana se lo llevó sigilosamente a su morada, situada, como la de otros muchos cristianos, en el palacio mismo del emperador. Gracias a sus asiduos cuidados, Sebastián recobró la salud.

Todos le creían muerto; podía, pues, ocultarse y librarse de la ira de sus perseguidores. Mas el noble y valiente oficial había combatido largo tiempo y no quería perder la palma de la victoria. Su celo ardiente le sugirió el generoso propósito de sacrificarse una vez más por sus hermanos, y echar en cara al emperador la injusta crueldad que usaba contra los cristianos. Así, pues, a pesar de los ruegos de los fieles, fué a ponerse en la escalera del palacio, a la hora en que Diocleciano acostumbraba a subir por ella.

Turbóse el emperador por esta inesperada aparición y, creyendo ver alzarse ante sí la sombra vengadora de Sebastián, retrocedió estupefacto. Sin embargo, cobró ánimos, e, interpelando al que seguía considerando como a fantasma, le dijo:

—¿No eres tú Sebastián, a quien yo condené hace poco tiempo a ser asaeteado?

—Nuestro Señor Jesucristo me ha vuelto a la vida, y vengo en su nombre a echaros en cara los males con que abrumáis a los cristianos.

Embravecióse más el fiero tirano y ordenó la detención del insolente que venía a despertar sus remordimientos; conducido luego al hipódromo, mandó Diocleciano que lo azotasen y apaleasen hasta que muriese.

Para impedir que los cristianos venerasen las reliquias del santo mártir, arrojaron con desprecio su cuerpo ensangrentado a una cloaca, donde quedó milagrosamente colgado de un clavo, merced a lo cual libróse de la infección de aquel lugar.

Pero Jesucristo quiso glorificar a su fiel siervo dos veces mártir y permitió que Sebastián se apareciese en sueños a una piadosa matrona romana llamada Lucina, a la que reveló el sitio en que se hallaba el cuerpo, y le ordenó que le hiciese sepultar cerca de la catacumba donde descansaban los restos de los soberanos Pontífices.

Aquella noble cristiana ejecutó fielmente la orden, y la catacumba donde fué sepultado el oficial mártir se conoce con el nombre de San Sebastián.

Los autores señalan unánimes el 20 de enero como fecha del martirio de San Sebastián, pero difieren en cuanto al año; unos dicen que el 288, otros que el 304. La primera fecha nos ha parecido más probable, teniendo en cuenta las fechas señaladas para el martirio de los santos a quienes Sebastián sirvió de sostén en sus últimos días.

La fama de San Sebastián se esparció por el mundo entero y adquirió gran popularidad. Se le invoca contra toda clase de epidemias, según reza la inscripción grabada sobre su tumba, y su imagen es una de las más esparcidas por la iconografía cristiana.

La imagen más antigua que se conoce de San Sebastián es la de la iglesia de San Pedro ad Víncula, del año 680; es un mosaico que representa al Santo en traje de palacio con barba, manto y una diadema en la mano, y alrededor de la cabeza un nimbo resplandeciente. Posteriormente se le ha representado a menudo en figura de un joven atado a un árbol con flechas clavadas en el cuerpo.

SANTORAL

Santos *Fabián* y **Sebastián**, *mártires; Eutimio, abad; Neófito, mártir; Mauro, obispo;* Fechín, abad irlandés del siglo VII; Antemio, obispo de Poitiers; Leoncio, Ciriaco, Vito y compañeros mártires en Nicomedia.

SAN FABIÁN, papa y mártir. — Era el año del Señor de 236 cuando murió el papa San Antero y el clero de Roma buscaba digno sucesor. Volviendo del campo, Fabián entró en la iglesia donde se celebraba la elección, para saber quién era el elegido. De repente, y estando él enteramente distraído, bajó del cielo una paloma que se colocó sobre su cabeza, lo cual fué tenido por todos como la señal divina de que el Pontífice debía ser Fabián y no otro. La aclamación fué unánime.

Los tiempos eran calamitosos para la Iglesia; no obstante, muerto el emperador Maximino Tracio se volvió a la tolerancia, especialmente en tiempo de Felipe el Árabe (244-249), por cuyo motivo se llegó a formar la opinión de que este emperador era cristiano: cosa completamente inverosímil.

Con ello tuvo Fabián un período de paz y quietud que fué aprovechado por él para restauración de templos, edificación de cementerios y sepulturas para los santos mártires, y otras cosas provechosas para los fieles. Fabián repartió las funciones eclesiásticas de Roma entre siete diáconos, y señaló otros siete subdiáconos, como superintendentes de los siete notarios que había instituído Antero, su predecesor, a fin de que reconociesen y archivasen todos los datos referentes a las Actas de los Mártires. Escribió algunas epístolas, que rezuman santidad, y dió algunos decretos, entre los cuales figura el de que se consagrase el crisma el Jueves Santo de cada año, y el que sobrase del año anterior se quemase o consumiese.

Habiendo Decio dado muerte al emperador Felipe y a su hijo, y usurpado el trono, comenzó a perseguir a la Iglesia y derramar sangre de cristianos, entre los cuales figura el propio San Fabián, que fué coronado con el martirio el 20 de enero del año 250, habiendo gobernado la Iglesia por espacio de más de 14 años.

SAN EUTIMIO, abad. — Dios reveló a sus padres el nombre que debían imponerle, conforme a lo que el niño llegaría a ser; éste cumplió perfectamente lo que su nombre significa. Eutimio, que vino al mundo maravillosamente, tuvo excelentes maestros que le instruyeron en la Sagrada Escritura, a los que imitó en la sobriedad de la vida, modestia y fervor en el cumplimiento de todos sus deberes. Vivió largo tiempo encerrado en una larga caverna que hasta entonces sólo había sido refugio de ganados. Fundó un convento a diez millas de Jerusalén, cerca de un torrente, en el camino que conduce a Jericó. Siendo abad de este monasterio curó milagrosamente a Terebón, paralítico desde hacía muchos años. Este suceso fué presenciado por multitud de sarracenos, que se convirtieron a Dios. También curó a un poseso que no podía andar. Y en cierta ocasión, a pesar de que no tenía provisiones ni para los del convento, milagrosamente dió de comer a más de cuatrocientos armenios, extraviados del camino; sobró más cantidad de la que tenían al principio. Eutimio se vió también favorecido con el don de profecía. Combatió enérgicamente el error de Nestorio, y después de haberse despedido paternalmente de sus discípulos, entregó el alma a Dios el 20 de enero del año 473.

SAN NEÓFITO, mártir. — Nacido de padres virtuosos en Nicea de Bitinia, se mostró siempre muy adicto a las enseñanzas de su familia y a las doctrinas de Cristo, a las que no quiso renunciar a pesar de no contar sino quince abriles cuando fué presentado al tribunal de Decio, prefecto de Nicea, quien procuró ganarle con promesas de placeres y goces sensuales. Por su entereza en confesar la fe fué condenado a las fieras, si bien ellas le respetaron. Al fin consumó su martirio siendo decapitado a los 15 años de edad y a los 304 de la era cristiana.

SAN MAURO, obispo de Cesena. — Este preclaro hijo del patriarca San Benito mereció por sus virtudes ocupar, a mediados del siglo VII, la sede episcopal de Cesena, en Italia. Por entonces turbaba la paz de la Iglesia la herejía de los monotelitas, la cual sostenía que en Jesucristo no había más que una voluntad. Esta doctrina, expuesta por Sergio, patriarca de Constantinopla, y admitida por el emperador Heraclio, fué combatida por el papa San Martín I, que en 649 reunió un sínodo en Roma y excomulgó a sus principales defensores. Nuestro Santo asistió al mismo y habló en sustitución del arzobispo de Ravena. En su vida privada fué muy amante del retiro, y se vió favorecido por Dios con el don de milagros.



Pira, espada y corona del martirio — Iglesia de la Santa en Roma

SANTA INES

Virgen y mártir en Roma (291-304)

DÍA 21 DE ENERO

ES Santa Inés una de las cuatro principales Santas de los primeros siglos de la Iglesia; una de las cuatro cuyo nombre consta en el canon de la misa. Se ignora su verdadero nombre; el de *Inés*, que recuerda, según la etimología primitiva griega la idea de inmolación y pureza, y según la etimología latina la inocencia del cordero, era tal vez sólo un sobrenombre. Sufrió el martirio probablemente en el año 304, es decir, durante el reinado del emperador Diocleciano.

JOVEN ESTUDIANTE. — PETICIÓN DE MANO

UN día, al volver de una escuela donde se educaban las jóvenes, vióla el hijo de Sinfronio, prefecto de Roma, y al punto se enamoró de ella. Para seducirla le envió joyas; pero ella las rechazó como cosa vil. El joven no se dió por vencido, e hizo que presentaran a Inés piedras preciosas, ofreciéndole, por medio de sus amigos, palacios, quintas y una inmensa fortuna.

Dícese que Inés le envió la siguiente respuesta: «Apártate de mí, tizón del infierno, incentivo de pecado, tropiezo de maldad, manjar de muerte; ya estoy prometida a otro cuyas joyas son más preciosas que las tuyas; tiene empeñada la palabra con el anillo de su fe; su nobleza, su raza y su dignidad sobrepujan en mucho a las tuyas... Ha estampado ya su signo sobre mi frente, y jamás consentiré otro amante... El cuarto nupcial está dispuesto; óyense ya los conciertos, y los cánticos son de un coro de vírgenes... Su Madre es virgen, su Padre no tiene esposa; sírvenle los ángeles, los astros le admiran; sus perfumes resucitan a los muertos; a su contacto sanan los enfermos... Yo le guardo mi fe y a Él me he entregado con amor inmenso. Amándole permanezco casta, abrazándole quedo siempre pura, y tomándole por esposo, nunca perderé mi virginidad. Después daré a luz sin dolor y mi familia aumentará cada día.»

Al recibir el joven esta respuesta apoderóse de él tan ciega pasión, que le devoraba hasta el punto de caer enfermo. Los médicos manifestaron a su padre la causa del mal. Hiciéronse nuevas proposiciones a la virgen del Señor; pero ésta las rechazó, declarando que nada sería capaz de hacerla faltar a la palabra empeñada a su primer prometido. Convencido el prefecto de que nada podría resistir a su dignidad, averiguó por sus espías, llamados parásitos, quién podía ser el prometido de la doncella. «Inés —le dijeron— es cristiana y desde niña está encantada con procedimientos mágicos que la inducen a decir que Jesucristo es su esposo.»

INÉS, ANTE EL TRIBUNAL

ENCANTADO el prefecto con esta noticia, le envió numerosos ujieres, con orden de comparecer ante su tribunal. Hiciéronle secretamente magníficas promesas, y luego terribles amenazas; mas nada fué capaz de seducir a la virgen del Señor; su semblante permaneció sereno, y cuando el prefecto intentaba conmoverla o infundirle terror, ella le miraba con cierta ironía.

Viéndose despreciado, Sinfronio llamó a los padres de Inés; mas, como no podía hacerles violencia por ser nobles, hablóles de su profesión de cristianos y los despachó.

Al día siguiente, ordenó que Inés compareciese ante su tribunal, y al notar su perseverancia, le dijo:

—¿Tú quieres conservar la virginidad? ¡Pues bien! Yo te obligaré a ir al templo de Vesta para que ofrezcas, día y noche, los venerandos sacrificios.

Respondió Inés:

—Si he rechazado a tu hijo, hombre vivo dotado de inteligencia, ¿cómo te atreves a esperar que me incline ante tus dioses que no tienen vida?

—Me compadezco de tu edad —replicó el prefecto Sinfronio—, reflexiona y no te expongas a la ira de los dioses.

A lo cual repuso Inés:

—Dios no tiene en cuenta los años, sino los sentimientos del alma. Mas estoy viendo que tratas de arrancarme lo que nunca conseguirás de mí. Pon en práctica todos los medios de seducción: todo lo puedo en Aquel que me conforta.

Agotados todos los argumentos contra la virgencita, el prefecto amenazó enviarla a una casa pública, si rehusaba ofrecer sacrificios en el templo de Vesta.

Replicóle Inés con entereza:

—Si conocieses a mi Dios, no hablarías de ese modo. Yo conozco el poder de Jesucristo, mi soberano, y me burlo de tus amenazas. No permitirá que ofrezca sacrificios a tus dioses, y sea profanada con ninguna impureza ajena. Además, tengo por guardián de mi cuerpo a un ángel del Señor. El Hijo único de Dios, a quien tú no conoces, es mi baluarte inexpugnable, mi centinela siempre alerta, mi valeroso defensor. Tus dioses de bronce son como vasos, como ollas y calderos, tus dioses de piedra servirían para ponerlos de guardacantones. La divinidad no habita en piedras inútiles, sino en los cielos. En cuanto a ti y a tus semejantes, si no cambiáis de senda, seréis condenados al mismo castigo; y así como se echa el metal al fuego para fundir estatuas, del mismo modo seréis condenados al fuego eterno, donde padeceréis eterna confusión.

CÓMO DEFIENDE DIOS A SUS CRIATURAS

EJECUTÓ el prefecto su amenaza, dejando a la doncella tan sólo una túnica para cubrirse. Mas Dios velaba sobre su fiel sierva.

Al entrar en el lugar de ignominia, halló al ángel del Señor, para recibirla y protegerla, rodeándola de luz tan resplandeciente que deslumbraba y la hacía invisible; era semejante al sol en todo su esplendor.

Al postrarse para invocar el nombre del Señor, vió una veste blanquísima; vistiósela en seguida, diciendo: «Gracias te doy, Señor Jesús mío, por haberme enviado este vestido en prenda del amor que tienes a tu sierva.» Y en verdad, se avenía tan perfectamente al delicado cuerpo de la virgencita, que parecía haber sido preparado por mano de ángeles.

Aquella morada de pecado habíase convertido en casa de oración. Todos los que en ella entraban veíanse obligados a adorar esta manifestación luminosa del poder divino. El hijo del prefecto, causa de tales abominaciones,

quiso ir, a su vez, con algunos de sus compañeros disolutos... Pero halló a los jóvenes que habían entrado con anterioridad, cambiados en respetuosos admiradores. Llamóles cobardes, y, burlándose de ellos, entró en el aposento donde estaba orando la virgen; vió la luz que la rodeaba, no rindió homenaje a Dios y se adelantó hasta la misma luz. Mas al intentar tocar a Inés, cayó a sus pies exámine, ahogado por el demonio.

Uno de sus familiares, viendo que no salía, impacientado de su tardanza, entró también y hallóle muerto. Salió en el acto, y a gritos llamó al pueblo a un teatro contiguo al lugar del suceso.

Unos decían:

—Esta joven es una hechicera.

Otros, por el contrario:

—No, que es inocente.

Al tener el prefecto noticia de lo ocurrido, acudió también al teatro y, habiendo penetrado en el aposento donde yacía exámine el cuerpo de su hijo, gritaba irritado contra Inés:

—¡Oh, mujer cruel! ¿Cómo te has atrevido a emplear en mi hijo tu arte sacrílego?

Contestóle Inés:

—Satanás, cuya voluntad seguía, apoderóse de él para siempre. ¿Por qué los demás que intentaron acercarse a mí, gozan de perfecta salud? Porque todos reconocieron el poder de Dios que me envió un ángel protector, me cubrió con el vestido de su misericordia y guardó mi cuerpo ofrecido y consagrado a Jesucristo desde mi cuna. Porque vieron la gloria de Cristo, le adoraron y se retiraron sanos y salvos. Ese joven imprudente entró ciego de furor; mas al extender su mano criminal el ángel del Señor le castigó con la muerte de los condenados.

—Nos convenceremos de que no te has servido de maleficios si con tus oraciones devuelves la vida a mi hijo.

La bienaventurada Inés le contestó:

—Vuestra falta de fe no merece favor semejante; no obstante, bueno será que se manifieste el poder de Cristo. Salid todos de aquí, para que pueda yo hacer mis oraciones acostumbradas.

Todos salieron y, estando la virgen orando con gran fervor, aparecióseie de nuevo el ángel del Señor, infundióle valor sobrenatural y resucitó al joven... Este, tan pronto como volvió a la vida, comenzó a gritar:

—No hay más que un solo Dios, Señor de cielos y tierra; los templos de los ídolos no valen nada; los dioses que en ellos se adoran son simulacros vanos e impotentes para ayudar a los hombres.

Al oír tales palabras, los sacerdotes paganos y los arúspices se conmo-



MIENTRAS *los padres de Santa Inés rezan ante el sepulcro, se aparece ella rodeada de una legión de vírgenes con vestiduras de oro. Bella como ninguna está Inés, que lleva un corderito más blanco que la nieve, y piadosa les dice: —No lloréis; estoy en el cielo, en trono de gloria.*

vieron e incitaron al pueblo a que armase una nueva sedición. Por todas partes se oía gritar:

—¡Muera la hechicera! ¡Muera la bruja que trastorna las ideas y enloquece las inteligencias!

El prefecto, estupefacto al ver esta agitación y temiendo comprometerse si hacía alguna demostración en contra de los sacerdotes paganos y salía en defensa de Inés, puso el asunto en mano de su vicario Aspasio y se retiró.

MARTIRIO DE SANTA INÉS Y SANTA EMERENCIANA

ASPASIO, habiendo hecho encender una gran hoguera, mandó arrojar a la virgen en medio de las llamas. Cumplióse la orden, mas éstas se separaron en dos partes; abrasaron al pueblo amotinado, y dejaron a Inés perfectamente ilesa. También esta vez atribuyeron el prodigio, no a la protección del cielo, sino a los encantamientos de la virgen, por lo que proferían incesantes vociferaciones.

En medio de las llamas Inés exclamaba:

—¡Oh Dios! omnipotente, adorable, terrible y digno de todo respeto, os alabo y doy gracias, pues, por mediación de vuestro Hijo Jesús, me habéis librado del peligro, y he menospreciado las impurezas de los hombres y las asechanzas del demonio. Me habéis enviado por vuestro Espíritu Santo un rocío refrigerante; el fuego no me ha consumido y el ardor de las llamas se ha vuelto contra los que las encendieron. Os bendigo, ¡oh Padre! digno de ser aclamado por todo el mundo, por permitirme llegar con valor hasta Vos, a través de estas llamas. Ahora veo lo que antes había creído; poseo lo que había esperado; abrazando estoy lo que había deseado. Mis labios Os confiesan, Os amo con todo mi corazón y de lo íntimo de mi alma. Yo vengo a Vos, verdadero Dios, Dios eterno y Dios vivo, que con vuestro Hijo y el Espíritu Santo vivís en los siglos de los siglos. *Amén.*

Acabada esta oración se apagó el fuego de modo que no quedó rastro de él. Mas Aspasio, por sosegar al pueblo que andaba inquieto y se alborotaba, mandó que traspasasen la garganta de la Santa con una espada; de este modo Inés fué consagrada a Cristo como esposa y como mártir con la sangre virginal que por Él derramó.

Sus padres, sin pesar, antes bien con alegría, transportaron el cuerpo de Inés a su quinta situada en la vía Nomentana, no lejos de la ciudad. Los acompañó una muchedumbre de cristianos, que hubo de aguantar ciertos desmanes de los paganos. La mayor parte de los fieles huyeron al ver que aquéllos se acercaban con armas; algunos fueron heridos a pedradas. No

obstante, Emerenciana, hermana de leche de Inés, permaneció impávida a pesar de los golpes.

Esta virgen santísima, aunque no era todavía más que catecúmena, decía a los paganos:

—Sois unos miserables y salvajes, matáis a los que adoran al verdadero Dios y degolláis a personas inocentes para defender a vuestros dioses de piedra.

Estaba aún hablando cuando la apedrearon, y entregó su alma al Criador junto a la tumba de su bienaventurada amiga. Así, pues, Emerenciana fué bautizada con su propia sangre derramada por la gloria de Dios y la fe de Nuestro Señor Jesucristo.

En aquel momento estalló espantosa tempestad y el rayo mató a algunas de aquellas mujeres impías que habían asesinado a Emerenciana. Cuando llegó la noche, varios sacerdotes y los padres de Inés dieron sepultura a esta nueva mártir junto a la tumba de su hija.

APARICIONES Y MILAGROS

LOS padres de la Santa pasaban a menudo noches enteras junto al sagrado sepulcro. En una de ellas vieron una legión de vírgenes ataviadas de ricos paños de oro y rodeadas de luz resplandeciente. En medio de ellas aparecía Inés triunfante y gloriosa con un vestido de admirable esplendor, y junto a ella un cordero más blanco que la nieve. Sus padres estaban admirados y atónitos, mas ella les dijo:

—No me lloréis, padres míos, como a muerta; antes regocijaos y felicitadme porque con estas vírgenes he alcanzado un trono resplandeciente de luz. En el cielo estoy íntimamente unida con Cristo a quien sobre la tierra amé con todo mi corazón.

Y dicho esto desapareció.

Los testigos de esta visión la publicaban sin cesar, de suerte que algunos años después, llegó a conocimiento de la princesa Constancia, doncella muy prudente, muy enferma, y de pies a cabeza cubierta de llagas. Para alcanzar la curación, aconsejáronla fuese al sepulcro de la Santa. Hízolo así una noche y, con ser todavía pagana, aunque ya creyente en el fondo de su corazón, se deshizo en ardientes súplicas ante el sepulcro bendito. Apoderóse de ella un apacible sueño, durante el cual vió a la virgen Inés que le decía:

—Constancia, no te olvides de tu nombre, obra *constantemente* y cree con fe viva que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es nuestro Salvador; por Él, desde este momento, todas tus llagas serán sanas.

En acabando de decir Santa Inés estas palabras, despertóse Constancia, hallándose tan sana como si nunca hubiera tenido enfermedad.

De vuelta al palacio refirió el prodigio a su padre Constantino Augusto y a sus hermanos, los Césares. La alegría fué universal; la impiedad de los paganos quedó confundida, los cristianos se regocijaron y se fortaleció su fe. A petición de Constancia, el emperador mandó erigir un templo a Santa Inés, en el lugar de su sepultura; y ella misma hizo construir en él un sepulcro donde se guardaron las reliquias de la santa virgen.

La fe de los cristianos afirmaba que los enfermos que acudían al sepulcro de Inés, recobraban la salud. ¿Quién dudará de que Cristo devuelve la salud a los que sean de su agrado?

LA TRADICIÓN DESDE LOS PRIMEROS SIGLOS

LAS principales fuentes primitivas de la historia de San Inés son: una inscripción en verso, compuesta por el papa San Dámaso I (366-384) y grabada en una gran lápida de mármol que se conserva en la vía Nomentana; un sermón de San Ambrosio, obispo de Milán, pronunciado por los años de 375, inserto en su colección *De la Virginidad,* y del cual la Iglesia ha extractado las lecciones del breviario para la fiesta de la Santa; un himno de la misma época, y, con verosimilitud, del mismo autor; y, por último, un discurso que parece muy posterior a la muerte del preclaro obispo, a quien se atribuye también, aunque con menos verosimilitud. Este texto, traducido libremente, es el que hemos dado. El Breviario ha conservado varios pasajes del discurso que la santa mártir dirigió a su pretendiente, y la oración que hizo en medio de las llamas.

LAS DOS IGLESIAS DE ROMA

ERIGIÉRONSE en Roma varias iglesias en honor de Santa Inés; dos de ellas existen todavía; la una en el lugar, según se cree, de su suplicio, cerca de la plaza Navona, sitio que ocupó en otro tiempo el redondel del Circo Agonal o estadio de Domiciano; la otra extramuros, no lejos de su sepulcro, en la vía Nomentana.

La primera fué reedificada varias veces desde el siglo IV. Es un edificio suntuoso, hermoseado y ampliado en el siglo XVII por el papa Inocencio X (Pamphili), que confirió a su familia el derecho de patronato y la propiedad. El 19 de enero de 1908, Pío X ofreció a esta iglesia, en un hermoso relicario, los huesos del cráneo de Santa Inés, que habían pertenecido durante varios siglos al tesoro incomparable del *Sancta Sanctorum* de Letrán.

En donde estaba un oratorio con el sepulcro de Santa Inés en la vía Nomentana, el papa Honorio I mandó construir en el siglo VII otra iglesia que aun existe, así como el mosaico absidal, que representa al citado Pontífice junto a la joven mártir. El cardenal Julián della Rovere, más tarde Julio II, mandó levantar un campanario a fines del siglo XV, y Pío X hizo restaurar la abadía inmediata. La iglesia, con título cardenalicio desde Inocencio X, antes adjunto a la iglesia de la plaza Navona, fué confiada a los canónigos regulares de Letrán.

En 1605, encontróse en ella una urna, que contenía dos cuerpos que, según se creyó, eran los de las santas Inés y Emerenciana. Paulo V ofreció para guardarlos una urna de plata, con orden de colocarla en una *cella* tapiada. La urna fué hallada en el pontificado de León XIII, cuando el cardenal Hopp, titular de la iglesia, ordenó la restauración; mas el Papa prohibió el «reconocimiento» oficial de las reliquias. La fiesta de Santa Emerenciana, venerada como virgen y como mártir, se celebra el 28 de enero.

Cada año, el 21 de enero, se celebra ante el altar —que es al propio tiempo el sepulcro de la Santa— la bendición de dos corderos, que se conservan hasta finalizar las solemnidades de Pascua, para ser ofrecidos al Papa en la domínica *in albis* por el Cabildo de San Juan de Letrán, en calidad de censo. Con su vellón se hacen los palios, insignia de la autoridad pontifical, que el Papa envía a los arzobispos y a algunos obispos como prenda de los poderes que les delega; esta costumbre data por lo menos del siglo VII.

EL CULTO DE SANTA INÉS

La imagen de la Santa fué pintada o representada en mosaico desde los primeros siglos, y siempre lleva un cordero, símbolo que conviene a una joven doncella, niña mejor dicho, inmolada por permanecer fiel al Cordero sin mancilla.

Muchas son las vírgenes preclaras que han profesado en el transcurso de los siglos, ardiente devoción a Santa Inés, escogida como modelo de amor divino; tales como las santas Solange, Gertrudis, Lutgarda, Catalina de Sena, Brígida de Suecia, Catalina de Ricci, Magdalena de Pazzis y Francisca Romana. En la Edad Media el nombre de Inés se imponía con frecuencia en el bautismo y su culto se hallaba muy esparcido: cinco Santas y varias Beatas llevan este nombre, y también lo llevaron bastantes emperatrices, reinas o princesas célebres.

Las doncellas tienen en esta Santa un bello ejemplo que imitar, particularmente en estos tiempos tan corrompidos en que la virtud de la pureza corre grandes riesgos de perderse.

SANTORAL

Santa Inés, virgen y mártir; Santos *Epifanio,* ***obispo de Pavía;*** **Patroclo, mártir;** Meinardo, penitente; ***Publio,*** *obispo* **y** ***mártir;*** **Avito II, obispo de Clermont;** San Maccalino, abad. Seis **mil doscientos mártires en Clermont;** San Amaro, obispo; *San Fructuoso,* ***arzobispo de Tarragona,*** **y** ***sus diáconos*** *Augurio* y *Eulogio.* **Santa Perpetua, fundadora de las Agustinas.**

SAN EPIFANIO, obispo de Pavía. — Descendiente de San Miroles, vió Epifanio la luz primera en Pavía, a **principios del siglo v. Fué educado esmeradamente** y ordenado de sacer**dote por el obispo Crispín, que le encargó la dirección de su** Iglesia cuando no **pudo él atenderla a causa de su avanzada edad. Si clarísima** era su **inteligencia, portentosísima era su memoria, pues le bastaba leer una** sola vez un libro **para repetir página por página todo lo que en él se contenía. Causaba** admiración **a todos por el celo, dulzura y erudición con que predicaba la palabra** de Dios. **Ejerció los cargos de obispo de Pavía y embajador del emperador Antemio para calmar los odios que tenía con su yerno Ricimer y que habían de** traducirse **en desoladoras guerras para el país. Logró Epifanio la paz tan deseada;** pero **Ricimer, que hizo degollar a su suegro, murió a los cuarenta días en medio de los más atroces dolores. Durante el asalto de Odoacro, jefe de** los **hérulos, a la ciudad de Pavía, Epifanio se hizo respetar de los mismos bárbaros y salvó la vida a muchos habitantes. Sirvió muchas veces de intercesor** cerca de los reyes **con éxito siempre rotundo. Llorado de todos, murió santamente** el **21** de enero **del año 497.**

SAN FRUCTUOSO de Tarragona. — En aquellos días de general apostasía, en Tarragona, la **primera ciudad de la España Citerior y enteramente romanizada,** brilló Fructuoso, **que se vió encarcelado juntamente con dos diáconos, Eulogio** y Augurio. Esto **sucedió en tiempos de Valeriano, emperador benigno y bueno al** principio, pero **que, engañado por la política, dictó leyes persecutorias contra** la Iglesia. Mientras el **obispo Fructuoso estaba en la cárcel, se vió muy visitado** por sus fieles **súbditos, los cuales le presentaban donativos y recibían de él el** pan delicioso **de la doctrina de Cristo. Después de breve interrogatorio, los esbirros** se apoderaron **de Fructuoso y sus compañeros y los llevaron al anfiteatro,** seguidos del **pueblo, que caminaba junto a ellos llorando. Cuando llegaron al** lugar del suplicio **ya estaba ardiendo la hoguera en la que los tres santos varones** debían consumar **el sacrificio de su vida. Dos hermanos, pertenecientes a la casa** del Prefecto, **y aun la misma hija del gobernador, vieron cómo los tres elegidos** subían al cielo. **Esto sucedió el 19 de enero del año 258.**

SAN PUBLIO, obispo y mártir. — Cuando San Pablo arribó a la isla de Malta se hospedó **en casa de Publio, personaje ilustre de aquella isla, aunque** gentil. Como fruto de **las enseñanzas de Pablo en aquella casa. Publio abjuró** el error y abrazó la **doctrina de la verdad. Todos los demás miembros de aquella** familia, que había sido **testigo de la curación prodigiosa que Pablo realizó en el** padre de Publio á quien **curó instantáneamente de una fiebre persistente, se** convirtieron también a la fe de Cristo. **Publio fué elevado a la sede episcopal** de Atenas, después de San Dionisio **Areopagita. Alcanzó la palma del martirio** el año **125.**


Gloriosa parrilla, cadenas, garfios y palma del triunfo

SAN VICENTE

Diácono y mártir († 304)

DÍA 22 DE ENERO

FUERA de su glorioso martirio, referido por antiguos autores con prolijos pormenores, en los cuales la poesía y la elocuencia han desfigurado algo la realidad, poco se sabe de San Vicente. Tres ciudades españolas recaban para sí el honor de haberle servido de cuna: Huesca, que conserva una iglesia construída al parecer en el sitio de su casa natal; Zaragoza, en donde cursó los estudios, y desplegó más el celo de su actividad apostólica; y Valencia, teatro de sus atroces tormentos y testigo de su glorioso triunfo.

Durante largo tiempo, el relato de su «pasión» leído en las iglesias, excitó la admiración universal. El poeta Prudencio, su compatriota y casi contemporáneo, compuso un hermoso poema en el que canta su martirio; San Agustín, por el mismo tiempo, le alabó y ensalzó en cuatro sermones. Más tarde celebraron las glorias del santo mártir, en sus panegíricos, los papas San León y San Gregorio y los doctores San Isidoro y San Bernardo, así como Simeón Metafrasto en sus escritos. Una breve «Pasión de San Vicente diácono», publicada en 1882, por los Bolandistas, según Actas que «por su concisión y sencillez siguen más de cerca la redacción original», es la única fuente verdaderamente fidedigna.

Nació Vicente en el seno de una familia noble y cristiana; su padre Eutiquio era hijo del cónsul Agreste; por parte de su madre Enola, hermana de San Lorenzo, según ciertos autores, era sobrino de este ilustre mártir. Sus padres quisieron ante todo consagrar al servicio de Dios el hijo que les había concedido. Niño todavía, lo confiaron a San Valero, obispo de Zaragoza, bajo cuya sabia dirección hizo rápidos progresos en la ciencia y la virtud. Muy pronto dió pruebas de rara inteligencia y esclarecida virtud. Aun no había cumplido veintidós años, y ya ocupaba un lugar entre los maestros. Por otra parte, el santo obispo, de avanzada edad y que por ser tan tartamudo no podía distribuir a los fieles el pan de la palabra divina, le eligió para diácono suyo y le confió el cuidado de la predicación. Vicente desempeñó sus nuevas funciones apostólicas con tan ardiente celo y universal edificación, que Valero, a pesar de su ciencia y santidad, quedó más en la penumbra.

LA PERSECUCIÓN EN ESPAÑA. — LA PRISIÓN

SUCEDÍA esto a principios del siglo IV; los dos emperadores entonces reinantes, Diocleciano y Maximiano, juraron exterminar del mundo entero la religión cristiana.

El griego Daciano, tan tristemente célebre entre los perseguidores, había merecido por su odio al cristianismo el proconsulado de España, en donde ejerció una autoridad casi ilimitada. «Era un ministro del infierno —dice Simeón Metafrasto— a quien Satanás había llenado de astucia y bárbara impiedad.» Arremetió primero contra los pastores, a fin de poder anonadar en seguida al rebaño entero. Estando de visita administrativa, fué a Zaragoza e inmediatamente ordenó a sus guardias prendieran al obispo Valero y al diácono Vicente.

Daciano no quiso por el momento entregarlos al suplicio. «Si no empiezo —dijo para sí— por quebrantar sus fuerzas con abrumadores trabajos, estoy seguro de mi derrota.»

Hizo, pues, cargar a sus cautivos con pesadas cadenas, y ordenó los condujesen, a pie, hasta Valencia, haciéndoles padecer hambre. Los soldados que los conducían agravaron todavía más sus penalidades, afligiéndolos con toda clase de malos tratos.

Al término de esta laboriosa peregrinación, los valientes confesores fueron encerrados en oscura prisión y privados de alimento durante varios días. Cuando juzgó el tirano que estaban bastante quebrantados, ordenó que compareciesen a su presencia. ¡Terrible desencanto! Ambos santos estaban alegres, sanos y robustos. El ayuno había sido para ellos, como en otro tiempo para Daniel, el más saludable de los festines.

—¿Es eso lo que yo había mandado? —exclamó el procónsul—. ¿Por qué razón se ha dado de comer con abundancia a estos criminales?

En vano protestaron los carceleros de su completa obediencia; el impío Daciano no quiso reconocer el milagro.

Luego volviéndose al obispo le dijo enfurecido:

—¿Qué me dices, Valero, tú que so pretexto de religión desobedeces los edictos de los príncipes? ¿Qué maquinas contra el Estado? Los que desprecian los decretos imperiales merecen la muerte. ¿Quieres obedecer a los emperadores y adorar a los dioses que ellos adoran?

El obispo pronunció algunas palabras que no fueron oídas. Interrumpióle Vicente:

—Padre amado —le dijo— no hables así en voz tan baja, pues podrían tacharte de miedoso; si me lo permites rechazaré en tu nombre esas impías sugestiones.

—En otro tiempo, amadísimo hijo —repuso el pontífice— te confié el cuidado de difundir la fe; hoy te armo para defenderla.

Entonces Vicente dijo a Daciano:

—Guarda para ti tus dioses; ofréceles tú incienso y sacrificio de animales, y adóralos como a protectores de tu imperio, que nosotros, los cristianos, sabemos que son obras de los que las fabricaron, y que no sienten ni se pueden mover ni oír a quien los invoca. Tus esfuerzos en hacernos apostatar serán completamente inútiles. Renunciar a la fe y blasfemar de Dios para salvar la vida, es una prudencia para nosotros desconocida. Tenlo presente: permaneceremos cristianos, servidores y testigos del verdadero Dios, que nos ayuda con su gracia a despreciar tus promesas, tus amenazas y tus suplicios. Moriremos contentos, dichosos, pues tales sufrimientos nos obtendrán una corona de gloria inmarcesible; la muerte nos abrirá las puertas de la verdadera vida. Sirva, pues, de pasto esta carne mortal a tu satánica rabia; nuestra alma permanecerá siempre fiel a su Criador.

No podía Daciano contener su furor y exclamó:

—Llevad al obispo al destierro; y a ese rebelde que tiene la osadía de ultrajarnos en público, extendedle en el potro, para que aprenda a obedecer a los emperadores.

ALEGRÍA Y FIRMEZA EN LOS SUPLICIOS

LOS verdugos desnudaron a Vicente, y le extendieron y ataron sobre el instrumento de suplicio. Por efecto de las cuerdas y ruedas, rompiéronse los nervios del mártir, y se descoyuntaron sus miembros. El procónsul le interpeló irónicamente:

—¡Vamos, Vicente! ¡Mira tu cuerpo! Dime ahora: ¿cuál es tu fe?

Con tono alegre y ruiseño, incluso bromeando, respondióle Vicente:

—Hoy colmas mis más ardientes deseos y realizas la más halagüeña de mis esperanzas; créeme, Daciano, que ningún hombre me podía proporcionar mayor beneficio que el que tú me haces. Aunque sin intención de favorecerme me levantas por encima de tus príncipes sacrílegos, y me procuras al mismo tiempo ocasión de manifestarles mi desprecio. Suplícote no disminuyas mi triunfo; estoy dispuesto a todo por amor de mi Dios. Da libre carrera a tu furor; con la ayuda del cielo, la malicia del perseguidor se cansará antes que la paciencia de la víctima. Tus furores me llevan a la gloria, y por eso mi resignación es mi venganza.

El tirano, fuera de sí, excitaba a los verdugos diciéndoles:

—¡Cobardes! ¿Por qué sois tan flojos? Sabéis triunfar de los adúlteros, mágicos y homicidas, que os declaran los más vergonzosos secretos cuando redobláis el tormento, ¿y os dejaréis vencer por Vicente, ese vil cristiano? ¿No conseguiréis que renuncie a su Cristo? En verdad, no os conozco.

Luego ordenó que rasgasen las carnes del mártir con uñas y garfios de hierro; pero Vicente, como insensible a este nuevo suplicio, echóles en cara su flojedad:

—¡Qué flacos sois! ¡Qué pocas fuerzas tenéis! ¡Por más valientes os tenía! ¡Cómo!, ¿se me persigue porque confieso a Jesucristo? ¿Queréis que calle la verdad? Razón sobrada tendríais para castigarme si mintiese y adorase a vuestros emperadores. Pero no, continuad, os lo suplico; mi constancia os probará, a pesar vuestro, la sublimidad de mi fe, y la inanidad de vuestros dioses. Vuestros ídolos sólo son pedazos de madera y de piedra. Esclavos de la muerte, servid, si os place, a esos simulacros inanimados; yo, siervo de Dios, sólo sacrifico al Dios vivo y verdadero.

Sin aliento y bañados en sudor, paráronse los verdugos. El santo mártir, por el contrario, parecía haber cobrado nuevas fuerzas en medio de los más atroces tormentos. Daciano, enfurecido, cogió las varas y azotó él mismo a sus lictores, echándoles en cara su cobardía y ternura mujeril.

Entonces Vicente, mirando a su perseguidor, con sonriente ironía le dijo:

—Mucho te debo, Daciano, pues haces oficio de amigo y me defiendes; hieres a los que me hieren; azotas a los que me azotan, y maltratas a los que me maltratan.

Semejante lenguaje produjo el mismo efecto que aceite sobre fuego. Arrojóse Daciano sobre la víctima; azotó cruelmente al santo mártir, y se retiró en seguida presuroso para evitar estas invectivas que le cubrían de confusión.

Dios, con su gracia, no sólo dulcifica los dolores, sino que, además, da fuerzas para soportar los tormentos que por su amor se padecen, al mismo tiempo que hiere, con su poder, el orgullo insensato de los tiranos, que al fin son vencidos por los que en Dios triunfan.



CON el ángel invisible que guarda el glorioso cadáver, está muy visible un cuervo fiero que ahuyenta a los perros carniceros y a los buitres voraces, y saca los ojos al lobo feroz que quiere profanar las piadosas reliquias. La omnipotencia de Dios cuida de los suyos como bien le place.

EN LAS PARRILLAS. — LA PRISIÓN MARAVILLADA

PREPARARON, entretanto, inmensa parrilla de hierro, en cuyas barras había aceradas puntas y bajo las cuales encendieron un gran fuego. Los verdugos desataron del potro al heroico paciente y le extendieron sobre el horrendo lecho. Para mayor crueldad pusiéronle hierros candentes sobre el pecho, y echáronle sal en las heridas. Seguíanle golpeando bárbaramente, mas el hombre de Dios permanecía sonriente, inmóvil y con los ojos fijos en el cielo.

Daciano seguía todas las peripecias de este sangriento drama, exigiendo le diesen cuenta de los dichos y hechos de Vicente.

—Hemos probado todos los tormentos que están a nuestra mano —dijéronle al fin sus soldados consternados— y sin embargo el cristiano permanece firme y gozoso en confesar a Jesucristo.

—¡Qué importa! No nos podemos dar por vencidos —respondió el tirano—. Id al lugar más oscuro y fétido de la cárcel. Sembradlo de cascos de tejas y vidrios, y arrojad en él al rebelde, de suerte que no pueda hacer el menor movimiento sin desgarrarse ni evitar un dolor sin sufrir otros mil.

Obedeciéronle al momento, y el invencible atleta de Cristo vióse tendido en el más horrible de los calabozos. Sin recelo alguno, los guardianes, desde la primera noche se entregaron al sueño. Mas era llegada la hora de la gloria de Vicente. Una resplandeciente claridad disipó la lobreguez de aquella sucia y tenebrosa cárcel, rompiéronse sus cadenas, tornóse blando y mullido su lecho, y oyósele entonar himnos de júbilo y alabanza en honor de su Dios y Señor. Coros de ángeles unieron su voz a la del mártir, y en medio de este concierto divino, el bienaventurado diácono oyó estas palabras: «¡Regocíjate! El que ha sido tu sostén en el combate te coronará de gloria en los cielos. Muy pronto, tu alma, libre ya del yugo de la carne, se juntará con nosotros en la corte celestial.»

Despertáronse asustados los carceleros, creyendo que el prisionero se había huído de la cárcel; pero el mártir, viéndolos así turbados, les dijo:

—No he huído, no, aquí estoy en medio de mis hermanos, gozándome en los favores del cielo. Reconoced la grandeza y majestad del Rey mi Señor y decid a Daciano cuán lleno es mi gozo y cuán resplandeciente la luz que me circunda.

Maravillados por tantos prodigios, arrojáronse a los pies de Vicente, le pidieron perdón, abjuraron el paganismo y confesaron al Dios de los cristianos como al único y verdadero.

¡Dichosos ellos porque supieron aprovecharse de la gracia de Dios cuando los visitaba! ¡Cuántos, en cambio, cerrando los ojos del alma a esta luz divina, prefieren engolfarse en las tinieblas del error y del vicio!

MUERTE Y SEPULTURA

EL relato de esos sucesos sumergió a Daciano en el más profundo abatimiento; empero persistió en su obstinación y odio contra el mártir y contra la religión de Cristo. Entendiendo que torturar a su víctima era lo mismo que trabajar para su gloria, quiso probar otro método. «La blandura —pensó para sí— vencerá tal vez el orgullo de ese miserable.» Ordenó que compareciese a su presencia, y en tono de adulador le dijo:

—Muy largos y muy atroces han sido tus tormentos; razón será que descanses en una cama blanda y que busquemos medios con que recobres la salud.

Mas apenas fué colocado Vicente en el blando lecho, entregó su alma en manos de su Criador. Era el 22 de enero del año 304.

Esta muerte inesperada, que nueva y definitivamente descomponía las esperanzas del tirano, redobló su furor.

—Si este hombre —exclamó— me humilló sin cesar mientras vivía, ahora quiero vengarme y cebarme en su cadáver. Que lo arrojen fuera de la ciudad y sea presa de las fieras y aves de rapiña.

Las preciosas reliquias fueron, pues, arrojadas en un muladar, y pusieron soldados para custodiarlas. Mas la sabiduría de Dios se ríe de los planes de los malvados. Un cuervo vino a posarse sobre el cadáver y fué su defensor. Asistido por un ángel invisible, acometía valerosamente a los perros y buitres que se acercaban. Llegó un lobo para encarnizarse en él, mas el cuervo le asaltó y se le puso sobre la cabeza, le desgarró los ojos a picotazos e hízole huir.

—¡Cómo! —exclamó el procónsul—, ¿perseguirme aún después de muerto? Metedle en un saco, como a parricida, y arrojadlo al mar.

El cortesano Eumorfio, tan cruel e impío como su amo, buscó marineros dispuestos a realizar tan sacrílega tarea. El cuerpo de Vicente fué atado a una piedra enorme, colocado en una barca y, al cabo de un día de navegación mar adentro, arrojado al mar.

Mas la poderosa mano del muy Alto, que había recibido en su seno el espíritu de Vicente, cogió el cuerpo de en medio de las ondas, para que se pusiese en el sepulcro, y con tanta facilidad y presteza lo trajo sobre las ondas a la orilla del mar, que cuando llegaron los ministros de Daciano, que le habían arrojado, le hallaron en ella, y asombrados y despavoridos no osaron tocarle más.

Las ondas, blandamente hicieron una hoya y cubrieron el santo cuerpo con la arena que allí estaba, como quien le daba sepultura, hasta que el santo mártir reveló a un cristiano el sitio donde yacían sus restos morta-

les; mas, temiendo la cólera de Daciano, no se atrevió a recoger el sagrado depósito.

Una piadosa mujer, de edad muy avanzada, por nombre Ionicia, mostróse más valerosa. Corrió a la playa y halló las reliquias del mártir en el sitio señalado. Las recogió en su manto, dióles sepultura con todo respeto y las expuso a la veneración de los fieles.

Algunos años más tarde, renacida la tranquilidad, los cristianos retiraron el cuerpo del Santo de su tumba ignorada y le colocaron, con todos los honores, en una iglesia situada fuera de Valencia, la cual recibió el título de San Vicente.

Estas fueron las peleas y victorias, las coronas y trofeos del gloriosísimo mártir San Vicente; el cual —como dice San Agustín—, animado de Aquel vino que hace castos y fuertes a los que lo beben, se opuso al tirano que contra Cristo se embravecía, sufrió con paciencia las penas, y estando seguro, hizo burla de ellas; fuerte para resistir y humilde cuando vencía, porque sabía que no vencía él, sino el Señor en él. Y por esto, ni las láminas y planchas encendidas, ni las sartenes de fuego, ni el ecúleo, ni las uñas y peines de hierro, ni las espantosas fuerzas de los atormentadores, ni el dolor de sus miembros consumidos, ni los arroyos de sangre, ni las entrañas abiertas que se derretían con las llamas, ni todos los otros exquisitos tormentos que le dieron, fueron parte para ablandarle un punto, y sujetarle a la voluntad de Daciano.

CULTO Y RELIQUIAS

Es San Vicente uno de los mártires de mayor renombre. Es honrado como patrono en Valencia, Zaragoza y otras ciudades. En España y Portugal muchos pueblos —cerca de doscientos— llevan su nombre y se han edificado muchas iglesias en su honor. Lisboa celebra una traslación de reliquias que tuvo lugar el 15 de septiembre del año 1173. Desde muy antiguo los marinos de la Península Ibérica le invocan contra los peligros del mar, y han dado el nombre de San Vicente a un cabo situado al sur de Portugal, en donde sus reliquias fueron por largo tiempo veneradas. Cuando Cristóbal Colón descubrió, en 1498, una de las pequeñas Antillas, la llamó San Vicente; este nombre glorioso se esparció, desde entonces, por el Nuevo Mundo y por Oceanía.

En Italia, San Vicente comparte la gloria y el culto con otro mártir, San Anastasio, monje persa decapitado el 22 de enero del año 628; tres iglesias de Roma o de los alrededores están dedicadas a honrar juntamente la memoria de estos dos santos mártires: la iglesia de los Santos Vicente y Anastasio *alla Régola*, servida, en otro tiempo, por la cofradía de los co-

cineros y pasteleros; la abadía de los Santos Vicente y Anastasio de las Tres Fuentes, en la carretera de Ostia, cerca de Roma, en donde descansaron los cuerpos de los santos mártires, bajo el altar mayor que fué solemnemente consagrado en 1221 por el papa Honorio III; y por último, frente a la Fuente de Trevi, la iglesia de los Santos Vicente y Anastasio, a la que el el Senado ofrecía, cada cuatro años, en el día de la fiesta, un cáliz y cuatro candeleros; esta iglesia tiene el privilegio de conservar las urnas que contienen los *præcordia* (vísceras, hígado y corazón) de todos los Papas difuntos, sea cual fuere el lugar de su fallecimiento; el traslado de estos restos se hace con un ceremonial particular. La última vez tuvo lugar para León XIII (1903).

En Francia, el culto de San Vicente está también muy extendido y en gran veneración; más de cuarenta ciudades o pueblos de esta nación llevan su nombre, sin contar las abadías, iglesias y parroquias.

En el siglo VI, gran parte de las reliquias de San Vicente fueron trasladadas a Francia. Los reyes Clotario y Childeberto se las llevaron de España en 531, después de haber vencido a los visigodos y puesto en libertad a su hermana Clotilde, esposa de Amalarico, perseguida y maltratada por este rey arriano. En esta expedición los reyes francos sitiaron a Zaragoza; cuenta Guillermo Valar que se levantó el sitio después de una procesión extraordinaria en la que tomaron parte todos los habitantes, con hábito de penitente y llevando como estandarte la túnica de San Vicente. Childeberto mandó edificar en París una iglesia y una abadía, en donde colocó esta túnica y un brazo del mártir, único tributo de guerra que impuso a los vencidos. Esta iglesia se llamó más tarde de San Germán de los Prados.

A la ciudad de Mans cupo la suerte de poseer la cabeza de San Vicente. Esta insigne reliquia fué dada por Childeberto al obispo San Dámnolo, quien, para recibirla, mandó construir en 572 la abadía de San Vicente, en donde permaneció hasta la Revolución francesa. Dun-le-Roi, en el Berry, guardaba el corazón del mártir; los calvinistas lo quemaron en 1562. Castres celebra una traslación del 27 de noviembre del año 855; Besançon ha venerado siempre de una manera muy especial dos vértebras que recibió en 876; Metz, Vitry, Macón y Viviers recibieron también reliquias de San Vicente y las conservan todavía.

A San Vicente se le representa vestido de la dalmática de diácono y acompañado de una cruz, un cuervo y una parrilla. Varias corporaciones le han elegido por patrón, según los atributos de su martirio; pero se le conoce principalmente como patrón de los viñadores, o porque en su calidad de diácono, Vicente presentaba en el altar el vino del sacrificio, o bien porque él mismo, bajo el peso de los suplicios, como racimo en el lagar, vertió su sangre por amor de Cristo.

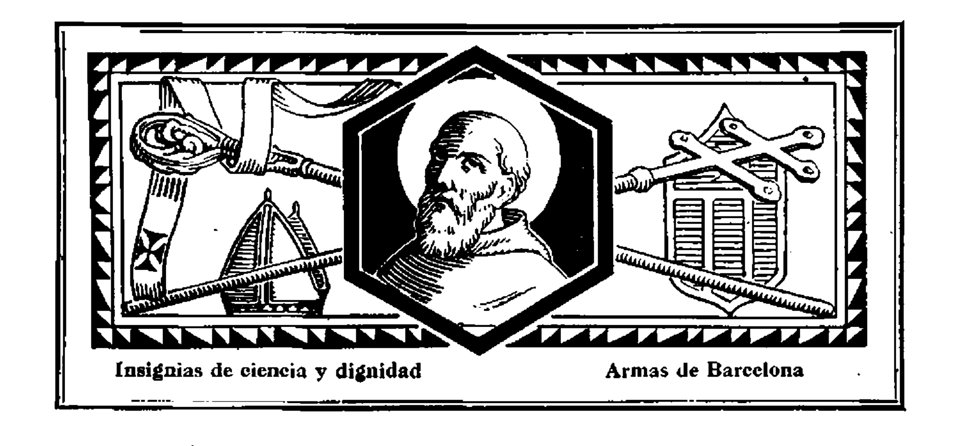
SANTORAL

Santos **Vicente, mártir;** *Anastasio, monje; Gaudencio, obispo; Oroncio, Víctor, Vicente* y *Santa Aquilina, mártires.* Santos Waltero de Birbecke; los nueve mártires de Bulgaria; Invento y otros 359 mártires en tiempo de Diocleciano. Santas Blesilla, discípula de San Jerónimo; Irene, dama romana.

SAN ANASTASIO, monje. — El nombre de este personaje era Magúndat, cambiándolo él por el de Anastasio cuando se convirtió al Cristianismo. Su padre era hechicero y nigromántico, y él mismo era múy dado a las artes mágicas. Su conversión se verificó de resultas de su trato con algunos cristianos, por cuyas doctrinas se interesaba vivamente. Estuvo en un monasterio, en el que vistió el hábito de monje (año 620) y sirvió a sus hermanos en los empleos más bajos y humildes, como los de hortelano y cocinero. Gustaba de las lecturas que relataban los martirios de los Santos, y deseaba que el Señor le dispensara el mismo favor. Fué cargado de cadenas, maltratado y golpeado por el lugarteniente de Cosroes II que perseguía cruelmente a los cristianos. Ante su entereza, azótáronle, apaleáronle y moliéronle todo el cuerpo; le ataron un brazo en un madero alto y le colgaron una piedra muy pesada en un pie para que se desconyuntase su cuerpo; permaneció en esta dolorosa situación durante dos horas, que fueron de cruel tormento; al fin fué arrojado a un río, en el cual pereció ahogado.

SAN GAUDENCIO, obispo. — Vivió a mediados del siglo IV. Era hijo de padres gentiles. Pero tuvo ocasión de conocer a algunos cristianos, de cuyas conversaciones le vino la gracia divina que le atraía paulatinamente al seno de la verdadera Iglesia, en la que ingresó con decisión, a pesar de la oposición de sus padres y familiares que le declararon seria persecución. Pero él huyó de su casa y se refugió en el palacio episcopal de San Eusebio, quien le recibió como a hijo. Fué ordenado de sacerdote y, en compañía de un santo presbítero llamado Laurencio, llevó la fe a los infieles de Novara. Después se trasladó a Milán; más tarde ocupó la sede episcopal de Novara, captándose por su abnegación, caridad y eminentes virtudes la estima y consideración de sus súbditos; tuvo gran amistad con San Ambrosio y con los hombres de su tiempo más eminentes en ciencia y en virtud. Cargado de méritos traspasó los umbrales de la eternidad el 22 de enero del año 417 para recibir de Dios la recompensa de sus trabajos.

SANTOS ORONCIO, VÍCTOR, VICENTE Y AQUILINA, mártires. — En la vetusta población catalana de Roda, que se mece entre las suaves brisas del Ter, vivían tranquilamente Aquilina y su hijo Víctor; éste se preparaba para el sacerdocio cristiano. Huyendo de la persecución que en Gerona se había desencadenado, llegaron a Roda dos cristianos, Oroncio y Vicente, que fueron recibidos caritativamente por Víctor y su madre. El gobernador Rufino buscaba a los dos fugitivos, y al saber dónde se hallaban, él mismo fué a casa de Aquilina para que se los entregase; pero Víctor se negó rotundamente a cumplir tal orden. Entonces todos los moradores de la casa fueron hechos prisioneros y llevados ante el tribunal, compelidos a sacrificar a los dioses; pero ellos no cejaron en su actitud, por lo cual recibieron la palma del martirio después de sufrir atroces tormentos, a principios del siglo IV. Se hace mención de ellos el 22 de enero.



SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT

Dominico (1176-1275)

DÍA 23 DE ENERO

RAIMUNDO de Peñafort, discípulo del glorioso patriarca Santo Domingo, y tercer General de la Orden de Predicadores, nació hacia el año 1176 en el castillo de Peñafort, cerca de Villafranca del Panadés, en Cataluña, de padres ricos y nobles, descendientes de los antiguos condes de Barcelona y de la familia real de Aragón.

BRILLANTES ÉXITOS. — CANÓNIGO Y ARCEDIANO

DESDE niño mostró Raimundo inclinación a la piedad y claros indicios de santidad eminente. Terminó con tanta brillantez el estudio de las humanas letras, que a los veinte años explicaba ya en Barcelona filosofía y artes liberales, desempeñando con admirable celo sus funciones de catedrático que él consideraba como importantísimas. Moldeaba a sus discípulos no menos con el ejemplo de su santa vida, que con su doctrina y enseñanza, y ponía más esmero en la formación de los corazones que en la ilustración de las inteligencias. El tiempo que podía hurtar

a sus acostumbradas tareas, ocupábalo en ayudar a los desamparados y componer los pleitos de la ciudad.

Quiso luego entregarse a estudios superiores y a la edad de treinta años determinó dejar a su patria y pasar a la universidad de Bolonia, para cursar derecho civil y canónico en aquella ciudad donde florecían muy famosos letrados. Estudió con tanta diligencia ambos derechos que en breve tiempo se graduó de doctor, alcanzando por voluntad y aclamación de toda la escuela, la primera cátedra de cánones. Enseñó allí algunos años con gran provecho de sus oyentes, pero sin querer nunca recibir el salario de su trabajo, mostrando con ello que su generosidad y abnegación corrían parejas con su saber. Admirado el senado de Bolonia del desinterés de Raimundo, y con el fin de obligarle, en cierto modo, a permanecer en la ciudad, determinó señalarle un buen sueldo. Raimundo lo aceptó y consintió en no dejar la universidad, pero de su asignación distribuía una buena parte al clero de la parroquia y a los pobres de Jesucristo.

En el ambiente de la famosa universidad lucían con sin igual brillo el esclarecido talento y rara virtud de Raimundo, que veía colmados todos sus anhelos y aspiraciones. Pero con ocasión de pasar por Bolonia don Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, solicitó llevarse consigo a Raimundo y a varios discípulos de Santo Domingo. Accedió éste sin dificultad, pero no así el ilustre catedrático, el cual, acostumbrado ya a santificar su trabajo con el ejercicio de la caridad, no pareció dispuesto a dejar un país donde tan útilmente trabajaba por la gloria de Dios.

Trató el obispo de convencerle por otros medios, exponiéndole la necesidad de la Iglesia de Barcelona, la obligación que tenía de ayudar a su patria, los peligros a que se exponen los que siguen su propia voluntad y la anteponen a la de Dios y el riesgo de caer en el lazo de la soberbia por el brillo de su fama. Rindióle al fin y le determinó a dejar su cátedra de Bolonia. No faltan autores que aseguran que el papa Honorio III intervino en el asunto, indicando a Raimundo que volviese a España para velar por la educación del joven rey de Aragón, Jaime I.

Sin embargo, no se ocupó Raimundo, al principio, de la educación del príncipe, sino del servicio de la Iglesia. Provisto de un canonicato y elevado en breve a la dignidad de arcediano, fué acabado modelo de sacerdotes santos por su vida ejemplar, su regularidad y la puntual asistencia a los divinos oficios. Las nuevas y mayores rentas de que disfrutó en Barcelona, le permitieron socorrer con más liberalidad a los necesitados, a quienes llamaba sus «acreedores». Ardía en celo de la Casa de Dios, y por eso aprovechaba todas las ocasiones para aumentar el decoro y la majestad del culto divino. La fiesta de la Anunciación solía celebrarse en aquel tiempo sin esplendor; pero merced a los ruegos de Raimundo, que era devotísimo de

la Virgen María, el obispo y cabildo determinaron que en adelante se celebrase con gran solemnidad, y el Santo dejó parte de su renta para esta fundación y en beneficio de los canónigos, los cuales —decía Raimundo— habían de ser en todo modelos de los demás eclesiásticos de la diócesis. En cuanto a él, mostrábase con todos servicial, de manera que pronto se granjeó la estima general, contribuyendo a la reforma del cabildo, más con el brillo de sus virtudes que con la autoridad de que le había investido el prelado.

ENTRA EN LA ORDEN DOMINICANA

EL secreto deseo de llevar vida más perfecta y penitente y menos expuesta a las miradas de los hombres, cuyas alabanzas temía, le inclinaban a mudar de estado. Siendo catedrático en Bolonia, tuvo ocasión de admirar las grandes virtudes de Santo Domingo y los milagros que el Señor obraba en favor de su siervo, y también en Barcelona era testigo de la vida angelical de los padres Dominicos que allí residían desde hacía poco tiempo.

Como si hubiese oído la voz de Dios que le llamaba al recogimiento para prepararle al apostolado, determinó hacerse imitador y hermano de aquellos religiosos que admiraba. Pidió humildemente el hábito de la Orden y lo tomó el Viernes Santo del año 1222, ocho meses después de la muerte del Santo Fundador. Muchas personas de noble linaje y esclarecida doctrina siguieron el ejemplo de Raimundo y entraron en la misma Orden. Raimundo edificó en gran manera a todos con su humildad y sencillez verdaderamente evangélicas. Iba a cumplir cuarenta y siete años, y sin embargo, no vivía ni menos sumiso que el menor de los novicios, ni menos diligente en aprovechar todos los medios conducentes a la adquisición de las virtudes religiosas. Raimundo puso por fundamento dèl edificio de su santidad la total abnegación de sí mismo. Las gracias que recibía en la oración, aumentaban su sed de mortificarse y servir a los prójimos. Los superiores echaron mano de esas felices inclinaciones para hacer fructificar los dones que del cielo había recibido. Pidió que le impusieran severa penitencia para expiar la vana complacencia que experimentó siendo catedrático en Bolonia. El provincial Fray Sugerio le mandó que escribiese una Suma de casos de conciencia, para que por ella se gobernasen los confesores de la Orden. Raimundo la compuso con exactitud y acierto tanto más de admirar, cuanto que trabajó sin modelo. Su obra, a juicio del papa Clemente VIII, «tan útil a los penitentes como necesaria a los confesores», fué, en efecto, la primera que salió a luz sobre esta materia.

CONTRIBUYE A LA FUNDACIÓN DE LA ORDEN DE LA MERCED

UNA de las más luminosas señales de su ardiente celo en esa época de su vida, fué el haber ayudado a la institución de la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de cautivos, fundada en tiempo del rey don Jaime I el Conquistador, tras una revelación que tuvieron una misma noche el propio rey, nuestro Santo y San Pedro Nolasco, hijo espiritual de Raimundo y preceptor de don Jaime, a los cuales apareció Nuestra Señora, declarándoles cuán agradable servicio se haría a su divino Hijo, si se fundaba una Orden religiosa y militar, cuyos miembros se obligasen con voto a redimir los cautivos que estaban en poder de los moros.

Pedro Nolasco estaba muy angustiado por la suerte de aquellos desventurados, pero como acostumbraba no emprender nada sin antes aconsejarse de su director espiritual, acudió a él para referirle la visión, quedando todavía más sorprendido, al saber que Raimundo había tenido idéntica visión, y que la Virgen le había encargado de alentarle a él en su propósito. Desde aquel momento, seguros de que tal era la voluntad del Señor, los dos Santos buscaron medio de llevar adelante la empresa y, como era preciso el consentimiento previo del rey y del obispo, fueron a entrevistarse primero con el príncipe, el cual aceptó, alabó la idea y ofreció de muy buena gana para la fundación de la Orden el concurso de su autoridad y la ayuda de sus tesoros, y se encargó de llevar por sí mismo el asunto a la aprobación del prelado. Confirieron juntos la triple aparición de la Virgen, y determinaron fundar la nueva Orden.

Existen distintos pareceres respecto a la fecha del milagroso suceso. Los Mercedarios ponen generalmente las apariciones el 2 de agosto del año 1218, y la ceremonia de la fundación, que luego referiremos, el día 10 del mismo mes; o sea que la Orden fué fundada, según ellos, en alguna temporada en que Raimundo se hallaba de paso en Barcelona, siendo catedrático de Bolonia. Pero no deja de haber partidarios convencidos de que todo ello sucedió por los años de 1223, uno después de entrar Raimundo en la Orden dominicana. Esa fecha parece más verosímil por coincidir con la que traen la cronología de dicha Orden y la de la diócesis de Barcelona.

Fué elegido el día de San Lorenzo para la solemnidad de la fundación. El rey con su corte y los magistrados de Barcelona, en devota procesión, pasaron a la iglesia catedral llamada de Santa Cruz. El obispo Berenguer ofició de pontifical y Raimundo predicó al pueblo, declarando los milagrosos sucesos que motivaban el establecimiento de la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de cautivos.

El día 27 de enero del año 1235, confirmó solemnemente la Orden el



ESTANDO *en Mallorca el rey, prohibe que nadie embarque a San Raimundo de Peñafort. Él, empero, invoca al Señor y echa el manto sobre las aguas; ata la punta del mismo a su báculo, que le sirve de mástil, y el viento le lleva mar adentro. A las seis horas arriba a Barcelona.*

papa Gregorio IX, que se hallaba en Perusa, imponiéndole la Regla de San Agustín, y Raimundo dedicó los años que le quedaban de vida a aumentar y favorecer la familia de San Pedro Nolasco, porque preveía cuán provechosa había de ser para la cristiandad.

PREDICA LA CRUZADA CONTRA LOS MOROS

EN el año 1229, el papa Gregorio IX envió a España al cardenal Juan Halgrin, obispo titular de Sabina, para tratar negocios de gran importancia, y en particular para exhortar a los reyes de la Península a que prosiguiesen con ardor la guerra contra los moros. Tenía el cardenal noticia de San Raimundo y, cuando hubo llegado a Barcelona, lo tomó por su principal ayudador, nombrándole subdelegado suyo. Compelido por obediencia a dejar la vida sosegada del convento, aceptó el Santo la pesada carga con alegría y desinterés de apóstol, viajando siempre a pie con el cardenal, su compañero, y no comiendo nunca más de lo señalado por su regla, aunque se hallase muy cansado. A todos los lugares llegaba un día o dos antes que el legado, anunciaba a los fieles su visita, predicaba la indulgencia de la cruzada, oía las confesiones y disponía con prudencia los corazones, de manera que cuando llegaba el prelado, hallaba los ánimos de la gente muy bien dispuestos y a todos determinados a ser instrumentos dóciles a los deseos del Pontífice. Quiso luego el cardenal llevar consigo a Raimundo a Roma, pero no logró vencer la resistencia del Santo.

CONFESOR DEL PAPA Y GENERAL DE LA ORDEN

DE regreso a Roma y al dar cuenta de su cometido, el legado no dejó de dar parte al Papa de los talentos y excelencias de Ramiundo, de lo mucho que le había ayudado en beneficio de la Iglesia y del admirable celo que había mostrado para el feliz éxito de la embajada. Gregorio IX, maravillado al ver el amor de Raimundo a la Santa Sede, le llamó a Roma y le hizo capellán, penitenciario y confesor suyo. Ejercitando el Santo el oficio de confesor, imponía por penitencia al Papa que despachase con misericordia y brevedad las causas de los pobres que acudían a la corte y carecían de protector. Su Santidad recibía con devoción esta penitencia, y luego mandaba a Raimundo que él mismo por sí los despachase.

Estando el Santo en Roma, vacó el arzobispado de Tarragona por muerte de Espartago que entonces era metropolitano de toda la corona de Aragón, y el Papa se lo dió a Raimundo, mandándole lo aceptara dentro de breve plazo; pero el Santo, afligido sobremanera, le suplicó que no echase sobre

sus hombros carga tan pesada que no podía llevar. Entendiendo que sus ruegos eran inútiles, le sobrevino tal congoja, que enfermó de fuerte calentura. Gregorio IX temió entonces perder un sacerdote tan útil a la Iglesia y se compadeció de él, pero quiso y mandó a Raimundo que él mismo nombrase arzobispo de Tarragona.

Poco tiempo después, debido a las grandes penitencias y largas vigilias y oraciones, el santo varón cayó en una grave y peligrosa enfermedad, aconsejándole los médicos que volviese a España. Despidióse, pues, Raimundo del Papa, el cual quedó muy afligido con su partida, y salió de Roma tal cual en ella había entrado, sin beneficios ni pensiones, ni nada de cuanto hubiera podido menoscabar la pobreza de su vida religiosa, o mudar lo más mínimo de su constante humildad. Hizo el viaje por mar en compañía de cuatro frailes, y en agosto del año 1235 desembarcó en Tosa a doce leguas al nordeste de Barcelona.

Una vez que estuvo ya en su convento, Raimundo comenzó de nuevo a llevar vida observante, cumpliendo fielmente todos los puntos de la regla, con austeridad y fervor dignos de su virtud y santidad. Tres años después fué elegido por el capítulo de la Orden para el cargo de Maestro General, pero no lo tuvo más de dos años, en los cuales ordenó algunas cosas de grande importancia para la religión. Puso mucho rigor en la obediencia regular, no sólo en las cosas sustanciales, sino también en las menores y de menos importancia, en comparación de las otras; porque, como él solía decir: «Quien en la virtud tiene en poco lo poco, no tendrá en mucho lo mucho». Puso en orden las constituciones de la religión, en la forma que las tuvieron los frailes por mucho tiempo. Visitó personalmente y a pie las provincias, con raro ejemplo de virtud y grandísima demostración de penitencia y rigor; y hallándose ya anciano y cargado de enfermedades, renunció al generalato, el año de 1240, volviendo a sus ordinarios y religiosos ejercicios. Eran éstos oración, meditación y áspera penitencia; acudía también a los negocios que los reyes de Aragón muchas veces le consultaban, pareciéndoles que siendo guiados por tan buen consejero, no podían dejar de ser muy acertados.

SE EMBARCA SOBRE UNA CAPA. — SU MUERTE

LOS príncipes, aunque sean cristianos, no por eso dejan de ser hombres, y el poder de que disfrutan los expone a mayores y más frecuentes caídas. En un viaje que el rey Jaime I hizo a Mallorca, llevó consigo a San Raimundo, pero olvidado del respeto que debía y siempre guardaba al Santo, llevó también secretamente una mujer con quien tenía mala amistad.

Llegados a Mallorca, súpolo el Santo, y pidió y suplicó con gran instan-

cia al rey que despidiese a aquella mujer. Prometióle el rey que así lo haría, pero no lo hizo, y entonces Raimundo, indignado, determinó volverse a Barcelona. Mucho desagradó al rey esta determinación; prohibió al Santo que se embarcase, y mandó a todos los marineros que ninguno de ellos le admitiese en su navío.

Raimundo, sin saber esta prohibición, una noche, después de Maitines, pidió la bendición del prior de su convento, y fué al puerto para embarcarse con otro fraile en un navío que estaba aprestado para Barcelona, mas como no le quisiesen admitir en ninguna embarcación, se fué al puerto de Sóller, distante tres leguas de aquel lugar, y halló tres barcos cargados y dispuestos a hacerse a la vela, pero tampoco estos marineros se atrevieron a llevarle.

Tomando entonces de la capa a su compañero, se fué a unas rocas que estaban más adentro del mar, y le dijo: «El rey de la tierra nos cierra el paso, pero el Rey del cielo nos proveerá de buen barco.» Dicho esto, echó la capa al agua y tomó el bordón en la mano, y haciendo luego la señal de la cruz, con fe parecida a la de Elías y Eliseo, entró y se puso sobre ella. Llamó a su compañero para que después de santiguarse entrase también él, pero el otro sintió desfallecer su fe y prefirió quedarse seguro en el puerto antes que arriesgar su vida en semejante navío.

Raimundo levantó en alto la mitad de la capa a modo de vela, y la sujetó en lo más alto del bordón que estaba hincado en medio como árbol de nave. Luego sopló un viento propicio y Raimundo comenzó a navegar, mirándose atónitos unos a otros los que presenciaban el extraño suceso. Llegó a Barcelona en espacio de seis horas, habiendo recorrido cincuenta y tres leguas, y desembarcando en el puerto, vistióse la capa que estaba tan enjuta como si la sacara de un armario, y con su bordón en la mano se fué derecho al convento. Hallándole cerrado, entró sin que nadie le abriese la puerta y se fué al prior para tomar su bendición. El estupendo prodigio se supo en Barcelona, porque mucha gente estaba presente cuando desembarcó Raimundo, y todos quedaron asombrados y alabaron al Señor. Cuando supo el rey el maravilloso suceso, se arrepintió de su pecado, y de allí en adelante siguió fielmente los consejos del Santo.

Por este milagro y por otros, que en vida hizo San Raimundo, fué tenido en suma veneración, y alcanzó mucha mayor autoridad con los Papas y con los reyes de Aragón.

Nuestro Señor tuvo a bien revelarle que deseaba servirse de los compañeros de la Orden para la conversión de los infieles judíos y moros que, a la sazón, tanto abundaban en España y en África; y, con el fin de que sus hermanos los Dominicos pudieran aprender las lenguas hebrea y árabe para comunicarse con estos infieles, mandó fundar un colegio en Murcia y otro en Túnez.

El papa Alejandro VI, entonces reinante, mandó al Padre Provincial de los Dominicos de España que enviara misioneros a tierra de infieles para predicar el Evangelio, concediendo grandes facultades a los que realizaran esta empresa, que produjo copiosísimo fruto. Fueron muchos los que entonces se convirtieron abrazando la fe de Cristo. Para lograr más fácilmente la conversión de los infieles más letrados y cultos se escribió la admirable y portentosa obra *Contra los gentiles*, que llevó a cabo el insigne Tomás de Aquino por orden de San Raimundo.

Nuestro Santo alcanzó larga vida a pesar de haber realizado una ímproba labor de apostolado incrementada grandemente durante los treinta y cinco últimos años de su carrera en este mundo, el cual abandonó rodeado de los religiosos de su convento, entre el perfume de cuyas oraciones voló su alma a Dios el día 6 de enero, fiesta de los Santos Reyes, del año 1275.

Un concilio de obispos celebrado en la ciudad de Tarragona el año 1279, suplicó al papa Nicolás III que canonizase a este eminente religioso a cuya intercesión se debían innumerables milagros, y la misma instancia hicieron diez conventos de su Orden en 1298 al papa Bonifacio VIII, a quien también acudieron en solicitud del mismo favor los príncipes de Aragón y de Cataluña.

El día 3 de junio del año 1542, el papa Paulo III dió licencia para celebrar la fiesta del bienaventurado Raimundo de Peñafort, en la provincia dominicana de Aragón, a los 7 de enero, y finalmente, el día 29 de abril del año 1601, la Santidad de Clemente VIII le canonizó con grande solemnidad, habiéndoselo suplicado el rey de España don Felipe III y la ciudad de Barcelona con el principado de Cataluña.

SANTORAL

Los Desposorios de la Virgen con San José. Santos **Raimundo de Peñafort, confesor;** *Ildefonso, arzobispo de Toledo; Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría;* Bernardo, arzobispo de Viena; Clemente, obispo de Ancira, y Agatángelo, mártires; Eusebio, monje; *Parmenas, uno de los siete diáconos de la primitiva Iglesia.* Santas *Emerenciana, compañera de Santa Inés;* Gregoria, virgen; y Mesalina, mártir.

SAN ILDEFONSO, arzobispo de Toledo. — Fruto de las oraciones de su madre Lucía a la Santísima Virgen fué Ildefonso, nacido en Toledo, verdadero compendio de la historia patria, cuyas grandezas han sido sintetizadas y cerradas con broche de oro en los sillares milenarios del Alcázar, grandiosa epopeya de los tiempos modernos.

Figura ilustre, prelado insigne, sabio eminente, apóstol denodado, gloria de la Iglesia y ornamento de España, es Ildefonso astro deslumbrante en el cielo de nuestra Patria, cuya cerrazón arriana fué desbaratada por el foco potente de

la santidad y el saber de ese preclaro arzobispo, que si primero honró el monasterio Agaliense con sus virtudes, después perfumó todo el ambiente nacional con la fragancia de las rosas hermosas de su elocuencia admirable y de sus ejemplos dignos y santos.

Su virtud característica fué la ardentísima devoción a la Santísima Virgen, por la cual mereció que la Madre de Dios se le apareciera revistiéndole de una misteriosa casulla, como obsequio y recompensa a su fervoroso celo por defender la divina Maternidad tan combatida por los arrianos.

Fue Ildefonso el martillo de los herejes y el dique fuerte y potente que supo contener la embestida demoledora de aquella horda salvaje. Dió un gran avance a la unidad nacional de España, de la cual se echaron las bases en el célebre Tercer Concilio Toledano. Compuso numerosos tratados, de entre los cuales se destaca el que escribió en defensa de la perpetua virginidad de María Santísima. Envuelto todavía en las ondas luminosas de aquella aparición de su Reina y Señora, voló al cielo a cantar eternamente las grandezas de la excelsa Madre de Dios. Era el año 677.

SAN JUAN EL LIMOSNERO, obispo y confesor. — En tiempo del emperador Heraclio vino al mundo, hijo de padres nobles por sus riquezas y más aún por la piedad. Chipre fué su patria; su virtud dominante era la caridad para con el prójimo. Daba limosna a cuantos se la pedían sin reparar en su condición de ricos o pobres. Por esto fué llamado «el Limosnero». Contrajo matrimonio contra su voluntad, pero al morir sus dos hijos, y más tarde su mujer, abrazó el estado eclesiástico llegando a ser patriarca de Alejandría. Además de la virtud de la misericordia, Juan dió altos ejemplos de paciencia y mansedumbre y de otras muchas virtudes que le merecieron la corona de la gloria el 23 de enero del año 620.

SAN PARMENAS, diácono. — Fué elegido por los Apóstoles diácono de la primitiva Iglesia en unión de Esteban, Felipe, Próculo, Nicanor, Timón y Nicolás, que son los siete primeros que ejercieron este cargo en la Iglesia de Dios. Ocupó el puesto de Esteban cuando éste hubo derramado su sangre por Dios. En compañía de Marta y María Magdalena se trasladó a Provenza, en el sur de Francia, donde predicó con éxito el Santo Evangelio. Regresó al Oriente y alcanzó la palma del martirio en Filipos de Macedonia.

SANTA EMERENCIANA, virgen y mártir. — Esta santa doncella consagró a Dios su virginidad, lo mismo que su compañera y hermana de leche Santa Inés. Los gentiles, desesperados por los numerosos milagros que se realizaban en la tumba de Santa Inés, quisieron profanar el sepulcro de la Santa; pero Emerenciana se empeñó en no querer abandonar aquel santo lugar, por lo cual fué sañudamente apedreada. Alcanzó así la palma del martirio sobre el sepulcro mismo de su querida Inés, volando a unirse para siempre a su divino Esposo, en compañía de su hermana, hacia el año 304.



Palma del glorioso mártir — Instrumentos de su martirio

SAN TIMOTEO

Discípulo de San Pablo, Obispo y mártir (26?-97?)

DÍA 24 DE ENERO

CORRÍA el año 46. Dos hombres de fisonomía muy distinta franqueaban las puertas de Listra, antigua ciudad de la Licaonia Galática, *cuyas ruinas se hallan, a lo que parece, en las cercanías* de Katún-Serai o de Zoldera, en una meseta del Tauro. Uno de ellos, de noble aspecto y bella presencia, llamábase Bernabé; el otro, calvo, de baja estatura y un si es no es feote, era Pablo, el apóstol de los gentiles. Huyendo de la persecución de Iconio, llegaban jadeantes a la citada población, *pagana aún en su mayoría*, en donde confiaban hallar almas bien dispuestas a recibir la Buena Nueva.

La divina Providencia guió sus primeros pasos, pues apenas llegados a Listra tuvieron tratos con una familia judía, que tal vez se hallaba emparentada con San Pablo, según parece insinuarlo Orígenes. La componían una venerable anciana llamada Lois, su hija Eunice y el hijo de ésta, Timoteo. Lois y Eunice observaban fielmente la ley de Moisés, y Pablo se refiere a esto cuando al final de su vida les tributa un elogio por «la fe sincera que conservaban en sus corazones» (*II Tim.* I, 5). Timoteo, cuyo nombre significa «el que honra a Dios», estaba en la flor de la edad, pues contaba a

la sazón unos veinte años, ya que cinco más tarde, al volver el Apóstol a Listra, creyó que, a pesar de su juventud, estaba en condiciones de recibir el sacerdocio. Eunice, condescendiendo con su esposo, no circuncidó a Timoteo a los ocho días de nacido, conforme lo ordenaba la ley de Moisés; no obstante, había velado con el mayor cuidado por su educación, y según San Pablo (*II Tim.* III, 15), desde la más tierna edad le había alimentado espiritualmente con la lectura de los Libros Sagrados. Así se comprende cómo las enseñanzas del Apóstol, cayendo en terreno tan bien preparado, produjeran abundantes frutos de virtud y santidad. Pronto abrazaron la fe cristiana Lois, Eunice y Timoteo, y fueron bautizados por San Pablo.

Poco tiempo después un acontecimiento extraordinario debía impedir a San Pablo continuar su obra bienhechora, tanto cerca de la familia de Lois como de los demás habitantes de la ciudad, que en crecido número habían acogido la palabra de Dios. Predicando un día Pablo vió entre los oyentes a un hombre tullido desde su nacimiento, y, mirándole fijamente, le dijo: «En nombre de Jesucristo, levántate y anda.» Y en el acto, obedeció el paralítico, se levantó y echó a andar como si nunca hubiese estado enfermo. A vista de tal prodigio, la multitud prorrumpió en gritos de júbilo, aclamando a los apóstoles como a dioses bajados del cielo, llegando a tal extremo su admiración que quisieron ofrecer un sacrificio a los desconocidos. Fueron necesarios todos los recursos de la elocuencia de San Pablo para hacerles desistir de su intento. Algún tiempo después aquella misma multitud, engañada y amotinada por judíos pérfidos llegados de Antioquía y de Iconio, apedreó a los dos apóstoles y dejó a Pablo como muerto en la vía pública. Pudo al fin levantarse y se encaminó a casa de Eunice, donde recibió amable acogida y le curaron las heridas. Al día siguiente partió de la ciudad, no sin recomendar a esta santa mujer se cuidase del cultivo de la semilla divina que él había depositado en el corazón de su hijo; Eunice puso especial empeño en cumplir esta delicada misión.

VOCACIÓN DE TIMOTEO AL APOSTOLADO

CINCO años más tarde, probablemente en el 52, San Pablo volvía a Listra, encaminando sus primeros pasos a casa de Eunice, que le ofreció nuevamente generosa hospitalidad. Halló a Timoteo en plena virilidad y con toda la gracia de sus veinticinco años, habiendo correspondido admirablemente a las lecciones de su santa madre y a los dones naturales y sobrenaturales con que el Señor le había enriquecido, disponiéndole así para ser su sacerdote y apóstol. Todos reconocían en Timoteo cualidades y gracias nada comunes, no escatimándole los elogios.

Pablo presintió que el Señor, según expresión de San Juan Crisóstomo,

iba «a devolverle con Timoteo lo que le había quitado con Bernabé». Observó, pues, con cuidado las aptitudes y disposiciones de Timoteo y decidió asociarle a su apostolado. Aunque tímido por carácter y de salud más bien delicada que robusta, Timoteo aceptó la oferta del Apóstol con la docilidad de un novicio. Regocijóse sobremanera el corazón del Apóstol, pero aun quiso esperar, pensarlo más y no perder diligencia ni precaución antes de dar un paso tan grave; fué a Iconio en compañía de su discípulo, y en esta ciudad recibió también los mejores informes en favor del nuevo elegido. Entonces ya no vaciló más y le impuso las manos en presencia del Colegio de presbíteros. En aquel mismo instante, la gracia del Señor descendió abundante en el alma del nuevo presbítero, gracia señalada de que el Apóstol tuvo revelación divina *(Tim.* IV, 1), que más tarde recordará a Timoteo, conjurándole la suscite nuevamente en sí mismo.

SU CIRCUNCISIÓN. — RUMBO A GALACIA EN COMPAÑÍA DE SAN PABLO

ORDENADO de sacerdote, recibió Timoteo la misión de predicar el Evangelio. Sin embargo, como hijo de padre pagano, no había recibido la circuncisión, y ello podía crearle serias dificultades en el ejercicio de su ministerio, puesto que los judíos no habrían reconocido fácilmente la autoridad de un incircunciso. En tan delicada coyuntura, Pablo dió pruebas de alto sentido práctico de las cosas y de condescendencia muy señalada. Personalmente, estaba muy convencido de que la circuncisión no podía imponerse a los paganos que abrazasen el cristianismo; tanto que prevaleció su tesis en la asamblea de Jerusalén; pero admitía asimismo que tampoco se podía prohibir a los que consintieran de buen grado. En el caso presente creyó que convenía acceder a las ideas de aquel tiempo, sin menoscabo de la fe; y por ello, tomando aparte a su discípulo le circuncidó *(Hechos,* XVI, 3). Timoteo comprendió las sabias y prudentes razones que aducía su maestro, y con humildad admirable se sometió a aquella dolorosa ceremonia, para mayor eficacia de su ministerio.

Suprimido todo obstáculo. Pablo —dice San Juan Crisóstomo— creyó bueno conferir a su discípulo la dignidad episcopal. Con la plenitud del sacerdocio, recibió Timoteo el poder de gobernar la Iglesia y el don de milagros; desde entonces ambas vidas estuvieron íntimamente unidas a causa de sus correrías apostólicas.

Llevando a Silas en su compañía, los dos misioneros partieron de Iconio, atravesaron la Frigia y llegaron a Galacia, Pablo y Timoteo convirtieron a muchos gálatas. organizando en el país diversas comunidades que pronto

adquirieron gran florecimiento. Los resultados obtenidos en esta primera misión sirvieron de precioso estímulo al discípulo del Apóstol; esto no obstante, pronto hubo de saber que no faltan sinsabores y amarguras en la vida apostólica. Tres o cuatro años más tarde, los tornadizos gálatas prestaron oídos a falsos doctores, en forma tal, que Pablo se vió obligado a escribirles una carta vehemente, exhortándolos a permanecer fieles a la doctrina que él mismo les había enseñado.

PRIMERA MISIÓN EN MACEDONIA Y GRECIA

AL salir de Galacia, Pablo y Timoteo partieron para Misia con ánimo de visitar el Asia proconsular, donde se levantaban ciudades populosas como Éfeso y Esmirna, pero el Espíritu Santo no lo permitió *(Hechos,* XVI, 6). Pablo resolvió entonces pasar a Bitinia; pero nuevo aviso del cielo le obligó a renunciar a su proyecto. Tomando la vía del noroeste y atravesando la Misia, los dos viajeros descendieron por las pendientes del Ida para llegar a la campiña de la antigua Troya y luego a Troas, a orillas del mar. Allí, una noche, mientras descansaba Pablo, se le apareció un hombre y le dijo: «Ven a Macedonia, y socórrenos.» *(Hechos,* XVI, 9). A la mañana siguiente el Apóstol, en compañía de su amado discípulo, buscó una nave que partiera con rumbo a Macedonia; después de hacer escala en Samotracia, desembarcaron en Neápolis —la actual Cavala—, internándose en el país hasta Filipos.

En este punto hubo de sufrir Timoteo la primera gran prueba de su misión apostólica, que fué la de separarse de su maestro. El éxito más halagüeño había coronado los esfuerzos de Pablo y de sus auxiliares, pero precisamente este resultado encendió la envidia y la ira de los judíos fanáticos, refractarios a la predicación del Evangelio. Denunciado a las autoridades civiles, Pablo fué encarcelado, y si bien quedó milagrosamente libertado de su prisión, hubo de huir de la ciudad. Antes de partir, aceptó el gran sacrificio de separarse de su fiel discípulo, al que dejó al frente de la nueva Iglesia. Por primera vez el joven misionero debía valerse por sí solo, asustándole su natural tímido; resignóse, sin embargo a este sacrificio, y desplegó gran celo en el cumplimiento de su cometido. El Cielo le recompensó con auxilios y consolaciones sensibles. Sin duda, ya desde entonces, los filipenses, que siempre fueron para San Pablo los hijos predilectos, merecieron aquellas felicitaciones del Apóstol, cuando hacia el fin de su vida alabándolos por su obediencia, les decía: «Sois mi alegría y mi corona» *(Filip.* II, 12; IV, 1).

Al partir de Filipos, Pablo se encaminó hacia Tesalónica —la actual



SAN *Pablo ha elegido a San Timoteo como socio y ayuda para predicar el Evangelio. Al embarcarse con el Apóstol de las Gentes, el discípulo se despide tiernamente de los suyos, mientras San Pablo bendice solemnemente a los cristianos que le han acompañado hasta el navío.*

Salónica— yendo después a Berea, en donde Timoteo pudo juntarse con él. Poco después, el Apóstol tuvo que salir de Berea y fué a Atenas, llevándose consigo al discípulo predilecto; pero poco tiempo pudieron quedarse juntos, pues habiendo recibido Pablo noticias poco satisfactorias de Tesalónica, donde los fieles se hallaban expuestos a toda clase de vejaciones y persecuciones, y no pudiendo ir él personalmente a consolarlos y fortalecerlos en la fe, juzgó oportuno enviarles a Timoteo para hacer sus veces. Una vez más mostróse Timoteo digno de la confianza con que le honraba y, cumplida su misión con el éxito más halagüeño, regresó a la ciudad de Atenas; como no hallase a Pablo, que se había trasladado a Corinto, allí fué a juntarse con él. Entonces escribió Pablo su primera epístola a los tesalonicenses para felicitarlos por su fervor y perseverancia. Poco después, escribióles la segunda carta, esclareciendo diversos puntos de doctrina y de moral. En el encabezamiento de estas dos epístolas quiso Pablo que constase el nombre de Timoteo junto al suyo.

TIMOTEO ACOMPAÑA A SAN PABLO A JERUSALÉN. — NUEVAS MISIONES EN MACEDONIA Y EN GRECIA

AÑO y medio, más o menos, permanecieron ambos apóstoles en Corinto. En la primavera del año 55, Pablo decidió trasladarse a Jerusalén para asistir a las fiestas de Pascua o de Pentecostés, cosa no bien averiguada; Timoteo le acompañó en su viaje. Detuviéronse algunos días en Éfeso, y se encaminaron a la Ciudad Santa, pasando por Cesarea de Palestina.

¡Cómo debió regocijarse el piadoso discípulo al pisar por primera vez la tierra santificada por la presencia del Salvador! ¡Cómo se inflamaría su corazón de amor y gratitud al visitar Belén, el Cenáculo, la gruta de la Agonía, el Calvario, el monte Olivete! ¡Cuál sería su alegría al conversar con Pedro, el jefe de la Iglesia; con Juan, el discípulo amado; con Santiago, el hermano del Señor; teniendo también quizá la suerte de ver a todos los demás Apóstoles! En efecto, si es cierto que San Dionisio Areopagita le dedicó su libro *De los Nombres divinos*, hallóles a todos congregados para asistir, según reza la tradición, al dichoso tránsito de la Madre de Dios, siendo él mismo testigo de tan glorioso acontecimiento.

Pero era menester privarse de la felicidad de habitar en medio de aquellos inolvidables recuerdos de Jerusalén, para entregarse de nuevo a los trabajos del apostolado. Al cabo de algunas semanas, Pablo manifestó la conveniencia de emprender nuevas correrías que duraron cuatro años. El Apóstol de las gentes volvió a ver la mayor parte de las Iglesias que había fundado;

permaneció tres años en Éfeso y llegó hasta Iliria, desde donde regresó a Jerusalén. En Listra pudo Timoteo abrazar a su piadosa madre. En Éfeso encomendóle San Pablo una doble misión. Ciertos abusos se habían introducido entre los cristianos de Corinto, y juzgando Pablo que en aquella circunstancia convenía remediar el mal por la bondad antes que por el rigor, enconmedó a su discípulo, cuyo carácter paciente y bondadoso conocía, la solución de este asunto. Al propio tiempo le ordenó que pasara por Macedonia para recoger las ofrendas destinadas a los fieles de Jerusalén. Cuando Timoteo llegó a Grecia, ya le había precedido una carta de Pablo, en la que éste recomendaba a los corintios que le dieran buena acogida. Por otra parte, la situación había mejorado, pudiendo Timoteo juntarse pronto con su maestro en Macedonia, tal vez en Filipos. Desde allí —según Fillión— Pablo escribió a los corintios su segunda carta, encabezándola con su nombre seguido del de Timoteo.

SEGUNDO VIAJE A JERUSALÉN. — VIAJE A ROMA

HACIA fines del año 58, fué Pablo a Corinto, donde permaneció tres meses; su intención era embarcarse a primeros del año siguiente y llegar a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés. Al fin hubo de modificar su proyecto y subió a Macedonia para embarcarse. Timoteo y algunos otros compañeros, siguiendo el consejo del Apóstol, tomaron el camino más corto y fueron a encontrarlo a Troas, desde donde se hicieron a la vela con dirección a Mileto; allí permanecieron algún tiempo, y por fin desembarcaron en Tolemaida. Lo restante del camino lo hicieron a pie.

Una prueba cruel, surgida inesperadamente en Jerusalén, dió a Timoteo ocasión de demostrar al maestro cuán grande era la adhesión y afecto que le profesaba. Acusado por los judíos y denunciado a la autoridad civil, Pablo fué encarcelado en la fortaleza y conducido después a Cesarea ante el gobernador romano de la Judea. Timoteo hizo entonces cuanto humanamente pudo para consolar al cautivo en su aislamiento de Jerusalén y de Cesarea, en donde el Apóstol permaneció dos años (59-61) privado de libertad. Al cabo de este tiempo, Pablo, que había apelado al César, fué llevado a Roma, a donde llegó en la primavera del año 62. Se ignora si Timoteo le acompañó en este viaje, pues los *Hechos de los Apóstoles* no le mencionan; en todo caso, pronto se debió juntar con él, puesto que vemos su nombre con el de Pablo en las Epístolas a los colosenses, a los filipenses y a Filemón, que fueron escritas desde Roma hacia el año 65. Apoyándose en la Epístola a los hebreos (XIII, 23), algunos comentaristas opinan que Timoteo fué arrestado allí y reducido a prisión. Sea lo que fuere, cuando Pablo fué puesto en libertad, partió para España a principios del año 64, y regresó a Italia para

volverse al Asia; parece natural suponer que Pablo tomó, como de costumbre, a Timoteo por compañero de viaje.

Gustaba particularmente el gran Apóstol tenerle por compañero en viajes y en circunstancias de tantos peligros y trabajos, porque San Timoteo lo sobrellevaba y pasaba todo con grande alegría, con esfuerzo y mucho espíritu sobrenatural, lo cual admiraba y alentaba más a San Pablo, considerando la flaqueza y poca edad del discípulo.

SAN TIMOTEO, OBISPO DE ÉFESO. — SU MARTIRIO

DETÚVOSE el Apóstol en Éfeso y allí tomó una grave determinación. Sintiendo acercarse el fin de su carrera, le pareció bien proveer de gobierno a las Iglesias que había fundado. Confió, pues, a su discípulo predilecto la dirección permanente de los cristianos de Éfeso, instituyéndole primer obispo de esta ciudad. Contaba a la sazón Timoteo unos cuarenta años, y hubo de resignarse a llevar sobre sus hombros la pesada carga que se le imponía, no sin derramar copiosas lágrimas al separarse de su maestro. Por su parte, el Apóstol no debía dejarle enteramente. Un año más tarde, escribíale desde Macedonia su primera carta; algún tiempo después, fué a verle a Éfeso, y finalmente, el último año de su vida, le mandó una segunda carta desde su prisión en Roma, mostrando en estas ocasiones gran ternura y delicada solicitud para con su discípulo, aconsejándole minuciosamente acerca de la administración de su diócesis o en relación con su vida privada y aun descendiendo al cuidado de su salud, afecto que no se desmintió en ningún momento. Antes de morir, el Apóstol hubiera querido ver a Timoteo, y en su segunda carta le manifestó este deseo, invitándole que fuera a Roma. Ignoramos si Timoteo pudo cumplir su deseo, pero lo que está fuera de duda es que al enterarse de la muerte de su querido maestro, en el verano del año 67, sintió vivísimo dolor.

Las relaciones que Timoteo entabló con San Juan Evangelista mitigaron su aflicción y le sostuvieron en sus dificultades. El Apóstol de la caridad, había, en efecto, establecido su residencia habitual en Éfeso y ejercía la jurisdicción apostólica en toda el Asia Menor; Timoteo tuvo con él repetidas pláticas y se aprovechó de sus consejos. Pero algunos años después sobrevinieron nuevas pruebas; la persecución de Domiciano privó al obispo de Éfeso de su segundo maestro. Algunos comentaristas creen que el desterrado de Patmos, se refería a Timoteo en estas palabras a la vez laudatorias y severas: «*Conozco tus obras, y tus trabajos, y tu paciencia, y sé que no puedes sufrir a los malos, y que has examinado a los que dicen ser apóstoles y no lo son, y los has hallado mentirosos; y que tienes paciencia, y has pa-*

decido por mi nombre sin desmayo. Pero contra ti tengo que has perdido el fervor de tu primera caridad. Considera, pues, de dónde has decaído; y arrepiéntete, y vuelve a la práctica de las primeras obras: porque si no voy a ti, y removeré tu candelero de su sitio, si no hicieres penitencia. Pero tienes esto de bueno, que aborreces las acciones de los nicolaítas, que yo también aborrezco» (Apoc. II, 2-6). Sea de ello lo que fuere, si Timoteo decayó un tanto de su primitivo fervor, reparó una infidelidad pasajera con una muerte heroica.

En el año 97, según opinión probable, el pueblo de Éfeso celebraba las fiestas de Diana, su principal divinidad; el 22 de enero habían organizado una procesión en honor de la diosa, entregándose como cada año a toda clase de excesos. Timoteo salió al encuentro de la comitiva con ánimo de suspenderla; pero el populacho exasperado se arrojó sobre el pontífice, moliéndole a pedradas y a palos y arrastrándole por las calles. Recogiéronle los cristianos medio muerto, y lo trasladaron a una colina próxima, donde expiró al poco tiempo entre los brazos de sus fieles.

Su cuerpo fué enterrado en un lugar llamado Pión cerca de Éfeso, donde algún tiempo después edificóse una iglesia y descansaron sus restos durante más de dos siglos.

En dicha traslación se obraron grandes milagros, de los que dió testimonio San Paulino, asegurando también San Jerónimo que así que el cuerpo de nuestro Santo fué depositado en la iglesia mencionada, demostraron con grandes rugidos los espíritus infernales el temor que sus reliquias les infundían.

Las reliquias de San Timoteo fueron llevadas a Constantinopla en el siglo IV, junto con las de San Andrés, y depositadas en la basílica de los Santos Apóstoles el 24 de junio de 356. De allí pasaron a Térmoli (Italia) en cuya catedral se veneran actualmente. El Martirologio romano hace memoria del Santo el 9 de mayo. Su fiesta, fijada en la Iglesia latina el 24 de enero, fué elevada a rito de doble por Pío IX el 18 de mayo de 1854. En esta ocasión proclamó el Soberano Pontífice y lo repitió en muchas otras, «que todo honor le parecía poco para aquellos santos que, instruídos por los mismos Apóstoles, iluminaron a la Iglesia naciente con los resplandores de sus heroicas virtudes y con la claridad de las enseñanzas que dieron al mundo a costa del sacrificio de sus vidas».

San Ignacio, en una epístola que escribe a los de Éfeso, les dice: «Vosotros habéis conversado con Pablo, y con Juan, y con el fidelísimo Timoteo.» Y en otra epístola que dirige a los de Filadelfia, dice que Timoteo se debía contar entre los santísimos varones que pasaron su vida en virginidad y pureza. Por las cartas de San Pablo a Timoteo se echa de ver el gran aprecio que le tenía. En una de ellas, cuando aun estaba Pablo en prisión, le ruega que vaya a Roma a fin de tener el consuelo de verle una vez antes de morir.

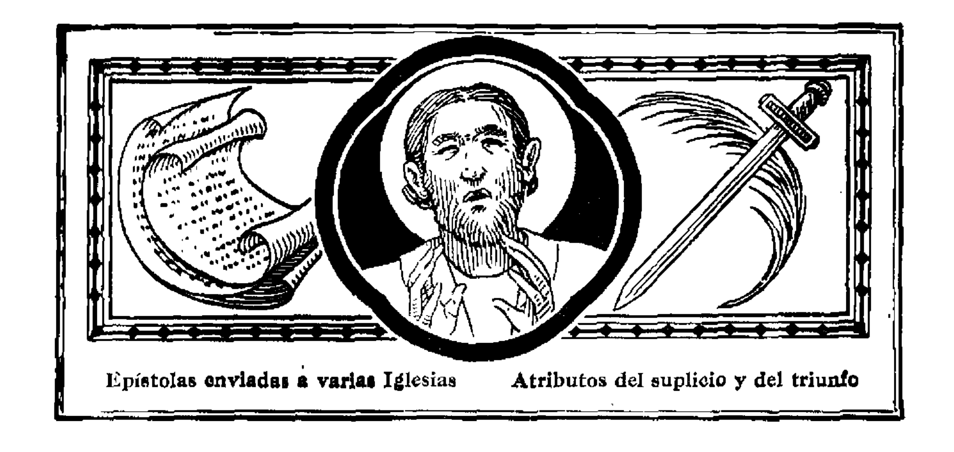
SANTORAL

La Descensión de la Virgen Santísima a Toledo. Santos **Timoteo**, ***Babilas***, **Feliciano** y Cadoc, obispos y mártires; Eugenio, Tirso y Sabiniano, mártires; Macedonio, solitario; Exuperancio, obispo; Artemio, sacerdote; Babilés, maestro de niños en Villaviciosa, cerca de Madrid, martirizado por los sarracenos con ochenta discípulos suyos en el año 715.

LA DESCENSIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN A TOLEDO. — Esta fiesta, genuinamente española, por toledana, tiene por objeto celebrar las delicadezas de María Santísima para con su capellán y apóstol San Ildefonso, a quien regaló una maravillosa casulla bordada por los ángeles, en pago del celo con que defendió su privilegio de Madre de Dios, en contra de los herejes que lo negaban. Era la víspera de la nueva solemnidad de la Expectación de Nuestra Señora; la noche densa aparecía iluminada por las antorchas encendidas de la religiosa comitiva que acompañaba a Ildefonso al canto solemne de los Maitines. Un vivo resplandor alumbraba las amplias naves del Templo cuando entraba en él el séquito; hubo un momento de confusión, de espanto; desbandada general; sólo el Arzobispo adelantaba resuelto entre aquel mar inmenso de luz. Ante el altar de la Virgen se hallaba arrodillado Ildefonso, rezándo a su Señora, la cual, con gran asombro del prelado, descendió de su trono y se aproximó a su fiel siervo envolviéndole en una mirada suavísima mientras le hablaba encantadoras frases de célica armonía y cubría sus hombros con la indicada casulla. Conmovido el Arzobispo, exhaló amorosos suspiros que fueron a perderse en las altas bóvedas del cielo después de besar el trono augusto de la Madre de Dios.

—También celebra hoy la Iglesia de Toledo la fiesta de Nuestra Señora de la Paz, para conmemorar el rescate de su famosa catedral arrebatada a los hijos de Mahoma que la tenían convertida en mezquita desde hacía tres siglos y medio.

SAN BABILAS, obispo de Antioquía. — Fué uno de los prelados más preclaros de la sede de Antioquía; la ocupó durante treinta años con gran edificación y provecho de los fieles. Su entusiasta celo apostólico y la entereza de carácter fueron sus virtudes favoritas. Tuvo que negar al emperador Felipe la entrada al Templo por haber dado muerte al emperador Gordiano. Y en otra ocasión se vió obligado a repeler con violencia al gobernador Numeriano, que pretendía entrar en la iglesia de Antioquía, sin duda para profanarla. El gobernador, entonces, mandó prenderle y atormentarle, ordenando su degollación el día 24 de enero, reinando el emperador Decio. Quiso ser enterrado con los hierros que le oprimían, a los que miraba como el instrumento de su triunfo. Un siglo después, el césar hizo transportar sus reliquias a Antioquía, en la comarca de Dafne, a diez leguas de esta ciudad, y mandó levantar una iglesia bajo su advocación al lado del templo de Apolo. Desde entonces este ídolo enmudeció. Enfurecido Juliano el Apóstata, ordenó que trasladasen de allí las reliquias de San Babilas. El traslado se hizo con gran pompa, y a la noche siguiente un rayo redujo a cenizas el altar y la estatua del falso dios.



CONVERSION DE SAN PABLO

Apóstol (siglo I)

DÍA 25 DE ENERO

JESÚS, el Hijo de Dios, el Salvador de los hombres, había vertido su Sangre en el Gólgota y muerto en la Cruz expiando los crímenes de la humanidad. Los infieles judíos, los pérfidos fariseos, cantaban victoria y pregonaban su triunfo sobre aquel hombre que se llamaba el Mesías prometido. Creían que ya no resonaría la voz de Jesús por aquellos campos de Judea, ni volverían a presenciar sus habitantes los milagrosos portentos del Hijo de Dios; pensaban que, en adelante, ya no serían testigos de las predicaciones evangélicas que tanto contradecían y condenaban su doctrina y su conducta; soñaban en el triunfo definitivo de la Sinagoga sobre la Iglesia de Cristo.

Mas, no; la iniquidad no podía triunfar de la Verdad. Jesucristo, verdadero Sol de Justicia, debía salir de su tumba más resplandeciente que el sol en una mañana de primavera. Aun resonará su voz divina y autoritaria bajo el cielo azul de Palestina; aun podrán recrearse con sus enseñanzas aquellos súbditos fieles y aquellos apóstoles que le han acompañado en sus correrías mesiánicas y le verán un día subir la cielo, glorioso y triunfante como Rey conquistador que sube a tomar posesión de su reino.

ID POR TODO EL MUNDO

ERA una tarde dorada de la primavera. Los once discípulos se habían congregado en la falda del monte que Jesús les había indicado. Pronto llegó a ellos el Maestro y, al verle, le adoraron. Acercándose Él, amoroso, desplegó sus divinos labios y dejó caer estas palabras llenas de entusiástico celo y de consoladora esperanza: «Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra; id, pues, e instruid a todas las naciones del mundo, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto os he mandado. Y estad ciertos de que Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (*Mat.* XXVIII, 18-20). Y aquellos Apóstoles, llenos de fe en las palabras de su Divino Maestro y enardecidos por el celo de la gloria de Dios, se dispersaron por el mundo para sembrar la Buena Nueva y llevar a todas partes la lumbre de la verdad. A su paso por los pueblos iban haciendo nuevos prosélitos en favor de la buena causa; los cristianos aumentaban al compás de la predicación evangélica.

Pero los judíos no podían ver con buenos ojos este resurgimiento espiritual, no podían permanecer impasibles ante el seguro avance del cristianismo. Tenían que oponerse a este movimiento. Pero, ¿cómo? La predicación de sus maestros y seguidores no lograba ni podía convencer a nadie porque estaba desprovista de la verdad. Mas lo que ellos no alcanzaban con las palabras querían obtenerlo con los hechos y por la vía de la fuerza: hechos inhumanos. vergonzosos y crueles. Empezaban entonces las persecuciones.

SAULO, EL PERSEGUIDOR

CIEGOS por el fanatismo y ebrios de furor, los asesinos de Cristo quisieron hacer desaparecer de la faz de la tierra toda semilla de cristianismo. Entre los más encarnizados perseguidores se hallaba la secta de los fariseos, a la que pertenecían los padres de Saulo, quien desde pequeño había bebido el odio más profundo a los seguidores del Divino Crucificado; pero aun aumentó este odio cuando asistió a la escuela de Gamaliel, famoso doctor de la Ley que enseñaba en toda su integridad la doctrina farisaica.

Con tales aprendizajes resultó Saulo el mayor enemigo de los cristianos, a los que buscaba y perseguía con afán desmedido. El martirio de Esteban, al cual estuvo presente, lejos de enternecerle, aun le enardeció más, y le incitó a desear el mismo suplicio para todos los cristianos. Se le veía inquie-

to, como un lobo que está acechando las ovejas; penetraba en los domicilios de los cristianos, los sacaba de casa y los conducía a las cárceles, donde los afligía con indecibles tormentos.

CAMINO DE DAMASCO

QUIÉN iba a decir que este cruel tirano estaba en vísperas de ser trocado en un apóstol de aquel Señor a quien tanto perseguía? ¿Cómo podía nadie imaginarse que aquel lobo carnicero se vería muy pronto convertido en manso cordero? Pero lo que es imposible al hombre, es sumamente fácil a Dios.

Siguiendo Saulo en su mal intento y perseverando en su maldad, ávido de la sangre de los inocentes cristianos, encontraba pequeños los estrechos límites de Palestina para dar rienda suelta al furor de su pasión, y pidió autorización par trasladarse a Damasco, ciudad enclavada allende el monte Líbano, en donde florecían más y más las virtudes cristianas y en donde quería el perseguidor segar los tiernos tallos que empezaban a crecer en el jardín de la Iglesia de Cristo.

Acompañado de varios servidores que debían cumplimentar sus órdenes, y destilando odio en su corazón, emprendió Saulo el camino hacia Damasco con aires de conquistador y ufanándose por anticipado de la rica presa que iba a lograr. Pero éste fué precisamente el momento elegido por Dios para triunfar con su gracia de aquel enemigo suyo y convertirle en un vaso de elección.

La comitiva, jinetes de la muerte, avanzaba presurosa por el polvoriento camino; a sus espaldas habían dejado la ciudad deicida de Jerusalén, y allá, en frente, no muy lejos se divisaba Damasco, objetivo final del viaje. Mas de repente se rasgaron los cielos, una cascada de luces vivísimas cegó al pobre Saulo, el cual, como herido por un rayo, cayó del caballo que montaba, no pudo levantarse del suelo, y atónito oyó una voz como de trueno espantoso que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Y él, más muerto que vivo, respondió: «¿Quién sois Vos, Señor?» Y el Señor le dijo: «¡Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Dura y difícil empresa has tomado; en vano tiras coces contra el aguijón». Y Saulo, tembloroso y turbado, aun no repuesto del susto y como fuera de sí, dijo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Mandóle el Señor que se levantase y entrase en la ciudad, porque allí le dirían lo que había de hacer. Según un autor, Jesús llegó hasta el fondo del alma de Saulo después de este diálogo, con las siguientes palabras: «Levántate y estáte en pie, porque yo me he dejado ver de ti para hacerte ministro y testigo de las cosas que has visto y de otras que te manifestaré. Yo te saqué de las manos de este pueblo y de las naciones, a las cuales te

envío ahora, para que, abriendo sus ojos, pasen de las tinieblas a la luz y del imperio de Satanás al de Cristo, y para que reciban la remisión de sus pecados y la herencia de los Santos por medio de la fe que hace creer en Mí.»

Los compañeros de Saulo escuchaban estas palabras sin participar de la celeste visión. Los rayos divinos se escondieron, los cielos se replegaron y Saulo fué levantado sin ver nada a su alrededor aunque tenía los ojos abiertos. Y, por maravillosa contraposición, los ojos de su alma se iban abriendo cada vez más y empezaban ya a distinguir las claridades infinitas de la Verdad absoluta que deseaba envolverle con los brazos extendidos, como los tiende una madre para abrazar a su hijo querido.

SAULO, EN LA CIUDAD

ACABADA la visión y verificada la mutación escénica del exterior y la conversión del interior, Saulo fué conducido por sus compañeros de viaje a la ciudad de Damasco, y aquel que en el delirio de su fantasía se había imaginado una entrada ruidosa y apoteósica, iba atravesando las calles trémulo y avergonzado sin ver a la multitud que, en vez de vitorearle y aplaudirle, le observaba curiosa y llena de compasión, por ver en tan lastimoso estado al hombre fuerte y vigoroso que todo lo llenaba con la fama de sus atrocidades.

Fué conducido a casa de un hebreo llamado Judas y permaneció allí tres días ciego sin comer ni beber, a causa de la honda impresión que le produjo la divina aparición. No quiso hablar con nadie en todo aquel tiempo. Ayunaba y rezaba; el recuerdo de la muerte del diácono Esteban hería su alma con delirio escalofriante. Allá en el fondo de su interior resonaba constantemente el eco del «¿por qué me persigues?»

La gracia iba penetrando en su alma como a torrentes. Al tercer día aquel pobre ciego tuvo un sueño: le parecía que un hombre se acercaba a él, ponía las manos sobre su frente y le curaba. Al mismo tiempo Jesús se apareció a un hombre temeroso de Dios, de sólida virtud, un alma según la Ley, respetado por los mismos judíos, y su nombre era Ananías, encargándole que fuese a la calle llamada Recta, y que en ella buscase a un hombre llamado Saulo, natural de Tarso, al cual hallaría en oración. Ananías quedó sorprendido por este encargo, pues conocía muy bien la ferocidad de Saulo y sus malos intentos de ir a Damasco. Pero el Divino Maestro le replicó: «No importa; ve donde te mando; ese hombre es un vaso de elección, escogido por Mí para que predique mi doctrina delante de las naciones, delante de los Reyes de la tierra y delante de los hijos de Israel. Así, ya le tengo mostrado y prevenido lo mucho que ha de padecer por mi amor.»



DE *repente, una gran claridad envuelve a los viajeros. Saulo, derribado del caballo por una fuerza irresistible, oye una voz misteriosa que le dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Y él responde: —«¿Quién sois Vos, Señor?...» Y luego: —«¿Qué queréis que haga?»*

Ananías obedeció la voz del Señor y se dirigió al lugar donde moraba Saulo. Una vez en presencia del ciego, extendió las manos sobre su cabeza, diciéndole: «Saulo, hermano, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino, me ha enviado aquí para que te restituya la vista y seas lleno del Espíritu Santo.» Al mismo tiempo cayeron de los ojos de Saulo unas como escamas, y advirtió que veía de nuevo; luego se postró en tierra alabando a Jesucristo que, a la vez que le curaba la ceguera del alma le devolvía la vista del cuerpo. Saulo escuchaba atento las enseñanzas de Ananías: «El Dios de mis padres —le dijo éste— te ha escogido para conocer su voluntad, para ver lo justo y escuchar la voz de su boca; porque tú serás su testigo delante de todos los hombres, de cuanto has visto y oído. Pero, ¿qué tardas? Levántate, recibe el Bautismo y lava tus pecados invocando su nombre.» Allí mismo, levantándose Saulo, fué bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y así aquel hombre viejo fué trocado en el hombre nuevo que tanta gloria había de reportar a la Iglesia de Dios.

CORRESPONDENCIA A LA GRACIA

PERMANECIÓ Saulo algunos días con los discípulos del Señor, preguntándoles por los milagros, vida, Pasión y muerte de su Maestro. Ya había renacido en el agua y el Espíritu, y Saulo ya no era Saulo, era Pablo, el gran Pablo, el Apóstol de las Gentes. Con él la Sinagoga perdía al más celoso de sus defensores, y la Iglesia ganaba al más temible de sus adversarios. Todo el ardor que ponía en la persecución días atrás, después lo manifestó en la predicación entusiasta de la doctrina de Cristo.

Como dice un autor: «La palabra de Pablo brotaba cual despeñado torrente de amor divino, anegando en oleadas purísimas el corazón de los hombres; recorrerá animoso, decidido, valiente, todos los pueblos de la tierra y en torno suyo se congregarán las razas más opuestas, unidas por el lazo de un mismo ideal. Será rayo que incendie, huracán que tronche y alud que aplaste; el judaísmo, el gentilismo, el filosofismo, serán ante Pablo como nubes deshechas, desgarradas por las ardientes saetas que dispara un sol...»

Pablo recorrió Antioquía, Chipre, Pafos y Salamina; evangelizó también a Tesalónica y Lidia, y confundió a los sabios del Areópago de Atenas; y aun se asegura que visitó a nuestra Patria, desembarcando en Tarragona. Sus numerosas epístolas o cartas constituyen un código sublime de los deberes del cristiano. De tal modo se convirtió, que pudo exclamar estas palabras de divina inspiración: «Vivo yo, mas no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí».

GRANDEZA DE ESTA CONVERSIÓN

EL papa San Gregorio dice en el libro de sus *Diálogos,* que es mayor milagro dar Dios vida a un alma muerta por el pecado que resucitar a un cadáver; porque el cuerpo resucitado ha de volver a morir, mientras que el alma vuelta a la vida puede conservarla para siempre. Si grande y admirable fué la resurrección de Lázaro, más grande y mucho más admirable fué la conversión de Saulo, para la cual fué menester todo el poder de Dios.

Aunque todas las conversiones de los pecadores son maravillas de Dios, sin embargo, de ninguna celebra la Iglesia fiesta particular, si no es de la de San Pablo. El Padre Ribadeneira aduce para ello algunas razones que expondremos brevemente. Saca la primera razón de las palabras del Evangelio dichas por Nuestro Señor para darnos a entender que en el cielo hay más gozo por un pecador que se convierte y hace penitencia que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella. Pero, ¿qué regocijo no habrá en el cielo por la conversión de un tan gran pecador como Saulo, y que con tantas veras se volvió a Dios e hizo penitencia, y fué espejo de santidad y un vivo retrato de Jesucristo? El gozo nace del amor, y donde hay grande amor hay grande gozo cuando se alcanza lo que se ama. Y, habiendo amado tanto Dios a Pablo como lo indica el hecho de su conversión con todas sus consecuencias, no es maravilla que el cielo haga tan gran fiesta por esta conversión y que la Iglesia militante quiera participar de esta alegría de la Iglesia triunfante.

Constituye la segunda razón de este regocijo la novedad y manera tan extraña con que Dios convirtió a San Pablo, el cual perseguía cruelmente a la Iglesia del Señor con propósito de aniquilarla y asolarla, llenaba de sangre las calles de Jerusalén y mataba a los fieles. El modo de esta conversión es maravilloso. En efecto; para convertir a la ciudad de Nínive, Dios envió al profeta Jonás; para convertir al pueblo de Israel, envió a Moisés y a los otros profetas; para convertir al mundo envió a su Unigénito Hijo, abatido y pobre, y a los Apóstoles, desnudos y menospreciados; mas para convertir a Saulo baja el mismo Dios y se manifiesta glorioso y vestido de luz. Le llama dos veces: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?, a fin de darle a entender que dos veces había venido al mundo por él, y que se hallaba en un sueño tan profundo que era menester que le llamase muchas veces para que oyera la voz de Cristo.

La tercera razón es por la excelencia y perfección de todas las virtudes que el Señor comunicó a San Pablo en esta conversión. Los demás pecadores, cuando se convierten, van poco a poco llorando sus pecados y pasan grandes dificultades antes de entregarse a Dios de veras; pero a San Pablo

parece que luego le dió el Señor la llave de sus tesoros y las riquezas de sus dones y de su amor; porque de tal manera le transformó, que le mudó de pies a cabeza, y de perseguidor le hizo predicador, y de lobo, pastor; y el que antes procuraba matar a los cristianos, luego deseó morir por Cristo.

La cuarta razón es por el fruto inestimable que de esta conversión ha recibido la Iglesia, pues además de tener en San Pablo un modelo de virtud y de imitadores de Jesucristo, tiene en él un apóstol que trabajó incesantemente en extender y propagar la misma Iglesia, por la cual sufrió hambre, sed, desnudez, azotes, persecuciones, cárceles y toda clase de tormentos; incluso el martirio; y enseñó con aquella admirable y divina filosofía que nos revela la bondad del Padre, el fruto de la Redención del Hijo y la grandeza del amor del Espíritu Santo.

Admirable y santificadora es la doctrina enseñada por San Pablo, el cual la recibió de Dios, según él mismo lo confirma en una de sus cartas a los gálatas: «Hágoos saber que el Evangelio que yo os he predicado, no es cosa de hombres; pues no lo he recibido ni aprendido de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.»

Y ¡con qué celo predicaba él esta doctrina! Es que estaba plenamente convencido de la verdad y poseía un intenso amor a Dios y a la Cruz. Nos enseña que nosotros los cristianos debemos gloriarnos en la cruz de Jesucristo, en quien está la salud, la vida y la resurrección. Insiste en que debemos hacer guerra continua al pecado, pues el pecado es el que clavó a Cristo en la Cruz, y nos exhorta a que detestemos nuestras culpas y mortifiquemos nuestra carne, a fin de completar en nuestro cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo.

Todos los hombres, en cualquier estado y profesión, pueden encontrar en la doctrina de Pablo las enseñanzas correspondientes a su estado para vivir conforme al espíritu del Evangelio. A esta fuente del verdadero saber pueden acudir a beber los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, los que mandan y los que obedecen, lo amos y los criados, los padres y los hijos, las doncellas y las casadas, los hombres y las mujeres. A todos, en fin, conviene la doctrina de Pablo, del cual se sirvió Dios para enseñar a todo el mundo, según dice San Ambrosio: «Todas las naciones han de beber de su plenitud» y han de aprender de él que «Jesús es el Hijo de Dios». Por esto la Iglesia le llama el Doctor de las Gentes, el Apóstol por antonomasia, y le considera como el duodécimo apóstol del Señor, que se sentará en una de las doce sillas para juzgar al mundo, cuando el Hijo del Hombre aparezca sentado en el trono que como a Hijo de Dios le corresponde.

Y con el fin de mejor ganar las almas para Jesucristo, Pablo se hace todo para todos. Encontramos muy acertado lo del Padre Ribadeneira cuando dice que: «Lo que admira es verle bajar del cielo a hacer, ya oficio de

labrador, que cultiva el campo de la Iglesia; ya de arquitecto, que la edifica; ya de médico, que la cura; ya de soldado, que la defiende; ya de doctor, que la enseña; ya de padre, que la engendra; ya de ama, que le da el pecho y la cría con su leche; ya de juez severo, que reprende y castiga; ya de madre piadosa, que la halaga y regala;...»

Y nos maravilla pensar que aquel hombre perseguidor de Cristo mereció ser arrebatado hasta el tercer cielo, donde oyó palabras y vió cosas que no es dado al hombre comprender.

No desesperen, pues, los pecadores, y piensen que también ellos podrán adquirir la gloria del cielo. Estos tales aumenten su confianza en la misericordia de Dios, porque Él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Pero ello no quiere decir que el pecador pueda presumir su salvación sin hacer de su parte cuanto pueda para conseguirla, esperando que Dios se la regale de modo maravilloso como hizo con San Pablo. Lo ordinario es que quien vive mal, acaba mal; porque «el árbol caerá del lado hacia el cual estuviere inclinado.»

En consecuencia, hemos de saber preguntar a Dios, como San Pablo: Señor, ¿qué queréis que haga?; y sepamos aceptar como norma de nuestra conducta lo que conozcamos ser voluntad divina, mirando a nuestro modelo San Pablo, el cual nos dice: «Sed mis imitadores como yo lo soy de Jesucristo».

SANTORAL

La Conversión de San Pablo. Santos *Ananías, obispo y mártir; Proyecto, obispo y mártir;* Donato y Sabino, mártires; *Poppón, monje; Apolo, abad;* Bretannión, obispo, en Escitia; Publio de Zeugma, abad; Juventino y Máximo, mártires en tiempo de Juliano el Apóstata; Manfredo, solitario; Poncio, obispo de Gerona. Santas Susana de Babilonia, cuya inocencia fué probada por el profeta Daniel, y Elvira, virgen y mártir en Lisboa.

SAN ANANÍAS, discípulo de Jesucristo. — Moraba en Damasco cuando tuvo lugar la caída de Saulo en el camino que desde Jerusalén conducía a esa ciudad. Tuvo una visión en la que el Señor le dijo que fuese a encontrar, en casa de Judas, a uno de Tarso, llamado Saulo, recientemente convertido. Cúpole, pues, la honra de devolver la vista y bautizar al gran Apóstol de las Gentes, cuya conversión conmemora hoy la Iglesia. (Véanse las páginas 254 y 256).

San Agustín supone que, en ese momento, Ananías era ya sacerdote, fundándose en que Saulo fué enviado a él para que recibiese de su mano el sacramento, cuya dispensación dejo Jesucristo al sacerdocio de su Iglesia. Según el Martirologio Romano, después de haber predicado en Damasco, de donde fué obispo, en Eleuterópolis y en otras poblaciones, fué cruelmente azotado por orden del juez Licinio, y, finalmente, apedreado por judíos y paganos, y así consumó el martirio.

SAN PROYECTO, obispo y mártir. — Nació en Auvernia a mediados del siglo VII, de padres muy cristianos. Enviado a la escuela monacal de Iciodorum, hizo rápidos progresos, reveladores de su gran talento, que no pasó inadvertido para Ginés, obispo de Clermont. Se distinguió siempre por su austeridad, modestia, caridad y recogimiento en la oración, siendo su virtud predilecta el amor al silencio, que había aprendido en las Vidas de los Santos que leía con frecuencia y avidez. Siendo diácono dió pruebas inequívocas de poseer un talento especial para la administración de los bienes de la Iglesia que le confió Ginés, y de los de un monasterio de monjas que le encargó el obispo Félix, sucesor de aquél en la sede de Clermont. Fué notorio a todo el pueblo el prodigio obrado por Proyecto restituyendo la vida a un obrero que murió sepultado por una pared que le aprisionó entre sus ruinas. Esto fué causa de que le eligieran para obispo, cargo que desempeñó con gran celo y con inmensa satisfacción de todos. Los innumerables milagros que obró le dieron extraordinaria fama. Murió derramando su sangre por Dios, pues una espada le atravesó el pecho y otro golpe brutal le hizo saltar los sesos. Esto ocurrió el 25 de enero del año 673.

SAN POPPÓN, monje. — Nació en Flandes en el transcurso del año 978, de padres sumamente distinguidos por sus virtudes y nobleza. Un mes después de su nacimiento perdió a su padre en un hecho de armas en pro de Arnoldo, Conde de Flandes. Su madre, en medio de tanta pena, no encontró consuelo sino en el cariño y amor a su tierno hijo Poppón, en quien concentraba la razón de todo su vivir. El niño fué creciendo, aunque con salud muy precaria; se dedicó, como su padre, a la carrera de las armas; pero más inclinado estaba a la vida tranquila y sosegada que al bullicio que demandaba la posición de su familia. Deseoso de besar los lugares santificados por Nuestro Señor durante su vida mortal, le alentaron a realizar una peregrinación a Jerusalén; después de realizarla, tuvo inmensa satisfacción; pero no contento aun con esto, se encaminó también a Roma, lugar que le atraía vivamente a causa de los recuerdos históricos que atesoraba. Despreciando la oferta de un enlace matrimonial distinguido, se encerró en un monasterio, en el que acabó santamente sus días, el 25 de enero del año 1048.

SAN APOLO, abad. — Frisaba en los quince abriles cuando se retiró a la soledad para hacer penitencia, permaneciendo allí más de cuarenta años. Por orden del cielo fuése a la Tebaida, donde quedó establecido abad de un célebre monasterio. Hizo portentosos milagros, destacando aquel por el cual aumentó, en las despensas de su monasterio que estaban vacías, el pan, en tanta abundancia, que pudo alimentar con él, por espacio de cuatro meses, a todo el Egipto, castigado a la sazón con el azote de una terrible carestía. Voló al cielo hacia el año 395.


Ostia, puerto de Roma — El santo Cenáculo de Jerusalén

SANTA PAULA

Viuda (347-404)

DÍA 26 DE ENERO

TRAZA ordinaria de la admirable providencia de Dios, suele ser la de ayudar a los santos varones en la ejecución de sus empresas sobrenaturales, con el auxilio de mujeres insignes y virtuosas. El Señor dispone de esta suerte las cosas, para que así como en las familias del siglo hay padre y madre, así los haya también en las grandes familias religiosas, compuestas de innumerables miembros destinados a perpetuar las obras santas de sus preclaros fundadores. Ejemplo de ello tenemos en Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, los cuales, animados del mismo espíritu, trabajaron juntos en la reforma de la sagrada orden carmelitana, levantándola a su antigua perfección. Por eso también, el nombre de Santa Paula, cuya vida aquí traemos, es inseparable del de San Jerónimo, que fué su maestro y ayudador en la obra de su santificación y en la fundación y gobierno de sus monasterios.

Paula nació en Roma el 5 de mayo del año 347, en el pontificado de San Julio I y en el reinado de los emperadores Constante y Constancio. Por su madre Blesila y probablemente por su padre Rogato, descendía de los Gracos, Escipiones y Paulos Emilios, cuyos hechos gloriosos llenaron los anales

romanos; dícese también que su padre era descendiente directo del «rey de reyes» Agamenón, generalísimo griego de la legendaria expedición de Troya.

Con la riqueza y la gloria, Paula halló en su cuna la fe cristiana, implantada más de dos siglos antes en su ilustre raza. Recibió sólida formación religiosa, junto con una educación intelectual y artística esmeradísima.

Pero la calma que siguió a las sangrientas persecuciones, introdujo en la Iglesia cierto relajamiento en la piedad, y Paula no se libró del contagio. Educada en medio del lujo y las exquisiteces de su posición social, casóse a la edad de 16 años con el rico patricio Julio Toxocio, de la familia de Julio César, alma noble y espíritu delicado, pero pagano, y así Paula no supo librarse de la molicie tan en boga.

Mas Dios, a quien ella no olvidaba en medio de esta opulencia, le envió una gran tribulación que fué para su alma una gracia y una luz.

LA VIUDA CRISTIANA

TODO sonreía a la joven patricia: esposa amada, madre feliz que se veía rodeada de cinco hijos encantadores y despejados; era la flor de las matronas romanas por la distinción y más que todo por la integridad de su castidad conyugal. Pero llegó el momento escogido por Dios: una enfermedad maligna le arrebató súbitamente al esposo, hacia el año 379. Paula, sumida bajo el peso del dolor, parecía que no había de sobrevivir mucho tiempo, pero poniéndose en manos de Dios, levantóse llena de fortaleza: la gracia le hizo entender el mérito del sacrificio y de la virtud.

Dócil a esta inspiración de lo alto, resolvió Paula pasar el resto de sus días en la viudez, revistiéndose de sus severas insignias. Ayudóle no poco ver en medio de la sociedad patricia tan corrompida, modelos y auxilios valiosos, tales como Marcela, Albina y Lea, quienes en sus palacios habían introducido la soledad y las austeridades de la Tebaida.

Paula se decidió generosamente por este género de vida. Terminado el plazo del luto, hizo en 380 lo que se llamaba entonces «el propósito santo», esto es, abrazó la vida monástica. La oración, la penitencia, los oficios de caridad eran la ocupación de su vida. Sus esclavos libertados fueron en adelante sus hermanos, convirtiéndose sus palacio en un verdadero monasterio.

Un acontecimiento singular permitió el Señor para acrecentar más y más en su alma el deseo de mayor perfección. Dos obispos orientales, antiguos monjes del desierto, varones de mucha autoridad y acendrada virtud, llegaron a Roma el año 382 para asistir al concilio convocado por el papa San Dámaso, en el que iban a tratarse asuntos de la Iglesia de Oriente: eran

Paulino, obispo de Antioquía, y San Epifanio, obispo de Salamina. Los acompañaba San Jerónimo, monje ya célebre a la sazón. Paula hospedó a Epifanio en su palacio, viniendo a ser como rayo del cielo que penetró en aquella casa. Gustaba Epifanio hablar de la vida monástica que había practicado largos años y de los monasterios fundados por él; y Paulino, que se hospedaba en otra casa, solía venir a tener parte en esas pláticas. La piadosa viuda los asediaba con preguntas acerca de la vida de los Padres del yermo, y escuchaba con avidez las palabras que brotaban de sus labios.

LA VIDA MONASTICA EN UN PALACIO

TERMINADO el concilio, los dos monjes obispos regresaron a Oriente, dejando en Roma a San Jerónimo, retenido por el Papa en calidad de secretario y encargado de la revisión de las Sagradas Escrituras. Muy pronto surgió entre la gente selecta e ilustrada de Roma un movimiento extraordinario en favor de los estudios bíblicos, acudiendo a las conferencias que San Jerónimo daba en el monasterio de Santa Marcela en el monte Aventino. Paula concurría con sus hijas, escuchaba con suma atención al maestro y le hacía múltiples consultas, determinándose por fin a tomarle por director espiritual de su alma. Jerónimo comprendió muy pronto que era aquella un alma predestinada a la más encumbrada perfección; y la impulsó con decisión a proseguir el camino emprendido.

El lecho de plumas y los ricos vestidos de seda de la ilustre matrona fueron sustituídos pronto por el cilicio, y los manjares delicados por los más comunes y ordinarios. Su fortuna vino a ser, más que antes, el recurso y patrimonio de los pobres. Paula recogía al vagabundo sin hogar, procuraba vestidos a los pobres harapientos, alimentos y medicinas a los enfermos desamparados, e iba en busca de los indigentes por los barrios extremos de Roma. Sus parientes criticaban esas larguezas, que consideraban excesivas y menguaban la herencia de sus hijos; pero la Santa, llena de fe, respondía: «¿Qué mayor herencia puedo legar a mis hijos que la misericordia divina?»

San Jerónimo, hombre enérgico y partidario de cierta rigidez, no consentía en sus dirigidas una piedad encogida y apocada, que suele encubrir la ignorancia más supina so capa de santidad. Prescribió, pues, a Paula el estudio de los Sagrados Libros. Más tarde escribió el santo doctor que «no era posible hallar espíritu más dócil que el de Paula», y que «ésta tuvo siempre ardiente amor a los monasterios y a las Sagradas Escrituras».

Para conocer más a fondo la ciencia de los Libros Santos, Paula emprendió el estudio de la lengua hebrea con extraordinario empeño, estudio tan árido que casi había desanimado a su propio maestro. Pronto pudo cantar los salmos en el idioma sagrado en que fueron compuestos.

Ni las obras de caridad ni sus ocupaciones y estudios fueron nunca óbice para cumplir sus obligaciones de madre. Antes bien, sabemos que se preocupaba de su querida Blesila que la abrumaba de pena, pues, aunque comprometida ya por los lazos del matrimonio, le hacía derramar lágrimas por su vida de disipación y ligereza; buscaba, además, para su segunda hija Paulina un esposo cristiano; en cuanto a Eustoquio, la hija tercera, la perla entre sus hijas, la discípula predilecta de Jerónimo, acababa de tomar a los 16 años el velo de las vírgenes; y por fin, la educación de Rufina y de Toxocio, que aun eran jovencitos, la preocupaban sobre manera.

A ORIENTE, TIERRA SANTA Y EGIPTO

CON todo, el desierto y sus moradores eran la obsesión de su alma. Atraíala el Oriente, así como a cierto número de vírgenes consagradas al Señor que, como ella, se sentían llamadas a vivir en aquellas áridas regiones, en donde florecía la santidad. Varias circunstancias favorables aceleraron el cumplimiento de su heroica determinación. En primer lugar, la edificante muerte de su querida Blesila, que volvió a la senda de las virtudes cristianas por las lágrimas y oraciones de su madre; luego, los reproches e indigno proceder de sus parientes paganos; y por fin, la partida de Jerónimo, que resolvió sustraerse a los groseras calumnias que los cristianos cobardes y los falsos monjes propalaban contra él, y finalmente el profundo disgusto que causaba a su alma austera el espectáculo de la corrupción cristiana.

Nada, por otra parte, contenía a la piadosa matrona; Paula había repartido la hacienda entre sus hijos; Toxocio, confiado a Santa Marcela, se hallaba al abrigo de los peligros del mundo; Rufina quedaba al cuidado de Paulina, desposada con el virtuoso senador Pamaquio; y su hija Eustoquio estaba decidida a acompañarla a la soledad.

Llegó el día de la partida, en septiembre del año 385. Paula se encaminó al puerto romano acompañada de sus parientes y amistades y, trance muy doloroso, de sus queridos hijos, que aun confiaban hacerla desistir de su propósito de dejarlos para siempre.

Cuando llegaron al puerto, estrechó contra su pecho a aquellos seres queridos que no debía volver a ver y que la bañaban con sus lágrimas. Luego, acompañada de Eustoquio, subió al barco donde habían tomado pasaje buen número de vírgenes, primicias del futuro monasterio de Belén. En el momento en que el viento y los remos iniciaron la partida del barco, Toxocio tendió anhelante los brazos hacia donde estaba su madre, suplicándola que no le dejase tan niño, y Rufina, prometida ya en matrimonio, parecía con-



CUANDO *el navío suelta las amarras, el tierno Toxocio, con los brazos en alto, suplica a su madre que no le abandone. Rufina, prometida ya, dice con sus lágrimas calladas que espere al menos hasta el día siguiente a la boda. Paula, empero, mira al cielo y piensa que es servidora de Cristo.*

jurarla con lágrimas silenciosas a que esperase siquiera hasta presenciar sus cercanas bodas; pero, venciendo el amor a Dios al de la naturaleza, Paula se alejaba, insensible al parecer, con su hija Eustoquio, mirando con ojos enjutos una separación que no podían menos de llorar aun los más extraños.

El barco bogaba ligero a través del Mediterráneo y las Islas Cícladas. Habiendo hecho escala en Salamina (Chipre), Paula fué a postrarse a los pies de San Epifanio, y visitó los monasterios de los alrededores, dejando por doquier testimonios de su inagotable caridad. A fines de noviembre desembarcaba en Seleucia, puerto de Antioquía; allí encontró a San Jerónimo, a quien el venerable obispo Paulino tenía como huésped.

Nuestra Santa experimentaba ardientes ansias de ver a Jerusalén. Organizada la caravana, púsose en marcha; la intrépida Paula, la delicada matrona de otro tiempo, que se hacía llevar en brazos de sus esclavas, caminaba ahora sobre un asnillo. Sus compañeras —mejor dicho— sus hijas espirituales iban también montadas en humildes jumentillos de Oriente, y así traspusieron los montes nevados del Líbano y recorrieron la tierra de Judea.

Por fin, después de venerar cuantos recuerdos piadosos halló a su paso, entró en la Ciudad Santa sobrecogida de una emoción indescriptible. Informado el procónsul de su llegada, envió a su encuentro una escolta y le preparó habitación en el palacio pretoriense; pero Paula, agradeciendo esas atenciones, prefirió una casilla pobre y humilde que se acomodaba mejor a su nuevo estado de perfección.

Desde aquel instante, su única ocupación fué visitar los Santos Lugares. El Calvario fué lo primero que atrajo su corazón y sus miradas. Postrada ante la Cruz, expuesta a su veneración, adoró a Nuestro Señor como si lo viese suspendido del sagrado leño. De allí bajó al Sepulcro y besó con ternura la piedra que el ángel apartara y, sobre todo, el lugar mismo donde había reposado el cuerpo del Salvador.

Después de la Ciudad Santa, visitó a Belén con indecible embeleso. Penetró con la mayor piedad en la cueva bendita donde nació Cristo nuestro Señor, dando pábulo a su fervor con toda suerte de exclamaciones piadosas. Hebrón, Jericó, el Jordán, Tiberíades, fueron uno tras otro testigos de idénticas manifestaciones de devoción y fervor.

Satisfecha su piedad con los recuerdos de Jesucristo, Paula ansiaba ver a los santos moradores del desierto de la Tebaida, de los cuales tantas maravillas había oído. Visitó a Nitria, en donde el venerable obispo Isidoro, confesor de la fe, salió a su encuentro con multitud de monjes. La santa viuda se humillaba con tales honores, de los que se juzgaba indigna, pero se alegraba sobre manera al ver que Dios era así glorificado en las soledades. Visitó a San Macario, a San Arsenio, a San Serapio y a otros muchos patriarcas del yermo; no se cansaba de ir a los pies de estos grandes ascetas

a enterarse de su género de vida y examinar sus moradas. Olvidando su sexo y su frágil salud, hubiera querido vivir con sus vírgenes en el desierto, y hubiera llegado a realizar su propósito, si el recuerdo de Belén no ejerciera sobre ella una atracción irresistible.

Aprovechando el viento favorable, volvió en el mes de mayo del año 386 a Belén con la intención de quedarse allí hasta el fin de su vida. Su primer cuidado fué levantar cerca de la santa cueva, un monasterio para sus hijas —las vírgenes que la acompañaban— y otro para Jerónimo y sus compañeros. Al terminar ambas construcciones, mandó edificar una hospedería para atender a los peregrinos.

Tan pronto como se vió libre de estos cuidados, determinó poner en práctica las maravillas de santidad que había visto en los desiertos de la Tebaida, comenzando por distribuir entre los pobres cuanto le quedaba de sus antiguas riquezas y de la herencia de Eustoquio. Procuraba San Jerónimo que moderase sus liberalidades, recordándole aquel lugar del Evangelio, en que dice el Salvador: «El que tiene dos túnicas, dé la una al que no tiene»; pero la Santa replicaba: «Yo quisiera morir tan pobre que tuviese que vivir de limosna, de suerte que no me quedara ni una moneda de plata, ni siquiera un sudario para amortajarme.»

No cesaba de llorar sus menores faltas con tal amargura que cualquiera la juzgaría reo de gravísimos delitos. Amonestábala San Jerónimo que no llorase tanto, porque no perdiese los ojos tan necesarios para leer la Sagrada Escritura; y la Santa respondía: «Justo es que sea afeado el rostro que, contra la ley de Dios, procuré hermosear con afeites, y que sea afligido el cuerpo que gozó de tantas delicias.»

Sus abstinencias eran espantosas, pero aunque tan austera consigo misma, para sus vírgenes y particularmente con las enfermas, era una madre llena de ternura y de atenciones. No se distinguía de las demás religiosas ni por el hábito, ni por el mando ni por su porte, sino sólo por la mayor santidad y fervor. Como todas las monjas que tenía a su cargo, mondaba y limpiaba la verdura, encendía el fuego, barría el monasterio, y así las inclinaba al sacrificio antes con sus ejemplos que con sus palabras. Cantaban todos los días el Salterio y, siguiendo una costumbre que duró muchos siglos, Paula obligaba a sus hijas a aprender de memoria los salmos. Finalmente, para guardar con más fidelidad el tesoro de la virtud, alentaba a las jóvenes a la práctica sostenida del ayuno, diciendo que valía más padecer del estómago que del alma. En esta manera de apreciar las cosas parece reflejarse el criterio de la austeridad de San Jerónimo, al que ciertamente hubiera atenuado un tanto la moderación de un San Francisco de Sales.

SANTA PAULA Y SAN JERÓNIMO

EN el monasterio de Belén, cuyo director espiritual era San Jerónimo, el estudio de las Sagradas Letras estaba en todo su apogeo. Paula y sus hijas acudían con frecuencia al sabio doctor en demanda de luces para mejor entenderlas, y a instancias de ellas escribió las admirables traducciones y comentarios de la Biblia.

En cambio, con sus continuos favores, Paula le libraba, lo mismo a él que a sus monjes, de los cuidados materiales; le proveía de secretarios, y pagaba con largueza a los buenos judíos que le acompañaban en las exploraciones de Tierra Santa. En calidad de abnegada consejera alentaba a San Jerónimo y le protegía contra las odiosas embestidas de los herejes y adversarios que le perseguían con su calumnias.

Se puede decir —y San Jerónimo lo afirma categóricamente— que la Santa fué el alma de la gran empresa conocida con el nombre de Vulgata, obra que inmortalizó a su maestro y ha sido en todo tiempo arma bien templada para defender la fe y manantial inagotable de inspiración pura para la piedad cristiana.

La cuna del Salvador fué para Paula fuente perenne y deleitosa de delicias espirituales, pero no le faltó la cruz hacia el fin de su vida. Sus austeridades y larguezas excitaban más y más la envidia de muchos y, por el contrario, su excesivo fervor le hacía pasar por loca en Jerusalén, donde se decía que necesitaba someterse a una operación cerebral.

Por entonces sostenía San Jerónimo una violenta polémica con Rufino a propósito del origenismo. El obispo de Jerusalén, que favorecía el partido de Rufino, llegó hasta prohibir a los solitarios de Belén la entrada en la santa cueva. Es más, trataron los herejes de atraer a su doctrina a Santa Paula. Un astuto origenista penetró en el monasterio, so pretexto de hacer una visita a la Santa, y la conversación recayó sobre cuestiones hábilmente preparadas para acorralarla y turbarla. Ofendida de semejante audacia y escandalizada de aquella locuacidad criminal, informó Paula a San Jerónimo, quien tomó sobre sí el asunto, acometiendo con valor a la «víbora maligna, a la fiera dañina», abrumándole con multitud de textos del Antiguo y Nuevo Testamento. En cuanto a ella, sin temer las represalias de los origenistas, poderosísimos en Palestina, elevó la voz proclamando por todas partes que aquellos herejes eran enemigos del Señor.

En el año 395, los hunos, que llenaron de ruinas el imperio romano, cayeron sobre el Oriente como rayo desolador. Jerónimo, Paula y los moradores de los monasterios huyeron a toda prisa hacia las orillas del mar y fletaron un barco para evitar el degüello y bárbaros atropellos. Sin embargo,

los invasores respetaron a Belén, y los monjes y las vírgenes pudieron volver sin temor a sus monasterios. Por el mismo tiempo otras tribulaciones laceraron el corazón amante de Paula: murió Paulina y al poco Toxocio; estas pruebas acabaron de disponerla para el cielo.

MUERTE DE SANTA PAULA

HACIA fines del año 403 cayó enferma Santa Paula. Presa de general consternación quedó todo el monasterio y en particular Eustoquio, que la sirvió en esta ocasión con todas las ternuras de su amor filial.

Entretanto, sintiendo Paula por la frialdad de sus miembros que se acercaba la muerte, seguía musitando algunos versículos de los salmos, hasta que, poniéndose los dedos en forma de cruz sobre los labios, no se la pudo entender más. Estaban en la cabecera el obispo de Jerusalén y los de otras ciudades; San Jerónimo y multitud de sacerdotes y levitas rodeaban el lecho; sin que faltasen los coros de purísimas vírgenes y santos monjes que rezaban salmos. Súbitamente, oyendo el divino llamamiento del Esposo en el versículo: *Levántate, ven, amada mía, paloma mía, pues el invierno y las lluvias han cesado,* exclamó llena de júbilo: «Aparecieron las flores sobre la tierra, ya llegó el tiempo de la recolección. Me parece vislumbrar la herencia del Señor en la tierra de los vivos.» Luego, con espíritu tranquilo, con bella serenidad en el semblante, entregó su preciosa alma al Criador. Fué su dichoso tránsito al trasponerse el sol el 26 de enero del año del Señor de 404.

Fué llevado su venerable cadáver en hombros de obispos a la iglesia de la Cueva del Salvador, acompañando unos a su entierro con velas de cera y lámparas en las manos, y dirigiendo otros los coros de los que iban cantando salmos. Toda Palestina concurrió a los funerales, hasta los solitarios salieron de su encerramiento, los pobres y las viudas, mostrando los vestidos que habían recibido de sus manos, la aclamaban por madre bondadosa. Su cuerpo fué depositado en una gruta próxima al Portal de Belén.

SANTORAL

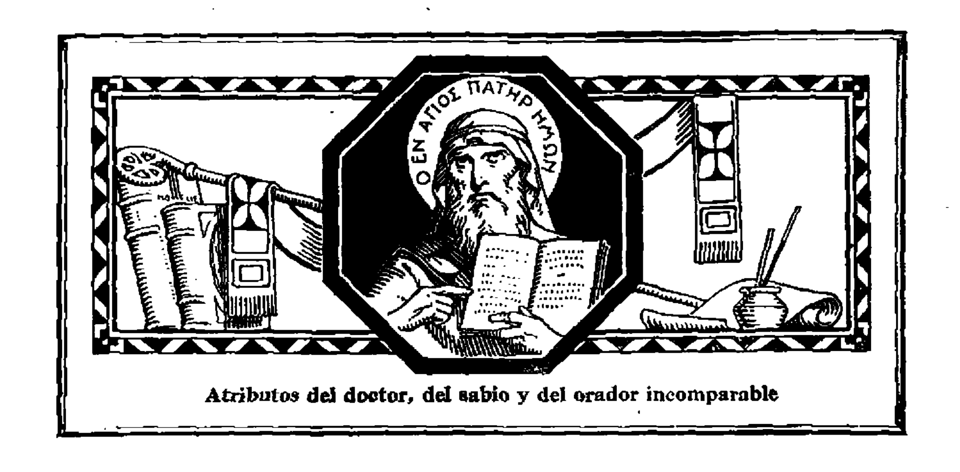
Santos *Policarpo* y Teógenes, obispos y mártires; Conón, obispo de la isla de Man, en el mar de Irlanda; *Severiano, varón apostólico y obispo en las Galias; Ansurio, obispo de Orense;* Alfonso, Pelayo, Sisnando y otros, en Rivas de Sil. Santas Paula, viuda; *Batilde, reina,* y Victorina, mártir.

SAN POLICARPO, obispo y mártir. — Trabó amistad con varios discípulos del Señor, especialmente con San Juan Evangelista, que le nombró obispo de Esmirna, cumpliendo su cometido con gran satisfacción y edificación de todos y provecho de la Iglesia naciente. Rompió lanzas contra los herejes e instruyó a los fieles para que supieran guardarse de estos hijos primogénitos de Satanás. Tenía tal fama de santidad, que a su paso las gentes besaban la fimbria de sus vestidos, convencidos de la influencia que por ello habían de experimentar. Todo el progreso del Cristianismo en Asia se atribuía a Policarpo, por lo cual sus enemigos quisieron darle muerte, lo que realizaron en los últimos años del reinado del Antonino Pío. Le arrojaron a un león hambriento, pero el fiero animal se trocó en manso cordero; después fué echado en medio de las llamas de una inmensa hoguera, pero no ardió ni un hilo de su vestido ni se produjo la menor quemazón en su cuerpo. Finalmente, una tajante espada le cortó el hilo de la vida, abriéndole el reino de los cielos, que tan meritoriamente había conquistado con la santidad de su vida.

SAN SEVERIANO, obispo. — Fué uno de los compañeros de Marcial, discípulo de San Pedro. Cuando San Marcial fué a las Galias para evangelizarlas, le siguieron varios amigos, intrépidos y celosos como él. Con apostólica abnegación predicaron la doctrina de Cristo en la región de la Lozère, donde obtuvieron resonantes éxitos. Fué San Severiano uno de los que más se esforzaron en hacer desaparecer las tinieblas del error, que tan siniestramente envolvían las inteligencias de los pobres moradores de aquella comarca, cuyo rey, lo mismo que toda su familia, abandonó el paganismo y abrazó el Cristianismo. En pago de este favor, Severiano obtuvo la herencia de todos los bienes que este rey dejaba, al morir sin sucesión. El monarca en su testamento lo dejaba todo al que se considerase más apto para producir la felicidad de sus súbditos. El pueblo entero creyó que nadie como Severiano reunía tales aptitudes, y, en su consecuencia, heredó dichos bienes y fué soberano de Gevaudán, pasando este título y sus derechos a sus sucesores los obispos de Menda. La Revolución acabó con estos privilegios.

SANTA BATILDE, reina. — Era reina, pues se hallaba casada con Clodoveo II, del cual tuvo tres hijos, que debían heredar el trono. Siendo todavía menores de edad cuando murió su padre, quedó Batilde encargada de la regencia del reino, gobernando con tan gran acierto que causó la admiración de todos. De modo que, además de ser modelo de esposas, de madres y de reinas, lo fué también de gobernantes. Con ella la monarquía se cubrió de gloria y desapareció de sus dominios la simonía, que todo lo infestaba. Al fin se retiró a una abadía fundada por ella, en donde pasó los quince últimos años de su vida, y murió llena de méritos el día 26 de enero del año 680.

SAN ANSURIO, obispo de Orense. — Nació y vivió en España, a fines del siglo IX y murió en 925. Fué nombrado obispo de Orense, cuya diócesis gobernó muchos años con gran sabiduría y piedad. Conociendo que se acercaba el fin de sus días, renunció a su obispado y se retiró al monasterio de San Esteban de Ribas de Sil, en el que vivió aún dos años como el más humilde de los religiosos. Dios le concedió el don de milagros y el de profecía. Fué muy amigo de San Rosendo, obispo de Santiago de Compostela y abad benedictino. Murió santamente el 26 de enero.



Atributos del doctor, del sabio y del orador incomparable

SAN JUAN CRISÓSTOMO

Patriarca de Constantinopla, Doctor de la Iglesia (344?-407)

DÍA 27 DE ENERO

JUAN, cuya incomparable elocuencia le valió el sobrenombre de *Crisóstomo*, que quiere decir *Boca de oro*, nació en Antioquía, entre los años 344 y 347, de padres cristianos y de noble condición. Su padre, llamado Segundo, oficial distinguido del ejército de Siria, murió prematuramente, dejando en el mayor desconsuelo a su mujer Antusa y a su único hijo Juan, apenas salido de la cuna.

Viuda a los veinte años, rica en dones de la naturaleza y más aún en virtudes, Antusa se negó a casarse en segundas nupcias, para consagrarse al servicio de Dios, a la educación de su hijo y a la memoria de su esposo. El célebre retórico pagano Libanio de Antioquía no pudo menos de decir un día, hablando de ella: «¡Qué mujeres hay entre los cristianos!»

En manos de tal maestro, pronto descolló Juan entre sus compañeros. Recibió también lecciones de filosofía de Andragacio, y a los veinte años empezó a ejercer la carrera de abogado. Los discursos del joven letrado causaron la admiración de Libanio y de todos los aficionados a la elocuencia.

DOS AMIGOS

SIN embargo, por un censurable abuso, demasiado frecuente a la sazón, Juan, aunque adulto, no estaba bautizado todavía. Lisonjeado por los aplausos del mundo, seducido por el sueño de glorias humanas, gustábanle los teatros, y su vida, que según el Plan Divino había de ser útil a la Iglesia, parecía tomar el camino de la disipación y vanidad humanas.

Felizmente, entre los antiguos condiscípulos del joven orador, había uno más amado y más íntimo; llamábase Basilio y era un cristiano no menos virtuoso que amable e instruído. «Llegó un día —dice Crisóstomo— en que Basilio, ese bienaventurado Siervo de Jesucristo, resolvió abrazar la verdadera filosofía del Evangelio, la vida monástica... mas como era bueno por excelencia, quiso seguir siendo gran amigo mío.» Poco a poco el ejemplo y las exhortaciones de Basilio determinaron a Juan a instruirse a fondo en la religión cristiana, y hacia el año 369, el joven abogado recibió el bautismo de manos de San Melecio, obispo de Antioquía.

«Desde aquel día —dice su historiador Paladio— desafío a cualquiera a que pruebe que Juan Crisóstomo haya pronunciado una blasfemia, una maledicencia o mentira, o se haya dejado llevar de la ira o consentido que ni en chanzas se hayan dicho delante de él palabras injuriosas contra el prójimo.»

A pesar de tan rápidos progresos en la virtud, Basilio no estaba aún satisfecho; hubiera querido arrastrar a su amigo a seguir su ejemplo por la senda perfecta de los consejos evangélicos. Después de muchas resistencias y midiendo la vanidad de las cosas de este mundo con el gran pensamiento de la eternidad, resolvió Juan irse de Antioquía para hacerse monje en el desierto. «Pero las conmovedoras instancias de mi madre —dice— me privaron de la dicha que Basilio quería procurarme... Me tomó de la mano, me condujo a su aposento y, habiéndome hecho sentar junto al lecho donde nací, se echó a llorar a lágrima viva. Luego, sollozando me dijo cosas más tiernas aún que sus mismas lágrimas.» Antusa recordó a su hijo la prematura muerte de su padre, y cuanto ella había sufrido y sacrificado por su educación, suplicándole al fin con tales instancias que no la hiciese viuda otra vez dejándola, él que era su único consuelo en este mundo, que Juan se resignó a crearse por el momento una soledad en la casa paterna y a ingresar por de pronto en el clero secular.

San Melecio le ordenó de lector, que era el grado más importante de las Ordenes menores. Durante tres años vivió en la intimidad de aquel santo prelado, modelo de mansedumbre y de paciencia. Melecio quedó prendado de tan esclarecida inteligencia, y, previendo los futuros destinos del nuevo

clérigo, se complacía en instruirle en las ciencias sagradas. Pero en el año 370, el emperador Valente, protector de los arrianos, desterró a San Melecio. Este partió, dejando el rebaño fiel a la custodia del sacerdote Flaviano, a quien Juan ayudó con gran celo en tan penosas circunstancias. Al mismo tiempo ganó para Cristo a varios de sus antiguos condiscípulos, entre otros a Máximo, que fué más tarde obispo de Seleucia.

Juan y Basilio, los dos perfectos amigos, se alentaban mutuamente en el camino de la santidad, cuando hacia el año 373 corrió la voz de haber sido elegidos para las sedes de dos ciudades vecinas. Comprendiendo Juan el gran bien que Basilio podría hacer al frente de una diócesis, le envió a buscar inmediatamente; pero él por su parte huyó a esconderse, mientras se apoderaban de su amigo para consagrarle obispo de Rafanea. Basilio se quejó amargamente a Crisóstomo de lo que él llamaba su traición. Con este motivo compuso Juan su hermoso tratado acerca del *Sacerdocio*; el autor desarrolla en él de una manera admirable el tema de la grandeza y deberes de tan augusto ministerio, del que se juzgaba indigno.

MONJE Y SACERDOTE

POR esta vez Juan se había librado del episcopado, pero todo hacía presagiar que sus admiradores no le echarían en olvido; para evitarlo, determinó retirarse al desierto.

¿Había cedido Antusa a sus reiteradas instancias? Nada nos dice Juan tocante a este punto, lo que hace suponer que su madre había muerto cuando él salió de Antioquía en 374 ó 375 para retirarse a los montes que rodean la ciudad.

No se crea, sin embargo, que lo realizó sin tener que vencer temores y resistencias de la naturaleza, pero triunfó la gracia y Juan partió resueltamente a unirse a los solitarios del monte Casio.

—Me preguntaba a mí mismo —refiere ingenuamente— cómo me las compondría para tener cada día pan tierno, y me espantaba al pensar que quizá no tendría otro aceite para comer sino el que sirviese para mi lámpara. ¿Y cómo resolverme a no tener más que pésimas verduras por alimento? Tal vez se me fuerce a algún trabajo duro, a cavar la tierra, a partir la leña, a llevar agua, y a las demás viles funciones de un mercenario.

Sin embargo, profesó la regla monástica con una voluntad tan sincera, tan determinada, tan leal, que desde el primer día Dios le colmó de celestiales consuelos. No anhelaba más que una cosa: acabar su vida en aquel santo retiro.

Nadie ha amado la vida religiosa con tanto ardor como Crisóstomo. ¡Con

qué amor canta sus bellezas en el libro titulado: *Comparación de un rey con un monje!* Habiendo el emperador Valente añadido a sus crímenes un decreto que mandaba alistar en sus ejércitos a los monjes católicos, Juan protestó con elocuente indignación en los tres libros que escribió *Contra los enemigos de la vida monástica;* en ellos declaraba a los padres que no había ninguna escuela que igualase al monasterio para formar a los jóvenes en la vida cristiana y sobre todo en la vida sacerdotal.

Cuatro años hacía que Juan era modelo acabado de monjes en el monte Casio por su asiduidad en la oración, en la meditación de las Sagradas Escrituras, en la penitencia y en el trabajo, cuando sus hermanos quisieron elegirle abad. Rechazó la dignidad que se le ofrecía y se retiró a una gruta vecina, de donde no salía sino los domingos. Allí acabó de aprender de memoria toda la Biblia y al mismo tiempo se entregó a austeridades superiores a sus fuerzas. Al cabo de dos años una grave enfermedad de estómago, complicada con reumatismos debidos a la humedad de la caverna, obligó al santo ermitaño a trasladarse a Antioquía para su curación.

Restablecido al fin, Melecio, que había vuelto del destierro, le agregó a su Iglesia y le confirió el diaconado; cinco años más tarde, el obispo Flaviano, sucesor de Melecio, elevó a Juan Crisóstomo al sacerdocio. Por espacio de doce años el nuevo ministro del Señor fué el apóstol de Antioquía. Gran parte de los discursos que nos ha dejado, entre otros sus homilías sobre el Evangelio de San Mateo y las Epístolas de San Pablo, datan de esta época fecunda de su vida sacerdotal.

Expuso los principales puntos de la moral evangélica con firmeza y claridad admirables, con una riqueza de lenguaje maravillosamente inagotable; hízose el abogado de los pobres e impugnó con energía la soberbia, el lujo y la molicie de una sociedad frívola y ávida de placeres.

LA SEDICIÓN DE 387

EL episodio más conocido de la predicación de Juan Crisóstomo en Antioquía es el que tuvo por origen la sedición de 387. Con motivo de una nueva contribución, impuesta por el emperador Teodosio el Grande, rebelóse la ciudad, maltrató a los oficiales del príncipe y arrastró las estatuas de éste por el lodo. Pasado el primer momento de efervescencia, invadió a todos la más honda consternación, al pensar en los terribles castigos que impondría el emperador a la ciudad culpada.

Por todas partes levantábanse clamores de angustia; varios habían sido ya encarcelados. Temblaban todos y muchos huían. El obispo Flaviano salió para Constantinopla a implorar la clemencia imperial; pero se le habían



EL *ministro Eutropio, que de lo más alto alto de los honores ha incurrido en pública desgracia, está a punto de ser degollado por el populacho y se refugia en el templo. San Juan Crisóstomo detiene a los energúmenos. En días sucesivos apaciguó al pueblo con dos famosas homilías.*

adelantado los dos altos comisarios Cesáreo y Helebico, quienes recibieron plenos poderes para reprimir la rebelión. Las providencias que tomaron al regresar a Antioquía fueron durísimas; con todo, gracias a la intervención de los monjes venidos de los montes cercanos, consintieron en suspender la ejecución de las sentencias capitales. Pero la ciudad rebelde no había depuesto sus temores, y con razón, pues Cesáreo y Helebico habían encarcelado a los senadores que no pudieron huir. Además, quedó Antioquía despojada del título de metrópoli de Siria, y de las ventajas vinculadas a dicho título, siendo transferidas a su rival Laodicea. El teatro, el circo y las termas se cerraron en castigo, y tal vez era ésta la privación a la que los habitantes de Antioquía se mostraban más sensibles.

Durante la ausencia de Flaviano, que duró casi toda la cuaresma de 387, Crisóstomo reunió a los feligreses al pie de los altares y allí les predicó aquella serie de homilías, en número de 21, conocidas con el nombre de *Homilías sobre las estatuas;* con las cuales mantuvo a todos en el arrepentimiento y la oración, en la calma y la esperanza. Por fin llegó el obispo, portador del perdón de Teodosio, y la multitud le llevó en triunfo.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA

EN todo el imperio se hablaba de la virtud y elocuencia del presbítero de Antioquía. En el año 397 murió Nectario, obispo de Constantinopla, y se reunieron para la elección del sucesor. Apenas Eutropio, ministro del emperador Arcadio, adelantó el nombre de Juan Crisóstomo, cuando el clero y el pueblo le aclamaron por unanimidad.

Empero, ¿se resignaría Antioquía a perder a su amadísimo predicador? De temer era un sonado motín; y además, ¿cómo vencer la humilde resistencia del elegido? Para salir del paso, se echó mano de un ardid ingenioso. Asterio, conde de Oriente, fué sin escolta a visitar a Juan y le invitó a dar con él un paseo por los alrededores de la ciudad, pues tenía que hablarle de diversos asuntos. Crisóstomo le siguió sin desconfianza, pero apenas estuvieron fuera de la ciudad, Asterio hizo subir a su compañero en su carruaje y, fustigando vigorosamente a los caballos, el conde condujo a su prisionero hasta la ciudad de Parga, donde lo entregó a los oficiales del emperador.

Juan fué llevado a Constantinopla, adonde el ministro Eutropio había convocado a gran número de obispos, entre otros a Teófilo, patriarca de Alejandría, el cual, a pesar de repugnarle la designación —pues confiaba obtener la sede vacante para un hechura suya—, consagró al elegido de Dios, en medio de universal regocijo, el 26 de febrero del año 398.

El obispo de la capital de Oriente tenía que luchar con grandes dificulta-

des. El nuevo pontífice se dedicó por de pronto a atraer al clero a las virtudes puras y austeras de su santo estado. Informábase de la conducta de cada uno de sus sacerdotes, los amonestaba y corregía, y en caso necesario los expulsaba de la Iglesia.

Él, por su parte, daba ejemplo de una vida admirablemente apostólica. Su pobreza era la de un monje. Los alimentos delicados estaban proscritos de su mesa; no comía más que una vez al día y sólo probaba el vino durante los grandes calores. No daba al sueño sino tres o cuatro horas cada noche. Tenía fe vivísima en el sacramento de la Eucaristía, y San Nilo afirma que vió a veces a los ángeles rodear el altar mientras San Juan Crisóstomo celebraba el santo sacrificio.

Reorganizó la pía sociedad de viudas consagradas al Señor que, con el nombre de diaconisas, se ocupaban en obras de celo y caridad. Puso al frente de ellas a Santa Olimpia, de quien decían en Constantinopla: «La emperatriz Eudoxia recibe las adulaciones del universo, pero la viuda Olimpia oye los suspiros y bendiciones del género humano.» Señora de elevada alcurnia, y viuda a los veintitrés años, no quiso Olimpia volverse a casar para poder consagrar su vida al servicio de Dios y de los pobres. Sus limosnas eran inacabables. Ella procuraba los socorros necesarios a los misioneros que el obispo de Constantinopla enviaba a Fenicia y a Siria para evangelizar a los godos y a los escitas; gracias a ella y a otras almas generosas, y también a su propio desprendimiento, multiplicó Crisóstomo en la ciudad imperial los asilos de caridad y socorrió a millares de indigentes.

El celoso pontífice predicaba varias veces a la semana y en ocasiones los siete días seguidos, a pesar de su quebrantada salud. El pueblo dejaba los circos y teatros para acudir a sus pláticas. No se cansaban de oírle, y con frecuencia le interrumpían, bien a pesar suyo, con aclamaciones y aplausos. La piedad volvió a florecer en la ciudad de Constantinopla, y se vió a muchas almas generosas, dirigidas por el santo obispo, elevarse a la más alta perfección. Hubo numerosas conversiones, aun entre herejes y paganos. Para mejor combatir a los arrianos, compuso Crisóstomo para los fieles cantos populares que obtuvieron gran éxito.

El ministro Eutropio, caído de la cima de los honores y a punto de ser asesinado por la multitud furiosa, se refugió en la iglesia, donde Crisóstomo le salvó la vida con las dos célebres homilías sobre *La desgracia de Eutropio*.

Gainas, general godo, a quien el emperador había confiado su ejército, apareció en las alturas de Calcedonia, al frente de millares de bárbaros, dispuesto a entrar a saco en la capital, si no se le entregaban tres de los más notables patricios a quienes quería dar muerte. Presa de estupor y de desesperación, la corte no se vió con fuerzas para oponerse al godo. Ofrecióse Crisóstomo a acompañar a los tres prisioneros; una vez en presencia del

general, habló con tal suavidad que ganó el corazón del bárbaro, en forma que hizo arrodillarse ante el obispo a sus hijos y perdonó a los patricios.

En otra ocasión, el mismo Gainas reclamaba imperiosamente una de las iglesias de Constantinopla para los herejes arrianos, correligionarios suyos. No atreviéndose a negarla, rogó el emperador a Crisóstomo que le indicase la que convenía ceder; pero el santo obispo resistió por sí solo al general bárbaro y no consintió nunca que se cediese *ninguna* iglesia católica a los herejes.

PERSECUCIÓN, DESTIERRO Y MUERTE

SIN embargo, la libertad apostólica con que Crisóstomo reprendía los vicios de los nobles, acabó por crearle enemigos. La emperatriz Eudoxia, esposa de Arcadio, ávida de riquezas, despojó injustamente a varios súbditos, entre otros a la viuda Teognosta, a quien robó una viña; acudió ésta con las demás víctimas perjudicadas a nuestro Santo, suplicándole que intercediera en su favor. Juan Crisóstomo hizo paternales reconvenciones a la emperatriz, y ésta, dándose por ofendida, se irritó ciegamente.

Al propio tiempo el valeroso pontífice acogió con cariño y bondad a los cuatro superiores de los monasterios de Nitria (Egipto), injustamente perseguidos y expulsados por el indigno patriarca de Alejandría, el ya citado Teófilo. Conviene saber, además, que poco después de la fundación de Constantinopla, a la que se complacían en dar el nombre de «Nueva Roma», el concilio general de Nicea había declarado formalmente que el obispo de la antigua Roma, sucesor del príncipe de los Apóstoles, seguía siendo siempre el primero de los patriarcas y el jefe de la Iglesia. Inocencio I, que ocupaba entonces la cátedra de San Pedro, ordenó la celebración de un concilio de Constantinopla, presidido por sus legados, asesorados por Juan Crisóstomo, y que Teófilo se presentase en él para responder de su conducta con los monjes de Nitria.

Teófilo, de acuerdo con Eudoxia, aprovechó la ocasión para perder a Crisóstomo. Los legados del Papa fueron arrestados secretamente al desembarcar y conducidos al destierro. Un conciliábulo reunido en 403 en el palacio de la Encina, cerca de Calcedonia, presidido por Teófilo, citó a su vez al patriarca de Constantinopla para que respondiera a una serie de acusaciones calumniosas. Juan, conocedor del lazo que se le tendía, se negó a presentarse. En consecuencia, declarósele culpable e indigno del episcopado.

Al saber que su amadísimo obispo iba a ser enviado al destierro, Constantinopla entera se amotinó y durante tres días defendió heroicamente a su pastor. El santo obispo, para evitar la efusión de sangre, se entregó voluntariamente a los soldados, que lo embarcaron de noche para el Asia.

Pero al día siguiente, al saber su partida, el pueblo se precipitó en masa hacia el palacio imperial, lanzando gritos de indignación. Fuera de sí la emperatriz y derramando lágrimas, exclamó: «Estamos perdidos. ¡Que traigan a Juan o nos quedamos sin imperio!» Y ella misma escribió al santo desterrado para suplicarle que volviese.

Después de su regreso triunfal, Crisóstomo escribió al Papa San Inocencio I, rogándole anulase la sentencia dada por Teófilo contra él; el clero de Constantinopla suscribió esta petición, mientras Teófilo, por su parte, enviaba a Roma las actas de su falso concilio. Examinado por el Papa el proceso y oídas las declaraciones de cuatro obispos llegados expresamente de Oriente, respondió a Crisóstomo y al clero de Constantinopla condenando todo lo hecho por el conciliábulo de la Encina.

Mas a la llegada de estas cartas, ya no estaba Crisóstomo en Constantinopla. Desterrado de nuevo el 20 de junio del año 404 por el odio de la emperatriz y demás enemigos suyos, fué llevado a Cucuso (Capadocia), en los confines de Armenia, donde tuvo que sufrir muchísimas privaciones.

Pero aun en tan lejano destierro, les pareció el santo proscrito temible en demasía. Con la esperanza de vencer su constancia, sus enemigos le trasladaron a Pitionte, pequeña población perdida en la costa oriental del mar Negro, al norte de la Cólquida. El 13 de septiembre del año 407, como el obispo llegara a Comana, custodiado por dos soldados, se detuvo para pasar la noche en un oratorio dedicado al mártir Basilisco. Estando Juan en oración, se le apareció el santo mártir y le dijo: «¡Ánimo, hermano; mañana estaremos juntos!» Al día siguiente, Crisóstomo cayó exhausto de fuerzas en el camino, y expiró el mismo día confortado con la sagrada Comunión.

El año 438 los restos del glorioso confesor de la fe fueron triunfalmente llevados a Constantinopla y depositados en la iglesia de los Apóstoles. Cuando la toma de Constantinopla por los cruzados, los trajeron a Roma y descansan hoy en la basílica de San Pedro.

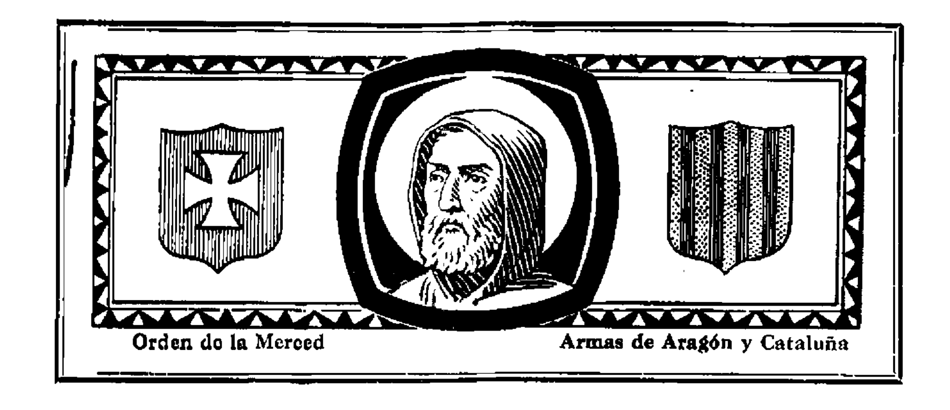
La fiesta de San Juan Crisóstomo se celebra con rito de doble desde el papa San Pío V. El 8 de julio de 1908, Pío X proclamó a este santo doctor patrón de los oradores sagrados, porque su elocuencia era tanta, que se puede decir sin temor a exagerar, que es el sol más brillante del púlpito cristiano, y sus obras, cartas y sermones son monumentos insuperables donde se encuentran admirablemente hermanadas la más profunda sabiduría con la más resplandeciente santidad. La una nos asombra, la otra nos admira. Aplaudamos la primera; imitemos la segunda.

SANTORAL

Santos **Juan Crisóstomo, obispo, confesor y doctor;** Vitaliano, papa; ***Emerio, abad de Bañolas; Julián,*** *obispo;* Avito, Vivencio y Julián de Sora, mártires; Domiciano, en Judea. Santas Antusa, madre del Crisóstomo, y Cándida, madre de San Emerio.

SAN EMERIO, abad de Bañolas. — Es Emerio uno de los hijos célebres de la insigne Orden benedictina. Su nacimiento fué fruto de las oraciones de sus padres, muy nobles por su fortuna pero mucho más aún por sus virtudes cristianas. Quería el padre dedicarle a la carrera de las armas, como la más adecuada a su nobleza; pero Emerio, deseando darse enteramente a Dios, huyó secretamente de su casa y se retiró a un desierto, donde se entregó a la mortificación de los sentidos y pasiones. Sin embargo se vió forzado a dejar la soledad para acompañar a Carlomagno, rey de Francia, en sus campañas contra los mahometanos, pues el Señor había revelado al rey que, con San Emerio a su lado, alcanzaría victoria; y así sucedió, en efecto, después de verificar en diversos sitios sorprendentes milagros, como el de haber abastecido súbitamente al ejército, cuyos soldados morían de hambre, y haber resucitado a los ya fallecidos. Gracias a esta protección del cielo pudo el rey conquistar la ciudad de Carcasona, a la que ya había abandonado por imposible. En Bañolas, cuyas casitas, blancas y alegres, se miran en las aguas tranquilas de su lago encantador, amansó la ferocidad de un dragón, de cuyos estragos estaban quejosos todos los habitantes de la población; nadie se atrevía a acercarse a la fiera; pero Emerio, no sin haber rezado antes fervorosamente, se dirigió al sitio donde estaba y la atrajo al lugar donde fácilmente pudo ser muerta por el pueblo mismo sin que nada les hiciera. En este mismo paraje erigió el Santo un monasterio, que pronto se pobló de jóvenes amantes de su salvación. Murió santamente a fines del siglo VIII.

SAN JULIÁN, obispo de Mans. — Su nombre aparece nimbado de una inmensa fama de santidad, confirmada con muchos y portentosos milagros. Pertenece al tiempo de los Apóstoles. San Clemente, tercer sucesor de San Pedro, fué quien le consagró obispo y le envió a las Galias con la misión de predicar el Evangelio, lo cual llevó a cabo, con copioso fruto espiritual, en la región que hoy día es llamada del «Maine». Pretendió establecerse en Mans, pero tanto los campos como la población en general, sufrían de falta de agua. Julián pidió a Dios que le ayudase en favor de sus futuros súbditos; Dios le escuchó haciendo que en el mismo sitio brotara milagrosamente un abundante manantial. Ello le granjeó la estima y veneración de todo el pueblo. Deseoso el príncipe de conocer a Julián le mandó acudir a su palacio; al entrar en él el obispo, curó repentinamente a un pobre ciego con sólo hacerle la señal de la cruz. Instruído el príncipe en la doctrina de Cristo, se convirtió a ella con toda su familia y el pueblo entero. El propio palacio fué cedido para iglesia, la cual más tarde se convirtió en catedral, que aun subsiste. Para favorecer a los pobres y necesitados creó asilos, hospitales y colegios, haciendo con ello mucho bien a las almas. Anastasio y Joviano, que se mostraban rebeldes a su conversión, depusieron su actitud ante la milagrosa curación de sus respectivos hijos, llevada a cabo por Julián. Finalmente, después de haber gobernado su diócesis por espacio de 47 años, se durmió en el Señor dejando en pos de sí una admirable estela de virtud y santidad.



SAN PEDRO NOLASCO

Fundador de la Orden de la Merced (1182-1256)

DÍA 28 DE ENERO

SAN Pedro Nolasco, fundador de la sagrada Orden de Nuestra Señora de la Merced, nació el día 1.° de agosto del año 1182 en Mas de las Santas Puellas, cerca de Castelnaudary. Sus padres, nobilísimos en la sangre y no menos en la piedad, le dieron por ayo y maestro un virtuoso sacerdote, de suerte que ya desde muy niño brotaron en su corazón gérmenes de las virtudes cristianas, que fueron creciendo con los años, merced a los solícitos cuidados paternales y a la docilidad con que Pedro supo corresponder a ellos.

Ya en su temprana edad se distinguió por su angelical mansedumbre y caridad para con los pobres, cuyos sufrimientos y necesidades le movían a compasión. A todos ellos repartía sin tasa cuanto tenía, no esperando que acudieran a él en demanda de limosna, sino adelantándose él y saliendo a la puerta de su casa para llamar a los mendigos que pasaban.

Sentía particular satisfacción cuando podía asistir al reparto de limosnas que tenía lugar en su propia casa, queriendo distribuirlas él mismo. Cuando su maestro enseñaba las oraciones a los mendigos, Pedro se las hacía repetir hincadas las rodillas. Se instituyó catequista, enseñando a

otros niños las oraciones y repartiendo su almuerzo y merienda entre los que respondían mejor.

Nunca se desayunaba hasta haber dado la lección, y desde los cuatro años empezó a abstenerse mucho en la comida. Algunas veces salía de casa, y al poco rato volvía sin vestido. Al preguntarle sus padres qué había hecho de él, respondía que se lo había dado a un niño pobre, más necesitado que él.

Cuando veía a algún sacerdote, se hincaba de rodillas y le besaba la mano; mas al ver a algún hereje, huía de él, y no quería sentarse a la mesa de sus padres, si había en ella algún pariente infestado de herejía.

Un día, convirtiendo en bandera una estampa de la Virgen, convocó a todos los niños del lugar, y, formando un escuadrón, cuyo capitán era él, les decía: «Vamos a matar a los herejes, que son enemigos de Dios y de su Madre, y muramos por la virginidad de la Reina de los ángeles.» Negaban los herejes albigenses con su boca sacrílega la virginidad de Nuestra Señora, y por eso singularmente los aborrecía el niño Nolasco, que tenía hondamente arraigado en su corazón el afecto a la Reina del cielo.

Frisaba en los quince años cuando hubo de llorar la pérdida de su padre y al poco tiempo la de su madre, los cuales murieron cristianamente como habían vivido. Quedó Pedro heredero de cuantiosas riquezas, y sus parientes le instaban para que se casase; pero él tenía otros pensamientos y deseos.

Viendo que muchos de sus deudos y amigos se declaraban en favor de los albigenses, que inficionaban aquellas comarcas con el veneno de la herejía profanando los templos y las imágenes de la Virgen, determinó pasar a Barcelona, donde podría más fácilmente poner por obra sus caritativos y apostólicos designios.

Visitó el santuario de Nuestra Señora de Montserrat y luego se ocupó en obras de caridad, visitando cárceles y hospitales, pero sin pensar todavía en un fin social determinado. Entró en relación con varios jóvenes piadosos de Barcelona, y todos juntos se pusieron bajo la dirección de San Raimundo de Peñafort, canónigo de aquella iglesia catedral.

No tardó la Virgen María en manifestarle adónde habían de encaminarse sus trabajos y su celo.

LA ORDEN DE LA MERCED

CON tales obras de piedad y amor al prójimo, pronto cundieron por la ciudad las alabanzas al Santo, si bien no faltaron las censuras, asechanzas y calumnias con que suelen los malvados estorbar las más nobles y santas empresas. Pero su confianza en el Señor y el gozo grande que recibió con varias apariciones, le infundieron nuevos ánimos para proseguir sus benéficos trabajos.

Cierto día, hallándose en oración, vió en sueños un verde y frondoso olivo *cargado de fruto, junto* al cual había dos ancianos y venerables varones que le invitaron a sentarse al pie del árbol y le encargaron que lo guardara y custodiara, para que nadie lo maltratase o destrozase. Con esto entendió que aquel olivo representaba la congregación que formaban él y sus amigos.

La misma Virgen *María se le apareció el día* de San Pedro *ad Vincula,* declarándole cómo era la voluntad de su Hijo y la suya que se fundase en su nombre una Orden para redimir cautivos, bajo el título de Nuestra Señora de la Misericordia o de la Merced, cuyos miembros se dedicasen a rescatar a los cristianos del poder de los infieles. Ignoraba Pedro quién era el que le hablaba, y así repuso con extrañeza y *santa audacia:* «¿Quién sois Vos que conocéis los secretos del Señor, y quién soy yo para ejecutar tales designios?» La Virgen le respondió: «Soy María, la Madre del Redentor, y *quiero tener nueva* familia de siervos amantes, que hagan en favor de sus hermanos cautivos lo que yo hice con mi divino Hijo.»

Como Pedro Nolasco tenía grande amistad con el rey de Aragón, Jaime I, lleno de alegría corrió a contarle lo sucedido, y, ¡oh prodigio!, tanto el monarca como Raimundo de Peñafort, confesor del rey, habían tenido a la misma hora idéntica visión.

Jaime I hizo preparar lo necesario para la ceremonia de la institución de la nueva Orden, y el día de San Lorenzo, 10 de agosto del año 1218, *en la catedral* de Barcelona y a presencia de la corte, clero y pueblo, Pedro Nolasco y doce de sus amigos fueron armados caballeros por el rey. El obispo don Berenguer de Palou les impuso las insignias de la Orden; hicieron los tres votos solemnes de religión, a los que añadieron el de redimir cautivos, obligándose a perder ellos la libertad y exponer su vida, cuando fuere necesario para *el rescate de cristianos.*

El rey, que consideraba la obra como suya, la distinguió con un escudo en el que figuraban las barras que ostentaban sus propias armas, y además cedió a la Orden una dependencia de su palacio real, que quedó constituído así en el primer convento mercedario. Así quedó establecida la nueva Orden religiosa, real y militar, cuyo objeto era dedicarse únicamente *a redimir* a los cristianos cautivos del poder de los moros, y pedir limosnas por las calles para el mismo caritativo fin. Los Padres Mercedarios llevaron desde entonces *hábito blanco, y sobre* el escudo de Aragón, una cruz del cabildo de Barcelona, por haberse fundado la Orden en la catedral de dicha ciudad.

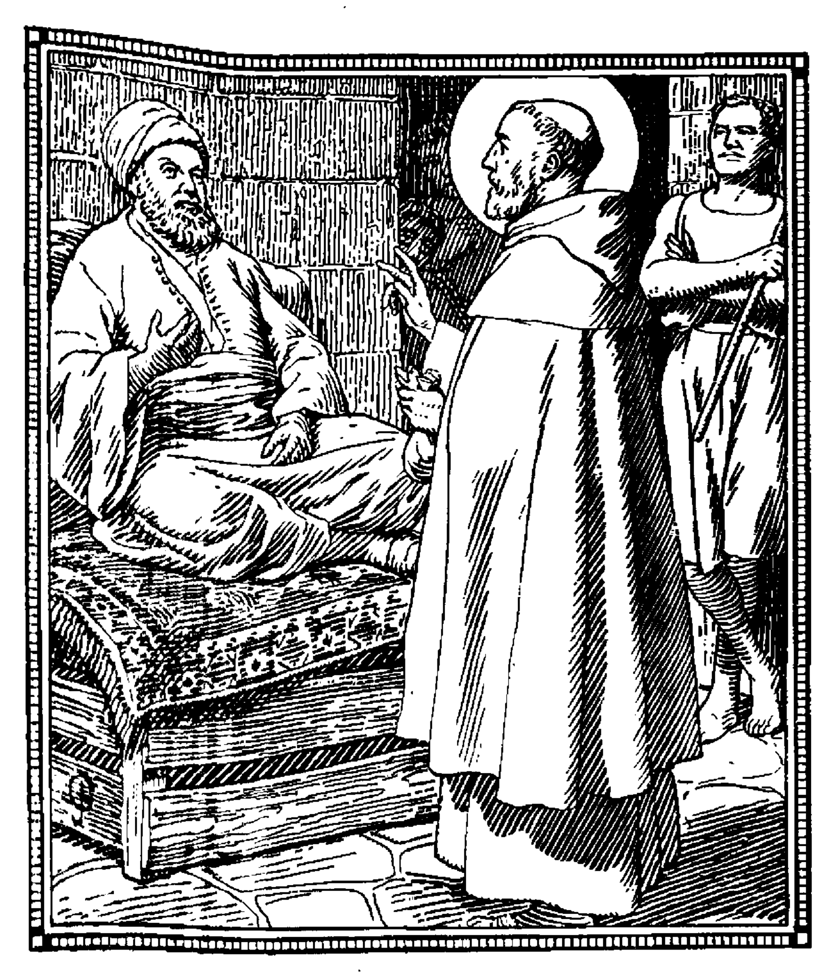
Con la bendición del Señor, fué creciendo cada día esta nueva planta. Muchos caballeros y personas nobles se hicieron redentores de cautivos, y tanto aumentó su número, que Pedro pidió licencia al rey para edificar un convento en las afueras de la *ciudad, junto a* la iglesia de Santa Eulalia, a orillas del mar.

Pedro Nolasco acudía todos los días a palacio a cumplir como amigo y consejero del rey. Estas frecuentes visitas y las distinciones con que le honraba el monarca le ganaron los primeros perseguidores que tuvo en Barcelona, que fueron los cortesanos, los cuales, envidiosos de verle tan aplaudido y con la gracia del soberano, que ellos deseaban para sí, llegaron a decir al rey que le desterrase, y esparcieron por la ciudad y otros lugares de Cataluña libelos en que ponderaban las razones de sus calumnias. El rey no sólo no dió oídos a los calumniadores, sino que para mostrar más a las claras la grande estimación en que tenía al Santo, edificó cerca del convento de la Merced un regio solar, que era su residencia ordinaria.

Además de la envidia, otro motivo indujo a los nobles a declararse enemigos de tan benéfica institución, y fué que sus propios hijos, maravillados de la abnegación y virtudes de los Mercedarios, acudían a alistarse en la nueva Orden o ayudaban con cuantiosas limosnas al rescate de los cautivos. Tan noble y cristiana conducta de los hijos, llenaba de indignación a sus padres, los cuales, culpando a Pedro Nolasco de cuanto sucedía, llegaron hasta injuriarle y amenazarle varias veces con quitarle la vida. El santo varón respondía a las injurias con la mansedumbre. «Demos gracias al Señor —decía— porque inspira a los hijos que den su hacienda para redimir cautivos, al revés de los padres, que entregan sus riquezas a los demonios.»

Viendo el enemigo infernal que no había podido anegar al Santo en tantas tormentas como había levantado, afligióle con una tentación más peligrosa, introduciendo en su alma la duda de si, redimiendo cautivos, no descuidaba su propia salvación. Y así pasó una temporada pareciéndole que su vida espiritual languidecía, por no poder dedicar sino poquísimo tiempo a la oración. Con esto empezó a dudar qué haría, y el temor pudo tanto en él, que resolvió retirarse a un desierto, juzgando que en medio del silencio y recogimiento de la soledad, y lejos del ruido y preocupaciones del siglo, podría más a sus anchas darse a la contemplación de las cosas divinas y al trabajo de la perfección. No quiso, sin embargo, llevar a efecto tal propósito sin antes consultar con su confesor San Raimundo de Peñafort, el cual, conociendo que aquélla era tentación del demonio, desengañóle y alentóle a proseguir en lo comenzado, diciéndole que Dios no le quería para el retiro, sino para que le sirviese en el mundo, haciendo bien a sus prójimos.

Esta conducta del Santo nos enseña que debemos acudir a recibir dirección de quien nos puede orientar en los arduos problemas de la vida, porque nadie es buen juez en su propia causa.



SAN *Pedro Nolasco lleva al pirata cuanto ha pedido por el rescate de los cautivos cristianos. Al saber que entre éstos hay una noble dama, el infame exige mucho más. Paciente y misericordioso, el Santo promete ir a España para buscarlo, mas a los pocos días un mercader judío los hace escapar.*

LOS MERCEDARIOS EN AFRICA

VENCIDA la tentación y seguro ya de caminar por la senda de la divina voluntad, sintió mayores ansias de continuar las redenciones, y juzgó no debían sus hijos contentarse con rescatar cautivos desde España, sino que en alas del celo habían de volar hasta tierra de infieles, para arrancar de los dientes de los lobos a las inocentes ovejas de Cristo. Juntó a sus religiosos y les manifestó su intento; pero como no convenía que todos ellos partiesen al mismo tiempo, procedieron a elegir quiénes habían de embarcarse.

El primer elegido fué el mismo fundador y prior de la Orden, Pedro Nolasco. Consideró el Santo aquella elección como mandato celestial, y para dar ejemplo a sus hijos, con extraordinario fervor y devoción, preparóse al nuevo género de apostolado, resuelto a dar hasta su sangre por la redención de los cautivos, si tal fuere la voluntad del Señor.

Pasaron primero a Valencia, que era entonces de los moros, llevando cuanto dinero y joyas tenían, y con salvoconducto entraron en la ciudad, consolando a los cautivos y animándolos a permanecer firmes en la fe. Hicieron una redención de más de trescientos de todos los estados, sexos y edades, y con ese escuadrón volvieron a Barcelona.

De allí a poco llevó la guerra a Valencia el rey de Aragón, y ello fué causa de que Nolasco no pudiese proseguir en sus caritativos trabajos como lo hubiera deseado. Mas con el auxilio divino, los cristianos entraron victoriosos en aquella región, y en breve tomaron a los moros el monte Enesa, cuyo castillo, por voluntad de Jaime I, fué transformado en monasterio de la Orden de la Merced, y en él se dedicó una iglesia a la Virgen María, con la advocación de Nuestra Señora *del Puig*. Luego fué conquistada la ciudad de Valencia; sus mezquitas fueron convertidas en iglesias por los cristianos, y Pedro estableció en una de las principales un convento de su Orden.

Pero resuelto a dilatar más todavía el campo de su celo, atravesó el mar y llegó a Argel, donde se ocupó sin descanso en el rescate de cautivos. Entre los cristianos que hacía poco habían sido apresados por los piratas volviendo de Roma, halló Pedro a una dama llamada Teresa de Bibura, de noble estirpe, e insigne favorecedora de la Orden. Entró en tratos con el pirata para ver de rescatarlos, y el precio estaba ya concertado, cuando llegó a oídos del moro que entre los presos había una dama muy noble y rica. No faltó más para que aquel hombre cruel, encolerizado, anulase el contrato, arguyendo que se le había engañado, y mandando que volviesen a las galeras los presos, para cuyo rescate exigió enorme suma. Prometiósela

el Santo; pero como no disponía entonces de bastante dinero, envió a España a un religioso para que solicitase del rey de Aragón la cantidad necesaria.

Entretanto, los cautivos, cansados de esperar, trataron con un judío sin que Pedro se enterase, y de noche lograron evadirse, llegando a territorio contrario. Al día siguiente, vió el pirata con asombro que habían desaparecido los presos, y *culpando de ello a Pedro Nolasco, mandóle prender,* y llenándole de injurias y golpeándole brutalmente, le encerró en lóbrega y húmeda mazmorra. Llevóle ante el juez como ladrón, falsario y único responsable de la evasión de los esclavos, pero habiendo oído al Santo, el magistrado decretó su libertad. Entonces Pedro, que sólo anhelaba padecer escarnios y baldones por Cristo, se ofreció a quedar en poder del pirata, en lugar de los cautivos evadidos. No aceptó el moro la propuesta del Santo, pero sí detuvo a los religiosos que le acompañaban, y determinó guardarlos en rehenes, hasta que Pedro volviese de España con el precio del rescate.

Embarcáronle en un viejo navío sin velas ni timón, y el pirata mandó a los marineros que, en llegando a alta mar, le abandonasen. Hiciéronlo así, y al verse Pedro en inminente riesgo de perecer, acudió al Señor pidiéndole amparo y protección, y lleno de confianza en la divina Providencia, *levantó en alto su manto a modo de vela, y llegó felizmente* a las costas levantinas. Observaron aquel prodigio multitud de espectadores, los cuales, llenos de alborozo y admiración, acompañaron al Santo triunfalmente a la iglesia de Nuestra Señora *del Puig,* donde dió gracias al Señor. En pocos días recogió suficiente limosna para rescatar a todos los cautivos de Argel.

HUMILDAD DE PEDRO. — FAVORES CELESTIALES

PASADOS algunos años, juntó a sus hijos y les declaró el propósito que tenía de renunciar al generalato de la Orden, para vivir como humilde religioso. Pero por más razones que trajo a luz, no logró que aceptasen la renuncia. Sólo determinaron elegir un vicario que le ayudase en el ejercicio del cargo; la elección recayó en fray Pedro Amerio, caballero laico pero de grandes prendas y virtudes, a quien luego honraron los Mercedarios como a santo, según consta en el Menologio de la Orden. Con esto pudo Nolasco darse de lleno a los humildes ejercicios de la vida religiosa.

Consolábale a menudo Nuestro Señor con visiones celestiales que vigorizaban su alma e intensificaban el ardor de su celo. Asistía un sábado con los religiosos al rezo de Vísperas, y *considerando el reducido número de sus colaboradores,* quedó como arrobado en éxtasis, y entre sollozos y lágrimas exclamó: «¡Oh Señor! ¿Seréis tacaño y ruin con vuestra divina Madre, sien-

do así que os mostráis tan liberal y dadivoso con las criaturas? Si mis pecados e ineptitud son causa de que no bendigáis esta Orden, borradme si es menester, del libro de la vida, pero enviad operarios y nuevos hijos a la Merced.» Oyóse entonces una voz que dijo clara y distintamente: «No temas, pequeño rebaño, pues plugo al Señor concederte el reino celestial.» Todos los presentes oyeron estas palabras, quedando admirados sobremanera; con el tiempo fueron testigos de su fiel cumplimiento.

Uno de los mayores deseos del bienaventurado Pedro era el de poder ir en peregrinación a Roma, para venerar el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, de quien era devotísimo. Cierto día en que estaba más entretenido con este pensamiento, oyó una voz que le dijo: «Pedro; puesto que tú no vienes a visitarme, vengo yo a verte a ti.» Al punto se le apareció el santo Apóstol crucificado cabeza abajo, como estaba cuando fué martirizado, y le dijo: «No todos los deseos de los justos llegan a cumplirse en este mundo.» Con esto desistió Nolasco de su propósito, pero desde aquel día creció su devoción a tan excelso patrono, y para imitarle en su martirio, atábase todos los días a una cruz, permaneciendo en ella varias horas, en la misma forma que había estado el Apóstol.

MUERTE DEL SANTO. — SU CULTO

DISPONÍASE Pedro Nolasco para acompañar al rey San Luis en una expedición a Tierra Santa, no cabiendo en sí de gozo al pensar que en breve le sería dado venerar tan sacrosantos lugares; mas antes de emprender el viaje, sobrevínole gran debilidad, y como quiera que su cuerpo estaba ya tan quebrantado por los años y el rigor de la vida, aconsejáronle los médicos guardar cama. Pocos días antes que muriese, sintiendo no poder asistir a los Maitines de la Purísima Concepción, le consoló el Señor enviando ángeles que le llevasen al coro. Sintiéndose ya desfallecer, pidió los santos sacramentos, y al ver entrar el viático en su celda, se arrojó al suelo, y con grande humildad y arrastrándose de rodillas hasta el sacerdote, exclamó: «¿De dónde a mí tanto honor que Vos, oh Dios mío, vengáis a visitarme?»

Comulgó con admirable devoción, y después juntó a sus hijos, y habiéndoles exhortado a la caridad con los cautivos y pedídoles perdón del mal ejemplo que les había dado, rogóles que eligieran luego general de la Orden, para así morir bajo el yugo y con mérito de obediencia. Hiciéronlo así los religiosos, nombrando a fray Guillermo de Bas, a quien hoy día honran los Mercedarios con el título de Beato.

Desde entonces, apartando Pedro Nolasco el pensamiento de las cosas

visibles y temporales, dióse totalmente a la contemplación de las espirituales y divinas, trabando amorosas pláticas con Dios, con la Virgen, el Angel custodio y el Príncipe de los Apóstoles. Dijo con gran devoción el salmo *Confitébor tibi Dómine in toto corde meo,* y al llegar a aquellas palabras *Redemptiónem misit Dóminus pópulo suo,* la muerte cerró los labios de este admirable redentor de cautivos, cuya alma entró en el cielo a las doce de la noche de la vigilia de Navidad del año 1256.

Al morir San Pedro Nolasco, la ciudad toda vió una columna de luz, que en aquella hora subía desde el tejado de su celda al cielo, y salió tal fragancia del santo cuerpo, que llenó todo el convento, rodeando al mismo tiempo su rostro un celestial resplandor. Siguióse una multitud de milagros, con lo que fué necesario tener algunos días sin enterrar el santo cuerpo, perseverando siempre con la misma fragancia, hasta que viendo que no cesaba el concurso devoto, sus religiosos le enterraron de noche honoríficamente.

Cuando el rey supo su muerte, vino a Barcelona a venerar el sagrado cuerpo, y oyendo los muchos milagros que Dios obraba por su intercesión, mandó al obispo hiciese información de su admirable vida, que remitió a Alejandro IV con cartas suyas y de su yerno el rey don Alfonso X de Castilla y de los prelados de las dos coronas; y también escribió San Luis, rey Francia, pidiendo todos al sumo Pontífice le incluyera en el número de los santos.

Sus sagradas reliquias fueron enterradas en la iglesia de la Merced de Barcelona, y a pesar de haberlas buscado con empeño, no han podido ser halladas, cumpliendo con esto el Señor los deseos de su siervo, que sólo anhelaba ser desconocido de los hombres tanto en vida como después de muerto.

El día 16 de octubre del año 1628 aprobó el papa Urbano VIII el culto de San Pedro Nolasco y concedió oficio para toda su Orden. Por los años del Señor de 1664, Alejandro VII mandó rezar dicho oficio el día 29 de julio con rito de semidoble, y así constaba en el Breviario Romano; pero a los dos años, en 1666, trasladó la fiesta al día 31 de enero. La Santidad de Clemente X canonizó a Pedro Nolasco el día 16 de julio de 1672, y mandó celebrar su fiesta en toda la Iglesia con rito de doble. Pío XI la trasladó al 28 de enero.

Ribadeneira hace resaltar la coincidencia de muchos aspectos de la vida de Cristo, redentor de la humanidad, con Pedro Nolasco, redentor de cautivos; pero en lo que más se pareció Nolasco a Cristo fué en la caridad con que se ofreció a innumerables trabajos y tormentos, y muchas veces a la muerte para redimir a los cautivos. No murió en cruz, pero sí abrazado a la imagen de Cristo crucificado.

SANTORAL

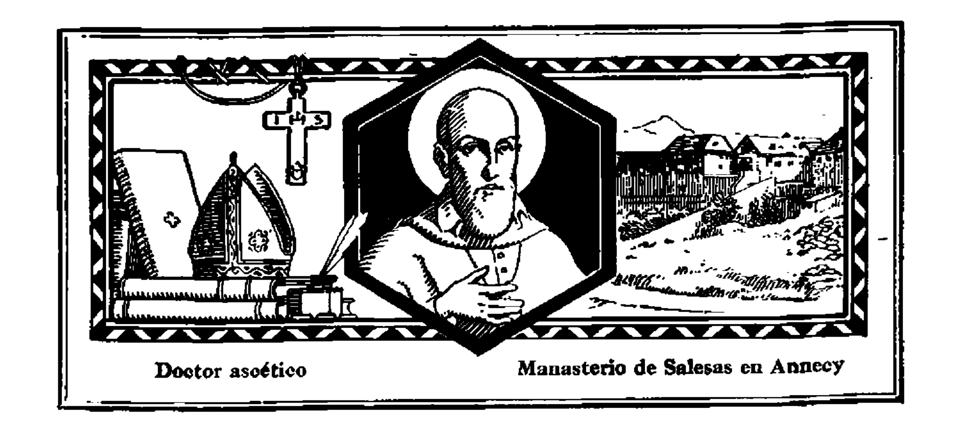
Santos Pedro Nolasco, fundador; *Julián, obispo de Cuenca;* Cirilo, obispo; *Tirso, natural de Toledo,* Leucio y Calínico, mártires; Jaime, ermitaño en Palestina; Glastián y Emiliano, obispos; Ricardo, abad, discípulo de San Bernardo; Lesmes, natural de Burgos; Leónides y compañeros, mártires en la Tebaida. Santa Glafira, virgen y mártir, en Oriente. Segunda conmemoración de Santa Inés.

SAN JULIÁN, obispo de Cuenca. — Entre los hijos preclaros con que se enorgullece la muy noble y muy leal ciudad de Burgos, capital de Castilla la Vieja, cabe destacar hoy a Julián, que vió la luz primera en 1128. En su bautismo se produjo algún hecho sobrenatural que revelaba lo que el niño llegaría a ser. Estudió Latinidad y Humanidades en la Universidad de Palencia, siendo el asombro del profesorado, y aun más de los alumnos, por la claridad y penetración de su ingenio.

Estaba Julián deseoso de seguir la carrera eclesiástica; mientras crecía en estos sentimientos, murieron sus padres, y tuvo que sufrir muchas insidias de sus familiares, quienes, bajo la capa de interés por el bien del joven, no buscaban sino participar de la pingüe herencia que le dejaron. Pero Julián triunfó; se ordenó de sacerdote y se constituyó apóstol de aquellos pueblos castellanos, donde logró incontables e importantes conversiones. La fama de su celo y santidad se extendió pronto por España. Toledo consiguió que fuese nombrado arcediano de la Iglesia Metropolitana, y Julián fué el brazo derecho del prelado. Más tarde Alfonso VIII le llevó consigo para la conquista de Cuenca, de cuya ciudad llegó a ser obispo. Se distinguió tanto por su caridad, que Dios se la recompensó, concediéndole el don de hacer milagros siempre que las necesidades del prójimo lo exigían.

Se cuenta que, en su palacio episcopal, se dedicaba a hacer cestitos de mimbre para ingresar en sus fondos de caridad el importe de su venta. Durante una peste que asoló a la ciudad de Cuenca, todos los que poseían alguno de estos cestitos se curaban en seguida. Durante una sequía consiguió milagrosamente cantidad de trigo suficiente para abastecer a toda la provincia. Subió al cielo el 28 de enero de 1208, entre cánticos angélicos que fueron oídos desde la tierra.

SAN TIRSO, mártir. — La imperial ciudad de Toledo meció la cuna de Tirso, educado en el gentilismo, pero hecho cristiano al oír las predicaciones evangélicas. Se trasladó a Cesarea de Bitinia, donde tuvo que sufrir atroces tormentos por confesar su fe. Le quebraron las piernas y le arrancaron las pestañas con agujas agudísimas; después, tendido en cama de hierro, le rociaron el cuerpo con plomo derretido. Pero aquí se manifestó el poder de Dios, pues el plomo saltó sobre los verdugos, que murieron en el acto. Luego Tirso fué atado a una rueda, la cual, dando vueltas, introducía muchas veces la cabeza del Santo en una caldera de agua hirviendo. Los gobernadores Combrucio y Silvano, que tanto habían atormentado a los cristianos, murieron entre horribles dolores, justo castigo de Dios. Tirso fué arrojado a las fieras del anfiteatro, pero éstas le respetaron. Esto motivó la conversión de muchos gentiles. Finalmente, Tirso fué aserrado por medio, entre muestras de júbilo, porque pronto se uniría con Dios. Así ganó la palma de los mártires. Era el año 253.



Doctor ascético — Manasterio de Salesas en Annecy

SAN FRANCISCO DE SALES

Obispo y Doctor de la Iglesia (1567-1622)

DÍA 29 DE ENERO

NACIÓ este amabilísimo y santo varón el día 21 de agosto de 1567 en Saboya, en el castillo de Sales, que era el solar de sus padres, llamados los señores de Boisy. Ofrecióle al Señor su piadosa madre aun antes de dar a luz al que había de ser, andando el tiempo, el más noble florón de la familia. Al día siguiente de nacer fué bautizado en la parroquia de Thorens y le pusieron por nombre Francisco Buenaventura.

Las primeras palabras que balbuceó el niño fueron admirables: «Dios y mamá me quieren mucho» — repetía con insistencia.

Su cara —dice un biógrafo— era sumamente agraciada, sus ojitos bellísimos, su mirada muy tierna y amorosa, y todo su porte tan modesto que parecía un angelito.

Siendo de edad de siete años, comenzó a estudiar en el colegio de la Roche, y luego continuó en el de Annecy. Su piedad y modestia hacían fuerte impresión en sus compañeros; «¡que viene el santo; seamos buenos!» —decíanse unos a otros al verle llegar. Si alguno de ellos se desmandaba en su presencia en obras o palabras, Francisco le reprendía, pero con tanta

blandura y afabilidad, que el culpado no volvía a las andadas. Por otra parte, era tal el cariño que todos le profesaban, que sentían mucho causarle pena o disgusto. Tan grande era su bondad, que un día se presentó para ser azotado en vez de su primo Gaspar de Sales.

A los diez años recibió la primera Comunión y la Confirmación en la iglesia de los Dominicos de Annecy, determinando desde ese día abrazar el estado eclesiástico y consagrarse totalmente al servicio de Dios. Recibió ya al año siguiente la tonsura clerical en la ciudad de Clermont.

Terminados los estudios que en Annecy podía cursar, enviáronle sus padres a París para estudiar Retórica y Filosofía, acompañado de su preceptor, el señor Deage, sabio y prudente sacerdote. No por vivir en la gran capital de Francia dejó Francisco de caminar a pasos de gigante en la senda de la virtud. «Dios es mi maestro en la ciencia de la santidad —solía decir—; a Él acudo con frecuencia para que me la enseñe, pues de nada me serviría ser sabio, si no llegara a ser santo.»

Con gran contento de su alma ingresó en la Congregación Mariana del colegio de los Jesuítas a cuyas aulas acudía. La devoción a la Reina del cielo daba fuerzas extraordinarias a su alma; María era la confidente de sus penas y alegrías. «¡Oh Madre bondadosísima! —exclamaba—; ¿cómo vivir sin amarte? Haz que sea tuyo eternamente y que, a una conmigo, todas las criaturas vivan y mueran sólo por tu amor.»

No faltaron tentaciones al piadoso joven, pero con la ayuda de su Madre celestial salvó todos los lazos que le tendía el enemigo. Trató entonces el demonio de vencerle con pensamientos de desaliento y desesperación. Comenzó por hacerle creer que no estaba en gracia de Dios, e intentó convencerle luego que sería condenado al infierno. Causóle esta tentación tal angustia interior, que llegó a enfermar notablemente. Acudió en trance tan sombrío a la dulcísima Consoladora de los afligidos y, postrado a los pies de la Virgen, exclamó: «¡Oh Dios mío!, si he de ser tan desgraciado que no pueda amaros y honraros por toda la eternidad, quiero a lo menos amaros en este mundo, y emplear en vuestro divino servicio todo el tiempo que me déis de vida.» Rezó luego el «Acordaos» a Nuestra Señora, y se ofreció a Dios haciendo allí mismo voto de perpetua castidad. Al punto cesó la tentación y volvió la paz a su alma.

Seis años permaneció Francisco en París. Acabados allí sus estudios, regresó a Saboya; pero en breve le envió su padre a la Universidad de Padua, para que cursara Jurisprudencia y Teología. En Padua tuvo también que luchar contra peligrosas tentaciones de las que salió victorioso. Enfermó de gravedad a los pocos meses de llegar; pero poco a poco fué recobrando la salud, con gran asombro de los médicos, y pudo continuar los estudios.

Pasados brillantes exámenes, graduóse de Doctor y recibió la borla de

manos del obispo de Padua. Cuando salió de la ciudad, todos, maestros y discípulos, se deshacían en alabanzas de su ciencia y su virtud.

Antes de volver a su patria, fué en peregrinación a Roma y Loreto. Al entrar en este célebre santuario, sintió abrasarse su alma en el divino amor, cual si hubiese entrado en un horno encendido, y después de confesarse y comulgar, renovó el voto de castidad.

VOCACIÓN AL SACERDOCIO

CUANDO Francisco regresó a Saboya, tenía veinticinco años y era cumplidísimo caballero. El señor de Boisy, ufano de tal hijo, lo consideraba como gloriosa esperanza de la familia. Le nombró Señor de Villagoret, y le envió a Chambery a pasar examen para ser admitido como abogado del Senado de Saboya. Los senadores, en reunión plenaria y con toda pompa, le recibieron en la corporación.

Volvió a Annecy, y al pasar por el bosque de Sonaz, tropezó su caballo tres veces, cayendo al suelo Francisco, y lo prodigioso fué que cada vez la espada que llevaba salió de la vaina y formó con ella una cruz perfecta. El joven abogado interpretó el prodigio como aviso del cielo de que se hiciera sacerdote, siguiendo el impulso que le inclinaba al estado eclesiástico. Por eso, al proponerle su padre en matrimonio a la hija de uno de los principales señores, en la que a la par de la nobleza brillaban las más bellas prendas, Francisco se negó con prudencia y fortaleza de santo.

En balde trató el señor de Boisy de hacerle revocar su propósito; Francisco mantuvo firme y constante su determinación. Arrodillado a los pies de su padre, le conjuró que no contrariase en adelante los designios de Dios y, abriéndole su corazón, le declaró que había hecho voto de guardar perpetua castidad.

Abrazó, pues, el estado eclesiástico; fué nombrado prepósito del cabildo de Ginebra, y ordenóse de sacerdote en Annecy el 18 de diciembre de 1513. La ceremonia de su ordenación fué conmovedora en extremo. El obispo de Ginebra creía tener a sus pies a un ángel, y tanto el venerable prelado como todos los presentes, derramaron abundantes lágrimas.

A los pocos días comenzó a ejercer el sagrado ministerio, predicando a menudo, y siempre con tan santa sencillez y piedad, que ganaba los ánimos y corazones con sus palabras. Pasaba gran parte del día en el confesonario, donde acogía con bondad a los pecadores.

Era voz común que no había obstinación tan empedernida que pudiese resistir a su devoción en el altar, ni a su elocuencia en el púlpito. Andaba sin cesar de aldea en aldea y de choza en choza, instruyendo a innumera-

bles pobres rústicos, a ignorantes que vivían en el cristianismo sin conocerlo, y sus primeras excursiones apostólicas ganaron tantas almas para Jesucristo, que así el obispo de Ginebra como el duque de Saboya trataron de nombrarle misionero del Chablais.

EL MISIONERO

LA región del Chablais, que estuvo por más de cincuenta años en poder de los protestantes, volvió a ser posesión, en el año de 1593, del piadosísimo Duque de Saboya, quien trató de restablecer allí la religión católica. Para lograrlo, rogó al obispo de Ginebra que le enviara celosos misioneros. La empresa no era llana, puesto que el fanatismo de los calvinistas ponía en constante peligro la vida de los misioneros.

Con todo, Francisco, joven sacerdote de veintiséis años, se ofreció con determinación para tan arriesgada empresa. La señora de Boisy soltó la rienda a las lágrimas al saberlo, pero como no ignoraba que su hijo pertenecía al Señor antes que a ella, nada hizo para desviarle de tan santo propósito. No así el señor marqués, el cual recibió como puñalada en el corazón la noticia de la determinación de su hijo. Hallábase el digno anciano en su castillo de Sales; sin pérdida de tiempo y no obstante sus setenta y dos años de edad, ensilló un caballo y partió para Annecy, resuelto a tomar los medios para impedir aquella «locura», como él decía.

Probó de disuadirle con las más vivas y tiernas amonestaciones, pero Francisco, con sus dulces palabras, exhortó y alentó a su señor padre a ofrecer a Dios aquel sacrificio; pero, aunque muy conmovido por lo que veía y oía, permaneció firme en su resolución.

El señor de Boisy, desconsolado, fué con su hijo a ver al obispo y, bañado en lágrimas, le dijo: «Monseñor, yo di licencia a mi primogénito, esperanza de la familia y apoyo de mi ancianidad, para que se dedicase al servicio de la Iglesia como «confesor», pero de ningún modo puedo consentir que sea «mártir» y que lo enviéis a que lo devoren los lobos calvinistas.»

A punto de ceder estuvo el prelado, movido por tales ruegos, pero Francisco exclamó con apostólica energía: «Manténgase firme, Monseñor; no quiera arrebatarme la corona celestial. He empuñado el arado, y ¿quisiera Su Señoría que mirase atrás por motivos humanos?»

Partió, pues, para el Chablais en compañía de su primo el canónigo Luis de Sales, el día 14 de septiembre de 1594, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, viajando a pie, sin criados y con poquísimo dinero. Al pisar tierra protestante, Francisco y Luis se encomendaron al ángel tutelar de la provincia y, tierra adentro hasta llegar a la cumbre de la fortaleza de Allinges, pudieron desde allí contemplar toda aquella triste comarca de iglesias



LOS *sermones de San Francisco de Sales son irresistibles para todos. Los hugonotes más empedernidos y los pastores protestantes se alejan furiosos, por temor de dejarse convencer por ese predicador santo, cuyas palabras todas rebosan amor de Dios y amor de los hombres.*

destruídas, cruces derribadas, aldeas incendiadas, castillos arrasados y, lo que era más de lamentar, con señales manifiestas por doquier de ruina de las almas. Ríos de lágrimas derramó Francisco ante aquel cuadro desolador.

Diariamente iba de Alinges a Thonon, refugio principal del calvinismo, y plaza fuerte que era menester conquistar a todo trance, pero no descuidaba las aldeas y caseríos, sin que la lluvia, el frío ni las tormentas fuesen obstáculo a sus correrías. ¡Cuántas veces no tuvo que andar a gatas en cuestas o caminos helados, enrojeciendo la nieve con la sangre de sus heridas y rozaduras!

Cierta noche al volver a Allinges, atravesando un bosque, vió venir a él una manada de lobos corriendo por la nieve. Para librarse de su voracidad, no tuvo más remedio que subirse a un árbol, atándose con el cinturón a una rama para no caerse si se dormía. Pasó tanto frío, que a la mañana siguiente los campesinos le hallaron medio muerto.

Pero si las noches eran a veces tan amargas, los días lo eran más, pues parecía que los sermones del misionero sólo lograban encender la ira de sus adversarios, algunos de los cuales pintaban a Francisco como hipócrita, seductor y hechicero; otros, más crueles, aconsejaban arrojarle a palos del *Chablais*. Ningún protestante acudía a sus sermones, y tales prejuicios tenían de él formados, que le negaban el alojamiento y hasta la comida.

El Santo quería, sin embargo, que llegase a todos la verdad católica. Para lograrlo, escribía las instrucciones en hojitas que sembraba por las calles, pegaba en las paredes o dejaba a las entradas de las casas por debajo de las puertas.

Al fin, tantos y tan hermosos ejemplos de abnegación e intrépida constancia conmovieron a algunos protestantes, los cuales, ávidos de saber qué enseñaba el valeroso misionero, burlando la prohibición de asistir a sus sermones, acudieron a uno de ellos, quedando prendados de lo que oyeron. Al día siguiente aumentó el número de los que fueron a oír al Santo, acabando todos ellos convirtiéndose al catolicismo.

Estos hechos despertaron grandes inquietudes entre los ministros calvinistas. Tuvieron junta general y determinaron deshacerse a toda costa del misionero católico, pagando a dos asesinos para que, apostados en el camino de Allinges, le matasen al pasar por aquel paraje. Volvía Francisco de Thonon a la hora acostumbrada, cuando de repente vió salir de la emboscada a los dos criminales, que se arrojaron sobre él espada en mano. Quiso interponerse Rolando, fiel servidor que le acompañaba en sus viajes por mandárselo el señor de Boisy, pero Francisco se fué derecho a los dos asesinos, y con majestuoso continente y dulces palabras, logró disuadirles del criminal intento; los dos se echaron arrepentidos a los pies del Santo, pidiéndole humildemente perdón.

Desde ese día fueron desvaneciéndose los prejuicios de la población; los ánimos se apaciguaron, y Francisco pudo predicar libremente aun en medio del mercado de Thonon. Subíase a una silla y hablaba unas dos horas, desenvolviendo los argumentos de la fe con tanta gracia y elocuencia que la gente suspendía las ventas, y todos le escuchaban atónitos, convirtiéndose no pocos después de cada sermón.

La cosecha correspondió a la siembra, y así fué grande dicha para el obispo de Ginebra poder visitar como pastor y padre, aquellas poblaciones tan rebeldes hasta hacía sólo cuatro años. En 1598 presidió el prelado la función de las Cuarenta Horas y confirmó a un sinnúmero de convertidos. Al cabo de pocos años pudo decir Francisco: «Sólo hallamos quince católicos al llegar al Chablais; hoy no quedan sino quince calvinistas.» Y a la verdad, merced a su apostólico celo, a su paciencia, ánimo esforzado, talento y prudencia, había logrado devolver a la Iglesia una provincia entera.

OBISPO Y FUNDADOR

RESTABLECIDA la religión católica en el Chablais, el obispo de Ginebra envió a Francisco a Roma para arreglar varios asuntos concernientes a dicha región. Su acompañante llevó en secreto una carta del prelado al Papa, suplicándole tuviese a bien nombrar a Francisco de Sales para su coadjutor en el obispado. Consintió en ello el Pontífice, y en otro viaje del Santo a Roma fué examinado de sagrada Teología ante el Papa. Tan admirado quedó el Sumo Pontífice de las respuestas del Santo, que dió de él este testimonio: «Ningún examen de los verificados hasta hoy, nos ha complacido tanto como el de Francisco de Sales.»

Nombrado coadjutor en el año de 1599, y consagrado obispo en el de 1602, Francisco se dió con más ardiente celo a las apostólicas tareas de director y pastor de las almas, y fueron tantas las obras que llevó a cabo, que el querer traerlas o esbozarlas todas aquí, excedería los límites del fin propuesto en esta breve reseña de su vida. Menudeaba las visitas a las parroquias de su diócesis, enseñando la doctrina a los fieles, reformando los monasterios, predicando y convirtiendo cada vez algunos protestantes; en suma, haciendo bien a todos. También predicó la Cuaresma en varias poblaciones.

Fué a París enviado por el duque de Saboya, para tratar asuntos diplomáticos con el rey Enrique IV, y también allí hubo de predicar, dejando a los parisienses admirados de su mansedumbre y doctrina. En París entabló relación con San Vicente de Paúl; trabajó para establecer en Francia la Orden carmelitana, y con su sencillez y santidad ganó el corazón del mo-

narca, que trató de guardarle en París, prometiéndole altas dignidades. El Santo, con su acostumbrada gracia y llaneza, le contestó que, estando ya casado con una pobre dama, la Iglesia de Ginebra, por nada del mundo quería divorciarse de ella. Salidas así, tan llenas de donosura y exquisita gracia, brotaban espontáneamente y con mucha frecuencia de labios de Francisco.

Mientras residía en Annecy, era el buen Pastor en medio de sus ovejas, dando a todos, y en particular a los pobres, libre entrada en su habitación, oyéndolos con bondad, aun cuando entendiera que le hacían perder tiempo. De que fuese varón afable y amenísimo, sobrado testimonio dan sus escritos, muy en particular la *Introducción a la vida devota* y la *Práctica del amor de Dios,* llenos de suavidad y devoción al par que de doctrina, y muy leídos, admirados y celebrados.

Dirigía a las almas llevándolas por diversos caminos según la condición peculiar de cada una, y juzgaba que la verdadera piedad consiste en hacer la voluntad divina cumpliendo fielmente las propias obligaciones, y que así, no cabe vocación o estado en que no pueda y deba servir el hombre al Señor.

En el año de 1604, predicó San Francisco de Sales la Cuaresma en Dijón, y entre los oyentes se hallaba la baronesa de Chantal, viuda desde hacía poco tiempo. La piadosa dama, hoy en día santa, tuvo revelación del cielo de ser aquél el maestro espiritual que ella buscaba, y Francisco a su vez, hablando con ella, entendió haber hallado el alma generosa que le ayudaría eficazmente a realizar uno de los proyectos que más le agradaban.

No pudo, sin embargo, la baronesa dejar en seguida el siglo, pues tenía que educar a sus cuatro hijos; mas luego que hubo cumplido con sus deberes maternales, Francisco le descubrió los altísimos designios que el Señor tenía sobre ella, y la nombró primera superiora de las religiosas de la Visitación, conocidas comúnmente con el nombre de Salesas.

Hacía tiempo que pensaba establecer para las mujeres una congregación en la que llevasen vida menos austera que en otros conventos y en la que pudieran ingresar las viudas, las solteras y aun las achacosas. Quiso que las austeridades corporales fuesen en parte reemplazadas por la obediencia, practicada de manera tal, que su ejercicio fuese a un tiempo martirio para la naturaleza y fuente de gracias y méritos abundantísimos para las almas. No entraba en los planes del Santo el establecer la clausura en el nuevo instituto, sino el dedicar las «Hijas de María» al servicio y visita de enfermos, por lo que al principio se llamaron «Visitandinas». Pero tales dificultades le salieron al paso, que viendo en ellas claro indicio de la voluntad del Señor, determinó al fin que sus Hijas, aun guardando el nombre de Visitandinas, trocasen la ocupación de Marta por la de María, dedi-

dándose a la vida recogida y contemplativa. Por eso decía Francisco donosamente: «Me llaman fundador de una Orden, siendo así que me ha salido todo al revés; se ha hecho lo que no quería, y lo que tanto anhelaba se ha malogrado.»

MANSEDUMBRE DEL SANTO. — SU MUERTE

MUY imperfectamente quedaría dibujado nuestro Santo, si a lo menos con una pincelada no estampásemos en esta vida aquellas lindas flores de su mansedumbre y bondad de las que fué dechado cumplidísimo, no obstante su natural vehemente e irritable. Lo cierto es que de tal manera logró dominar su genio y someterlo al yugo de la humildad, que vino a ser como la personificación de la mansedumbre y afabilidad, haciendo exclamar a San Vicente de Paúl: «¡Cuán bueno y suave debe de ser el Señor, puesto que el obispo de *Ginebra, su ministro, lo es tanto!*»

El día 27 de diciembre de 1622, regresando Francisco de Aviñón, a donde, a pesar de estar algo enfermo, fué con el duque de Saboya, y hallándose en Lyón, sobrevínole un fuerte acceso de apoplejía de que murió al día siguiente; tenía a la sazón cincuenta y seis años de edad.

Luego que se esparció la noticia de su muerte, fué extraordinaria la conmoción y el concurso de todo el pueblo. Condújose el santo cadáver a Annecy con pompa digna de su mérito, y correspondiente a la celosa veneración con que todos le miraban. Diósele sepultura en la iglesia de las Salesas, donde lo veneran los fieles. Más adelante, hízose donación del corazón del Santo al primer monasterio de Salesas de Lyón, pero de allí lo llevaron luego las Visitandinas al convento de Venecia.

El papa Alejandro VII canonizó a Francisco de Sales en el año 1665. Su fiesta fué trasladada por Inocencio XII al día 29 de enero con rito de doble. En 1877 Pío IX le declaró Doctor universal.

SANTORAL

Santos Francisco de Sales, obispo, doctor y fundador; *Valero, obispo de Zaragoza; Sulpicio Severo, historiador;* Aquilino y Mauro, mártires; Gildas, abad; Seustio, Constanzo de Perusa y Sabiniano, *mártires*; Julián el Hospitalario, en Cataluña; y el venerable Tajón, escritor, discípulo de San Braulio y obispo de Zaragoza. Santas *Radegunda* y *Sabina, vírgenes.*

SAN VALERO, obispo de Zaragoza. — Este ilustre obispo, gloria de la Iglesia y de España, vió la luz primera bajo el cielo azul de Zaragoza, rasgado, hacía tres siglos, por la Virgen del Pilar, que *dejó henchido de* célicos aromas el am-

biente español, tan propicio para la santidad de sus hijos, de los cuales es Valero uno de los más distinguidos, siendo además uno de los hombres más sabios de su tiempo. Sus relevantes méritos le elevaron, en 290, a la sede episcopal cesaraugustana, en la que empleó todo su talento para acrisolar la fe de sus hijos y atacar a los paganos, enemigos de Dios. El feroz Daciano le llevó a Valencia, cargado de cadenas; junto a él iba Vicente, que fué martirizado en la ciudad del Turia. Pero Valero volvió de aquella ciudad levantina, siendo desterrado de su país natal; vivió en un pueblo perdido de las montañas de Aragón, entregado del todo a la oración y a la penitencia. Exhaló el postrer suspiro hacia el año 315.

SAN SULPICIO SEVERO, EL HISTORIADOR. — Nació en Aquitania, cerca de Tolosa, hacia el año 363. Estudió leyes y descolló por su elocuencia. Habiendo perdido muy pronto a su esposa, reflexionó seriamente sobre la fugacidad de los bienes terrenos, y resolvió abandonar el mundo para servir más de cerca a Jesucristo. Lo dejó todo y entregó sus bienes a los pobres, los cuales le siguieron y adoptaron el mismo género de vida, consagrándose, como él, al servicio divino. Fué muy amigo de San Martín de Tours, cuya vida escribió. Sulpicio es además autor de varias Cartas, Diálogos y de una Historia Sagrada. Murió a principios del siglo V.

SANTA RADEGUNDA, virgen. — Se ignora la patria y el lugar de su nacimiento, pero se sabe con certeza que desde sus más tiernos años consagró a Dios su virginidad. Para conservar más fácilmente el tesoro de su pureza, se hizo religiosa premostratense del convento de San Pablo de la diócesis de Burgos; de éste pasó al de San Miguel de Treviño; pero deseosa de visitar los lugares santificados por nuestros mártires en Roma, emprendió a pie tan largo viaje, del cual quedó gratamente impresionada, trayendo, a su regreso, multitud de reliquias de la ciudad eterna. Después se entregó a tan rudas penitencias que asombraron a cuantos las conocieron. Murió el 29 de enero del año 1152, a los treinta y tres de la fundación de la Orden premostratense, siendo rey de Castilla Alfonso VII.

SANTA SABINA, virgen. — Esta Santa es otro ejemplo admirable de los prodigiosos frutos que produce la gracia en orden a conmover los corazones y arrastrar las voluntades. Sabina no vió el firmamento de su alma iluminado con los destellos de la fe hasta muy entrada ya en la juventud. Su hermano San Sabiniano había huído de su casa para entregarse totalmente a Dios; ella oyó un día la voz de la gracia que la llamaba al mismo género de vida. No despreció Sabina este dulce llamamiento, sino que, en compañía de su hermana de leche Maximinola, abandonó también el hogar paterno y salió de Samos, su patria, para ir a Roma, donde fué instruída por una virtuosa dama llamada Justina; allí recibió el bautismo de manos de San Eusebio, que luego ocupó la silla de San Pedro en 308. En la ciudad de los Césares obró Sabina portentosos milagros, tanto en pro de las almas como de los cuerpos. Luego se trasladó a Troyes, ciudad de las Galias, para abrazarse con su hermano, que había fallecido algunos años antes sin ella saberlo. Al conocer tan triste noticia se entristeció de tal manera, que la pena aceleró su muerte. No murió mártir como su hermano, pero al cerrar los ojos para siempre a la luz de este mundo, los abrió para contemplar eternamente los resplandores del Paraíso.



SANTA JACINTA MARISCOTTI

Virgen, Terciaria franciscana (1585-1640)

DÍA 30 DE ENERO

FUÉ Santa Jacinta hija del conde Marco Antonio Mariscotti y de la condesa Octavia Orsini, ambos ilustres por la nobleza de su sangre y la abundancia de sus riquezas. Nació en el año del Señor de 1585 en Pignatello, distante pocas leguas de Roma; y mientras vivió en el siglo conservó el nombre de Clara que le pusieron en el bautismo. A más de otros dos hermanos, tuvo dos hermanas, una mayor, llamada en religión Inocencia, y la otra menor, Ortensia, que casó con el marqués Capizucchi.

Aunque educada por la condesa, su madre, con mucho cuidado, correspondió Clara muy mal al esmero que se puso en su educación y, como era de natural áspero y altivo, dejóse arrastrar de las pasiones, del amor a la vanidad y diversiones del siglo, poniendo su afición en los adornos, galas y frioleras mujeriles.

Jugando cerca de una cisterna, cayó en ella, y se hubiera ahogado seguramente, a no haberla sostenido una fuerza sobrenatural. Tan maravillosa protección del cielo no impresionó a la niña, y tampoco hizo mella en su espíritu disipado la entrada de su hermana mayor en religión.

Creyendo sus padres que alejándola de casa una temporada cambiaría de conducta, la pusieron como pensionista en el convento de San Bernardino de Viterbo, donde había profesado Inocencia, para que allí se criase bajo la disciplina de las religiosas, teniendo a la vista los ejemplos de virtud de su santa hermana. Pero ni las exhortaciones ni el buen ejemplo ejercieron influencia alguna en la joven; su cuerpo estaba en el convento, mas no su espíritu y afectos, los cuales tenía puestos en el siglo, y tantas instancias hizo para que de allí la sacaran, que logró su intento y volvió a su casa.

Marco Antonio casó por entonces a Ortensia, su tercera hija, con el marqués Capizucchi. Al llegar Clara y tener noticia de que todo estaba ya dispuesto para la boda de su hermana menor, sintió en su alma grande congoja y amargura. Las fiestas fueron brillantísimas, lo que aumentó el malhumor de Clara, cuyo corazón se resquemaba de envidia y enojo, considerando suma injusticia casar a su hermana menor antes que a ella. Con todo, ya fuese por despecho o por respeto, aguantóse al principio y no soltó palabra. Mas no tardó en estallar la llama de ira reconcentrada dentro de su corazón; en todo hallaba motivo de disgusto, llegando al extremo de que ni aun sus mismos padres podían soportarla.

No viendo otra salida para Clara, su padre tuvo la extraña ocurrencia de proponerle que entrase monja en el mismo convento que su hermana mayor Inocencia, la cual servía en él al Señor con sumo fervor y gozo. Tan lejos estaba ella de sospechar semejante propuesta, como el conde de esperar la respuesta de su hija. «Pues bien, sea así —le contestó Clara despechada—, desde mañana seré monja; mas no esperéis que imite la humildad de Inocencia; yo viviré en el convento cual corresponde a personas de mi alcurnia.» Y partió al día siguiente, pues a pesar de sus defectos, poseía gran fuerza de voluntad.

ENTRA EN RELIGIÓN

TENÍA por entonces diecinueve años y estaba radiante de juventud y hermosura. Entró en el convento de la Orden Tercera de San Francisco, en Viterbo, donde residía su hermana, y mudó el nombre de Clara por el de Jacinta.

Cuando apareció en la iglesia del monasterio y se adelantó hacia el altar en presencia de la muchedumbre que llenaba el templo, despojándose luego de sus ricos y blandos atavíos, la multitud se sintió conmovida, admirando tan heroico sacrificio; desmayóse el conde Marco Antonio ante aquel espectáculo, siendo menester sacarlo de la iglesia. Jacinta, en cambio, permaneció tranquila y serena; cambiada de hábito, mas no por eso estaba resuelta a mudar de vida, como bien lo dió a entender cuando su padre, repuesto del

desmayo, fué por la tarde a despedirse de ella. «Padre —le dijo con altanería—, ya soy monja, pero seguiré viviendo como antes.»

No es, pues, de extrañar que su noviciado no fuese fervoroso; exteriormente cumplía la Regla, pero no hallaba en ello ningún consuelo. Parecióle que desdecía de su nobleza el tener una pobre celda como las demás monjas, y así pidió a su padre que le edificase una más espaciosa y bella, y como la comida del convento no era de su gusto, mandaba le trajesen de fuera más sabrosos manjares.

Profesó al acabar el año de noviciado, pero ni con eso mudó su género de vida. Descontenta de la celda que le edificó su padre, le hizo levantar para ella un solar aparte en el jardín del convento, y lo amuebló con lujo espléndido. Por todas partes lucían ricas colgaduras y cuadros preciosísimos, y sobre una elegante mesa de mármol, brillaban magníficas joyas. Su hábito y su velo eran de seda. En suma, la vida que llevaba era más de gran señora recogida en apacible retiro que de humilde monja. Así transcurrieron diez años.

MARAVILLOSA CONVERSIÓN

ESO no obstante, el Señor tenía misericordiosos designios sobre Sor Jacinta y la iba pronto a convertir con su gracia omnipotente. Enfermó de grave dolencia y, considerando el miserable estado de su alma, quiso hablar al confesor del convento que a la sazón era el Padre Antonio Bianchetti, varón virtuosísimo y muy austero, el cual acudió al punto a confesarla.

Pero al ver aquel lujosísimo aposento, quedó un rato estupefacto, y luego, mirando severo a la religiosa, exclamó: «¿A qué habré venido yo aquí? Los vanidosos y soberbios no van al cielo.» Y en diciendo estas palabras, hizo ademán de retirarse. «¡Padre mío! —gritó Jacinta sobrecogida de espanto—; pues ¿qué?, ¿seré condenada? ¿No se apiadará el Señor de mí?» Y luego prorrumpió en amargo llanto; la gracia había triunfado en su corazón. «Sí, hija —repuso el confesor—; al infierno irán los que abusan de la divina gracia y llevan vida mundada en el mismo claustro. Con todo, infinita es la divina misericordia; arrepiéntete, muda de vida, sé humilde, pobre y mortificada, y no pienses en el mundo, sino en el cielo.» Y en diciendo estas palabras, salió del aposento.

Volvió al otro día, y Sor Jacinta le hizo confesión general con tanto arrepentimiento, que los sollozos entrecortaban su voz. El confesor, conmovido, admiró la bondad del Señor y consoló a la penitente, alentándola y aconsejándole que reparase públicamente el mal ejemplo, como así prometió hacer.

Creyendo sus padres que alejándola de casa una temporada cambiaría de conducta, la pusieron como pensionista en el convento de San Bernardino de Viterbo, donde había profesado Inocencia, para que allí se criase bajo la disciplina de las religiosas, teniendo a la vista los ejemplos de virtud de su santa hermana. Pero ni las exhortaciones ni el buen ejemplo ejercieron influencia alguna en la joven; su cuerpo estaba en el convento, mas no su espíritu y afectos, los cuales tenía puestos en el siglo, y tantas instancias hizo para que de allí la sacaran, que logró su intento y volvió a su casa.

Marco Antonio casó por entonces a Ortensia, su tercera hija, con el marqués Capizucchi. Al llegar Clara y tener noticia de que todo estaba ya dispuesto para la boda de su hermana menor, sintió en su alma grande congoja y amargura. Las fiestas fueron brillantísimas, lo que aumentó el malhumor de Clara, cuyo corazón se resquemaba de envidia y enojo, considerando suma injusticia casar a su hermana menor antes que a ella. Con todo, ya fuese por despecho o por respeto, aguantóse al principio y no soltó palabra. Mas no tardó en estallar la llama de ira reconcentrada dentro de su corazón; en todo hallaba motivo de disgusto, llegando al extremo de que ni aun sus mismos padres podían soportarla.

No viendo otra salida para Clara, su padre tuvo la extraña ocurrencia de proponerle que entrase monja en el mismo convento que su hermana mayor Inocencia, la cual servía en él al Señor con sumo fervor y gozo. Tan lejos estaba ella de sospechar semejante propuesta, como el conde de esperar la respuesta de su hija. «Pues bien, sea así —le contestó Clara despechada—, desde mañana seré monja; mas no esperéis que imite la humildad de Inocencia; yo viviré en el convento cual corresponde a personas de mi alcurnia.» Y partió al día siguiente, pues a pesar de sus defectos, poseía gran fuerza de voluntad.

ENTRA EN RELIGIÓN

TENÍA por entonces diecinueve años y estaba radiante de juventud y hermosura. Entró en el convento de la Orden Tercera de San Francisco, en Viterbo, donde residía su hermana, y mudó el nombre de Clara por el de Jacinta.

Cuando apareció en la iglesia del monasterio y se adelantó hacia el altar en presencia de la muchedumbre que llenaba el templo, despojándose luego de sus ricos y blandos atavíos, la multitud se sintió conmovida, admirando tan heroico sacrificio; desmayóse el conde Marco Antonio ante aquel espectáculo, siendo menester sacarlo de la iglesia. Jacinta, en cambio, permaneció tranquila y serena; cambiada de hábito, mas no por eso estaba resuelta a mudar de vida, como bien lo dió a entender cuando su padre, repuesto del

desmayo, fué por la tarde a despedirse de ella. «Padre —le dijo con altanería—, ya soy monja, pero seguiré viviendo como antes.»

No es, pues, de extrañar que su noviciado no fuese fervoroso; exteriormente cumplía la Regla, pero no hallaba en ello ningún consuelo. Parecióle que *desdecía de su nobleza el tener una* pobre celda como las demás monjas, y así pidió a su padre que le edificase una más espaciosa y bella, y como la comida del convento no era de su gusto, mandaba le trajesen de fuera más sabrosos manjares.

Profesó al acabar el año de noviciado, pero ni con eso mudó su género de vida. Descontenta de la celda que le edificó su padre, le hizo levantar para ella un solar aparte en el jardín del convento, y lo amuebló con lujo espléndido. Por todas partes lucían ricas colgaduras y cuadros preciosísimos, y sobre una elegante mesa de mármol, brillaban magníficas joyas. Su hábito y su velo eran de seda. En suma, la vida que llevaba era más de gran señora recogida en apacible retiro que de humilde monja. Así transcurrieron diez años.

MARAVILLOSA CONVERSIÓN

ESO no obstante, el Señor *tenía misericordiosos designios sobre* Sor Jacinta y la iba pronto a convertir con su gracia omnipotente. Enfermó de grave dolencia y, considerando el miserable estado de su alma, quiso hablar al confesor del convento que a la sazón era el Padre Antonio Bianchetti, varón virtuosísimo y muy austero, el cual acudió al punto a confesarla.

Pero al ver aquel lujosísimo aposento, quedó un rato estupefacto, y luego, mirando severo a la religiosa, exclamó: «¿A qué habré venido yo aquí? Los vanidosos y soberbios no van al cielo.» Y en diciendo estas palabras, hizo ademán de retirarse. «¡Padre mío! —gritó Jacinta sobrecogida de espanto—; pues ¿qué?, ¿seré condenada? ¿No se apiadará el Señor de mí?» Y luego prorrumpió en amargo llanto; la gracia había triunfado en su corazón. «Sí, hija —repuso el confesor—; al infierno irán los que abusan de la divina gracia y llevan vida mundada en el mismo claustro. Con todo, infinita es la divina misericordia; arrepiéntete, muda de vida, sé humilde, pobre y mortificada, y no pienses en el mundo, sino en el cielo.» Y en diciendo estas palabras, salió del aposento.

Volvió al otro día, y Sor Jacinta le hizo confesión general con tanto arrepentimiento, *que los sollozos entrecortaban su voz*. El confesor, conmovido, admiró la bondad del Señor y consoló a la penitente, alentándola y aconsejándole que reparase públicamente el mal ejemplo, como así prometió hacer.

Habiéndose ya retirado el Padre, levantóse la Santa sobreponiéndose a la debilidad de su cuerpo enfermo y, vistiéndose pobre hábito de estameña, fuése al refectorio. Las monjas estaban comiendo, y grande fué el asombro al ver entrar a Sor Jacinta, la cual, arrodillándose en medio y armándose de unas disciplinas, comenzó a azotarse duramente, y al mismo tiempo, llorando a lágrima viva, pidió perdón de los muchos escándalos que había dado. Las Hermanas, muy conmovidas ante conversión tan repentina, la consolaron y prometieron ayudarle con sus oraciones. ¡Cuánto costaría tan heroico ejercicio de humildad a la hija de los condes de Mariscotti, poco antes tan altanera!

También le costó generosos esfuerzos el deshacerse de los objetos lujosos, muebles preciosos y otras mil futilidades a las que había cobrado apego con la inveterada costumbre de usar de ellas. Sólo unos meses después, a consecuencia de nueva grave enfermedad y presintiendo quizá la eternidad muy cercana, adoptó resueltamente la determinación de abrazar perfecta pobreza con que ser digna hija de San Francisco. «¡Señor —dijo al fin generosamente— desde hoy renuncio a cuanto poseo; Vos sólo sois y seréis mi único bien!» Volviendo luego a una imagen de Santa Catalina colgada en la pared, exclamó: «¡Oh Virgen gloriosa, protégeme y alcánzame gracia para cumplir fielmente mi promesa!» Oyó entonces estas palabras: «Toma resueltamente la senda del sacrificio y te protegeré.»

Así lo hizo Sor Jacinta de allí en adelante, siendo su sacrificio total e irrevocable. Entregó a la superiora cuanto tenía contrario al espíritu de la Regla y sólo apeteció desde entonces el hábito más usado y la celda más pobre e incómoda. Barría los claustros, ejercía los oficios más humildes, desempeñándolos de rodillas cuando lo podía. Echábase a veces en el umbral de alguna puerta, suplicando a las Hermanas que pasasen encima de ella pisándola como a cosa digna del mayor desprecio. Otras veces, llevando una soga al cuello como los ajusticiados, besaba humildemente los pies de todas las monjas. En suma, su paciencia sobrepujó con creces a su anterior irritabilidad, y su humildad a su pasada altanería y soberbia.

Tuvo en otro tiempo grande afición al visiteo, y envanecióse sobremanera con la nobleza de su familia; desde el día de su conversión, no quiso volver a ver a sus deudos y amigos sino por mandato de la madre superiora. Escogióse en el cielo una familia y parentela que llenaba sus aspiraciones espirituales. Su padre sería San Agustín; su madre, la insigne penitente Santa María Egipciaca; hermano suyo sería San Guillermo, duque de Aquitania y gran pecador convertido por San Bernardo; hermana suya Santa Margarita de Cortona, penitente, de la Orden Tercera de San Francisco; y por fin, tío suyo el apóstol San Pedro, y sobrinos los tres mancebos del horno de Babilonia.



SANTA *Jacinta castigaba su cuerpo con terribles disciplinas, continuas mortificaciones y otras espantosas penitencias. El Señor, en recompensa, la regaló con éxtasis de extraordinaria dulzura y alguna vez los ángeles la recrearon con suaves y arrobadoras melodías.*

AUSTERIDADES Y TENTACIONES

FUERON realmente espantosas las penitencias a que se sometió en adelante, queriendo con ellas reparar su vida pasada. Mandó poner en su celda una enorme cruz que llegaba hasta el techo, y en ella se colgaba cada noche, atándose con una cadena de hierro. Noches enteras pasó acostada en ese instrumento de suplicio. Si la naturaleza reclamaba descanso, Sor Jacinta dormía sobre un haz de sarmientos con una piedra por cabecera.

Disciplinábase sin compasión, salpicando su sangre el suelo y las paredes de su celda. En memoria de la sed de Nuestro Señor Jesucristo, poníase un puñado de sal en la boca todos los viernes. Bebía sólo agua, y comía pan que dejaba endurecer hasta que perdiese el sabor. En Adviento y Cuaresma sólo se sustentaba con verduras y raíces cocidas en agua. Huía, en fin, de todo cuanto lisonjea los sentidos y buscaba lo que, haciéndole padecer, le permitía expiar sus pasados yerros y mostrar su agradecimiento y amor a Jesús crucificado, su libertador y único bien.

No podía menos el demonio que ver con rabia que aquella alma elegida mudaba tan resuelta y sinceramente su mala vida, y nada omitió para vencer el valor de la Santa. Bien sabía él que la pasión dominante de Sor Jacinta había sido el orgullo, y como nada mortifica tanto a los soberbios como el verse realmente despreciados, procuró incitar a algunas monjas a que se burlasen de la recién convertida. Decíanle que se las echaba de santa para atraerse las alabanzas que antes ganaba con su lujo, de modo que no era sino una hipócrita que a nadie convencía con sus engaños, y aun a veces pasaban de las palabras a las obras.

Otras religiosas, burlándose de lo que llamaban extravagancias de beata, preguntábanle si se había vuelto loca.

Sor Jacinta sobrellevaba gozosamente tales burlas y humillaciones. Viendo el enemigo infernal que nada conseguía por esa parte, enderezó sus esfuerzos a hacerla caer en la desesperación, llenándola de tristeza y turbación. Llenóle el pensamiento con la idea de que todas sus penitencias y oraciones de nada le servirían habiendo abusado tanto de la bondad del Señor, el cual la tenía ya dejada de su mano; y que ciertamente se condenaría, pues había de faltarle ánimo para perseverar hasta el fin en el género de vida que emprendía. «¡Oh Dios mío —pensaba en sí misma— ¿condenada yo a no amaros ni veros por siempre jamás; a arder eternamente en compañía de los demonios y de los pecadores impenitentes de todos los siglos? ¡Qué triste perspectiva!» Y por más que se esforzaba para avivar su fe en la misericordia del Señor, atormentábanla de continuo pensamientos desoladores. También

San Francisco de Sales experimentó las angustias de semejante tentación.

Hallábase cierto día más afligida que de ordinario, y buscaba consuelo y valor en la oración fervorosa. Díjole entonces una voz celestial: «No, hija, no estás condenada; espera, pues estás ya muy cerca de Dios.»

De las tentaciones interiores pasaba el demonio a las acometidas corporales. Bajando la Santa por la escalera del convento, fué violentamente empujada por el diablo, y cayó rodando hasta abajo, quedando tan sin sentido que las Hermanas tuvieron que recogerla. Muchos lazos semejantes le tendió el maligno espíritu, pero Jacinta sacaba fuerza y victoria de su amor a Dios y de la continua oración, piadosas lecturas, meditación asidua de la Pasión del Salvador y obediencia a su abadesa y a los directores de su conciencia; de suerte que Satanás salió burlado de sus intentos, pues en vez de desalentar a la Santa con tales asaltos, hacía que ella aumentara sus penitencias para vencerlos.

Había en el convento una Hermana lega muy robusta y forzuda. Jacinta le rogó un día que le prestase un extraño servicio, el cual consistía en disciplinarla por espacio de unas horas. La Hermana se negó a ello mucho tiempo, pero la sierva de Dios le instó tanto, que al fin accedió a sus deseos. A ejemplo del rey San Luis, que se hacía disciplinar por su confesor, nuestra Santa, en medio del silencio y oscuridad de la noche, atada a un poste, las espaldas desnudas y en la mano un crucifijo, aguantaba los fuertes y despiadados golpes de la Hermana lega, la cual usaba para ello unas varas o plomadas. Cuando empezaba a correr la sangre, enternecida, quería cesar, pero Sor Jacinta le rogaba que continuase y le prometía darle parte de los méritos que ganaba con aquella penitencia.

CARIDAD Y CELO ADMIRABLES

El único móvil de las acciones de la Santa era el amor de Dios; en él crecía de continuo, y tanto que algunas noches el ardor de este divino fuego no la dejaba descansar.

La caridad para con sus prójimos le daba fuerzas para vencer todas las repugnancias naturales. Había en el convento una religiosa que tenía un horrible cáncer en el pecho, y tan hediondo, que las enfermeras no tenían valor para curárselo. En cuanto lo supo Sor Jacinta, pidió como favor especialísimo cuidar a la pobre enferma, y lo hizo con ternura y solicitud maternales y heroísmo propio de santa. Para vencerse a sí misma y sobreponerse a la repugnancia que causaba la vista de aquel mal, empezó abrazando a la enferma, pidiéndole que le dejase besar la úlcera. Hízolo así, y desde aquel día siguió prestándole los servicios que necesitaba.

Esta encendida caridad la impulsaba a desear más que nada la salvación de las almas, y así no cesaba de orar por los pecadores. Había en Viterbo un hombre libertino, que escandalizaba toda la comarca con sus vicios. Noticiosa de ello nuestra Santa, compadecióse del desgraciado y empezó a orar por él, resolviéndose además a ayunar por espacio de cuarenta días para alcanzar del Señor la conversión de aquel pecador. Pasado este tiempo, mandó llamar a aquel hombre para hablarle; y aquí brilló el poder de las oraciones de Sor Jacinta, porque, no bien hubo oído el pecador la voz de la Santa, penetrando en su alma la divina gracia, prorrumpió en copiosas lágrimas y determinó mudar de vida. Salió del convento, fué a confesarse en la iglesia de los padres Carmelitas, y luego volvió a los pies de Sor Jacinta para recibir de ella consejos y un plan de vida cristiana.

Mandóle la Santa que el domingo siguiente, vistiendo un saco vil, fuese a comulgar en la misma iglesia, y así lo hizo el recién convertido, a presencia de casi todos los habitantes. Unos se burlaban de él viéndole con aquel traje tan singular; otros en cambio quedaban admirados al ver su valor; pero él, sin tener en cuenta los juicios humanos, y siguiendo los consejos de la Santa, entró resueltamente en el camino de la perfección, y desde aquel día se dió al cuidado de los enfermos del hospital y comía de lo que a ellos les sobraba.

Sería cosa de nunca acabar pretender referir las innumerables conversiones obradas por Santa Jacinta Mariscotti. No siendo su convento de los de clausura, solía ir de cuando en cuando a visitar a las familias pobres, llevándoles paz, alegría, esperanza y consuelo. También ayudó eficazmente al restablecimiento de algunas cofradías y a la fundación y reforma de conventos de su Orden.

Pero nadie aprovechó tanto sus consejos y ejemplos como las monjas, sus Hermanas, las cuales la estimaban sobremanera por sus eminentes virtudes, y la eligieron muy a pesar suyo por vicaria de la madre abadesa y maestra de novicias, cargos que desempeñó por espacio de largos años con gran aprovechamiento y edificación de muchas almas.

SUS ÉXTASIS Y SU MUERTE

AL paso que este sol descendía hacia su ocaso, irradiaba más vivos destellos. Llegó a tener Sor Jacinta continuada oración, sin que fuesen parte para disminuir su fervor los cuidados del cargo, las obras de caridad ni las graves enfermedades que padeció; nada de eso pudo separarla del amor a su Señor y Maestro Jesucristo.

Leyó repetidas veces la vida de Santa Teresa de Jesús, a la que tuvo especial afecto y devoción, y no pocas veces la oyeron las Hermanas con-

versar con ella familiarmente. Aparecióscle un día la Virgen nuestra Señora en el huerto del convento, y con esa aparición se llenó de gozo su corazón de tal manera que desde aquel día hasta el de su muerte, vivió Sor Jacinta con el espíritu más en el cielo que en la tierra.

Habiendo entrado cierto día una alumna del convento en la celda de la Santa para darle unas frutas, hallóla inmóvil y con los brazos en cruz, y aun parecióle que no respiraba. Maravillada en extremo de lo que veía, arrodillóse la joven junto a Sor Jacinta, y con permanecer allí más de una hora, no advirtió movimiento alguno en la Santa; pero en todo ese tiempo percibió un suavísimo aroma que Jacinta esparcía en torno de sí.

Otras muchas veces fué arrobada en éxtasis a presencia de la comunidad, levantándose como dos o tres pies del suelo, y permaneciendo enajenada y absorta en el Señor.

Adornó Dios a su amada sierva con el espíritu de profecía. Tuvo una señora grandísima aflicción por haber caído al fuego una hijita suya de dos años, saliendo de él con peligrosas quemaduras. Fuése desconsolada al convento, suplicando a Jacinta que se apiadase de su infortunio y sanase a su amada hija. «Consolaos, señora —díjole la Santa— porque vuestra hijita sanará y cobrará su hermosura, si bien es cierto que pasado breve tiempo, el Señor la tomará para sí, llevándosela al cielo.» La madre se puso aún más triste con esta noticia, y entonces Jacinta para consolarla añadió: «No os turbéis ni acongojéis tanto, porque Dios nuestro Señor os dará un hijo que será sacerdote, y tendréis sumo gozo en asistir a su misa.» Todo se cumplió como la Santa había anunciado.

Fué un día a visitarla su hermano el conde Sforza Mariscotti con sus tres hijos Marco Antonio, Francisco y Galeas, y en tono de broma dijo a Sor Jacinta: «Hermana, por todas partes corre la fama de tu santidad; pero por Dios, no se te ocurra querer llegar a ser santa, porque con el proceso de tu canonización vendríamos tan a menos que quedaríamos arruinados.» Respondióle ella humildemente que no era más que una infeliz pecadora; pero luego añadió con llaneza y sencillez: «Queda en paz, hermano, y no pienses en ello; eso le dará qué hacer a Galeas.» Y así sucedió; porque Galeas, que en aquella sazón era un niño, llegó a ser cardenal de la santa Iglesia y llevó adelante el proceso de canonización de su tía.

Un crucifijo habló a la Santa previniéndola para la muerte, y apaciblemente se durmió en el Señor el día 30 de enero de 1640, a los cincuenta y cinco años de su edad y veinticuatro de su conversión.

El Señor se sirvió para testimoniar al mundo la santidad de su sierva, por medio de muchos milagros obrados en su sepulcro por su intercesión. Los padres de familia aprendan de esta vida a no violentar la vocación de sus hijos, ya que viene de Dios y no de los hombres.

SANTORAL

Santos *Félix I, papa* y *mártir; Lesmes, abad; Hipólito, presbítero* y *mártir;* otro Hipólito, mártir en la Pulla (Italia); Nicolás y Domingo Sarraceno, mártires, en España; Feliciano y Alejandro, mártires. Santas Jacinta Mariscotti, virgen; *Martina, virgen* y *mártir;* Aldegunda, fundadora.

SAN FÉLIX I, papa y mártir. — Sucedió a San Dionisio en la cátedra de San Pedro, en el año 269, reinando el emperador Claudio II. Defendió la verdad católica acerca de la Santísima Trinidad y de la Encarnación contra Pablo de Samosata. Mandó construir una basílica en la vía Aurelia, y en ella parece que se le sepultó después de su muerte, ocurrida en el año 274, durante el reinado de Aureliano. La Iglesia le da el título de mártir, pero se ignoran las circunstancias de su muerte.

SAN LESMES o Adelmo, abad en Burgos. — Floreció en el siglo XI, siendo hijo de un gentilhombre de la región de Poitiers, en Francia. Después de seguir la carrera de las armas, se entregó totalmente a Dios. Toscamente vestido emprendió un viaje a Roma, no por pura curiosidad, sino obedeciendo a una imperiosa necesidad de su espíritu; este viaje no fué sino una larga peregrinación de penitencia. Regresó de Roma después de dos años, y al llegar al monasterio benedictino llamado Casa de Dios, pidió al abad le recibiera como monje; fué recibido y vivió como modelo de religiosos y de penitentes. Atraída por su fama de santidad y de taumaturgo, la reina doña Constanza, esposa de Alfonso VI, rey de Castilla y de León, rogó al Santo que viniese a España. Obedeció Lesmes y se estableció en Burgos, en un hospicio que el rey había mandado levantar. Más tarde se construyó allí mismo un monasterio, del cual fué Lesmes el primer abad. Lleno de méritos se fué al cielo a gozar de la vista de Dios, hacia el año 1100. En 1480 se le dedicó la parroquia que lleva su nombre y la ciudad le venera como Santo Patrono.

SAN HIPÓLITO, presbítero y mártir. — Era un presbítero de Antioquía, que habiendo incidido en el cisma de los novacianos, por la gracia de Dios volvió al seno de la Iglesia, en la cual acabó haciendo ardiente profesión de fe, por lo que en el mismo instante le degollaron. Vivió en el siglo III.

SANTA MARTINA, virgen y mártir. — Esta santa virgen procedía de ilustre familia romana, pues su padre había ejercicio por tres veces la dignidad consular. Fué educada en el santo temor de Dios y tenía hondamente arraigadas en su corazón las creencias de nuestra santa religión. Los cristianos eran entonces perseguidos, aunque con menos saña que en tiempos anteriores. Martina se vió denunciada y tuvo que presentarse ante el juez, que quería hacerle ofrecer sacrificios a los dioses; pero la joven cristiana se negó en absoluto. Fué llevada al templo de Apolo, pero éste quedó desplomado y la estatua del dios destrozada, lo mismo que la de Diana. Martina fué apaleada con gruesas y nudosas varas; sus propios verdugos se convirtieron al ver tal heroicidad y sufrieron el martirio allí mismo, siendo decapitados. La misma suerte cupo a Martina, que consiguió la palma de su triunfo en 228, imperando Alejandro Severo.


Cautiva a la juventud con Oratorios Festivos y Escuelas de Artes y Oficios

SAN JUAN BOSCO

Fundador de los Salesianos y Apóstol de la juventud (1815-1888)

DÍA 31 DE ENERO

ERA Juan Bosco pobre pastorcito, nacido en una aldea, en un caserío llamado los «Becchi», en el Piamonte (Italia), el 16 de agosto de 1815. Dos años tenía apenas cuando la Providencia permitió que se quedara huérfano de padre. Pero le quedó una madre, Margarita Occhiena, que supo comprender los designios del Señor sobre el humilde vaquerito y adivinar su porvenir. Esto bastaría para la gloria de aquella mujer que, si bien analfabeta, puede ponerse por modelo de educadoras. A los nueve años de edad, Juanito tuvo un sueño: se le apareció la Virgen Santísima y le mostró, en simbólicas escenas, su futura misión: transformar multitud de animales feroces en mansos corderitos. Inmediatamente dió comienzo el hijo de Margarita a su singular apostolado entre sus compañeritos, los zagalejos de la aldea. Se ejercita en juegos de prestigio y en acrobacias; observa en ferias y mercados a los titiriteros de profesión; los desafía en ocasiones para obligarles a no estorbar las funciones de iglesia; los vence y, consumado maestro en tan temprana edad, se vale de sus habilidades para enseñar el catecismo no sólo a los pequeños, sino incluso a las personas mayores que le escuchan admiradas de sus dotes, y embobadas con sus juegos. Preludia así su obra genial de los Oratorios Festivos.

DIFICULTADES Y TRIUNFOS

SUS ardientes deseos de estudiar para llegar a ser sacerdote, se ven obstaculizados por la pobreza de su familia y la oposición pertinaz e irreductible de su hermanastro Antonio. Con la gracia de Dios, vence todas las dificultades, aunque para ello tiene que abandonar su casa, ir sirviendo de amo en amo, ya en el campo, ya en la ciudad, ejercitándose en variedad de oficios como mozo de café, sastre, zapatero, herrero, etc. Después de mil peripecias, de una juventud pintoresca en sumo grado, en que las virtudes del joven estudiante y las genialidades del futuro «conductor de juventudes» constituyen una mezcla originalísima de incidentes dramáticos y graciosísimas anécdotas, logra entrar en el Seminario. Allí se acrisolan sus virtudes y forma definitivamente su mente y su corazón para la misión sublime que el Cielo le tiene confiada. Finalmente, el 5 de junio de 1841 sube por vez primera las gradas del altar. En aquella ocasión solemne se deja oír la voz de su madre excepcional, que le dice: «Juan, ya eres sacerdote. En lo sucesivo estarás más cerca de Jesucristo... Estoy segura de que todos los días rezarás por mí, esté viva o muerta; esto me basta. En adelante piensa solamente en la salud de las almas y no te preocupes de mí.»

ORATORIOS FESTIVOS

YA sacerdote, se traslada a vivir a Turín, y en el «Convitto» o Colegio para sacerdotes jóvenes, se dedica con afán al estudio de las ciencias eclesiásticas, mientras completa su formación sacerdotal bajo la guía sabia, santa y experimentada de su confesor, el Beato Cafasso; pero un incidente, al parecer de poca importancia, le pone frente por frente del campo de apostolado que soñara en su infancia: ¡los niños!

El 8 de diciembre de 1841, al ir a celebrar la Santa Misa, observa que el sacristán maltrata a un pobre muchacho que anda como desorientado por la sacristía. En el alma de don Bosco se levantó una ola de santa indignación y salió en defensa del jovencito, a quien dió allí mismo, al terminar la Misa, la primera lección de Catecismo, comenzada con una fervorosísima Avemaría. Don Bosco no podía sufrir que se tratara mal a los niños; su ideal era educarlos, instruirlos, ponerlos en condiciones de ganarse el sustento y ser útiles para sí y para la sociedad. Pero, a la vez, se daba cuenta de que el mundo está corrompido, de que la juventud abandonada y sin buena educación es la masa para todas las revoluciones del mañana.

Y para salvar a toda esa juventud no veía él otro medio que el de la educación cristiana.

Aquel primer grano de mostaza fructificó rápidamente y se convirtió en poco tiempo en árbol frondoso. Bartolomé Garelli (que tal era el nombre del niño protegido por don Bosco) fué atrayendo a otros jovencitos, quienes al principio del año siguiente alcanzaron el centenar. Estaba fundada la gran obra de los «Oratorios Festivos». Tendría que pasar por muchas dificultades, se vería don Bosco tenido por loco y arrojado con sus muchachos de todas partes, hasta del prado al que se retiraba para divertir y educar a los niños; pero, al fin, con la protección de la Santísima Virgen, logró hallar en el pobre cobertizo alquilado a un tal señor Pinardi, la sede estable de su Oratorio y de toda su Obra maravillosa. Para ayudarle a cuidar de los niños pobres, don Bosco rogó a su madre que se trasladara a Turín a vivir con él en su humilde casita; y aquella mujer ejemplar fuése a terminar sus días al lado del hijo apóstol.

Una noche tempestuosa del año 1847 llamó a las puertas del Oratorio un niño huérfano de padre y madre, desorientado en la oscuridad, mojado de pies a cabeza y desfallecido de hambre. Don Bosco mismo le preparó una cama prestándole su colchón. Madre Margarita le dió de cenar, le hizo rezar las oraciones, le dirigió un sencillo sermoncito y veló maternalmente su sueño. Aquel niño fué la piedra fundamental de los asilos para niños pobres.

Los niños del Oratorio Festivo iban en aumento de día en día; los asilados se hacían cada vez más numerosos. Para los primeros, don Bosco fundó otros Oratorios en la ciudad de Turín; para los segundos, dió comienzo a sus famosas Escuelas Profesionales. En un principio éstas fueron sumamente humildes y tuvieron por maestro al mismo don Bosco. Poco a poco fuéronse desarrollando hasta llegar a constituir una de las instituciones más geniales y admirables de caridad y educación de los tiempos modernos.

APOSTOLADO

ERAN aquellos momentos adversos para la Iglesia. Los protestantes, la mala prensa y la política sectaria iban a una en atacar por doquiera a la nave de San Pedro. Don Bosco vió en sueños que la salvación habría de venir de la devoción al Santísimo Sacramento y a la Virgen María, y de la sólida instrucción religiosa. En consecuencia, se dedicó con ahinco a escribir gran variedad de libros destinados a difundir estas devociones y a defender la fe del pueblo, y llegó a redactar más de un centenar, fundando en 1853 una preciosa publicación de obritas titulada «Lectu-

ras Católicas», que todavía hoy continúa difundiendo entre las clases humildes las verdades religiosas.

Pero no tardó en atraerse, con su intrepidez apostólica, las iras de los herejes, quienes insidiosamente, ora con halagos, ora con amenazas y atentados contra su vida, trataron de hacerle desistir. Don Bosco no cedió y la Divina Providencia le salvó muchas veces la vida mediante la prodigiosa aparición de un perro «gris» que, arrojándose sobre los asesinos, los desarmaba y ponía en fuga.

El secreto de los éxitos educativos de don Bosco lo constituye el llamado «Sistema Preventivo», extendido hoy por todo el mundo, el cual se apoya y vale ante todo de la razón y de la Religión para educar a los jóvenes. La más bella flor de este sistema, entre otras muchísimas, es el Venerable jovencito Domingo Savio, quien, en menos de tres años que vivió en el Oratorio de don Bosco, alcanzó a sus quince abriles las alturas de la perfección cristiana.

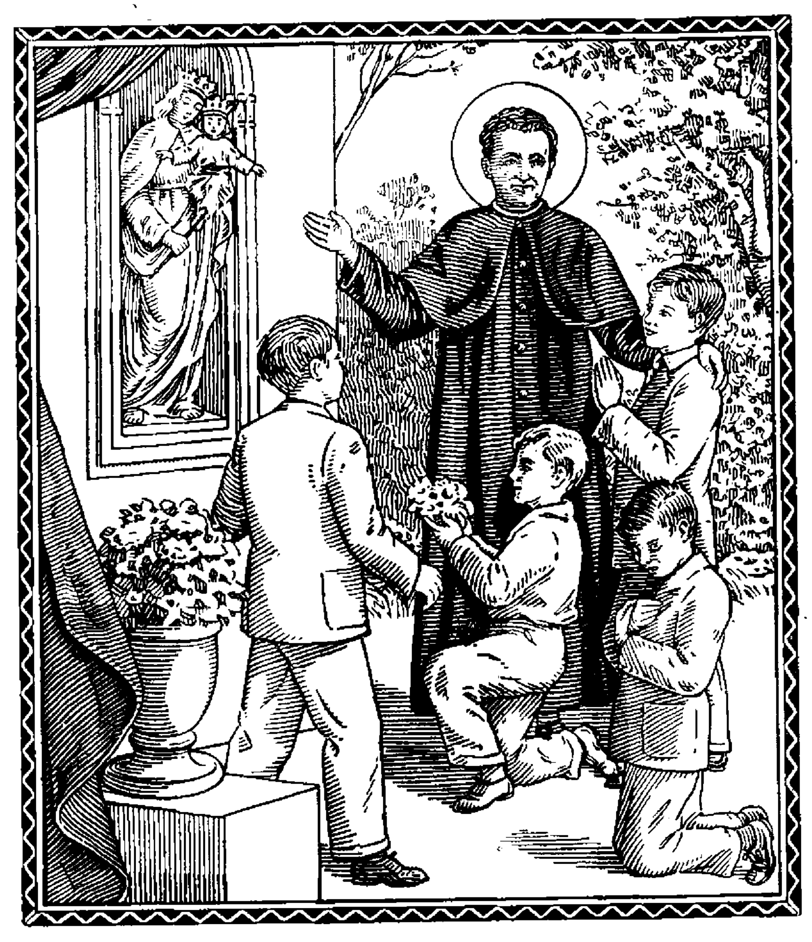
LA OBRA SALESIANA

EL año 1859, animado el Santo con la generosidad de que habían dado muestras algunos de sus muchachos, asistiendo a los atacados del cólera, intentó reunirlos en una familia religiosa, y tal fué la adhesión que le mostraron aquellos jóvenes, que pudo formar con ellos la Sociedad Salesiana, llamada así porque la nueva Congregación tomaba por modelo y Patrono al dulcísimo Obispo de Ginebra, San Francisco de Sales.

Don Bosco solía repetir que todo cuanto hacía y todo cuanto habrían de hacer sus hijos espirituales, los Salesianos, era debido a la protección de la Virgen Santísima invocada bajo el hermoso título de Auxiliadora de los Cristianos. Y para mostrar su gratitud a esta Madre celestial, ideó la construcción de un grandísimo templo en la ciudad de Turín. Al colocarse la primera piedra de dicho templo, no tenía don Bosco más que cuarenta céntimos. Cuatro años después quedaban terminadas las obras de la Basílica y podía afirmar el Santo: «Cada ladrillo de esta iglesia es una gracia de María Auxiliadora.»

Otro monumento levantado por don Bosco a la Virgen Santísima es el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora para la educación de la juventud femenina, fundado en 1872. Su primera superiora fué la Beata María Mazzarello.

En su juventud y durante los primeros años de sacerdocio, había sentido San Juan Bosco ardientes anhelos de marchar a las Misiones de infieles; mas no llevó a efecto tal deseo por obediencia a su director espiritual. Sin



DON Bosco, convertido en apóstol y padre de la juventud, enseña a ésta el camino de la dicha y la felicidad eternas mostrándoles la imagen de María Auxiliadora, cuya devoción enciende en el corazón de los niños que le escuchan.

embargo, el Señor quiso que fuese misionero y gran misionero, si no personalmente, sí, por lo menos, por medio de sus hijos, los Salesianos, y de las Hijas de María Auxiliadora. En 1875 envió la primera expedición de apóstoles a la Argentina, guiados por el entonces joven sacerdote salesiano don Juan Cagliero, más tarde obispo y cardenal de la Santa Iglesia. A esta expedición siguieron otras muchas no tan sólo para las Américas, sino para todas las partes del mundo.

Para sostener tantas obras en favor de las almas, y en especial en bien de los niños pobres, emprendidas por don Bosco, el Santo fundó una verdadera Orden Tercera a la que dió el nombre de «Pía Unión de los Cooperadores Salesianos», y de la cual quiso ser primer miembro Su Santidad el papa Pío IX, el gran amigo y consejero de don Bosco. Los Cooperadores Salesianos son seglares de ambos sexos que, con su prestación de espíritu, entusiasmo, oraciones y limosnas, apoyan y sostienen a la Congregación Salesiana.

MILAGROS DEL SANTO

EL Señor favoreció con dones extraordinarios a San Juan Bosco, de tal suerte que con razón ha sido llamado el «Taumaturgo del siglo XIX», por el gran número de milagros que obró durante su vida. Las enfermedades huían, las contrariedades desaparecían, la muerte soltaba su presa, los prodigios se sucedían sin interrupción al conjuro de la bendición de María Auxiliadora impartida por don Bosco. Entre estos dones sobrenaturales brilló en él una clara visión de las conciencias de sus jóvenes hasta poderles asegurar con toda verdad, como lo demostraba con los hechos, que les «leía los pecados en la frente».

He aquí algunos de sus milagros. El día de Navidad del año 1848, para suplir un olvido del sacristán, multiplicó las Formas en el Copón sin ostentación ni aparato alguno. Al los que de ello le hablaban, se contentaba con responderles que mucho mayor milagro era la consagración de la Hostia que su multiplicación.

En 1849 confesó a un joven ya tenido por muerto y le dejó la conciencia en paz.

En la fiesta de Todos los Santos del mismo año realizó, delante de muchos niños, la famosa multiplicación de las castañas. Y poco tiempo después hizo el prodigio de multiplicar las nueces.

José Morelli, alcalde de Caselle, curó milagrosamente de una osificación gangrenosa, al ser visitado por don Bosco. Otra curación milagrosa obró el Santo en la persona de don Antonio Costa, senador del Reino y banquero, que había prometido ayudar al Oratorio. Hallándose dicho señor en los tran-

ces de la muerte cuando ya contaba 83 años de vida, adquirió rápidamente la salud con ocasión de una visita que recibió de don Bosco.

El 3 de mayo de 1867, tomando las muletas de una pobre mujer de Carmagna, y poniéndoselas sobre la espalda, después de haberla hecho rogar a Nuestra Señora, la mandó curada a su casa, diciéndole: «Anda y sé siempre muy devota de María Auxiliadora.»

En Frohsdorf, de Austria, curó instantáneamente a Enrique, conde de Chambord, hijo del duque de Berry, a quien toda la prensa daba ya por muerto.

En Florencia, aquella señora que posteriormente fué llamada por los Salesianos «la buena mamá de Florencia», la marquesa Jerónima Ugoccioni Gherardi, obtuvo de don Bosco la milagrosa curación de su hijito, a quien los médicos habían dado ya por muerto.

La fama de santidad que estos milagros expandían por doquier, iba acrecentándose día a día y atraía hacia el Santo a muchísims personas, ávidas de que obrase en ellas alguno de aquellos milagros que oían referir. Son numerosos los testimonios de los que, verbalmente o por escrito, declararon que bastaba la presencia de don Bosco para infundir en su espíritu la calma y serenidad más perfectas.

COMPAÑERO MISTERIOSO

A título de episodio interesante, vale la pena de mencionar a «Gris», perro misterioso que aparecía al lado del Santo cada vez que le amenazaba algún peligro y desaparecía cuando el peligro se había disipado. Era una tarde de 1852: don Bosco regresaba solo a casa cuando de improviso vió dirigirse hacia él un enorme perro, que parecía un lobo, con el hocico largo y las orejas levantadas. Primero tuvo miedo; pero luego, imaginándose que el can le hacía fiestas, le acarició. La bestia le acompañó al Oratorio hasta la misma puerta de casa; y luego desapareció. No fué ésta la única ocasión en que el misterioso perro acudía a prestar seguridad a don Bosco.

Desde aquella noche, cuando, retenido por sus ocupaciones en la ciudad, don Bosco regresaba tarde a su casa, al atravesar los barrios peligrosos de Valdocco aparecía el Gris y le custodiaba hasta que llegaba a casa. Por tres veces le salvó la vida. Una noche, llena de oscuras tinieblas atravesadas por las finas agujas de la lluvia que caía abundante, el siervo de Dios se dirigía a su hogar por el camino que enlaza el templo de la Consolata con la Institución de Cottolengo. Delante de él iban dos hombres, que apresuraban o retardaban el paso según lo que él iba haciendo. Cambió el Santo de acera para adelantarse, pero los dos siniestros caminantes hicieron lo propio, con lo cual daban a entender las malas intenciones que abrigaban. San Juan

SANTORAL

Santos **Juan Bosco, confesor y fundador;** ***Ciro, Juan,*** Saturnino, Tirso y Víctor, mártires; *Julio, confesor;* Tarsicio, Zótico, Ciriaco y compañeros mártires; Martín Arias, presbítero de Portugal; Metrano, mártir; Torcuato y Bobino, obispos. Santas ***Marcelina,*** Trifena, ***Atanasia*** y *sus tres hijas,* ***mártires.***

SANTOS CIRO Y JUAN, mártires. — Ciro era un médico de Alejandría que ejercía su profesión con celo apostólico, curando las almas al mismo tiempo que los cuerpos. Habiendo sido acusado ante el gobernador, éste mandó arrestarlo; pero, habiéndolo sabido secretamente Ciro, logró escapar a la Arabia antes de su detención. Allí logró pasar inadvertido durante algún tiempo; pero se le juntó Juan, soldado de la armada oriental, que le reconoció y quiso acompañarle en su profesión y en su suerte. Ambos se dirigieron a Egipto para sostener en la fe a una dama cristiana que había sido arrestada juntamente con sus tres hijas, la mayor de las cuales frisaba en los quince abriles. Lograron su intento; pero el gobernador mandó dar muerte, no sólo a los dos valientes atletas de Cristo, sino también a Atanasia y sus tres hijas Teotista, Eudoxia y Teodosia, volando al cielo las almas de todos ellos el día 31 de enero del año 311.

SAN JULIO, confesor. — Era griego de nación, y abrazó muy pronto la religión de Cristo. Se trasladó a Roma, donde aprendió letras y ciencias con gran aprovechamiento. Más tarde, estando en Milán, la fama de su santidad llegó a oídos del obispo; éste le ordenó de sacerdote, cuyo ministerio desempeñó en aquella misma diócesis. El cielo le otorgó el don de hacer milagros. Murió santamente en esta ciudad hacia el año 400.

SANTA MARCELA, viuda. — Aunque pertenecía a una ilustre familia romana, despreció las riquezas y ostentación del mundo, pues todo lo consideraba como vanidad y pura nada, no interesándole más que el amor de Dios, único que podía satisfacer cumplidamente su corazón. San Jerónimo la llama «la gloria de los Santos, el honor de la ciudad de Roma y el modelo de las viudas cristianas, la primera mujer que confundió al paganismo en la ciudad de los Césares». Tiene el singular mérito de haber sabido llevar, en la corrompida ciudad de Roma, una vida tan retirada y solitaria como la hubieran podido llevar los más santos anacoretas en las inmensas llanuras del desierto. A causa de sus súplicas, fué respetada su vida y la de su hija Santa Principia, por los godos, que entraron en la ciudad el año 410. No tardó mucho en disfrutar de la recompensa que el Señor le tenía preparada por la santidad de su vida.

FEBRERO



Yo soy trigo de Cristo; los dientes de las fieras me molerán

SAN IGNACIO

Obispo de Antioquía, mártir († hacia 110)

DÍA 1.° DE FEBRERO

EMPRESA algo menos que imposible sería pretender biografiar a nuestro Santo, como lo sería la pretensión de levantar un edificio sin tener para ello el material necesario. De todos modos, intentaremos dar a conocer la intimidad del Santo, prescindiendo de todo orden cronológico que no es más que la malla útil en la que queda aprisionada el alma del personaje cuya vida tratamos de esbozar.

Muy al vivo y con pluma propia dibújase el Santo a sí mismo en las *Epístolas* por él escritas, las cuales muestran al descubierto rica e inagotable mina en la que hallamos expresados con belleza sublime los nobles sentimientos que florecieron en el alma de este santísimo varón, Padre de la Iglesia y sucesor casi inmediato de los Apóstoles.

OBISPO DE ANTIOQUÍA

HACIA el año 67, según la tradición, Ignacio, con otro nombre Teóforo, como a sí propio se llamada al encabezar todas sus cartas, sucedió en la silla de Antioquía, metrópoli de Siria, al obispo San Evodio, cuya vida apenas conocemos, pero que fué el inmediato sucesor de

San Pedro en el gobierno de dicha Iglesia, fundada por el santo Apóstol en el año 35.

Algunos párrafos de los escritos del Santo dan pie para conjeturar que nació de padres paganos y que era ya muy mozo cuando se convirtió al cristianismo.

Sea como fuere, del hecho de que las vecinas cristiandades le enviaran sus delegados como a persona merecedora de singular aprecio, infiérese que el obispo de Antioquía, por su autoridad de Pastor, ejercía influencia considerable.

No tardó mucho la Iglesia de Antioquía en ser blanco de una cruel persecución que estalló de improviso por causas desconocidas. Con todo, como quiera que Ignacio, en sus *Epístolas,* no alude a ningún otro mártir, podemos suponer que fué el santo obispo, a la vez que la más noble, la única víctima. Dada sentencia definitiva que le condenaba a morir despedazado por las fieras, hízosele forzoso emprender el camino de Roma, y no para reclamar justicia al tribunal del Emperador, como antes San Pablo, sino para ser allí martirizado.

CAMINO DE ROMA

LA custodia del sentenciado fué confiada a una guardia de diez soldados, los cuales debieron tener a gala el maltratar y afligir al Santo, pues a ello hace referencia Ignacio de manera un tanto graciosa en su carta a los Romanos: «Desde Siria hasta Roma, por tierra y por mar, de día y de noche, peleando voy contra las bestias fieras, encadenado entre diez leopardos que son los soldados que me custodian, tan crueles, que cuanto más bien les hacéis, tanto peores son; mas para mí, sus malos tratos son como una escuela en la que aprendo mucho todos los días...»

Realizóse, en efecto, el viaje, ora por tierra, ora por mar. Los caminantes hicieron alto en primer término en Filadelfia de Lidia, sita en el corazón del Asia menor. Allí se entrevistó Ignacio con el obispo, que verosímilmente era Lucio, prelado mencionado en el Apocalipsis, y cuyo elogio hizo nuestro Santo en carta dirigida a los de Filadelfia, en la cual alaba la circunspección y prudente reserva de Lucio, la probidad de su conducta y la piedad de su alma.

Partiendo de Filadelfia tomarían, sin duda, el camino que pasa por Sardes y termina en Esmirna. Aquí se detuvieron una buena temporada. Era obispo de Esmirna el ilustre San Policarpo, antiguo condiscípulo de Ignacio, y tanto él como todos los fieles de dicha Iglesia dieron al santo mártir cariñosísima acogida. De entre los cristianos que entonces acudieron a saludarle y oír su palabra, nombra el Santo al «carísimo» Atalo, al «sin igual»

Dafno, a Eucteno, a la viuda de Epitropo, a Tavia y a Alcidio, de los cuales hace mención el *Martirio de San Policarpo.*

Cuando las cercanas Iglesias de Éfeso, Magnesia y Tralles tuvieron noticia de la llegada de Ignacio a Esmirna, enviaron sus delegados para saludar al Santo, quedando por ello altamente consolados.

Tan afectuosas y fraternales visitas debieron alentar y consolar al Santo en gran manera. Tal se deduce de la epístola que por entonces escribió a dichas tres Iglesias, en reconocimiento de haber robustecido su fortaleza con aquellas singulares muestras de simpatía y piedad.

En Esmirna redactó la carta a los Romanos, la única que ostenta fecha, 24 de agosto, pero sin llevar año, si bien los críticos suponen que fué escrita entre 107 y 110. En ella les anuncia su próxima llegada a Roma, y con palabras sublimes descubre el santo obispo, más claramente que en las otras cartas, los admirables afectos y sentimientos que embargaban su pecho.

Desde Esmirna se trasladaron a Troas, en la Tróade. Se asoció a Ignacio el diácono Burro, uno de los delegados de Éfeso, que se había mostrado muy atento con el Santo y le era de gran provecho y utilidad, por lo cual quiso Ignacio tenerlo a su lado durante una temporada, y a ello se ofrecieron los efesios de muy buena gana. En Troas los alcanzaron dos mensajeros procedentes de Esmirna: Filón, diácono de Cilicia, y Reo Agatopo, diácono, al parecer, de la Iglesia de Antioquía. Diéronle la feliz nueva de que había cesado ya la persecución en Siria, y luego se juntaron para auxiliarle en la predicación.

Desde Troas envió cartas a las Iglesias de Filadelfia y Esmirna, dándoles las gracias por la afectuosa acogida que le habían dispensado. Después de las exhortaciones respecto del dogma y de la disciplina que en sus epístolas tenía por costumbre poner, en las que dirige a los cristianos de aquellas dos Iglesias, trata un tema nuevo que le ha sido sugerido por el ardiente celo que profesa a su amada Iglesia de Antioquía: les dice con cuánto agrado vería que todas las Iglesias enviasen a Siria sus delegados o por lo menos algunas cartas para alentar a los de Antioquía y congratularles la paz recobrada.

Un navío llevó al cautivo hasta Neápolis, hoy en día Cavalla, lugar de arranque de la vía Egnatia, la cual pasaba por Filipos y Tesalónica, atravesaba Macedonia y terminaba en Durazzo, ciudad situada junto al Adriático de cara a Italia.

Acababan de engrosar la comitiva unos cuantos cristianos llevados a Roma para los mismos fines que Ignacio y maltratados como él; los nombres de dos de ellos, Zósimo y Rufo, los trae la epístola que el Santo escribió a San Policarpo.

Al llegar a Filipos, salieron a recibirle los cristianos con grandes muestras

de afecto y veneración, y le acompañaron hasta buen trecho fuera de la ciudad. También a los filipenses les incitó a que escribieran a los de Antioquía, como así lo hicieron en cuanto se hubo marchado Ignacio, y enviaron la carta a San Policarpo advirtiéndole que la hiciera llevar a los de Antioquía por su correo; ellos a su vez le rogaban que enviara todas las cartas de Ignacio que tuviera en su poder, pues ardían en deseos de conocer las enseñanzas del santo mártir. Muy pronto y de muy buena gana se las envió San Policarpo, y gracias a eso se ha podido conservar la correspondencia del obispo de Antioquía.

LAS ENSEÑANZAS DEL DOCTOR

NOS quedan del santo mártir siete Epístolas cuya autenticidad ha sido justificada. Otras seis que antes se le atribuían, considéranse hoy escritas por algún falsario del siglo IV. El estilo de Ignacio es tosco, confuso y enigmático; está lleno de repeticiones y es un tanto machacón. pero siempre enérgico, y no faltan pasos brillantes y arrebatadores. Fuera de San Pablo, con quien Ignacio tiene muchos rasgos de semejanza, ningún otro autor de los primeros años de la Iglesia ha vertido en sus escritos, como el obispo de Antioquía, toda el alma y todo el ser. Bajo la incorrección de frases sin pulimento, percibimos el empuje irresistible que con fuerza las arrastra. Corriente de fuego circula por entre esas enérgicas locuciones, en las cuales de cuando en cuando brilla de súbito la palabra inesperada con fulgores de relámpago deslumbrador. En ellas, la belleza y armonía del equilibrio clásico ceden el lugar a una belleza de orden superior, la cual, a pesar de que a veces la extrañemos, es siempre brote espontáneo de la intensidad de sentimiento y de la eminente piedad del santo mártir.

A superior escuela asistió en verdad el santo obispo de Antioquía. Oyó las divinas enseñanzas de labios de los primeros cristianos y quizá de los del mismo apóstol San Juan. Al leer las Epístolas de Ignacio, al punto se observa que su texto está lleno de la doctrina contenida en el cuarto Evangelio. Y no es que traigan de él citas literales, sino unas cuantas reminiscencias que nos descubren su origen; por otra parte, la lectura de todas ellas produce en el alma el íntimo convencimiento de que el Apóstol muy amado Juan ejerció influencia notable en Asia y Antioquía.

El propósito de Ignacio es tener alerta a los fieles contra los errores de la herejía y las escisiones del cisma que algunos predicadores pretendían introducir en la cristiandad. Palabras suyas son éstas:

«Hay ciertos hombres engañosos y embusteros que, cubriéndose con el nombre santo de Dios, hacen cosas indignas de tan soberano nombre. Huíd



DIEZ *soldados, más crueles que leopardos, conducen a San Ignacio de Antioquía a Roma para sufrir el martirio. Al pasar por Esmirna le sale a recibir el gran obispo San Policarpo, que le abraza con transportes de veneración. Abrazo de dos grandes corazones; de dos Santos.*

de ellos como de bestias feroces. Son perros rabiosos que muerden a traición: guardaos de ellos, porque su mordedura es dificultosa de curar.»

Propalaban estos impostores con arrojo y ardor una doctrina que venía a ser una especie de gnosticismo con resabios de judaísmo: por una parte estimulaban a la conservación y guarda de las ceremonias y ritos judaicos, y por otra se mostraban partidarios de las falsas opiniones de los docetas, los cuales enseñaban que Jesucristo no tuvo humanidad real sino aparente. ceremonias y ritos judaicos, y por otra se mostraban partidarios de las falsas opiniones de los docetas, los cuales enseñaban que Jesucristo no tuvo humanidad real sino aparente.

Impugna el valeroso y santo obispo las pretensiones de esos seudorreformadores asegurando que el judaísmo está caducado, e insiste con firmeza en la realidad del cuerpo y de los misterios de Jesús. Pero lo que más recomienda a los fieles es que tomen siempre partido por el obispo y por los sacerdotes y diáconos, los cuales forman unidad con el prelado «como las cuerdas con la lira». ¿Puede darse más enérgico alegato en favor de los derechos de la jerarquía?

A este propósito escribe Ignacio a los efesios lo siguiente:

«Jesucristo, principio inseparable de nuestra vida, es el pensamiento del Padre como los obispos establecidos en todo el mundo son uno con el espíritu de Jesucristo. No habéis, pues, de tener con vuestro prelado más que un solo y mismo pensamiento, como ya me consta que por ahora lo tenéis. Vuestro venerable presbítero, varón verdaderamente santo, está unido al obispo como las cuerdas a la lira, y así, de la concordancia perfecta entre vuestros sentimientos y vuestro amor, subirá hasta Jesucristo muy grato concierto de alabanzas. Óigase la voz de cada uno de vosotros en ese coro sublime; así, dentro de la armonía de la concordia, y merced a esa misma unión, os pondréis a tono con Dios, y todos unánimes cantaréis por boca de Jesucristo las alabanzas del Padre, el cual os escuchará y atenderá benigno, y al ver vuestras buenas obras os reconocerá por miembros de su Hijo. Ventajoso es, pues, para vosotros el manteneros irreprochablemente unidos: gracias a ello gozaréis de continua unión con el mismo Dios.»

«Así también —les dice a los de Tralles— debéis reverenciar todos vosotros a los diáconos como al mismo Jesucristo; al obispo, como a imagen del Padre; a los presbíteros, como a senado de Dios y colegio apostólico: sin ellos no hay Iglesia.»

Y escribiendo a los de Esmirna, les dirige la siguiente exhortación: «Apartaos de las contiendas y divisiones como de manantial de todos los males. Imitad todos vosotros al obispo como Jesucristo imitaba a su Padre celestial, y a los presbíteros, como si fueran los mismos Apóstoles; en cuanto a los diáconos, veneradlos como a la Ley del Señor. Nada de lo concerniente a la Iglesia lo emprendáis sin el consentimiento del prelado.»

«Imitad —dice en otra parte— a los imitadores del mismo Dios. Si estáis compenetrados con el obispo como con Jesucristo, me parecéis que vivís, no según el hombre, sino según Jesucristo que murió por vosotros.»

LOS SENTIMIENTOS DEL MÁRTIR

ALGUNOS cristianos de Siria efectuaron el viaje a Roma sin detenerse por el camino, y con ello lograron adelantarse al santo mártir y llegaron a la ciudad unos días antes que Ignacio. Súpolo el Santo, temió y se llenó de zozobra pensando que quizá aquellos cristianos se aprovecharían de esos días para gestionar su liberación, granjeándose de algún modo la benevolencia de los funcionarios públicos, merced a cuyas diligencias conseguirían derogar la sentencia.

Conviene tener presente, en efecto, que si bien la masa de los cristianos descendía de oscuro linaje o se alistaba en la clase media, con todo, algunos de ellos procedían de familias aristocráticas y otros de la clase de los *libertos*, los cuales solían estar al frente de las administraciones y llenaban las oficinas públicas. Empresa llana era, pues, para los romanos el hacer diligencias con el fin de lograr la revocación de la sentencia y poner a salvo la vida del obispo de Antioquía.

Presiéntelo Ignacio y por eso les envía una carta admirable, la cual, desde el principio hasta el fin, es una conmovedora súplica para desviarlos de tal proyecto. Oigamos al santo mártir. Las sentidas palabras que les escribe nos descubrirán los nobles sentimientos de su alma y sus vehementes deseos del martirio.

«Una sola cosa os pido. Dejad que se ofrezca a Dios la libación de mi sangre mientras el altar está dispuesto...

»Lo único que habéis de solicitar para mí, es el valor interior y exterior de mostrarme cristiano no sólo de palabra sino de obra, pues si con las obras doy señales de serlo, también mereceré que me llamen cristiano, y cuando haya desaparecido del mundo, entonces brillará mi fe con vivísimos fulgores. No hay ser que mientras es visible contenga toda la bondad: aun el mismo Dios, Jesucristo, nunca se manifestó con mayor claridad como desde que se volvió al seno del Padre. Cuando el cristianismo viene a ser el blanco de los odios del mundo, entonces deja de ser objeto de humana persuasión y se convierte en portentosa obra de la virtud divina.

»Escribo a todas las Iglesias. A todas les hago saber que, si vosotros no me lo estorbáis, yo moriré por Cristo con intensísima alegría. Os conjuro, hermanos, que no me angustiéis teniendo conmigo dañosa benevolencia. ¡Oh!, no os opongáis a que sea pasto de las bestias fieras: ellas me abrirán el camino para que pueda llegarme hasta Dios. Trigo soy de Cristo, y los dien-

tes de las fieras me molerán y harán harina para que de ella sea hecho blanquísimo pan que presentaré a mi Señor Jesucristo.

»Acariciadlas más bien, para que sus fauces sean mi sepulcro y no dejen visible reliquia alguna de mi cuerpo: de esa manera a nadie serán gravosos mis funerales. Cuando los hombres no vean ya rastro de mi cuerpo, entonces seré verdadero discípulo de Cristo. Rogadle por mí para que de tal suerte yo sea ofrecido a Dios en sacrificio. No os lo mando como lo hicieron Pedro y Pablo: ellos eran Apóstoles, y yo no soy más que un pobre sentenciado; ellos gozaban de libertad, y hasta el presente no soy más que un mísero esclavo. Pero la muerte me trocará en liberto de Jesucristo, en quien resucitaré libre y glorioso.

»¡Oh! ¡Cuándo estaré cara a cara con las fieras que me esperan! ¡Qué no daría por que al instante se arrojasen sobre mí! Las halagaré si es preciso para que al punto me despedacen y no me traten como a otros a quienes no se atrevían a tocar: Si ellas se niegan, yo las obligaré. No os opongáis a mis intentos, pues ya sé yo lo que más me conviene. Ahora emprendo vida de discípulo no fingido. Criaturas visibles e invisibles, no queráis robarme la eterna posesión de Cristo. Fuego, cruz, lucha cuerpo a cuerpo con las fieras, laceraciones, desgarramientos, dislocación de huesos, truncamiento de los miembros, trituración de todo el cuerpo, vengan sobre mí los más refinados y crueles tormentos que el demonio pueda imaginar, con tal de que yo posea por siempre a mi Señor Jesucristo.

»¿De qué me serviría el ser dueño del mundo entero y señor de todos los reinos de la tierra? El morir por Cristo háceme mucho más glorioso que el reinar hasta los últimos confines del mundo. Sólo busco a Él, que murió por nosotros; sólo deseo a Él, que resucitó por nosotros. Apiadaos de mí, hermanos; no me cerréis las puertas de la vida; no traméis mi muerte. Sólo a Dios quiero pertenecer; no me pongáis en manos del mundo y de las seducciones materiales. Dejadme caminar hacia la luz purísima: así podré llamarme de veras hombre. Imitar quiero la pasión de mi divino Salvador. ¡Oh! No me lo estorbéis, hermanos carísimos...»

EL MARTIRIO

LLEGÓ a Roma el santo obispo con el alma henchida de estos admirables sentimientos, y no tardaron en arrojarle a las fieras por las cuales tan fervientemente había suspirado. Fáltannos por desgracia documentos precisos acerca de su martirio, toda vez que las *Actas de Roma y de Antioquía,* que pretenden traer la narración del mismo hecha por Reo Agatopo y Filón, son pura leyenda y carecen de valor histórico, y por otra

parte, dicha narración se reduce a meros diálogos imaginarios entre Ignacio y el Emperador, y sólo cuenta la llegada del santo mártir a Roma y su martirio en el Coliseo.

¿Arrojáronle a las fieras a él solo o padeció el martirio en compañía de otros cristianos? No sabríamos determinarlo con certeza, pero no es despropósito el suponer que debieron de guardar al obispo de Antioquía para que su martirio constituyese espectáculo muy singular al finalizar los juegos, algún día de gran fiesta y regocijo.

Créese que el santo obispo fué martirizado el día 20 de diciembre, fecha señalada por los griegos para la festividad del Santo. La Iglesia latina la celebra el día 1.º de febrero. Tampoco se sabe de cierto en qué año se ofreció Ignacio en holocausto al Señor, si bien es probable que su muerte acaeciera en el año 110.

VENERACIÓN AL SANTO

NO debieron de mostrarse las fieras tan voraces como lo había deseado el santo mártir, ya que San Jerónimo habla del sepulcro de San Ignacio venerado en Antioquía, fuera de la Puerta Dafnítica, y San Juan Crisóstomo declara lo propio en el panegírico del santo obispo. Ignoramos por qué los cristianos llevaron de Roma a Antioquía las reliquias del santo mártir, en vez de incinerarlas según era costumbre.

A mediados del siglo VII, cuando los sarracenos invadieron a Siria y sitiaron a Antioquía, las reliquias del santo mártir fueron devueltas a Roma y colocadas en la basílica de San Clemente, bajo el altar mayor, donde todavía descansan y son veneradas. Los griegos conmemoran esta traslación el día 28 de enero.

Constaba ya la festividad de nuestro Santo en el Apéndice del Calendario romano. El papa San Pío V la mandó celebrar con oficio de semidoble, y el 18 de mayo de 1854, Pío IX la elevó a festividad con rito de doble.

Hácese mención de San Ignacio de Antioquía en el Canon de la misa, entre los Mártires, después del Memento de los Difuntos.

SANTORAL

Santos **Ignacio de Antioquía, obispo y mártir;** *Cecilio, obispo y mártir; Severo, obispo de Ravena;* Efrén, cuya fiesta se celebra el 18 de junio; Pionio, presbítero y mártir; Sigeberto II, rey de Austrasia; Pablo de Tres Castillos, obispo; Basilio de Creta, arzobispo de Tesalónica; Raimundo de Fitero, cuya fiesta se celebra el 15 de marzo. Santa *Brígida, virgen y abadesa* del monasterio de Kildare, en Irlanda.

SAN CECILIO, obispo y mártir. — Vino al mundo el mismo año en que Jesucristo nació en Belén. Su padre era un ilustre jefe de los árabes, pero se convirtió a Dios cuando Nuestro Señor curó a sus hijos: Cecilio y Tesifonte; éste era mudo y aquél, ciego; pero habiendo recobrado ambos los sentidos perdidos, los tres siguieron fielmente al Salvador, del que fueron discípulos constantes; asistieron a su Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión. Cecilio vino a España acompañando a Santiago y fué el primer obispo de Ilíberis, cerca de Granada, desde donde difundió por toda la Bética rayos de luz y de verdad. Pero los idólatras, que no aceptaban tan fácilmente las nuevas doctrinas, coronaron la obra de Cecilio con la aureola de los mártires.

SAN SEVERO, obispo. — Aunque nació en Milán, residía en Ravena, dedicado a un oficio plebeyo con el cual se ganaba el sustento. Sus padres eran de humilde condición, pero sumamente virtuosos. Severo recibió una educación enteramente cristiana y ambientada del santo temor de Dios. La instrucción no corrió parejas con la educación a causa de la carencia de recursos familiares.

En la vida de este Santo se señalan algunos hechos que nos dan a entender que Dios se complacía en su conducta, pues le honró con favores extraordinarios. Hacía poco que Marcelino, obispo de Ravena, había fallecido, y el pueblo, con el clero al frente, se hallaba congregado en la Catedral para elegir un sucesor. Severo, que se hallaba entre ellos en actitud de férvida oración, vió que una paloma se colocaba sobre su cabeza, y, aunque hizo cuanto pudo para alejarla, no lo consiguió. Aquello fué considerado por todos los asistentes como una clara manifestación de la voluntad de Dios. Severo, pues, recibió la designación para la sede episcopal. Al punto quedó revestido con los ornamentos sagrados.

Aunque carecía de instrucción religiosa, ocupó la sagrada cátedra y pronunció un sermón que causó la admiración de todos. De simple plebeyo quedó convertido en profundo teólogo. Gobernó con sabiduría y prudencia, y logró el aprecio de sus diocesanos. En el concilio de Sardis se distinguió por su labor contra los arrianos. Por muchas cosas admirables que realizó, se deduce que el espíritu de Dios estaba con él. Hacia el año 390 descansó en la paz del Señor.

SANTA BRÍGIDA, virgen. — Aunque nacida de fuente impura, Brígida fué doncella bellamente pura, poseedora de una gran virtud en su alma y de una extremada belleza en su cuerpo. Para huir de los lazos que le tendía el demonio instándola a contraer matrimonio, en lo cual estaba vivamente interesado su padre, rogó a Dios que de cualquier manera le afeara el rostro; y, habiéndola Dios escuchado, perdió súbitamente un ojo, y con él aquella hermosura tan cautivadora. Así nadie la pretendió por esposa, que era lo que deseaba, ya que su único esposo era Jesucristo, el cual le devolvió el ojo y la hermosura del rostro en el momento de hacer la profesión religiosa en el convento de Kildare, por ella fundado, a nueve leguas de Dublín.

Realizó innumerables milagros: curó a varios leprosos, devolvió la vista a muchos ciegos y el habla a muchos mudos; curó enfermos y convirtió pecadores; trocó el agua en cerveza y desvió el curso de un río caudaloso. Recibió la corona de la gloria a los 74 años de edad, el 1.º de febrero hacia el año 525.



BEATA JUANA DE LESTONNAC

Fundadora de la Compañía de María Nuestra Señora (Enseñanza) (1556-1640)

DÍA 2 DE FEBRERO
(se celebra el día 3)

ES ley inexorable del tiempo que unas cosas sucedan a otras, del mismo modo que a las tinieblas de la noche sucede espléndido amanecer y a la tempestad sigue la bonanza, y aparece el arco iris de la esperanza después del diluvio de bastardas pasiones que inundan la tierra y ponen a los pobres hijos de Adán en el peligroso trance de perecer. Asimismo, después que las densas nubes del error han oscurecido las inteligencias humanas, Dios ha hecho aparecer astros brillantes que, con los destellos de la verdad y los rayos de su puro amor, han disipado las frías sombras de la incredulidad o apostasía. Ejemplo claro de ello tenemos en la heroína de santidad cuya vida vamos a reseñar, arco iris que brilló en el firmamento caótico de la Europa protestante.

Corría el siglo XVI, de bello azul para el firmamento español, pero de negro tul para el Papado, que veía con pena la apostasía de Lutero y sus secuaces. Muchas almas, no queriendo recibir los rayos salvadores de la luz que irradiaba del Vaticano, se dejaban ofuscar por la muy débil de estas rastreras luciérnagas, gusanos caídos del santo árbol de la Religión, encerrados en frutos pestilentes de letal carcoma.

NACIMIENTO E INFANCIA DE JUANA

EL error protestante se extendía por doquier. Juana de Albrit, madre del futuro rey de Francia, Enrique IV, abrazó la Reforma y quería que todos sus súbditos la abrazasen también. Los católicos eran perseguidos; la sangre corría a torrentes y los espíritus se hallaban torturados por la violencia de la nueva secta.

Mas la cerrazón no era completa. Allá en Burdeos, empezaba a vislumbrarse una lucecita que, cual nube luminosa del Carmelo, iría creciendo, creciendo, en medio de las tinieblas, progresivamente iluminadas por la potencia de sus destellos.

Esta lucecita, esta estrella providencial, no era otra que Juana de Lestonnac. Primeramente iluminó el firmamento de Burdeos con su nobleza y encantos personales realzados por una santa vida; más tarde, fué gloria y ejemplo de la cristiandad.

Fueron los padres de Juana, Ricardo de Lestonnac y Juana Eyquem de Montaigne. Aquél era miembro del parlamento de Burdeos y consejero del rey desde 1554 a 1583. Profesaba la religión católica, siendo sus dos grandes amores la justicia y el ideal cristiano. La madre, mujer culta, tenía conocimiento del griego y del latín; no quería ser menos que su hermano, el célebre Miguel de Montaigne, conocido autor de los «Ensayos», universalmente celebrados. Tenía éste la desgracia de militar en la secta protestante, siendo ello un gran peligro para Juana de Lestonnac.

Nuestra Beata estaba revestida con la estola de la verdadera fe. En el Bautismo, Dios tomó posesión de su alma, Cristo se le incorporó y el Espíritu Santo hizo en ella su morada. Por eso la conservó íntegra, tanto al lado de su madre como en casa de unos tíos protestantes donde habitó por algún tiempo; pero fué a costa de vencimientos y sacrificios. El padre se percató pronto del grave peligro a que su hija estaba expuesta y la mandó regresar al hogar. Juana contaba a la sazón doce abriles y, según sus biógrafos, «tenía talla alta, porte grave y majestuoso, ojos azules, cabellos dorados, cara llena, nariz aguileña, barba poco saliente, garganta bella y un hablar gracioso».

Al verse libre del peligro en que estaba en casa de sus tíos, exclamó: «He escapado como gorrión del lazo de los cazadores». Aunque vivía su madre, su espíritu no gozaba de aquella dulce intimidad que de la igualdad de ideas se deriva; por esto se consagró a la Santísima Virgen y se echó en sus amorosos brazos, pidiéndole guardara su corazón. Más tarde no se cansaba de repetir que desde su infancia había sido una criatura privilegiada de María.

ELECCIÓN DE ESTADO

JUANA de Lestonnac se distinguió siempre por una intensa pureza de vida y una extrema mortificación, custodia fiel de aquella virtud. También tenía muy arraigado el espíritu de oración en el que hizo rápidos progresos. En cierta ocasión oyó una voz interior que le dijo: «Ten cuidado, hija mía, que no se apague este fuego sagrado que yo he encendido en tu corazón y que con tanto ardor te mantiene en mi servicio.»

Esta palabra «servicio» la inquietaba grandemente. Se le ofrecía la duda de si debía servir a Dios en el estado del matrimonio o en el retiro del claustro. Juana se inclinaba hacia el segundo y a ello la estimulaba cada vez más el ejemplo de Teresa de Jesús, de la que se hablaba mucho en aquel tiempo. Mas Teresa era reformadora, y ella sentía atractivo por salvar a las jóvenes expuestas a caer en el error.

En medio de estas dudas la Providencia la encaminó por la senda del matrimonio, deparándole un noble caballero en la persona de Gastón de Montferrant, barón de este nombre, cuyo título nobiliario adquirió Juana con este enlace. Dios le concedió siete hijos: tres volaron al cielo antes de internarse en la vida, quedando tres hijas, dos de las cuales fueron religiosas de la Anunciación, y un hijo, llamado Francisco.

Parecía seguro su destino, siempre ennoblecido con sus heroicas virtudes, cuando la muerte rompió prematuramente los lazos que a Gastón le unían. La oración constante y confiada constituyó su fuerza y su consuelo. Volvió a sentir el llamamiento de Dios con claridad y decidió dejar el mundo y retirarse a la soledad del claustro.

Con gran valentía realizó esta idea, a pesar del cariño de sus hijos y de todo lo que parecía oponerse a ella. Se dirigió a Tolosa, donde las Bernardas tenían un convento, y en él ingresó; a los tres meses de su entrada vistió el hábito y recibió el nombre de Juana de San Bernardo. Durante el noviciado comía y dormía poco, trabajaba y oraba mucho. Una enfermedad de estómago le iba debilitando aceleradamente, y el médico le indicó un cambio de vida para restablecerse. Se consultaron varios doctores y todos opinaron lo mismo: sólo un milagro podía hacer que no sucumbiese la enferma con la vida comenzada. Dios tiene sus fines. Aquella enfermedad era una ocasión de que quería valerse la Providencia para retirarla de un estado en el cual no debía consumar su vida de apostolado.

La Priora le comunicó que le era absolutamente necesario obedecer la orden facultativa; y ella, después de humillar delante de Dios su alma atribulada, le dijo con sincera resignación: «Señor, no hagáis caso de mis deseos ni de mis repugnancias; yo quiero todo lo que Vos queréis; todo es igual para mí con tal que yo os ame, sirva y glorifique.»

La hora de la paz vino luego, en pos de este acto de generoso abandono. A la tempestad que había estallado en su corazón siguió una profunda calma. Entonces le fué revelado que estaba destinada a dedicarse a la salvación de las almas. No se le ocurrió la menor duda acerca de esta revelación, porque Dios favoreció a la enferma con una visión extraordinaria, como se supo, después, de sus propios labios. Vió abierto, de par en par, el infierno, y próximas a caer en él, infinidad de almas que reclamaban su auxilio. En el mismo instante sintió su corazón abrasado por un celo ardiente y vislumbró el primer bosquejo de la Compañía de María.

Volvió, pues, al mundo, Juana de Lestonnac, y la salud de su cuerpo fué restablecida.

FUNDADORA

BURDEOS era presa de una terrible peste que diezmaba la población. Juana visitaba a los enfermos y los atendía como madre solícita. Varias señoras le prestaron eficaz ayuda en su labor de enfermera. Mas no era esto lo que la atraía; pensaba en los errores de Calvino; en tantas jóvenes que, como Susana Briansón, a la que había tratado en Perigord, eran presa de aquella secta y perdían la verdadera fe y la moral. Si San Ignacio fundó su Compañía para salvar a los jóvenes, ella debía trabajar por la educación de las doncellas; pero, ¿cómo realizarlo?

Era el 23 de septiembre de 1605. Los Padres Bordes y Raymond, jesuítas, celebraban la misa al mismo tiempo y, repentinamente, manifestándose a ellos Nuestro Señor, pidió la fundación de una Orden de mujeres dedicada a la educación de las jóvenes. La base debía ser un alma llena de fe y humildad. Mas, ¿cómo encontrarla? Los Apóstoles San Pablo y San Juan se aparecieron, algunos días más tarde, al P. Bordes y le indicaron que la mujer escogida por Dios era Juana de Lestonnac. En recuerdo de esta aparición, las Hijas de Juana profesan gran devoción a estos dos Santos y se esfuerzan en imitar la fe del primero y el amor del segundo, como medio eficaz y seguro de llegar al Sagrado Corazón de Jesús.

Pronto puso Juana manos a la obra. Reunió nueve señoras de las que le habían ayudado en su labor de enfermera, y con ellas echó los fundamentos de su nueva familia religiosa. Vivían como en un cenáculo, entregadas por completo a la oración y al trabajo. Juana las instruía acerca de los peligros del error protestante y las entusiasmaba con la idea de la salvación de la juventud.

La nueva Orden religiosa obtuvo la aprobación pontificia de manos de Paulo V, el 7 de abril del 1607, y vino a llenar un gran vacío que se notaba en la sociedad de entonces, pues, siendo mucha la ignorancia de las mujeres



LA obsesión de Juana de Lestonnac es apartar del error a las niñas, a cuya educación se consagra con todo su corazón, henchido de amor a Dios, devoción a María y celo por la salvación de las almas.

y muy grandes los peligros de la secta, era casi nula la educación de la juventud femenina.

La cuna material, por así decir, de esta nueva Orden, fué el Oratorio del Espíritu Santo, cuya donación data del 20 de febrero de 1608. El 1.° de mayo de este mismo año vistieron el santo hábito y recibieron el velo blanco cinco novicias, y el negro, Juana de Lestonnac, de manos del Cardenal de Sourdís, Arzobispo de Burdeos. La Fundadora fué nombrada Superiora de la primera casa y como cabeza de la Orden de Nuestra Señora. El Rdo. P. Bordes, con frecuentes exhortaciones, ponía los cimientos espirituales del naciente Instituto.

La Fundadora se constituyó en maestra de novicias, en cuyo cargo dió muestras de la gran experiencia que tenía de la vida; su conducta era ejemplo constante de piedad austera y generosa. Prefería el fervor de las novicias al número de las mismas. Decía que «el fervor no consiste en las exterioridades de una vida regular, sino en los movimientos secretos del espíritu de Dios»; que, «el hábito y el velo no son más que apariencias para ocultar los misterios de la gracia y de la santidad».

DESARROLLO DE LA ORDEN

NO podía quedar inactiva y sin fruto la semilla fertilizante con la oración y la gracia de Dios. Ya en 1609 se abrieron las clases en el Oratorio del Espíritu Santo. El día 21 de noviembre de este mismo año tuvo lugar la consagración de las alumnas a la Santísima Virgen, Reina y Patrona del Instituto. Pronto se palparon los efectos saludables de esta enseñanza religiosa. Las niñas la ponderaban en sus casas y ello era causa de muchas conversiones. Esto dilataba el corazón de Juana de Lestonnac, que comenzaba a ver realizado el ideal que el Señor le inspirara. Y, para colmo de sus anhelos, muchas alumnas pasaban al noviciado deseosas de seguir sus huellas.

Pronto surgieron peticiones de fundación de nuevas casas. Muchas poblaciones querían aprovecharse de las ventajas de dicha educación. Hasta treinta Colegios llegó a establecer la Santa Fundadora, en aquellos tiempos en que las comunicaciones postales eran tan escasas y los viajes lentos y pesadísimos. ¡Cuántas jóvenes en camino de la salvación! Verdaderamente. esta piadosa mujer tenía corazón de apóstol y alma de educadora. Frisaba en los sesenta años y aun tenía arrestos para enseñar en su predilecto colegio de Pau.

Hoy día la Orden se ha extendido por Europa y América, y se proyectan fundaciones en las misiones del Extremo Oriente. En España cuenta con más de treinta casas, muchas de ellas de gran importancia y merecido renombre.

VIDA INTERIOR. — ÚLTIMOS AÑOS

LA piedra de toque de la santidad es la humildad; sin ésta, aquélla es imposible. No faltó esta base a Juana de Lestonnac, según lo dió a entender con los hechos. Cada año, el día de Jueves Santo, lavaba los pies a doce pobres y después los servía a la mesa; y esto lo hacía, aun antes de entrar en religión; después, encontraba sus delicias en ejecutar los trabajos más humildes del convento.

La mortificación le era favorita. «Cristo no vive, decía, sino en el alma muerta a sí misma». Después de su muerte encontraron su cuerpo ceñido con instrumentos de penitencia, de los cuales hizo mucho uso durante su vida.

Su amor a Dios era muy intenso. Solía decir: «Amemos a Dios, cuyo amor, causa del nuestro, es infinito en su naturaleza, eterno en su duración, y pródigo en sus liberalidades.» Pero quería que este amor tuviera el perfume del sufrimiento, porque éste avalora el amor. Por amor observaba las Reglas hasta en sus mínimos detalles. «¡Oh, Señor, decía, que no pueda yo daros mi sangre para extender vuestra gloria!»

Poseía en alto grado el espíritu de oración. La oración, decía, «es el espejo fiel en que conocemos a Dios y a nosotros mismos; su grandeza y nuestras miserias; sus riquezas y nuestra pobreza. Es la llave del Paraíso». «Un alma sin oración es un soldado sin armas, fortaleza sin defensa, nave sin vela, piloto sin brújula».

Un día, a la hora de la oración de la tarde, fué la portera a la habitación de Juana y la encontró toda iluminada. Una blanca paloma se posaba sobre la cabeza de la Fundadora, que se hallaba en actitud estática a los pies de la Santísima Virgen.

Siempre fué la primera en el trabajo. En todo momento tenía abiertos su corazón, sus oídos, su boca y su despacho para recibir a sus religiosas, compartir sus penas, consolarlas y aconsejarlas. «Morir o trabajar por la gloria de Dios» era su divisa, y la cumplió fielmente mientras las fuerzas se lo consintieron.

Tenía ardiente devoción a María, como lo indica el hecho de dar a las religiosas de su Orden el nombre de Hijas de Nuestra Señora, y a su Instituto, el de Compañía de María. Estableció que en sus casas se rezaran diariamente las Letanías Lauretanas y el Oficio Parvo; que la imagen de la Santísima Virgen presidiera los altares de sus capillas y que, anualmente se consagrasen sus religiosas a tan dulce Madre el día de la Inmaculada Concepción, y las niñas, el día de la Presentación. Parece que la Virgen escuchó sus deseos concediéndole la gracia de morir en una de sus fiestas, el 2 de febrero, solemnidad de su Purificación.

Su activa labor iba agotando sus fuerzas, sobre todo desde el año 1635. A partir de esta fecha, empleó su actividad en disponerse a bien morir, aunque su vida entera fué una verdadera preparación para la muerte. Nunca tuvo miedo al último momento de su vida, antes al contrario, lo deseaba, pues con frecuencia exclamaba: «Libertad mi alma, Señor, de la cárcel del cuerpo».

Sus piadosos sentimientos están como cristalizados en estas palabras suyas: «Espíritus bienaventurados, que tenéis la dicha de poseer un bien que yo deseo ardientemente, decid, os ruego, al Amado de mi corazón, que tenga piedad de su humilde sierva, que ponga fin a sus anhelos, que la saque de este mundo que para ella es un desierto, una prisión, y que le conceda la gracia de verle y de unirse a Él en el paraíso.»

En las postrimerías de su vida tuvo un ataque de apoplejía y letargia a un tiempo. Sus labios se abrieron por última vez para pronunciar los sagrados nombres de Jesús, María y José y, envuelta en el divino aroma que ellos despiden, voló su alma al cielo el 2 de febrero del año 1640, a las diez de la mañana, después de una larga agonía y de una vida de 84 años empleada en el servicio de Dios y la salvación de las almas. Su cuerpo quedó incorrupto, según lo acreditan los reconocimientos verificados en diversas ocasiones, particularmente en 1644, 1690 y 1742.

LA ORDEN, DESPUÉS DE LA MUERTE DE LA FUNDADORA

MURIÓ la Fundadora; pero su obra siguió pletórica de vida, gracias a las bendiciones de Dios y la protección de la Santísima Virgen. Como semilla fecunda plantada en buena tierra, la Compañía de María se ha ido acrecentando, pero conservando íntegro el prístino espíritu de su origen y la savia vivificadora que le diera el ser. Por doquiera se establece, merece siempre la plena confianza de las familias y de la sociedad. No le falta la protección que desde el cielo le presta su Fundadora, a la que Dios se ha dignado glorificar obrando por su intercesión numerosos milagros.

En vista de esto, y después de un minucioso proceso, Juana de Lestonnac fué beatificada por el papa León XIII el 23 de septiembre de 1900.

En las Constituciones de la Orden, tal como las redactó su Fundadora, figuraba un capítulo con el epígrafe: «Prescripciones para el caso de una Superiora general». Con lo cual se pone en evidencia el deseo de la Beata, corroborando en varias circunstancias, como lo atestiguaron sus propias palabras: «La autoridad es el sostén y la base de las Órdenes religiosas»; «conjuro a todas las casas para que se comuniquen con la de Burdeos como casa matriz de todas».

No ha de sorprender, pues, que sus Hijas, las religiosas de su Compañía, viendo las ventajas inmensas de asimilarse la idea unificadora, que circunstancias históricas y religiosas de su tiempo no permitieron fuera realizada por su Fundadora, hayan querido llevarla a la práctica.

Por esto, con muy buen acierto, las Hijas de Juana de Lestonnac pidieron al Papa, en 1919, que les diera una Superiora General. Pero Benedicto XV no concedió la aprobación de esta idea hasta el 7 de diciembre de 1920, firmando el correspondiente Decreto de Unión el 12 de marzo de 1921; mas sin carácter obligatorio.

El 6 de noviembre de 1921 se reunió en Roma el Capítulo General para la elección de la primera Superiora General del Instituto, al cual asistieron delegadas de 61 casas que habían aceptado la Unión. El Papa las recibió en audiencia solemne el 9 del mismo mes, siéndole presentadas por el cardenal Granito Pignatelli di Belmonte.

En la actualidad es casi un hecho la aprobación de una curación milagrosa obrada el día 1.° de mayo de 1941, en Tournemire (Francia) por intercesión de la Beata Juana de Lestonnac. Sólo falta este proceso, para que la Compañía de María tenga el honor de ver a su Fundadora elevada al máximo honor que la Santa Iglesia concede a sus fieles y heroicos servidores: el honor de los altares.

OTRAS CURACIONES MILAGROSAS

UNA de ellas ocurrió en la católica ciudad de Pamplona, en diciembre de 1903. Arturo Ferrer Galbate, niño de dos meses, estaba reducido al último extremo a causa de una meningitis tuberculosa. Agotados ya los remedios naturales y sin confianza en la ciencia humana, el padre de la criatura recurrió a Juana de Lestonnac y colocó una reliquia de la Beata sobre la cabeza de Arturito. La mejora fué instantánea y el restablecimiento, rápido. El doctor Segundo Ferranti, testigo del hecho, lo sometió a examen científico muy riguroso y dió cuenta de ello a la Sagrada Congregación de Ritos, con fecha 8 de septiembre de 1917.

Otra portentosa curación tuvo lugar también en España en el año 1913. La señorita Agustina Villarrubí, de 25 años de edad, tenía paralizados el intestino y ambas piernas. El mal era tanto más grave cuanto que había evolucionado lentamente. Primero apareció reumatismo articular; luego tumefacción de los brazos y piernas después nefritis y cistitis. Pasado un año de completa inmovilidad, la paciente hizo tres novenas de oraciones a la Beata Juana de Lestonnac. Durante una aparición, la Beata la libró de su mal. Agustina pudo levantarse, comer y trabajar. Estaba curada.

SANTORAL

La Presentación del Niño Jesús en el Templo y la Purificación de la Santísima Virgen María. — Santos *Cornelio, Centurión* y *Lorenzo, obispos;* Cándido, Fortunato y Feliciano, mártires; *Apropiano, mártir,* y Flósculo, obispo de Orleáns; Beato Teófano Venard, mártir; Adabaldo, duque de Flandes; Pedro Combián, martirizado por los valdenses; Rodipo, obispo de Lentini, en Sicilia; un gran número de obispos y monjes martirizados por los normandos en Ebstorp, antigua abadía de Sajonia. Santos Sicario, monje cisterciense; Lorenzo e Hipólito, martirizados en Fossombrona (Italia); Lotario, conde de Sajonia, mártir; Damián, soldado romano de África, mártir; Laureliano, mártir en Roma durante la persecución de Decio. Santas Teódica, honrada especialmente en Magenta; Adéloga, abadesa en Baviera; Julia, mártir en África; Catalina de Ricci, dominicana de Florencia, muy devota de las almas del Purgatorio; **Beata Juana de Lestonnac, fundadora.**

SAN CORNELIO, obispo. — Fué el primer gentil que ingresó en la Iglesia Católica. Residía en Cesarea de Palestina y ejercía el cargo de capitán de una compañía de soldados a las órdenes del emperador Tiberio. Se sirvió Dios de un ángel para hacer entender a Cornelio que, en reconocimiento de sus buenas obras, Él le quería a su servicio. Para ello le indicó que buscase a Simón Pedro, que se hallaba en Jope, el cual le instruiría y le administraría el santo bautismo. Pedro recibió a los tres enviados de Cornelio, previa revelación divina del objeto de este viaje. El centurión, toda su familia y muchos amigos, fueron instruídos por el Apóstol y recibieron el bautismo y el Espíritu Santo, quedando convertidos a la fe de Cristo. Cornelio fué nombrado obispo de Cesarea.

SAN LORENZO, obispo. — Natural de Italia, monje y sacerdote del monasterio de San Gregorio el Grande de Roma, fué enviado por el Papa a Inglaterra en compañía de San Agustín, jefe de aquella expedición de misioneros. Los resultados fueron muy satisfactorios al principio, pero luego, al morir Ethelberto, rey de Kent, cambiaron completamente las cosas, pues su sucesor, Eadbaldo, se entregó a la idolatría. Parecía imposible contener aquel alud de maldad; los obispos, desanimados, huían a Francia, y Lorenzo, obispo de Cantorbery, se disponía a hacer lo mismo; pero estando en oración durante la noche anterior a su partida, oyó la voz del cielo que le recriminaba su cobardía y le decía que procurase la intercesión del rey para acabar tanto mal. Lorenzo obedeció y consiguió la conversión de Eadbaldo y toda su familia, trocándose todos ellos en decididos protectores del cristianismo.

SAN APRONIANO, mártir. — Era este Santo un carcelero de Roma que seguía las supersticiones gentílicas. Pero en cierta ocasión en que tuvo que sacar de la cárcel a San Sifinio, oyó la voz de Dios que le decía: «Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que desde el principio del mundo os tengo preparado.» Asistió a la causa que se seguía contra Sifinio y Saturnino, y tantas excelencias contaron estos dos Santos de la Religión Cristiana delante del prefecto Laodiceo, que a grandes gritos pidió Aproniano ser bautizado y, habiéndolo conseguido, murió mártir poco después, imperando Diocleciano.


Códice y frasco del médico — Espantoso arsenal de instrumentos de tortura

SAN BLAS

Obispo de Sebaste y compañeros mártires († 316)

DÍA 3 DE FEBRERO

SAN Blas es apellidado en un antiguo martirologio «el obrador de milagros», y la piedad del pueblo creyó que en el cielo sigue gozando del mismo poder. De hecho no ha quedado fallida tal confianza y San Blas mereció, por el número de los beneficios y favores que ha obtenido, el ser clasificado en la Edad Media entre los Santos llamados *Auxiliadores,* esto es: compasivos, bienhechores. Tal nombre se aplicaba a los más celebrados por la eficacia de su intercesión. Eran catorce.

Nació Blas en Sebaste, ciudad de Armenia, en la segunda mitad del siglo III, de padres nobles y honrados, que le inculcaron máximas saludables. Por su natural dulce, modesto y prudente, y su honestidad de costumbres, llamaba la atención del pueblo.

Deseosos sus padres de que fuese no sólo de conciencia recta pero también hombre útil al Estado, le procuraron sólida instrucción filosófica, en la que salió tan consumado, que era la admiración de los sabios.

Cursó, además, las ciencias naturales, cuya belleza eleva la mente del hombre y le excita al conocimiento del verdadero Dios. Sentía Blas gran atractivo por estos estudios, en los cuales hizo tan rápidos progresos que

le despertaron la vocación de médico, cuya ciencia llegó a poseer con rara perfección.

El ejercicio de esta profesión le brindó ocasión propicia de conocer las enfermedades del hombre y con ellas las miserias de la vida. El contacto casi continuo con la materia no embotó los sentimientos de su corazón, como acaece a muchos médicos modernos, que no ven en ello sino causas y efectos puramente materiales y fortuitos de la vida; sino que —aun siendo él pagano— le sirvieron de ocasión para entregarse a las más serias reflexiones acerca de la caducidad de los bienes temporales y de la solidez de los eternos.

La conducta de San Blas es un mentís rotundo y categórico a la teoría de los fanáticos positivistas, que sostienen el falso criterio de que el hombre se aparta tanto más de Dios cuanto más avanza en el estudio de las ciencias. Dislate colosal es éste, pues precisamente el profundo conocimiento del organismo humano es uno de los medios que más fácil y naturalmente conducen al conocimiento y a la alabanza de Dios.

Pudieron tanto estas reflexiones, y de tal modo conmovieron su corazón piadoso y sencillo, que resolvió prevenir con tiempo aquellos remordimientos que se experimentan en la hora de la muerte, y, al efecto, el joven médico abrazó la religión de Cristo. Este paso trascendental de su vida acrecentó más y más el celo que ya desplegaba en el ejercicio de su profesión, hasta tal punto, que su vida pudo compendiarse en dos palabras: abnegación y caridad.

BLAS, OBISPO DE SEBASTE

MIENTRAS se dedicaba Blas al piadoso ministerio de curar enfermos, una nueva tempestad se desencadenó sobre la Iglesia: la décima persecución, más terrible que las anteriores, decretada por Diocleciano. La ciudad de Sebaste fué sumamente probada, mereciendo por ello ser apellidada Ciudad de los Mártires. Su número, en esta ocasión, fué de diez y siete mil y hay que adjudicar la responsabilidad de tan sangrienta obra a Agrícola, gobernador de Capadocia y Armenia.

Bien convencido el tirano de que un rebaño sin pastor fácilmente se dispersa, empezó dando muerte al obispo; pero al obrar así confesaba su total desconocimiento de la vitalidad imperecedera de la Iglesia. Sin pérdida de tiempo se congregan los fieles y unánimemente queda elegido Blas en sustitución del mártir (309). Semejante elección era todo un presagio, pues el nuevo pontífice había de mostrarse no menos consumado médico de las almas que lo fuera de los cuerpos hasta entonces. Pero viendo la imposibilidad de ejercer su ministerio en un ambiente donde habría de ser descubierto

al instante, por inspiración divina decidió salir de la ciudad y retirarse a una gruta del monte Argeo, a unas millas de Sebaste. Así procedieron también muchos Papas que se ocultaron en las catacumbas, persuadidos de que la caridad para con sus hermanos había de prevalecer sobre las ansias personales del martirio.

Blas distribuía sus horas en aquella soledad entre la oración y el cuidado de las almas que al parecer había abandonado. No tardaron bestias fieras en descubrir el camino de su retiro; amansadas repentinamente ante su vista, convirtiéronse en compañeras suyas. Si alguna padecía enfermedad o achaque, Blas la curaba por la virtud de la señal de la cruz, y sin su bendición de allí no se partían; para que se vea cómo honra el Señor a sus santos, cómo le obedecen todas las criaturas y se entienda la excelencia e imperio que tuvieron nuestros primeros padres sobre las bestias en el dichoso estado de la inocencia. Un cuervo le llevaba cada día pan para su sustento.

Halló San Blas delicias en la cueva, obediencia en las fieras, seguridad en los monstruos, abundancia en los desiertos y deleite en la soledad.

Pero el santo prelado no se desentendía de su rebaño espiritual; varias veces dejó su retiro para ir a consolar y sostener el ánimo de los fieles, llegando hasta las cárceles donde los confesores gemían en espera del martirio.

El edicto de Milán, por el que el emperador Constantino en 313 devolvió la libertad a los cristianos, permitió a Blas entrar en su sede episcopal. Pero eso no era más que una tregua. No habían transcurrido dos años, cuando el envidioso Licinio, al ver que Constantino se apoyaba en el clero, comenzó a combatir a la Iglesia para mejor destronar a su rival. En tal coyuntura, Blas emprendió por segunda vez el camino del monte Argeo.

SAN BLAS, ES ARRESTADO

EL propósito de Agrícola era acabar con los cristianos que tenía presos y hacerlos despedazar por las fieras. Para esto envió a sus esbirros al ojeo por los bosques para cazar cuantas pudieran. En sus correrías por el monte Argeo, fueron a dar a la cueva donde el prelado se guarecía. Allí sorprendieron al santo varón sentado y arrobado en santa contemplación. No se atrevieron a echar mano del hombre de Dios y se volvieron a la ciudad a dar razón al gobernador de lo que habían visto con sus propios ojos. Sin pérdida de tiempo él envió soldados que subieron al monte y hallaron a Blas en idéntica forma que los cazadores. Llamáronle por su nombre y le dijeron:

—Ven con nosotros, que el gobernador Agrícola te llama.

—¡Bienvenidos seáis, hijos míos! —respondió el prelado—. Hace mucho

tiempo que deseaba con ansias vuestra llegada. Partamos en nombre del Señor.

Y dicho esto púsose en marcha con los soldados. Durante el camino, exhortábalos Blas a que se convirtieran a Jesucristo, confirmando su palabra con numerosos milagros, pues por doquiera que pasaba le presentaban los niños para que los bendijera y las plazas se hallaban ocupadas por un sinnúmero de enfermos que con tono lastimero imploraban su valimiento. Conmovido el prelado les imponía las manos, bendecía a los niños y sanaba a los enfermos, lo que determinó la conversión de multitud de paganos.

Uno de los milagros llevados a cabo por Blas en esta memorable jornada del monte Argeo a la cárcel de Sebaste, había de atravesar las edades con clamorosa resonancia. Y fué éste. Una mujer de las cercanías tenía un hijo único que, al comer pescado, se tragó una espina con tan mala suerte que vino a quedar atravesada en la garganta. El niño iba a morir y la madre, loca de dolor, no sabía ya qué hacer. En esa coyuntura acertó a pasar por allí Blas y, enterada la madre de los milagros que obraba el Santo, tomó al niño en sus brazos, corrió en busca del prelado y, llena el alma de fe, colocó a sus pies a la infeliz criatura, rogándole con lágrimas que curase a su niño. Enternecido Blas hasta las entrañas, impone las manos al enfermo, hace la señal de la cruz en la garganta y suplica a Nuestro Señor dé salud al pobre niño (y las *Actas* añaden que también a los que sufran males de ese género y se recomienden a él). El niño quedó curado instantáneamente.

INTERROGATORIO Y MARTIRIO

BLAS hizo su entrada en Sebaste escoltado por los soldados, y Agrícola le envió al calabozo hasta el siguiente día en que le mandó comparecer ante su tribunal. Al principio trató de ganar su voluntad con aduladoras palabras:

—Bienvenido seas, Blas, carísimo amigo mío y de los dioses inmortales— le dijo.

El santo prelado respondió:

—Dios te guarde, oh gobernador, y para que te guarde, yo te ruego que no llames dioses a los demonios que han de atormentar un día a todos los que los adoran. Ya ves que no puedo ser tu amigo, pues que no quiero arder con ellos para siempre.

Irritado Agrícola por la resuelta actitud del Santo, mandó que le golpearan con varas; y así lo hicieron los sayones con gran fuerza por varias horas, mientras el Santo permanecía con grande constancia y alegría, y, burlándose del presidente, decíale:

—¡Oh desatinado engañador de las almas!, ¿piensas que por tus tormen-



EL gobernador manda arrojar a San Blas a lo profundo de la laguna. El obispo hace la señal de la cruz sobre el agua y entra con determinación. Sostiénese en ella como si estuviese helada. Pero los soldados, a quienes Dios no defiende, fiados en el poder de sus ídolos, perecen ahogados.

tos me he de apartar de Dios? No, no; que el mismo Señor está conmigo, y me conforta; por tanto, haz de mí lo que quisieres.

Mandóle el presidente volver a la cárcel, y, pasados algunos días, el funcionario imperial ordenó a Blas que compareciera por segunda vez ante el tribunal y le dijo:

—Elige una de estas dos alternativas: o adoras a nuestros dioses, y eres amigo nuestro; o bien te niegas, y en tal caso se te aplicarán los más espantosos suplicios y perecerás a mano airada.

—Ya te he dicho y te vuelvo a repetir que las estatuas que adoras no son dioses, sino representaciones de los demonios, y, por tanto, no puedo adorarlos.

Viéndole Agrícola inflexible en su propósito, mandó que le ataran al potro mientras traían peines de hierro como los que usan los cardadores de lana, y con ellos le desgarraron las espaldas y el cuerpo entero. Corrían por el suelo raudales de sangre, caían las carnes a jirones, los verdugos mismos estaban conmovidos y hasta lloraban. Mientras tanto el mártir, volviéndose al gobernador, le dijo:

—Esto es lo que ansiaba mucho tiempo ha —a saber—: que mi alma se desprendiera de la tierra y mi cuerpo fuera elevado en alto. Ahora la carne y el espíritu se hallan de acuerdo y la carne no conspirará más contra el espíritu. Próximo ya a las eternas moradas, desprecio todo lo vano y caduco de acá abajo y me burlo de ti y de tus suplicios. Estos sufrimientos sólo durarán un instante, mientras que el premio será eterno.

Las torturas lo único que conseguían era exaltar el ánimo de Blas, y, notándolo el gobernador, mandó que le soltaran y le condujeran a la cárcel.

Entre el público que había contemplado el tormento había siete mujeres paganas que, profundamente afectadas por el proceder del mártir, le siguieron a la cárcel recogiendo la sangre que manaba de sus heridas. Al saberse lo que hacían, fueron arrestadas y llevadas ante el gobernador: «¡Somos cristianas!», exclamaron todas a una voz. Agrícola procuró atraérselas con promesas, y luego intimidarlas con amenazas. Respondieron ellas que enviase sus dioses a la laguna próxima a Sebaste, para que lavándose ellas en el agua, les pudiesen con limpieza ofrecer sacrificio. Holgóse mucho de esto el presidente y mandó que así se hiciese; mas las santas mujeres tomaron los dioses del presidente, y los echaron en la laguna, diciéndoles: «Salvaos, si sois verdaderamente dioses.» Sabedor Agrícola de lo que pasaba y de cómo se habían burlado de él, entró en furor y condenó a las culpables a suplicios atroces. Una de ellas iba acompañada de sus dos hijitos de tierna edad, que clamaban llorando:

—Madrecita, adoctrinadnos en vuestra fe, no nos dejéis huérfanos, llevadnos con vos al cielo.

Para acabar de una vez con la resistencia de las siete cristianas, condenólas Agrícola a ser decapitadas. Mas antes de presentar su cabeza al hacha del verdugo oraron largo rato y confiaron la custodia de los dos niños a la protección del obispo.

Al cabo de unos días, fué sacado Blas nuevamente de la cárcel y presentado ante el tribunal del gobernador. Al verle Agrícola, le dijo:

—Tiempo has tenido para deliberar; ven y sacrifica a los dioses, pues de no hacerlo, sábete que acabaré contigo. Ese Cristo que dices es tu Dios no te ha de librar si te mando arrojar a lo profundo de la laguna.

—¡Infeliz! —le contestó Blas—, tú que adoras a los ídolos ignoras el poder de mi Dios. ¿No caminó Jesucristo sobre las aguas cual si fuera tierra firme, y no mandó a Pedro, Príncipe de los Apóstoles, que caminara también sobre las aguas hasta llegar a él? Pues bien; lo que hizo con su apóstol, bien puede renovarlo ahora en favor mío, aunque sea el último de sus siervos.

Herido vivamente en su amor propio, ordenó el gobernador que condujeran a Blas a orillas de la laguna, donde le siguió un gentío inmenso. El prelado trazó la señal de la cruz sobre las aguas, que al instante se volvieron sólidas como hielo espeso y capaz de sostenerle. Púsose a caminar entonces a paso ligero sobre las ondas cual si fuera tierra firme, llegando al centro de la laguna. Una vez allí, se sentó e interpeló al gobernador y demás asistentes de esta manera:

—Si vuestros ídolos tienen algún poder o si tenéis en ellos la más pequeña confianza, entrad también en la laguna y en nombre de vuestros dioses caminad por encima de las aguas para que su poder quede de manifiesto.

Al oír estas palabras del siervo de Cristo sesenta y cinco personas, invocando el auxilio de sus dioses, se precipitaron con arrojo hacia él, pero luego se fueron al fondo y se ahogaron.

POSTRERA ORACIÓN DE SAN BLAS. — SU MUERTE

En aquel instante un ángel descendió del cielo envuelto en luz brillantísima que deslumbró a todos los presentes, y dijo:

—Ánimo, valiente atleta de Cristo, sal del agua y apresúrate a recoger la corona que Dios te tiene preparada.

Blas se levantó y, del mismo maravilloso modo que se había internado en la laguna, salió de ella, y todo el pueblo que se agolpaba en la orilla le vió resplandeciente de luz y radiante de alegría. Juntáronsele los dos huerfanitos de la víspera, hijos suyos adoptivos. Por última vez, Agrícola planteó a los tres este dilema terrible: o sacrificar a los dioses o morir; y ante su inquebrantable decisión, los condenó a ser atravesados por la espada.

Oída la sentencia, apresuróse Blas hacia el lugar de la ejecución acompañado del verdugo y allí pidió licencia para orar, lo cual le fué concedido. Postróse de rodillas, levantó las manos y dirigió su mirada al cielo. He aquí la hermosa oración que su biógrafo pone en labios del mártir:

«¡Oh Dios mío!... Escucha a tu humilde siervo. Sé propicio y atiende a los votos de cuantos practiquen algo a gloria tuya en memoria del sacrificio que te hago de mi vida... Si aconteciere que a uno se le atragantare una espina o un hueso, o si padeciere una enfermedad o sufriera cualquier otra tribulación, o si se viere expuesto a un peligro o afligido por la persecución, cúrale o acude en su auxilio.»

El mismo autor agrega que el mártir se hallaba todavía de rodillas cuando una nube luminosa le envolvió y de ella salió una voz que decía:

—Yo he oído tu oración, valeroso atleta, y te he otorgado lo que me pides. Y como despaché tu súplica cuando pediste por una pobre viuda, así también bendeciré a cuantos honren tu memoria, llenaré sus trojes de bienestar en atención a tu valeroso martirio y a la confianza que en mí has puesto.

Inmediatamente fueron decapitados el obispo de Sebaste y los dos huerfanitos. Este fué el fin glorioso del santo pontífice. Era el 3 de febrero de 316, y en este día celebra la Iglesia su fiesta. Los cristianos tomaron su cuerpo, y le enterraron con gran devoción.

En el martirio de este Santo tenemos admirables ejemplos de fe, fortaleza y constancia. Los prelados de la Iglesia, especialmente, tienen un acabado modelo a quien imitar; y las mujeres, a las santas mujeres que, por su devoción y por recoger su bendita sangre, murieron varonilmente por Cristo; y hasta los niños pueden tomar por dechado a los niños que fueron descabezados con el Santo, queriendo antes seguir a su piadosa madre en la muerte, que quedar en esta miserable vida.

EL CULTO DE SAN BLAS

DESPUÉS de la muerte del santo prelado, multitud de personas acometidas de mal de garganta han curado por su intercesión. Era éste un hecho tan público y reconocido de todos, que Aecio, médico cristiano de la corte imperial de Constantinopla, que vivía a fines del siglo V, a la serie de remedios que da para esta clase de dolencias, indica con especialidad la invocación a San Blas.

En siglos de fe más arraigada y de más confianza en Dios que el actual, este medio de curación era admitido universalmente y buena prueba de ello es el siguiente hecho, tomado de la historia cristiana del Japón. En 1589 se le atravesó a cierta mujer de aquella tierra, una espina de pescado en tan mala forma, que no podía hablar ni respirar, hasta el punto de que un padre jesuíta a quien ella mandó llamar, apenas si pudo confesarla; pero antes de

despedirse le incitó a que invocara a San Blas, prometiendo le enviaría una reliquia suya. Apenas la tuvo en sus manos besóla tres veces con señaladas muestras de respeto, la aplicó a la garganta y en el acto pudo respirar, hablar con toda libertad y aun comer. Estaba curada.

En 1632 extendióse por todo el reino de Nápoles una epidemia de anginas, que se cebó particularmente en la capital; empezaba por acometer a los niños de más tierna edad, y luego a los adultos, desconcertando a los médicos más afamados y produciendo gran mortandad. En semejante calamidad, acudieron a la intercesión del glorioso San Blas, cediendo el mal y acabando por desaparecer totalmente. Entonces fué cuando el arzobispo de Nápoles, Francisco Boncompagni, mandó en prueba de gratitud edificar una magnífica iglesia cuya primera piedra bendijo el 19 de abril de 1632.

San Blas goza en Roma de gran veneración. En la iglesia dedicada al Santo en la vía Julia, con el nombre de San Blas de la Pagnotta, se celebra el 3 de febrero misa solemne en rito armenio y ungen la garganta de los fieles con aceite bendecido en ese día.

Los Bolandistas nos han conservado, según puede verse en un antiguo devocionario napolitano, fórmulas especiales para bendecir el pan, el vino, la fruta, las simientes, etc., y obtener la protección del santo mártir... Es más: la iglesia romana ha incluído en su ritual una fórmula de bendición que no sólo justifica la devoción sino que alienta sobremanera a los fieles a que acudan al santo obispo de Sebaste para curar o verse preservados de los males de garganta: nos referimos a la bendición de las velas en la fiesta de San Blas. La oración es bastante larga. Acabada la misa que sigue a la bendición, el oficiante toma dos velas bendecidas y las acerca encendidas y cruzadas al cuello de los fieles mientras dice en latín: «Por intercesión de San Blas, obispo y mártir, líbrete el Señor del mal de garganta y de cualquier otro mal. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

La imposición de las velas de San Blas es práctica muy corriente entre los católicos de Oriente. En 1932 se refirió el caso de una monja de Kum-Kapú, cerca de Constantinopla, que se tragó un hueso de forma triangular y de tres centímetros de longitud, evitándose la intervención quirúrgica, que era inminente, por haber implorado la protección del Santo. San Blas ha sido elegido también patrono de los cantores de iglesia.

Algunos gremios de operarios tienen a San Blas por patrono, tales como los tejedores y cardadores de lana, en recuerdo de las cardas que usaron para martirizarle; el ramo de construcción, los tallistas de piedra y los labradores. Los agricultores acuden a él en demanda de la protección divina para sus cosechas o para apartar de sus ganados toda epidemia.

Muchas iglesias de España, Francia e Italia poseen reliquias del Santo, que guardan como preciados tesoros.

SANTORAL

San **Blas, obispo y mártir;** Laurentino, Ignacio, Lupicino, Hipólito y Félix. mártires; Anscario u Oscar, arzobispo y apóstol de Escandinavia; *Celerino, confesor;* Lorenzo, obispo; *Anatolio, solitario;* Hadalino, abad; Diosdado, monje; Evencio, obispo; Glorioso, sacerdote; Nitardo, mártir; Paulo, Simón y Cándido, mártires. Santas Oliva, virgen; Nonna, madre de la Virgen Berlenda; y *Wereburga, princesa de Mercia y virgen.*

SAN CELERINO, confesor. — Vivió en tiempos de Decio y fué víctima de la persecución de este emperador; estuvo preso en el año 250 por ser cristiano; pero fué libertado por sus mismos verdugos, ignorándose la causa de este rasgo de liberalidad completamente desconocido en aquellos tiempos. Sin duda Dios le quería para otras cosas.

Al recobrar la libertad se enteró con gran pena de la debilidad y cobardía de su hermana que, por temor a los tormentos, había renunciado a sus creencias cristianas. No cesó Celerino de rogar por ella con oración continua y acompañada de cilicios y penitencias para hacerla más meritoria. San Cipriano le nombró lector de los Santos Evangelios. Se ignora el día y el año en que voló de este mundo para llegar a las eternas moradas de la gloria.

SAN ANATOLIO, obispo. — Floreció en el siglo V y en aquellos días grises en que San Juan Crisóstomo era injustamente perseguido por la emperatriz Eudoxia, por haberle recriminado su conducta desedificante. El santo obispo fué depuesto de su alta dignidad episcopal ejercida en Constantinopla; pero Anatolio, que ocupaba la sede de Adana, en Cilicia, no quiso obedecer a quien ejercía la autoridad patriarcal no conferida por la Santa Sede, abandonó su país y se fué a vivir a las Galias. Retiróse a una soledad del Franco Condado, donde construyó una ermita, y en ella permaneció hasta exhalar el último suspiro, el 3 de febrero.

SANTA WEREBURGA, virgen. — Esta delicada flor de perenne blancura nació en el jardín palaciego de Wulfero, rey de Mercia, y fué esmeradamente cuidada por Santa Ermenilda, que la trajo al mundo. Pero este mundo, erial de punzantes espinas, no era clima apropiado para el debido crecimiento y desarrollo de tan exquisita flor. Por esto, Wereburga abandonó todos los encantos del siglo y se retiró a la soledad del claustro, cuyo ambiente perfumó con el aroma de su pureza y santidad. Oración y penitencia fueron sus constantes ocupaciones en el convento; sus ayunos eran casi continuos; se recreaba en la lectura de las vidas de los Santos del desierto, cuyas mortificaciones procuraba imitar. Dios la trasplantó al Jardín de la Gloria el 3 de febrero hacia fines del siglo VII.


El lobo de la visión materna — Atributos episcopales y pastorales

SAN ANDRES CORSINO

Carmelita, Obispo de Fiésole (1302-1373)

DíA 4 DE FEBRERO

LA familia de los Corsini era una de las más nobles de Florencia a fines del siglo XIII. Nicolás Corsini y su esposa Pelegriná señalábanse tanto por su piedad como por su ilustre linaje, pero no tenían hijos. Habiendo oído a un predicador estas palabras del Éxodo: «No seas remiso en ofrecer al Señor los diezmos y primicias», prometieron a Dios consagrar a su perpetuo servicio al primer hijo, si se dignaba darles alguno. Hicieron este voto cada uno de por sí, ignorándolo el otro, en la iglesia de los Padres Carmelitas, ante una imagen de María llamada Nuestra Señora del Pueblo. Al volver de la iglesia, comunicáronse el uno al otro lo que acababan de prometer a Dios y, admirados de la feliz coincidencia, arrodilláronse y renovaron la promesa.

SUEÑO DE UNA MADRE

NO tardó el Señor en atender a sus deseos, y Pelegrina no cesaba de suplicarle que el hijo que llevaba en el seno agradase toda su vida a la divina Majestad. La víspera de darle a luz tuvo un sueño. Parecióle que de ella nacía un lobo, lo cual la dejó desconsolada. Quejábase

de ello a la Santísima Virgen, cuando vió que aquel lobo, entrando en una iglesia, se convirtió al punto en manso cordero.

Aquí se despertó, y pasó todo el día averiguando lo que podía pronosticar sueño tan singular, pero no se atrevió a hablar a nadie de ello. Al día siguiente, 30 de noviembre de 1302, festividad de San Andrés, dió Pelegrina a luz un hijo al que puso por nombre el del santo Apóstol.

Mucho se cuidaron los piadosos consortes de encaminar a la práctica de la virtud a aquel hijo que estaba ya dedicado al servicio de la Reina de los Ángeles, pero Andrés no correspondió desgraciadamente a sus cuidados y deseos.

A la edad de doce años era ya muy desobediente y rebelde, contrariando en todo la voluntad de sus padres, y en la ciudad todos los días daba ocasión a riñas y pendencias. Sólo mostraba gusto y afición al juego, a las armas y a la caza, importándole muy poco la religión y las iglesias; en una palabra, no pensaba sino en pasatiempos y regalos, sin molestarse lo más mínimo por adquirir virtudes cristianas. Con razón temían sus virtuosos padres que Andrés tuviera muy desgraciado fin, pero no atinaban en el medio eficaz de hacerle mudar de vida.

Siendo de edad de quince años, mostróse cierto día muy descomedido e insolente con su madre. Como le llamase para reprenderle y no quisiese obedecer y aun juntase a la desobediencia palabras desvergonzadas y atrevidas, ella le dijo: «¡Ah!, ya lo comprendo ahora; verdaderamente eres tú aquel lobo que yo vi en sueños.» —«¿Y qué sueño es ése? —preguntó Andrés sorprendido por las palabras de su madre—, y ¿cómo dices que soy un lobo?» —«Sabe, hijo mío —respondió ella—, que tu padre y yo hicimos voto a la Virgen nuestra Señora de dedicarle el primer hijo que tuviésemos. Sabe también que tuve un sueño: parecióme que daba a luz a un lobo, el cual entrando en una iglesia tomó la figura de cordero. Ya ves, hijo mío, que eres de la Virgen y estás dedicado a servirla; te ruego, Andrés, no dejes de amar y servir a Patrona tan poderosa.»

Como dardo divino penetraron en el corazón de Andrés las palabras de su madre. Pidióle perdón muy compungido, y pasó la noche siguiente pensando en la Virgen María a la que dirigió esta sentida súplica: «¡Oh Reina de los Ángeles!, ya que soy tuyo, servirte quiero todos los días de mi vida con todo el fervor de mi corazón. Sólo te pido que ruegues a tu piadosísimo Hijo se digne perdonarme todos los extravíos de mi juventud. Así como hasta ahora no te he dado sino disgustos, en adelante, oh Virgen María, te serviré y agradaré mudando de vida.»

ENTRA EN LA ORDEN CARMELITANA

PASÓ Andrés toda la noche entretenido con estos sentimientos de arrepentimiento y amor a María, y al amanecer el día siguiente, corrió a la iglesia de los Padres Carmelitas. Arrodillado ante la imagen de Nuestra Señora del Pueblo, le dirigió esta súplica: «¡Oh gloriosísima Virgen María! Aquí tienes a tus plantas al lobo feroz y repleto de culpas que a Ti acude humildemente. Ya que eres Madre del Cordero sin mancha cuya sangre nos ha lavado y redimido, ruégote que me limpie y de tal manera convierta mi cruel naturaleza de lobo, que de hoy en adelante sea yo mansísimo y fidelísimo cordero digno de serle ofrecido como víctima y servirle hasta mi muerte en su santísima Orden carmelitana.»

Así estuvo en oración y deshecho en lágrimas hasta la hora de Nona. Levantóse luego y se fué al prior del convento que era el provincial de Toscana, Jerónimo Migliorato, y de rodillas le pidió el hábito de aquella sagrada Orden.

—¿Y cómo os habéis decidido a ello —preguntóle el Padre—, siendo como sois de noble familia y rico en toda clase de bienes? —Obra es ésta del Señor —respondióle Andrés— y también de mis piadosos padres, los cuales hicieron voto de dedicarme para siempre y en este lugar al servicio de la Reina de los Ángeles. —Esperad unos instantes —repuso el provincial—; dentro de poco os daré contestación. Y al punto hizo llamar a los esposos Corsini y juntó a todos sus religiosos.

Los padres de Andrés, que no sabían el paradero de su hijo, oyeron la noticia con inefable gozo. Acudieron a la iglesia, y aquella venturosa madre no pudo contener su alborozo: – ¡Oh Dios mío —exclamó—; por fin mi hijo de lobo se ha convertido en cordero!

Recibió, en efecto, el hábito carmelitano en 1318 y sus padres le llenaron de bendiciones.

Las pasiones a las que hasta entonces había dado rienda suelta aguijonearon cruelmente su corazón, pero Andrés las castigó con ásperas y frecuentes disciplinas, con ayunos continuos, con la práctica de la obediencia y silencio, con las más humillantes penitencias, en una palabra, con el ejercicio de las virtudes opuestas a sus viciosas inclinaciones.

Mofábanse de él algunos deudos suyos y antiguos compañeros de libertinaje, mas él todo lo aguantaba en silencio. Cierto día, mientras Andrés hacía de portero y los demás frailes comían, llamaron a la puerta con insistencia. Antes de abrir, observó Andrés por una ventanilla y vió que era un señor muy bien trajeado acompañado de varios criados el cual, al verle, le gritó con voz de mando:

—Abre de prisa, que soy tu pariente, y no puedo consentir que permanezcas más tiempo con estos pordioseros; también tus padres quieren que vayas, pues te han buscado y te han elegido una esposa joven y hermosa.

—No abriré —le contestó Andrés—, pues tengo mandado por la obediencia no abrir a nadie sin permiso. No creo yo que seas pariente mío, pues no te conozco; y si aquí en el convento sirvo a pobres religiosos, también Jesucristo se hizo hombre para servirnos. Tampoco creo que sea voluntad de mis padres que yo me vaya del convento, pues ellos mismos me dedicaron al servicio de Dios y de María, de lo que yo me alegro infinito. Lo que sí creo es que tú eres algún pariente del demonio.

—Oye, Andrés, abre un rato para que hable contigo de ciertos asuntos; abre, que no nos verá el prior.

—Y aunque el prior no nos vea —replicó Andrés—, allá arriba está Dios que ve los corazones y para quien nada hay oculto. Por su santo amor estoy ahora custodiando esta entrada, para que Él me guarde y ampare.

Y al terminar esas palabras, armóse con la señal de la cruz. El tentador, que era el mismo demonio, confuso y corrido desapareció al instante con todo su séquito. Dió Andrés gracias al Señor y sacó de la tentación nuevo vigor y mayores bríos para seguir adelante en el camino de la virtud.

AMOR A LAS HUMILLACIONES Y CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

TRANSCURRIDO algo más de un año de prueba de ejercicios de rigurosísima penitencia, profesó Andrés en la Orden carmelitana el día después de la Epifanía, 7 de enero de 1319, y ya nunca aflojó en el fervor del noviciado.

Singular empeño puso en practicar la virtud de humildad. Era su contento poder servir a los pobres y enfermos acordándose de las palabras del Salvador: «Lo que al menor de los míos hicisteis, a mí me lo hicisteis.»

Nunca dejó de asistir a los Oficios, y tanto de día como de noche llegaba el primero al coro. Jamás se le vió remiso para cumplir los mandatos de sus superiores; cuantas más cosas le mandaban, más alegre se mostraba. Conocedor del valor del tiempo, para no desperdiciar un solo momento, dióse con ardor y asiduidad al estudio de la Sagrada Escritura. Supo conciliar el estudio de las ciencias con el ejercicio de las virtudes, mostrándose varón sapientísimo y poderosísimo en obras y en palabras.

Pidió cierto día al provincial como especialísimo favor, le dejase ir—como él decía— todos los viernes a la Cruz. En ese día se disciplinaba hasta derramar sangre, y luego, con un cesto colgado al cuello, recorría la calle



SAN *Andrés Corsino promete a su tío, mal cristiano y vicioso jugador, que se le curará la llaga de la pierna si ayuna durante siete días y se encomienda a la Virgen Nuestra Señora. Aunque de mala gana al principio, el enfermo ayuna, reza y deja el juego. Al séptimo dia curó.*

mayor donde vivían los nobles y algunos de sus propios deudos y mendigaba de ellos pan y otras limosnas. Sus parientes, avergonzados de ver a Andrés hecho un mendigo, se indignaban contra él, incitando a la gente a que se burlase del Santo y le lanzase injurias y denuestos. Pero Andrés proseguía gozoso, diciéndose a sí mismo: «Mi Señor Jesús, injuriado, no injuriaba; abrumado de dolores, no se enojaba.»

Con el amor a las humillaciones y desprecios, juntaba Andrés extraordinaria abstinencia y austeridad. A más de los ayunos de la Iglesia y de la Orden, ayunaba él a pan y agua los lunes, miércoles, viernes y sábados en honra de Nuestra Señora. Dormía sobre paja y sin quitarse el áspero cilicio que traía a raíz de su carne.

Sentía el joven carmelita deseo insaciable y encendido celo del bien de las almas, y Nuestro Señor le favorecía a menudo dándole gracia y eficacia para ayudar a los pecadores y sacarlos del pecado.

Había un deudo suyo que padecía una llaga que le iba comiendo y consumiendo poco a poco la pierna, y para alivio y remedio de su tristeza y dolores, se entretenía todo el día en juegos y pasatiempos, de manera que su casa era un verdadero garito público. Al salir Andrés un viernes a pedir limosnas, se fué a ver a su pariente enfermo y le dijo: «Tío Juan, ¿desea usted curarse?» «Fuera de aquí, mendigo —le contestó Juan—, ¿quieres burlarte de mí? «No se enfade usted, tío —repuso Andrés—. Si quiere usted curarse, siga mis consejos.» El tío Juan se calmó poco a poco. «Haré cuanto me digas —añadió—, con tal que no exceda de mis fuerzas.» «Si desea usted curar —le dijo Andrés—, deje esos juegos durante siete días, ayune otros seis y durante los siete siguientes rece usted siete *Padrenuestros* y siete *Avemarías* y una *Salve,* y le prometo que la Virgen le alcanzará la curación.»

No era el tío Juan hombre devoto. Sin embargo, encantado de la sencillez de Andrés, le prometió que cumpliría con todo, como en efecto lo hizo dando de mano a los juegos, rezando y ayunando.

El último día, que era sábado, fué Andrés a enterarse de cómo seguía su tío. Éste, al verle, exclamó: «Ciertamente eres amigo de Dios; ya desapareció el mal; antes no podía moverme y ahora camino como un joven.» «Vamos al convento», le dijo Andrés. Y los dos fueron a postrarse a los pies de la Virgen, y juntos rezaron durante un buen rato. Terminada la oración, Andrés dijo a su tío: «Quítese usted las vendas de la pierna, pues ya está usted del todo curado.» Las carnes parecían, en efecto, sanas como las de un niño, siendo así que antes estaban consumidas hasta el hueso. Juan mudó de vida y vino a ser muy devoto, no cesando de dar gracias a Dios y a la Virgen Santísima.

PROMOCIÓN AL SACERDOCIO. — PRIOR DEL CONVENTO DE FLORENCIA

LOS adelantos de Andrés en el camino de la virtud eran continuos. Habiendo adquirido notables conocimientos en la ciencia teológica, fué promovido al sacerdocio en 1328. Sus deudos lo tenían ya todo previsto y dispuesto para festejarle con músicas y banquetes el día en que cantase su primera misa. Pero el humilde religioso desbarató por completo sus planes. Retiróse a un pobre monasterio distante siete millas de Florencia, y allí, como nadie le conocía, pudo ofrecer al Señor las primicias de su sacerdocio con maravilloso recogimiento y devoción.

Para que se entendiese cuán grato había sido al cielo aquel sacrificio, la Reina del cielo, acompañada de innumerables ángeles, se le apareció cuando celebraba, después de la comunión, y le dijo aquellas palabras de Isaías: «*Tú eres mi siervo, y yo me gloriaré en ti.*»

Quedó Andrés con esta visión más humilde y confuso, y procuró hacerse cada día más digno de mayores favores y gracias del Señor.

Predicó Andrés durante una temporada en Florencia, y después fué enviado a la universidad de París, donde estudió tres años la Teología y Sagrada Escritura graduándose de doctor; luego pasó a Aviñón, residencia por entonces del Papa, y en dicha ciudad halló a su tío el cardenal Corsini. En Aviñón devolvió el Santo la vista a un ciego que a la puerta de la iglesia pedía limosna.

Volvió al convento de Florencia y curó a un religioso hidrópico. Por aquel tiempo tuvieron los Padres carmelitas un capítulo provincial y nombraron a Andrés prior del convento de Florencia, en cuyo cargo mostró claramente los maravillosos dones que del cielo había recibido para trabajar eficazmente en la santificación de las almas.

Complacióse Dios nuestro Señor en descubrir más a las claras la santidad de este virtuoso varón con el don de profecía. Habiéndole rogado encarecidamente un amigo suyo que fuese padrino de uno de sus hijos, condescendió el Santo, y al tiempo que tenía al niño en sus brazos durante la ceremonia, Andrés enternecido, lloró copiosas lágrimas. Preguntóle su amigo la causa de aquel llanto, y tanto le instó, que al fin respondióle Andrés: «Lloro porque este niño tendrá desgraciadísimo fin y será la ruina de su familia, a menos que muera joven o abrace el estado religioso.» —«Preferiría que fuese cantinero del ejército o bandolero, antes que verle religioso.»

El vaticinio de Andrés se cumplió; su ahijado entró a los veinte años a formar parte de una pandilla de malhechores, se conjuró contra su patria y murió, por sus crímenes, a manos del verdugo. Su familia quedó infamada y fué excluída de cargos y privilegios.

ES NOMBRADO OBISPO — PRODIGIOSA CARIDAD

MIENTRAS Andrés daba a sus hermanos y a las poblaciones de Toscana ejemplo de todas las virtudes, murió el obispo de Fiésole, ciudad situada a tres millas de Florencia. El cabildo catedralicio nombró por unanimidad para sucederle al prior de los carmelitas de Florencia. Pero en cuanto Andrés tuvo noticia de esta elección, huyó secretamente a la Cartuja, para evitar carga tan pesada. Inútiles fueron las pesquisas llevadas a cabo en Florencia para descubrirle, y ya los canónigos de Fiésole iban a proceder a nueva votación, cuando Dios permitió que un niño de tres años indicase dónde estaba escondido el Santo.

Presentóse el niño ante la asamblea no obstante la oposición de los electores, y dijo alzando la voz: «El Señor ha escogido a Andrés para obispo nuestro y está orando en la Cartuja; allí le hallaréis.» Al mismo tiempo, un mancebo vestido de blanco apareció al prior de los Carmelitas mientras oraba y le dijo: «No temas, Andrés, porque yo te guardaré y la Virgen María te protegerá y te ayudará en todas tus empresas.»

Al fin consintió en serlo, pues no quería oponerse a la voluntad del Señor. Fué confirmada su elección por el Sumo Pontífice el día 13 de octubre del año 1349.

Lejos de aflojar en la mortificación con su nuevo cargo, tratóse más ásperamente que antes; ya no se contentó con traer un cilicio a raíz de sus carnes, sino que añadió una cadena de hierro. Rezaba diariamente los siete salmos Penitenciales y las letanías de los Santos disciplinándose con rigor. Unos cuantos sarmientos esparcidos por el suelo eran su cama.

Repartía el tiempo entre la oración y los trabajos del episcopado, sin dedicar ni un solo momento a recreos o diversiones. Para distraerse a ratos de sus ocupaciones, leía y meditaba la Sagrada Escritura.

Una de las cualidades más salientes del corazón de Andrés fué sin duda la exquisita ternura que le movía fácilmente a compasión a vista de las desgracias y necesidades del prójimo. Su caridad para con los menesterosos y más para con los vergonzantes, era extremada. A éstos buscábalos solícito y procuraba socorrerlos con todo secreto. Dióle Dios a entender cuánto se agradaba de su caridad y limosnas con ocasión de una terrible hambre durante la cual, habiendo dado Andrés a los pobres todo el pan que tenía en casa, y como llegaban cada vez más, proveyóle el Señor milagrosamente de gran cantidad de panes para dar de comer a todos ellos.

A imitación de Jesucristo, Señor nuestro, lavaba cada jueves los pies a algunos pobres. Unos de éstos no quiso una vez mostrarle sus piernas porque estaban cubiertas de asquerosas llagas; pero venció Andrés la resistencia

del pobre, y apenas se las hubo lavado y enjugado cuando se hallaron del todo sanas.

Siguiendo las pisadas de San Gregorio Magno, tenía una lista de todos los pobres que conocía para poder mejor socorrerlos, y nunca despachó a ninguno de ellos sin darle alguna limosna.

Esta caridad que le impulsaba a tener tanto cuidado de curar y remediar los cuerpos, llegaba con mayor influjo a las almas. Poseía el don especial de traer a la amistad a los rencorosos y atajó todas las riñas y pendencias que en su época ocurrieron en Fiésole y Florencia. Envióle el papa Urbano V por nuncio suyo a Bolonia para que pusiese término a las discordias entre la nobleza y el pueblo. El legado pontificio restableció la paz en la ciudad, y ya no hubo contiendas mientras vivió el Santo.

No contento con proveer a las almas y a los cuerpos de sus ovejas, que eran para él templos espirituales de Jesucristo, trabajó también en reparar algunos templos materiales y mandó reedificar la catedral que se hallaba en estado ruinoso.

SU MUERTE. — VENERACIÓN AL SANTO

EN el año de 1372, estando el santo obispo diciendo misa solemne la noche de Navidad, sintió un ligero dolor y malestar. Fué luego acometido de maligna calentura que aumentó por momentos, llegando a un grado que ya no dejaba lugar a esperanzas de curación.

Andrés, sin embargo, permanecía tranquilo: la Virgen le había avisado que el día de Reyes partiría de este mundo para entrar en la mansión de la gloria. Dió el mejor orden que pudo a las cosas de su obispado, y el día de la Epifanía del año 1373, aniversario de su profesión religiosa, se hizo traer el Salterio y rezó con los circunstantes los tres símbolos: el de los Apóstoles, el de Nicea y el de San Atanasio. Mientras el santo, moribundo, rezaba devotamente este versículo del cántico de Simeón: *Nunc dimittis servum tuum Dómine,* entregó apaciblemente su espíritu al Señor.

El Martirologio Romano hace el elogio de este Santo en el día 6 de enero. Hay quien señala como fecha de su muerte el día 8 del mismo mes; Bolando la pone en el día 13.

Andrés Corsini fué beatificado por Eugenio IV y canonizado por Urbano VIII el 22 de abril de 1629. Su fiesta, señalada para el día 4 de febrero, fué mandada celebrar con rito de doble por Clemente XII, de la familia Corsini, el 3 de enero de 1731.

Su cuerpo, trasladado a Florencia el 26 de octubre después de su muerte, descansa en una capilla de la iglesia de los Padres Carmelitas.

SANTORAL

Santos **Andrés Corsino, obispo;** Eutiquio, Aquilino, Gelasio, Magno, Donato, mártires en Italia; *José de Leonisa, sacerdote capuchino;* Remberto, obispo; *Fileas y Filoromo, mártires;* Aventino, confesor; Isidoro, monje en Egipto; *Gilberto, confesor* y el Beato Juan de Brito, mártir. Santas Verónica de Jerusalén y Juana de Valois, virgen y fundadora.

SAN JOSÉ DE LEONISA, capuchino. — En el bautismo recibió el nombre de Eufranio, que luego trocó por el de José cuando ingresó en la Orden de Padres Menores Capuchinos. Siendo aún niño tuvo la desgracia de perder a sus virtuosos padres, y entonces trasladóse a Viterbo, donde vivió con un tío suyo que le quiso obligar a contraer matrimonio al llegar el tiempo oportuno; pero Eufranio, deseoso de poseer los bienes que nunca se pierden, abandonó secretamente el mundo para hacerse religioso. Fué modelo de todas las virtudes, distinguiéndose por su extraordinaria penitencia. Su comida consistía en un poco de pan negro y duro con unas pocas hierbas crudas sobre las que solía echar ceniza y, a veces, polvos de ajenjo; celebraba ocho cuaresmas anuales, y ayunó todos los días del año 1599 para prepararse al santo jubileo que debía publicarse al año siguiente; vestía duro cilicio y bebía agua estancada de una charca llena de gusanos, y al beberla decía al cuerpo: esto eres tú. Se ofreció voluntario para ir a Constantinopla a rescatar cautivos de su Orden y logró muchos éxitos. Sufrió malos tratos de los mahometanos. Predicó la verdad con gran tesón y admirable eficacia. Se durmió tranquilamente en el Señor el 4 de febrero de 1612, según él mismo había predicho.

SANTOS FILEAS, obispo, y FILOROMO, mártires. — Entre las innumerables víctimas del furor de Diocleciano, que tantas almas mandó al cielo y tantos cuerpos al sepulcro, se hallan San Fileas, obispo de Tamne, en Egipto, y Filoromo, tribuno de la armada de Egipto.

Llamado Fileas a presencia del gobernador, fué instado a ofrecer sacrificios a los dioses, dándosele cierto tiempo para determinarse. Sus mismos parientes le forzaban a obedecer las disposiciones del gobernador; pero él se mantuvo firme en su fe, prefiriendo el martirio a una traición a Dios.

Filoromo, al ver la constancia del santo obispo, confesó también la fe de Cristo enseñada y confirmada por Fileas. Ambos experimentaron la misma dicha de derramar su sangre en testimonio de sus creencias. Con ellos fueron también martirizados gran número de fieles que quisieron seguir el ejemplo de su buen pastor.

SAN GILBERTO, confesor. — Nació en el año 1083 en Inglaterra, en cuya corte su familia tenía cierto prestigio y reputación. Pero a Gilberto le hastiaba el oropel del mundo y lo renunció todo para seguir a Jesucristo pobre. Se hizo religioso vistiendo el hábito de los canónigos regulares de San Agustín, y llegó a ser en poco tiempo dechado de todas las virtudes; tuvo que sufrir muchas calumnias y persecuciones del mundo, las cuales fueron como el crisol donde se purificó más y más su alma, que voló al cielo a los 106 años de edad.


Varas, tenazas y pecho martirizado. Velo milagroso El Etna en erupción

SANTA AGUEDA

Virgen y mártir en Catania (hacia 230-251)

DÍA 5 DE FEBRERO

ES común opinión de los historiadores que la persecución más sangrienta y cruel fué la séptima, en la que Santa Águeda recibió la palma del martirio. San Cipriano declara que durante ella los perseguidores, más por malicia que por piedad, no querían dar a los cristianos muerte violenta. Empleaban toda clase de exagerados refinamientos, graduando la crueldad con el fin de que la víctima saliera de los suplicios con vida. Parecía como si quisieran prorrogar el momento de coronar de gloria a los mártires. Importunábanlos y los fatigaban con la esperanza de desalentarlos, y si por voluntad y gracia de Dios ocurría que expiraban antes de la hora prevista, lamentábanlo los verdugos por ver frustrados sus impíos designios. San Agustín apunta la razón de estas atrocidades: «Los perseguidores —dice— comprendieron que cuantos más cristianos sacrificaban, tantos más surgían de su sangre.» Temían despoblar el imperio dando muerte a tantos millares de fieles.

ÁGUEDA, ES DETENIDA POR SER CRISTIANA

MERECIÓ Santa Águeda ser coronada con el martirio durante esta cruelísima persecución. Había nacido en Catania, de padres ricos y nobles, hacia el año 230. Quinciano, gobernador de Sicilia, se enamoró de Águeda, cuya belleza —dicen las actas de su martirio— sobrepujaba a la de todas las doncellas de su época. El infame puso en juego todos los medios posibles para llegar a saciar sus criminales deseos. El emperador Decio publicó por entonces un edicto en el que obligaba a todos los cristianos, sin distinción de edad ni sexo, a sacrificar en los templos de los dioses, y Quinciano tomó pie de este decreto para apoderarse de Águeda dando al punto orden de prenderla.

Personáronse los soldados en el domicilio de la santa joven y le dijeron:.

—El emperador y el procónsul Quinciano acaban de publicar un edicto de muerte contra todo el que se niegue a adorar y tributar el debido culto a los dioses del imperio. Pero no cabe duda que tú acudirás al templo a ofrecerles incienso, y así podrás presentarte sin temor ante el procónsul.

Negóse resueltamente a ello la castísima doncella, y entonces los soldados se dispusieron a llevarla ante el gobernador. Pero antes de que echasen mano de ella, Águeda entró en su aposento, y de rodillas y mirando al cielo dirigió esta súplica a su divino Esposo:

—¡Señor Jesús! Sólo Tú conoces los afectos de mi corazón; sólo Tú sabes con cuánto gozo y fervor te ofrendé mi fe y todo mi amor. Ahora, Señor, te lo juro, no consientas que un hombre entregado a todos los vicios hurte a mi cuerpo la flor de la virginidad. Ven presto a socorrerme; no me abandones al capricho del demonio y de su satélite el procónsul, no sea que éste pueda decir con razón: «¿Dónde está tu Dios?» Ofrézcome a Ti, Señor, como víctima; acepta mis padecimientos como prenda de mi amor, pues Tú solo eres mi Dios, y sólo Tú eres merecedor de honra y gloria por los siglos de los siglos.

Terminada la plegaria, entregóse pronta y alegremente en manos de los soldados. Mientras caminaban, iba la santa virgen meditando las celestiales bellezas de la virtud.

—Con la ayuda de Cristo —decía— he peleado, para conservar la pureza de mi cuerpo, contra el autor de todo mal, Satanás, sembrador de semillas de voluptuosidad y vergonzosas pasiones en el corazón humano; le he vencido y aplastado bajo mis plantas. En manos de Jesucristo está ahora mi alma, y espero no me negará su divina gracia para que en la hora de mi muerte no le falte a mi cuerpo el adorno de la virginal hermosura.

LA ENTREGAN A UNA MALA MUJER

ERA Quinciano fiel cumplidor de los satánicos mandatos del emperador, pero guardóse mucho de enviar inmediatamente a la santa doncella al suplicio. Por disimular y cubrir más su intento, mandó que Águeda fuese entregada a una vieja mujer de mala vida llamada Afrodisia que vivía con siete hijas suyas tan desvergonzadas como ella. Deseaba Quinciano que, ablandada y vencida Águeda por las palabras y malos ejemplos de esas miserables mujeres, viniese a sacrificar a los dioses y consintiera en sus impúdicos propósitos.

En tan odioso trato e infame compañía vivió la castísima joven treinta días. Esforzábanse esos demonios de lujuria con infernal perseverancia en corromper a la virginal esposa de Jesucristo. Ella, con los ojos en lágrimas, pero con valeroso ánimo, les decía:

—Sabed que no hay en el mundo cosa que pueda separar a mi alma y mis pensamientos del amor de mi Señor Jesucristo. Viento son vuestras palabras, aguas tormentosas vuestras promesas y embustes, río impetuoso vuestras amenazas; pero en vano desencadenáis la furia de su corriente contra mi casa: no se conmoverá lo más mínimo, pues está fundada sobre la roca firme que llamamos Cristo, Hijo de Dios vivo.

Así les hablaba la Santa, porque su alma, semejante a la cierva sedienta de los Salmos, anhelaba apagar la sed en la fuente de agua viva del sufrimiento, la cual es amarguísima o desabrida para los que no saben amar, pero muy suave y dulcísima para los que dan cabida en su corazón al verdadero amor de Jesucristo. Así que Afrodisia oyó las palabras de la casta doncella, comprendió que estaba muy resuelta a morir por el nombre de Cristo antes que sacrificar a los dioses. Se fué, pues, al procónsul y le dijo:

—Señor, yo he tenido en mi casa la doncella que me disteis por vuestro mandato, pero sabed que está tan firme en ser cristiana y en guardar la virginidad, que antes se ablandarán las rocas, el acero y el diamante, o se cambiará el hierro en plomo que ella mude de propósito y deje de amar a Cristo. Mis hijas y yo hemos hecho sin tregua con ella todo lo que hemos sabido y podido, y a pesar de nuestra constancia no hemos logrado sino afirmarla en su resolución. Ni súplicas ni amenazas han podido hacerla titubear un solo instante. Yo le he ofrecido joyas y piedras preciosas, ricos vestidos y atavíos, palacios en la ciudad y en el campo, numerosos esclavos, y ella no lo estima en más que un poco de basura.

Hermoso ejemplo el que nos ofrece Águeda al preferir la joya inestimable de la honestidad a todos los halagos del mundo y de la carne, que duran breve tiempo y se disipan con la velocidad meteórica del relámpago.

ANTE EL PROCÓNSUL

DESENGAÑADO Quinciano al oír tales palabras, mandó llamar a Águeda discretamente, y le dijo:

—¿De qué casta eres?

—Noble soy y de ilustre sangre, y mis deudos dan de ello testimonio, pues son dueños de inmensas riquezas.

—¿Y cómo, siendo noble e ilustre, te rebajas a seguir las costumbres de gente despreciada y vil?

—Porque aunque yo soy noble, soy sierva y esclava de Jesucristo.

—Pero ¿cómo te llamas esclava siendo cierto que eres libre?

—Nuestra nobleza y mayor gloria es doblegarnos bajo la ley de Cristo?

—Luego nosotros, que menospreciamos a vuestro Crucificado, ¿no somos nobles?

—Ciertamente habéis alcanzado tal grado de servidumbre, que no sólo sois esclavos de vuestros pecados, sino que adoráis a la materia insensible. A la madera y a las piedras dais vosotros el honor debido sólo a Dios.

—Las blasfemias que acabas de pronunciar tendrán su merecido castigo. Mas ¿por qué obstinarte en negar a nuestros dioses los honores que se merecen?

—¡Oh! no llames dioses sino demonios a esas efigies de bronce y mármol dorado fabricadas por vosotros mismos.

—Basta de blasfemar, Águeda, vuelve en razón y sacrifica a los dioses; de lo contrario, padecerás ignominiosos tormentos como los vulgares criminales, y serás causa de eterna vergüenza para tu familia.

—Mi mayor deseo —replicó Águeda— es que tu esposa se convierta en otra diosa Venus, y tú, en otro gran dios Júpiter.

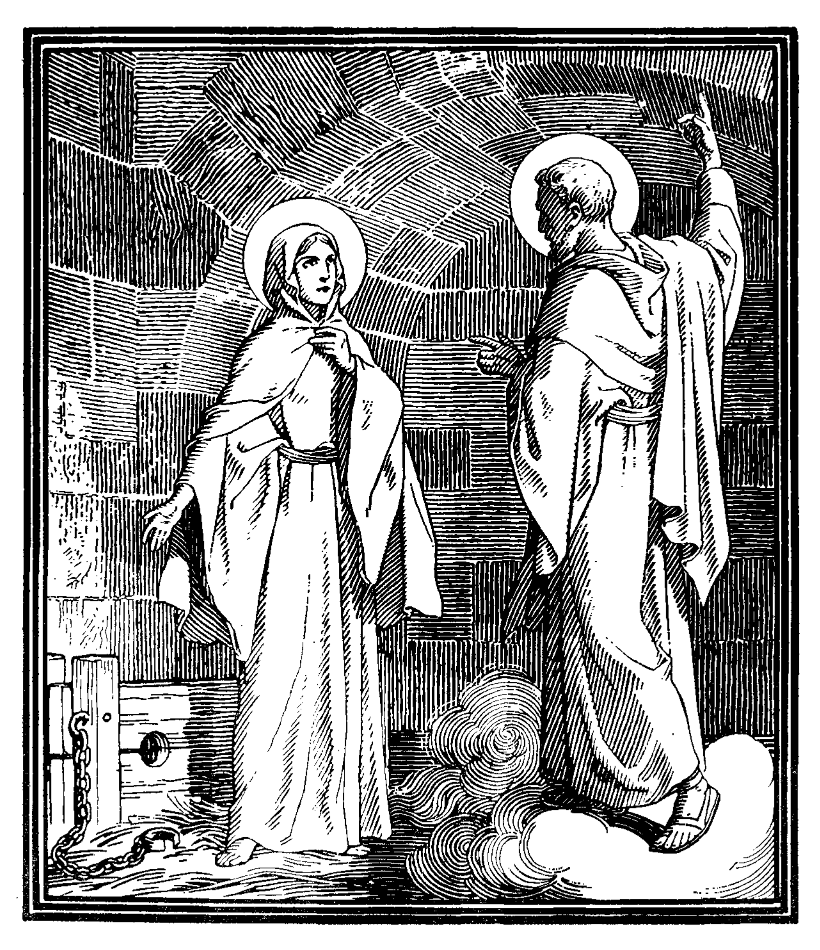
Enojóse sobremanera Quinciano al oír estas palabras y mandó que le dieran una bofetada, diciéndole:

—Aprende a callar y no injuries a tu juez y señor.

—¡Cómo! —le contestó Águeda—, ¿los llamas dioses y no deseas ser contado en su número?

—¡Bueno!, quieres obligarme con tus injurias a imponerte crueles suplicios.

—Extraño que un varón tan prudente haya llegado a tal grado de locura de no querer parecerse a sus dioses y vivir como ellos. Si son realmente dioses y como a tales los honras, excelente cosa te he deseado. ¿Cómo puede injuriarte quien te dice que les seas semejante? Pero si te horroriza el igualarte a ellos, llámalos, como yo los llamo, seres execrables y perversos.



SAN *Pedro se aparece durante la noche a Santa Agueda, que está en la mazmorra, y le dice: «Jesucristo me manda para anunciarte que te devuelve la salud.» Desaparece el Apóstol, y comprueba la virgen que, en efecto, las heridas estaban cerradas y le había sido restituído el pecho arrancado.*

—Cada palabra tuya es una blasfemia. Sacrifica a los ídolos o dispónte a padecer atroces tormentos.

—Las bestias fieras a las que me entregues se amansarán al oír el nombre de Jesús. Si me arrojas al fuego, bajarán los ángeles a derramar sobre mi cuerpo rocío benéfico; si pretendes usar del hierro y de los azotes contra mí, el Espíritu de la verdad que mora en mi alma sabrá librarme de tu mano.

Meneó la cabeza el procónsul, y mandó encerrar a la doncella en oscuro calabozo. Mientras la llevaban, Quinciano intentó de nuevo convencer a la valerosa virgen:

—Piénsalo bien, Águeda. ¿No comprendes cuán ventajoso es para ti el librarte de los suplicios que te preparo?

—¡Tú sí que tienes que mudar de vida, si quieres librarte de tormentos eternos!

Quinciano, lleno de furor al oír estas palabras, dejó que la llevaran a la cárcel. Entró en ella la Santa con maravillosa alegría, como si entrara en un paraíso de deleite, suplicando al Señor que le diese la victoria sobre el tirano.

FIRME CONSTANCIA EN LOS TORMENTOS

AL día siguiente fué presentada otra vez delante de Quinciano.

—Bueno —le dijo—, ¿y qué has resuelto respecto de tu salvación?

—Mi salud y mi vida es sólo Cristo.

—¿Hasta cuándo, insensata, te obstinarás en pronunciar semejantes blasfemias? Niega a Cristo y empieza ya a honrar a nuestros dioses, y no desees para ti muerte temprana.

—Niega tú a tus dioses de piedra y madera y sirve al Dios verdadero y Criador tuyo; de lo contrario padecerás eternos tormentos.

El procónsul, fuera de sí, mandó azotarla con vergas y, mientras lo ejecutaban, dijo a la Santa:

—Muda tu propósito y mandaré que cese el suplicio.

—Tus tormentos son para mí manantial de delicias, y mi pecho se llena de júbilo como si me anunciaras muy feliz nueva y me descubrieses riquísimos tesoros. No pienses espantarme con esos bárbaros suplicios, pues eres impotente para hacerlos durar mucho. El trigo no se recoge en las trojes hasta que está purificado y limpio de paja, y lo mismo sucede con mi alma: no puede recibirse en el cielo hasta que mi cuerpo quede muerto en la tierra después que tus soldados le hayan hecho padecer toda clase de tormentos.

Quinciano, lleno de saña, mandó que le fuese atormentado un pecho y luego le fuese cortado de raíz.

Pero como este bárbaro suplicio no venció la constancia de Águeda, el procónsul la mandó volver a la cárcel, y prohibió con severas amenazas que dejasen entrar médico alguno para curarla y le diesen cosa que comiese o bebiese.

SE LE APARECE SAN PEDRO Y LA CURA

HACIA la media noche, presentóse ante Águeda un anciano venerable. Delante de él, como alumbrándole, iba un mozo llevando en la mano un hacha encendida.

—Nada ha conseguido de ti con sus tormentos el impío tirano —dijo el anciano—; antes bien, tú le has dejado atónito y confuso con tu constancia; por eso te ha atormentado y cortado el pecho. Pero Dios le prepara el suplicio del fuego eterno. Yo estaba presente cuando te lo cortó, y vi que se puede sanar, y así vengo para curarte y darte entera salud.

—Nunca en mi vida —le contestó Águeda— he usado de medicina corporal, ni ahora quiero usar de ella, pues sería vergonzoso faltar a una resolución que formé en mi juventud.

—También yo soy cristiano —contestó el anciano—; confía, hija, que yo puedo sanarte y sólo para eso he venido. Virgen de Jesucristo, nada temas.

—¿Y qué podría yo temer? —replicó Águeda—. Vos sois un anciano venerable, y yo una joven con el cuerpo hecho una llaga. Con todo, prefiero que estas heridas acaben con mi vida antes que mostrároslas. Gracias, venerable padre, por haber tenido la bondad de venir a aliviar mis dolores, pero sabed que nunca medicamento confeccionado por mano de hombres tocará a mi cuerpo.

—¿Y por qué tal resolución?

—Porque poseo a Jesucristo, que puede con un solo gesto curar todos mis males, y cuya sola palabra hace que se levanten los paralíticos y echen a andar los cojos. Él sanará a su indigna sierva si tal es su voluntad.

Díjole entonces el anciano sonriendo:

—El mismo Jesucristo me ha enviado para que te sane en su nombre. Soy el apóstol San Pedro. Mira cómo tu cuerpo está ya curado.

Y diciendo esto desapareció el santo Apóstol.

Águeda, volviéndose con el alma y el corazón al cielo, dió gracias al Señor con estas palabras:

—Os doy gracias, Señor mío Jesucristo, por haberos acordado de mí, y por haberme enviado a vuestro Apóstol para confortar mi alma y curar las llagas de mi cuerpo.

Terminada la oración, vió Águeda que sus llagas estaban curadas y que

su pecho le había sido milagrosamente restituído. Durante toda la noche resplandeció en la cárcel una luz vivísima y celestial. Los guardas, turbados y fuera de sí, dejando la cárcel abierta, echaron a huir. Los presos compañeros de Águeda le aconsejaban que se pusiese a salvo, y ella les respondió:

—No quiero perder la corona de gloria que ganaré con los combates que me quedan por librar. No quiero que por huir yo reciban castigo los guardas. Asegurado tengo el auxilio de Jesucristo, Hijo de Dios. Perseverar quiero hasta el fin de mi vida en la fe de quien me ha sanado y consolado.

GLORIOSA MUERTE

CUATRO días después Quinciano la hizo presentar de nuevo a su tribunal, y le dijo:

—¿Hasta cuándo vas a seguir despreciando los edictos de los emperadores? Sacrifica a los dioses: de lo contrario, te haré padecer suplicios más crueles que los anteriores.

—Vanas son tus palabras —respondió Águeda— e inicuos los edictos de tus emperadores. Dime ahora, miserable demente, ¿qué auxilio podré yo esperar de tus dioses de piedra y madera? ¿Acaso mi Señor Jesucristo no me ha restituído otro seno en lugar del que me arrancaste?

Quinciano, fuera de sí de furor, exclamó:

—¿Y quién se ha atrevido a curarte?

—Jesucristo, Hijo de Dios vivo.

—¿Aun pronuncias el nombre de tu Cristo que ya estoy harto de oír?

—No puedo callar el nombre de Aquel a quien estoy invocando dentro de mi corazón.

—Pronto veremos si acude en tu ayuda ese tu Señor Jesús.

Mandó entonces sembrar por el suelo menudos cascos de tejas y brasas de carbón encendido, y extender y revolver a la Santa, desnuda, sobre ellas. Mas estando Águeda tendida sobre ese lecho de tormento, envió el Señor un grandísimo terremoto que hizo temblar los muros, que en parte cayeron y aplastaron a un consejero del procónsul llamado Silviano y a otro amigo suyo, Teófilo; los cuales habían incitado a Quinciano a martirizar a Águeda. Toda la ciudad de Catania se conmovió con el terremoto. El pueblo despavorido corrió hacia el pretorio, pero el procónsul, temiendo una insurrección, mandó llevar de nuevo a Águeda a la cárcel y él se retiró a un aposento apartado.

Estando ya dentro del calabozo, volvió Águeda su corazón al cielo y dijo:

—Gracias te doy, Señor y Dios mío, porque me has juzgado digna de sostener reñido combate por tu nombre. ¡Oh Jesús, mi Salvador! Tú infundiste en mi alma ardiente deseo de renunciar a los goces de este mundo,

y has guardado mi cuerpo limpio de toda mancha de pecado. Oye ahora mis súplicas y permite que tu sierva abandone la tierra y vaya a unirse contigo.

Y acabando con su vida la oración, entregó el alma al celestial Esposo por cuyo amor tantos combates había resistido.

Los cristianos de Catania, al publicarse la muerte de Santa Águeda, acaecida el 5 de febrero de 251, acudieron al punto y, sin temor al procónsul, tomaron aquel cuerpo cubierto de llagas tan gloriosas, y empezaron los preparativos para darle sepultura con grande honra y reverencia. Pero mientras encerraban las preciosas reliquias en el féretro preparado al efecto, dícese que apareció un celestial mancebo acompañado de otros cien compañeros, todos ellos ricamente vestidos. Nadie en Catania conocía al joven. Se llegó hasta el lugar donde embalsamaban los preciosos restos, y a la cabecera de la Santa puso una tabla de mármol en la cual estaban escritas estas palabras: «Alma santa y voluntaria víctima, honró a Dios y salvó a su patria.» Esperó el mancebo a que hubieran cerrado el sepulcro y luego desapareció. Nadie volvió a verle, y muchos opinaban que era un ángel. La noticia de este acontecimiento cundió por toda Sicilia, de modo que los gentiles y aun los mismos judíos tuvieron gran veneración al sepulcro de la gloriosa Mártir.

CÓMO LA HONRA LA IGLESIA

DESPUÉS de la paz otorgada a la Iglesia en 312, difundióse la fama de Santa Águeda, y los ilustres y santos Doctores Ambrosio, Agustín, Dámaso, Gregorio Magno y otros escribieron de ella muy laudatorios elogios.

Desde Sicilia se esparció su devoción hasta más allá de Nápoles y Benevento, y se fundó la ciudad de Santa Águeda de los Godos que es sede episcopal y cuenta entre sus obispos a San Alfonso de Ligorio. Numerosas Iglesias en Roma y en todo el orbe cristiano se honraron con estar debajo del patrocinio de la gloriosa Mártir de Catania.

El 26 de agosto de 1713, Su Santidad Clemente XI mandó celebrar la fiesta de Santa Águeda con rito de doble.

Sus reliquias, que en 1040 habían sido llevadas a Constantinopla por el oficial griego vencedor de los sarracenos de Sicilia, fueron devueltas a Catania en 1126 y depositadas triunfalmente y con grandes honras en la catedral, en donde aun hoy se veneran.

Esta ciudad se ha distinguido siempre por la ferviente devoción a su celestial Patrona, a quien atribuye el amparo especialísimo de que ha sido favorecida desde la erupción del Etna en el año 253 hasta el desastroso terremoto del 28 de diciembre de 1908. Santa Águeda es también Patrona de Malta. La Iglesia la invoca todos los días en el Canon de la misa.

SANTORAL

Santa **Águeda, virgen y mártir;** *Diego, Isidoro y otros 24 mártires en el Japón; Avito* y Albino, obispos; Atanasio y Teodoro, discípulos del apóstol Santiago; Pegasio y Silvestre, obispos; Bertulfo, abad. Santas *Adelaida, abadesa;* Paulina, landgrave de Turingia.

LOS VEINTISÉIS MÁRTIRES DEL JAPÓN. — Como luz de aurora primaveral se iba extendiendo en el país del Sol Naciente la fe religiosa, allí predicada por San Francisco Javier y sus sucesores. Receloso el emperador Taicosama del prestigio que iban adquiriendo los misioneros católicos, a los que atribuía finalidades políticas, prohibió predicar el cristianismo en sus dominios. Por esta razón fueron hechos prisioneros algunos misioneros y tres niños que estaban a su servicio. Se les sometió a duras pruebas y largos suplicios y, finalmente, fueron colgados en sendas cruces, muriendo en ellas rebosantes de alegría, por el triunfo que con su martirio conseguían.

El pueblo, testigo de la constancia y alegría con que los misioneros soportaban los suplicios, quiso participar del mismo sacrificio, pues participaban de la misma fe y practicaban las mismas doctrinas. Pero ante el temor de producir una despoblación general, si se perseguía a todos los cristianos, se limitó la persecución a los que predicaban tal religión. Hubo muchos que se presentaron personalmente al emperador para sufrir también el martirio. Esto ocurrió hacia el año 1597, siendo declarados bienaventurados treinta años después por el papa Urbano VIII. Los canonizó Pío IX en 1862.

SAN AVITO, obispo. — Como planta germinada en tierra bien abonada, creció vigorosamente en la fe, produciendo opimos frutos de virtud y santidad. Por ellos mereció ocupar la sede episcopal de Viena, ciudad del Delfinado. Del mismo modo que la luz se abre paso rectilíneo para alumbrar a cuanto alcanza su poder, así Avito no tuvo otro afán que ilustrar a la grey que el Señor le había confiado para conducirla al cielo. Su celo consiguió la conversión de Segismundo, hijo del rey de los borgoñones, no obstante haber decretado antes persecuciones contra los cristianos. En el cisma que dividió las Iglesias de Roma y Constantinopla en el siglo VI, se inclinó por la legitimidad del papa Símaco, en contra de Laurencio, y logró hacer prevalecer su juicio. Finalmente, cargado de méritos, se durmió en la paz del Señor el 5 de enero del año 524.

SANTA ADELAIDA, abadesa. — Era hija del conde de Güeltres y, por lo tanto, noble. Pero la nobleza de su corazón era superior a la del dinero. Estaba enamorada de Cristo, y por esto no quería escuchar las razones con que la incitaban a ciertos enlaces matrimoniales que la hubieran distinguido en la sociedad. Su padre cedió al fin a los deseos de Adelaida, y mandó construir un monasterio donde su hija pudiera vivir a sus anchas con Dios. No tardó en poblarse el monasterio con otras doncellas que acudían a someterse al yugo de la obediencia, ávidas de seguir con pie resuelto el camino de la perfección. Seguían todas la Regla de San Benito. Adelaida cuidó mucho de los pobres, a los que personalmente asistía en sus necesidades, amándolos como a miembros de Jesucristo. Recibió de Dios el don de obrar milagros, manifestado principalmente en la curación de ciertas enfermedades. Su vida se extinguió plácidamente, como lámpara sin aceite, cuando moraba en el monasterio de Colonia, el 5 de febrero del año 1015.


Instrumentos de su martirio

Manzanas y rosas venidas del cielo

SANTA DOROTEA

Virgen y mártir († 304)

DÍA 6 DE FEBRERO

EN el martirio de tiernas vírgenes vemos la superioridad moral de la debilidad física sobre la debilidad moral de la superioridad física. ¡Una tierna doncella venciendo la furia infernal de un tirano! ¡Una joven materialmente indefensa dominando la fuerza material de las armas de todo un emperador! ¡Cuán fuerte es el corazón que palpita de amor a Dios! ¡Cuán débil el brazo del tirano para ahogar la fe en un pecho creyente!

Ejemplo manifiesto tenemos en esta Santa y en mil otras, como Inés, Cecilia, Águeda, Cristina, Lucía, Anastasia, Eulalia, etc., en cuyo corazón obró prodigios la fe. Todas ellas constituyen la honra del sexo débil y una prueba de la eficacia de la gracia, que tan brillantes ejemplos logra en seres débiles en el cuerpo, pero invencibles en su espíritu, a cuyo servicio ponen toda la fuerza indomable de su voluntad, no quebrantada ni torcida por los tormentos del fuego, de la garrucha, del ecúleo, de los garfios, ni por la muerte misma. Son admirables doncellas que aman la hermosura de su alma más que la vida de su cuerpo, el tesoro de la virtud más que los bienes de la tierra, la dicha de la eternidad más que los placeres caducos del mundo. Son heroínas de la fe, que deben ceñir sus sienes con la diadema gloriosa del triunfo más sorprendente y de la conquista más insigne.

¡Qué grande y sublime es el sacrificio que por la más noble de las causas ofrecieron! Sus almas escaparon de sus cuerpos oreados por brisas divinas, perfumadas con las rosas de sus propias virtudes, arrulladas por los cánticos angélicos y revestidas con la clámide dorada del Rey de la Gloria.

Triunfaron porque abrazaron la Cruz, enseña gloriosa de nuestra redención. La Cruz fué su vida y por la Cruz participaron de la dicha sin fin del cielo. La Cruz es el camino real de la eterna bienaventuranza. Y porque Dorotea, la virgen honesta y fuerte se abrazó también a la cruz del dolor y del martirio, mereció que Dios la coronara con diadema inmortal y la elevara al honor de los altares.

Cuenta el Evangelista San Juan que, en cierta ocasión, los príncipes de los sacerdotes enviaron a unos judíos para prender a Cristo. Pero al llegar donde estaba Jesús, le hallaron predicando, se detuvieron a escucharle y les gustó tanto la doctrina que enseñaba y el modo amoroso de exponerla que, en vez de prenderle, se aficionaron a Él y le siguieron por doquiera, predicando por todas partes alabanzas y loores en su honor, y diciendo: «Jamás hombre alguno habló así, como este hombre.»

Algo así aconteció al demonio; éste se había apoderado de un tirano, gran perseguidor de los cristianos, llamado Apricio o Sapricio, que deseaba hacer presa en el alma de Dorotea, doncella cristiana que gozaba de fama de de santidad. Para lograr su intento, envió Apricio a dos perversas mujeres, que de cristianas se habían vuelto idólatras, para que indujesen a Dorotea a renegar de su fe; pero el efecto fué totalmente opuesto, pues en lugar de convencer ellas a Dorotea, ésta les dió razones tan sólidas y convincentes que las convirtió a la fe de Jesucristo, hasta el extremo de que por conservar esta fe dieron su sangre entre dolores de martirio.

PRIMEROS AÑOS DE DOROTEA

ESTE lirio de pureza vino al mundo a fines del siglo III, en la ciudad de Cesarea, en Capadocia, cuando el cielo del imperio romano aparecía nublado por las densas tinieblas del error pagano. Desde 293 Maximiano Galerio, adoptado por Diocleciano, regía los destinos del imperio en el Oriente, y por doquiera corrían arroyos de sangre cristiana, vertida por los tiranos perseguidores de Cristo y de su Iglesia.

Dorotea se hallaba adornada de todas las prendas que una mujer puede desear. Era sabia sin pretensiones y hermosa sin dejar de ser honesta; sumamente atrayente por su compostura, modestia, honestidad, recogimiento y gravedad. Su espíritu de oración era continuo, lo mismo que su mortificación. De modo que por el conjunto de sus dotes naturales y personales

era conocida y admirada de toda la población, pues no sólo era tenida por una maravilla de prudencia, de modestia y piedad, sino también como ejemplar dechado de todas las doncellas cristianas. Prendados muchos de su nobleza, distinción y hermosura, pretendiéronla por esposa; mas ella optaba abiertamente por el camino de la virginidad, de tal manera que los cristianos la llamaban la esposa de Jesucristo.

EN PRESENCIA DEL TIRANO

APRICIO, el presidente que en nombre del emperador Galerio gobernaba entonces la provincia de Capadocia, habiéndose enterado de que Dorotea era tan buena cristiana y gozaba de tanta reputación, dió orden de prenderla y que fuese llevada a su tribunal. La joven doncella se presentó con los ojos bajos, pero el espíritu puesto en Dios, a quien con tanto amor guardaba en su corazón.

El presidente interrogó a la Santa preguntándole en primer lugar cuál era su nombre. Inmediatamente le anunció que el objeto de su detención no era otro que el de obligarla a sacrificar a los dioses en cumplimiento de las órdenes del emperador. A estas palabras replicó Dorotea con entereza:

—El emperador del cielo me ha mandado que a Él sólo adore, y no a dioses que no hicieron el cielo ni la tierra. Ahora juzga tú, ¡oh Apricio!, a quién es más justo que obedezca, si al emperador del cielo o al de la tierra.

El presidente añadió:

—Deja estas razones y, si quieres volver a tu casa sana, salva y con honra, sacrifica a los dioses. De lo contrario, tu osadía te costará cara, y te pondré como ejemplar para que los demás escarmienten en tu cabeza.

—El ejemplo que yo daré —respondió Dorotea—, será enseñar a todos que no teman a los hombres, sino a Dios; porque todos los tormentos que vosotros, presidentes y jueces, podéis dar, duran muy poco, pues pronto se acaban; mas los del infierno, son eternos y no tendrán fin.

Estas palabras sacaron de quicio al prefecto, el cual mandó que la atormentaran en la garrucha y la tuvieran colgada en alto.

Viéndose allí suspendida y objeto de las miradas del público, dijo al tirano:

—¡Qué! ¿Estás burlándote de mí? ¿Por qué te detienes? Haz presto lo que has de hacer, pues deseo ser atormentada de ti, para poder ir a ver a Aquel cuyo amor sostiene mis fuerzas.

—¿Y a quién deseas ver? — le preguntó el tirano.

—A Cristo Hijo de Dios vivo — respondió la Santa.

—¿Dónde está este Cristo? — interrogó él.

Dorotea replicó:

—Como Dios está en todo lugar y, en cuanto hombre, en el cielo, a la diestra de Dios Padre, y allí goza de los bienes de Dios en aquella tierra dichosa, donde nunca es invierno y siempre verano: en todo tiempo hay allí flores, rosas y azucenas, y frutas hermosas a la vista y sabrosísimas al gusto; hay fuentes, ríos y otras muchas recreaciones, que las almas de los justos gozan en compañía de Dios. De todo esto serías participante, Apricio, si te hicieses cristiano y vivieses como cristiano.

—Mejor sería —dijo Apricio— que dejases esas vanidades, sacrificases a lo dioses y tomases marido para tener buena vida.

Y Dorotea respondió:

—No sacrificaré yo a los demonios, porque soy cristiana; ni tomaré marido, porque soy esposa de Jesucristo.

Temeroso el juez de que al oír tales razones algunos idólatras dejaran de adorar a los ídolos, mandó que la bajaran de allí y fuese entregada a dos hermanas llamadas, la una Cristeta, Cristiana o Cristina, y la otra Calixta, las cuales, habiendo sido cristianas, habían renegado por temor a los tormentos. A estas dos mujeres dijo Apricio:

—Ya habéis visto las mercedes que os he hecho porque dejasteis vuestra fe y sacrificasteis a los ídolos; mayores serán las que os haré si lográis persuadir a esta doncella de que haga lo mismo.

Ellas prometieron hacer todo cuanto pudieran para lograr su intento; y llevaron a la Santa a su casa.

EL BURLADOR, BURLADO

LAS dos malas mujeres se valieron de todas sus artes para persuadir a Dorotea a renegar de la fe de Cristo y considerar la dulzura del placer y la felicidad de los bienes de esta vida, que ellas habían ya gustado, y pusieron ante su vista las ventajas que obtendría si las imitase, y la terribilidad de los castigos a que se exponía si permanecía en su obstinación. Mas eran tantas y tan sólidas las razones con que combatía Dorotea sus pérfidos razonamientos, que al fin consiguió convencerlas de que se hallaban en error. Reconocieron su culpa, abominaron de su cobardía, se volvieron a Dios, le pidieron perdón de su horrendo pecado y se armaron con el escudo de la fe, aparejándose a dar su vida por Él si conviniera. «Porque Dios, les dijo, es misericordiosísimo, y no hay llaga tan incurable que Él no pueda sanar, y se llama Salvador porque salva, y Redentor porque redime; y tiene por mayor pecado desesperar de su misericordia que negarle en los tormentos.»

El presidente, deseoso de saber el resultado de la gestión de Cristina y Calixta acerca de la piadosa doncella, llamó a su presencia a las tres y, lle-



ANTES *de rcibr el golpe mortal, Dorotea recibió la visita de un niño qe taía un canastillo con tres rosas admirables y tres manzanas bllísmas, que procedían del jardín de su esposo Jesucristo, y ueon llevadas a Teófilo, mientras la Santa era degollada.*

vando aparte a las dos primeras, se informó del resultado, y ¡oh juicios de Dios!, supo entonces que no sólo no habían conseguido arrastrar a Dorotea en pos de sí, sino que ella las había ganado para Cristo y que estaban dispuestas a morir por Él sufriendo todos los tormentos que quisiera darles. El presidente entonces, lleno de cólera al verse así burlado y vencido por unas débiles mujeres, dió orden de que atasen a Cristina y Calixta por las espaldas y las arrojasen al fuego, si no sacrificaban. Mas ellas, sacando fuerzas de su debilidad, clamaron al Señor, diciendo: «Señor Jesucristo, aceptad esta nuestra penitencia y perdonadnos.» Al mismo tiempo las echaron al fuego en presencia de Dorotea, la cual se mostraba satisfechísima de haber ganado para Dios aquellas dos almas que iban por el camino de perdición.

Durante el tormento no cesaba Dorotea de animarlas para que no desfallecieran, diciéndoles: «Id, hermanas, id delante de mí al cielo; y tened por cierto que Dios os ha perdonado, y que con este martirio habéis cobrado lo que antes habíais perdido, y que el Padre Eterno os saldrá al encuentro para recibiros en su gloria, abiertos los brazos de su infinita misericordia.»

MARTIRIO DE DOROTEA

AL ver la alegría de esta doncella, el presidente mandó desnudarla y subirla por segunda vez a la garrucha y, una vez allí, estirarle los pies. Comenzaron a descoyuntarle los miembros, unos en pos de otros, manifestando siempre la Santa viva satisfacción, como quien puede al fin disfrutar de lo que mucho anheló. Preguntóle Apricio la causa de su alegría, a lo que respondió Dorotea: «Nunca, en los días de mi vida, he estado tan contenta como hoy; lo uno, porque estas dos almas, que el demonio, por medio tuyo, había apartado del cielo, Dios, por mi medio, las ha admitido en él; y lo otro, porque te des prisa en atormentarme para que me vea pronto con ellas.»

Apricio, entonces, mandó encender hachas, pegárselas a los costados y abrasarle las entrañas. Pero ella, cuanto más crecía su tormento, tanto más se alegraba, burlándose, al mismo tiempo, de sus atormentadores. Ordenó el presidente que la quitaran de allí y le abofetearan el rostro, lo cual hicieron aquellos verdugos con gran crueldad, desfigurando brutalmente aquella faz tan virginal. «Dad al rostro, decía Dorotea, que no poca guerra me ha hecho.»

Cansábanse los verdugos de atormentarla, pero ella no se cansaba de padecer tormentos; antes al contrario, daba muestras de estar alegre y contenta. Cansado el juez de oír sus palabras, que producían mayor tormento en él que el que a Dorotea producía el fuego, dictó sentencia contra la

Santa, diciendo que por su soberbia y dureza en no querer adorar a los ídolos, fuese degollada. Oyendo la Santa esta sentencia, dió gracias a Dios con la siguiente oración: «Yo os alabo, Señor mío, amador casto de las almas, porque me habéis llamado a las bodas del Cordero sin mancilla, y me habéis convidado a vuestro tálamo celestial.»

Al ser conducida al lugar del suplicio pasó por allí un letrado jurista, llamado Teófilo, el cual, habiendo oído decir que en el lugar donde estaba Jesucristo, y al cual iba ahora, había en todo tiempo rosas y manzanas, dijo a la Santa en son de burla: «Oye, Dorotea, cuando hayas entrado en el jardín de tu esposo, ¿podrías hacerme el favor de enviarme algunas de aquellas manzanas y rosas de que hablaste y que tanto has alabado?» A lo cual, con mucha serenidad y cordura, ella respondió: «Lo haré, no lo dudes, lo haré.» Esta escena tuvo lugar el 6 de febrero, cuando no había allí ni rosas ni manzanas.

Llegaron al paraje donde debía verificarse la degollación de Dorotea. Ella pidió que le permitieran hacer un rato de oración, a lo que accedieron. Apenas hubo terminado, apareció delante de ella un hermosísimo niño con un canastillo y en él tres rosas admirables y tres manzanas bellísimas. La Santa le dijo que las llevase a Teófilo y se las diese en su nombre, y le dijese que aquellas eran las manzanas y las rosas que por cumplir su palabra le enviaba del jardín de su esposo Jesucristo. Después de esto, la Santa fué degollada y voló su alma al cielo a participar de las bienaventuranza de los que en este mundo anduvieron en la Ley del Señor y vivieron sin mancilla.

A la gloriosa falange de vírgenes aureoladas con la corona de los mártires, presta la Iglesia estas palabras del libro de la Sabiduría: «Señor Dios mío: Tú ensalzaste mi morada sobre la tierra y yo te supliqué me librases de la muerte *eterna*... Te invoqué para que no me desamparases en el tiempo de la tribulación ni me dejases sin ayuda mientras dominasen los soberbios. Alabaré sin cesar tu nombre y lo celebraré con acciones de gracias porque oíste mi oración, y me libraste de perdición y me sacaste a salvo en el tiempo calamitoso. Por tanto, te glorificaré y eternamente cantaré tus misericordias y alabanzas.»

CONVERSIÓN Y MARTIRIO DE TEÓFILO

MIENTRAS Santa Dorotea recibía la palma del triunfo, Teófilo se hallaba con otros oficiales del presidente contándoles lo que había pasado en la escena de las rosas y manzanas, chanceándose de ello ante sus compañeros. De repente, se presentó delante de Teófilo aquel niño que traía el encargo de Dorotea. Le hizo señas de que deseaba hablarle aparte. Quedó Teófilo prendado de la hermosura del niño, y sobre

todo del portento que se estaba realizando, entregándole el niño de parte de Dorotea aquellas manzanas y rosas del jardín de su esposo Jesucristo. Recibió Teófilo el presente, y desapareció el niño; dando a entender que era un ángel del cielo. Por lo cual, atónito y confuso, el jurista comenzó a dar voces, diciendo: «Verdaderamente Jesucristo es Dios y no hay otro Dios sino Él.» Fué oído de todos, quedando admirados cuantos conocían a Teófilo como a uno de los mayores perseguidores del cristianismo. El mismo presidente quiso saber por sí mismo si era verdad cuanto le decían de Teófilo.

Apricio le preguntó la causa; él se la dijo con toda sinceridad. Amenazóle de muerte si volvía a hablar de esta manera y no sacrificaba a los dioses. Teófilo afirmó que era cristiano desde aquel momento y que no adoraría a dioses hechos de madera o de piedra, en quienes las arañas hacían exteriormente sus telas y los ratones se aposentaban dentro de ellos, que eran mudos y sin provecho alguno para sus adoradores. Eran tales las razones que argüía contra los ídolos, que muchos de los gentiles que le escuchaban estaban a punto de blasfemar de ellos y hacerse cristianos.

Apricio, al ver la constancia de Teófilo, mandó que le atormentaran. Le pusieron en el ecúleo, de modo que estando en él levantado del suelo, tenía extendidos los brazos a modo de cruz. Durante este suplicio dijo Teófilo: «Ahora sí que soy cristiano, pues estoy colgado como en una cruz.» Mandó el juez que le arañasen los costados con garfios de hierro; y como le despedazasen cruelmente y saliesen de su cuerpo arroyos de sangre, díjole con tono lastimero: «Desventurado de ti; ten duelo de tu cuerpo.» A lo cual él respondió: «Miserable Apricio, ten duelo de tu alma, que yo no quiero ahora perdonar a mi cuerpo para que Dios perdone a mi alma eternamente.» Nuevamente le atormentaron con hachas encendidas. Parecía que ya no quedaba en él sangre, dada la gran cantidad de ella que había derramado; y, no obstante, estaba el mártir tan alegre y contento como si gozara de los mayores favores del mundo. El presidente, ya fuera de sí, mandó cortarle la cabeza.

Al conocer Teófilo la sentencia se alegró sobremanera y dió rendidas gracias a Dios porque, habiéndole llamado a trabajar en su viña a la undécima hora, esperaba el premio de los que habían trabajado desde la primera. Y así murió, y goza de Dios eternamente en compañía de Santa Dorotea.

CULTO Y RELIQUIAS DE SANTA DOROTEA

EL martirio de esta Santa ocurrió el 6 de febrero del año 304, imperando Diocleciano. Algunos creen que fué en 275, en la persecución de Aureliano.

En la misa de esta heroína que supo, como tantísimas otras castas doncellas, ganar la doble corona de virgen y mártir, la Iglesia pone en boca de

la Santa estas hermosas palabras: «Me esperaron los pecadores para perderme, mas yo, Señor, comprendí tus mandatos, vi hasta dónde llega toda la perfección creada, y entendí que tus mandamientos son mucho más excelentes y de todo punto perfectos, por eso tu sierva los estimó sobremanera.»

Los artistas iconógrafos, al representar a la Santa, hacen siempre alusión al milagro de las manzanas y las rosas. Unas veces la presentan acompañada de un niño que lleva el canastillo de rosas y manzanas y ella un ramo en la mano izquierda. En alguna representación figura ante la Santísima Virgen con el Niño Jesús en los brazos; sostiene con una mano un ramo de margaritas y en la otra lleva un canastillo de flores y fruta. En algún lienzo se la ve en compañía de San Juan Evangelista y Santa Margarita, y siempre caracterizada con las consabidas rosas y manzanas.

Las reliquias de esta Santa son muy solicitadas de los pueblos por la singular devoción que le profesan. Roma se gloría de tener la mayor parte de su cuerpo en la iglesia de su nombre, donde todos los años, en el día de su fiesta, se bendicen unas manzanas en memoria del milagro referido. También en Bolonia, en Arlés, en Lisboa y en la cartuja de Sirck hay reliquias de Santa Dorotea.

SANTORAL

Santos *Tito, obispo y confesor;* Saturnino, Teófilo, Silvano y Antoniano, mártires; *Vedasto, Guarino* y Brinolfo, obispos; Amancio y Agrícola, obispos; *Amando, obispo de Maestricht, gran apóstol y consejero de reyes.* Santas **Dorotea de Capadocia, virgen y mártir;** Dorotea de Alejandría (Egipto), virgen; Juliana, viuda; Reinila e Hildegunda, vírgenes; Cristiana o Cristina y Calixta, mártires.

SAN TITO, obispo y confesor. — San Tito, gentil de nacimiento, fué instruído y conquistado por San Pablo en Antioquía. Asocióle éste a su apostolado y le contó entre sus hijos predilectos. En el año 52 llevóle consigo al concilio de Jerusalén, y en el 55 le tomó por compañero en su tercera misión. Desde Efeso le envió a Corinto a restablecer la calma en esa Iglesia, lo que realizó con éxito completo. Encargóle, al mismo tiempo, hiciera en Acaya una colecta para socorrer a los cristianos de Jerusalén.

Era Tito enérgico y fuerte en las contradicciones y experimentado en los negocios, y al mismo tiempo manso y muy comprensivo. El Apóstol de las gentes valióse de él en momentos difíciles y le confió misiones espinosas, como las de Corinto y Creta. En esta isla, las comunidades cristianas vivían en el abandono, sin jefes que cuidasen de ellas. Allá fueron Maestro y Discípulo, mas al poco tiempo tuvo Pablo que ausentarse y consagró a Tito obispo de Creta. Allí recibió del Apóstol una carta que forma parte del Nuevo Testamento.

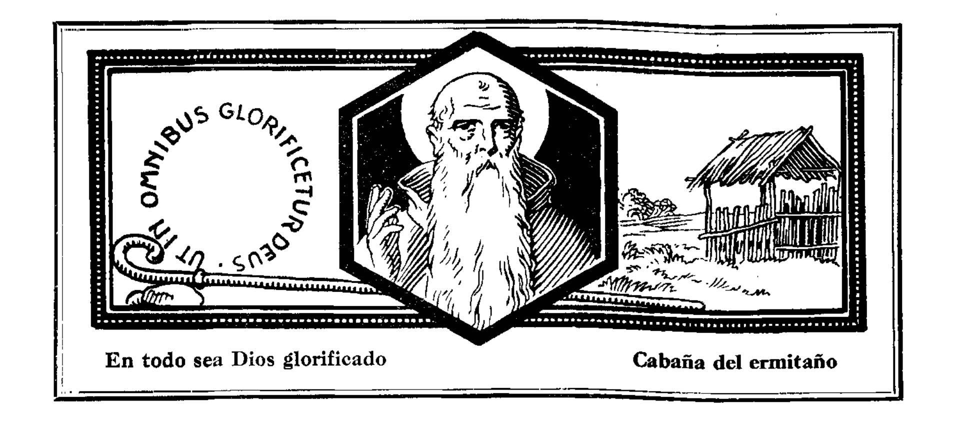
En Creta, como en Corinto, Tito manifestó su gran talento organizador y su generosidad encontró cariño y sumisión. Murió ya muy anciano hacia el año 105. San Juan Crisóstomo y San Jerónimo se deshicieron en elogios suyos.

SAN VEDASTO, obispo. — Nació en Aquitania durante una época en que los arrianos perseguían fieramente a los cristianos. Para evitar los peligros de la persecución y mantenerse firme en la fe, abandonó Vedasto su país natal y vivió retirado del mundo y entregado a la penitencia en un rincón de Lorena. Su fama de sabio y de santo fué tan grande, que Clodoveo, rey de los francos, al volver triunfante después de la célebre batalla de Tolbiac, le llamó para que le instruyese en la fe, principalmente en el misterio de la Santísima Trinidad. La curación de un ciego por Vedasto en presencia del rey y numeroso cortejo, afianzó más a Clodoveo en la doctrina predicada por su catequista Vedasto. Dios otorgó a este Santo el don de curar enfermedades desesperadas y de obrar otros milagros. Fué obispo de Arrás durante cuarenta años. Después de recibir el Viático se durmió en el Señor el 6 de febrero del año 540.

SAN GUARINO, obispo. — Vió la luz primera en la ciudad de Bolonia, célebre por su famosa universidad. Siendo Guarino hijo de muy noble familia le fué fácil dedicarse a las letras, en las cuales descolló de tal manera que a los veinte años ya explicaba teología en la catedral de su ciudad natal. Su talento y buena posición social le brindaban un porvenir risueño y pletórico de esperanzas. Pero él renunció a todo y vistió el hábito de los canónigos regulares de San Agustín. Siempre se distinguió por su profunda humildad, que le movió a rehusar cargos y dignidades, entre ellas la episcopal, aunque no pudo eludir la sede de Palestina que le confirió el papa Lucio II. Su divisa favorita era la máxima de Jesucristo: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.» Se hallaba animado de gran espíritu de Dios y de ardiente celo por la salvación de las almas. Cuidaba de manera especial la caridad para con los pobres, a quienes socorría, no sólo en las necesidades del cuerpo, sino también en las del alma. El día 6 de febrero del año 1159 entregó su espíritu al Señor.

SAN AMANDO, obispo. — No lejos de Nantes, y a principios de mayo del año 594, nació este futuro apóstol, orgullo y ornato de la cristiandad. Sus padres, con el ejemplo y la palabra, le educaron con esmero en el santo temor de Dios en el que perseveró toda su vida sin desmentirlo jamás. Despreció los bienes de la tierra y se retiró, en plena juventud, a una isla, que luégo abandonó para ingresar en el monasterio de Tours; más tarde pasó a Bourges donde recibió las órdenes sagradas. En una visita que hizo a Roma se le apareció San Pedro y le dijo en nombre de Dios que marchase a las Galias a evangelizar a los infieles. El Franco Condado, Brabante y las regiones flamencas fueron evangelizadas por Amando, que tuvo que sufrir multitud de injurias y ultrajes y vencer grandes dificultades.

En Tournai devolvió la vida a un malhechor que acababa de ser ajusticiado. Este milagro contribuyó poderosamente a la conversión de incontables habitantes de aquellas comarcas que renunciaban en masa a sus supersticiones. Al rey Dagoberto le reprochó Amando sus licencias y desórdenes, lo cual le valió el destierro, desde donde continuó su labor en pro del monarca; éste se arrepintió, perdonó al Santo y le confió la educación de su hijo. Después fué nombrado obispo de Maestricht, cargo que ejerció sin dejar de ser misionero. Murió santamente el 6 de febrero del año 684.



En todo sea Dios glorificado

Cabaña del ermitaño

SAN ROMUALDO

Fundador de los Camaldulenses (906-1027)

DÍA 7 DE FEBRERO

LA vida de San Romualdo nos es conocida por haberla escrito en 1042 su ilustre compatriota y contemporáneo San Pedro Damián. Es un documento auténtico para la historia del siglo X, llamado el *siglo de hierro*. Un historiador resume de esta manera lo mucho que obraron en servicio de la santa Iglesia los discípulos de Romualdo: «Lo que para Francia fué la Orden benedictina de Cluny, lo fué para Italia la Orden camaldulense...; sobresalió en el siglo XI en la obra de reforma llevada a cabo en la Iglesia, de la que fué apoyo principal y firmísimo.»

FRÍVOLA EDUCACIÓN

NACIÓ San Romualdo en Ravena, nobilísima ciudad de Italia, por los años de 906, del linaje de los duques llamados de Onesti. El trato opulento y los mimos y regalos con que le criaron en el palacio paterno, favorecieron el desenvolvimiento de las pasiones de la juventud, y hasta la edad de veinte años se ocupó sólo en juegos, pasatiempos y vanos placeres del mundo. Sus padres eran, sí, cristianos, pero muy dados

al mundo y más llenos del espíritu del siglo que del de Jesucristo; de esos cristianos de conciencia desleal y relajada que pretenden servir a la vez al cielo y al infierno, a Cristo y a Belial. No es, pues, de extrañar que en vez de reprimir las demasías de su hijo y cortar de raíz los brotes de disipación y gusto por las vanidades, favorecieran ellos mismos el crecimiento de tan nefastos vicios con los perniciosos ejemplos que le daban de continuo.

Esto no obstante, Romualdo sentía de cuando en cuando en su alma los toques y llamadas de la divina gracia. Más de una vez, estando ocupado en la caza, que era su pasatiempo favorito, se le iban los ojos y el corazón tras los árboles y campos, agradándole sumamente la soledad. Allí pensaba cuán descansada vida podría llevar en el yermo. «¡Felices —decíase a sí mismo— los ermitaños que vivieron en estas soledades a donde no llegan humanos ruidos que turben la paz del corazón.»

Otras veces, despertábanse en su alma deseos confusos pero vehementes de hacer algo grande en honra y gloria de Dios nuestro Señor. Y es que a pesar de los excesos y pasiones de una civilización que todavía estaba en cierne, encerraba el siglo X un gran fondo de cristiana fe, merced a la cual podía, en caso oportuno, obrar maravillas.

LA CONVERSIÓN. — SE HACE DISCÍPULO DE MARINO

QUIÉN lo dijera? Un desafío que presenció Romualdo, ocasionó su conversión. Encendióse grande enemistad entre su padre Sergio y otro pariente suyo muy cercano sobre el reparto de una dehesa. Siguiendo la bárbara costumbre de aquella época, quisieron terminar la contienda con el duelo, y Sergio pretendió que su hijo le ayudase en el criminal intento. No le pareció bien a Romualdo la cruel determinación, y al principio se negó a ello; pero vencido al fin por las amenazas de su padre, consintió en presenciar la pendencia. La lucha fué activa y brutal. Sergió mató a su contrario. La vista de la sangre derramada llenó a Romualdo de pena y remordimiento, quedando tan lastimado y pesaroso que, juzgándose cómplice de lo que sólo había sido mero espectador, resolvió entregarse a gran penitencia de cuarenta días.

Recogióse en un monasterio benedictino cercano a Ravena llamado Clasense, en el cual se hallaban las reliquias del glorioso mártir San Apolinar, discípulo de San Pedro y primer obispo de aquella ciudad. Allí residía un fraile lego de gran virtud, el cual, deseoso de ganar a aquel joven caballero para la religión, hacíase con frecuencia el encontradizo, y con santas razones le exhortaba a abrazar la vida religiosa. Pero el intento de Romualdo era sólo condenarse a penitencia de cuarenta días, de modo que las palabras del piadoso lego quedaban al parecer sin efecto.

Al fin, díjole un día el fraile a Romualdo con su habitual sencillez:

—¿Qué me daréis si os dejo ver a San Apolinar?

—Os prometo no volver jamás al siglo — contestóle Romualdo.

—Pues bien, velad conmigo esta noche en la iglesia.

Velaron juntos dos noches consecutivas, y en las dos, a la hora de cantar el gallo, se les apareció el santo mártir muy resplandeciente y glorioso. Fuera de sí con tan regalada visión, resolvióse Romualdo a rendirse a Jesucristo para servirle siempre y, lleno de grandísimo gozo y bañado en abundantes lágrimas, fuése al abad del monasterio y pidióle por favor le admitiera en el número de los frailes. Mas por temor de Sergio, su padre, no se atrevieron a hacerlo hasta que les quitó los miedos el arzobispo de Ravena, pariente del joven caballero, y entonces le dieron el hábito de San Benito con alegría universal de todos los monjes.

No sólo la devoción, sino también la moralidad flaqueó con frecuencia en la Iglesia durante el siglo X. Romualdo, por el contrario, dióse muy de veras y con gran fervor desde los primeros días a la observancia de la regla, mostrándose tan celador de ella, que no temía amonestar a los tibios e inobservantes. Este celo, quizá algo intempestivo, desagradó muy pronto a los monjes. Algunos de ellos, que todavía no habían sacudido de sí los bárbaros instintos de aquel siglo, y a quienes daba en rostro y ofendía la corrección del austero novicio, trataron de quitarle la vida. La providencia del Señor desbarató en verdad sus planes, pero Romualdo comprendió que ya no debía permanecer entre aquellos monjes. Pidió y obtuvo licencia del superior para retirarse a servir a Dios con más libertad. Abandonó el monasterio después de haber estado en él tres años, y se partió en busca de un santo ermitaño llamado Marino.

Habitaba Marino en un desierto no lejos de la ciudad de Venecia, y allí se santificaba llevando una vida muy devota y rigurosa. Romualdo vivió bajo su obediencia progresando notablemente en humildad y mortificación. Cada día salían los dos de la ermita y paseaban por aquella soledad cantando salmos y, como no tenían salterios, rezaban el oficio de memoria. Pero Romualdo no lo sabía del todo y erraba de cuando en cuando; entonces Marino, que estaba muy alerta, le daba un gran golpe en la oreja izquierda con una vara, para ayudar a la memoria del mozo y ejercitarle en la paciencia. Romualdo lo sufrió y calló humildemente, hasta que pasados algunos días, notando que iba perdiendo el oído del lado izquierdo, pidió con sencillez a Marino que, si le parecía, de allí en adelante le diese en la oreja derecha. Pensó Marino que le corregía con demasiada severidad y, admirado de la heroica paciencia de su discípulo, comenzó a mirarle con otros ojos y a tratarle con dulzura.

REFORMA Y MULTIPLICA LOS MONASTERIOS

POR aquel tiempo, Pedro Urséolo, duque de Venecia, renunció a su dignidad, esplendor y riquezas y, para vivir más tranquilo en su nuevo estado humilde y pobre, abandonó también a su patria y abrazó la vida monástica en el convento de San Miguel de Cuxá, cerca de Perpiñán. Acompañóle Romualdo hasta Francia, y se estableció en el desierto próximo a la abadía de San Miguel. Durante tres años se preparó allí con vida de contemplación, austeridad y oración a las obras a que Dios le destinaba. Inspiróle el Señor la reforma de los monasterios de su padre San Benito, que habían aflojado en su primitivo fervor y disciplina. A pesar de las dificultades, contradicciones y peligros de todo género que esto le costó, trajo muchos monjes a la perfecta observancia de la regla y edificó hasta un centenar de monasterios en Italia y Francia.

Mas como quería ser reformador antes que fundador y guía de los demás, comenzó con el ejemplo la enseñanza de las más eminentes virtudes. Labraba la tierra y se sustentaba del trabajo de sus manos. Su lectura y estudio eran sólo las vidas de los Santos, imitando sus ayunos, vigilias y oración continua. Era extraordinaria su devoción durante el rezo del oficio divino, no tolerando que los monjes dormitasen al tiempo de rezarlo. Si alguno caía en esta culpa, Romualdo no le permitía aquel día decir misa. «Más vale —decía— rezar un solo salmo con devoción que ciento distraídamente y dormitando.»

EL DEMONIO LE TIENTA. — CONVIERTE A SU PADRE

LA perfección de vida de Romualdo y la santidad de tantas almas que servían a Jesucristo en los monasterios, provocaron al demonio a hacerle cruda guerra. Púsole delante primero los regalos que en el siglo había dejado y el poco mérito de sus austeridades. ¿Para qué —le decía— tantas vigilias, penitencias, oraciones y trabajos, siendo así que en tu noble y rica familia tendrías vida cómoda y de mucho más lustre y fama? Cuando se veía atormentado de estos pérfidos pensamientos, volvía el Santo su alma al Señor con gran fervor y humildad. Suplicábale acudiese en su auxilio, protestando que prefería el amor de Dios a todas las cosas, y así salía vencedor de la tentación.

Pero luego tornaba Satanás con más furia, y se le aparecía en figuras horribles, espantándole de noche con ruidos y voces lúgubres y trayéndole al pensamiento torpes y feas imaginaciones. Unas veces le maltrataba en su cuerpo; otras se le presentaba tomando la forma de hombre repugnante,



SAN *Romualdo camina por un campo fertilísimo. Fatigado se sienta cabe una fuente y ve en sueños a los religiosos de su Orden, con hábitos blancos, que gloriosos suben al cielo por una escala milagrosa como la del Patriarca Jacob. Allí funda la Orden Camaldulense.*

echándose sobre él, arrojándole al suelo y pisándole con fuerza como para abrumarle y molerle.

Cinco años duraron estos furiosos embates de Satanás; pero Romualdo no tenía ya cuenta de ellos. «¡Cómo! —le decía—, echáronte del cielo ¿y ahora vienes al yermo? Anda, bestia inmunda, maliciosa y vil serpiente.» El demonio no aguantaba estos desprecios y se iba, corrido y avergonzado. de la presencia del Santo, acudiendo al punto el Señor a consolar y regalar a su siervo, llenando su alma de inefables alegrías.

El conde Olivano, muy rico y poderoso caballero, se distinguía en el país por las violencias e injusticias. Romualdo le trocó de tal manera que renunció al siglo y se vino al monasterio de Monte Casino, en Italia, donde acabó santamente la vida entregado a ejercicios de penitencia.

El duque Sergio, movido a su vez por los admirables ejemplos de su santo hijo, abrió también los ojos y cayó en la cuenta de que era cristiano y, presa de dolor a vista de su desordenada vida, se resolvió a expiarla y repararla entregándose a sincera penitencia. Dando de mano a sus mundanos hábitos y a todo cuanto podía impedir su perfecta conversión, encerróse en el monasterio de San Severo, cerca de Ravena. Vivió al principio muy complacido en su nuevo género de vida, pero pronto asaltaron a su alma tentaciones de tristeza y desaliento y dióles oídos de muy gana, llegando a echar de menos los banquetes, regalos y esplendor de su pasada vida, y llenándose su corazón de asco y tedio de la vida religiosa. Supo Romualdo que su padre, inconstante y mudable, soñaba con volver al siglo; lo cual le llenó de pena y al punto se dispuso a partir a Francia para acudir en auxilio de un alma tan querida.

Al saber los habitantes de aquellos lugares que se marchaba Romualdo, a quien ellos veneraban y estimaban como a grande santo y protector de la región, sintieron grandísima pena y le instaron a que se quedase con ellos. Pero, viendo que sus instancias eran inútiles, aquellos hombres ignorantes y groseros, por una de esas aberraciones hijas de una piedad poco ilustrada y simple, tomaron el acuerdo de matar al santo monje, para poder guardar por lo menos sus reliquias. Tuvo Romualdo noticia del criminal proyecto y, a ejemplo de David en la corte del filisteo, fingióse loco de remate, de manera que la gente llegó a despreciarle y dejarle marchar.

Acudió entonces Romualdo en socorro de su padre y le habló palabras de aliento, advirtiéndole cuán en peligro ponía su salvación si renunciaba a la vida religiosa para entregarse de nuevo a los placeres y regalos del siglo, y haciéndole ver cómo era aquello un ardid que le ponía el demonio. Tanto le ayudó y consoló con sus santas conversaciones que el anciano se dió otra vez a la vida de fervor, perseverando en penitencia y oración, y muriendo santamente por los años de 992.

Después de este feliz y señalado triunfo, volvióse Romualdo a su recogimiento y se edificó una celdilla en el yermo de Clase, muy húmedo y malsano. Pero algunos monjes relajados no le dejaron vivir en paz, y por largo tiempo se mostraron crueles enemigos del Santo, pero recibieron de Dios el merecido castigo. En cambio, queriendo el Señor disponer a Romualdo para nuevos y mayores trabajos, devolvióle la salud quebrantada por las austeridades y el aire viciado de las marismas.

INFLUENCIA SOBRE LOS POTENTADOS

ESTABA en este tiempo vacante la abadía del monasterio Clasense, y había de proveerla el emperador Otón III; mas él remitió a los monjes la elección. Ellos eligieron a Romualdo. Tenía ya el emperador noticia del solitario y había oído hacer grandes elogios de la santidad de Romualdo, por lo cual, después de aprobar la elección, quiso ir a visitarle. Recibió Romualdo al augusto huésped con todo el servicio y regalo que pudo, ofreciéndole su pobre cama de paja, dándole sabios consejos y edificándole con el ejemplo de sus virtudes, de manera que desde entonces ejerció sobre el monarca muy saludable influencia. Causóle gran desconsuelo al saber que el emperador deseaba que aceptase el gobierno de la abadía Clasense, pero, sin embargo, accedió a ello para dar contento al príncipe y cumplir la voluntad de Dios.

Dos años gobernó aquel monasterio con vigilancia y prudencia grandes. Viéndose empero al fin perseguido y aborrecido por algunos monjes que no podían sufrir más tiempo tanta virtud y perfección, determinó dimitir su cargo, dando de ello aviso al emperador, que estaba entonces poniendo sitio a la ciudad de Tívoli (la antigua Tibur cantada por Horacio). La ciudad fué condenada al saqueo por haberse sublevado y haber matado al gobernador. Intercedió Romualdo por ella, y pudo tanto con el emperador que fácilmente logró gracia y perdón. Viendo que el monarca no aceptaba su dimisión, Romualdo arrojó el báculo a los pies de Otón a presencia del arzobispo de Ravena, Gerberto, que luego fué Papa y se llamó Silvestre II.

Movidos con este ejemplo de humildad, muchos señores de la corte se convirtieron. Algunos, como Busclavino o Boleslao, hijo del rey de Esclavonia, y Bonifacio, pariente del mismo emperador, pidieron el hábito de la religión y pusiéronse bajo la obediencia de San Romualdo, llegando a ser fervorosos monjes. Bonifacio fué obispo en Rusia y martirizado hacia el año 1008 y se le honra con el título de santo. Otros compañeros y discípulos del Abad clasense alcanzaron también la corona del martirio en Esclavonia.

DON DE LÁGRIMAS Y DE PROFECÍA. — MILAGROS

VIVIÓ Romualdo muy favorecido de Dios con el don de lágrimas. No podía decir misa sin llorar y, mientras rezaba, vencido del afecto y ternura y arrobado en éxtasis, exclamaba: «¡Oh Jesús, mi amado Jesús! ¡Oh miel dulcísima, deseo inefable, delicia de los Santos, suavidad de los Ángeles!» Parecíale que todos los demás tenían el mismo don de lágrimas. «No derraméis demasiadas —decía a los monjes—, pues eso debilita la vista y causa dolor de cabeza.»

Aun cuando fuese ya muy anciano, ayunaba todos los días, y contentábase durante la cuaresma con un plato de legumbres en la sola comida que hacía. Ingenioso para mortificarse, hacíase a veces llevar sabrosos manjares y, cuando su apetito estaba muy excitado a la vista de ellos, decíase a sí mismo: «Romualdo, ¡qué bocado tan exquisito! ¡Cuán a gusto te lo comerías!... Pues oye, goloso, no lo probarás.» Y no lo probaba.

No obstante, este varón tan austero y penitente que tenía ya los hombros descarnados por los cilicios, no se mostró jamás ni triste, ni melancólico, sino muy alegre, manso y cariñoso con los monjes.

Fué también favorecido con el don de profecía y con luz sobrenatural del cielo para entender la Sagrada Escritura y escribir sobre los Salmos. Sus milagros son incontables. Dió orden un día de echar a tierra un árbol añoso inclinado sobre su celda; el Santo se quedó dentro a pesar del peligro y de las súplicas de los monjes, y el árbol cayó del lado opuesto. Desde lo alto de un monte bajaba rodando un enorme roble arrastrando a un pobre aldeano cuya muerte se daba por segura atendido el peso del árbol, pero acudió Romualdo y el aldeano se levantó con vida y sin el menor rasguño. Un monje incorregible decidió matar al Santo; el demonio le cogió durante la noche por la garganta para ahogarle; el culpable invocó la ayuda de aquél a quien quería matar; presentóse el Santo, arrojó al demonio y devolvió a su enemigo la vida del alma salvándole la del cuerpo. El pan tocado por el Santo, el agua en que se había lavado, obraban también prodigios sorprendentes.

FUNDA LA ORDEN CAMALDULENSE

EN el año 1009 y a la edad de ciento dos, retiróse Romualdo a una de las cumbres de los montes Apeninos. Después de pasear por un campo fértil, ameno y abundoso de aguas, se quedó dormido junto a una fuente. Allí le sobrevino un sueño muy extraordinario: sus religiosos, vestidos no ya de negro, sino de blanco, subían al cielo por una escalera miste-

riosa semejante a la del patriarca Jacob. Al despertar fué Romualdo a ver al conde Máldoli, dueño de aquel campo, y se lo pidió. El conde había tenido el mismo sueño, y así se lo dió de muy buena gana, y pronto edificaron allí una iglesia y habitación para los monjes. Llamóse aquel monasterio *Camáldoli,* abreviación de *Campo* o *Casa Máldoli.* Vistió Romualdo hábito blanco y comenzó con los primeros camaldulenses vida del todo celestial, dándoles la regla de San Benito aumentada con nuevas observancias.

No lejos del monasterio destinado a la vida cenobítica —vida en comunidad—, fundó otro establecimiento para los que preferían llevar como él vida eremítica. Escogió al efecto un monte apacible y majestuoso, cuya sola vista parecía invitar al alma al recogimiento y a pensamientos grandes. Edificáronse numerosas celdas separadas; cada celda tenía además un oratorio donde el solitario, si era sacerdote, podía decir misa, y toda ella estaba rodeada de un jardincito tapiado. Era un verdadero pueblo en cuyo centro se levantaba una amplia iglesia. Del monasterio más próximo traían a los solitarios el necesario sustento. El silencio casi perpetuo de todo el año, en la cuaresma absoluto, favorecía muchísimo el fervor y la contemplación. A las horas reglamentarias tocaba la campana de la iglesia y todos los ermitaños acudían par cantar juntos el oficio, sin que para ello fuesen impedimento el frío, la lluvia y aun las nevadas tan frecuentes en aquellas alturas.

Otra tercera categoría de religiosos completaba la institución monástica de San Romualdo: eran los llamados reclusos. El recluso se encerraba en su celda y aun a veces se hacía tapiar la entrada, y de allí no volvía a salir en toda su vida. No hablaba sino al Padre superior y al lego encargado de traerle lo necesario para su sustento. Separado por completo del mundo y de sus cuidados, encerrado como en un sepulcro anticipado, terminaba el ermitaño sus días en grandísima austeridad y oración casi continua. Para poder vivir como recluso era necesario el permiso del Superior, el cual no lo otorgaba sino a monjes ya muy probados.

Todavía existe en Camáldoli la celda de San Romualdo. En ella vivió algunos años como solitario y recluso.

Presintiendo Romualdo el término de su larga vida, vínose al monasterio de Valdecastro, en donde se hizo edificar una pobre celda con oratorio. Hacía veinte años había predicho que moriría en aquel lugar, y en cuanto estuvo en él, sintió que sus fuerzas disminuían notablemente. En la tarde del 19 de junio del año 1207, después que hubo mandado salir de su celda a los dos monjes que le asistían, entregó apaciblemente el alma al Señor. Tenía ciento veinte años, y de ellos había pasado veinte en el siglo, tres en un monasterio y noventa y siete en las ermitas.

SANTORAL

Santos **Romualdo, abad y fundador;** ***Moisés, obispo;*** Ricardo, rey de Inglaterra; *Teodoro, mártir;* Lorenzo, Angulo, Maximiano y Apolinar, obispos; Adaucto, mártir; Lucas el Joven, solitario; Tresano, sacerdote; Fidel, obispo de Mérida; Zacarías, Sumo Sacerdote judío, hijo de Joad y Josabet, muerto por la plebe a instigación del rey Joás de Judá. Santas Calamanda, mártir en Polonia, y Dorotea de Alejandría, virgen, cuya fiesta se celebra el 6 de febrero.

SAN MOISÉS, anacoreta, obispo y confesor. — Nacido en Arabia en tiempo de Constantino el Grande, se convirtió a la verdadera fe, de la que se mostró apóstol infatigable, logrando muchas y valiosas conversiones entre los sarracenos. Se retiró a un desierto para vivir totalmente entregado a Dios en medio de la más continua oración y de la más austera penitencia. Los sarracenos lograron vencer al emperador Valente, y María, mujer del rey sarraceno muerto, impuso como condición de paz que le trajeran al santo Moisés, a quien quería como obispo de su pueblo. Moisés se negó a ser consagrado por Lucio que, por violencia e indignamente, ocupaba la silla patriarcal de Alejandría. Fué consagrado al fin por alguno de los obispos desterrados, y luego se fué a la corte de la reina María, donde llevó vida muy espiritual, y con su doctrina admirable y numerosos milagros que obró Dios por su medio, logró ataer al conocimiento de Cristo a muchas de aquellas gentes. Por intercesión de San Moisés, Constantinopla se vió libre de la acometida de los godos. Moisés acabó en la paz del Señor su peregrinación en este mundo, siendo de edad muy avanzada.

SAN TEODORO, mártir. — Capitán del emperador de la tierra, fué principalmente soldado del Rey de los Cielos. Era joven robusto, fuerte, muy apuesto y cultísimo. Se acrecentó su fama por el hecho de haber dado muerte a un cruel dragón que era el terror de la comarca, porque cuantas personas o animales se ponían a su alcance eran luego destrozados. El emperador Licinio perseguía duramente a los cristianos, particularmente a los más influyentes o destacados, uno de los cuales era Teodoro. Licinio mandó tres soldados en su busca; pero los obsequió tanto que el mismo emperador quiso ir a su casa creyendo que Teodoro adoraría a los ídolos; pero éstos fueron hechos añicos, lo cual exasperó al emperador, que ordenó contra su capitán toda clase de tormentos: cuatro sayones le extendieron, y con nervios de buey le dieron seiscientos golpes sobre las espaldas y cincuenta sobre el vientre; y después con plomadas quebrantáronle los huesos, con uñas aceradas desgarraron sus carnes, con hachas encendidas quemaron sus llagas y con trozos de tejas le rasgaron el cuerpo. Luego fué crucificado, apedreado y atormentado de diversas maneras. En medio de tantos suplicios, fué consolado por un ángel. Todos cuantos emisarios envió Licinio para recoger el cuerpo de Teodoro, al que creía muerto, fueron convertidos a la fe de Cristo, siendo unos cuatrocientos los que en estas condiciones abandonaron la herejía. Hizo lo mismo una innumerable multitud de gente al presenciar las maravillas obradas por nuestro Santo. Un clamor general se oía por doquier: «Uno es el Dios de los cristianos. Él solo es Dios, y no hay otro Dios.» Teodoro voló al cielo el 7 de febrero del año 319.



Insignia y valor de rescate — Medalla del papa Inocencio III

SAN JUAN DE MATA

Fundador de los Trinitarios (1160-1213)

DÍA 8 DE FEBRERO

La ilustre casa de los Mata, oriunda de España, se hizo muy célebre ya en los comienzos del siglo XII con motivo de las luchas sangrientas que de continuo existían entre moros y cristianos. Y, deseando legar a sus descendientes el recuerdo de gloriosas gestas, mandó grabar en su escudo de armas un musulmán cautivo, que representaba a su nación, encadenado y agachado en el campo cuartel del escudo y que parecía exhalar este grito de angustia: «*O Dómine, líbera me ab istis vínculis*», líbrame, Señor, de estas cadenas. Con ello se venía a significar que imploraba la piedad de un vencedor tan esforzado como generoso.

Pero la tal leyenda reproducía menos pretéritas glorias que presagiaba otras futuras.

EL HÉROE DE LA DIVISA DE FAMILIA

Muy afligidos se hallaban los consortes Eufemio Mata y su piadosa mujer Marta de Marsa en su casa solariega de Falcón, contigua a Barcelonette de Provenza, por verse sin sucesión. Pero Dios oyó sus plegarias, y la Santísima Virgen quiso enjugar el llanto de su sierva

Marta anunciándole que sería madre de un niño puro como los ángeles, destinado a ser insigne redentor de cautivos cristianos.

Nació el niño el 23 de junio de 1160 en el castillo de Falcón, y el día siguiente, al recibir las aguas bautismales, impusiéronle el nombre de Juan Bautista, en memoria y obsequio del santo Precursor, cuya fiesta se celebraba aquel día.

A los diez años, adoctrinado, a lo que parece, por los mismos ángeles, el niño Juan hizo voto de virginidad en la capilla del castillo.

En cierta ocasión fueron sus padres a Marsella llevándose consigo al niño, y refiérese que su madre, inspirada por el cielo, quiso poner a prueba la calidad del futuro redentor de cautivos, y al efecto quiso que viera a los infelices galeotes. El angelito se dió perfecta cuenta de su triste situación y les dijo palabras de consuelo cual podía sentirlas su corazón infantil.

Dotado de un ingenio vivo, enviáronle sus padres a cursar humanidades a la ciudad de Aix, en Provenza, célebre por sus maestros, donde brilló tanto por sus estudios como por la pureza de costumbres. Impúsose severas penitencias, y el cielo en premio le otorgó el don angelical de pureza y la merced grande de no sentir en adelante los estímulos de la carne.

Pero confiando su padre en la promesa de la Virgen de que su hijo había de libertar a muchos hermanos suyos cautivos, se imaginaba al brillante heredero de su nombre ciñendo la espada, derrotando a los musulmanes y regresando a la casa solariega cubierto de gloria. Juan escuchaba a su padre en silencio. Una voz interior, tanto más cierta cuanto que la oía sin ruido de palabras, le había manifestado claramente que redimiría a sus hermanos, pero no al filo de la espada como los caballeros de la milicia terrestre. ¿Cómo, pues, iba a rescatarlos? Eso era lo que él ignoraba todavía, pues Dios rara vez se revela a los hombres por completo. Si los Santos supieran en todo momento el porqué de la voluntad divina, ¿dónde estaría su fe ciega, su obediencia filial y su mérito sobrenatural?

Una cosa sabía Juan positivamente, y de momento ya sabía lo suficiente, a saber: que Dios le pedía la renuncia a la gloria mundana para consagrarse al servicio de la Iglesia. Y, obedeciendo a la voz de Dios, suplicó a su padre que lo enviase a estudiar, no la carrera de las armas, sino la sagrada teología. Consternados quedaron al pronto sus padres; pero a fuer de buenos cristianos acataron los designios de Dios sobre su hijo y, a pesar del sentimiento que ello les causaba y de los peligros del viaje, le enviaron a París, por ser allí donde con más brillo se cursaban las ciencias teológicas.

Al llegar a París, Juan fué a postrarse ante el sepulcro de Santa Genoveva, confiándole el feliz éxito de sus estudios. Esto ocurría el año de gracia de 1180 y nuestro estudiante acababa de cumplir veinte años.

Juan hizo rápidos progresos en las letras; sin embargo, un día sintió

cierto desaliento, como ocurre a veces a las almas mejor templadas; pero al momento le animó una voz que le decía: «Estudia la sabiduría, hijo mío, y alegra mi corazón.» Con esto redobló sus esfuerzos y, un día en que por turno había de sostener una tesis, resolvió las dificultades teológicas con tal soltura y precisión que sus maestros quedaron pasmados de admiración, y le aconsejaron que se graduara y sentara cátedra. Dudó al principio, preguntándose si sería de verdad voluntad de Dios que tal hiciera; y, como le demostraran el bien que podía realizar, se rindió a los consejos y se dispuso a la prueba de los exámenes más por la oración que por el estudio. Confiriéronle el grado de Maestro en artes, el de bachiller, licenciado y finalmente el de doctor.

Asegura uno de sus biógrafos que desde su cátedra logró Juan formar tantos maestros y santos como alumnos contaba. Y, sin embargo, todavía no era presbítero. El obispo de París, Mauricio de Sully, resolvió ganarlo para el ministerio sacerdotal; por obediencia recibió Juan las órdenes Sagradas, preparándose a subir por vez primera al ara santa mediante un acrecentamiento de piedad.

DIOS SEÑALA A JUAN SU MISIÓN

LLEGÓ al fin el día tan anhelado. Numerosa y distinguida concurrencia se congregaba en la capilla del palacio arzobispal para asistir a la misa de nuestro misacantano. Presenciaban el acto los abades de Santa Genoveva y San Víctor. De repente y al tiempo de la Consagración, cuando Juan elevaba la Sagrada Forma y el pueblo cristiano se inclinaba para adorarla, vióse que el semblante del Santo resplandecía con luz sobrenatural y fijaba los ojos a cierta altura del altar, en una aparición sobrenatural invisible para los asistentes.

El éxtasis duró algún tiempo y, volviendo luego el rostro del Santo a su estado natural, prosiguió el Santo Sacrificio. Terminado que hubo el Santo Sacrificio, dirigióle el Prelado algunas preguntas a las que respondió por obediencia.

«Al alzar la Hostia Santa —dijo—, vi a un ángel vestido con hábito blanco muy resplandeciente, que ostentaba en el pecho una cruz roja y azul; sus brazos se cruzaban y tendía la mano a dos cautivos, uno cristiano y otro moro, postrados a sus pies en ademán suplicante.»

Este relato fué oído con profundo y prolongado silencio. Los más opinaban que tal visión se refería al rescate de los cristianos que se hallaban en poder de los musulmanes, y que tal vez destinaba el Señor a Juan de Mata para esa magna obra. Le aconsejaron que lo consultara con el Soberano Pontífice.

En medio de su incertidumbre y, movido de cierto impulso interior, determinó Juan ir a consultar con un ermitaño, cuya fama de santidad había llegado a sus oídos y que vivía en un escondido bosque, no lejos de París. Encaminóse, pues, sin demora hacia su retiro a manifestarle el estado de su alma. El solitario en cuestión era Félix de Valois. El sobrenombre de Valois que le quedó, ha dado pie a un sinnúmero de conjeturas muy encontradas: unos creen que recibió el tal nombre de la región (condado de Valois) en que se hallaba enclavado su retiro; otros, apoyándose en una tradición muy sensata, admiten que San Félix descendía realmente de la noble sangre de los Valois, que andando el tiempo debían ocupar el trono de Francia.

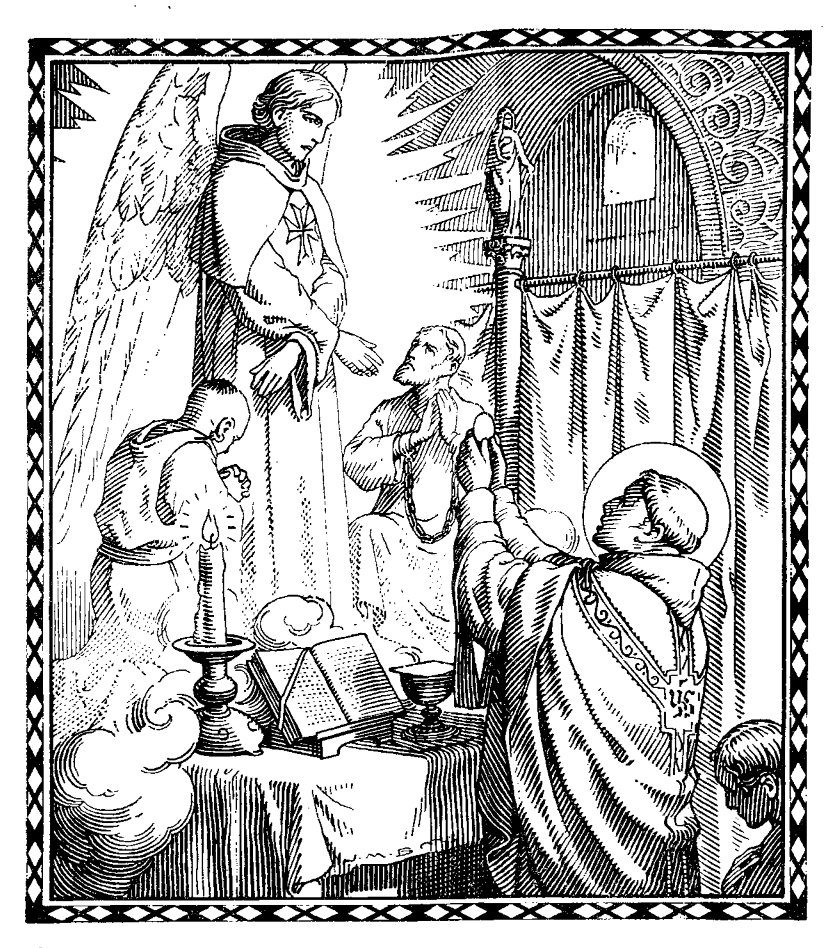
Así, pues, Juan de Mata halló en su ermita al santo varón (1194), y, previa una ferviente oración, comenzaron las manifestaciones que por ambas partes se esperaban. Los dos Santos se contaron su vida; la de Juan ya nos es conocida; la de Félix fué compendiada por él mismo en estas breves palabras:

—Soy —dijo— príncipe de sangre real, y abandoné la corte cuarenta años hace; he vivido en Claraval con San Bernardo, cuyas obras y milagros han llenado la Iglesia; he tenido terribles asaltos del demonio, pero le he vencido, y he hallado en la soledad inefables delicias. Una voz me ha anunciado vuestra venida y me ha dicho hace poco: «Míralo, ahí viene.»

Los dos Santos estaban indecisos sobre lo que habían de emprender y de común acuerdo resolvieron acudir a la oración y aguardar a que Dios nuestro Señor manifestase su voluntad. Y, como para practicar la virtud no hay que aguardar a nada ni a nadie, al instante pusieron manos a la obra de su perfección, distribuyendo las horas entre la meditación, el oficio divino, corto reposo y pláticas espirituales.

Cuenta la leyenda que cierto día se habían ido a un lugar apartado para tomar un ligero refrigerio y acompañar las raíces de que se alimentaban con algún trago del agua que junto a ellos corría. Lejos de toda mirada humana, platicaban de Dios, cuando de repente vieron un ciervo de asombrosa blancura. El animal se puso a beber en una fuente cercana y, levantando luego la cabeza, les dejó ver, encuadrada entre su cornamenta, una cruz luminosa de color rojo y azul. Era precisamente la misma cruz que tenía estampada en el pecho el ángel que se apareció a Juan de Mata al celebrar la primera misa.

Habiéndoseles presentado varias veces la misma visión, los Santos redoblaron sus oraciones y comprendieron que debían ir a socorrer a los cautivos, cuyas cadenas había mostrado el ángel de la cruz de dos colores. En esos pensamientos estaban entretenidos al volver a la ermita cierto día, pidiendo al Señor muy fervorosamente que les revelase si debían ir a Roma,



SAN *Juan de Mata ve, al elevar la Sagrada Hostia, un ángel de blanca y resplandeciente vestidura que tiene sobre el pecho una cruz de color encarnado y azul, y da las manos a dos cautivos: cristiano el uno, moro el otro, que, devotos y suplicantes, están postrados a sus pies.*

cuando un ángel les intimó que no demorasen tal propósito. Determinaron, pues, ir a exponer sus luces y visiones al Padre Santo, y decirle: «Obreros vuestros somos, enviadnos donde sea menester.»

Ambos peregrinos hicieron el viaje a pie y, cuando Juan mostraba su extrañeza de que Félix, a pesar de sus ochenta años, soportara con tanta facilidad las incomodidades del camino, le contestaba éste: «Veo delante al ángel del Señor que nos va guiando, y que me da la mano cada vez que voy a caer.»

Llegaron a Roma en los comienzos del 1198 y hallaron en el Solio pontificio al recién elegido papa Inocencio III, a quien Juan conociera tiempo atrás estudiante de París, y le descubrieron sus sospechas y esperanzas.

El Papa los recibió bien, pero no quiso prometerles nada antes de haber consultado a los cardenales. Conmovidos éstos por el discurso del Papa, haciéndoles ver la acción de la Providencia que envía a grandes males grandes remedios, declararon que el pensamiento de los dos Santos sólo de Dios podía venir y que era menester pedir a quien se lo había inspirado medios para realizarlo. En consecuencia, el Papa ordenó preces públicas y mandó celebrar misa solemne en presencia del Sacro Colegio, el 28 de enero, en la basílica de Letrán.

La afluencia de fieles llenaba el templo por completo.

Después de la Consagración, vióse al Padre Santo envuelto en luz deslumbradora; al poco favorecióle el Cielo con una misma visión que tuviera Juan de Mata: a poca altura del altar vió a un ángel y dos cautivos a sus lados. El ángel ostentaba cruz azul y roja, y sus brazos cruzados hacia el moro y el cristiano parecían significar que quería cambiarlos.

De ese modo quedaban despachadas las preces públicas que con tanto fervor se habían hecho, pues era manifiesto que la respuesta venía del cielo.

FUNDACIÓN DE LA ORDEN DE LOS TRINITARIOS PARA LA REDENCIÓN DE CAUTIVOS

LLAMÓ El Papa a los dos peregrinos y les dijo:

«Ahora me son manifiestos los designios de Dios respecto a vosotros... Os ha elegido para fundar una nueva Orden, que será dedicada a la Santísima Trinidad y tendrá por fin procurar su gloria entre los gentiles. Arrancaréis de sus manos a los cristianos hermanos vuestros que profesan este divino misterio. Precisamente porque han sido bautizados en el nombre adorable del Dios tres veces santo, están padeciendo tan crueles tormentos y su constancia en la fe redobla la ira de sus perseguidores.»

El día 2 de febrero, festividad de la Candelaria, Inocencio III vistió el hábito a los dos nuevos religiosos, adoptando la misma forma y color que el que vistiera el ángel que se había aparecido. Inmediatamente les encargó que redactaran las Constituciones de la nueva Orden. Para mejor hacerlo, pasaron a París, a fin de aprovechar las luces de las personas que habían sido testigos de los primeros prodigios. Y, al oír las recientes maravillas, dos antiguos compañeros de Juan solicitaron el ingreso en la nueva Orden de la Trinidad. Rogerio Dées, ilustre doctor y sabio según el mundo, se mofó de su profecto y hasta ridiculizó a los nuevos monjes y su hábito con la cruz azul y roja; pero de repente notó que su cuerpo se cubría de otro hábito diferente: de una espesa capa de lepra.

El infortunado doctor, reconociendo su culpa, fué a echarse a los pies de Juan de Mata y éste le sanó al momento. Luego, sin pérdida de tiempo, ingresó en la Orden de la Trinidad, suplicando le fuera otorgado llevar el nombre de Rogerio el Leproso, nombre que conservó hasta la muerte. Pero su ejemplo determinó a gran número de doctores a presentarse a Juan de Mata. Él les envió a la soledad adonde había vuelto Félix de Valois, para que bajo su dirección aprendieran la práctica de todas las virtudes.

Acabó Juan de redactar las Constituciones y nuevamente se puso en camino para la Ciudad Eterna llevándolas consigo para presentarlas al Soberano Pontífice, el cual, tras maduro examen, las aprobó el 17 de diciembre de 1198. Al regresar a París, solicitó de Felipe Augusto, rey de Francia, la aprobación real, que por cierto no era en aquel entonces lo que después se ha querido suponer. Por ella no se otorgaba a las Órdenes religiosas el derecho a la existencia, atribución peculiar del Romano Pontífice, sino que se les concedían privilegios que Felipe Augusto otorgó muy gustoso a esta nueva Orden religiosa.

ACTIVIDAD DE LA NUEVA ORDEN

DESPUÉS que Juan hubo fundado varias casas en Francia, le llamó el Papa a Roma y le hizo donación de la iglesia y residencia de Santo Tomás de Formis, llamada la Navecilla, el 12 de julio de 1209. Esta comunidad no tardó en florecer en medio de la observancia, y Juan hubiera deseado partir entonces al África para quedarse en rehenes por el rescate de algún esclavo cristiano; pero, según refiere una tradición de la Orden, el Papa le envió a Dalmacia en calidad de legado. En esa dignidad, parece ser que se propuso la conversión de toda la Corte, se dedicó al restablecimiento de la disciplina eclesiástica y a la reforma de las costumbres. Los frutos de salvación que de tal legación reportó fueron, en efecto, inmensos.

Autores hay, sin embargo, que en esta tradición no ven sino una pura leyenda, pues a su entender el legado del Papa fué Juan de Casemari, futuro cardenal. La verdad es que los documentos de la época no arrojan luz suficiente que permita zanjar la cuestión, pues únicamente señalan como enviados del Papa a un tal Juan, capellán, y a Simón, subdiácono.

Mientras esto ocurría, otros dos religiosos, Juan el Inglés y Guillermo el Escocés partían para Marruecos en plan de misioneros, y allí consiguieron rescatar ciento ochenta y seis esclavos cristianos. Hondamente conmovido el Padre Santo por tantos servicios prestados a la Iglesia, quiso premiar a Juan, pero éste rehusó todo género de dignidades, solicitando en cambio el favor de ir por fin al África. El Papa accedió a sus deseos, y Juan, henchido de gozo por ver cumplidos sus anhelos y devorado de la sed del martirio, hízose a la vela en 1199 hacia Marruecos, donde estuvo a punto de ser degollado por los bárbaros. Después de muchos trabajos regresó a Europa con ciento diez esclavos que había rescatado.

En lo sucesivo Juan volvió a emprender otros viajes y llevó a cabo numerosas obras de caridad para la mayor gloria de Dios; fundó monasterios en el norte de Francia, en Provenza, en Cataluña. Castilla, Aragón e Italia.

Fué este Santo muy apreciado del papa Inocencio III y de los reyes de Francia y España, los cuales le confiaron en distintas ocasiones asuntos de mucha importancia, que tuvieron el más brillante éxito.

Una de las naciones donde más benévola acogida tuvo la Orden de la Santísima Trinidad fué España, donde contó con el calor fervoroso del pueblo y la protección decidida de la nobleza. Los mismos reyes se aprestaron a protegerla; pues Alfonso IX en Castilla, Pedro II en Aragón y Sancho IV, en Navarra, contribuyeron con su poder, autoridad y riquezas a fundar monasterios para la seguridad y propagación de la nueva Orden.

Estos rasgos de generosidad y esplendidez de nuestro pueblo no fueron estériles, pues entre los innumerables beneficios que de esta Orden ha recibido España, merece ser recordado el que nos hizo consiguiendo el rescate del inmortal Cervantes, el Príncipe de los ingenios, que ganó para España el trono de honor de las Bellas Artes con su admirable obra «El Quijote».

CREPÚSCULO DE UNA HERMOSA VIDA

PASADOS muchos afanes y fatigas, bendecidos por la Virgen Santísima, a quien siempre profesó filial devoción, y deseando colocar la Orden bajo su especial amparo, decidió Juan fijar su residencia en Roma. La Divina Providencia le tenía reservado un lugar de descanso bajo la égida del primer pastor de la Iglesia, en premio de tantas penas y fatigas

inherentes a las fundaciones que había emprendido para la mayor gloria de la la Santísima Trinidad.

Desde entonces Juan se dispuso al gran paso del tiempo a la eternidad mediante toda suerte de obras de caridad y humildad cristianas en favor de los pobres y de los enfermos del hospital de *Santo Tomás in Formis,* mientras en su celda se daba de lleno a la oración y contemplación. Muchos méritos llevaba adquiridos ya en el ejercicio de las obras de misericordia para con una infinidad de desgraciados, rompiendo las cadenas de multitud de esclavos, por lo cual estaba ya maduro para el cielo. Como las vírgenes prudentes del Evangelio, tenía su lámpara llena de aceite de obras buenas, pues el fundador de la Orden de los Trinitarios era de purísimas costumbres, de paciencia inalterable y de extremada templanza. Las cuatro horas de sueño que otorgaba a su cuerpo pasábalas echado sobre una estera, apoyada la cabeza sobre un cabezal. El tiempo que le dejaba libre el despacho de sus asuntos, dedicábalo a orar y predicar la divina palabra, redoblando de fervor a medida que iba acercándose a su hora postrera.

Los cuatro últimos años de su vida pasólos en el mayor recogimiento y silencio en la residencia de Roma, donde vivió santa y religiosamente hasta su muerte acaecida el 17 de diciembre de 1213. Enterrósele en el hospital de Santo Tomás de Formis, el 21 de diciembre del mismo año.

FAMA DE SANTIDAD

EL cuerpo de San Juan de Mata fué arrebatado clandestinamente de su sepulcro, en 1655, por dos religiosos conversos de la antigua observancia que lo trasladaron al convento de Trinitarias descalzas de Madrid, donde estuvo hasta 1835, en que tuvo lugar la supresión de las Órdenes religiosas en España. Más tarde fué confiado en depósito a las mismas religiosas, que lo colocaron en el coro inferior, donde se venera en la actualidad, con suma reverencia.

La Sagrada Congregación de Ritos comprobó el culto inmemorial tributado a San Juan de Mata, el 14 de agosto de 1666, y el papa Alejandro VII confirmó dicho decreto el 21 de octubre del mismo año. Inscribió su nombre en el Martirologio Romano el papa Inocencio XI, el 27 de enero de 1671, y el 14 de marzo de 1694 quedó fijada definitivamente la fiesta de San Juan de Mata en el día 8 de febrero y su culto fué extendido a la Iglesia universal por decreto de Inocencio XII.

SANTORAL

Santos **Juan de Mata, confesor y fundador;** Honorato, obispo de Milán; *Pablo, obispo de Jaca, Lucio, Ciriaco, Emiliano, Dionisio y Sebastián, mártires;* Juvencio, obispo de Pavía; *Pedro Ígneo, cardenal;* Niceto, obispo de Besanzón; Mengoldo, mártir, en la diócesis de Lieja; Evencio, obispo de Ceneta (Lombardía); los santos mártires del monasterio de Dío, en Constantinopla. Santas Coínta, mártir, y Elfreda, virgen y abadesa en Inglaterra.

SANTOS PABLO Y SUS COMPAÑEROS LUCIO Y CIRIACO, *mártires.* — Pablo, español ilustre, mereció, por sus virtudes y dones de talento, ser elevado a la sede episcopal de Jaca, en cuyo cargo trabajó siempre con infatigable celo en favor de los pobres cristianos, que eran víctimas de la cruel persecución que contra ellos se había desencadenado. Entre sus muchos discípulos figuraban Lucio y Ciriaco, a quienes profesaba singular cariño por las muchas prendas que los adornaban. Los tres emprendieron una peregrinación a Roma; pero, siendo conocidos como cristianos, el emperador Decio los redujo a prisión y, no pudiendo lograr su apostasía, ni que adoraran a los ídolos, los condenó a muerte, que sufrieron el 8 de febrero del año 252.

SANTOS EMILIANO, DIONISIO Y SEBASTIÁN, mártires. — A mediados del siglo III el emperador Decio dispuso una poderosa armada para combatir a los persas. De ella formaban parte, en calidad de oficiales, tres ilustres personajes llamados Emiliano, Dionisio y Sebastián. Los tres eran paganos, pero tenían un corazón noble y un pecho ardoroso, reveladores de una rectitud de conducta no fácil de torcer. Con ocasión de esta campaña antipersa atravesaron la región de Armenia, que contaba con multitud de cristianos, precisamente porque había habido en ella multitud de mártires. El contacto de los tres oficiales de Decio con algunos de estos cristianos fué la chispa que encendió en sus corazones la llama de la fe verdadera, provocada por Dios para captarse el amor de los tres ilustres guerreros. Al convertirse fueron denunciados por sus compañeros, todos paganos e idólatras, y, como no quisieron apostatar de la fe que acababan de abrazar, sufrieron gozosos el martirio el día 8 de febrero del año 252.

SAN PEDRO ÍGNEO, cardenal. — Era hijo de una familia ilustre y poderosa de la bella y sonriente Florencia, que ha dado varios hijos a la Iglesia y han merecido el honor de los altares. Pedro, llevado de su ardiente amor a Dios y de su arraigada vocación religiosa ingresó en el monasterio de Valleumbrosa, fundado por San Juan Gualberto.

Se le llama Igneo por la prueba del fuego a que se sometió para comprobar la culpabilidad o inocencia del arzobispo de Florencia, acusado de simonía. Esta prueba consistió en formar una hoguera en la que penetró nuestro Santo después de haber hecho la siguiente oración: «Señor Jesucristo, yo os suplico que si el arzobispo de Florencia ha usurpado por simonía esta sede, Vos me socorráis y me preservéis del fuego como en otro tiempo a los tres hebreos en el horno de Babilonia.» El Señor le preservó del voraz incendio y el arzobispo, declarado culpable, ingresó en un monasterio. Pedro fué después elegido obispo de Albano y cardenal. Murió en 1089.



Hoguera deseada. Especialísimo instrumento de tortura. Palmas gloriosas

SANTA APOLONIA

Virgen y mártir († 249)

DÍA 9 DE FEBRERO

La bienaventurada virgen y mártir Santa Apolonia nació en Alejandría en las primeras décadas del siglo III de la era cristiana, y de ella tenemos muy escasos informes biográficos, pero los pocos que han llegado a nosotros son excelentes y de indudable autenticidad: es una epístola que San Dionisio Alejandrino escribió al obispo Fabián de Antioquía en la que hace el relato minucioso y conmovedor del martirio de la Santa y sus compañeros, mártires en el año 249. Cuenta asimismo los estragos que desolaron a la Iglesia de Alejandría desde el siguiente año, al estallar la terrible persecución de Decio. Esta epístola y otras dos sumamente preciosas para la historia de época tan sangrienta, se las debemos a Eusebio Cesariense, justamente apellidado «el padre de la Historia eclesiástica».

Era nuestra Santa —dice San Dionisio— «admirable doncella y a la vez grave matrona»; por eso gozaba de gran reputación entre los fieles de Alejandría. Descubríase en ella una piedad bien fundamentada a la vez que una caridad sin límites que le inducía a prestar servicios de todo género. Desde sus más tiernos años se habían notado en ella señales inequívocas de

la gracia divina que la conducía; por eso desde niña consagró a Cristo su virginidad y resolvió no tener otro esposo.

Viósela crecer en virtud a medida que crecía en edad, siendo la oración su ocupación favorita. Como en aquella época no siempre tenían los cristianos facilidad para congregarse y asistir a los divinos misterios, el hogar paterno era el Santuario donde vivía retirada; santuario bendito, testigo de sus vigilias, ayunos y obras de caridad. Al morir sus padres, dejáronla heredera de cuantiosa fortuna que empleó ella liberalmente en obras de misericordia, beneficiándose mucho de sus larguezas los pobres de Alejandría. Todos la miraban como a dechado de virtud y de modestia cristiana; por mucho que la prueba llamase a su puerta, la sierva de Cristo se hallaba siempre animosa y dispuesta.

MOTÍN CONTRA LOS CRISTIANOS DE ALEJANDRÍA

LAS primeras víctimas que señala la epístola de San Dionisio Alejandrino cayeron, no en virtud de un edicto de persecución, sino a consecuencia de un motín promovido por los paganos de Alejandría, en donde los cristianos tuvieron que sufrir siempre mucho por la fe.

Desde la persecución de Septimio Severo, muerto en el año 211 de la era cristiana, hasta la de Decio en el 250, gozó la Iglesia de verdadera paz, interrumpida un instante, no más, en 236, por la breve y parcial persecución de Maximino. Con todo no faltaron mártires, unas veces en tal provincia y otras en otra, con motivo de sublevaciones populares que los gobernadores locales no podían o no querían reprimir.

El emperador Felipe, apellidado el *Árabe,* predecesor de Decio, fué favorable a los cristianos, no faltando quien sospechara que practicaba su religión. Mas no llegaba a tanto su afecto por ellos que pudiera garantizarlos de persecuciones parciales de que no acertaban a prescindir los adoradores de los ídolos, y así, mientras el imperio gozaba de paz en el centro, surgían nuevos perseguidores acá y acullá en las regiones apartadas y caían nuevos mártires.

Alejandría, país natal de Apolonia, vió organizarse en 249 uno de esos motines, precursores de más violenta y general persecución. Era a la sazón esta ciudad la segunda capital del imperio, el emporio del comercio de Oriente y justamente el centro de todas las sectas, encerrando en su seno una población pagana numerosa y osada, siempre dispuesta a satisfacer sus feroces costumbres y a mancharse las manos en sangre. Las matanzas a que se entregó en las discordias civiles, hicieron estremecer más de una vez a los gobernadores romanos.

Había en aquella ciudad un adivino, poeta adocenado y enemigo declarado del cristianismo, que supo aprovechar las disposiciones de las masas para saciar sus secretos rencores y excitar al populacho contra los fieles de Cristo. Fingiendo aires de profeta, anunció en tono inspirado que en breve habían de sobrevenir grandes calamidades sobre la ciudad si se dejaba en paz a los cristianos, enemigos mortales de los dioses. Y la plebe idólatra y perdida se dejó fascinar una vez más con los acentos del tribuno. Bien pronto respondió a las palabras fogosas del poeta el grito que encendiera los pasados furores: «¡Mueran los cristianos!»

Y libres como siempre para entregarse a toda clase de desmanes, los paganos se figuraron demostrar gran piedad a sus dioses, degollando a los discípulos de Cristo.

San Dionisio, testigo de esas escenas de exterminio, dice: «Los idólatras se entregaban a toda suerte de excesos contra nosotros. Las arengas del agorero fueron como otras tantas saetas infernales. Inflamados de cólera, los paganos entraron por las casas de los cristianos, saquearon y devastaron cuanto les vino a la mano, incendiaron lo que no podían llevarse y asesinaron a los moradores que hallaban en casa. A tal punto llegaron la mortandad y la devastación, que parecía como si aquella ciudad se hubiera rendido al enemigo y fuera entregada al escarnio y al pillaje de los vencedores.»

El mismo escritor añade que nadie se atrevía a salir a la calle ni de día ni de noche, pues por todas partes se oía vociferar: «El que no blasfeme de Cristo será arrastrado y quemado vivo.»

LOS MÁRTIRES METRAS, QUINTA Y SERAPIÓN

EN semejante coyuntura, algunos cristianos tomaron el partido de huir de la tempestad y, para no exponer su fe, se ocultaron en las soledades de los montes cercanos, sacrificando gustosos los bienes temporales para proteger los tesoros del alma. Otros se quedaron en espera del enemigo, resueltos a confesar su fe hasta el derramamiento de la sangre. Entre los que nos son conocidos, unos fueron inmolados en vida de Santa Apolonia, y otros después de su muerte.

Hacia el año 249 o tal vez el 250, se cita a San Metras o Metrano, venerable anciano a quien los perseguidores quisieron hacer blasfemar del verdadero Dios; como se resistiera, diéronle de palos, clavárонle en el rostro y en los ojos cañas puntiagudas y, habiéndole sacado extramuros, le acabaron a pedradas. Consta su nombre en el Martirologio el 31 de enero.

También se apoderaron de una mujer cristiana por nombre Quinta o Cointa; lleváronla violentamente a uno de sus templos y pretendieron a toda

fuerza que adorase a los ídolos. El horror que le causó la impiedad a que querían obligarla, y la heroica constancia con que se negó a cometerla, redobló en ellos la furia y la crueldad. Atáronla por los pies y la arrastraron inhumanamente por la ciudad sobre empedrados de agudos guijarros; magullaron su cuerpo con grandes piedras y la flagelaron cruelmente. Admiró a aquellos ensangrentados verdugos la constancia de la invencible heroína; pero como la rabia que los animaba había ahogado en ellos todos los sentimientos de la compasión, la condujeron al mismo sitio en que San Medrano acababa de ser apedreado, y en él le quitaron la vida con el mismo género de martirio. Honra la Iglesia a esta mártir el 8 de febrero.

San Serapión, cuya muerte es tal vez dos años posterior, padeció en su propia casa los más atroces tormentos. Quebrantáronle los miembros del cuerpo y le dislocaron los huesos y luego le arrojaron desde el tejado a la calle, donde consumó su martirio. La Iglesia celebra su fiesta el 14 de noviembre.

MARTIRIO DE SANTA APOLONIA

MIENTRAS descargó la tormenta, la virgen Apolonia se mantuvo encerrada en su casa, tranquila y confiada en manos de Dios, dispuesta a sacrificarlo todo, sus bienes y la misma vida, antes que renunciar a la fe.

¿Cuál podía ser el remate obligado de carrera tan santa, sino la palma del martirio? Apolonia debió sin duda tener cierto presentimiento de ello cuando vió que estallaba a su lado el motín, o cuando menos la posibilidad de que derramaría su sangre, y en santos coloquios con Dios nuestro Señor le expondría sus anhelos y esperanzas. No andaba equivocada, pues los paganos que buscaban ansiosos una víctima, pronto se presentaron en su casa.

Tratáronla como víctima de valía y, como rehusara netamente ceder a sus infames intentos, golpeáronle el rostro con tanta furia que le quebrantaron las mandíbulas y le rompieron todos los dientes. Irritados no sólo de la serenidad, sino del gozo que manifestaba la Santa al verse digna de padecer algo por amor de Jesucristo, no hubo crueldad que no ejercitasen en aquella cristiana heroína, cuya constancia los tenía asombrados. Valiéronse de las amenazas, de las promesas, de cuantos artificios pudieron imaginar para derribarla; pero hallaron siempre en ella una firmeza y una magnanimidad muy superior a su sexo y a sus años. Desesperados de lograr su intento, creyeron que su perseverancia no podría resistir a la prueba del fuego, siendo natural que una doncella sin vigor cediese sólo al terror de ser quemada viva. Con esta idea la sacaron fuera de la ciudad y, disponiendo una enorme pira, la amenazaron con arrojarla al instante si no pronunciaba tras ellos palabras impías contra Jesucristo, y si no ofrecía incienso a los ídolos.



SANTA *Apolonia ofrece su vida a Jesucristo e, impulsada por el amor divino, corriendo se arroja espontáneamente en las llamas, que la consumen en pocos momentos. Los verdugos se quedan maravillados ante la mártir, que había sido más pronta en tomar la muerte que ellos en dársela.*

Entonces rogó la Santa le fueran concedidos unos instantes para pensárselo y consintieron en ello. Recogióse interiormente, como quien delibera sobre el partido que va a adoptar; los paganos, al verla, concibieron cierta esperanza de que al fin cedería a sus instancias. Pero otros eran los pensamientos de Apolonia mientras miraba al cielo con ojos suplicantes. ¿Ofrecía tal vez su vida a Jesucristo? ¿Imploraba luces para el proyecto que en su interior preparaba? Eso Dios lo sabe.

Lo que sí sabemos es que a impulsos del divino amor en que su alma se abrasaba, repentinamente se escapó de manos de sus verdugos y espontáneamente se lanzó a las llamas, donde en breves instantes quedó consumida. Era el 9 de febrero del año 249, siendo papa San Fabián y Felipe emperador.

Pasmados quedaron los verdugos al ver que una doncella fuera más animosa para ir en busca de la muerte que ellos para dársela. El ejemplo de Apolonia, Serapión, Quinta y Metras, tuvieron en esas matanzas numerosos imitadores cuyos nombres han quedado desconocidos.

«Tales violencias duraron largo tiempo —declara San Dionisio— y sólo una guerra civil consiguió que cesaran; pues, mientras los paganos se destrozaban mutuamente volviendo contra sí mismos el furor que usaran contra nosotros, pudimos respirar una temporada. Mas pronto nos anunciaron que el gobierno un tanto más favorable que gozábamos acababa de ser derribado y nos vimos expuestos a nuevos sobresaltos. Entonces apareció el terrible edicto del emperador Decio, tan cruel y tan funesto que parecía llegado el tiempo de la desolación predicha por el Salvador en el Evangelio y de la que dice que apenas si podrían los justos librarse del error y de las asechanzas de sus enemigos.»

PENSAMIENTO DE SAN AGUSTÍN ACERCA DE LA MUERTE DE SANTA APOLONIA

QUÉ debemos pensar de ese sacrificio voluntario y espontáneo? ¿No hubiera debido esperar Apolonia la orden del verdugo y dejarse arrojar a las llamas por sus manos impuras? En manera alguna, pues obró movida de inspiración especialísima del Espíritu Santo. Ella es del número de esas santas mujeres de que nos habla San Agustín en la *Ciudad de Dios* cuando dice:

«Algunas de entre ellas se echaron al río para librarse de las solicitaciones criminales de sus perseguidores. Y con todo la Iglesia católica las cuenta entre los mártires. No hay que regatearlas este honor, con tal que vaya apoyado por el asentimiento de la Iglesia. Esas santas mujeres, en efecto, no llegaron a tal extremo por precipitación o movimiento natural, sino por impulso del divino Espíritu a quien obedecían. ¿No obró así Sansón cuando

echó sobre sí las columnas y bóvedas del templo de Dagón? Acaso no proclamamos la santidad de ese héroe de la Escritura?

«Si Dios ordena una cosa y da claramente a conocer que Él lo ordena, ¿quién se atreverá a calificar de crimen esa obediencia, u osará condenar una obra de piedad?»

La conducta de Santa Apolonia, inflamada del deseo del martirio hasta el punto de que ella misma se adelanta a la ejecución, es más de admirar que de imitar. Dios, Autor de la vida, envía a veces a tales o cuales santos inspiraciones extraordinarias que ellos consideran como mandatos formales. Fuera de estos casos muy contados, en los que muestra el cielo con la más irresistible evidencia su voluntad, siempre será un crimen el darse la muerte.

SAN FRANCISCO DE SALES Y SANTA APOLONIA

La razón y la fe están contestes al decirnos que los Santos que padecieron de modo especial en determinada parte de su cuerpo, se muestran particularmente compasivos con los que padecen idéntica dolencia.

Lo que el pueblo cristiano recuerda con preferencia del martirio de Santa Apolonia, es que le quebrantaron las mandíbulas y le rompieron todos los dientes. Por esa razón acuden los fieles a ella de modo casi universal para pedir la curación del dolor de muelas. El P. Ribadeneira en su *Flos Sanctorum*, se hace eco de la confianza popular para con esta Santa, cuando afirma que es la abogada de los que padecen dolor de muelas o de encías y que Dios, por su intercesión, concede muchas veces la curación a los que devotamente la invocan.

Refiere el abate Hamón en su vida del obispo de Ginebra, que cierto día San Francisco de Sales sufría un rabioso dolor de muelas. Al tener noticia de ello Santa Juana de Chantal, le envió un lienzo que había tocado las reliquias de Santa Apolonia, encargándole que se lo aplicara a la mejilla dolorida, mientras rogaba la Comunidad para su alivio. Al devolverle poco después el lienzo le ponía estas palabras: Os devuelvo el remedio que por cierto ha sido soberano, pues debo declarar para gloria de Jesucristo y de su esposa Santa Apolonia que no pensaba poder celebrar hoy por la desmesurada hinchazón de la mejilla; pero al arrodillarme en el reclinatorio y aplicar la reliquia sobre la mejilla, he orado así: «Dios mío, hágase en mí lo que las Hijas de la Visitación desean, si tal es vuestra voluntad»; y al instante ha cesado el dolor de muelas y la mejilla se ha deshinchado. ¡Cuán admirable es Dios en sus Santos! Ha permitido este achaque en mí para honrar a su esposa Santa Apolonia y darnos una prueba sensible de la comunión de los Santos.

UN EXVOTO

HACIA fines del siglo XIX, un sacerdote vióse igualmente atormentado por espacio de unos días de violento dolor de muelas. En uno de los breves ratos de alto en el sufrir, entreteníase en leer la vida de San Francisco de Sales, cuando sus ojos tuvieron la suerte de dar con el pasaje transcrito. Al instante, penetrado de la más viva confianza en Santa Apolonia, le dirige una fervorosa plegaria y promete un *exvoto* a la Santa si le libra del dolor que padece. Pasados unos instantes, desaparece el dolor por completo y desde entonces jamás volvió a sentir dolor de muelas ni achaque alguno en la boca.

Como exvoto, prometió a la santa mártir publicar su biografía, a la sazón muy poco conocida, incluyendo en ella el pasaje de la vida de San Francisco de Sales que encendió su confianza y logró la curación. Cumplió dicho voto en 1897 con una biografía de Santa Apolonia, completada más tarde por otro estudio del cual nos hemos servido para escribir la presente vida.

CULTO DEL PUEBLO CRISTIANO A SANTA APOLONIA

DESDE el siglo III hasta nuestros días, ha gozado Santa Apolonia de gran veneración en la Iglesia católica. Los fieles han venido invocándola siempre, los sacerdotes le levantaron templos o erigieron altares en su honor, los artistas han reproducido su imagen y los poetas la han cantado. Los pintores acostumbran a representarla junto a una pira empuñando unas tenazas, y a veces con un diente saltado, recuerdo del suplicio y símbolo de su patrocinio.

En otras partes se le ha esculpido un sepulcro bajo la mesa del altar. Allí aparece Apolonia echada como en lecho de honor, con la cabeza orlada por una corona de laurel y los cabellos sueltos sobre la espalda; tiene cerrados los ojos, la mano derecha extendida a lo largo del cuerpo, y en la mano izquierda, que descansa en el pecho, empuña una cruz y una tenazas. Así está representada en algunas iglesias.

No nos detendremos a narrar la serie incontable de Santuarios levantados en memoria de Santa Apolonia. La ciudad de Roma, que manifiesta gran devoción a la Santa, puesto que doce de sus iglesias cuando menos se precian de poseer alguna de sus reliquias, le ha erigido un altar digno en una de las capillas de la iglesia de San Agustín. En ella se ha erigido una cofradía, y cada año el día 9 de febrero, terminada la misa mayor, se hace un reparto de dotes entre doncellas pobres.

En España, en Bélgica, en Francia, en Italia, en Alemania, muchos pueblecitos rivalizan con las ciudades para honrar a la Santa mártir y se ve siempre su imagen rodeada de exvotos.

En no pocos lugares los peregrinos estiman que la Santa atiende preferentemente a los devotos de las almas del Purgatorio, prometiéndole a cambio de sus favores, trabajar en librar algunas almas abandonadas. Si curan, mandan celebrar en honor de Santa Apolonia una misa en alivio de las almas del Purgatorio. Piadosa confianza que de seguro ha de ser muy grata al cielo y no dejará de recompensar con gracias aun temporales.

Terminaremos con una oración a Santa Apolonia contra el dolor de muelas y de cabeza, tomada de un breviario muy antiguo de Colonia.

«Dios todopoderoso, por cuyo amor la bienaventurada Apolonia virgen y mártir, sufrió con valor que le arrancaran los dientes, te suplicamos te dignes preservar del dolor de muelas y de cabeza a cuantos imploren tu protección, haciéndoles saborear después de este destierro, las alegrías de la vida eterna. Por Jesucristo nuestro Señor, que, siendo Dios, vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.»

Oraciones parecidas se hallan en otros breviarios y devocionarios antiguos de España, Francia, Italia, Alemania y Holanda.

SANTORAL

Santos *Cirilo de Alejandría, obispo, confesor y doctor; Nicéforo,* Primo y Donato, mártires; Norberto y Ansberto, obispos; Sabino, obispo de Canosa; Nebridio, hermano de San Justo de Urgel; Mariano de Escocia; Telio y Pedro, obispos; Atenodoro, hermano de San Gregorio Taumaturgo; Braquio de Turena; Alejandro y otros treinta y ocho compañeros mártires en Roma. **Santa Apolonia, virgen y mártir,** abogada contra el dolor de muelas; *la Venerable Ana Catalina Emmerich, religiosa.* En Arahal (Sevilla) se celebra la fiesta de Nuestra Señora de las Angustias.

SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, obispo, confesor y doctor. — Fué educado entre los solitarios de Nitria por el abad San Serapión; pero su tío Teófilo lo sacó de su celda y le permitió predicar en Alejandría. Cirilo, que tenía un talento extraordinario, se atrajo a las muchedumbres, ávidas de escuchar su elocuente palabra. En 412 fué elegido patriarca de Alejandría en sustitución de su tío Teófilo, recientemente fallecido. En el concilio de Éfeso, celebrado el 22 de junio del año 431, Cirilo, que ocupaba el primer lugar como delegado del papa San Celestino, refutó certeramente la herejía de Nestorio, cuya doctrina fué condenada, y él, depuesto de su silla patriarcal de Constantinopla. Cirilo, con su elocuencia, virtud y saber, prestó un gran servicio a la Iglesia y veló por la honra de María, verdadera Madre de Dios. Murió en 444.

SAN NICÉFORO, mártir. — El martirio de este Santo nos confirma palpablemente la gran verdad que enseña San Pablo cuando dice que, aunque el hombre

entregue su cuerpo para ser abrasado de las llamas, de nada le sirve si no tiene caridad. En efecto, Nicéforo tenía amistad con un sacerdote cristiano llamado Sapricio, viviendo ambos tan íntimamente unidos y compenetrados, que parecían tener un alma en dos cuerpos. Pero el demonio supo sembrar tales querellas y disensiones, que llegaron a odiarse y aborrecerse. Nicéforo quiso reconciliarse y envió a Sapricio algunos amigos para pedirle perdón. Sapricio no los oyó; después fué personalmente a su casa y tampoco le perdonó. Se desencadenó entonces una persecución contra los cristianos, y Sapricio fué condenado. Mientras era llevado al lugar del suplicio, Nicéforo se arrojó tres veces a sus pies para que le perdonase; pero Sapricio no le respondió. En el momento en que iba a ser ejecutado, Sapricio dijo a los verdugos que le libertaran, que ya adoraría a los ídolos. Así castigó Dios a ese corazón más duro que el pedernal, permitiendo que cayera en la apostasía. Nicéforo, en cambio, pidió sufrir el martirio en lugar de su desventurado amigo, y así se verificó, volando su alma al cielo el 9 de febrero del año 260.

VENERABLE A. CATALINA EMMERICH, religiosa. — Nació el 8 de septiembre de 1774 en la región de Münster y fué bautizada en la iglesia de Santiago del caserío de Flamske, su tierra natal. Sus padres eran eminentemente cristianos. Ejerció el oficio de pastora; Jesús se le apareció varias veces en forma de pastorcito y le ayudó en sus faenas pastoriles. Apenas tuvo edad suficiente, se entregó a una penitencia rigurosísima. A causa de su extremada pobreza no la quisieron recibir algunos conventos a cuya puerta fué a llamar. Al fin, el 13 de noviembre de 1802 ingresó en un convento de Agustinas que poco después fué suprimido, dispersándose las religiosas, excepto Catalina, que, por estar enferma, continuó allí hasta que una piadosa viuda la recogió en su casa, en la que llevaba también vida conventual.

Dios satisfizo los deseos de Catalina incrustándole en el pecho una cruz diminuta que destilaba un hilito de sangre. El 29 de diciembre de 1812 vió que las Llagas de Jesús desprendían haces luminosos que, a modo de flechas, atravesaron las manos, los pies y el costado derecho de nuestra Santa. Esto le producía gran dolor, pero su rostro rebosaba alegría. La ciencia quiso conocer el caso prodigioso, pero inútil, pues sin la fe no se podía comprender. Tuvo revelación de todos los detalles y pormenores de la Pasión de Nuestro Señor, y la consignó en una obra muy difundida y altamente emocionante. El 9 de febrero de 1824 se verificó su glorioso tránsito.



Insignias de abadesa — Simbólica paloma ante el convento de San Benito

SANTA ESCOLASTICA

Hermana de San Benito y virgen (480?-543)

DÍA 10 DE FEBRERO

MUY poco es lo que de cierto sabemos acerca de la vida de Santa Escolástica, y ese poco se lo debemos a San Gregorio Magno, que nos dejó el relato conmovedor de los postreros días que la piadosa virgen pasó en la tierra antes de llegar a la bienaventuranza eterna. Con todo, ha sido siempre grandemente venerada en la Iglesia, debido sin duda a su parentesco con San Benito, patriarca de los monjes de Occidente.

PRIMEROS AÑOS DE SANTA ESCOLÁSTICA

EN una de las mesetas que forma el Apenino central en los confines de la Sabina, Umbría y las Marcas, se levanta Norcia, la antigua *Nursia* de los romanos. Es una pequeña población como de 5.000 almas, guardada todavía por antiguas murallas y rodeada de cimas escarpadas. La plaza mayor ostenta en el centro la estatua de San Benito, y se llama *piazza Sertorio.* De ese modo la vetusta ciudad ha consagrado el recuerdo de sus dos más preclaros hijos juntándolos en común homenaje; gloríase, en efecto,

de haber visto nacer a Sertorio, héroe romano que rehusó soportar el yugo opresor de Sila, haciéndose casi independiente en España, y gloríase no menos de San Benito, que redactó las reglas de la vida monástica en Occidente.

Extramuros de la ciudad, y no muy lejos, levántase un castillo cuyos restos perduraron hasta el siglo IX. Allí es donde en el siglo V moraban, parte del año a lo menos, dos consortes tan distinguidos por su piedad como por su elevada alcurnia; llamábanse Eutropio y Abundancia. Eutropio era romano, descendiente de la noble estirpe de los Anicios, cuyos numerosos vástagos habían sido, y debían ser aún, tan fecundos en hombres ilustres.

Abundancia era, según se cree, natural de Nursia y cada año iba a pasar el verano a su casa solariega, pues el aire puro de las montañas y la fresca sombra de los bosques circunvecinos le daban encanto y bienestar, mientras en Roma se sufría calor sofocante, y sabido es que los romanos de antaño como los de hogaño abandonaban la Ciudad Eterna en la época estival.

Muchos años habían transcurrido desde que Eutropio y Abundancia se desposaran, y veían llegar la vejez sin haber tenido las alegrías de la paternidad y de la maternidad. Por fin, en el decurso del año 480, según se cree comúnmente, Abundancia dió a luz dos gemelos, hijo e hija, que recibieron en las aguas bautismales el nombre de Benito y Escolástica, respectivamente. Mas, cual si Dios tomara con una mano lo que con otra daba, Eutropio no tardó en perder a su esposa amada, mezclándose sus sollozos a los vagidos de los recién nacidos. Viudo y a la vez padre de dos huerfanitos, no por ello descuidó sus obligaciones, sino que confió el cuidado de los niños a una piadosa mujer que hizo para con ellos las veces de madre adoptiva, granjeándose el cariño y la gratitud de sus ahijados que no la olvidaron nunca.

Con frecuencia vemos que Dios se reserva los frutos de una fecundidad tardía y muchas veces inspira, o impone, los nombres que deben llevar los que tiene destinados para realizar alguna obra importante. «Privilegio es de los Santos —dice un autor benedictino— recibir del cielo el nombre que presagie sus méritos futuros.» Bien puede creerse, pues, que por inspiración divina dió Eutropio a sus hijos los nombres de *Benedictus*, esto es, *bendito*, que en nuestro idioma equivale a Benito, y el de *Scholástica*, que significa escolar o discípula. Como tal este nombre era una verdadera profecía.

«En efecto —escribe un santo abad de Monte Casino del siglo IX—, la piadosa virgen que lo llevaba debía formarse en la escuela del Espíritu Santo, maestro de toda sabiduría. De él aprendió a conocer la regla de todas las virtudes, a discernir el bien del mal, la luz de las tinieblas, y a seguir con paso seguro la senda de la salvación. ¡Oh tierra bendita de Nursia, que tales brotes produjo! ¡Feliz madre que dió al mundo hijos cuyo nombre significa bendición y sabiduría!»

Magníficamente iba a realizar el porvenir los venturosos presagios con que la Providencia se complaciera en rodear la cuna de Benito y de Escolástica. Entretanto, crecían los dos niños y se querían con tierno afecto, como ocurre frecuentemente entre mellizos; hubiérase dicho que no podían vivir separados. Y de verdad así será. Dios permitirá que recorran casi al lado uno de otro el camino de la vida y que salgan de este mundo terrenal casi a la misma hora.

SANTA ESCOLÁSTICA ABRAZA LA VIDA RELIGIOSA

DESDE su nacimiento había consagrado Eutropio sus hijos al Señor, según piadosa costumbre de las familias profundamente cristianas de la época. Con todo la tal consagración no se llevaba a la realización al llegar al uso de razón si el niño no la ratificaba voluntariamente. Educados nuestros Santos en la piedad, en el temor y juntamente en el amor de Dios por la digna nodriza elegida por su padre, no tardó Escolástica en hacer suyos los propósitos de éste, y en cuanto llegó a la edad de comprender la importancia del paso que debía dar en la vida, libremente escogió por esposo a Jesucristo.

Sentía gran inclinación para el retiro. Para ella no tenían las galas particular atractivo, mirábalas con indiferencia y aun con desprecio. Habíasele impreso altamente en el alma la importante lección que había oído repetir, conviene a saber: que los adornos postizos, por ricos y brillantes que fuesen, no eran capaces de dar un grado de mérito; que el mayor y más apreciable elogio de una doncella era el poderse decir de ella con verdad que era modesta y piadosa.

Ciertos autores pretenden que abrazó la vida religiosa antes que su hermano. Según eso, ¿ingresó en alguna comunidad de vírgenes regularmente constituída, o se limitó, como lo hicieran aquellas piadosas mujeres del Aventino cien años antes, a llevar en el hogar paterno vida retirada, cubriéndose con tosco sayal y entregándose a prácticas de piedad y caridad? Los hagiógrafos no están contestes en este respecto y los Bolandistas se inclinan por la primera hipótesis. Sea de ello lo que fuere, no se alejó probablemente de Roma por el momento, y fué para ella de honda pena el saber que su hermano se había retirado a las soledades de Subiaco.

Algunos opinan que Escolástica fué a juntarse allí con su hermano. No existe documento que lo certifique, pero de ser cierto, debió de ocurrir unos quince años después que San Benito se fué de Roma, cuando ya la fama de sus virtudes habíale atraído multitud de discípulos. Por ese tiempo debió colocarse Escolástica bajo su dirección, fundando un monasterio en las cercanías del de su hermano.

Años más tarde, hacia el 529, San Benito dejó Subiaco y se retiró a Monte Casino, siguiéndole Escolástica. El santo patriarca mandó que levantaran para ella un convento al pie del monte, como a seis kilómetros del suyo, en un paraje llamado Palumbariola o Plumbariola, nombre bien elegido, por cierto, hasta profético, pues significa «palomarcito».

Desde su celda, podía ver la de su hermana, y se cuenta que desde su ventana le enviaba a menudo la bendición. Observaban empero con gran fidelidad la clausura monástica, no visitándose más que una vez al año, días antes de empezar la Cuaresma. En tales ocasiones, salían de sus respectivos monasterios acompañados de tres o cuatro monjes y otras tantas religiosas y se daban cita en una de las granjas de Monte Casino; allí pasaban el día en santos coloquios, y por la tarde, después de un ligero refrigerio, regresaban a sus celdas respectivas. Esta visita anual era ansiosamente esperada por ambos hermanos.

El resto del año vivía Escolástica en la soledad y la oración, dedicada por entero al gobierno de las numerosas jóvenes que habían ido a ponerse bajo su tutela y dirección. Los panegiristas de la Santa celebran mucho su admirable templanza, pues se limitaba a una ligera colación al anochecer. Tal era su piedad —dicen— que mereció el don de lágrimas. Además, era sencilla como la paloma que mora en las aberturas de las peñas, colmada de prudencia y dones del Espíritu Santo; velaba con extremado cuidado sobre sus Hermanas, recordándoles la necesidad de evitar las conversaciones con el exterior, para mejor conservar el recogimiento del alma, y se esforzaba en lograr la exacta observancia de la regla que profesaban los monjes de Monte Casino. Con toda verdad se puede, pues, afirmar que Escolástica fué la fundadora de las Benedictinas.

ENTREVISTA POSTRERA DE SANTA ESCOLÁSTICA CON SAN BENITO

QUINCE años poco más o menos hacía que Santa Escolástica moraba en Plumbariola con vida más angélica que humana, y, a lo que parece, Dios le reveló que su fin estaba próximo. Quiso ver otra vez a su hermano Benito. El papa San Gregorio Magno ha descrito en sus *Diálogos* esta última entrevista. Reproducimos con satisfacción tan hermosa página.

Escolástica había acudido, según costumbre, al lugar ordinario de sus entrevistas; su venerable hermano bajó a su encuentro en compañía de algunos discípulos, y el día transcurrió en santos coloquios hasta que sin darse cuenta las tinieblas de la noche cubrieron la tierra. Entonces se dis-



PÓNESE *en oración Santa Escolástica, y al instante sobreviene una muy deshecha tempestad de agua, truenos y relámpagos, que impide a su hermano San Benito regresar al monasterio. Ambos quedan toda la noche en vela junto con otras monjas, admiradas de las mutuas palabras de edificación.*

pusieron a tomar una frugal comida, mientras seguían platicando de cosas espirituales; pero a la Santa se le ocurrió hacer esta súplica a San Benito: «Hermano, te suplico que no te vayas esta noche a fin de que podamos seguir hablando de las alegrías de la vida celestial hasta mañana por la mañana.» «¿Qué es lo que dices, hermana? —respondió San Benito—. Ya sabes que no puedo en modo alguno pasar la noche fuera del monasterio.»

El cielo estaba tan sereno y claro que ni una sola nube lo empañaba. La piadosa virgen, al oír la negativa de Benito, inclinó su cabeza y, poniendo el rostro sobre sus manos, hizo oración y con muchas lágrimas suplicó al Señor que detuviese a su hermano. En el instante en que Escolástica alzó la cabeza, estalló tan deshecha tempestad de relámpagos, truenos y lluvia torrencial, que el venerable Benito y los monjes que le acompañaban no hubieran podido, si lo intentaran, franquear el umbral de la casa en que se hallaban.

El santo varón se dió cuenta al momento de que no podía salir para el monasterio; los relámpagos, los truenos y la lluvia torrencial se lo impedían. Quejóse de ello con tristeza diciendo:

«¿Qué es esto, hermana? Dios te perdone la mala obra que me haces.» Y ella respondió: «Hermano, yo te pedí un favor y no me oíste; helo suplicado a Nuestro Señor, y Él me ha oído. Sal ahora, si puedes; déjame y vuélvete al monasterio.» Pero ¿qué había de poder salir? Se había negado a prolongar la visita y luego hubo de quedarse allí a pesar suyo. Toda la noche pasaron los santos hermanos en coloquios divinos con increíble gusto y contento de sus almas. Venida la mañana, San Benito se volvió a su monasterio y Santa Escolástica a su casa.

San Gregorio concluye su narración con estas sugestivas palabras: «Así, no es de maravillar que Benito quedase vencido por aquella mujer que deseaba ver durante más tiempo a su hermano: pues, según la palabra de San Juan, *Dios es caridad,* y por la agudeza de su entendimiento fué Escolástica más poderosa porque tenía un amor de Dios más perfecto y más fuerte.»

MUERTE Y SEPULTURA DE SANTA ESCOLÁSTICA

COMO queda apuntado en otro lugar, la ventana de la celda de San Benito daba a la llanura y desde ella se divisaba el convento de Plumbariola. Pasados tres días de la entrevista a que acabamos de referirnos y en ocasión de hallarse orando el Siervo de Dios, alzó súbitamente los ojos al cielo y vió una blanca paloma emprender el vuelo hacia la región azul del firmamento; el Señor le dió a entender que bajo aquella forma simbólica, el alma de su hermana se elevaba desde este valle de lágrimas a la

mansión de la gloria. Y así era en efecto; Escolástica había expirado sin enfermedad y exenta de sufrimientos, rodeada de sus hijas espirituales, sumidas en honda y resignada tristeza, pues si les era sensible perder la presencia de tan buena madre, no menos les servía de consuelo el saber que se hallaba para siempre entre los elegidos, atenta a protegerlas con sus valiosas plegarias. Las monjas de Plumbariola envolvieron los mortales despojos de Escolástica en un sudario, colocáronlos en unas andas y los llevaron a la capilla en donde por espacio de tres días les hicieron solemnes exequias.

Benito, entretanto, dominado por la tristeza y juntamente por la alegría, congregó a sus monjes, les comunicó el tránsito de su hermana, y luego los envió a Plumbariola a fin de que trasladaran el cuerpo al sepulcro que él había preparado. Llegados al monasterio, cargáronlo sobre sus hombros y entonando himnos de gratitud lo llevaron a Monte Casino. Recibiólo Benito derramando abundantes lágrimas y dando gracias a Dios por la muerte tan consoladora de su hermana, y lo hizo colocar en su propio sepulcro. «Y esto se verificó —escribe San Gregorio— para que los que sólo tuvieron una sola alma en Dios, tuvieran también una sola sepultura para ambos cuerpos.»

No habían de tardar mucho los dos hermanos en volverse a ver en el cielo para no separarse jamás. Escolástica dejó este mundo el 10 de febrero de 543, y cuarenta días más tarde, el 21 de marzo, expiraba a su vez San Benito, juntándose su cadáver con el de su hermana bajo el altar de la iglesia de Monte Casino. Mientras vivieron en su monasterio, los monjes trataron aquellas reliquias con la más filial veneración. Pero hacia fines del siglo VI, cincuenta años después de la muerte de San Benito y de Santa Escolástica, los lombardos destruyeron hasta sus cimientos el monasterio de Monte Casino. Los monjes que lo habitaban tuvieron que huir y retirarse a Roma, de suerte que los restos del santo fundador y de su bienaventurada hermana quedaron en el más completo olvido, enterrados bajo los escombros, sin que se supiese su emplazamiento exacto. Nueva destrucción experimentó dicho Monasterio en 1944 con motivo de la Guerra Mundial que acabó el año 1945.

SON HALLADAS LAS RELIQUIAS

ESTE lamentable estado de cosas duró más de un siglo y fué menester la intenvención divina para que cesara. En vida de San Benito, fundáronse en varias naciones monasterios sometidos a la regla que él estableciera. Teníase en ellos noticia de las ruinas del Monte Casino y mucho lamentaban que las reliquias de San Benito y Santa Escolástica hubieran permanecido allí privadas de todo honor. Empero dispuso el Señor que a fines del siglo VII o principios del VIII, un santo monje de los alrededores

de Mans recibiera en sueños la orden de ir a Italia en busca de las reliquias de Benito y Escolástica y las trasladara a Francia.

Púsose el monje en camino y se detuvo no lejos de Orleáns en el monasterio benedictino de Fleury, a orillas del Loira. Supo allí que el abad había tenido un sueño como el suyo y había elegido ya algunos emisarios para enviarlos a Monte Casino. El monje de Mans se juntó, pues, a ellos y partieron sin demora hacia la fértil Campania. Cuando llegaron a Aquino, preguntaron a la gente del país, recogiendo toda clase de informes acerca del lugar preciso donde el venerado sepulcro se hallaba. Un anciano cuyos padres habían visto aún en pie el monasterio, les facilitó indicaciones útiles, aunque un tanto vagas, y los viajeros recorrieron rápidamente los diez o doce kilómetros que dista Aquino de Casino, llegando al anochecer al pie de la montaña en que San Benito levantara su monasterio.

Había que hallar el sepulcro y era cosa difícil a causa de las ruinas amontonadas por los lombardos. Ante semejante dificultad, pusiéronse en oración los monjes de Fleury y fueron atendidos, pues de repente apareció en la cima del monte una luz resplandeciente que lo iluminaba todo; dirigiéronse hacia aquella parte y no tardaron en descubrir la losa sepulcral. Al levantarla hallaron huesos humanos; luego, más abajo, pero separados por una delgada losa, descubrieron otros huesos.

Persuadidos de que aquellos restos eran precisamente los que buscaban. los recogieron, los lavaron y los envolvieron en sudarios, y, temiendo ser sorprendidos si se retrasaban, emprendieron al momento el regreso a su patria. No se habían engañado, y Dios nuestro Señor así lo manifestó claramente sembrando de milagros el tránsito de las santas reliquias.

Mas al llegar a Fleury surgió un conflicto entre el abad del monasterio y el monje de Mans. El primero pretendía guardar el preciado tesoro para su iglesia, mientras que el otro se resistía a abandonarlo, alegando que había recibido del mismo Dios la misión de ir a buscarlo. Para dirimir la cuestión, se convino en que las reliquias de San Benito se quedarían en Fleury y las de Santa Escolástica serían trasladadas a Mans.

Pero surgió entonces nueva dificultad. ¿Qué reliquias eran las de San Benito y cuáles las de Santa Escolástica? Sólo un milagro podía aclararlo. Trajeron el cadáver de un adolescente, muerto la víspera, colocáronlo junto a los huesos mayores, y al instante recobró la vida, mas antes había sido colocado junto a los huesos más pequeños y siguió inerte. Idéntico prodigio se verificó, pero inversamente, con el cadáver de una joven, por lo cual se dedujo que los huesos mayores eran los de San Benito y los otros los de Santa Escolástica.

El monje de Mans tomó posesión de éstos y se los llevó a su país. El obispo del lugar recibiólos con muchos honores, mandólos colocar detrás del

altar mayor de un monasterio dedicado a San Pedro, pero que muy pronto empezó a llamarse de Santa Escolástica.

Con todo, no permitió la Providencia que las reliquias de la Santa permanecieran íntegramente en Mans. En 874, la reina Riquilda, segunda mujer de Carlos el Calvo, trasladó gran parte de ellas a Juvigny, diócesis de Verdún, y mandó levantar de intento una abadía donde recibirlas; otra parte parece ser que fué llevada a Monte Casino en época que no se puede precisar.

El año de 1562 se apoderaron los hugonotes de la ciudad de Mans; mataron inhumanamente a los sacerdotes, pusieron fuego a las iglesias, profanaron los vasos sagrados, llevaron las arcas, cajas y relicarios donde estaban colocadas las reliquias, o depositados los cuerpos santos, después de sacar éstos y aquéllas, arrojándolas por el suelo; y cuando iban a ejecutar lo mismo con las de Santa Escolástica para quemarlas, se apoderó de ellos un terror pánico, que les obligó a huir precipitadamente, sin descubrirse el motivo; lo que se atribuyó generalmente a su poderosa y singular protección, y no contribuyó poco a aumentar la devoción de los pueblos.

En la actualidad pueden venerarse las reliquias de Santa Escolástica no sólo en Monte Casino, sino también en la iglesia parroquial de Juvigny, donde se encuentran desde el año 1804. Comprenden la parte anterior del cráneo y el antebrazo izquierdo con la mano, todavía cubierto de piel seca.

Como ha sucedido con otros muchos santos, la piadosa monja no ha sido objeto de una canonización formal, pero ha sido oficialmente reconocido por la Iglesia el culto que los fieles le tributaban; dicho culto permaneció limitado a la Orden benedictina hasta el pontificado de Benedicto XIII, que la extendió al orbe católico el 1.° de febrero de 1729 con rito de doble.

Suele representarse a Santa Escolástica como a una monja adelantada en años, llevando en una mano el báculo de abadesa y a veces un crucifijo; con frecuencia ponen una paloma a su lado. Invócasela especialmente en favor de los parvulitos atacados de convulsiones.

SANTORAL

Santos Ireneo, Jacinto y Amancio, mártires; Silviano y *Protadio;* obispos; *Guillermo, duque y ermitaño; Zenón, ermitaño; Arnaldo, abad;* Sigón, obispo de Clermont; diez Santos mártires en Roma; Aníbal, mártir; Caralampio y Porfirio, mártires. Santas **Escolástica, virgen;** Austreberta, virgen y abadesa; *Sotera, virgen y mártir.*

SAN PROTADIO, obispo. — Hijo de ilustre familia, gozó de mucha consideración en el palacio real de Borgoña. Ocupó la sede episcopal de Besanzón, antigua capital del Franco Condado. Luchó contra los simoníacos y vigiló para que sus fieles no se inficionaran de los errores de entonces. Entregó su alma a Dios el 10 de febrero del año 624.

SAN GUILLERMO, ermitaño y confesor. — Era duque de Aquitania, muy fuerte y poderoso, y entregado a la voluptuosidad. Muy cruel y duro con el prójimo, hizo un daño inmenso en toda aquella comarca y aun en otras lejanas a donde llegó también la fama de su monstruosidad. San Bernardo quiso tratarle para reducirle al buen camino; aunque al principio había grandes dificultades para ello, al fin Dios suscitó un medio que permitió dicha entrevista. Guillermo obedeció a Bernardo, se vistió traje de penitencia y fué a ponerse a los pies del Papa, que a la sazón se hallaba en Francia, para que le levantara la excomunión. Pero el Papa, no queriéndole reconocer, le envió al patriarca de Jerusalén. Se vió muy fuertemente tentado, mas de todo triunfó. Se retiró a hacer penitencia a un lugar apartado no lejos de Pisa; pronto fueron muchos penitentes a ponerse a sus órdenes; pero luego decayeron de su primitivo fervor, y Guillermo los abandonó, yéndose a otro lugar solitario, donde le pasó lo mismo. Volvió al primitivo retiro, y allí recibió y formó a dos buenos monjes: Alberto y Renoldo, éste, médico famoso. Guillermo murió en la paz del Señor el 10 de febrero del año 1157. Se le considera como fundador de los ermitaños de San Guillermo.

SAN ZENÓN, ermitaño. — Este Santo es uno de aquellos que, enamorados de Dios y dóciles a la voz de su conciencia, lo abandonan todo por seguir más de cerca a Cristo hecho pobre por amor nuestro. Nació en la provincia del Ponto, a orillas del Mar Negro; se retiró a Capadocia después de distribuir sus bienes a los pobres; ocupó el cargo de cartero del emperador para vivir así más humillado en este bajo empleo; por fin llevó vida de penitencia y murió el 10 de febrero del año 445 próximamente.

SAN ARNALDO, abad. — Nació en Padua y tomó el hábito benedictino en el monasterio de San Justino, del cual llegó a ser abad. Fué perseguido por el déspota Ezzelino y, por orden de éste, encerrado en un inmundo calabozo, donde murió extenuado por el hambre y el dolor (siglo XIII).

SANTA SOTERA, virgen y mártir. — Vivía en Roma a principios del siglo IV. Era descendiente de familia consular. A causa de sus riquezas y de su belleza corporal, Sotera fué objeto de muchas pretensiones por parte de los más linajudos varones de la corte romana. Pero ella despreció todas las ofertas, porque no quería a otro esposo que a Jesucristo. La hermosura del cuerpo le parecía cosa baladí y por esto buscaba ante todo la belleza imperecedera del alma mediante la práctica de la virtud. Se dió a la oración y a las más rudas penitencias para asegurarse la unión permanente con Dios. Los sicarios de Diocleciano la quisieron hacer adorar a los ídolos; pero ni con azotes ni otros tormentos lograron su intento. Finalmente, entre cánticos de alabanza al divino Esposo de su alma, recibió el golpe mortal que le segó la cabeza y la coronó de gloria por toda la eternidad, el 10 de febrero del año 304.


Gloriosa familia de mártires

SANTOS SATURNINO, DATIVO

y compañeros, mártires en África († 304)

DÍA 11 DE FEBRERO

DESPUÉS de la proclamación del primer edicto de persecución que tantas víctimas causó, dispúsose Diocleciano a celebrar sus vicenales, o sea, sus veinte años de reinado (303), y entre las gracias obligadas de semejante acontecimiento solía haber una generosa amnistía. En esta ocasión, como en otras, el emperador se la otorgó a sus pueblos, alcanzando no sólo a los reos de delitos comunes, sino a innumerables cristianos que recobraron la libertad. ¿Se puso a éstos, como condición deshonrosa, la apostasía? No es probable; semejante condición habría sido superflua por cuanto los cristianos apresados ya se habían visto en la alternativa de sacrificar a los dioses, quedando libres en el acto los que en ello consentían.

RECRUDECE LA PERSECUCIÓN. — ASAMBLEAS CRISTIANAS PROHIBIDAS

PERO la amnistía otorgada con motivo de las fiestas vicenales, no preservó de nuevas persecuciones a los cristianos. Ninguno de los edictos recientemente lanzados había sido retirado; por lo tanto, subsistía la amenaza de aplicar las leyes contra la Iglesia. Lo incierto de la situación,

esa inseguridad del día de mañana, se renovarán más de una vez, en más de una región en la historia del catolicismo. Efectivamente; dos príncipes fanáticos, Maximiano Hércules y Galerio, amos del imperio desde que Dioclano cayera enfermo, se encargaron de aplicar los mencionados edictos con acrecentamiento de rigor, en los primeros meses del año 304.

Uno de los artículos de un edicto del año anterior, imponía a los sacerdotes la entrega de los libros sagrados y devocionarios y prohibía las asambleas de los fieles, que en consecuencia hubieron de ser interrumpidas casi en todas partes. A veces sin embargo, los fieles más celosos y atrevidos conseguían reunirse los días de fiesta y celebraban los santos misterios, pero por lo regular, era menester valerse de subterfugios y disimulación para no ser descubiertos.

Algunos cristianos de Abitina y de Cartago lograron organizar una pequeña asamblea en la primera de las mencionadas ciudades, por parecerles que allí estaban menos expuestos que en la metrópoli a las pesquisas de la policía proconsular. Dicha asamblea reconocía como presidente al presbítero Saturnino, y sus afiliados se congregaban unas veces en casa de un ciudadano principal, llamado Octavio Félix, y otras en la del lector Emérito. Ocurrió, pues, que un domingo durante la celebración de los santos misterios, el jefe de policía, que había sorprendido el secreto de esas reuniones periódicas, entró en casa de Félix y arrestó a todos los asistentes. Eran éstos el oficiante Saturnino; Dativo, senador de la ciudad; Félix, Atelico, Ampelio y otros 35 fieles, entre ellos cuatro hijos de San Saturnino, llamados: Saturnino, Félix, María e Hilarión.

INTERROGATORIO DE SAN DATIVO

COMO primera providencia todos estos cristianos fueron conducidos al Foro, donde, interrogados por los magistrados, confesaron con denuedo la fe de Cristo; pero como el procónsul era el único a quien incumbía la causa, los acusados fueron enviados a Cartago.

Las actas de su comparecencia ante el alto magistrado dictadas por él en persona, se conservaron en los archivos públicos y, fundado en esos documentos —cuyo laconismo es prueba de sinceridad—, un autor donatista compuso la única versión que nos queda del martirio de aquellos cristianos. La fecha del interrogatorio la trae San Agustín de esta manera: «La víspera de los idus de febrero, siendo Diocleciano cónsul por novena vez y Maximiano Hércules por vez octava», esto es, el 12 de febrero del año 304.

Al presentar los arrestados al procónsul, el oficial manifestó que eran cristianos que los magistrados de Abitina le enviaban por haber contravenido los edictos de los césares y de los emperadores, que les prohibían celebrar asambleas y los misterios del Señor.

Dativo fué el primero que sufrió interrogatorio, haciéndole las consabidas preguntas acerca de su nombre y condición, y luego le preguntó si había asistido a las asambleas de los fieles. Dativo confesó que era cristiano y que había tomado parte activa en dichas asambleas.

Anolino insistió para ver si le arrancaba el nombre del que presidía esas asambleas, y para conseguirlo más fácilmente ordenó al oficial que tendieran a Dativo en el potro y que le despedazaran con garfios de hierro. De súbito uno de los acusados, Atelico, atraviesa la muchedumbre y se presenta al suplicio, clamando con todas sus fuerzas:

—También nosotros somos cristianos y hemos celebrado reuniones.

NOBLE PROCEDER DE SAN ATELICO

AL oír estas palabras, el furor del procónsul se inflamó, lanzó un suspiro y, profundamente contrariado por la intervención del nuevo confesor, le mandó azotar severamente. No dándose por satisfecho ordenó que Atelico fuese tendido también en el potro y sus miembros hechos jirones por los garfios. El mártir, en medio de los suplicios, rogaba con fervor:

—¡Gracias sean dadas a Dios! ¡Oh Cristo, Hijo de Dios!, sean en tu nombre libertados tus siervos.

Entonces el procónsul le preguntó:

—¿Quién te ha ayudado a organizar esas asambleas?

—El presbítero Saturnino y con él todos nosotros.

Hace notar el autor de las Actas que esta confesión no fué una traición, puesto que allí presente se hallaba Saturnino, deseoso de luchar también por la fe.

Atelico sufría atroces tormentos y a la vez oraba con fervor y mansedumbre; como fiel cumplidor del Evangelio, pedía perdón por los enemigos que tan bárbaramente le atormentaban. En aquel momento no se quejaba de sus tormentos, pero reprochaba a sus verdugos y al procónsul su impiedad.

—Bien sabes que debías cumplir los mandatos del emperador— le decía el magistrado.

A pesar del destrozo que sufría su cuerpo, tuvo Atelico valor para contestarle:

—Sólo he aprendido una ley, que es la ley de Dios; las demás ¿qué me importan? Esta es la ley que quiero guardar, por ella quiero morir y en ella consumar mi sacrificio; pues fuera de esta ley no hay otra.

TRAS LOS TORMENTOS, LA CALUMNIA

DESPUÉS de Atelico le llegó nuevamente el turno a Dativo el lector, que, como queda dicho, se hallaba tendido en el potro. Mientras seguía confesando que era cristiano y que había asistido a las ceremonias cristianas, vióse de repente salir de entre la muchedumbre al abogado Fortunato, hermano de Victoria, una de las acusadas y, dirigiéndose al procónsul:

—Señor —le dijo—: Dativo es el que apartó a mi hermana Victoria del recto sendero mientras cursaba yo la carrera en esta capital, y se la ha llevado consigo lejos de los esplendores de Cartago a la colonia de Abitina, juntamente con las doncellas Restituta y Segunda. Si alguna vez ha entrado en nuestra casa ha sido únicamente para extraviar el espíritu de esas jóvenes.

La intrépida Victoria quedó indignada al oír acusar de ese modo a Dativo y no pudiendo contenerse prorrumpió:

—Nadie tuvo nada que aconsejarme cuando salí de mi casa, y es falso que fuera a Abitina con él, como lo puedo probar por el testimonio de sus habitantes. Cuanto he hecho lo he hecho con entera libertad; he celebrado los misterios del Señor con hermanos, porque soy cristiana.

Al oír esto, el imprudente abogado rompió en tremendas acusaciones contra Dativo, quien desde el potro le contestó debidamente. Detuviéronse los verdugos. Otro acusador, por nombre Pompeyano, abogado también, trató de mancillar la reputación del confesor de la fe; pero éste rechazó con desprecio tales insinuaciones, diciéndole:

—Satanás, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Qué nuevos inventos traes contra los mártires de Cristo?

A las preguntas que se le hacían, Dativo respondía sin desmayo que él llegó mientras se celebraba la asamblea de los fieles y que, naturalmente, había celebrado los misterios del Señor, pero no había sido el único autor de la asamblea.

—¡Oh Jesús! —añadió—, te ruego no sea yo confundido. ¿Yo qué he hecho? Saturnino es nuestro sacerdote.

EL PRESBÍTERO SAN SATURNINO

LLAMARON, pues, a Saturnino.

—De modo —le dijo el procónsul— que, infringiendo las órdenes de los emperadores y de los césares, no has temido congregar a toda esa gente.

—Hemos celebrado en paz los divinos misterios.



Un domingo, durante una asambla de cristianos, el jefe de policía se presentó inesperadamente y mandó detener a Saturnino, a sus tres hijos y a su hija. La familia toda dió ejemplo de esforzado valor, y alcanzó la palma del martirio en medio de espantosos tormentos.

—¿Y por qùé?

—Porque no está permitido suspenderlos.

Anolino ordenó entonces que le aplicaran al potro al lado de Dativo, a quien seguían atormentando mientras decía con fervor:

—¡Oh Cristo! ven, te conjuro, en mi ayuda...

Interrumpiéndole, el procónsul le dijo:

—Mejor hubieras hecho en usar de tu influencia para inclinar a esta gente a mejores sentimientos y a no violar sin motivo el edicto de los emperadores.

—¡Soy cristiano! —fué la única respuesta del mártir.

—Basta —dijo el procónsul, y le mandó encerrar en el calabozo.

Sin embargo, al ser interrogado Saturnino si era él el autor de la asamblea, respondió:

—Sí, yo me hallaba presente.

—Soy yo el autor —exclamó el lector Emérito—, pues que en mi casa se han celebrado las reuniones.

Pero siguiendo el procónsul su interrogatorio a Saturnino, le preguntó:

—¿Y por qué obraste contra el decreto de los emperadores?

—Nosotros no hacemos más que lo qùe el Espíritu Santo nos inspira y nadie puede impedirnos el celebrar los misterios de nuestra sacrosanta religión.

—Está bien, pero no debías despreciar la prohibición de los emperadores, sino más bien observarla y no hacer nada contra sus órdenes.

Seguidamente fué aplicado al tormento; desgarráronle los nervios, y le despedazaron las carnes, quedando las entrañas al descubierto y todo el cuerpo anegado en sangre. Mientras tanto oíase a Saturnino rezar breves y fervientes plegarias. No acabó la vida en este tormento, sino que fué luego llevado a la cárcel.

EL LECTOR SAN EMÉRITO

HABÍALE llegado el turno a Emérito.

—¿Es verdad que las asambleas se celebraron en tu casa? —le preguntó Anolino.

—Cabalmente; en mi casa se celebraron.

—¿Por qué permitías a toda esa gente que entrara?

—Porque son mis hermanos y no se lo podía impedir.

—Pues debías habérselo impedido.

—No podía ser, porque no podemos vivir sin celebrar el día del Señor.

Ordenó el juez que Emérito fuera echado sobre el potro y otro verdugo nuevo —los de antes estaban ya rendidos— le diese tortura. Mientras tanto, el nuevo mártir oraba en voz alta de esta manera.

—¡Oh Jesús! Suplícote que me asistas.

Y volviéndose luego hacia el procónsul y los verdugos, los increpaba:

—¡Desventurados, obráis contra los preceptos del Señor!

El procónsul le interrumpía diciendo:

—Obligación tuya era no admitirlos en tu casa.

—En modo alguno podía despedir a mis hermanos.

—La orden de los emperadores y Césares debía prevalecer.

—Dios es más grande que los emperadores: ¡Oh Jesús, socórreme! Acoge mis preces y alabanzas, Dios mío. Otórgame fortaleza para sufrir.

—Por lo visto —prosiguió el procónsul— guardas en casa las Escrituras.

—Las guardo en mi corazón. ¡Dios mío, oye mis clamores! Llegen a ti mis alabanzas!

—Basta —ordenó el procónsul a los verdugos.

Y se puso a dictar el proceso verbal de los primeros interrogatorios. Después dirigiéndose a Emérito:

—Conforme a tus declaraciones, se te castigará como mereces.

INTERROGATORIO DE SAN FÉLIX Y OTROS VARIOS

EL interrogatorio prosiguió, y nuevos acusados fueron llamados a declarar.

—Confío —les dijo Anolino— que seréis más cuerdos que vuestros predecesores y que preferiréis salvar la vida observando los edictos.

A lo que respondieron todos a una:

—Somos cristianos y no podemos dejar de observar la ley santa; estamos dispuestos a derramar nuestra sangre por ella.

Entonces el procónsul, dirigiéndose a uno de los cristianos por nombre Félix, le dice:

—No te pregunto si eres cristiano, sino si has celebrado asambleas o si guardas algún Libro sagrado.

Félix fué tan violentamente apaleado que no tardó en expirar.

Seguidamente le llegó el turno a otro cristiano del mismo nombre, que murió de idéntica atroz manera; siguiendo luego otros que sufrieron interrogatorios y tortura, yendo a parar a la cárcel.

Mandóse comparecer entonces al joven Saturnino, hijo del venerable presbítero.

—Saturnino, ¿también tú has asistido a las asambleas? —le preguntó Anolino.

—Yo soy cristiano —contestó el joven.

—No es eso lo que te pregunto, sino que me digas si tuviste parte en los misterios del Señor.

—Sí, tuve parte, pues Jesucristo es mi Salvador.

Al oír este nombre Santo, Anolino se enfureció de tal suerte que hizo tender al joven en el potro donde su padre había sido torturado.

—A ver —le decía con sorna Anolino—, ¿cuál es ahora tu fe? Ya ves a qué estado has venido a parar.

—Yo soy cristiano —repitió aún Saturnino.

—Te pregunto si has asistido a vuestras asambleas; si conservas algún libro de las Escrituras.

—Yo soy cristiano, y no hay otro nombre, después del nombre de Cristo, que hayamos de honrar como santo.

—Puesto que perseveras en tu obstinación, serás sometido a la tortura. Golpeadle —dijo, encarándose con los verdugos.

El joven fué torturado con extremada barbarie con los garfios de hierro, de modo que su sangre se mezcló con la de su padre. A continuación enviáronle a la cárcel con los demás acusados; todos oraban fervorosamente por el triunfo de los que habían de comparecer aún ante el procónsul.

UNA DONCELLA ARREPENTIDA. — HERMOSAS RESPUESTAS DE UN NIÑO. — LA MUERTE EN LA CÁRCEL

EL día había declinado. El procónsul estaba ya cansado y tenía ganas de acabar. Dirigiéndose, pues, a los acusados que todavía no habían pasado interrogatorio, les dijo:

—Testigos sois de lo que han sufrido los que persistieron en su confesión y veréis lo que les aguarda todavía si no se rinden. Los que de entre vosotros quieran alcanzar el perdón, que renuncien en voz alta a su fe.

Al oír estas palabras, los confesores todos a una prorrumpieron:

—Somos cristianos.

Anolino, fuera de sí, mandó que fuesen llevados de nuevo a la cárcel.

Quedaban dos sin embargo: Victoria, reclamada por su hermano el abogado, y el niño Hilarión, hijo del presbítero Saturnino. Victoria era una joven de bellas prendas y de familia distinguida. Para conservar su virginidad, se había fugado de casa de sus padres por una ventana, poco antes de la celebración de un matrimonio que se pretendía imponerle. El procónsul quería salvarla y entregársela a su hermano, pero a todas las preguntas que se le hacían respondía:

—Soy cristiana.

Entonces su hermano pretendió demostrar que había perdido el juicio.

—No —respondió ella—, no he perdido el juicio y jamás he mudado de opinión.

—¿Quieres irte con tu hermano? —le dijo Anolino.

—No, no quiero, yo soy cristiana; mis hermanos son los que observan los preceptos del Señor.

No pudiendo persuadirla, ordenó el procónsul que volviera a la cárcel con los demás.

Después de Victoria venía el pequeño Hilarión. El magistrado al verle ante sí se conmovió y adoptó todos los medios de salvarle.

—Te has dejado arrastrar por el ejemplo de tu padre y tus hermanos, ¿verdad?

Lejos de alegar ignorancia, exclamó Hilarión:

—Yo soy cristiano, y por mí mismo y por la propia voluntad he asistido a las asambleas con mi padre y mis hermanos.

Fingiendo entonces Anolino aire sereno y tomando voz terrible para intimidar al niño, le dijo:

—Voy a ordenar que te corten el pelo, las orejas y la nariz, y con tal figura te soltaré para escarnio tuyo y escarmiento de los demás.

—Haz lo que quieras, pero yo soy cristiano —respondió el niño.

—Llevadle a la cárcel —rugió entonces el magistrado.

—¡Gracias a Dios! —exclamó entonces el niño alborozado.

La lucha de estos intrépidos confesores de la fe se terminó a lo que parece en el oscuro calabozo. Anolino los olvidó intencionadamente, y debilitados sus cuerpos, ya por la pérdida de sangre, ya por el hambre y sed que padecieron, murieron allí gloriosamente.

Importa mucho no confundir este grupo de mártires africanos, que la Iglesia honra el 11 de febrero, con otro grupo del mismo continente cuya fiesta se celebra el 17 de enero, dando lugar a confusión, tal vez, el que en el segundo grupo consta también uno con el nombre de Dativo.

SANTORAL

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES. Santos Pascual y Gregorio, mártires; **Saturnino, Dativo, Félix, Emérito y compañeros, mártires;** *Severino* y Jonás, monjes; Adolfo y *Calocero,* obispos; Hipólito de Avelino, Sabino y Rómulo, mártires; *Martín de Lobera, en León;* Lázaro, arzobispo de Milán; Desiderato, obispo; Martino, presbítero; *Lucio, obispo de Andrinópolis y compañeros mártires;* el Beato Juan de Brito, jesuíta portugués, apóstol y mártir del Maduré (Amazonas). Santas Teodora, emperatriz en Constantinopla; y Eufrosina, virgen, en Alejandría.

SAN SEVERINO, abad. — Hijo de ilustre familia borgoñesa, abandonó el siglo y entró en la abadía de San Mauricio, fundada por el rey de Borgoña San Segismundo. Elegido abad de la misma, fué siempre un modelo de todas las virtudes y se consideró más el servidor de todos que el amo del convento. Su fama de

santidad fué tan grande que, habiendo enfermado el rey Clodoveo, le mandó llamar; mientras Severino iba al palacio real obró dos milagros curando al obispo de Nevers, Eulalio, y a un leproso. Con sólo poner su manto sobre la cabeza de Clodoveo, éste quedó repentinamente curado. Faltándole las fuerzas físicas para regresar a su querida abadía, se retiró a una soledad agreste y voló desde allí a la gloria el 11 de febrero del año del Señor de 507.

SAN CALOCERO, obispo. — Fué uno de los primeros discípulos de los Apóstoles y vino a España con su amigo Santiago, nuestro glorioso Patrón. En ausencia de éste —ido a Jerusalén llamado por la Santísima Virgen—, predicó en la provincia de Toledo, donde consiguió numerosas conversiones. Visitó, en Italia, a su amigo San Apolinar, a quien sucedió en la sede episcopal de Ravena. Al saber la muerte del apóstol de España, fué a Jerusalén para llorar sobre su tumba. San Calocero voló al cielo el 11 de febrero del año 120.

SAN MARTÍN DE LOBERA, agustino. — Este Santo español fué ornamento de los canónigos regulares de San Agustín, en cuyo convento de San Marcial, de la ciudad de León, ingresó después de haber prestado en él sus servicios de acólito. Al quedarse sin padres, que eran muy ricos, distribuyó sus bienes entre los pobres. En el convento vivió con gran ejemplaridad, pues su prudencia, recto juicio, docilidad, mansedumbre y piedad no tenían semejante; sobresalió por su extremada austeridad. Realizó una peregrinación a Santiago de Compostela y luego marchó a Roma y Jerusalén. Aquí permaneció dos años sirviendo a los pobres peregrinos en un hospital. Por sospechas infundadas tuvo que sufrir los rigores de la cárcel, de la que le libró Dios de un modo parecido al de San Pedro. El rey Alfonso IX le visitaba con frecuencia para pedirle consejo; lo mismo hacían muchos obispos y magnates. Una vez que Martín estaba en sueños, se le apareció San Isidoro con un libro en las manos, y le dijo: «Toma este volumen, cómelo, y te dará el Señor la inteligencia que apeteces de las Santas Escrituras: viértela con facilidad para que se instruyan por ti los fieles.» Obedeció Martín y, comiéndose el libro, quedó tan lleno de sabiduría, que sobrepujó a todos los teólogos de su tiempo. Extenuado por los rigores de sus ayunos y penitencia, expiró plácidamente el día 11 de febrero del año 1203, confortado con los Santos Sacramentos.

SAN LUCIO Y COMPAÑEROS, mártires. — San Lucio floreció en Andrinópolis durante el imperio de Constantino el Grande. Fué un obispo batallador, pues a pesar de intrigas y amenazas, combatió denodadamente al arrianismo. Los herejes le acusaron injustamente de haber arrojado a los perros las formas consagradas. Después de un concilio que estudió los hechos, Lucio fué devuelto triunfalmente a su silla episcopal, desde donde volvió a combatir al arrianismo. Nuevamente fué perseguido por los herejes, los cuales le degollaron en la prisión en unión de otros compañeros eclesiásticos, en tiempo del emperador Constancio.



SANTA EULALIA

Virgen y mártir († 304)

DÍA 12 DE FEBRERO

LAS potestades de la tierra y las furias del averno se agitaban convulsas en los primeros siglos del Cristianismo, encontrándose desencadenada la persecución de Diocleciano al alborear el siglo IV. Pero en el cielo de la naciente Iglesia aparecía una aurora de esperanza, fundada en las palabras del Divino Salvador y en la prometedora fecundidad de la sangre de los mártires, que, según frase de Tertuliano, era semilla de nuevos cristianos y, por ende, vitalidad expansiva de la misma Iglesia, con la cual se estrellaban las furias infernales, manifestadas en las persecuciones, cuyo mejor efecto era el incremento de la fe y el afianzamiento de la sociedad cristiana.

Entre los muchos mártires que sellaron la fe con su sangre, figura la tierna doncella Santa Eulalia, que vió la luz primera a fines del siglo III en la ciudad de Barcelona, que ciñe sus sienes con corona condal y baña sus pies en las azules ondas del Mare Nostrum. Moró con sus padres en una pequeña propiedad de las afueras de la ciudad; y la opinión más probable es que la casa solariega de nuestra Santa, está hoy convertida en asilo de ancianos bajo la custodia de las Hermanas de la Caridad.

INFANCIA DE EULALIA

EL nombre de Eulalia es de origen helénico (Eulaleo) y significa «hablo bien». Como veremos, el niña cumplió perfectamente lo que su nombre significa, especialmente cuando estuvo delante del tirano. Los padres de Eulalia fueron los mártires Fileto y Leda, del orden senatorial de Barcelona, y todos sus afanes eran cuidar con esmero de la aducación cristiana de su hija. Le enseñaron el santo temor de Dios y el fiel cumplimiento de la Religión de Jesucristo, así como una ardentísima devoción a María Santísima.

Su bello natural y la inclinación al bien habían de favorecer los deseos de sus progenitores, cuyo buen ejemplo y las sabias máximas que le inculcaron, basadas en el Evangelio, produjeron en ella un tierno amor a Jesucristo y un celo incansable por defender su Religión. Estaba dotada la niña de un talento muy despejado, poco común en doncellas de su edad. Poseía amplios conocimientos de las Sagradas Letras y de la doctrina moral de la Iglesia Católica. Además, Dios la favoreció concediéndole una elocuencia y dulzura dignas de ser admiradas. Cuantos la oían quedaban prendados de su saber y arrebatados entre las olas de su conmovedora palabra.

No le gustaba el trato con la sociedad; vivía en casa retirada del mundo, pues le agradaba la vida solitaria; sólo conversaba con unas amigas, vecinas de su casa y muy cristianas, siendo el objeto de sus charlas asuntos siempre piadosos y edificantes. Gustaba Eulalia de referirles los tormentos de los mártires, cuyas huellas les animaba a seguir, y cuyo valor en los tormentos les hacía admirar.

Con frecuencia interrumpía sus conversaciones y sus labores para cantar himnos al Señor. Eulalia se ocupaba en confeccionar vestidos, que luego regalaba a los pobres. Nunca empezaba una ocupación sin ofrecerla a Dios por medio de la señal de la cruz.

SUS VIRTUDES

AMOR a los pobres. — **Tenía Eulalia un inmenso deseo de servir a los pobres y necesitados, y sentía honda pena cuando no podía consolarlos ni hacer nada en su favor. Cierto día en que se le presentó uno de estos infelices, al ver que no podía socorrerle, echó mano de unos panes de flor de harina destinados al consumo de la familia y, escondiéndolos en la falda de su túnica, se encaminaba hacia el necesitado para dárselos; mas en ese momento fué sorprendida por su padre, el cual, enojado, le preguntó:**

«¿Dónde vas, Eulalia?» Y, cogiéndole la falda, se la sacudió; pero su indignación se trocó en sorpresa al ver que en el suelo estaban esparcidas la bellas flores caídas de la falda; estas flores exhalaban una fragancia que llenaba todo el aposento. Era, no obstante, la estación de los hielos.

Vida de oración. — Dice el «Passio» de la Santa, que «no hacía otra cosa sino, día tras día, honrar al Señor, con santos himnos, en el secreto de su aposento, juntamente con otras compañeras que consigo reunía». De esta oración continuada sacó fuerzas para soportar las pruebas y tormentos de su martirio.

Humildad. — Su sencillez y humildad se pusieron de manifiesto cuando, al arreciar los tormentos a que la sujetaban los verdugos, exclamó: «Señor Jesucristo, óyeme a mí, esclava indigna tuya; contra Ti sólo he pecado. Perdona mis malas obras.»

Obediencia. — Se lee en las notas de su martirio que era en todo obedientísima a sus padres, a quienes nada ocultaba. Solamente cuando creyó ser para mayor gloria de Dios, veló a sus progenitores los planes que la animaban, y esto lo hacía para que no se los estorbasen. Con ello creía interpretar la voluntad del Señor, que le inspiraba tales cosas.

Caridad. — Eulalia era sumamente afable y caritativa en el trato con todos; su conversación no sólo cautivaba, sino que además edificaba. Y aun después de muerta manifestó esta dulzura de carácter en una oración en que, regresando de África San Félix, el campeón de Cristo, y encontrándose con la comitiva que llevaba a enterrar a la Santa, se acercó al féretro y, lleno de santa envidia, le dijo: «Tú, señora, mereciste antes la palma del martirio». Y el cadáver de Eulalia se sonrió, como para infundirle ánimo a fin de que no cejara en su noble empeño de obrar y predicar.

CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

La llama del amor divino ardía de tal manera en su corazón, que deseaba consumir en ella las almas de sus prójimos, cuya salvación deseaba ardientemente. Su celo era prudente, esforzado e ilustrado, porque, en primer lugar, cuando deseó ir a increpar al tirano para echarle en cara su felonía por las víctimas que causaba en el campo de la Religión, buscó la manera de ocultárselo a sus padres para que no se lo estorbaran. Para llevarlo a cabo se valió de las sombras de la noche y del sueño a que se entregaban sus familiares; salió de su casa al primer canto del gallo, sin que nadie se percatase de ello.

Luego, una vez ante el tirano, no se acobardó, sino que con entera libertad de espíritu le expuso la sinrazón que cometía no dejando practicar su

religión a los cristianos; y, finalmente, su celo pretendía levantar los ánimos abatidos de los cristianos, saliendo al paso al perseguidor.

Eran muchas las almas que seguían las huellas de Eulalia en el camino de la virtud, pues leemos en su Passio: «Teníanla todas como norma de la salvación de su alma.» No pretendía otra cosa la Santa, sino que todas las almas conocieran y amaran a su Divino Esposo.

SU VOCACIÓN

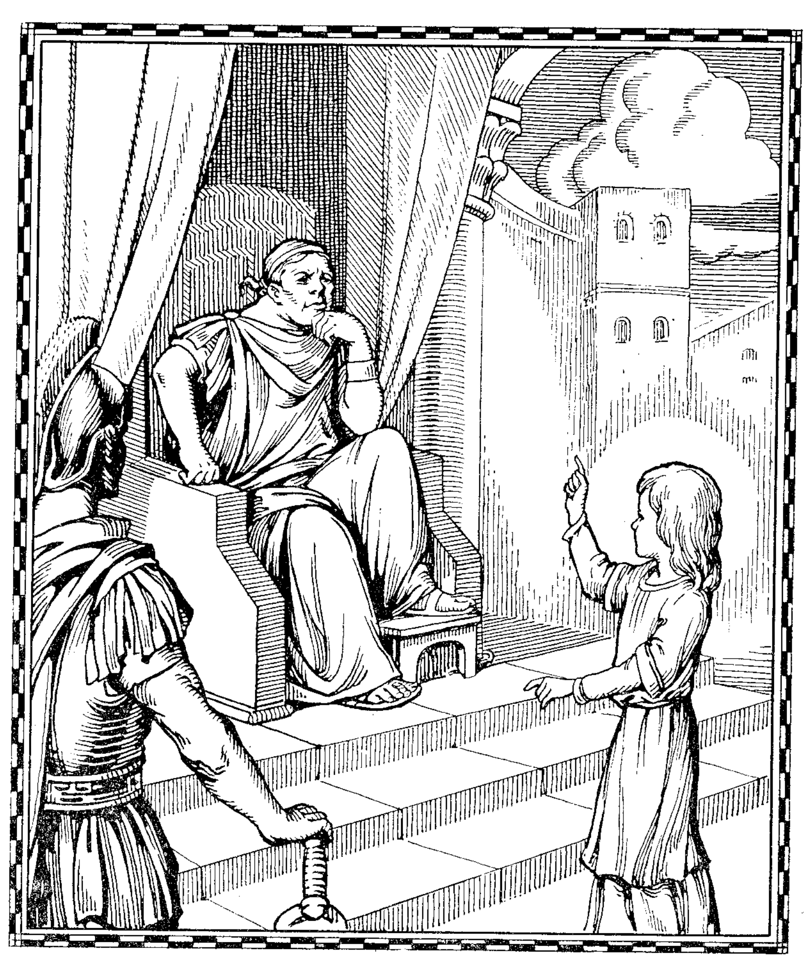
SIEMPRE ha sido la lectura llama que ha devorado las mentes y los corazones de los que a ella se han dado con frenesí ardiente y apasionado, convirtiéndolos en brasas de amor a Dios o en tizones del infierno. Cuando la lectura es buena y se hace bien, enardece los ánimos y los capacita para toda obra grande y sublime, sin que se encuentren obstáculos suficientes que puedan estorbar su consecución. Así ocurrió a nuestra Eulalia.

Se hallaba enfrascada en la lectura de las Actas de los Mártires, leyendo con gran avidez las referentes a San Tirso, mártir español, cuyo heroísmo penetró en nuestra Patria, en la que despertó intenso interés. De él aprendió Eulalia el hecho de presentarse al tirano sin ser buscada.

Tenía la santa doncella un profundo deseo de servir intensamente a Jesús, Esposo de su alma, a quien amaba con delirio. En uno de sus frecuentes éxtasis se le apareció un ángel y le anunció que Dios la había tomado por esposa, pero que la única dote que le daba era la cruz. Fué tan vivo el gozo que interiormente sintió Eulalia al oír el favor que Dios le concedía, que, postrándose en tierra, dijo mirando al cielo: «Señor mío, Jesucristo, hacedme tan dichosa que pueda tener por lecho una cruz, y que pueda en ella extender mis brazos y quedar crucificada. Apartad de mí todos los obstáculos, para que pueda yo hacer esta jornada, de tal manera que nadie impida que muera por Vos.»

Al saber Eulalia el Decreto de persecución contra los cristianos, sentía honda pena por la duda de si todos los cristianos barceloneses tendrían la presencia de ánimo y la fuerza de espíritu suficientes para no desfallecer en los momentos difíciles. Pero se alegraba, por otra parte, considerando que sus paisanos no tendrían menos valor y heroicidad que otros mártires, que con generosidad supieron verter su sangre por Dios.

Cuando creyó llegado el momento de echar en cara al tirano su maldad, se decidió, con resolución heroica, diciendo: «Dios me llama. He de dejar bien sentado mi nombre. Mi resolución está tomada.» Y, aprovechando la quietud de la noche y el reposo de sus padres, como ya hemos apuntado,



EULALIA, *llena de valor, increpa al inicuo juez, con estas palabras: «Juez de la iniquidad y enemigo de la verdad...: Uno sólo es el verdadero Dios, a quien los emperadores y tú y todos los hombres están obligados a venerar.»*

ella, después de una plegaria al Señor para que le diera fuerzas y valor con que soportar toda clase de trabajos, salió decidida de su habitación, sin despertar a nadie. Al llegar frente a una puerta cerrada, cayó de rodillas, juntó las manos y sus ojos se llenaron de lágrimas, perlas de amor filial; era el aposento donde dormían sus padres. «Adiós, padres míos, balbuceó Eulalia con voz ahogada por la emoción; voy a morir; Dios me llama.»

Con pasos apresurados llegó Eulalia al monte Taber, donde hoy se yergue la gótica Catedral barcelonesa, en cuya cima tenía establecido su tribunal el cónsul Daciano, el hombre más sanguinario y enemigo del nombre cristiano de cuantos enviara el emperador a la España Tarraconense, más que para gobernar, para destruir y aniquilar a los que profesaban la doctrina de Cristo.

ANTE EL JUEZ

LLENA de santo valor y plena confianza en Dios, se dirigió Eulalia a Daciano y le increpó de esta manera: «Juez de la iniquidad y enemigo de la verdad, que has llegado a sentarte en trono tan elevado que no temes al Señor de las alturas, que es sobre todos tus príncipes, y es superior a ti. ¿Cómo te atreves a perseguir y atormentar, obedeciendo a Satanás, a los mismos hombres que Dios creó a su imagen y semejanza para que a Él solo sirvieran? Uno solo es el verdadero Dios, Criador y Señor de todas las cosas, a quien los emperadores y tú y todos los hombres están obligados a venerar. ¿Cómo, pues, siendo hombre, te atreves a ofender a tu Dios?... ¿Acaso quieres comparar tu limitado poder con aquel soberano dominio de cielos y tierra? Ni siquiera el poder de los romanos emperadores, del cual procede el tuyo, puede compararse con el del Santo de los Santos y el Dios de la Majestad. Has de saber que mi Dios es el que forma, divide y aniquila los imperios... Todos cuantos tormentos pueda inventar tu malicia serán incapaces de conmover nuestra fortaleza, porque se halla sostenida por la gracia. Por ello, Daciano, es inútil que te molestes en convencerme, pues nada será capaz de apartarme de Aquel en quien tengo puesta toda mi confianza, que es Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Él es quien me alienta y da fuerza y valor capaz de resistir a todas cuantas crueldades puedas cometer.»

Daciano, quedó un momento suspenso y admirado de cuanto le decía la niña, a la cual se quedó mirando fijamente, como asombrado de que una tierna criatura como aquella pudiera hablar con tanta elocuencia. Al fin la interrogó: «¿Quién eres tú, que tan temerariamente has tenido la osadía, no sólo de presentarte al tribunal del juez sin haber sido llamada, sino que, con soberbia y arrogancia, te has atrevido a pronunciar ante el mismo juez palabras tan despreciables para la majestad del Imperio y de sus ministros?»

Eulalia, con voz más clara y con mayor viveza que antes, respondió: «Yo soy Eulalia, sierva de Jesucristo, único Rey de los Reyes y Señor de los Señores; y, por tanto, teniendo mi confianza en Él, no me acobardan ni atemorizan los tormentos y la muerte. Voluntariamente me he apresurado a venir para reprenderte por el nuevo edicto publicado. ¿Cómo has llegado a tanta necedad que, posponiendo al Dios único, criador de todo lo existente, antepongas la criatura al Criador, reverenciando a Satanás, y, no satisfecho con esto, te propasas en perseguir a los hombres que sirven al verdadero Dios para conseguir la vida eterna, y les obligas con diversos géneros de tormentos a que sacrifiquen a los que no son dioses, sino ángeles malos, llamados diablos, con los cuales vosotros, que los adoráis, seréis atormentados y abrasados por el fuego eterno?»

Estas palabras enardecieron el furor de Daciano, quien, irritado, exclamó:

—¿Estás loca? ¿No sabes que puedo hacerte morir?

—¡Morir! —exclamó Eulalia—; ¡oh qué dicha morir por mi Dios; por Aquel que murió por mí en la Cruz!

EL MARTIRIO

PERDIÓ Daciano la paciencia al ver la actitud enérgica de aquella doncella, a quien nada ni nadie podía apartar de su amor a Dios. Llamó entonces a los lictores y les dijo: «Atad a esta loca a una de las columnas del atrio y azotadla hasta que sacrifique a los dioses». La orden fué ejecutada. Eulalia sufrió este cruelísimo tormento con la mayor resignación. A pesar de que los inhumanos verdugos no cesaban de descargar azotes sobre sus delicadas espaldas, no exhaló niguna queja, antes, bendecía al Señor con ánimo constante y celestial alegría: «Porque Dios me conforta, decía, no siento vuestros tormentos».

Daciano la increpó, diciendo: «¡Oh miserable doncella! ¡Dónde está éste tu Dios tan poderoso, que no viene a librarte de la pena? Compadézcome de ti, infeliz muchacha; di que no sabías lo que hacías y que no conocías la potestad del juez; yo te perdonaré si ofreces sacrificios a los dioses.»

A lo cual respondió Eulalia: «Yo me burlo de ti, discípulo de la falsedad... Yo, discípula del Maestro de la Verdad, digo lo que Él me inspira;... con tus tormentos me veo más ennoblecida y esforzada»...

Daciano, viendo la constante fortaleza de Eulalia que le reconvenía por su modo de proceder y le manifestaba los castigos a que se hacía acreedor, dominado por la cólera, mandó traer el ecúleo, uno de los instrumentos de tortura más usados entonces; ordenó que, suspendida en él Eulalia, fuese atormentado su virginal cuerpo con úngulas o tenazas dentadas. Cumplióse la inhumana orden; los verdugos no tardaron en rasgar y despedazar el

cuerpo de la valerosa niña, hasta descubrirle las entrañas. Mientras tanto, Eulalia, con rostro alegre, alababa al Señor y le dirigía la siguiente plegaria: «Señor mío Jesucristo, oíd los clamores de vuestra inútil sierva, perdonadme lo que he obrado mal, y confortadme para que tolere con paciencia y sufra con tranquilidad los tormentos que me añaden por causa de vuestro santo Nombre, a fin de que no triunfen el diablo y sus ministros.»

Después de los dolores del ecúleo y de la exungulación, Eulalia fué colgada de un madero en forma de cruz, y Daciano, ciego de ira, mandó a los soldados que le aplicasen hachas encendidas a los costados y que la dejasen suspendida hasta que fuese abrasada por la violencia de las llamas. Después, los verdugos derramaron aceite hirviendo sobre las hachas y el cuerpo de la Santa, y nuevamente prendieron fuego; las llamas subían más vivas; pero Dios, que cuidaba del cuerpo de su amante paciente, hizo que las llamas, en vez de consumir el cuerpo de Eulalia, quemaran a los ministros, abrasándolos.

SU MUERTE

INMEDIATAMENTE la Santa entregó su espíritu al Señor, obrando Dios, entonces, otro prodigio, pues hizo que de la boca de su escogida saliese una blanca paloma, que remontó su vuelo hacia el alto firmamento. Era el alma de Eulalia, que subía a la Gloria a gozar de la presencia de su Señor y Dios, a quien en vida tanto había amado. Según la tradición, poco antes de morir, Eulalia dirigió a su Divino Esposo la siguiente plegaria: «Dios mío, recibid mi alma; os la entrego pura como me la disteis. Bendecid a mis padres y también a Barcino, mi patria querida... y ahora abridme las puertas del Paraíso».

Daciano mandó que el cuerpo de la Santa estuviese pendiente de la cruz hasta que las aves del cielo devorasen sus carnes. Pero Dios volvió por la honra de su esposa, haciendo caer nieve en tal cantidad que quedó el cuerpo totalmente cubierto como con blanca sábana, protectora de aquellas carnes virginales tintas en sangre de amor a Dios. A los tres días, unos cristianos, burlando la vigilancia de los guardias, bajaron de la cruz el cuerpo de la Santa y, ungiéndole con aromas, lo llevaron a enterrar.

La fecha de su martirio, según consta en una inscripción gótica de su actual sepulcro, sería hacia el año 304. Después de varios traslados, durante los cuales Dios obró sendos prodigios, el cuerpo de Eulalia fué, en 1339, depositado en la cripta de la Catedral de Barcelona, guardándose sus restos en un bellísimo sepulcro de alabastro, cuya parte exterior presenta hermosos bajo relieves alusivos a la vida de la Santa.

Barcelona está orgullosa de ser patria de esta heroica niña e ilustre mártir

de Cristo, a la cual profesa gran devoción, y de la que recibe innumerables gracias y una protección especial. Esta devoción se exterioriza, sobre todo, el 12 de febrero, día aniversario del triunfo de la mártir.

Con motivo del jubileo que en 1452 se concedió en honor de Santa Eulalia, fueron tantos los forasteros que aquellos días acudieron a Barcelona, que fué preciso habilitar hospitales, iglesias parroquiales y conventos para hospedaje de los fieles.

Han visitado el sepulcro de Santa Eulalia muchos grandes santos, reyes, papas y otros personajes ilustres.

FAVORES ATRIBUÍDOS A LA SANTA

ENTRE los muchos favores alcanzados de Dios por intercesión de Santa Eulalia, podemos citar los siguientes: Cuando en 1390 se hallaba la Iglesia afligida por el nefasto Cisma de Occidente, dispuso el piadoso rey don Martín que se hiciera una procesión de rogativas, la cual tuvo lugar el 29 de septiembre de dicho año, para que, por intercesión de nuestra Santa, se alcanzara del Señor que tal calamidad no llegara a estos reinos. El mismo rey imploró el auxilio de la Santa para que su primogénito el rey de Sicilia consiguiese la sumisión de Cerdeña. No tardó en ver realizados sus deseos. En 14 de julio de 1409, hallándose en su palacio de Bellesguart, a una legua de Barcelona, le fué comunicada la gran noticia por los mensajeros enviados por su augusto hijo, a los gritos de: «Victoria, victoria». Don Martín marchó al día siguiente, de madrugada, a la ciudad, donde fué directamente a la Catedral para cumplir su voto y dar gracias a Dios y a Santa Eulalia, a quien ofreció sus humildes gratitudes en una fervorosa novena, que se concluyó con una lucidísima procesión, a la cual concurrieron unas veintidós mil personas, dando con ello una prueba evidente del ardiente celo con que recurrían los barceloneses a implorar el divino auxilio por mediación de la Santa.

Cuando España estaba inconsolable por la larga y peligrosa enfermedad del rey don Fernando VI, después de fervorosas rogativas públicas y de haber sido llevado en procesión el cuerpo del mártir San Severo, singular patrono de nuestros reyes, se recurrió también a Santa Eulalia, tributándole sus cultos por espacio de nueve días; no se vieron defraudadas las esperanzas de sus vasallos. Concurrió a todos estos actos su iniciador, el marqués de la Mina, Capitán General de la región.

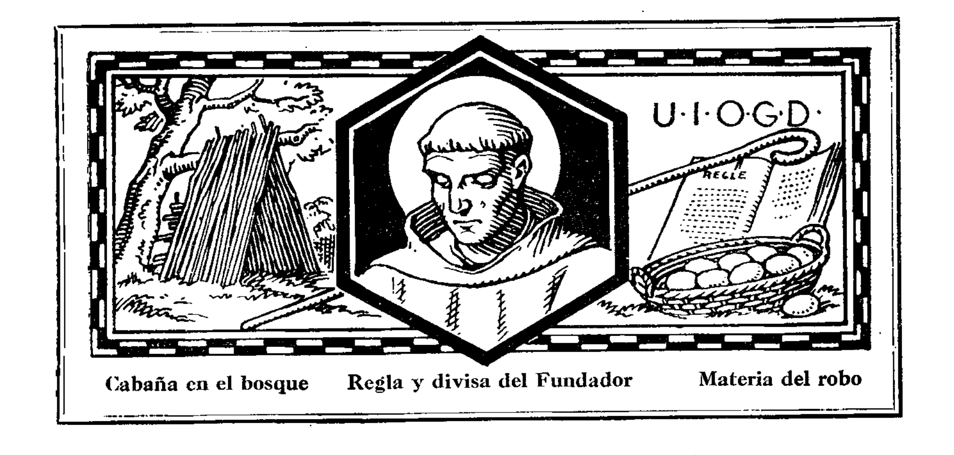
SANTORAL

Santa Eulalia de Barcelona, virgen y **mártir;** *los siete Santos Fundadores de la Orden de los Servitas: Melecio, patriarca de Antioquía; Benito de Aniano, abad;* Julián el pobre, patrón de los músicos ambulantes; Alejo, religioso y obispo de Kief; Ludano, el peregrino; Constancio de Brescia; Giberto, abad, martirizado por los hunos; Coslino, monje; Quintiliano de París; Damián, soldado y mártir; Modesto y Ammonio, niños mártires en Alejandría; Modesto y Julián, hermanos, mártires en Cartagena; Gaudencio, obispo y confesor; la traslación de un brazo de San Eugenio, de París a Toledo, en 1150; Macario, Rufino y Justo, mártires en Sevilla; Hipólito y Floro, mártires. Santas Juliana de Turín; Susana, Urbana y Donata, mártires.

LOS SIETE FUNDADORES DE LA ORDEN DE LOS SERVITAS. — En la bella ciudad de Florencia, el día 15 de agosto de 1233, festividad de la Asunción de Nuestra Señora a los cielos, se encontraban en la Iglesia, cantando las alabanzas de esta Señora, siete caballeros de dicha ciudad y, de repente, con gran asombro de todos, vieron que del trono de la Virgen se desprendían sendos rayos de luz que los iluminaban maravillosamente. Como si estos rayos tuviesen lengua que hablara a los corazones de estos caballeros, les inspiraron una vocación común, que fué la de propagar la devoción a la Santísima Virgen, particularmente a sus Dolores gloriosos. Los caballeros, cuyos nombres son: Buenhijo Monaldi, Buenajunta Maneti, Maneto de Antela, Amadeo Amidéi, Ugocio Ugocioni, Sosteneo Sostenéi y Alejo Falconieri, se desprendieron inmediatamente de sus bienes y, con vestidos de penitencia, se retiraron a dos leguas de Florencia. Los niños, quizás por influencia divina, comenzaron a llamarlos siervos de María, con cuyo nombre han sido reconocidos por la Iglesia.

SAN MELECIO, obispo. — Nació en la Armenia Menor y se hallaba dotado de ingenio vivo y penetrante y de natural inclinación a la piedad. Fué elegido obispo de Sebaste, a pesar de su repugnancia para aceptar el cargo; luchó denodadamente contra los arrianos, pero nada obtuvo; abandonó su sede y se retiró a la vida privada. Poco después fué nombrado para la silla de Antioquía, de la cual fué desterrado por las intrigas de los arrianos; sufrió las amarguras del destierro tres veces más y, después de haber presidido varios Concilios, murió en Constantinopla siendo pariarca de Antioquía, el 12 de febrero del año 381.

SAN BENITO DE ANIANO, abad. — Hijo de los condes de Magalona, de la nobleza goda, vivió Benito, llamado primero Witiza, en la corte de los reyes Pipino y Carlomagno. Pero la vida cortesana no le satisfacía; vivía intranquilo en medio del mundanal ruido. A los veintidós años abandonó el puesto de oficial del ejército y llamó a las puertas de la abadía de San Secuano, cerca de Dijón. Allí llevó una vida austerísima y dió constante ejemplo de las virtudes monacales. Cuando quisieron nombrarle abad, huyó de noche, secretamente, y se estableció cerca del río Aniano, donde fundó una gran abadía que podía albergar cerca de mil religiosos. Ludovico Pío le favoreció mucho en sus obras y le construyó otra abadía cerca de Aquisgrán. Benito llegó a ser el abad general del Imperio y el gran consejero del emperador. Después de larga vida, dedicada a la penitencia, a la oración y a reformar la Orden benedictina, un tanto relajada, se durmió en la paz del Señor el 11 de febrero del año 821, siendo enterrado el 12 del mismo mes, en la abadía de San Cornelio.



Cabaña en el bosque — Regla y divisa del Fundador — Materia del robo

SAN ESTEBAN DE MURET

Fundador de la Orden de Grandmont (1048-1124)

DÍA 13 DE FEBRERO

ESTEBAN, vizconde de Thiers, y su esposa Cándida o Blanca, se veían favorecidos de bienes de fortuna; pero lo más recomendable en ellos era su piedad y virtud. Largos años pasaron sin tener hijos. Concedióles, por fin, el cielo un niño, a quien pusieron en la pila bautismal el nombre de Esteban, y le consagraron al servicio de Dios. Era el año de 1048.

Desde la aurora de su vida, parecía Esteban —en expresión del cronista— abrirse cual flor de pureza, rosa o lirio destinado a los jardines del cielo.

Siendo todavía jovencito y de complexión delicada, llevóle su piadoso padre a Italia, donde visitaron los más célebres lugares de peregrinación. Enfermó de gravedad al llegar a Benevento, que está al sur de la Península, y, como se dilatara la curación, confióle su padre a Ulderico, arzobispo de aquella diócesis, cuya sede ocuparon después Aurelio y el beato Milón.

Tan luego como partió el conde, comenzó a mejorar rápidamente el muchacho, pero el Prelado le retuvo a su lado muy gustoso, y le procuró excelentes maestros, que cuidaron de su educación e instrucción; con frecuencia le instruía personalmente; y para mejor desarrollar su inteligencia, le hacía asistir al fallo de las causas que se pleiteaban en su tribunal. Pero nada

tomaba tan a pecho el Prelado como que su discípulo saliese muy aventajado en piedad y en virtudes cristianas.

Antes de regresar a su país, visitó Esteban en Calabria una comunidad de religiosos de vida muy ejemplar. Practicaban tal austeridad, humildad y pobreza que, por ningún concepto admitían hermanos conversos para servir en los menesteres domésticos. Admirado de tal linaje de vida, quedóse Esteban algún tiempo entre ellos, determinado a imitar a tan fieles siervos de Dios.

Pasó después cuatro años en Roma, donde le acogió un ilustre purpurado, y fué instruyéndose con perseverancia en las diversas Reglas religiosas, aunque nada le pareció igualar a lo que presenciara en el monasterio de Calabria, resolviendo volver a Francia, para establecer allí una comunidad semejante a aquélla.

Empero antes comunicó ese proyecto al papa Alejandro II, quien trató de retenerlo a su lado. También Gregorio VII, asombrado de que un clérigo tan joven tuviera tan fuerte inclinación a abrazar un linaje de vida tan austera, aplazó la concesión y quiso antes probar qué espíritu le guiaba. Al efecto, ofrecióle altas dignidades eclesiásticas y beneficios con pingües rentas; pero todo resultó inútil. Entonces, otorgóle el Sumo Pontífice la Bula de aprobación, fechada a 1.° de mayo de 1073. Satisfechos ya sus deseos, Esteban regresó a Auvernia.

SAN ESTEBAN, EN EL BOSQUE DE MURET

PREVIO reparto de sus bienes patrimoniales en favor de sus dos hermanos Guido y Guillermo, reservándose únicamente un anillo, salió de su tierra, cual otro Abrahán, sin saberlo sus allegados, encomendando al Señor su empresa. Atravesando varios parajes solitarios, llegóse a la ermita de un santo varón, llamado Gaucher, el cual, retirado del mundo y de sus vanidades, vivía en una gruta solitaria. Practicó allí Esteban vida eremítica, bajo la dirección de aquel siervo de Dios, y luego pasó a los solitarios bosques de Muret, a tres leguas de la ciudad de Limoges, donde fijo su residencia.

Contaba a la sazón el novel ermitaño unos treinta años, y quiso iniciar la nueva etapa de su vida por el sacrificio de sí mismo. Púsose en el dedo el único objeto de familia que había conservado, y escribió la fórmula siguiente de consagración al servicio de Jesucristo: «Yo, Esteban, renuncio al demonio y a todas sus pompas, y me ofrezco y entrego a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, único Dios verdadero en tres personas.» Poniendo después el escrito sobre la cabeza, añadió: «Oh Dios Todopoderoso, que vivís y reináis eternamente en tres personas, prometo serviros en adelante en la

fe católica en esta ermita, en fe de lo cual pongo este escrito sobre mi cabeza, y este anillo en el dedo, para que en la hora de la muerte me sirva esta promesa solemne de defensa contra mis enemigos.» Y agregó, dirigiéndose a la Virgen nuestra Señora: «Santa María, Madre de Dios, a vuestro divino Hijo y a Vos encomiendo mi alma, mi cuerpo y todo mi ser.»

Hecho este voto, determinó Esteban no volver más al mundo. Y, construyéndose una cabaña con ramas y bálago, dió principio a una vida de penitencia y oración, que no había de interrumpir en casi medio siglo.

Su comida ordinaria consistía solamente en pan y agua, y cuando la debilidad le extremaba, determinábase a tomar un potaje compuesto de hierbas y un poco de harina. Unas tablas de tosca madera, dispuestas en forma de ataúd, le servían de lecho en las breves horas de descanso que de mal grado concedía a la naturaleza.

Traía a raíz de las carnes un cilicio de puntas aceradas; y encima, un tosco sayal, único hábito que poseía.

Aunque extenuado por tan grandes austeridades, conservaba el ánimo invencible, mostraba semblante tan alegre y placentero, era, en fin, tan amable con todos, que cuantos le hablaban quedaban encantados de su trato y de su persona.

No hay palabras con que ponderar el fervor y la presteza con que vacaba al ejercicio de la oración. Rezaba diariamente el Oficio parvo de Nuestra Señora, el de Difuntos y el de la Santísima Trinidad, a la que tenía particularísima devoción.

No acertaba a rezar si no era de rodillas y completamente descubierto; prosternábase tantas veces durante la oración y lo hacía tan profundamente, que se volvió lívido en extremo y llegaron a salirle callos en las rodillas, en los codos y aun en la frente.

Sabiendo los bienes que acarrea al alma el ejercicio de la presencia de Dios, practicábalo incesantemente, de modo que convivía más su alma con Dios nuestro Señor que con el cuerpo. Acaecíale a veces estarse tan absorto en la oración, que pasaba hasta diez días sin tomar alimento, viviendo más en Dios que en sí, como el Apóstol.

PRIMEROS DISCÍPULOS

NUESTRO Santo ocultaba celosamente las gracias que el Cielo le concedía; no pudo evitar, sin embargo, que la fama de sus virtudes se extendiese por la comarca, y, sin tardar, acudieron a su retiro los habitantes de los pueblos vecinos para pedirle consejo, encomendarse a sus oraciones y recibir su bendición. A todos procuraba satisfacer con ejemplar caridad cristiana y amable condescendencia, pues, en ocasiones, cuando la

afluencia era extraordinaria, atendía a los peregrinos hasta muy altas horas de la noche, y, como no quería tomar alimento ni descanso hasta haber terminado, le acontecía pasar días y noches enteras sin comer nada.

Sin embargo, Esteban permaneció solo únicamente durante un año, y al cabo, juntáronsele dos discípulos; mas no hubo inmediatos imitadores, pues los postulantes que se presentaron temían abrazar tanta estrechez de vida. Sin embargo de esto, a nadie imponía el siervo de Dios las austeridades que personalmente con tanto rigor él practicaba, y deseaba más bien la mortificación interior, desarraigando las malas pasiones y purificando de todo vicio el alma. Por eso, con sus discípulos usaba discreta templanza en el alimento, vestido y demás necesidades de la vida eremítica: silencio, renunciamiento propio y unión con Dios.

Nunca consintió, por humildad, que le llamasen Abad, Padre o Maestro. Sólo aceptó el título de Corrector; considerándose como el postrero, constituíase verdaderamente el siervo de todos.

Mientras sus discípulos estaban en el refectorio para la comida de la comunidad, él leía las Actas de los mártires, las Vidas de los solitarios del yermo, y los hechos de los santos anacoretas. Era una manera amable y eficaz de recordarles la conocida máxima del Evangelio: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra salida de la boca de Dios.»

Concedióle el Señor el don de discernir los espíritus. Prevenía la acusación de las faltas y manifestaciones de cuantos a él acudían en busca de dirección o consejo, señalándoles primero sus más secretos pensamientos y las tentaciones que Satanás suscitaba en su alma. Revelábale el Cielo con frecuencia las faltas de sus religiosos, sus distracciones en la oración y los peligros a que les exponía alguna violenta sugestión del espíritu infernal.

Extendíase la caridad de Esteban no sólo a las necesidades espirituales, sino también a las corporales. Y aunque el monasterio contaba muchos religiosos, cuyos únicos recursos eran las limosnas de los fieles, atendía a los pobres que de todas partes acudían a la puerta de aquella santa morada; y era de ver cómo el Santo los colmaba de caricias, y los servía como a sus dueños y señores.

Visitáronle cierto día unos caballeros, y estuvieron platicando con él hasta la puesta del sol. A su salida, sólo quedaron en el monasterio los pobres. Aquel fué el instante más delicioso para Esteban: los abrazó con efusivo cariño, los colmó de bondades y les sirvió como una madre. Viéndole sus religiosos muy fatigado, rogáronle que descansara un poco, pero el Santo replicó: «¿Ahora queréis que me retire, cuando Jesucristo está con nosotros? No quiera Dios que incurra en semejante falta de delicadeza; es deber mío servir al divino Salvador en la persona de estos sus miembros.»



UNA *aldeana, entre buena, hipócrita y ladronzuela, ofrece al convento de San Esteban un cestito de huevos. El Santo le dice: —¿Por qué ofreces bienes mal adquiridos? No puedo recibir lo que no es tuyo —y, al decirlo, va separando los huevos que la infeliz había robado a una vecina.*

UN LIBREPENSADOR DE ENTONCES

CUANDO el Santo se encontraba ante algún desgraciado esclavo de las pasiones, no se contentaba con amonestaciones y consejos; le encomendaba de continuo en sus oraciones, y sus ardientes plegarias obtenían maravillosas gracias de salvación.

Aconteció un día que de entre los que asistían a sus pláticas y exhortaciones, se adelantó uno que atrevidamente le dijo: «Oígame, santo varón, no me predique más ni me dé más consejos, porque estoy resuelto a no mudar de vida; no rece por mí tampoco, rece por los demás si quiere, que yo estoy resuelto a no mudar de vida y no quiero deber nada a sus oraciones.»

Contristado el Santo al oír tan desatinadas palabras, rompió a llorar. Esperando no obstante que por sus oraciones obtendría lo que no había podido conseguir con sus consejos y exhortaciones, mandó juntar a los frailes y les dijo: «Roguemos, hermanos, por ese ciego desventurado.»

A las pocas horas se presentó el pecador obstinado y, al parecer, empedernido; confesó el estado miserable en que se hallaba su alma y, humildemente postrado ante el Santo, imploró misericordia y prometió enmendarse. San Esteban mostraba más alegría por esa conversión que si hubiera ganado el mundo entero.

LIMOSNA MAL ADQUIRIDA

PRESENTÓSE un día una labradora con un cestito de huevos que ofrecía al convento. El santo varón conoció por inspiración divina que parte de ellos habían sido robados. Apartando algunos, dijo a la generosa aldeana:

—Me quedaré con éstos solamente.

—¿Por qué no se queda con todos, padre? — dijo la buena de la mujer.

—Si no fuera por no enojaros, bien os lo diría — repuso el Santo.

—Dígalo, que no me he de ofender — repuso ella.

—Os lo diré, pues, ya que así lo queréis: habéis de saber que los que he aceptado son realmente de vuestras gallinas y los otros son del gallinero del vecino.

La pobre mujer se quedó avergonzadísima, confesó su ratería y pidió perdón al siervo de Dios.

Este hecho confirma que nuestro Santo había recibido de Dios el don de escudriñar las conciencias para convertir a los pecadores. ¡Cuán cierto es que el Señor da sus dones a quien quiere y como quiere, para dar cumplimiento a sus designios!

MILAGROS DE ESTEBAN

ACONTECIÓ que el proveedor del monasterio fué traidoramente delatado por un mesonero, a dos ladrones que le llevaron a un apartado y hondo valle del bosque, donde le apalearon para robarle los dineros. Rico era, en efecto, dicho caballero, que por pura caridad ejercía esa función. Encargó Esteban que le buscasen y, como no pareciese, comenzaron los monjes a entristecerse. Díjoles el Santo:

—«Ea, vayamos descalzos al pie del altar de María Santísima, e imploremos confiadamente su protección. Para Ella no hay mazmorra tan oculta, ni país tan lejano, de donde no pueda sacar a nuestro bienhechor y devolvérnosle.»

Obedecierón fielmente aquellos religiosos a su Superior, y he aquí que el día siguiente se presentaron a la puerta los dos ladrones y el proveedor: éste suelto, y aquéllos esposados. Agradecieron al Señor y a su santa Madre el beneficio, y Esteban quitó a los ladrones las esposas y exhortólos a no reincidir en sus crímenes.

Otro día se dirigía al monasterio un caballo cargado de panes. Asaltáronlo unos ladrones. El conductor protestó de ello y los amenazó con el castigo de la divina Justicia, pues tal limosna iba destinada a los religiosos de Muret. Riéronse los ladrones, y agregaron que aun cuando Dios se les apareciese allí mismo, no sería impedimento para que ellos comieran aquel pan. Robáronle, pues, todo el pan, y, al tratar de partirlo con las manos, no lo consiguieron; ni aun con los machetes pudieron cortarlo. Estupefactos ante tal maravilla, rogaron al conductor que los acompañase al Superior, a quien pidieron perdón con mucha humildad. Sonrióse Esteban y, tomando un pan, partiólo sin la menor dificultad, y dió algunos pedazos a cada uno de los ladrones, encomendándoles se dedicasen a profesión más honrada.

Yacía paralítica en cama la mujer de un tal Gerardo y, para curarla, éste fué gastando sin resultado toda su hacienda en médicos y medicinas. Por fin se decidió, aunque algo tarde, a acudir al Abad de Muret. Preguntóle Esteban si al desposarse con ella observó las normas de la santa Madre Iglesia. Contestó Gerardo afirmativamente:

—¿Qué le prometiste ante el Párroco?

—Obliguéme a guardarla conmigo toda la vida. Pero esto ahora resúltame imposible, pues su enfermedad me ha reducido a la mayor pobreza.

Exhortóle Esteban a que no abandonase a su mujer, y le procurase, según sus recursos, los cuidados que reclamaba su enfermedad. Entrególe al mismo tiempo un pan, y puso en su mano una moneda de plata, advirtiéndole que con esto bastaría para mantener a toda la familia.

De regreso a su hogar, se apresuró Gerardo a enseñar a su esposa la limosna recibida, la cual se multiplicó en aquel momento maravillosamente. Llenos de gozo, ambos esposos prorrumpieron en acciones de gracias a Dios, que nunca abandona a los que en su bondad confían, y pregonaron la virtud de su siervo.

Cundió a lo lejos la fama de santidad de Esteban, y atrájole numerosos visitantes, entre otros dos cardenales: Gregorio Papareschi, que andando los años fué Sumo Pontífice, con el nombre de Inocencio II, y Pedro de León (Anacleto II), que posteriormente había de alzar bandera contra el legítimo sucesor de Pedro. Quedaron prendados de la santa conversación del siervo de Dios, y declararon no haber oído nunca plática tan edificante, y que de seguro el Espíritu Santo hablaba por su boca.

SU SANTA MUERTE

CONOCIENDO Esteban que su peregrinación en la tierra llegaba a su ocaso, retiróse del trato con los seglares, para vacar sólo con Dios y sus monjes. Revelóle el Señor su última hora en ocasión de estar en profunda contemplación, lo cual le llenó de santo gozo y, llamando a sus discípulos, anuncióles su tránsito del destierro a la Patria bienaventurada

—Hijos míos —les dijo—, os lego en herencia a Dios nuestro Señor. ¿qué tenéis que temer? Por encima de todo amad al Señor, que es todo bondad; amaos unos a otros. Practicad fielmente vuestras Reglas y abrazad sin descanso la santa pobreza y la mortificación. Si camináis resueltamente por la senda que os he mostrado, el Señor os concederá cuanto necesitéis. Nunca me ha faltado nada durante los cincuenta años que resido en estas soledades. Otro tanto acaecerá con vosotros, si en nuestro Padre celestial cifráis vuestra confianza y si cumplís fielmente las Reglas que os dejo.

Sobreviniéronle dolores muy vivos, y entendió Esteban que la hora de su tránsito, tan anhelada por él, estaba ya cerca. Suplicó entonces le trasladaran al oratorio y allí recibió piadosamente el santo Viático y la Extremaunción, durmiéndose en el Señor a 8 de febrero de 1124.

En el instante de su fallecimiento, un parvulito gravemente enfermo, privado, desde hacía tres meses, del uso de los sentidos, anunció a su madre que veía una escala resplandeciente, repleta de ángeles que decían: «Vamos a recibir el alma de Esteban de Muret y acompañarla al cielo. Y en prueba de la verdad de esto —añadió el enfermito—, yo también voy ahora mismo a mi Creador.» Y acto seguido expiró.

El cuerpo de San Esteban recibió sepultura en Muret. Pero cuatro meses

más tarde sus monjes hubieron de buscar albergue en un monte estéril, expuesto a todos los vientos, cuyo solo aspecto bastaba para desanimar aun a las almas inclinadas a la penitencia: Grandmont se llamaba el monte que transmitió su nombre a los monjes fundados por el siervo de Dios.

Iniciado el proceso de su canonización en tiempo de Honorio II († 1130) e introducido por Urbano III, canonizóle Clemente III a 21 de marzo de 1189, por Bula expedida en el Palacio de Letrán, cuyo texto se conserva. Fué publicada en Grandmont con mucha solemnidad el 30 de agosto del mismo año, con asistencia de 28 prelados y el legado pontificio, cardenal Juan Conti.

LA ORDEN GRANDMONTENSE

ESTA Orden vivió durante mucho tiempo en la observancia de la austera Regla redactada por su fundador. Bienhechores insignes, que levantaron el Monasterio de Grandmont, fueron los reyes de Inglaterra Enrique I, Enrique II, Ricardo Corazón de León y Enrique III.

Los hijos de San Esteban de Muret constituyeron al principio un priorato único, el de Grandmont, del cual dependían las «ermitas», que tomaron gran incremento, en especial en Aquitania, Anjou y Normandía. La «ermita» de Vincennes, cerca de París, erigióse en Priorato en 1164, cuyo prior, cuando Luis XI instituyó la Orden de San Miguel, fué el canciller nato de esta noble asociación.

Hasta los comienzos del siglo XIV no tuvieron los superiores otro título que el de priores; el primer Abad fué elegido en el pontificado de Juan XXII (1316-1334). Muy rígida la observancia de la Orden, mitigóla en 1247 Inocencio IV y Clemente V en 1309.

En 1642 inicióse en Borgoña la reforma, volviendo a la primitiva observancia. Fué el reformador fray Carlos Fremont, biógrafo de San Esteban. La Comisión de Regulares dispuso la supresión total de la Orden de 1772. Los bienes del convento de Grandmont pasaron al obispado de Limoges.

SANTORAL

Santos *Gregorio II, papa;* **Esteban de Muret, fundador;** *Lucinio de Angers* y Esteban de Lión, obispos; Julián y Benigno, mártires; Fulcrán, obispo; Martiniano, solitario; *Policeto, mártir en Zaragoza;* Estéfano de Galicia, abad; Cástor, primer ermitaño de Occidente; Domnino, africano, obispo de Digne; Agabo, profeta, uno de los 72 discípulos del Señor; Gilberto de Ham, obispo; Riocat, compañero de San Patricio, apóstol de Irlanda. Santas Maura y Fusca, mártires; Ermenilda, princesa de Kent y monja; y Catalina de Ricci, de la Orden Dominicana.

PRIMEROS AÑOS

EN el pueblo de Almodóvar del Campo, perteneciente a la diócesis de Toledo, vió la luz primera nuestro Juan Bautista de la Concepción que, andando el tiempo, había de ser una lumbrera de la Iglesia y una gloria de nuestra Patria. Sus padres, piadosos y devotos, se esmeraron en darle una educación sólidamente cristiana y una cultura que corriera parejas con su educación. La santidad que un día debía alcanzar se revelaba ya desde sus más tiernos años. Era poco amigo de juegos y pasatiempos, que en nada se avenían con su carácter serio, prudente, reservado y amigo de la soledad y el silencio. En cambio, frecuentaba mucho la iglesia, donde pasaba ratos interminables hablando con Dios en la oración. Su piedad le llevaba a visitar a menudo el hospital, donde su corazón tierno y amante sentía los dardos del dolor físico que en sus cuerpos experimentaban los enfermos. Esta misma piedad le indujo a macerar su cuerpo con las más rigurosas penitencias.

No frecuentaba más compañeros que los libros; sus ocupaciones eran la oración y contemplación; sus paseos, la iglesia, especialmente la de los Carmelitas descalzos de su población, por cuyo motivo tuvo ocasión de tratar a estos religiosos, de los cuales aprendió la perfecta abnegación de sí mismo y la práctica de la virtud. Por haber leído que una santa niña, en sus más tiernos años, había consagrado a Dios su virginidad, quiso él hacer lo mismo, como se dirá más adelante.

Santa Teresa de Jesús, hallándose de paso en el pueblo natal de Juan Bautista, visitó a los padres del niño, llamados Marco García e Isabel López, y, al hallarse frente al muchacho, penetró con su mirada espiritual en lo más íntimo de Juan Bautista, al que conoció como por revelación, y anunció en tono profético lo que en su día llegaría a ser el niño. «Este niño, dijo Teresa, será mañana un santo, padre y director de muchas almas y reformador de una Orden religiosa.»

SU FERVOR RELIGIOSO

ERA tan grande el amor que Juan Bautista tenía a la flor angelical de la pureza, que se comprometió a guardar inviolable esta virtud, obligándose a ello por voto cuando apenas tenía nueve años, pero sabiendo perfectamente lo que hacía.

Cursó los estudios superiores en la Universidad de Baeza, en la que estudió con gran aprovechamiento la Sagrada Teología, que tanto debía servirle en su misión de reformador y guía de religiosos. Tenía el proyecto

de ingresar en la Orden de Carmelitas Descalzos. Pero no era ésta la voluntad de Dios. Por fin coronó sus estudios en Toledo, en cuya ciudad se hallaba la futura morada de Juan Bautista.

No desistía el joven de su primera idea de hacerse religioso. Un día en que se encontraba en la catedral Primada, haciendo oración ante la imagen de la Santísima Virgen iluminada por los rayos del sol que le prestaban encanto con los matices robados a los cristales policromados de sus grandes ventanales, le pareció oír, como bajada del cielo, una voz misteriosa que le decía: «Si no quieres engañarte, elige la Orden de la Santísima Trinidad.» Prestó pleno asentimiento a este aviso sigiloso que, por tres veces, repercutió en su interior. Ya no había duda. La voluntad de Dios se había manifestado claramente. Había que poner manos a la obra y sin dilación.

VOCACIÓN RELIGIOSA

EN la imperial ciudad de Toledo poseían los Padres Trinitarios un magnífico convento fundado por San Juan de Mata, y en él Juan Bautista vistió el hábito de la Orden el día 29 de junio del año 1580, contando a la sazón 19 años. Hizo el noviciado con santo fervor, siendo siempre un modelo de virtud. Se ligó a Dios más íntimamente mediante la Profesión religiosa hecha el 29 de junio del siguiente año, o sea, en 1581.

Se dedicó de nuevo al estudio de la Sagrada Teología; en los cuatro años que duraron estos estudios hizo tantos progresos, que pronto llamó la atención del público su extraordinaria ciencia, no escatimándole sus elogios el mismo Lope de Vega, que le consideraba como el más hermoso genio de España.

No deja de ser una inmensa gloria para nuestra Patria, que en aquel incomparable Siglo de Oro de nuestras Letras brillaran por su santidad personalidades tan ilustres como Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, la pléyade de místicos y ascetas, y éste cuya vida historiamos, Juan Bautista de la Concepción.

El brillo de sus heroicas virtudes son los reflejos de su santidad. Llevaba una vida tan penitente, que a veces hasta se privada de lo necesario, para repartirlo entre los pobres. Una vida tan austera debía necesariamente repercutir en el estado de salud del buen religioso. Sus superiores le insistían en que mitigara los rigores y, al mismo tiempo, con el fin de que repusiera su delicada salud, le enviaron a Sevilla, cuyo benigno clima era muy apropiado para ello.

Este viaje a la tierra de María Santísima le brindó excelente ocasión de demostrar su ardiente caridad y su celo infatigable en bien de las almas,

SAN GREGORIO II, papa. — Es uno de los papas más esclarecidos que han regido los destinos de la Iglesia. Lo hizo con arte y pericia, a pesar de las furibundas tempestades que en su tiempo levantara la perfidia humana. Gregorio fué elegido Sumo Pontífice el 19 de mayo del año 715, y gobernó por espacio de casi dieciséis años. Poseía una dialéctica nada común y se distinguió siempre por su amor al arte, al que protegió cuanto pudo, como lo probó al reconstruir catedrales, monasterios y abadías como la de Monte Casino, que había sido destruída por los lombardos. Se sirvió de la espada de Carlos Martel para verse libre de las vejaciones de Luitprando, rey de Lombardía; y luchó cuanto pudo contra los iconoclastas. Envió misioneros a evangelizar naciones donde aun no había penetrado la luz de la verdad. Fué siempre el Papa enérgico, prudente y valeroso que las circunstancias demandaban. Su figura ocupa un puesto central en la historia del siglo VIII.

SAN LUCINIO, obispo. — Nació en Francia hacia el año 540. Pertenecía a una familia noble y poseía unas cualidades excepcionales, tanto naturales como intelectuales y morales. Con su virtud y religiosidad edificaba a todos. Se dedicó con predilección al estudio de las Sagradas Escrituras. Fué muy querido en la corte de Clotario II, en la que desempeñó cargos de importancia; era apreciado a causa de su índole suave y sus costumbres puras. Incluso los mismos enemigos a quienes combatía le respetaban, porque veían en él una gran dosis de humildad, caridad y afabilidad, de las que dió pruebas toda su vida. Fué nombrado gobernador de la provincia de Anjou, y a instancias de sus amigos aceptó el casamiento; pero la prometida tuvo un ataque de lepra el mismo día concertado para la boda; entonces Lucinio, despreciando toda belleza humana, aspiró a la Belleza absoluta que jamás se extingue, y se hizo religioso, dedicándose enteramente a la oración y penitencia. En 586 fué nombrado obispo de Angers; durante su pontificado se corrigieron mucho las costumbres. Murió santamente el 1.º de noviembre del año 605; pero a causa de la festividad de Todos los Santos, su fiesta fué trasladada al 13 de febrero. Sesenta años después fué canonizado por el papa San Vitaliano (657-672).

SAN POLICETO, mártir. — Es uno de los primeros varones apostólicos. Vino a nuestra Patria poco tiempo después de Santiago y predicó la doctrina de Cristo en muchos pueblos de España, llevando a muchas inteligencias la luz de la fe. Residió un tiempo en Zaragoza, cuyo obispo San Atanasio le confió órdenes sagradas. Pero el infierno no podía ver pasivamente los progresos que conseguía Policeto con su predicación, y por esto se aprovechó de la persecución que el tirano Nerón había desencadenado contra la Iglesia de Cristo. Policeto fué denunciado e inducido a la apostasía; pero, no habiéndolo logrado, encerraron al Santo en oscuro e inmundo calabozo, del que fué sacado para sufrir el martirio, con inauditos tormentos. Murió con el cuerpo aserrado el 13 de febrero.


Objetos con que domaba su cuerpo. La lectura y la meditación nutrían su espíritu

BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION

Religioso trinitario (1561-1613)

DÍA 14 DE FEBRERO

ENTRE las flores que esmaltan el bello jardín de la Iglesia hispana, se halla Juan Bautista de la Concepción, blanco lirio por su pureza, fragante rosa por su amor, morada violeta por su mortificación. Domingo de Guzmán teje guirnaldas de rosas para ceñir las sienes de María Santísima; Pedro Nolasco trasplanta las flores del invernal encierro de la cautividad al pleno sol de la libertad cristiana; Ignacio de Loyola perfuma el mundo con el aroma de santidad de la Milicia de Cristo; José de Calasanz cuida con esmero los lirios de pureza de la juventud; Teresa de Jesús es el bello girasol que no aparta la mirada de su Dios, con quien conversa lo mismo entre la tosquedad de las ollas que en las más altas cimas de la perfección religiosa; y Pedro de Alcántara es la zarza que, sin consumirse, arde siempre en llamas de amor a Dios. Todos ellos son gloria de España, como lo es Juan Bautista de la Concepción, manojo perfumado constituído con las matizadas flores que acabamos de percibir.

cuya conversión anhelaba vivamente. Su caridad y amor hacia Dios creció de punto al recibir el orden sacerdotal.

Tuvo ocasión de demostrar su caridad ardiente con motivo de una terrible peste que en 1590 diezmaba aquella comarca, que él recorrió celoso y alegre prestando a todos los cuidados que necesitaban, tanto materiales como espirituales. Atendía con especial predilección a aquellos pobres abandonados de sus familiares, que no tenían quién curase sus dolencias y endulzase sus pesares. A todos asistía y a todos consolaba con el bálsamo de su amor. Les prestaba los auxilios de la Religión y los ayudaba a bien morir. Era el paño de lágrimas de todos los que sufrían, y se mostraba verdadero padre, lleno de abnegación y caridad para con todos.

Cuando hubo cesado la negra epidemia, se dedicó a evangelizar a los moros de Andalucía, particularmente a los que se hallaban en la provincia de Jaén. Su predicación, elocuente y llena de unción, unida a la gracia de Dios que obraba en él, fué la causa de que muchos infieles abrazaran la religión de Jesucristo. «Cuando subía a la sagrada cátedra, dice un autor moderno, su voz resonaba potente, su rostro parecía iluminarse, palabras de fuego brotaban de sus labios, y todo él, más que hombre, semejaba un ángel bajado a la tierra para comunicar a los pecadores el amor de su alma inflamada.»

JUAN BAUTISTA, REFORMADOR

La no vieja profecía de Santa Teresa acerca de nuestro Santo iba a tener pronto cumplimiento. El carácter de reformador es lo que le ha inmortalizado y, quizás, lo que le abrió más ampliamente las puertas del cielo.

La Orden de los Trinitarios, fundada hacía ya cuatro siglos por San Juan de Mata, había perdido el prístino fervor que le dió origen y constituyó su savia espiritual durante aquellas centurias de su pasada historia. La observancia regular había venido a menos. Los religiosos más fervorosos deseaban una reforma interna de la Orden. Pero, ¿quién debía llevarla a cabo?

Aquel niño excepcional de Almodóvar del Campo, aquel fenómeno de santidad descubierto por Santa Teresa, la Mística Doctora, recibió la inspiración divina para acometer tan ardua empresa. Era la voluntad de Dios y, por esto, Juan Bautista de la Concepción no titubeó y se lanzó, resignado y generoso, a la gigantesca obra. No le faltaran trabajos y dificultades, pero su virtud supo sobreponerse a todo; y la gracia de Dios estaba con él.

Los religiosos más piadosos y ejemplares constituyeron el núcleo central, el fermento que debía regenerar la masa restante que, al fin, aceptó también el plan de la reforma. Se empezó por elegir en cada provincia dos



JUAN *Bautista era un apóstol de la caridad, de la que dió fehacientes pruebas durante una epidemia que diezmaba a la población. Atendía con especial predilección a los pobres abandonados de sus familiares, que no tenían quién curase sus dolencias y endulzase sus pesares.*

o tres conventos donde se guardase en todo su vigor la primitiva observancia.

El marqués de Santa Cruz quiso que en sus propiedades se levantase un convento de Trinitarios reformados, y se ejecutó la obra en Valdepeñas, viniendo a ser el primer convento de los Trinitarios descalzos, el cual adquirió fama e importancia al ingresar en él Juan Bautista, que vistió el hábito de la reforma. Más tarde fué elegido superior del convento nuestro Santo, que puso su gobierno y cargo a los pies de la Santísima Virgen, de la que era muy devoto. En su honor, a su nombre de Juan Bautista quiso añadir el de la Concepción, pues honraba particularmente este privilegio de nuestra Inmaculada Madre.

PRUEBAS Y CONTRATIEMPOS

EXPERIMENTANDO algunas contradicciones por parte de sus prelados, hasta del mismo comisario general, en orden a promover la reforma, pensó ir a Roma a solicitar del Papa lo que no podía conseguir de sus superiores; pero el común enemigo le opuso grandes obstáculos, asustando con formas y aullidos horrendos a sus religiosos, y presentando a su imaginación grandes dudas y motivos de desaliento. En tal conflicto acudió Juan a la oración, y en ella mereció oír de Dios estas palabras: «No temas; prosigue, que yo te ayudaré.»

El 24 de agosto de 1597 partía nuestro Santo del Convento de Valdepeñas con rumbo a Roma para solicitar del Papa la aprobación de la reforma. La travesía del mar desde Alicante hasta Génova fué dura y peligrosa. Poco antes de llegar al puerto de destino, se desencadenó una violenta tempestad que anegó el barco hundiéndolo para siempre en el fondo profundo del mar; el hermano Esteban, que le acompañaba, pereció en el naufragio, y el mismo Juan Bautista hubiera perecido también sin la intervención del Cielo, que velaba por su vida.

Los Trinitarios de Roma, que no veían con buenos ojos la reforma, acusaron a Juan Bautista de haberse fugado del convento con una crecida cantidad de dinero, calumnia que muchos creían cierta, por lo cual fueron abandonándole paulatinamente, dejándole casi solo. El mismo embajador español recibió de su gobierno la orden de detenerlo como si fuera un ladrón. También el Papa Clemente VIII se dejó envolver en esta ola de animadversión general contra Juan Bautista. El ambiente era, pues, enteramente hostil al buen reformador.

Era tan violento el huracán que soplaba en contra de nuestro Santo, que llegó a dejarse acobardar, perdiendo no sólo los santos entusiasmos que hasta entonces había tenido para su obra, sino hasta las fuerzas físicas, que se debilitaron al compás del aumento de las penas morales.

Eclipsada ya, al parecer, la estrella de su camino de perfección social, se sintió abatido y, desengañado de todo, pensó en mudar de vida y se refugió en los Padres Carmelitas Descalzos. Los planes de reforma proyectados por Juan Bautista parecían una quimera, pues las dificultades que había que vencer parecían invencibles. Creyendo estos Padres hacerle un favor, le invitaron a que se hiciese carmelita como ellos, ya que en sus conventos se mantenía con fervor la primitiva observancia.

En el corazón del Santo se libraba dura batalla. Estos tiros enemigos le zaherían y atormentaban. Pero Dios, que no se deja vencer en generosidad ni abandona a los que sufren por su nombre, cuidó de conservar la serenidad en su ánimo y le hizo ver la desolación en que quedaría la Orden Trinitaria si él abandonase su empresa.

Por otra parte, muchos ilustres varones que no deseaban sino la gloria de Dios, como San Francisco de Sales, Camilo de Lelis y Magdalena de Pazzis, le animaban a proseguir en la tarea comenzada.

ÚLTIMOS AÑOS Y DICHOSA MUERTE

De su constante comunicación con Dios en la oración, sacó Juan Bautista fuerza suficiente para imponerse a sí mismo y despreciar las insensatas acometidas de sus adversarios; para ponerse más a salvo de los dardos de sus enemigos, huyó a Gaeta, y se hospedó en el palacio episcopal de esta ciudad, cuyo señor obispo le obsequió con las muestras de la más caritativa y verdadera amistad. Gracias a este buen trato, Juan Bautista recobró pronto las perdidas fuerzas y con ellas los antiguos entusiasmos; se lanzó de lleno a la predicación, dirigiendo sobre todo su férvida palabra a los numerosos españoles que en aquella ciudad había.

Volvió a Roma y logró de Clemente VIII que autorizase a los Trinitarios Descalzos para fundar una nueva Orden en consonancia con el espíritu de la primitiva Regla. Esta autorización consta en el Motu proprio del 20 de agosto de 1599, perteneciente a dicho Pontífice. Este documento pontificio constituía el triunfo definitivo y rotundo de Juan Bautista de la Concepción. Por fin, veía realizados sus intentos y la gloria de Dios servida. Nuevamente palpitaría en los conventos trinitarios la brisa perfumada de la primitiva observancia, cristalización viva del espíritu de San Juan de Mata y de San Félix de Valois.

En efecto; vuelto a España y vencidos los obstáculos que sus contrarios pusieron a la ejecución del Breve, fué a tomar posesión del convento de Valdepeñas. Nuevas pruebas le esperaban en esta ciudad, pues los religiosos que habitaban dicho convento no quisieron seguir la reforma. Pero después de las espinas se encuentran las rosas, cuyo perfume compensa la pena de

aquéllas. Así Dios quiso recompensar a Juan Bautista las penas que por Él había sufrido. Muy pronto aceptaron la reforma hasta dieciséis conventos, con lo cual se resarció de los disgustos pasados. Y no fué esto sólo, pues la fundación de ocho nuevos conventos fué una aurora de esperanza y un signo de triunfo en la empresa que por Dios había iniciado.

Para mejor asegurar el éxito de la reforma, Juan Bautista reunió, con anuencia del Nuncio Apostólico, un capítulo general. En él fué elegido provincial, a pesar de su resistencia y oposición. En esta nueva dignidad parece que se excedió a sí mismo en las obras de santidad; pues era grande su celo, admirable su vigilancia y paternal su solicitud. En todo momento dió ejemplo de la más acendrada piedad y de la más viva caridad. Todo cuanto emprendía llevaba el sello de esta excelsa virtud que caracteriza a los verdaderos hijos de Dios, a los fieles discípulos de Cristo; particularmente se manifestaba su caridad en cuantas visitas realizó a sus conventos; sus palabras, cálidas y ardientes, inflamaban los corazones de los religiosos que le escuchaban; y sus obras arastraban a cuantos las presenciaban. En sus sermones, avisos y consejos a los religiosos que visitaba, no se proponía otra cosa que la santificación de los mismos y una mayor tendencia a la perfección mediante el exacto cumplimiento de su Regla.

Pero esta tarea propia de su cargo no era óbice a la finalidad que se había propuesto de extender la reforma, en la que estaba vinculada la mayor dilatación de la gloria de Dios, que con ella sería mejor servido y y más perfectamente amado.

Es admirable el tesón que demostró en su obra y el celo por el bien de las almas. Ejerció el provincialato durante tres años, pasados los cuales se retiró al convento de la Solana; después fué enviado a Valladolid por sus superiores; posteriormente ejerció el cargo de ministro en el convento de Córdoba. Poco tiempo desempeñó este ministerio, pues renunció al mismo para poderse dedicar más amplia y libremente a su plan de reforma. Con este fin pasó a Toledo, donde dejó establecido un nuevo convento, no sin antes haber probado la hiel de la amargura, a causa de la hostilidad de los espíritus, que de ningún modo querían aceptar el suave yugo de la reforma. Pero la constancia del santo varón venció la resistencia de los rebeldes; su paciencia se impuso a la impetuosidad de éstos. Con la gracia de Dios y la ayuda de la Virgen, a la que profesaba tierna devoción, logró triunfar, y su triunfo era el de la verdad, pues ésta, al fin, se corona de honor porque es fiel trasunto de la Suma Verdad y del poder inmenso de Dios. Desde entonces los más rebeldes a la reforma y los más enemigos del espíritu de Juan Bautista, se trocaron en sus mayores admiradores y sumisos hijos de su Regla, que aceptaron complacidos y reverentes, como efecto de la divina gracia, que quería compensar el celo del apóstol y conseguir mayor perfección en las almas.

Pronto se extendió la Orden reformada, y el santo de la Concepción añadió a los votos de religión el de no aceptar ninguna dignidad eclesiástica sin mandato expreso del Pontífice. En su tiempo creció notablemente la Orden, pues por doquiera surgían nuevos noviciados que eran fraguas encendidas de amor a Dios.

Seis años después de haber conseguido su objetivo de reforma, Juan Bautista de la Concepción descansó en la paz del Señor el día 14 de febrero de 1613, dejando en pos de sí una estela luminosa de santidad, de la que son prueba manifiesta los centenares de hijos que ha dejado en la parcela religiosa de la que él fué el solícito jardinero para que todas sus flores fuesen dignas de ser trasplantadas al Jardín celestial, que él sigue perfumando con la rosa de su amor, el lirio de su pureza, la violeta de su humildad y la zarza ardiente de su mortificación que, si no perfuma, ilumina con sus llamas los alcázares de la Gloria.

SANTORAL

Santos *Valentín, presbítero y mártir;* Dionisio, Moisés, *Vidal* y *Zenón, mártires; Antonino, abad; Auxencio, ermitaño;* Abrahán, anacoreta y obispo; Valentín, Eleucadio y Paulino, obispos; Apolonio y Vaso, mártires; Valero, rey en Inglaterra, protector de Santa Úrsula y sus compañeras, con las que fué martirizado; el **Beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.** Santa *Felícola, virgen y mártir.*

SAN VALENTÍN, presbítero y mártir. — Una de las víctimas del furor del emperador Claudio II fué Valentín, hombre reconocido y admirado por su virtud y sabiduría. Claudio mandó que lo llevaran a su tribunal, y una vez le tuvo delante, procuró con blandas palabras ganarle para su causa. Pero Valentín se mostró muy esforzado en la confesión de la doctrina verdadera, y censuró acremente a los dioses paganos, lo que fué considerado como una horrible blasfemia. Fué llevado a casa de Asterio para que le oyera en su tribunal. El Santo invocó a Jesucristo rogándole que aquellos pobres ciegos espirituales le reconociecen a Él que era luz del mundo. Asterio quiso probar si era verdad lo de «luz del mundo», haciendo que Valentín curara a una niña hija suya ciega desde hacía dos años. Si no la curaba, nada creería. Valentín la curó, y entonces se convirtió Asterio y los cuarenta y dos miembros de su familia. Todos ellos sufrieron valientemente el martirio. Valentín, después de haber sido puesto en la cárcel, fué cruelmente apaleado con bastones nudosos, y, al fin, degollado en la vía Flaminia, el 14 de febrero del año 270.

SANTOS VIDAL Y ZENÓN, Y SANTA FELÍCOLA, mártires. — Vidal era oriundo de España, pues descendía de la familia española de los Marcelos. Cursó sus estudios en Atenas, siendo su maestro el esclarecido Dionisio Areopagita; se convirtió después de oír a San Pablo. Recibió órdenes sagradas de manos del papa San Clemente, y se constituyó apóstol infatigable del Señor. Predicó por Francia y particularmente por España, la cual recorrió en gran parte de su extensión. En

su labor apostólica en nuestra Patria se vió secundado por Zenón y por Felícola, virgen muy celosa de la gloria de Dios, que anunciaba la buena nueva del Evangelio con el mismo entusiasmo que un apóstol. Los tres fueron delatados a los jueces del imperio y condenados al martirio, cuya palma recibieron el 14 de febrero del año 105.

SAN ANTONINO, abad. — Ingresó de joven en un convento benedictino de la región de Nápoles, mas cuando los lombardos de Benevento atacaron este país, huyó a Stabi, cuyo obispo le recibió cariñosamente y le dió un empleo en su iglesia. Después, atraído este santo prelado por la vida solitaria y contemplativa, renunció al obispado y se retiró a un desierto, a donde le siguió Antonino, y ambos emprendieron una vida austera junto a una capilla de San Miguel que ellos construyeron y que después se ha hecho célebre. Mas los enemigos del obispo le acusaron de herejía y fué llevado a Roma. Entretanto, Antonino se dirigió a Sorrento e ingresó en el convento de San Agripino, del que llegó a ser abad, portándose como padre celoso, vigilante y cariñoso. En este monasterio murió el día 14 de febrero de 830.

SAN AUXENCIO, ermitaño. — Auxencio o Aujencio nació en Siria de padres persas, a fines del siglo IV. Hizo notables progresos en las letras humanas y en las virtudes cristianas. Abrazó la profesión de las armas, mas a la par que servía al César, esmerábase en dar a Dios lo que es de Dios. Alejábase de teatros, espectáculos y malas compañías; pero, en cambio, frecuentaba las iglesias y guardaba todos los ayunos y abstinencias prescritos por la Iglesia.

Su vida ejemplarísima le atrajo las alabanzas y la veneración general, por lo cual determinó renunciar a la milicia, abandonar el palacio imperial y llevar vida eremítica. Establecióse, al efecto, en una caverna en las cercanías de Calcedonia, y comenzó a reproducir las austeridades de San Juan Bautista. Habiendo sido descubierto, acudió a él numeroso gentío de Calcedonia y Constantinopla, y a todos recibía con bondad cumpliendo los deberes de la caridad espiritual y corporal.

Por entonces causaba grandes estragos en las almas la herejía de Eutiques. Para atajar el mal, la emperatriz Santa Pulqueria y su consorte Marciano, convocaron, con la venia del papa San León Magno, un Concilio general en Calcedonia, que se celebró en el otoño de 451. Auxencio vióse obligado por la violencia a acudir al mismo. Asombrado quedó el emperador al verle tan escuálido y consumido por las maceraciones y tratóle con mucha consideración y respeto. Enteráronle después de las conclusiones de los Santos Padres, y viendo que estaban conformes al Símbolo de Nicea, asintió, muy complacido, a todas ellas.

Después retiróse al monte Skopa, donde continuó a afluir mucha gente, y en las cercanías fundó un monasterio de piadosas mujeres, gobernado por una dama de honor de Santa Pulqueria, que abandonó las vanidades del mundo para servir a Dios. Durmióse San Auxencio en el Señor el 14 de febrero del año 473. En vida fué favorecido con el don de milagros y de profecía. Su sepulcro se vió muy concurrido y venerado.


Medallas del papa Sixto y del emperador Adriano Palmas triunfadoras

SANTOS FAUSTINO Y JOVITA

Mártires en Brescia († hacia 120)

DÍA 15 DE FEBRERO

LA fecha del martirio de San Faustino y San Jovita se ha de deducir de los acontecimientos mismos narrados en sus actas. Y viene a ser hacia el año 120. Para hallar la verdad histórica que constituye lo sustancial de las Actas de los Mártires en general, y las de los Santos Faustino y Jovita en particular, es preciso abstraerlas de la multitud de leyendas creadas por la imaginación popular.

Empero, si no podemos responder de la autenticidad de todos y cada uno de los pormenores del martirio de entrambos santos de Brescia, tampoco nos es dado negar en absoluto las fuentes a que se acudió para tejer su historia, pues documentos arqueológicos rigurosamente auténticos permiten establecer la veracidad sustancial.

CELOSOS PREDICADORES DE CRISTO

LA ciudad de Brescia, enclavada en los confines de Lombardía y de la provincia de Venecia, tiene la honra de haber dado al cielo numerosos mártires, entre ellos los santos hermanos Faustino y Jovita.

Descendientes de noble familia de dicha ciudad, anunciaban entrambos

con cristiana libertad e incansable celo, la única verdadera fe: la de Cristo Jesús. Siempre se los verá juntos, incluso en el martirio. Juntos predican, juntos son juzgados, y la misma espada degüella a entrambos. En las monedas de Brescia están representados con una cruz entre ellos, para recordar, no el linaje de suplicio que padecieron, sino su inseparable apostolado.

Creyó conveniente el obispo de Brescia, San Apolonio, ocultarse en lugar retirado durante una persecución encarnizada. Informado del celo que estos siervos de Dios ponían en la predicación del Evangelio, llamólos a su retiro para conferirles las sagradas órdenes, según rezan las Actas: a Faustino, que era el mayor, ordenóle de sacerdote, y a Jovita de diácono. Estimulante eficaz para su férvido celo fué el sublime ministerio que acababan de recibir.

Era gobernador de los pueblos de Retia un conde llamado Itálico, pagano hasta los tuétanos y perseguidor por monomanía. Indújole su fanatismo a dirigirse personalmente al emperador Adriano, que a la sazón visitaba la Liguria, y hablóle en los siguientes términos: «Gran emperador, invencible tirunfador, salvad a la República, salvad a nuestros dioses sagrados. En la ciudad de Brescia viven dos varones que incesantemente están predicando a no sé qué Cristo, y van desviando a muchos del culto de nuestros excelsos dioses. Y si la censura de vuestra divina palabra no los detiene, hay que dar por descontado que sus doctrinas subversivas acabarán con el culto de nuestros dioses.»

Adriano, personaje voluble y tornadizo, acababa de suceder en el trono a Trajano (117), su padre adoptivo. Más diplomático que su tío, parecía Adriano querer ceñirse a la labor de sagaz administrador, cuyas funciones desempeñó con superioridad incontestable. Era su único objetivo la tranquilidad del imperio, y su rescripto del 124, posterior a la muerte de Faustino y Jovita, hizo presagiar una era de paz.

Empero, este filósofo tan excéptico en lo tocante a las confesiones religiosas, mostrábase desconfiado contra todo lo que pudiera turbar el orden exterior. Por esto conservó viva y eficaz aquella jurisprudencia que desde los tiempos de Nerón consideraba el mero nombre de cristianos como sospechoso de ultraje a las imperiales instituciones; en nada combatió las acusaciones y algaradas populares desencadenadas contra los cristianos; nada suprimió del decreto de Trajano tocante a la negativa de sacrificar a las divinidades del imperio. En suma, sus decisiones, más liberales que las de Trajano, no fueron menos duras para los cristianos. Conocedor Adriano del fanatismo de Itálico, dióle por escrito, firmado del propio puño, amplios poderes para conseguir que los cristianos volviesen al culto de las divinidades del imperio, o fuesen exterminados, doquiera se topase con ellos.

Tan luego como el flamante gobernador recibió tales poderes, encaminóse apresuradamente a Brescia por indicación del mismo emperador. A su lle-

gada, despachó al punto órdenes terminantes, por conducto de su consejero Liberio, para que se informara a Faustino y a Jovita de las voluntades imperiales.

Inconmovibles e imperturbables permanecieron entrambos hermanos al enterarse de ellas, por lo que lleno de enojo Itálico, envió en el acto un piquete de soldados para que los detuviesen y llevasen a su presencia.

Una vez que los tuvo delante, hablóles en estos términos: «Decreta y manda nuestro invicto emperador que vuelvan los cristianos a la religión de los dioses del imperio, y que los rebeldes paguen su audacia con atroces suplicios. En su consecuencia, es de rigor que vosotros, Faustino y Jovita, os sometáis a tan saludable consejo y, desechando los errores de la nueva superstición, volváis al antiguo culto de nuestros dioses consagrados por la República.»

Repusieron los dos siervos de Dios:

—Llegó para nosotros la feliz hora en que, en vez de amedrentarnos, nos regocijemos sobremanera. Sabe que por nada del mundo dejaremos la religión de Jesucristo que profesamos. No podemos, pues, acatar tus órdenes.

La valerosa y firme respuesta de los dos generosos hermanos quitó a Itálico toda esperanza de vencerlos; mandó que los llevasen a la cárcel hasta la llegada del emperador, que no podía tardar.

ADRIANO, VENCIDO POR LA CONSTANCIA DE LOS SANTOS

AL cabo de cinco días llegó el emperador a Brescia y el gobernador le habló de los dos hermanos; contóle la audacia con que despreciaron sus órdenes sagradas, y agregó: «De resultas, los he encarcelado para que el Soberano en persona tenga la gloria de traerlos a mandamiento.»

—Pues, ¿de qué familia son para que se les haga el honor de que los juzgue el mismo emperador? — preguntó Adriano.

—Son de ilustre prosapia. Sus antepasados desempeñaron en esta ciudad los primeros cargos del Senado, fueron muy adictos a los dioses, y hasta persiguieron a los cristianos con ejemplar celo. En cuanto a estos dos culpables, no sé qué locura les ha cegado para rechazar con obstinación el culto a los dioses y adorar a Cristo clavado por los judíos en infame madero.

Entonces Adriano mandó que los llevasen al templo del Sol, cuya estatua, nimbada con rayos de oro finísimo, recibía las adoraciones de los paganos. Preguntóles allí:

—¿Existe, por ventura, un dios tan fecundo y creador como el Sol?

—Nosotros —respondió Jovita— sólo adoramos y honramos al único verdadero Dios, Dios del cielo, de la tierra y de toda criatura, incluyendo el Sol.

—Vuestro crimen está en declararos cristianos y menospreciar el disfrute

apacible de nuestra amistad soberana, prefiriendo la infamia a tal honra.

—Tenemos sobrada razón para confesar y declarar que somos cristianos —replicó Jovita—, pues debemos desechar vuestra protección, si queremos poseer la del Rey eterno.

—Para no ablandaros y moveros con mis palabras, muy duro debéis tener el corazón; pero por el afecto que os tengo, os ruego con todo encarecimiento que volváis a más cuerdos sentimientos, para concederos un puesto honroso en la milicia.

—Ya hace tiempo que Cristo nos lo concedió en sus filas —dijo a su vez Faustino—. Con el tiempo acabará vuestra milicia, y vos mismo desapareceréis de esta vida transitoria; empero la milicia de Cristo no tiene fin y durará para siempre jamás.

—¡Basta ya —interrumpió el tirano, con tono enfurecido—; harto condescendí con vosotros! Ofrecéis sacrificio al Sol, o sufriréis el tormento.

Respondieron ambos:

—Ofrecemos sacrificio al Dios vivo, que ha creado el Sol para ornato del universo, y ese Sol que pretendéis hacernos adorar, envíanoslo Dios para todos los hombres.

En vista de la rotunda negativa de los dos cristianos, encolerizado el emperador les mandó que se acercasen a la estatua deslumbradora.

—Admirad —les dijo— la gloria del Sol invencible. Acercaos y ofrecedle sacrificio, si queréis ser dignos de su presencia y libraros de la tortura.

—Ahora vais a presenciar, ¡oh emperador!— replicó Faustino—, la gloria de nuestro Dios y la flaqueza del vuestro.

Entonces rezaron los mártires aquello del Salmo 103: «Entró el sol en su ocaso, y Vos, Señor, extendisteis las tinieblas, y quedó hecha la noche.»

—¿Qué estáis diciendo? — pregunta Adriano.

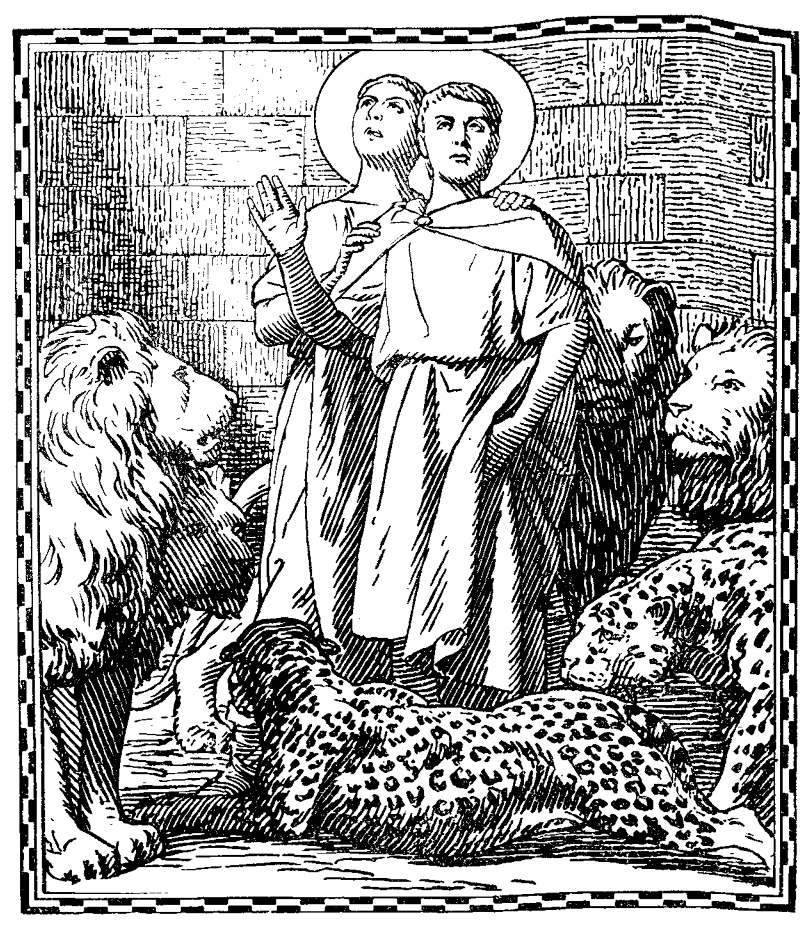
—Adoramos a Dios, que reina en los cielos y creó el Sol para alumbrar la tierra —y volviéndose Jovita hacia la estatua del Sol, añadió—: «Estatua idolátrica del Sol, cambia de naturaleza, y vuélvete negra como la pez a los ojos de todos, para confusión de cuantos te adoran como dios.»

Y la estatua al punto cubrióse de denso hollín, y su nimbo, antes deslumbrador, rodó por el suelo como carbón apagado.

—¿Qué pasa?; ¿qué veo? — gritó el emperador ante el prodigio.

—Ordenad a los ministros del templo —dijo Itálico— que limpien la estatua para que vuelva a tener su anterior hermosura.

A la voz de Adriano, presentáronse sacerdotes con esponjas para quitar el hollín, y no sólo no consiguieron lo que pretendían, sino que el ídolo empezó a desmoronarse y a caer, convertido en polvo impalpable. Al ver lo cual irguióse furibundo el emperador y condenó a los dos hermanos a ser pasto de las fieras.



CUATRO *leones ferocísimos se precipitan, dando espantosos rugidos, contra los Santos Faustino y Jovita; pero al llegar a ellos bajan la cabeza y mansamente lamen los pies de los mártires. Igual hacen los leopardos, osos y otras bestias que contra ellos echaron. Los hombres fueron más crueles.*

LAS FIERAS, MÁS MANSAS QUE EL EMPERADOR

Un último esfuerzo intentó Adriano al ser conducidos los mártires al anfiteatro:

—Faustino y Jovita —díjoles—, ya veis que la muerte os aguarda; dentro de poco ya no seréis de este mundo. Seguid, pues, mi consejo y ofreced sacrificio a Saturno o a Diana, para que os libren de los dientes de las fieras.

—Ese que llamáis Saturno —respondió Faustino—, fué un dios que cometió monstruosas infamias y devoraba la carne de sus propios hijos; y esa tal Diana era una diosa de costumbres depravadas, que cuando no hacía cosa peor, perseguía fieras en el monte como vulgar cazador.

—Estáis a punto de morir —exclamó Adriano—, ¿y seguís vomitando blasfemias contra los sacros dioses del imperio?

Dirigiéndose el emperador después a los encargados del circo, les ordenó que soltasen cuatro leones contra los atletas de Cristo, para que al instante dieran cuenta de ellos. Atronando con sus bramidos los aires, y sembrando pánico entre los espectadores paganos, con su aspecto aterrador, salieron veloces las fieras, y derechas se dirigieron hacia los santos Mártires, lanzando tan espantosos rugidos que los asistentes quedaron consternados. Mas pronto se amansaron, inclinaron sus soberbias cabezas y lamieron en la arena la huellas de los Mártires, a cuya vista Adriano, poseído de despecho, mandó que soltasen leopardos. Cumplióse en el acto, y los leopardos se portaron como los leones.

Ante semejantes prodigios, algunos paganos, fanáticos por sus dioses, comenzaron a vociferar: «Quítennos de delante esos agoreros, que no nos dejarán adorar a nuestros dioses».

En su ofuscación irascible, mandó el emperador que soltasen algunos osos y les aplicasen a los costados teas encendidas, para que, excitados por el dolor, devorasen a los dos cristianos. Ejecutáronse tan tiránicas órdenes, y cuando llegaron los osos ante los Mártires, lanzáronse juntas todas aquellas fieras contra los encargados y domadores, despedazándolos y haciendo horrorosa carnicería, mientras nuestros Santos, llenos de seguridad, bendecían a Dios, en medio del anfiteatro. Díjoles después Adriano:

—Reconoced, por fin, cuán grande es para con vosotros la misericordia de Saturno, a quien habéis ultrajado. A él debéis que las fieras os hayan dejado ilesos.

—Tirano de los cristianos —replicó Faustino—, enrojece de vergüenza; no es vuestro ídolo Saturno nuestro libertador, sino el Dios verdadero, a quien los cristianos adoramos, el cual vive y reina en el cielo. Pero ¿qué se

ha hecho de aquellas tan terribles amenazas con que antes pretendíais aterrarnos?

—Calma, calma, ya vendrán. No tengáis tanta prisa; pronto os veréis envueltos en tormentos más duros, que están aparejándose para vosotros.

Presentóse en esto al emperador un pariente suyo, sacerdote pagano, llamado Orfeto y le dijo:

—Si vuestra clemencia lo permite, tomaremos a nuestro invencible dios Saturno y nos llegaremos a esos dos cristianos para que al verse libres de las fieras, sean ganadas sus almas para nuestra causa.

—Proceded como os parezca— contestó Adriano.

Y comenzaron a encaminarse hacia los Mártires el sacerdote pagano Orfeto, otros sacerdotes y el conde Itálico, llevando consigo la estatua de Saturno. Mas apenas aparecieron en el ruedo, lanzáronse sobre ellos todas las fieras. En breves intantes fueron devorados sin que para nada valiesen los gritos de los circunstantes invocando a Saturno. La falsa deidad permaneció insensible a sus oraciones; la estatua rodó por los suelos, manchada con la sangre de sus sacerdotes y maltratada por las fieras.

Tan luego como Afra, esposa de Itálico, tuvo noticia de la muerte de su marido, corrió al anfiteatro, y apostrofando al emperador, díjole a voces:

—¿Qué dioses son esos que adoráis, oh Adriano, incapaces de librar a sus sacerdotes y a sí mismos? Entretanto yo, desgraciada, me quedo viuda por vuestra perfidia.

Es más, el pueblo ante esta serie de maravillas, había cambiado de juicio y de sentimientos y glorificaba al Dios de Faustino y Jovita; muchos creyeron en el Señor y entre ellos Calocero, ministro del emperador y con él buen número de subalternos suyos.

Juntóse Afra —después de rechazar el error de la idolatría— a los fieles, y más adelante dió su sangre —juntamente con su sirvienta— por Aquel que por ella murió en la cruz. Celebra la Iglesia su festividad el 24 de mayo.

El emperador dijo entonces a los Mártires:

—¡Libraos de las fieras, si el Dios que adoráis es el verdadero!

—Así será; veréis el poder de Nuestro Señor Jesucristo —contestaron ellos—. Y volviéndose hacia las fieras, dijéronles: «En nombre del Señor, os mandamos que, ahora mismo, salgáis de la ciudad sin causar daño a nadie.» Y ellas, como mansos corderos, atravesaron las puertas de la ciudad y se fueron a las selvas.

Esas maravillas solamente la fe ciega en Dios las puede obrar. ¡Cuán bien se cumplieron aquí las palabras del divino Maestro: «En verdad os digo que si tuviereis fe y no vacilareis en vuestros corazones, no sólo haréis los milagros que yo he hecho, sino aun mayores! Si dijereis a ese monte: Quítate de ahí y lánzate al mar, así se hará. A los que creyeren les acompaña-

ñarán estos prodigios: En mi nombre lanzarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, tomarán serpientes en sus manos, y si bebieren alguna ponzoña no les dañará...»

NUEVAS TENTATIVAS

AL día siguiente, Adriano mandó venir otra vez a los siervos de Cristo y los condenó al fuego, del que se libraron al igual que los tres hebreos se vieron libres del horno; los envió al calabozo sin darles sustento alguno, y los ángeles los visitaron y fortalecieron su ánimo.

Días después dispuso Adriano que los trajeran a su tribunal, al efecto preparado en el templo de Marte. Calocero fué el encargado de esta misión, y tratólos con suma veneración. Observó Adriano el respeto y admiración de Calocero y del pueblo para con los mártires; mudando de determinación, retiróse a su palacio, adonde le fueron conducidos Faustino y Jovita en secreto.

—¿Pensáis, por ventura —les dijo— burlaros de mí con vuestros maleficios? Si no ofrecéis el sacrificio prescrito, seréis arrastrados por las calles y de ciudad en ciudad hasta que perezcáis en los más refinados tormentos.

Y en vista de lo vanas que resultaban sus amenazas, enviólos a la cárcel incomunicados, e hizo sellar la puerta con el sello de su imperial anillo.

BAUTISMO DE AGUA Y BAUTISMO DE SANGRE

CALOCERO, sus oficiales y todo el pueblo que creyó en el Dios de Faustino y Jovita, fueron en busca del obispo San Apolonio y lo hallaron no lejos de Brescia.

Escuchó el venerable prelado la narración de lo acaecido, bendijo a Dios, tan admirable en sus santos, y luego acompañólos a un sitio retirado del monte, les enseñó lo más esencial de la doctrina cristiana, los bautizó y los despidió paternalmente.

Al saber el emperador que Calocero y sus oficiales eran cristianos, irritóse sobremanera; ordenó su detención y que se los trajeran a su presencia. Dirigiéndose a Calocero le dice: «¿Qué demencia se ha apoderado de ti, desventurado, para tornarte el más villano de la corte?» Inmediatamente dictó sentencia de degollamiento contra los compañeros de Calocero, pero que a éste le reservasen para más adelante. Consumado el sacrificio gloriosísimo de estos nuevos Mártires, recogieron sus cuerpos algunos cristianos, dirigidos por San Apolonio, y sepultáronlos cristianamente el 13 de diciembre.

ROMA, MILÁN, BRESCIA. — MUERTE DE LOS SANTOS

PROSIGUIÓ su viaje el emperador con el itinerario Milán-Roma, y mandó llevar tras sí encadenados a Calocero, Faustino y Jovita. El primero fué conducido a Albenga (Liguria), para que allí le decapitasen (119). Venéranse sus reliquias en Chiavasso, cerca de Turín, y su festividad se celebra el 18 de abril.

Faustino y Jovita, entretanto, se acercaban a Roma. Compadecido de ellos un carretero, los invitó reiteradamente a subir al carro. Con la venia de los agradecidos y cansados guardias, acompañólos el carretero —que se llamaba Calimer, y era cristiano y griego de nación— a saludar al Sumo Pontífice, San Evaristo, el cual los consoló y alentó a que siguiesen padeciendo y luchando con ánimo valeroso por Jesucristo.

Antes de despedirse de él los mártires, rogáronle se dignase conferir al virtuoso Calimer el episcopado y le enviase a Milán, a fortalecer al pueblo que acababa de convertirse al Señor. Accedió benignamente el Romano Pontífice, después del debido examen. Reconoció efectivamente Milán a un santo personaje denominado Calimer que, en el siglo II y durante más de cincuenta años, rigió santamente su sede episcopal, y fué martirizado en el año 191.

Lleváronlos después a Nápoles, donde fueron nuevamente atormentados con diversos suplicios y echados en el mar, de donde salieron milagrosamente ante la multitud atónita de paganos, muchos de los cuales se convirtieron a la fe.

Finalmente, Adriano, no sabiendo ya qué hacerse y teniendo por afrenta ser vencido de Faustino y Jovita, renunció a la lucha y los hizo volver a Brescia. Tan luego como cundió la noticia de su llegada, salieron a recibirlos los cristianos de la ciudad con su obispo San Apolonio a la cabeza, y no se hartaban de abrazarlos y besar las señales de las llagas.

Empero, no duró mucho su regocijo, pues el conde Aureliano dió orden de arrestar a los dos hermanos y conducirlos a su tribunal. Quiso forzarlos a ofrecer sacrificios a los dioses. «No te canses —le contestaron los Mártires—; estamos aparejados a morir por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, antes que acatar tus órdenes.»

Al punto dictó sentencia el impío Aureliano, condenándolos a ser decapitados. Y sacándolos de la ciudad, por la vía que conduce a Cremona, pusiéronse de rodillas y les cortaron la cabeza. Según el Martirologio romano, murieron en tiempo de Adriano, el 15 de febrero del año 120 ó 122.

La ciudad de Brescia venera a los dos santos hermanos como a sus patronos, y conserva sus reliquias.

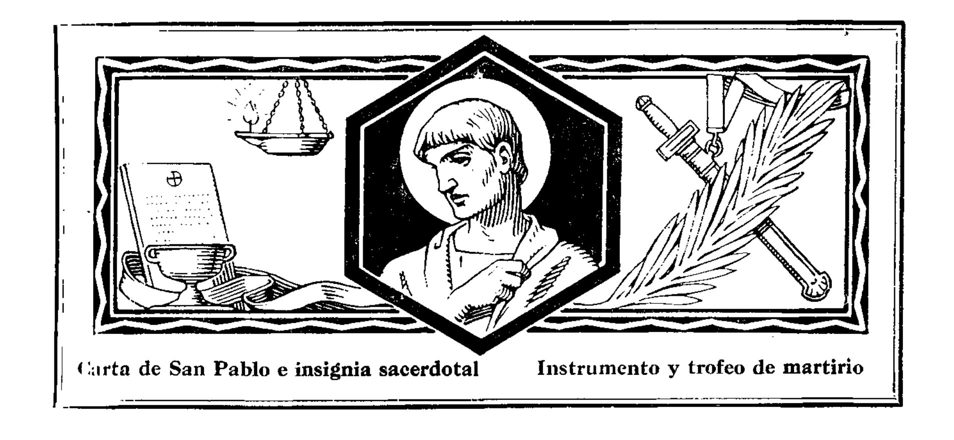
SANTORAL

Santos **Faustino y Jovita, hermanos mártires;** Saturnino, Cástulo, Magno y Lucio, mártires; Quinidio, obispo; *Severo, presbítero;* Fausto, benedictino; Sigfrido, apóstol de Suecia; Walfrido, confesor; Decoroso, obispo y confesor; Cratón, mártir; Romano, Zósimo, Pomponio, Víctor, Generoso, Mayor y Camilo, mártires; Beatos *Claudio de la Colombière, jesuíta; Juan de Gandía, franciscano;* Pedro Tomás, carmelita; Enrique de Utrecht, Reginaldo de Orleáns y Jordán de Sajonia, dominicos. Santas Georgia, virgen; Apage, virgen y mártir.

SAN SEVERO, presbítero. — Entre los hechos famosos de su vida citaremos un milagro referido por San Gregorio Magno. Un día recibió Severo, sacerdote piadoso y ejemplar, el aviso de ir a confesar a un enfermo cuya vida estaba muy en peligro. Prometió el Santo que pronto iría; pero es el caso que se detuvo más de lo que pensaba recibiendo varias visitas, y durante este largo tiempo el enfermo expiró. Cuando llegó Severo lo vió ya cadáver y sintió inmenso dolor porque por su retraso aquel hombre había muerto sin confesión. Hizo oración a Dios para que lo resucitara a lo menos el tiempo necesario para confesarse; y, en efecto, el difunto volvió a la vida, lo cual produjo la general admiración entre los presentes. Tuvo tiempo de hacer la confesión, y aun vivió siete días para cumplir la penitencia y recibir la Sagrada Comunión. Después de una vida dedicada a la penitencia y al servicio de los pobres, se durmió Severo en la paz del Señor el día 15 de febrero del año 545, en la ciudad de Roma.

EL BEATO CLAUDIO DE LA COLOMBIERE, jesuíta. — Su nombre va íntimamente unido al de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, del que fué amante y celoso propagador. Nació cerca de Lión, en 1641; ingresó en la Compañía de Jesús, llegando a ejercer el cargo de Provincial. Fué confesor de Santa Margarita María de Alacoque, la confidente del divino Corazón; conoció las visiones de su penitente y ello le enfervorizó todavía más para extender esta preciosa devoción, escogida por Dios para estos tiempos modernos de frialdad, indiferencia y general apostasía, para que con el fuego de su amor se caldearan las almas de sus elegidos y se arrepintieran los pecadores. Trasladado Claudio a Inglaterra por orden de sus Superiores, fué víctima de una vil calumnia por la cual se le hacía solidario de indignas conspiraciones políticas; esta acusación alteró notablemente su salud. Murió en Paray-le-Monial el 15 de febrero de 1682.

EL BEATO JUAN DE GANDÍA, franciscano. — La ciudad de Gandía, renombrada por la santidad de su célebre duque, vió nacer también a este Beato, que debía constituir, por sus eximias virtudes, una de las más grandes glorias de la Orden de San Francisco. Fué predicador excelente, lector en Sagrada Teología y fundador de la provincia franciscana de Santiago. Adquirió tal fama de predicador, que cada vez que subía al púlpito, la iglesia se llenaba totalmente; conseguía numerosas enmiendas de vida, pues su palabra cálida y henchida de unción penetraba hasta lo íntimo de los corazones. Después de una larga estancia en León y en Orense, voló al cielo a gozar de las delicias de Dios, ambientado de un general olor de santidad, el 15 de febrero de 1320.


Carta de San Pablo e insignia sacerdotal — Instrumento y trofeo de martirio

SAN ONESIMO

Discípulo de San Pablo y Obispo de Éfeso (siglos I y II)

DÍA 16 DE FEBRERO

LA vida de San Onésimo, discípulo del Apóstol de las Gentes, nos brinda ocasión de tratar uno de los temas más sugestivos de la apologética cristiana y poner de manifiesto cuánto ha hecho la Iglesia para sanar al mundo de la vergonzosa llaga de la esclavitud. Creemos, pues, necesaria una breve exposición de esta circunstancia para mejor comprender el alcance del proceder de San Pablo con respecto a Onésimo, que era esclavo antes de su conversión.

LA ESCLAVITUD EN EL IMPERIO ROMANO

PARA formarnos idea exacta del estado a que se veía reducido el pobre esclavo en los días en que Nuestro Señor Jesucristo se dignó habitar con los hombres, trasladémonos en espíritu a la mansión de un rico patricio romano. Allí encontraremos millares de esos desgraciados. Efectivamente, leemos en Plinio que un hombre de oscuro linaje, medio arruinado por repetidas desgracias, dejaba no obstante, al morir 4.016 esclavos. Por

ese dato puede fácilmente colegirse lo que sería el rumbo de una casa opulenta.

Un historiador moderno nos suministra sobre el particular datos concretos como los siguientes:

Los ricos están por decirlo así en brazos de la servidumbre. Tienen esclavos en tal abundancia que utilizan varios para su higiene personal y uno especial para cada prenda de sus vestidos, para cada manjar de su mesa, para cada pieza de orfebrería, para cada especie de joyas; en una palabra, cada necesidad y cada placer supondrán otros tantos esclavos.

Y por si esta afirmación dejara alguna duda en nuestro espíritu, oigamos a un testigo ocular, al filósofo Séneca, que fué el mentor de Nerón:

Pasan el día —dice— haciéndose llevar de un lugar a otro en su silla o en su litera; las horas de levantarse, del baño y de la comida, les son anunciadas por servidores, dándose hasta el caso de no saber de fijo los tales señores, si tienen hambre. Uno de esos refinados sibaritas decía, después que lo hubieron retirado del baño y colocado en su asiento los esclavos: «¿Estoy sentado, muchachos?» Ignora si está sentado, ¿sabrá, por ventura, si esta vivo?

Mas no se vaya a creer que ésta fuera la ocupación ordinaria de los esclavos, pues la mayoría vivían ocupados en trabajos industriales o artísticos. «El mayor timbre de orgullo de una mansión romana, era el no depender de nadie. Así que, desde el pan hasta las telas más preciosas o los mosaicos más ricos y las delicadas obras de arte, todo se fabricaba en casa.» Y como la producción superaba siempre las necesidades del dueño, vendíase parte de los productos que elaboraban. En tales circunstancias ¿qué habrían podido hacer los obreros libres, los empresarios particulares en lucha contra semejante competencia? La manutención y vestido de los esclavos venía a costar muy poco y el salario era cosa desconocida para ellos; de modo que fácilmente se comprende que el trabajo fuera relegado a los esclavos únicamente: El trabajo libre no existía.

De ahí resultaba esa organización social tan rara de que los autores contemporáneos nos dan testimonio: El ramo libre de obreros vivía en la ociosidad más vergonzante, mantenidos por los ricos o por el Estado, quienes de continuo les destribuían vino, carne, aceite y dinero; dándose el caso de que un rico distribuyó cierto día a las turbas cien mil barriles de vino griego. Emperadores había que se divertían días enteros echando puñados de dinero al pueblo desde la cima de algún monumento; y, para ganarse su aprecio y aun para impedir que cometiera desmanes, no se olvidaban de darle cada día de comer. Con ello se convertía Roma en centro de vagos. De 150.000 a 300.000 hombres vivían de la munificencia de los magnates en vez de vivir del trabajo, no teniendo otra ambición que la de no carecer de pan y diversiones, o dicho en frase de la época, de *panem et circenses.*

Cosa análoga a lo que ocurría en Roma, pasaba en los campos del territorio romano, que era casi todo el mundo entonces conocido. Los operarios del agro desaparecían poco a poco ante los esclavos, cuya labor suministraba los productos a precio de coste sumamente bajo. «Los esclavos explotaban, pues, todas las propiedades, agrupados bajo la dirección de intendentes, subintendentes, contramaestres, capataces y hasta de esclavos.» Empero, como al laboreo se enviaron los esclavos de peores condiciones y su trabajo, conseguido a la fuerza, fuera de mala calidad, la tierra que pisaban parecía «volverse estéril en vez de ganar fecundidad».

Consecuencia inevitable de tal estado de cosas, fué la decadencia de todos los cultivos, el abandono de las casas de labor y la sustitución de la agricultura por la ganadería, de los obreros laboriosos por los pastores indolentes. El descenso de población llegó a tales términos, que en algunas provincias las tierras eran del primer ocupante, y en otras, cayeron en desuso los impuestos por no tener por qué ni para qué.

La agricultura, por la influencia de la esclavitud, produjo los latifundios (tierras baldías). «Reinos enteros —afirmaba Séneca— son pasto de rebaños», y el suelo se iba cubriendo de aquellos bosques inmensos que siglos más tarde fueron roturados por los hijos de San Benito.

Cuán triste fuera la condición de los esclavos, fácilmente se colige de cuanto llevamos dicho. Para ellos no existía la vida de familia. Vendidos según las contingencias del mercado, separábaselos violentamente de los seres queridos, y la inmoralidad que de tal estado de cosas surgía, agravábase con las pretensiones de toda suerte de caprichos y sin derecho a resistir en nombre de la ley natural. «Nada de lo que el amo ordena es malo, se decía como cosa corriente. El esclavo necesariamente ha de ser impúdico.»

Además, añadamos, que los amos eran por lo general crueles. La historia imparcial refiere que Vedio Polión mandaba arrojar esclavos a sus acuarios para cebar las lampreas que debían servirse en su mesa. Y de Domiciano se cuenta que mandó encerrar en un horno ardiente a un esclavo por el crimen de haberle preparado el baño demasiado caliente. Para divertirse, el patricio romano mantenía gladiadores que debían degollarse mutuamente en sus comedores o en los jardines, sin faltar por ello a la ley, pues que tenían sobre ellos derecho de vida y muerte.

Pero la esclavitud no existía solamente en Roma; era un plaga universal de la civilización antigua; plaga que se extendía por Esparta, Atenas, Egipto y no menos por Italia. Por doquiera se aplicaba, modificado por circunstancias nacionales, este principio inhumano que les privaba de toda personalidad: «los esclavos son cosas y carecen de todo derecho». Hablando de la redhibición, el gran jurisconsulto Ulpiano, que vivía en el siglo III, declara gravemente que se aplica «al esclavo y a cualquier otro animal».

Para terminar añadiremos, huyendo siempre de toda exageración, que el esclavo no era considerado como hombre, y diremos con palabras autorizadas de Tácito, que «el género humano vivía entonces para placer y diversión de unos pocos».

NORMAS DE LA IGLESIA NACIENTE

LA Iglesia desde sus albores se halla frente al pavoroso problema de la esclavitud. ¿Qué actitud adoptar? Si es cierto que la condición del trabajo puede variar a través de los tiempos, sin faltar a la justicia, por muchos que sean los derechos de los vencedores sobre los vencidos, la conciencia humana afirma sin embargo que la esclavitud, tal como se practicaba por aquel entonces, era un abuso monstruoso. El derecho de vida y muerte sin fiscalización, el desprecio absoluto de la dignidad humana ennoblecida con un alma que saliera de las manos del Criador, los vejámenes inferidos a la virtud, la prohibición de la vida de familia, querida por Dios para los hombres en general, todo eso merecía la más dura recriminación.

Si los Apóstoles, cual otros tribunos patéticos, hubiesen defendido abiertamente esta doctrina y declarado sin ambajes que había que romper tales cadenas, habrían alcanzado sin duda alguna gran popularidad, pero a la vez hubieran provocado una enorme convulsión que habría convertido al mundo en un montón de ruinas. Como consecuencia inmediata hubiera sobrevenido una desorganización persistente y los esclavos mismos, dueños de una libertad de que no habrían sabido usar, se hubieran visto entregados a la más espantosa miseria.

Para terminar con tal estado de cosas, contrario al derecho natural y a la dignidad del hombre, la Iglesia cumplió con su deber. Y lo hizo con exquisita prudencia, firmeza y constancia, según vamos a verlo en la persona de San Pablo.

SAN ONÉSIMO. — SU VIDA. — EPÍSTOLA DE SAN PABLO

FILEMÓN, uno de los mayores propietarios de la ciudad de Colosos, era también cristiano fervoroso, muy notado por la firmeza de su fe y caridad magnánima.

Entre sus esclavos se contaba Onésimo que, habiéndole robado, se fugó para librarse del castigo que, por tal delito, había de ser sonado y terrible. Persuadido de que en una gran urbe podría burlar más fácilmente las pesquisas de sus perseguidores, perdiéndose entre tantos millares de esclavos, se fué a Roma. La Providencia le condujo a la cárcel en donde se hallaba Pablo y en la que gozaba de la libertad de recibir visitas.



SAN *Pablo, prisionero y con pesadas cadenas, adoctrina a San Onésimo, también encarcelado. Admira las bellas cualidades de aquella alma desmoralizada por la esclavitud y le convierte en obrero apostólico. Le promete una carta a Filemón, su amo, solicitándole su libertad.*

El gran Apóstol se compadeció de él y no contento con instruirle en los principios de la fe cristiana y de administrarle el bautismo, se propuso hacer de su neófito un obrero evangélico, pues descubrió un alma que, aunque desmoralizada por la esclavitud, poseía preciosas virtudes que bien cultivadas podrían rendir en su día opimos frutos.

Ante todo era menester arreglar su situación con respecto a su amo, muy conocido, por fortuna, del mismo Pablo, pues Filemón era una conquista suya o de alguno de sus discípulos. Poco le hubiera costado —como él mismo declara— dada la influencia de que gozaba, quebrantar las cadenas que ligaban a Onésimo y darle la libertad, pero prefirió ablandar el corazón del amo y lograr su consentimiento.

Envió, pues, a Onésimo provisto de una carta para Filemón, carta escrita hacia el año 61, conservada hasta hoy y venerada como documento de inestimable valor en las Sagradas Letras. Puede notarse en la misma incidentalmente, gracioso juego de palabras sobre el nombre de Onésimo (que en griego es *Onysimos* y significa, *útil, provechoso)*.

Para disponer el ánimo de su amigo, San Pablo alaba su fe, su caridad y su liberalidad para con los fieles, y luego expone el objeto peculiar de su Epístola, diciéndole:

...«Te ruego, pues, por mi hijo Onésimo a quien he engendrado entre las cadenas. Onésimo que en algún tiempo fué para ti *inútil,* y al presente, tanto para ti como para mí es provechoso, el cual te le vuelvo a enviar. Tú, de tu parte recíbele como a mis entrañas. Yo había pensado retenerle conmigo, para que me sirviese por ti durante la prisión en que estoy por el Evangelio. Pero nada he querido hacer sin tu consentimiento, para que tu beneficio no fuese como forzado, sino voluntario.

Que quizá él te ha dejado por algún tiempo a fin de que le recobrases para siempre, no ya como siervo, sino como quien de siervo ha venido a ser un hermano muy amado, de mí en particular; pero ¿cuánto más de ti, pues que te pertenece según el mundo y según el Señor?

Ahora bien, si me tienes por compañero tuyo, acógele como a mí mismo. Y si te ha causado algún detrimento, o te debe algo, apúntalo a mi cuenta... Confiado en tu obediencia te escribo, sabiendo que harás aún mucho más de lo que te digo...» *(Filemón,* 10 y siguientes).

Aquí está, en síntesis, el proceder de la Iglesia en esta magna cuestión de la esclavitud. San Pablo declara que podía quebrantar las cadenas, y apela sin embargo a la «obediencia de Filemón». Con esas palabras queda condenada la esclavitud de modo manifiesto; no obstante, prefiere conseguir el perdón y la libertad de Onésimo de la «caridad benéfica» de su amo.

Además, Onésimo había recibido otro encargo de Pablo: junto con la carta para Filemón, tenía que remitir la Epístola dirigida a los Colosenses. En este viaje acompañóle Tíquico.

LA IGLESIA REHABILITA AL ESCLAVO

EL primer cuidado de los pastores de la Iglesia, a la vez que aconsejaban la paciencia a los esclavos, era el de rehabilitarlos, manifestar públicamente su dignidad y así preparar paulatinamente su liberación. En efecto, es cosa experimentada que todo principio social admitido en teoría, produce necesariamente sus efectos.

La Iglesia en todo tiempo y lugar exhortó a los ricos y a los señores a que concedieran generosamente la libertad, y vió coronados sus esfuerzos, sobre todo en la hora de la muerte. Pero, no obstante, la Iglesia tuvo particular interés en sentar el principio social del que un día habría de derivarse, no ya la libertad de unos cuantos, sino la manumisión general.

Los esclavos empezaban a oír, pues, la palabra de la verdad y los Apóstoles, en su labor de conquista de las almas, no consideraron si sus oyentes eran libres o esclavos, amos o pecheros.

Santiago, en su epístola católica, reprende con apostólica entereza a los que en la práctica de la vida manifestaban marcada tendencia a tales distinciones.

No solamente fueron admitidos los esclavos al santo bautismo y enriquecidos con los dones del Espíritu Santo, sino que, cuando su conducta cristiana, las dotes de inteligencia y de carácter lo consentían, no se tuvo reparo en investirles de las órdenes sagradas. Así, pudo verse un espectáculo insólito no conocido en una sociedad tal como entonces estaba organizada: al esclavo arrodillado ante la Sagrada Mesa junto a su amo. Si por causa de un delito público se le aplicaba a éste la penitencia canónica, el esclavo penetraba libremente en el recinto sagrado, mientras que el amo era detenido a la puerta, cubierta la cabeza con ceniza en espera de licencia para reunirse a los fieles; si el esclavo llegaba al sacerdocio, veíasele ejercer su sagrado ministerio mientras el patricio permanecía anónimo entre la multitud.

¿Quién no ve inmediatamente que la redención del esclavo debía, por la fuerza de los hechos, ser consecuencia lógica de cuanto la Iglesia había hecho para reconocer la dignidad de éste?

Ved cómo descansan juntos en las Catacumbas el señor y el siervo, y si el esclavo se distinguió por su virtud o logró la palma del martirio, no titubearon (bien lo declaran los modernos descubrimientos) en asignarle un sepulcro que con su esplendor eclipsa el de los ricos.

En Bolonia, en tiempo de Diocleciano, dióse el caso, por ejemplo, de los santos mártires Vidal y Agrícola, el primero de los cuales había sido siervo del segundo, y fueron compañeros en el martirio y en el triunfo, y lo son, ahora en la veneración que la Iglesia les tributa.

SAN ONÉSIMO, OBISPO Y MÁRTIR

CUANTO acabamos de decir lo hallamos plenamente confirmado en la vida de San Onésimo. Filemón le otorgó de buena gana el perdón y la libertad. Volvió entonces a Roma a juntarse con el apóstol San Pablo, que le ordenó de sacerdote.

Créese que con el tiempo llegó a ocupar la sede episcopal de Éfeso, regida con anterioridad por Timoteo, y que sobrevivió a San Ignacio mártir.

Cuando este heroico e ilustre prelado fué conducido a Roma para ser triturado, en el anfiteatro, por los dientes de las fieras, Onésimo, acompañado de uno de sus diáconos, fué a Esmirna para saludarle en casa de San Policarpo.

Se sabe, en efecto, por una carta de San Ignacio, que el obispo de Éfeso llevaba el nombre de Onésimo y era «de una caridad sin límites»; aunque nada induce a afirmar con certeza absoluta que se trate del mismo discípulo de San Pablo, pues poco antes un obispo del mismo nombre ocupaba la sede de Berea, en Macedonia.

La misma incertidumbre encontramos en diversos hagiógrafos acerca del lugar y fecha de su martirio. Cuéntase que, arrestado sin duda en la ciudad de su sede por el procónsul, fué sometido al tormento y enviado a Roma, en donde el gobernador Tertulio lo mandó encarcelar y más tarde le desterró a Puzol (Puzzuoli), en la región de Nápoles. Pero Onésimo reanudó en esta ciudad la predicación evangélica y por ello fué nuevamente arrestado y conducido a Roma, en donde padeció el tormento.

Intímasele que sacrifique a los ídolos, mas él rehusa y expira lapidado, no sin haberle antes quebrantado los miembros valiéndose de palancas.

Con todo nos queda la duda de si el mártir atormentado en Puzol y el lapidado en Roma es la misma persona, y si los relatos pertinentes a personajes distintos no han sido juntados en uno solo en razón de la semejanza onomástica.

La fecha de la muerte difiere según los autores y se apunta al reinado de Nerón, de Domiciano o de Trajano.

El martirologio romano, muy sobrio, sólo nos refiere que el compañero de San Pablo —que llegó a ser obispo de Éfeso— fué conducido cautivo a Roma y allí murió lapidado, y que su cuerpo fué inhumado antes de ser trasladado a su residencia episcopal, donde, en honra de su siervo, obró el Señor muchos milagros.

Sea de ello lo que fuere, estamos ante un hecho de capital importancia, cual es el de que un esclavo, en los albores del cristianismo, logre ceñir su cabeza con la triple diadema de discípulo de San Pablo, de obispo y de mártir.

TRANSFORMACIÓN DE LA LEGISLACIÓN

LA destrucción pacífica de la esclavitud no sólo exigía la proclamación del principio de la dignidad humana, sino que era necesario suprimir las causas de aquel azote e intervenir en la legislación. Todo esto hizo la Iglesia.

El desprecio del trabajo y la esclavitud iban siempre de la mano. Por eso los apóstoles emprendieron la rehabilitación del esclavo y la rehabilitación del trabajo manual, pues ellos mismos trabajaban para ganarse el sustento.

Cuando ocuparon el trono emperadores cristianos, dictaron leyes suaves y moderadas, sugeridas por el cristianismo, para resolver pacíficamente el pavoroso problema social. Valentiniano y Graciano decretaron en 367 que los esclavos rurales no podrían ser vendidos; de esa manera trataban de remediar la despoblación y el abandono del campo; debían permanecer con sus familias adscritos a la tierra con obligación de labrarla, pero con derecho a alimentarse de su trabajo.

Esta sustitución de la esclavitud por la servidumbre fué ya un inmenso progreso: era en realidad la supresión de la esclavitud en el campo. Pero desgraciadamente la invasión de los bárbaros que, asomando por todos los puntos del horizonte, caían sobre la vieja Europa anegándola en sangre, para regenerarla, agravó la situación de los esclavos.

La Iglesia, eterna renovadora, emprendió nuevamente su labor de rehabilitación, y como su influencia, asistida por la gracia de Dios, se adueñó en breve del corazón de los conquistadores, no temió imponerse a ellos con entereza por mediación de los Pontífices y de los Concilios.

Cuando los siervos se convirtieron en colonos dependientes, gravados con la prestación de obras serviles, se les impuso esta obligación para determinados días del año o de la semana, dejándolos en libertad de trabajar para sí durante el resto del tiempo.

Los efectos morales y económicos del trabajo libre contribuyeron en gran manera al último movimiento de emancipación, y pronto se vieron a los individuos de la última clase social —en otro tiempo incapaces de todo derecho— elevarse a los grados sociales superiores, a los más altos honores, y, en ocasiones, a la dirección de la cosa pública en el municipio, provincia o Estado.

León XIII, en su célebre Encíclica *Rerum Novarum* del 15 de mayo de 1891, verdadera Carta de trabajo, expuso con luz meridiana los derechos y deberes de cada hombre en el orden económico y social.

SANTORAL

Santos *Gregorio X, papa y confesor;* **Onésimo** y Agapito, obispos; *Elías, Jeremías, Isaías, Samuel, Daniel, Porfirio, Seleuco* y *compañeros, mártires; Honesto, presbítero y mártir, maestro de San Fermín de Pamplona;* Martín y Justo, solitarios; Julián y otros cinco mil mártires en Egipto; Eulalio, obispo de Siracusa. Santas Gundelinda, prima de San Odilón; tres Julianas, vírgenes y mártires, en Bolonia, Verona y Nicomedia.

SAN GREGORIO X, papa. — Este sabio y santo Pontífice es una de las más brillantes estrellas que han alumbrado el cielo de la Iglesia y que por sí solas son capaces de desvanecer las débiles brumas que contra ella han pretendido levantar sus más encarnizados enemigos. Cinco años ocupó la silla de San Pedro, siendo su mayor empeño el conquistar para Cristo reinos espirituales de almas y la tierra de Palestina, testigo de la vida, obras y muerte de nuestro divino Salvador. Para eso organizó cruzadas, asistiendo él personalmente a una de ellas antes de ser elegido Papa; por esto se le puede llamar el paladín de las Cruzadas. Reunió un Concilio en Lión, al que asistieron quinientos obispos, setenta abades y mil doctores, entre ellos San Buenaventura. Los afanes del Pontífice fueron: acabar con el cisma de los griegos, mejorar la situación angustiosa de los cristianos en Tierra Santa y desterrar los vicios y errores que se estaban propagando entre los católicos. Logró, como fruto del concilio, la conversión de Logetetes y toda su nación; lo cual llenó de satisfacción a Gregorio X. Había nacido en Plasencia de Italia y murió en Arezzo de Toscana el 10 de enero de 1276 con aureola de santo. Este Papa fué el primero que ordenó que, para la elección de Pontífice, los cardenales se reuniesen en Cónclave.

SANTOS ELÍAS, JEREMÍAS, ISAÍAS Y COMPAÑEROS MÁRTIRES. — De Egipto pasaron a Cesarea estos cinco varones, esforzados campeones de la fe cristiana, pues la confesaron sellándola con su sangre. Por aquellos días estaba desencadenada la tormentosa persecución de Galerio. Fueron arrestados y llevados los cinco al tribunal del gobernador Firmiliano; éste procuró por todos los medios persuadirlos a que sacrificaran a los dioses; pero todo fué en vano, pues prefirieron el martirio antes que renegar de Cristo. Al fin rodaron sus cabezas bajo el filo de la espada imperial, mientras sus almas, bañadas en la sangre del Cordero, ascendían a la gloria para recibir la palma de su triunfo. Los nombres de estos bienaventurados son: Elías, Jeremías, Isaías, Samuel y Daniel, que habían llegado de Egipto; Pánfilo, Porfirio, Seleuco y tres compañeros más, que quisieron seguir la misma suerte que los cinco anteriores.

SAN HONESTO, presbítero y mártir. — Este santo sacerdote, que se había instruído en la fe y convertido a ella por San Saturnino, obispo de Tolosa de Francia, se hallaba predicando la doctrina del Crucificado con tanto celo, vehemencia y solidez de argumentación, que logró la conversión de los padres de Fermín, que eran paganos, y de varios hombres distinguidos de la región, y con ellos más de cuarenta y un mil personas. Fermín fué confiado a la custodia y dirección de San Honesto; éste, ya cargado de años, recibió la palma del martirio, según se cree, el mismo año que San Saturnino y San Fermín.



Madre y Reina de los Servitas, Orden lozana y fructífera como viña fecunda

SAN ALEJO FALCONIERI

Uno de los siete Fundadores de los Servitas (1200-1310)

DÍA 17 DE FEBRERO

ASENTADA en las risueñas riberas del Arno, era ya Florencia en los comienzos del siglo XIII una ciudad de gran lustre con sus hermosas torres, sus palacios, sus iglesias y sus elegantísimos soportales. Sus plazas y calles veíanse muy animadas con las riadas de gente, ora guasona y dicharachera, ora noble, elegante y fastuosa; ora comerciante, atareada y grave, ora guerrera y envalentonada. Los Falconieri sobresalieron en todo tiempo en los negocios públicos y en el manejo de las armas. En los comienzos del siglo XIII eran tintoreros, comerciantes y cardadores de lana, y poseían en la ciudad torres, almacenes y palacios.

Tal era el ambiente en que nació Alejo Falconieri el año 1200. Eran nueve hermanos; el primogénito se llamaba Clarencio y más de una vez hemos de hacer mención de él en el decurso de estas páginas. La juventud de Alejo transcurrió en un ambiente de odios, de discusiones y de crímenes que abren en 1215 la era calamitosa de Güelfos y Gibelinos; pero nuestro Alejo vivió apartado de toda contienda; el estudio y las prácticas piadosas absorbían todo su tiempo y ocupaban toda su actividad.

«Fué un sabio» —según atestigua el viejo cronista Mati—. Ninguna de las disciplinas que en su tiempo constituían el bagaje científico de los hombres de talla, le era desconocida, siéndole familiares la música y la retórica, la poética y la dialéctica, la física y las matemáticas.

La actividad ardorosa con que se dedicó al estudio manifiéstase más tarde cuando se dedica a reunir un capital con que sufragar los gastos de los jóvenes estudiantes de su Orden que enviaba a la Universidad de París. Su piedad le movió a alistarse desde los más tiernos años en la cofradía de los *Laudesi* o Loadores, cuyo principal objeto era cantar las alabanzas de la Santísima Virgen. Tal decisión debía ser como brújula que había de orientar su vida.

VOCACIÓN DEL SANTO

EN efecto, en la capilla de la Cofradía, el día de la Asunción del año 1233, vióse favorecido Alejo con una visión que orientó su vocación de religioso y de cofundador de la Orden de los Servitas. Celebraban los cofrades, pertenecientes todos ellos a la alta sociedad de Florencia, la entrada triunfal de su Reina y patrona en los cielos, cuando la soberana Señora se apareció a Alejo en medio de un esplendente cortejo de espíritus celestiales. «Alejo, hijo querido —le dijo—; abandona el mundo, ven a la soledad, *pues te elijo por siervo mío.*» Al volver en sí en la capilla que había quedado solitaria y en la que acababan de apagarse las velas, vió Alejo con gran asombro yacentes sobre las duras losas, dominados aún por el sueño extático del que él mismo acababa de salir, a otros seis cofrades.

¡Cuál no sería la sorpresa y la emoción de todos al volver en sí y verse allí juntos sin haberse concertado de antemano! Entre ellos se hallaba Buenhijo Monaldi, alma pura y elevada, unida a Alejo por los lazos de una estrecha amistad. En cuanto a los otros cinco jóvenes florentinos, Buenhijo se los había dado ya a conocer, y todos se profesaban una sincera estima. Al reconocerse en aquella hora y en aquel lugar, adivinaron todos cuanto tenían que adivinar, pues cuando Buenhijo explicó a sus compañeros la visión que había tenido, no les contó nada nuevo. La Virgen había sugerido a cada uno en particular la idea de abandonar el mundo.

La vida de estos siete siervos de Dios presenta muchos rasgos comunes: tienen las mismas revelaciones, practican las mismas diligencias y es imposible hablar de uno de ellos sin hacer referencia a los demás. Pero esa notable identidad no sólo se manifiesta en lo exterior, sino que se acrece por los sentimientos internos alimentados por una tierna y fraternal caridad que une sus corazones.

Tan intensa ha llegado a ser esa caridad que ya no soporta la separa-

ción de los seres queridos, y la breve ausencia de una hora es para sus corazones un verdadero suplicio: sus almas ya no se regocijan más que en la vida común, practicando la «amistad de la caridad».

Poco le costó a Alejo corresponder al llamamiento de la Virgen. Si los demás estaban enfrascados en los negocios, en los cargos públicos y alguno atado hasta por el matrimonio, él se veía libre de todo compromiso, no habiendo empeñado su palabra más que para conservarse en perfecta castidad, lo que le hacía vivir ajeno a la vida del siglo y sacrificar gustoso cualquier oportunidad de establecimiento mundano. Hizo su despedida de la familia, aunque conmovido, resuelto y generoso, y el 8 de septiembre de 1233 inauguraba en compañía de sus seis amigos una vida común de oración, trabajo y penitencia en la quinta denominada «Villa Camarzia», en los alrededores de Florencia.

El director de la cofradía de los *Laudesi,* el joven y santo sacerdote Santiago de Poggibonzi había recomendado su empresa al obispo de Florencia, Ardingo, que los puso bajo su dirección. Una vez terminado el rezo del Oficio Parvo, celebró el santo sacrificio de la misa, en la que todos comulgaron, y, a continuación, se despojaron los jóvenes patricios de sus ricos vestidos, revistiéronse del burdo sayal de los mendigos de Cristo, ceñido por un cinturón de cuero, y entonaron jubilosos en la humilde e improvisada capilla el canto del *Te Deum,* eco fiel de la dulce alegría que inundaba sus almas. Terminado el himno se entregaron a Dios por los tres votos de religión y eligieron por superior a Buenhijo.

LA ORDEN DE LOS SERVITAS. — PRIMERAS FUNDACIONES

ESTOS hombres, que pertenecían a las más opulentas familias de Florencia, acababan de vestir el burdo sayal y emitir el voto de pobreza, obligándose a ir de puerta en puerta en busca de limosna. Mas aconteció que el día de la Epifanía del 1234, Alejo y Buenhijo recorrieron pidiendo limosna el barrio de Oltrarmo y se llegaron a la rica mansión de los Benizi. Apenas traspasaron el umbral que daba al patio, cuando un niñito de cinco meses exclamó en brazos de su madre: «Mamá, esos son los siervos de María; dales limosna.» Tales palabras en boca del tierno infante denunciaban un milagro grandioso. Alejo debía encontrarse repetidas veces por los caminos de la vida con este niño llamado Felipe Benicio, que más tarde había de brillar entre los siervos de María, cuyo nombre acababa de pronunciar.

Ese prodigio de un niño de pecho que proclama a los Siete con el nombre de Siervos de María, se renovó con cierta frecuencia en los comienzos de esta Orden y contribuyó grandemente a granjearles la religiosa venera-

ción de las gentes. El cielo mismo había tomado a su cargo el declarar el nombre del naciente Instituto. Por lo cual decía Alejo más tarde: «Jamás ha llegado a mi conocimiento (y creo que tampoco al de los demás) que este título haya sido discurrido por los hombres; por eso he vivido siempre persuadido de que nos lo dió la Madre de Dios.»

A los pocos meses, los hechos milagrosos que acaban de referirse atrajeron mucha gente a «Villa Camarzia», deseosos de contemplar a estos santos huéspedes, consultarlos e imitarlos en cuanto podían. No era ello de su gusto, por lo cual abandonaron sin demora aquel primer asilo de su vida religiosa y se establecieron en el monte Senario, célebre desde entonces y cuyo solo nombre evocará en lo sucesivo el recuerdo de la Orden. Es el monte Senario una mole que yergue su cima a la altura de ochocientos metros al noroeste de Florencia, por detrás de las colinas de Fiésole. En sus laderas la naturaleza ha cavado grutas silvestres y cada uno de los Siete elige una ermita. De iglesia les servirá un oratorio modesto que han erigido al pie de los más altos abetos en la cresta del monte. La gruta que Alejo escogiera es la menos cómoda de todas, tan profunda y tan baja, que no es posible estar de pie. Sin embargo, abierta al nordeste le permite contemplar un dilatado horizonte de paz inalterable. Hoy se ve en ella una inscripción latina que traducida dice así: «Aquí estuvo oculto por largo tiempo el siervo de Dios Alejo Falconieri, crucificado para el mundo y sostenido con celestiales delicias.»

Establecidos ya cual lo deseaban, emprendieron con fervor creciente la vida que iniciaran en «Villa Camarzia», pareciendo más bien ángeles que hombres, pero viéndose no obstante precisados a causa de la pobreza del monte (que hasta las raíces y las hierbas les negaba) a descender a Florencia a mendigar, como poco antes, de puerta en puerta y con la alforja al hombro, el pan de la semana. Alejo y Manetto fueron los primeros designados para este ministerio.

Pronto se vieron ante un problema ineludible, a saber: ¿Debían o no echar los cimientos de una nueva Orden? Porque la multitud que les hiciera abandonar «Villa Camarzia» se les venía ahora al encuentro y eran muchos los que solicitaban compartir con ellos la vida solitaria. Tal era el parecer del Prelado, amigo y consejero de los Siervos de María, y cuya simpatía velaba siempre por ellos. Pero por su parte, ninguno se sentía capaz ni digno de dirigir a los demás. Pronto se encargó el Señor de resolver sus dudas y de disipar sus escrúpulos y, convirtiéndose de ermitaños en monjes, hicieron la profesión en manos de su Obispo. Y lo que es todavía mejor: a instancias de éste, se ordenaron de sacerdote, consiguiendo legitimar su situación los ya comprometidos por los lazos conyugales. Pero Alejo, predestinado a tan santo ministerio por su angelical pureza, no quiso



CUMPLIDOS *110 años y llegada la hora suprema, San Alejo ve cómo la habitación se inunda de luz y una bandada de blancas palomas revolotea en su derredor. Acompañan las avecitas al Niño Jesús, que, cariñosísimo, le trae una corona de fragantes rosas y se la pone en su testa venerable.*

nunca investirse de tal honor a pesar de las instancias que le hicieron. Mas por mucho empeño que ponga en evadir el cargo, su personalidad le pone en evidencia y él será el más nombrado y celebrado, juntamente con Buenhijo, en la historia de los siete fundadores de los Servitas.

Corrían los primeros tiempos del nuevo Instituto y en las primeras páginas de su historia ya encontramos relatada la fundación de Sena por Alejo. Llegó a la artística ciudad en 1239 según unos, y en 1243, según otros, no tardando en ser objeto de la veneración universal. Hablaba con tal encanto de Dios, de Jesús y de María, que movía los corazones y se ganaba la confianza del auditorio. Por otra parte los siete compañeros imprimieron al convento tal aire de santidad, que se transformó en un semillero de santos.

Pasados los primeros años, aparece Alejo como la figura más destacada en la fundación de Cafaggio, junto a Florencia. Asiste a las primitivas fases de esta fundación, oscuras y humildes, pero también es testigo de su esplendoroso desarrollo.

Al principio no dispusieron más que de una modesta capilla situada en el camino de Florencia al Senario. Los Servitas habían obtenido autorización para construir una especie de hospedería adosada a la capilla, que servía de refugio a los monjes que iban a la gran urbe. Al tratar más adelante de una fundación en Florencia, se pensó, por motivos de economía, en utilizar la hospedería. Para la decoración del oratorio, tuvieron Alejo y Buenhijo la idea de mandar pintar la escena de la Anunciación. No creyéndose el piadoso pintor encargado de aquella misión con habilidad bastante para reproducir fielmente el semblante de María, imploró la ayuda de los buenos religiosos, que unieron sus preces a las del artista. Pues bien, tales ruegos no fueron desatendidos, porque un pincel celestial fué trazando durante el sueño del artista lo que éste no hubiera jamás concebido. Ocurría según se cree por los años de 1252, y así empieza la historia de la célebre basílica de la *Anunciata*.

La milagrosa imagen atrajo muy pronto a las muchedumbres, y el pequeño oratorio ya no fué capaz para contenerlas, por lo que se decidió la construcción de una verdadera iglesia, empresa favorecida al principio por abundantes donativos; pero viniendo éstos a faltar con el tiempo, hubo que suspender la obra.

¡Penosa desilusión! ¡Haber comenzado la iglesia y no poder terminarla! ¿Qué hacer? Alejo acude a Clarencio, su hermano, que había acumulado inmensa fortuna en sus negocios, si bien valiéndose de medios no del todo exentos de censura. Hízole presente el riesgo que corría su salvación eterna si retenía bienes mal adquiridos, y le sugirió la posibilidad de alcanzar el perdón de tal injusticia empleando ese «dinero de iniquidad» en la construcción de la iglesia de Cafaggio. El papa Urbano IV le otorgó bula de composición.

No obstante aportación tan cuantiosa, la iglesia no pudo terminarse tan pronto como se tenía pensado, pues en 1265 el papa Clemente IV publicó un Breve concediendo indulgencias a los fieles que contribuyesen con sus limosnas a la prosecución y suspirado remate de los trabajos. Aunque en este tiempo su familia había decaído del antiguo esplendor, Alejo continuó siendo el alma de la empresa. Gozaba, en efecto, de la confianza y afectuosa veneración de las familias pudientes de Florencia, de lo cual supo aprovecharse para conseguir eficaz ayuda con que poder terminar la obra. Mientras tanto y desde 1254, Alejo ejercía el cargo de sacristán del Santuario, cargo que conservará hasta el ocaso de su vida, y era el limosnero del monasterio (limosnero perpetuo, pudiéramos llamarle), dispuesto siempre a salir a pedir limosna: los anales del monasterio hacen a menudo mención del Hermano Alejo, particularmente en el decurso de los años 1287, 1288 y 1289, esto es, en los últimos de su vida, en los que va todavía a pedir en compañía del Hermano Rogerio.

ALEGRÍAS Y TRISTEZAS

QUÉ tiernas alegrías reservaba a la piedad de Alejo su cargo de sacristán! El que se había tenido por indigno del sacerdocio, se desquita ahora para ayudar al ministro del Señor con sencillez candorosa y éxtasis de amor.

El jueves de Pascua de 1254, antes de cerrar la iglesia vió a un joven en ademán estático; le toca suavemente la espalda como invitándole a salir.

—Dios os perdone, Hermano Alejo —le respondió el joven—. Me echáis del paraíso.

Era Felipe Benicio, el mismo que en 1234, hallándose todavía en pañales, había saludado a Alejo con el nombre de Siervo de María. Su vocación y su ingreso en la Orden de los Servitas era lo que se le representaba en aquella visión en aquel instante, y Alejo tuvo la fortuna de sorprender el secreto.

Al año siguiente, en el Capítulo celebrado en Cafaggio, Alejo y sus Hermanos renunciaban solemnemente por voto a poseer bienes inmuebles; el acta de la renuncia consta en una Bula de Alejandro IV, que aun se conserva y en la que se lee el nombre de Alejo; gran honra para él, poder recoger este detalle en un documento de tal importancia.

En adelante le van a salir al paso una serie de pruebas, que irán alternando con ratos de felicidad y bienandanza. Entre 1257 y 1268, año tras año, ve morir a cuatro Hermanos suyos, los llamados *Laudesi.* En 1267, asiste a la promoción de Felipe Benicio al generalato de los Servitas. No es para descrita la alegría que Alejo sintió al ver ascender astro de tal magnitud

al firmamento de su Orden; «este apóstol infatigable que recorre Europa entera predicando a Jesús crucificado y a María, Madre de los Dolores; este santo, en fin, que logra sustraerse a los honores de la tierra, y siembra los milagros a su paso y muere como ha vivido, discípulo del Crucificado, estrechando contra su corazón lo que él llamaba su libro: el Crucifijo».

En 1270, tiene la dicha de ver nacer milagrosamente en el hogar de su hermano Clarencio, ya septuagenario, a la futura Santa Juliana Falconieri, flor de pureza y de penitencia. Su tío trabajó con celo admirable para sembrar en el alma de la niña los gérmenes de la más delicada piedad, y tuvo la grata sorpresa de ver que había sembrado en tierra fertilísima. «¡Oh —decía con frecuencia a Riguardata, la madre afortunada—, tu hijita más que criatura humana es un ángel del cielo!» Siguió amorosamente las ascensiones místicas de su sobrina y, habiéndole sugerido la idea de consagrar su virginidad y vida a Jesús y a María, asistió gozoso a su vestición y profesión religiosa en la rama femenina de la Orden, llamada de las *Mantellatas,* que fundó Santa Juliana.

En 1282, muertos Hugo y Sosteño, queda nuestro Santo como único superviviente de los siete fundadores de la Orden. En 1285, ve también a San Felipe partir de este mundo a mejor vida. Esta muerte, ocurrida el 22 de agosto, al arrebatarle amigo tan querido, lacera fuertemente su corazón.

El primer monasterio regular de las *Mantellatas* se va a levantar a su presencia, y su sobrina Juliana, elegida por Superiora a pesar de sus pocos años y de su profunda humildad, será como la regla viviente de la casa por su virtud acrisolada. En cambio, tiene Alejo que presenciar el triste espectáculo de la lucha encarnizada entre «Negros» y «Blancos» que hace estremecer a Florencia. Finalmente, sobreviene un acontecimiento feliz tras los muchos reveses de fortuna: la aprobación definitiva de su Orden, por Benedicto XI, el 11 de febrero de 1304.

PATRIARCA EXTRAORDINARIO. — SANTA MUERTE

MUY contento hubiera entonado Alejo en aquel día el *Nunc dimittis;* había vivido bastante y nada tenía que esperar ya en la tierra. Mas diríase que Dios iba hurtando la muerte a su siervo Alejo. Todavía dejó seis años a este nuevo San Juan en la villa de Cafaggio, recreándose entre sus hijos y renovándoles sus más caras recomendaciones: «Hijitos míos —les decía, mostrando a su Orden una predilección dictada por la piedad y que los religiosos de las otras le perdonarán gustosos—, tenemos una misión más digna y más grande que los hijos de San Francisco y de Santo Domingo: nuestra misión es la de ser santos y santificar el universo entero, lo cual hemos de conseguir meditando y haciendo me-

dilar, con profundo sentimiento, los Dolores de la afligida Madre de Dios y la Pasión de su querido Hijo.»

Tenía ya 110 años el heroico anciano y continuaba practicando las austeridades de toda la vida, siendo necesaria la autoridad del Prior de Cafaggio para moverle a aceptar algunas mitigaciones, a dormir siquiera fuese en miserable jergón y a tomar un poco de carne. Pero la vida se iba extinguiendo y la muerte llegó, como él había anunciado, el 17 de febrero de 1310, después de haberse confortado con los últimos sacramentos y rodeado de sus hermanos en religión.

Apenas difundida la noticia de que se moría el patriarca de Cafaggio, el pueblo acudió presuroso a contemplar su envidiable muerte. El ver a nuestro Santo sonriente en espera de que la muerte terminara con su destierro, llenaba a todos de placer inmenso y sobrenatural.

Estaba rezando las cien *Avemarías*, como tenía por costumbre, cuando una ráfaga de luz celestial inundó de repente la habitación y mansas palomas revolotearon en torno al moribundo; el Niño Jesús se le apareció, acercóse a él, abrió sus manos y dejó desprender sobre la frente serena una corona de rosas. En medio de ese festín del alma y al pronunciar la centésima *Avemaría*, entregó su espíritu este fiel siervo de María.

Varios días estuvieron sus despojos mortales expuestos a la veneración de los fieles de Cafaggio, y luegon fueron trasladados al monte Senario, para descansar al lado de los de sus Hermanos. Poco a poco fué cayendo su nombre en el silencio y su tumba en olvido. Trescientos años transcurrieron antes que se iniciaran las primeras gestiones encaminadas a la glorificación del humilde siervo de Dios. Quisieron asumir este honor los descendientes de los Falconieri, que, en dos épocas distintas, invirtieron sumas considerables para sufragar los gastos de las causas de canonización de Alejo y de Juliana.

La del primero fué introducida en 1666, siendo declarado beato el 20 de noviembre de 1717, ocho años antes que los demás fundadores de los Servitas. Tras muchas dudas y debates, resultado del estudio simultáneo de las causas de los Siete, fueron canonizados todos juntos por León XIII el 15 de enero de 1888.

La Iglesia beatificó a Alejo antes que a los demás compañeros, pero juntó a los siete fundadores en la solemnidad de la canonización. La fiesta colectiva se celebra el 12 de febrero, mas en el martirologio está reservado el día 17 de febrero para la glorificación de San Alejo.

Dichosos todos cuantos siguen a estos Siete bienaventurados y comparten con la Virgen los dolores acerbos de esta Señora durante la Pasión de su divino Hijo. Pero más felices aún los que, aborreciendo toda culpa, se esmeran en no renovárselos con nuevas ofensas a la divina persona del Redentor.

SANTORAL

Santos **Alejo Falconieri, confesor;** *Angilberto, abad;* Faustino y cuatro compañeros, mártires; Silvino, obispo de Tolosa; Donato, Secundiano y Rómulo, mártires, en Lusitania; *Teódulo* y *Julián, mártires;* Ulfrico, solitario; *Bonoso, obispo de Tréveris;* Benedicto, benedictino y obispo de Cerdeña; Salamán, penitente; Constable, abad; *Eutropio, presbítero español.* Santas Mariana de Asiria y Demetriada de Cartago, vírgenes.

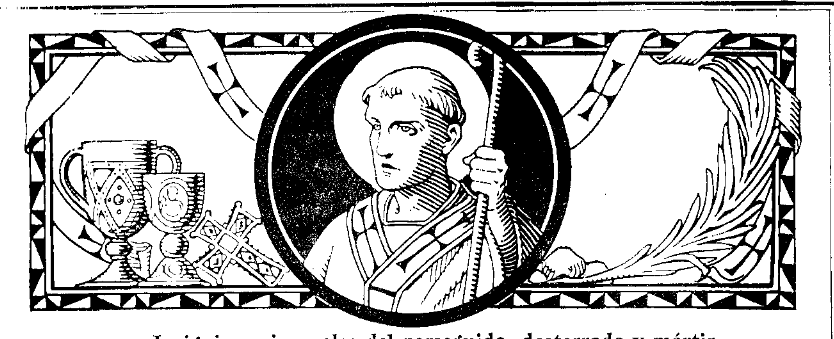
SAN ANGILBERTO, abad. — Fué San Angilberto uno de los pares de Carlomagno, adornado con brillantes dotes intelectuales y morales. Fué discípulo entusiasta del célebre Alcuino; tenía suma facilidad para versificar; como guerrero se hizo admirar por su valor contra los normandos. Llegó a ser yerno del Emperador, cuya hija Berta recibió en matrimonio. Un buen día tuvo añoranza de los libros y de la paz y silencio monacales y, abandonando la corte del emperador de la tierra para servir sólo al del cielo, se encerró en la abadía de Céntula para hacer penitencia de su vida anterior, atormentando y crucificando su cuerpo. Nombrado abad, hizo de su monasterio un baluarte de la religión y centro de cultura y civilización. En 814 fué a recibir del Padre de familias el galardón de sus trabajos y virtudes.

SANTOS TEÓDULO Y JULIÁN, mártires. — Figuraba Teódulo como uno de los más altos empleados de la casa del gobernador de Cesarea, Firmiliano, aquel que, según dijimos ayer, martirizó a Elías, Jeremías, Isaías y compañeros. Habiendo sido Teódulo testigo ocular de la entereza de estos héroes de la fe, se sintió al instante abrasado del divino amor, y se apresuró a ir a la cárcel a consolar y animar a los pobres prisioneros que esperaban la hora del tormento.

El gobernador le reprochó tan noble proceder, pero él, lejos de disimular sus creencias, se afirmó más en ellas, por lo cual fué condenado a morir en cruz. Julián se entretenía en acudir al lugar del martirio para exhortar a los fieles a que permanecieran firmes en la fe. El martirio de ambos atletas tuvo lugar el 17 de febrero del año 309.

SAN BONOSO, obispo. — Fué un ilustrado sacerdote, cargado de méritos y de virtudes. Ocupó la sede episcopal de Tréveris con gran edificación y ejemplo de sus súbditos. Con sus escritos y sermones no cesó de combatir el arrianismo, entonces muy en boga; y, gracias a su celo apostólico, su diócesis se vió libre de tan terrible enemigo. Juliano el Apóstata vióse más de una vez vencido por la sólida dialéctica del obispo Bonoso, el cual, cargado de años y de méritos, entregó su alma al Señor el 17 de febrero del año 381.

SAN EUTROPIO, presbítero. — Extremadura no sólo fué patria de grandes capitanes e insignes conquistadores, sino que lo fué también de Santos. Uno de ellos es nuestro biografiado, que vino al mundo en un pueblecito de la comarca de Mérida, de la cual es una de sus brillantes figuras. Dotóle Dios de un ingenio profundo, y gracias a él pudo realizar grandes progresos en las letras sagradas, a cuyo estudio se consagró completamente. Abrazó la carrera eclesiástica, en la que descolló por su ciencia y celo apostólico, siendo un muro de contención de las herejías que entonces turbaban la paz de la Iglesia. Expiró santamente el 17 de febrero del año 420.



Insignias episcopales del perseguido, desterrado y mártir

SAN FLAVIANO

Patriarca de Constantinopla y mártir († 449)

DÍA 18 DE FEBRERO

ACABABA de morir San Proclo, obispo preclaro de la bella ciudad de Constantinopla, cuando el ambicioso Crisafio, sirviéndose de su cargo de camarero mayor del emperador y que de hecho gobernaba el imperio desde hacía cinco años con grave perjuicio de Teodosio el Joven, pretendió que ocupara aquella sede episcopal el archimandrita Eutiques, su padrino de pila. Pero a Dios gracias no quiso el cielo que prevaleciera tal proyecto, pues este indigno religioso estaba ya en el borde del precipicio, en el que se precipitó al incurrir en la herejía que debía hacerle tristemente célebre. No procedieron del mismo modo el clero y el pueblo fiel, jueces más imparciales y ecuánimes, cuyos sufragios recayeron en favor de Flaviano, venerable sacerdote encargado de la conservación de las reliquias y vasos sagrados de la iglesia catedral.

De la vida de Flaviano no conocemos nada anterior a su episcopado; toda su historia corresponde, pues, a tres años; desde julio del año 446, época de su consagración, hasta agosto del 449, fecha de su muerte. Pero los elogios que se le tributan y su invicta conducta ante los perseguidores de la Iglesia, nos dicen bastante cuán bien preparado estaba a la delicada

misión que Dios le confiaba. El obispo Teodoreto, otro esforzado campeón de la fe, le compara a una antorcha dada por Dios a su Iglesia para trocar en luz esplendorosa las tinieblas que envolvían por entonces al universo. El historiador San Teófano le llama hombre colmado de virtud en quien todo contribuye al lustre del ministerio sagrado. Finalmente, el papa San León Magno, amigo suyo, atribuye la corona del martirio a su singular modestia y profunda humildad.

UN OBISPO QUE NO AGRADA A UN MINISTRO

LA designación de Flaviano a la silla episcopal, hecha a despecho de Crisafio y contra su candidato preferido, exasperó al camarero mayor, que desde aquel momento miró al obispo con aversión y no perdonó medio alguno para desacreditarle. No tardó en lograrlo indisponiéndole también con el emperador. Al día siguiente de su consagración, envióle el intrigante ministro un emisario con encargo de recoger los regalos que los recién elegidos tenían costumbre de ofrecer al soberano. El obispo envió frutas y pasteles que él mismo había bendecido. Su ofrenda fué rechazada por Crisafio, que mandó decir a Flaviano por medio de su emisario: «El emperador necesita oro y no pan.» Pero la respuesta del prelado fué muy valiente: «Los bienes de la Iglesia pertenecen a los pobres. Si el emperador quiere un recuerdo de mi consagración, le mandaré los vasos sagrados que sirvieron para los divinos misterios; que los haga fundir si le parece.»

Irritado el ministro por tal respuesta, decide tomar sonada venganza, pero juzga prudente aplazarlo para mejor ocasión.

Otro día, queriendo alejar de la corte a Santa Pulqueria, hermana del débil soberano y protectora del virtuoso prelado, el intrigante ministro intimó a San Flaviano que ordenase a Pulqueria de diaconisa. Ante la imposibilidad material de oponer una negativa, el obispo informó secretamente a la princesa que le impidiese la entrada en su casa, «porque me vería forzado —le dice— a hacer una cosa muy desagradable para vos.» La princesa comprendió el alcance de su advertencia y se retiró a un palacio imperial, en el que se entregó al más severo retiro. El nuevo fracaso de sus proyectos contrarió sobremanera al ministro y le indispuso más y más contra el venerable prelado.

LOS ERRORES DEL ARCHIMANDRITA EUTIQUES

MIENTRAS se desarrollaban estos sucesos en la corte, fuera de ella nuevas y animadas controversias teológicas preocupaban a todos los espíritus. Algunos, movidos más por sentimiento de vanidad que por celo de la verdad y de la verdadera ciencia, se lanzaron a refutar

las proposiciones erróneas de Nestorio, que ya el concilio de Éfeso había condenado en 431 y que rechazó siempre el pueblo de Constantinopla. Este celo indiscreto arrastraría a los doctores inoportunos a errores lamentables.

Entre estos doctores se hallaba el célebre Eutiques. En su gran monasterio, habitado por más de 300 monjes que vivían bajo su dirección, disertaba prolijamente sobre las cuestiones más difíciles de teología. Así, so pretexto de mantener la unidad de persona en Jesucristo, llegó a negar que la humanidad de Cristo fuese igual a la nuestra. Semejantes discursos en labios del venerable anciano, que había luchado contra la herejía de Nestorio y que desde el año 440 era moralmente el superior de los monjes de la capital, podía tener graves consecuencias, máxime si se tiene en cuenta que Eutiques era padrino y director espiritual de Crisafio, primer ministro del imperio.

Por lo mismo, a pesar de su monstruosa herejía, el gran crédito de Eutiques en la corte era causa de que nadie osase impugnarle de frente. No obstante, el obispo de Ciro, en la Alta Siria, Teodoreto, el hombre más sabio de su tiempo, tuvo el valor de responderle con brío, y en un libro publicado en 447 refutó los errores del archimandrita bizantino. Esto bastó para que la corte tomara abiertamente la defensa de Eutiques y promulgara disposiciones atentatorias a la libertad de la Iglesia. San Flaviano, obligado por su cargo oficial a observar la más estricta prudencia, esperaba ocasión favorable para intervenir, la cual no tardó en presentarse.

Por aquellos días se hallaba de paso en Constantinopla Eusebio, obispo de Dorilea, hoy Eski-Cheir, en Asia Menor, el mismo que siendo todavía un simple seglar, había desenmascarado la herejía del patriarca Nestorio y conseguido que fuera depuesto de su silla. Este prelado, muy instruído y celoso defensor de todo lo referente a la fe, estaba unido por antigua amistad con el archimandrita Eutiques. En correspondencia a ese afecto le hacía frecuentes visitas, y no tardó en observar con dolor que las opiniones de su amigo discrepaban cada día más de la verdad católica. So pretexto de refutar mejor la herejía de Nestorio, cayó Eutiques en otra no menos opuesta a la fe que la precedente. El obispo de Dorilea se lo advirtió con caridad, esperando reintegrarle pronto a la senda de la verdadera doctrina, para lo cual menudeó las visitas que venía haciéndole. Pero, ¡ay!, muy pronto advirtió que el mal era más profundo de lo que pensaba; porque Eutiques defendía con obstinación sus erróneas opiniones y no cedía ante ninguna consideración; además, no faltaban en los monasterios de la capital amigos o aduladores que celosamente las propagaban entre los demás religiosos. Había llegado, pues, el momento de cambiar de táctica.

Convencido de que la amistad nada conseguía contra semejante terquedad, el obispo de Dorilea ordenó conferencias públicas, recabando la presencia de tres obispos que sirvieran de testigos en sus discusiones con el

viejo archimandrita. Todo resultó inútil. Eutiques no abandonó su sistema teológico. No quedó a Eusebio más recurso que romper con él e informar al Superior jerárquico del monje obstinado. La conciencia de éste era de las que no retroceden ni ante los respetos de una sostenida y probada amistad, ni ante ninguna consideración humana.

EL CONCILIO DE CONSTANTINOPLA CONTRA EUTIQUES

EN noviembre del año 448 debía celebrarse un concilio en Constantinopla al que asistirían una veintena de obispos, con objeto de dictaminar acerca de unas cuestiones litigiosas de escasa importancia. Cuando terminaron de examinar los asuntos señalados, presentó Eusebio querella oficial contra el archimandrita y leyó una extensa memoria jurídica contra Eutiques, quejándose de haber sido acusado por él de nestorianismo y declarando con valentía que Eutiques ostentaba indebidamente el nombre de católico, pues ya no profesaba la doctrina tradicional. Como esta cuestión no constaba en la orden del día y temiera excitar la cólera siempre temible de la corte imperial, San Flaviano hubiera preferido más lentitud en el proceso, ignorante como estaba, además, de que el acusador había recurrido a todos los medios recomendados por el Divino Maestro para vencer la obstinación de los extraviados. Ante el relato minucioso de las reiteradas tentativas y probaturas de Eusebio y ante el requerimiento dirigido por el mismo al Concilio para hacer comparecer a Eutiques ante él, hubo de ordenarlo. En consecuencia se pasó una invitación al archimandrita emplazándole a presentarse a los cuatro días ante los Padres del Concilio.

Se celebraron algunas sesiones y Eutiques no compareció. El astuto monje alegaba toda clase de pretextos que según él no le permitían salir del convento: el voto de reclusión perpetua que le obligaba a quedar confinado en casa; su edad avanzada; una fiebre violenta que día y noche le impedía conciliar el sueño, etc., etc. Por fin, transcurridos catorce días en visitas, discusiones y negativas absolutas o condicionales y ante la firme voluntad del Concilio de excluirle de la comunión de la Iglesia si no se presentaba, el acusado decidióse a comparecer.

Pero no iba solo. Al hacer su entrada el 22 de noviembre de 448 en la Sala Conciliar, dejaba a la puerta multitud de funcionarios, soldados, monjes y siervos del prefecto del pretorio, gente toda ella adicta que se prestó a formar su escolta; además, un alto funcionario de la corte tenía encargo, por orden del emperador, de asistir a los debates. Esa ostentación de fuerzas en favor del acusado indicaba claramente qué alto dignatario se ocultaba tras la persona de Eutiques y le guardaba las espaldas, y cuán difícil era en Bizancio terminar de una vez las controversias dogmáticas, en una época



*E*L *poder civil manda a los soldados que prendan al obispo San Flaviano. Resuelto y sereno busca defensa en el atar, pero a la fuerza le cogen y a empellones le sacan de la iglesia. Mal herido y como por milagro puede escapar de los energúmenos y librarse de la muerte... por aquel día.*

en que el poder civil invadía constantemente la esfera de los asuntos eclesiásticos.

A pesar de las censuras y de las instancias que se hicieron a Eutiques, el Concilio no logró de él una confesión de fe ortodoxa, ni menos hacerle retractar de las proposiciones heréticas que se le atribuían. Si en una frase rechazaba las palabras sospechosas, cuidaba de recordarlas en la siguiente en otra forma, y tanto las amenazas como las instancias más afectuosas, todo se estrellaba contra la pertinacia de quel viejo empedernido. El presidente de la asamblea, San Flaviano, tuvo para con él una condescendencia admirable, no perdonando medio alguno para decidirle a la retractación o a declaraciones que evitaran el extremar las cosas, pero todo fué en vano. Tampoco logró el Concilio que aceptase el símbolo de la fe propuesto por su obispo, símbolo que compendiaba admirablemente la doctrina de la Iglesia sobre los puntos discutidos.

Eutiques no compartía estas ideas, por lo que se negó, tras varias horas de ruegos, a confesar la doctrina de fe que los obispos, sus Superiores legítimos, le exigían. Quedó, pues, por orden de San Flaviano «privado de toda jerarquía sacerdotal, excluído de la comunión de la Iglesia y depuesto del gobierno de su monasterio». La excomunión alcanzaría también con la misma extensión a cuantos, enterados de su estado, le hablasen y tratasen en adelante.

Parecía que con esa sentencia de excomunión todo iba a volver a su curso normal. En realidad sucedió todo lo contrario, pues comenzó para la Iglesia una era de perturbación que duró más de cien años, y para el piadoso obispo, que había defendido con tanto ardor la fe amenazada, una serie de tribulaciones que habían de acabar presto con su vida.

CONJURA CONTRA SAN FLAVIANO

LA sesión había terminado, cuando Eutiques anunció al representante del emperador, quien a su vez informó a Flaviano, que apelaba de la sentencia a los Concilios de Roma, Alejandría, Jerusalén y Tesalónica. San Flaviano no consideró esa diligencia como un recurso formal y sobre todo no creyó que tal apelación suspendiera los efectos de la sentencia recaída sobre el archimandrita, por lo cual se intimó a los Superiores de los monasterios para que aceptasen la condenación de Eutiques. El requerimiento fué acogido con bastante benevolencia; sin embargo, en su monasterio fué Eutiques apoyado enérgicamente por sus religiosos, y protestó por medio de carteles contra su excomunión.

Nuestro herético monje no permaneció inactivo, y, de acuerdo con su ahijado el chambelán Crisafio, persuadió al emperador de la necesidad de

un nuevo Concilio ecuménico que revisara el proceso. Se determinó que lo presidiría el Patriarca de Alejandría, que siendo el enemigo nato del obispo de Constantinopla no dejaría de declararse en favor del acusado. Se celebraría en Éfeso, en donde ya había sido condenado Nestorio por San Cirilo de Alejandría; y así Eutiques, que se hacía pasar por discípulo de San Cirilo, obtendría un triunfo análogo sobre el sucesor de Nestorio.

Tal era el plan fraguado por los dos cómplices, en el cual actuaba, casi sin advertirlo, el excesivamente débil emperador. Este, a instancias de Eutiques, prohibió a numerosos obispos esforzados e inaccesibles a todo soborno, la asistencia al Concilio, y en cambio, ordenó que obispos débiles y sobre todo los enemigos de Flaviano concurrieran al mismo. Todo estaba, pues, preparado para dar la victoria al error.

Para la reunión de este Concilio ecuménico (que no era de absoluta necesidad) había que contar con la autorización del Papa. Se hizo a San León I una pintura tan negra de la situación, que dió su consentimiento, pero cuando llegaron los documentos sumariales a sus manos, no le costó al Pontífice reconocer que el Obispo de Constantinopla había juzgado con rectitud y que la doctrina de Eutiques era inadmisible. Mas, por amor a la paz, autorizó la celebración del Concilio de Éfeso, a condición de que la asamblea fuera presidida por sus legados, a cuyo efecto remitió las oportunas letras apostólicas al emperador, a Flaviano, al Concilio y a los monjes.

Dos veces mandó el obispo a San León memoria detallada de lo ocurrido en el Concilio de Constantinopla, pero dichos mensajes, interceptados por agentes de la Corte, no llegaron a destino, siendo necesario remitir una tercera relación. Así se explica la extrañeza que manifestó el Papa en la carta dirigida a Flaviano por no haberle tenido al corriente de los acontecimientos. Esta carta pontificia, que es hermoso y profundo tratado acerca del misterio de la Encarnación, pasa con razón por el documento dogmático más importante del siglo V. El IV Concilio de Calcedonia la colocó en el mismo rango que el Símbolo de los Apóstoles, y la Iglesia antigua la distinguió siempre con la aureola de la admiración y respeto. Ahora bien, dicha carta no es más que el desarrollo del pensamiento del mismo Flaviano, que tuvo que precisar aún, semanas antes de la apertura del Concilio, en una profesión de fe que le exigió el gobierno imperial.

La tirantez entre la corte y el obispo de Constantinopla era cada vez más notoria. En una carta dirigida a los dos funcionarios representantes del soberano en el futuro Concilio, se declara que los obispos que habían juzgado a Eutiques en Constantinopla, podrían asistir a las discusiones, pero sin voto, porque su dictamen tenía que ser revisado. En su carta al Concilio, el emperador dice que había suplicado repetidas veces a Flaviano que pusiera término al conflicto, y que el obispo no había querido echar en olvido este enojoso asunto; por lo cual el soberano juzgó indispensable la reunión de un

Concilio general que examinase cuanto se había hecho en el referido asunto.

De ese modo, por las insidias y autoridad omnímoda de un ministro perverso, todo se desplazaba. El acusado se trocaba en acusador, y el obispo, juez en la fe, tenía que defenderse a sí mismo ante un tribunal privado de jurisdicción.

EL BANDOLERISMO DE ÉFESO

ESTE Concilio, que, según intención del Papa, debía dirimir el conflicto suscitado, se abrió en agosto de 449 contraviniendo de tal manera las normas del derecho, que San León I, al tener noticia de lo ocurrido, lo calificó de «bandolerismo», borrón que le ha quedado en la historia y que nunca estuvo mejor aplicado.

En primer lugar, no se otorgó a los legados de la Santa Sede la presidencia de la asamblea que les correspondía de derecho y que el Papa había reivindicado para ellos. Las cartas de San León, en que condenaba la doctrina de Eutiques y al mismo archimandrita, si no se retractaba, no fueron leídas; es más, se trató con todo empeño de rehabilitar en seguida a Eutiques, y de destituir a los obispos Flaviano y Eusebio de Dorilea y a cuantos habían combatido al archimandrita.

El heresiarca, introducido en el Concilio, triunfaba. Su profesión de fe fué solemnemente aprobada como la única católica, y se vió restablecido en su dignidad de sacerdote y en su cargo de superior. Absuelto ya el acusado, no quedaba más que condenar a los jueces, lo cual se alcanzó con suma habilidad. Al efecto, se dió lectura a unas disposiciones del anterior Concilio de Éfeso, según las cuales no se podía enseñar, bajo pena de deposición, más Símbolo que el de Nicea, y todos suscribieron el documento. Entonces, los partidarios de Eutiques declararon que Flaviano y Eusebio con su fórmula de las dos naturalezas en Jesucristo habían contravenido a esta regla y merecido la deposición.

En todo ese proceso se traslucía una marcada mala fe, una intencionada confusión del Símbolo litúrgico con las ampliaciones teológicas que las controversias imponían en el curso de los tiempos. Si se hubiese admitido semejante doctrina, los apologistas cristianos y los teólogos no habrían podido defender jamás la verdad. Los obispos sinceramente ortodoxos protestaron ante semejante interpretación y suplicaron al presidente Dióscoro, patriarca de Alejandría, que no diese curso a tales proyectos. Este fingió entonces ver una amenaza para su vida en la actitud de los demandantes, y ordenó a los soldados que custodiaban la puerta que penetraran en la sala conciliar, lo cual ejecutaron inmediatamente trayendo cadenas para los recalcitrantes.

DEPOSICIÓN Y MUERTE DE SAN FLAVIANO

ERA el triunfo de la fuerza sobre la justicia y la razón. Algunos miembros de la asamblea consiguieron evadirse, y otros, algo maltratados, pudieron regresar a sus sedes; pero los que quedaron, hubieron de firmar de grado o por fuerza un pliego en blanco, en el que luego se extendió la condenación y deposición de Flaviano.

Este, que había conservado hasta entonces una gran serenidad, a vista de los soldados buscó un amparo en el altar, asiéndose fuertemente a él; pero los soldados le rodearon, se opusieron a sus intentos y trataron de arrastrarle fuera de la iglesia. Empujáronle bárbaramente y le hirieron sin piedad entre gritos y amenazas de muerte, pero, aunque no sin gran trabajo, logró librarse de sus manos.

Apresuróse a redactar para el Papa un informe, que se entregó a los legados. Más tarde se añadió que el mismo Dióscoro y los de su séquito se habían lanzado contra él con tales excesos que le dejaron medio muerto. Es difícil hoy día precisar lo que ocurrió en ese momento. Lo innegable es que, a consecuencia de las brutalidades cometidas en la persona de Flaviano, éste murió pocos días después, probablemente el 11 de agosto, cerca de Sardes, en Hypæpa o Epipo, hoy Tapu, camino del destierro, y que la Iglesia siempre le ha considerado como mártir.

No quedó sin castigo tan execrable maldad. La justicia de Dios no tardó mucho tiempo en poner cada uno en su lugar. El emperador Teodosio abrió los ojos; vió al fin la iniquidad de su cortesano Crisafio, a quien condenó a muerte en castigo de sus enormes delitos; Eutiques fué desterrado; Dióscoro fué echado ignominiosamente de su silla. El mismo emperador reconoció sus pasadas debilidades y murió poco después en 450.

Dos años después del bandolerismo de Éfeso, en 451, el Concilio general de Calcedonia, después de haber condenado a los homicidas del santo patriarca de Constantinopla, rehabilitó su memoria y lo inscribió en el catálogo de los Santos.

Finalmente, gracias a la solicitud de la emperatriz Santa Pulqueria, los sagrados restos del denodado campeón de la fe fueron llevados a Constantinopla y depositados con todo honor junto a las reliquias de San Juan Crisóstomo, en la basílica de los Santos Apóstoles. Desde allí, algunos fragmentos fueron llevados a diversas iglesias de Italia. Su fiesta ha sido fijada en el 18 de febrero desde el siglo IV.

SANTORAL

Santos *Simeón, obispo; Eladio, arzobispo de Toledo;* **Flaviano, obispo y mártir;** Claudio, Alejandro, Máximo, Lucio y Silvano, mártires; *Teotonio, prior de Coímbra;* Engelberto, ministro de Pipino el Breve; Víctor, mártir. Santas Constanza, Ática y Artemia, vírgenes.

SAN SIMEÓN, obispo de Jerusalén. — Este Santo es uno de aquellos discípulos del Señor que en el Cenáculo recibieron al Espíritu Santo el día de Pentecostés. Era hijo de Cleofás, pariente de San José, y de María, emparentada con la Santísima Virgen.

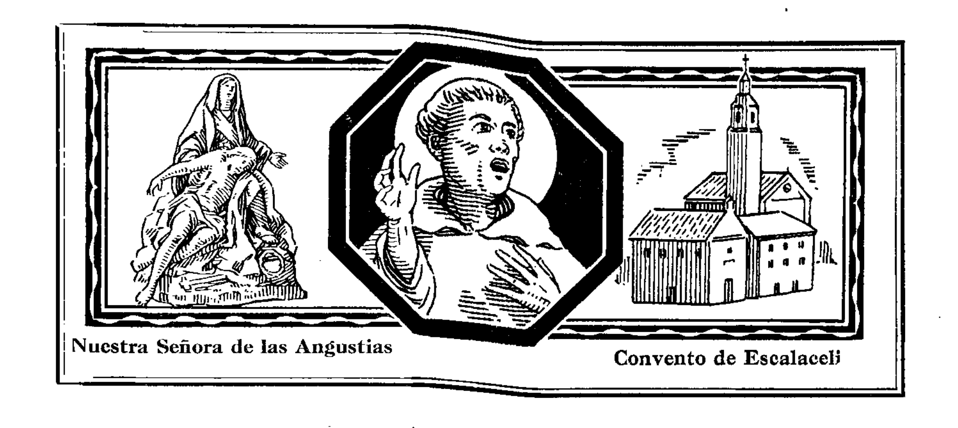
Vino al mundo ocho años antes del nacimiento de Cristo. Al quedar vacante la sede episcopal de Jerusalén por la muerte de Santiago el Menor que la ocupaba, los demás Apóstoles nombraron para sucederle a Simeón, quien rigió la diócesis por espacio de cuarenta y cuatro años, con gran celo y abnegación. Con sus predicaciones consiguió muchas conquistas para el cristianismo y logró acallar a los herejes de su tiempo llamados nazarenos, unos, y abionitas, otros. Pero éstos, no pudiendo vencer a su adversario con la fuerza de los argumentos, le denunciaron al gobernador Ático, el cual mandó atormentarle bárbaramente y al fin condenarle al suplicio de la cruz. Murió a los 120 años de edad.

SAN ELADIO, obispo. — Es una de las figuras que han dado renombre a España. Era príncipe, pues descendía de familia real; su talento era extraordinario. Desempeñó el cargo de virrey o gobernador, que era el más distinguido que podía desempeñar un godo en lo civil.

Pero Eladio renunció a todos los honores y halagos del mundo, y entró en el monasterio Agaliense, situado en las proximidades de Toledo. Allí se ocupó de los menesteres más bajos, después de haber desempeñado los empleos más altos de la corte.

Más tarde ocupó la Silla Primada durante dieciocho años, haciéndose admirar de todos por su prudencia, sabiduría y santidad. Influyó en el ánimo del rey Sisebuto para que expulsara de España a los judíos; y, además, convocó un concilio en Toledo, que produjo satisfactorios resultados para el bien de la Iglesia y de España. Acabó sus días lleno de méritos y rodeado del cariño de todos, el 18 de febrero del año del Señor 635.

SAN TEOTONIO, agustino. — Vino al mundo en la ciudad de Tuy, perteneciente a la rica y bella región de Galicia, pródiga en hombres ilustres. Recibió la educación más esmerada junto a su tío Crescencio, obispo de Coímbra, e hizo rápidos progresos tanto en las ciencias humanas como en las divinas. Su virtud se acrecentaba al compás de su saber. Estudió con gran brillantez la carrera sacerdotal, siendo después nombrado prior de la iglesia de Nuestra Señora de Viseo, cargo que abandonó al marchar en peregrinación a Jerusalén. A su regreso ingresó en la Orden de San Agustín, de la que fué prior durante veinte años. Después de pasar una temporada en continua preparación para la muerte, entregó su alma a Dios el 18 de febrero de 1166.


Nuestra Señora de las Angustias

Convento de Escalaceli

SAN ALVARO DE CORDOBA

Religioso dominico (1358-1430)

DÍA 19 DE FEBRERO

CÓRDOBA la Sultana, la de verdes lomas y casitas blancas, la de la Mezquita que se mira en las rientes aguas del Guadalquivir, cuenta entre sus más preclaros hijos al dominico San Álvaro. Nació por los años de 1358, siendo sus padres Martín López de Córdoba, Maestre, sucesivamente, de las Órdenes Militares de Alcántara y de Calatrava, y doña Sancha Alfonso Carrillo, ambos de noble linaje. Recibió las aguas regeneradoras del Bautismo en la Parroquia de San Nicolás de la Villa. Así está consignado en la Capilla del Baptisterio en una placa que dice: «Aquí fué bautizado San Álvaro de Córdoba».

En los años de su infancia la familia de nuestro Santo sufrió duro ajetreo con motivo de las guerras fratricidas de D. Pedro el Cruel y su hermano bastardo D. Enrique, por haber intervenido directamente en ellas D. Martín. Éste tuvo que salir de Córdoba y trasladarse a Carmona con todos sus hijos, excepto Álvaro, que permaneció en la capital por cuenta de su tía María García Carrillo, poderosa dama, casada con Gonzalo Gómez de Córdoba, cuarto señor de esta esclarecida casa.

Nada faltó para que Álvaro recibiera una instrucción y una educación completas. El cariño de su tía suplía a maravilla la ausencia de sus padres; por otra parte, el santo niño, de condiciones personales nada comunes en cuanto a bondad nativa y despejada inteligencia, correspondió siempre perfectamente a la esmerada solicitud de su noble tía.

VOCACIÓN RELIGIOSA

ESTA flor delicada no podía permanecer mucho tiempo en el zarzal del mundo, sino que necesitaba ser trasplantado cuanto antes al ambiente propicio de la soledad del claustro. Aproximadamente a los diez años de edad entró en el Real Convento de San Pablo, hoy desaparecido, no quedando en la actualidad más que las ruinas de la amplísima sacristía y la suntuosa iglesia, regida hoy y restaurada por los Padres del Inmaculado Corazón de María. Dicho convento era a la sazón uno de los más insignes de la provincia dominicana de Andalucía en el cual no se infiltró jamás la más leve sombra de relajación ni aun en los tiempos más calamitosos. En esta atmósfera de regularidad y virtud fué nuestro Santo ascendiendo rápidamente en el camino de la perfección.

No tardó en pedir humildemente el santo hábito, y como constaban a toda la comunidad las excelentes virtudes del ilustre joven, fué admitido con universal gozo de todos los religiosos, persuadidos de que con el tiempo daría a la religión mucho lustre y honor un sujeto que, si bien distinguido por su nacimiento, lo era mucho más por sus personales prendas. Ningún novicio entró en la religión con vocación más verdadera, ni nadie le excedió en la exactitud de la observancia regular. En efecto: su humildad profunda, angelical pureza, obediencia ciega, silencio, modestia, puntual asistencia a los oficios divinos, y, sobre todo, las extraordinarias mortificaciones con que castigaba su inocente cuerpo, mirábanlas como prodigios de la gracia los más ancianos religiosos, a quienes servía de ejemplo y admiración su devoción y fervor. Al hacer la profesión solemne, manifestó, con las más claras y expresivas voces, el eficacísimo deseo que ardía en su corazón de satisfacer los votos esenciales que prometía al Señor en aquel acto, los que cumplió sin el menor defecto en el discurso de su religiosa carrera.

No se contentaba el siervo de Dios con los oficios y con los santos ejercicios de la Comunidad: añadió otros muchos de devoción con el deseo de santificarse más y más cada día. Cuando a media noche se terminaban los rezos de Maitines, él permanecía en la iglesia visitando los altares, en especial el de su particular devoción, la Virgen de las Angustias, cuya imagen representa el cuerpo difunto de Jesús en el regazo de su afligida Madre; allí, ante su amada Reina, inundaba su corazón y su alma en ternísimos co-

loquios del más puro amor. A la virtud supo hermanar Álvaro el más acabado aprovechamiento en las ciencias, con lo cual cumplía como perfecto hijo de Santo Domingo. Acabada la carrera y ordenado de sacerdote enseñó Artes y Teología, Regentó con aplauso y aprovechamiento de sus discípulos la cátedra de Sagrada Escritura en el Convento de San Pablo durante algunos años; más tarde se graduó de Maestro en la célebre universidad de Salamanca.

Cuando a media noche se terminaban los rezos de Maitines, él permanecía en la iglesia visitando los altares, en especial el de su particular devoción, la Virgen de las Angustias, cuya imagen representa el cuerpo difunto de Jesús en el regazo de su afligida Madre; allí, ante su amada Reina, inundaba su corazón y su alma en ternísimos coloquios del más puro amor. A la virtud supo hermanar Álvaro el más acabado aprovechamiento en las ciencias, con lo cual cumplía como perfecto hijo de Santo Domingo. Acabada la carrera y ordenado de sacerdote enseñó Artes y Teología. Regentó con aplauso y aprovechamiento de sus discípulos la cátedra de Sagrada Escritura en el Convento de San Pablo durante algunos años; más tarde se graduó de Maestro en la célebre universidad de Salamanca.

APOSTOLADO

EL amor ardiente que Álvaro sentía en su corazón le impulsaba a la vida expansiva del apostolado. Frisaba en los treinta años cuando comenzó sus tareas apostólicas, en las que divulgó por doquiera sus muchos conocimientos científicos y religiosos. Semejando otro Jonás, que recorría las calles de Nínive anunciando la destrucción de la ciudad, así corrió nuestro apóstol por muchas regiones de España y del extranjero incitando al pueblo a la penitencia y anunciando el fin del mundo y el riguroso juicio de Dios. En verdad que los tiempos eran de gran desolación para la Iglesia y la Religión. Tres pretendientes se disputaban la jefatura de la Iglesia. La discordia reinaba en todos los Estados. La turbación de las conciencias era profunda. Los siete pecados capitales cubrían la faz de la tierra. Para remediar tanto mal, Álvaro, lleno de ardor apostólico, recorrió a pie toda Andalucía, Extremadura, ambas Castillas y Portugal, acompañado siempre de otro religioso. No contento con esto, pasó a evangelizar a los pueblos de Francia, Saboya, Lombardía y Génova. En esta última ciudad, de ambiente mediterráneo, se encontró felizmente con San Vicente Ferrer, tan similar a él en todos los aspectos. Su palabra y, más aún, su ejemplarísima vida, conmovían a las multitudes. A su voz elocuente juntaba el Santo otras condiciones que avaloran al buen orador. Era alto de cuerpo, enjuto de carnes,

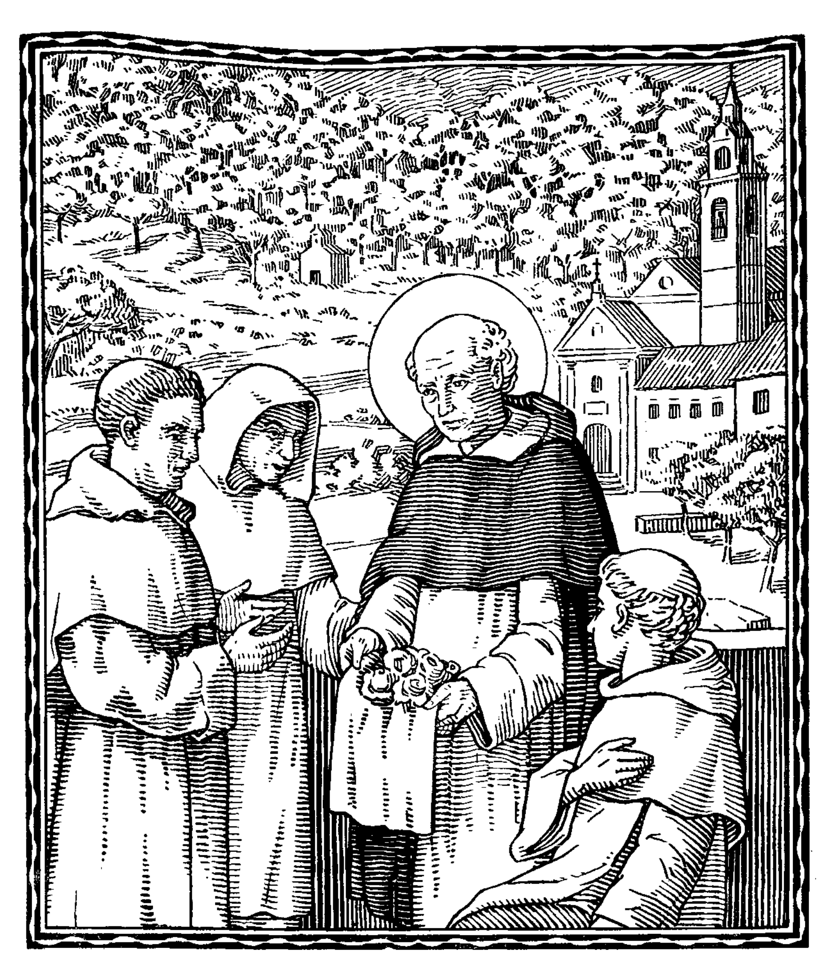
de ojos expresivos y grandes, de voz sonora y de ademanes majestuosos y arrebatadores.

Sin omitir el ministerio de la predicación simultaneó su apostolado con un viaje que, con licencia del General de la Orden, realizó a los Santos Lugares, permaneciendo allí más de un año dedicado completamente a la meditación de los misterios de la vida de Jesús; recorrió, en gran parte de rodillas, los caminos que anduvo Jesucristo, besando el suelo con ósculos de amor y regándolo con tiernas lágrimas de compunción. Allí desahogaba su corazón que, no pudiendo contenerse en su pecho, se desbordaba por sus mejillas en forma de perlas de rica ternura. ¡Oh! y ¡qué cosas no le dirían aquellas duras rocas del Calvario y aquel cielo que se cubrió de vergüenza por no ser testigo de la muerte del Salvador! Allí estaba, a trece pasos de la Cruz de Cristo, en el mismo lugar en que la Virgen Santísima recibió en sus brazos el Cuerpo muerto de su Hijo, y tenía presente ante su impresionante imaginación aquel cuadro que tantas veces adoró en su amado Convento de San Pablo de Córdoba. De regreso a España reanudó sus predicaciones, haciéndolo sobre todo en Cataluña, en cuyas tierras se conservaron por mucho tiempo la memoria de su santidad y la eficacia de sus palabras.

EN LA CORTE

CUANDO el Santo volvió de Jerusalén, la reina Catalina, viuda de Enrique III de Castilla, que le conocía muy bien, le propuso para varias sedes episcopales, cuyo honor rehusó, no sólo por la responsabilidad gravísima que supone para un alma timorata, sino por la duda inquietante sobre la legitimidad del nombramiento, no sabiendo cuál de los tres que llevaban la Tiara Pontificia era el verdadero sucesor de Pedro. En cambio no pudo lograr eximirse del cargo de confesor de la Reina, aunque su humildad opuso no pocos reparos. Las circunstancias extraordinarias de la época difícil y revuelta por que atravesaba la Corte de España, al mismo tiempo que la paz y dirección de las conciencias, exigían que fuera excepcional el hombre que debía gozar de toda la confianza de la Corte.

Por muerte de Enrique III quedó el Reino cual nave sin piloto en medio de deshecha tempestad promovida por extraños enemigos y facciones civiles. Álvaro tuvo acertadísima intervención en estos asuntos; primeramente desbarató los manejos de los grandes, empeñados en dar la corona a Fernando, hermano del difunto, con perjuicio del hijo de éste, D. Juan, que todavía se mecía en la cuna. Juan fué reconocido como rey de Castilla y Fernando compartió la Regencia con la Reina. Algún tiempo después hubo necesidad de hacer alguna división en el territorio y, mientras la Reina se quedaba con Castilla la Vieja, la Nueva pasaba al cuidado de su cuñado.



CIERTO *día que, como de costumbre, San Álvaro llevaba en el escapulario algunos mendrugos para repartirlos entre los pobres, preguntóle el Prior: «¿Qué lleva en el escapulario?» El Santo, por toda respuesta, lo desplegó y mostró algunas frescas y fragantes rosas...*

Es interesante, además, señalar la intervención que tuvo en la designación del sucesor de Martín de Aragón. Encontrándose éste sin hijos y ya cercano a la muerte, el Consejo de Estado declaró sucesor al que mejor derecho alegara. Aunque éste se declaraba en favor de D. Fernando, no faltaron hombres ambiciosos y reñidores con la paz que pretendían usurpar por la fuerza de las armas aquella corona. Uno de éstos era el Conde de Urgel.

Por otra parte, para sembrar cizaña entre la Reina y el Infante, otros señalaban como Rey a Juan II. Así las cosas, y en vísperas de una guerra civil desoladora, se tomó el buen acuerdo de consultar a San Vicente Ferrer. Hallábase éste en Italia; recibido el llamamiento, se dirigió a España acudiendo al lugar de reunión que era la población de Aillón. Allí fueron la Reina, San Álvaro y San Vicente. De tal manera influyó Álvaro en el ánimo de Catalina y del glorioso San Vicente al probar que el Infante era digno de la Corona, ya por su parentesco con el Rey, ya por sus relevantes dotes, que la Reina abdicó cualquier derecho que alegarse pudiera en favor de su hijo; y San Vicente, uno de los jueces del célebre Compromiso de Caspe, defendió victoriosamente el derecho de D. Fernando, siendo éste reconocido como rey de Aragón en 1412.

San Álvaro tuvo, además, actuación destacadísima en la solución del funesto Cisma de Occidente, iniciado en 1378 y continuado durante treinta y nueve años de escándalo y desolación. Junto con San Vicente Ferrer convinieron ambos santos en procurar por todos los medios la renuncia de Benedicto XIII, uno de los tres que ceñían la Tiara y, como buen aragonés, tesonero en defender sus pretendidos derechos, lo cual era el principal obstáculo que vencer para lograr la pacificación y arreglo definitivo del escandaloso cisma. No logrando vencer la inflexible tenacidad del papa Luna, apartaron a Castilla y Aragón de su obediencia, consiguiendo de la Reina que nombrara embajadores para el Concilio de Constanza a los obispos de su reino. A los siete meses moría la Reina, asistida por su santo Director, que no la abandonó hasta dejarla en las manos de Dios.

SAN ÁLVARO Y LA VIRGEN DE LA FUENSANTA

LA Virgen de la Fuensanta se venera en Córdoba como Patrona de la ciudad. Es una bella imagen de barro de media vara que fué escondida en el hueco de un árbol durante la persecución contra los cristianos, siendo hallada después de muchísimos años por revelación de un monje ermitaño. Al pie de dicho árbol hizo brotar la Virgen Santísima una fuente cuyas aguas dieron la salud a muchísimos enfermos, siendo los primeros afortunados los hijos de un honrado labrador a quien la Virgen, oyendo sus ruegos, nacidos de un corazón atribulado por inmensas desgracias familiares,

se apareció en compañía de Santa Victoria y San Acisclo, copatronos de Córdoba, y un monje de Albaida a quien curó de una hidropesía.

San Álvaro tuvo siempre señalada devoción a la Santísima Virgen de la Fuensanta, y es uno de sus más esclarecidos panegiristas. Efecto de sus fervorosos sermones fué la visita de la Reina de Aragón, doña María, la cual, hallándose hidrópica, recurrió a la Virgen de la Fuensanta y logró la curación apenas bebió el agua milagrosa. En reconocimiento dejó una valiosísima corona de oro y piedras preciosas, amén de cuantiosa cantidad de dinero, para la construcción de una Hospedería.

REGRESO A SU PAÍS NATAL Y FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE ESCALACELI

A pesar de que Álvaro llevaba ya muchos años en la Corte, jamás pudo avenirse al ambiente de tráfago constante, de insidias y de revueltas políticas, y por esto suspiraba por volver a la apacible soledad del claustro.

Habiendo determinado entonces un Capítulo General Dominicano que en cada Provincia hubiera un Convento de Observancia, Álvaro, después de encomendar el asunto a Dios, fué a postrarse a los pies del Rey y le dirigió un razonamiento conmovedor. Representóle la vanidad e insubsistencia de las cosas mundanas, lo avanzado de sus años, lo accidentado de su vida y la necesidad de disponerse seriamente para el juicio divino; pidióle por todo galardón y pagó de sus servicios, licencia y recursos para fundar un convento donde retirarse y servir a Su Majestad con oraciones y penitencias, tan lealmente como hasta entonces lo había hecho con su ministerio y consejos. Enternecido el Rey, le levantó y accedió a todo cuanto le pedía.

En el otoño de 1422, Álvaro emprendió a pie el camino de Córdoba, a pesar de sus sesenta y cinco años; llegó a su amado Convento de San Pablo, besó con emoción sus benditos muros y acudió presuroso a postrarse ante Jesús Sacramentado y ante la imagen de Nuestra Señora de las Angustias que indeleble llevaba improntada en su corazón, y seguidamente saludó a su Fuensantica, que estaba envuelta por las brisas sutiles del Guadalquivir. En un lugar solitario de la vertiente sur de la Sierra de Córdoba y a una legua de la capital, quiso Álvaro construir el nuevo convento, pues le agradaba enormemente el sitio a causa de su parecido con los Santos Lugares de Jerusalén. Durante la construcción frecuentemente faltaron los materiales, pero los ángeles intervinieron para remediar tamaño mal. Aprovechando Álvaro la analogía topográfica, dispuso en los alrededores varios oratorios que representasen algunos lugares de Jerusalén para que en tiempos acomodados pudieran los religiosos retirarse a particulares ejercicios de devo-

ción sin faltar a la vida de comunidad. Todo esto contribuyó no poco a mantener el fervor en este nuevo convento, llamado *Escalaceli* (Scala cæli), o Escala del Cielo, sito en la heredad llamada *Torre de Berlanga.*

A causa de la pobreza en que vivían los religiosos, solían bajar a Córdoba para pedir limosna; cuando tocaba el turno a Álvaro aprovechaba para predicar en la plaza del Salvador (frente a San Pablo). Solía terminar sus sermones diciendo al auditorio: «Hermanos, los religiosos de Santo Domingo no tienen qué comer».

Por la tarde volvía a la sierra, no sin antes saludar a la Virgen de su particular devoción. Los cordobeses atendían los ruegos del Santo llevando el día siguiente muchas provisiones al monasterio de Escalaceli. Cuando en tiempos de calamidad general los recursos no podían llegar en cantidad suficiente, los ángeles se encargaron de proveer a los religiosos de cuanto necesitaban. Después del rezo en el coro solía Álvaro subir a un cerro empinado y pedregoso cuya cima estaba cubierta de vegetación y que hoy se conoce con el nombre de «mesa de San Álvaro». En un repecho se hallaba una reducida cueva desde la cual se veía perfectamente el convento; le recordaba el huerto de Getsemaní y la escogió como oratorio, y en ella puso una imagen de Nuestra Señora de las Angustias que él mismo había tallado.

Apenas entraba en la gruta, postrábase delante de la imagen y se disciplinaba con tan grande rigor, que el suelo y las paredes quedaban bañados con la copiosa sangre que manaba de sus atormentadas espaldas. Al mismo tiempo brotaban de lo más íntimo de su corazón afectuosos suspiros y desahogaba con abundantes lágrimas el volcán de amor divino en que se hallaba abrasado su pecho. Después continuaba su fervorosa oración y, arrebatado en altísima contemplación, percibía en su interior los celestiales consuelos con que el Señor endulzaba sus rigores.

Imposible parece que, a pesar de su robusta naturaleza, pudiese sufrir tan asombrosa y continuada mortificación. En más de una ocasión, los ángeles le sostuvieron y limpiaron las piedras del camino que desde el convento llevaba hasta la cueva: el Santo solía subir de rodillas este difícil camino.

El obrador de estas maravillosas acciones era el amor que profesaba a Jesucristo. Éste era el imán que le atraía, y la raíz de la que provenía aquella ardiente caridad con la que se interesaba en el socorro de los pobres y, sobre todo, de los enfermos.

Este convento fué perdiendo poco a poco su esplendor y rindió tributo al tiempo, que se encargó de irlo demoliendo a través de los siglos. Fué restaurado tres veces, siéndolo la última por don Lorenzo María de la Concepción, que fué prior del mismo. Sus bellezas pueden aún ser admiradas.

EL CRISTO DE SAN ÁLVARO

EN las Vidas de los Santos se lee con frecuencia que Jesucristo se aparecía en forma de mendigo para implorar limosna; pues eso se repite en la de San Álvaro. Bajaba cierto día a Córdoba a pedir limosna, cuando vió echado en mitad del camino a un mendigo que le movió a compasión. Díjole el pobre que padecía mortal enfermedad. Álvaro sentóse junto a él y le entretuvo con amorosas razones, mientras esperaba que alguien pasara con cabalgadura para conducirle a la capital y tratar de su remedio. Mas, viendo que se hacía tarde y el enfermo sufría con la dilación, quitóse la capa, envolvióle con ella, lo cargó a cuestas y regresó con él al convento. Cuando estuvo ante los Padres, les dijo: «Aquí les traigo, Padres, un pobre en quien ejerzan la caridad; lo he hallado en el camino».

Quítanselo de encima, lo descubren y, ¡oh sorpresa!, ven, en lugar del enfermo, una grande y devotísima imagen de Jesús Crucificado. La colocaron en el altar mayor de la iglesia; siendo, en opinión de algunos, el mismo que se venera hoy día.

Otro portento obró el Señor para recompensar la caridad de su siervo. Tenía éste por costumbre recoger en el escapulario los restos de pan para repartirlos a los pobres, los cuales acudían allí en crecido número. Viéndole un día el Prior, le dijo: «Hay en casa quien se ocupe de esos ministerios, impropios de Vuestra Paternidad. ¿Qué lleva en el escapulario?» Calló el Santo; desplegó el escapulario y vieron que estaba lleno de rosas; sin embargo no era tiempo de estas flores. Estas rosas fueron colocadas en el altar, y el Prior, en memoria de este hecho, mandó socorrer a todos los pobres que acudieron a las puertas del convento.

GLORIOSO TRÁNSITO

HALLÁNDOSE Álvaro muy quebrantado ya de fuerzas, presumió que se acercaba el fin de su vida y se dispuso para la partida con una confesión general; recibió el Santo Viático de rodillas, sostenido por dos hermanos suyos en religión, y al día siguiente, después de una patética despedida, dió su bendición a todos y, mirando al Crucifijo, entregó su espíritu al Creador a la edad de setenta y dos años. Inmediatamente las campanas de la torre y las del interior del convento tocaron solas en señal de duelo en la tierra y de alegría en las moradas eternas; la ciudad entera de Córdoba lloró la muerte del Santo, y grandes multitudes acudieron al convento para besar sus preciosos restos y asistir al sepelio. El papa Benedicto XIV ratificó la canonización popular del Santo y declaró su fiesta para el día 19 de febrero, aniversario de su glorioso tránsito.

SANTORAL

Santos **Álvaro de Córdoba, confesor;** *Beato de Liébana, presbítero; Gabino,* Publio, Julián y Marcelo, mártires; *Barbato, obispo de Benevento; Conrado de Placencia, ermitaño;* Auxibio, obispo; Geduino, penitente; Ancayo, rey de Escocia; Mansueto, obispo de Milán; Odrano, cochero de San Patricio, mártir. Santa Columba, abadesa, muerta a manos de Almanzor, y la Beata Isabel de Picenardi.

SAN BEATO, presbítero. — Este ilustre defensor de la fe nació en Cantabria, en la célebre comarca de Liébana, donde con la luz del claro sol español recibió los efluvios de la luz divina que le iluminó en su carrera sacerdotal y apostólica. A pesar de su humilde condición de sacerdote de un pueblo sencillo y rústico, tuvo valor para contradecir al arzobispo de Toledo, Elipando, que había adoptado la herejía del famoso Félix de Urgel, cuyas doctrinas fueron condenadas en el concilio de Francfort (794), convocado por Carlomagno, y al que asistieron nuestro Santo y el obispo de Osma, Eterio, que patrocinaba a Beato en contra de los dos herejes citados anteriormente. Posteriormente retiróse al monasterio de Valcavado, del que fué abad. Escribió San Beato un bien razonado libro sobre los misterios del Apocalipsis. Entregó su espíritu al Señor a finales del siglo VIII, y Dios se dignó obrar muchos prodigios por intercesión de su siervo, conocido popularmente con el nombre de San Vila.

SAN GABINO, presbítero y mártir. — Era hermano del papa San Cayo y primo del emperador Diocleciano, el fiero perseguidor de la Iglesia. Nació en Dalmacia; sus padres eran excelentes cristianos; se casó como Dios manda y tuvo una hija llamada Susana, venerada en la Iglesia como santa. Al morir su esposa se ordenó de sacerdote y se dió de lleno a la labor apostólica entre los encarcelados y perseguidos. Fué perseguido por su mismo primo Diocleciano, quien le dejó morir de miseria y de hambre en un inmundo calabozo. San Gabino acabó sus días el 19 de febrero del año 296.

SAN BARBATO, obispo. — Bajo el cielo azul de Benevento vino al mundo este célebre sacerdote que, con la ayuda de Dios, supo deshacer los densos nubarrones de la calumnia y de la persecución que le levantaron sus feligreses de Morcone, cuyo párroco era. Su gran celo por la reforma de las depravadas costumbres de aquellos habitantes, le valieron esta enemiga de sus súbditos. Después de pruebas fehacientes, su virtud y fama de santidad se aumentaron entre el público, pero él se quedó en Benevento. Luchó para conseguir la conversión de Romualdo, su príncipe, por los resultados que con ella obtendría, y lo consiguió, pues la mayoría de los lombardos abrazaron el cristianismo. Ocupó la sede episcopal de su ciudad natal y asistió a dos Concilios, muriendo finalmente en la paz de Dios el 19 de febrero del año 682, a los 79 años de edad.

SAN CONRADO DE PLACENCIA, ermitaño. — Conrado nació en 1290, de una familia noble de Placencia, en Italia. A la muerte de sus padres, abandonando hasta los principios religiosos que de su madre había recibido para entregarse por completo a los placeres, desdeñaba sus deberes de cristiano y sólo pensaba en cacerías y diversiones. Sin embargo, Dios tuvo piedad de él; Conrado fué fiel a la gracia, y mientras su cristiana y fiel esposa se retiraba a un convento de Placencia, él fué lejos, a una ermita, donde, siendo desconocido, entregóse a vida de gran austeridad y penitencia. Murió en 1351.



Instrumentos y palma de martirio — La catedral de Tournai

SAN ELEUTERIO

Obispo y confesor (hacia 456-531)

DÍA 20 DE FEBRERO

LA iglesia de Tournai, de Bélgica, venera a San Eleuterio como a segundo fundador. No es difícil entender cómo esta ciudad, ventajosamente situada a orillas del Escalda, a lo largo de una gran calzada romana, despertase desde muy temprano el celo de los predicadores del Evangelio. En efecto, San Piat, muerto en la persecución de Diocleciano, la evangelizó a fines del siglo III, y fueron muchos los paganos de la ciudad y de sus contornos que se convirtieron a la fe de Cristo.

Desgraciadamente, la mies que tanto prometía no pudo llegar a sazón. Desencadenóse la décima persecución contra la Iglesia. Los apóstoles de la Galia Bélgica fueron decapitados y, juzgando humanamente de las cosas, la cristiandad naciente parecía quedar ahogada en su sangre. Muchos cristianos apostataban por temor a los suplicios y otros huían a los campos en donde había menos peligro. De este número fué uno de los ascendientes de Eleuterio, llamado Ireneo, el cual, con un puñado de cristianos fieles se retiró a unas dos leguas de Tournai, en el actual pueblecito de Blandain.

En el año 313 cesó la era de los mártires con la conversión de Constantino, y el edicto de Milán devolvió a la Iglesia completa libertad.

La cristiandad de la Galia Bélgica principiaba a renacer de entre las ruinas, cuando nuevas tribulaciones vinieron a caer sobre ella. Sucesivamente, vándalos, hunos y francos la recorrieron con sus hordas devastadoras, sembrando por todas partes la desolación. Tournai quedó arruinada por completo, y sus habitantes fueron deportados a Germania. No obstante, la ciudad surgió de nuevo y, pareciendo a los francos muy conforme a su propósito, la declararon capital de su nuevo reino.

Transcurrido medio siglo de revueltas, desórdenes y estragos sin cuento, el cristianismo, ahogado al parecer, volvió a germinar y crecer de nuevo como grano sepultado en el surco. San Eleuterio estaba destinado por la Providencia para conseguir este renacimiento.

JUVENTUD DE SAN ELEUTERIO. — CÓMO LLEGA A SER OBISPO

SAN Eleuterio nació en Tournai, hacia el año 456. Sus padres Serenio y Blanda, nobles cristianos, descendientes del mártir Ireneo y dueños de las tierras de Blandain, habían vuelto a la ciudad de Tournai, pacificada ya y convertida en residencia principal de los francos salios. Childerico, al igual que sus predecesores Clodión y Meroveo, la había embellecido y dotado de hermosos jardines y suntuoso palacio real.

Las escuelas públicas volvieron a abrirse y a ellas acudió Eleuterio, niño cabal, «tan agraciado y virtuoso que sus virtudes se transparentaban en su lindo semblante y era encanto y admiración de todos», —como se expresa Gazet en su *Historia eclesiástica de los Países Bajos.*

En el palacio real, donde estudió, luego se encontró con San Medardo, que fué condiscípulo suyo y más tarde su colega en el episcopado. Un día, movido por una especie de inspiración profética, le dijo Medardo: «Hermano mío Eleuterio, te anuncio que serás primero conde franco, y después obispo de esta ciudad». El talento extraordinario y la piedad del joven estudiante no eran para contradecir estas predicciones, que el tiempo justificó plenamente.

Dedicóse especialmente al estudio de las ciencias eclesiásticas e hizo en ellas tan rápidos progresos y observó una conducta tan irreprensible, que luego pasó por todos los grados de la clerecía y llenó la ciudad con el buen olor de sus virtudes.

De corta duración fué la paz relativa de que gozaban los cristianos de Tournai en el reinado de Childerico. Los francos no podían mirar con buenos ojos a los fieles de una religión que no era la suya; los consideraban, además, como esclavos de los romanos, a quienes habían jurado exterminar.

Por eso, luego que Clodoveo hubo derrotado en Soissons, en 486, al general romano Siagrio, y que sus 20.000 sicambros victoriosos se hubieron

replegado a la Galia Bélgica, comenzó el pillaje y las violencias contra los cristianos.

Ante tamaño peligro, la familia de Eleuterio siguió el mismo partido que sus abuelos tomaron en semejante circunstancia, y se refugió en Blandain. Allí había más seguridad y se podía esperar con tranquilidad y calma el fin de la tempestad. Compacto grupo de amigos siguió a Serenio y a Eleuterio en su éxodo, y la pequeña comunidad cristiana se organizó tan unida y llena de ardor, que resolvió levantar muy pronto en Blandain mismo una iglesia dedicada a San Pedro, príncipe de los Apóstoles. No era ninguna basílica, claro está, sino un modesto edificio, construído probablemente de tapia y madera, como las viviendas más pobres de la época; sin embargo, los cristianos celebraban mucho poderse reunir allí para orar.

Pronto disminuyó la persecución y sin mucho tardar cesó completamente. Los cristianos de los alrededores se congregaban en Blandain, y el ejemplo de su vida trajo nuevas conversiones, aumentando tanto la cristiandad, que hubo que pensar en nombrar un obispo.

Todos pusieron los ojos en Eleuterio, que contaba a lo menos un mártir entre sus antepasados y a quien la capacidad bien notoria y la santidad reconocida, designaban como el más a propósito para la guarda del rebaño en aquellos tiempos de revueltas. No era sacerdote, sino probablemente funcionario o conde franco de la comarca de Tournai, lo que le daba más influencia aún, pero su corta edad era un obstáculo para elevarle al episcopado; por este motivo, fué preferido, por el momento, un sacerdote llamado Teodoro. Créese que este obispo sólo ocupó la sede episcopal tres años. Murió víctima de un rayo y con gran reputación de santidad.

La elección de los fieles recayó entonces en Eleuterio. «poderoso en obras y palabras, cuya elocuencia y sólida doctrina habían ganado ya a la fe cristiana gran número de paganos de la diócesis de Tournai».

Mientras tanto se había convertido Clodoveo (496), y San Remigio organizaba la jerarquía eclesiástica en la Galia Bélgica; ratificando la elección popular, designó a Eleuterio para la sede de Tournai, enviándole luego a Roma cerca del papa San Félix II para recibir las bulas de fundación. No se sabe a punto fijo si fué ordenado y consagrado por el Papa, o si lo fué a su vuelta de Roma por San Remigio.

Sábese por el testimonio de todos los historiadores que ponía gran cuidado y cifraba el mayor interés en predicar las salvadoras verdades de la religión con tan maravillosos resultados que, después de la conversión de Clodoveo, bautizó en una sola semana el crecido número de once mil personas. Lleno de agradecimiento al Señor por el consuelo que le había deparado en tan augusta ceremonia, y porque las semillas que había sembrado producían tan excelentes frutos, instituyó una fiesta anual para conmemorarlo.

LOS FRANCOS DE TOURNAI, A LOS PIES DE SAN ELEUTERIO

PARECE ser que un suceso singular vino a sacarle de su soledad y a poner a sus pies casi toda la comarca.

Y fué el caso que una joven pagana, por nombre Blanda, cuyo padre era gobernador de Tournai, era presa de secreta y apasionada simpatía por el joven y virtuoso Eleuterio, desde los tiempos en que éste residía aún en aquella ciudad. Blanda no declaró a nadie su inclinación, pero la dejó crecer en su corazón. Un día, sin embargo, olvidada de la reserva que su sexo le imponía, se fué a Blandain decidida a declarar su pasión al mismo Eleuterio. Hallábase éste rezando en su oratorio, cuando llegó la joven. Advertido por el espíritu de Dios del peligro que le amenazaba, el obispo se levantó indignado:

—¡Desgraciada! —exclamó—. ¿No sabes que Satanás osó tentar al Señor y que Éste le respondió: «Retírate, Satanás; no tentarás al Señor tu Dios»? A ejemplo de mi Salvador, y en nombre de la Santísima Trinidad, te mando que te retires y no vuelvas a comparecer más en este lugar.

Sea por la impresión que experimentó, sea por castigo del cielo, la desventurada muchacha cayó como herida por el rayo al llegar a Tournai y expiró en el acto. Enterado de ello Eleuterio, se le enterneció el alma de compasión y, preocupado únicamente de la salvación de las almas, mandó llamar a Censorino, inconsolable por tan irreparable pérdida, y le prometió, en nombre del cielo, devolver la vida a su hija, si pedía el bautismo con toda su familia.

Conviene recordar que —según nos dice la historia— los bárbaros estaban como anonadados ante la majestad de los obispos, a los cuales miraban como semidioses y árbitros del cielo. No dudó, pues, Censorino del poder sobrenatural de Eleuterio; solamente le pidió algún tiempo para reflexionar, consultarlo con la familia y con los compañeros de armas antes de darle su respuesta sobre lo que determinasen.

El obispo ayunó y oró varios días. El tribuno y su familia prometieron convertirse, pero su deseo no era sincero; por eso aconteció que cuando Eleuterio, confiando en el poder divino, intentó el milagro, no obtuvo resultado.

Así conoció el obispo que el corazón de los paganos no se había mudado. Dos días después, el tribuno Censorino, sinceramente arrepentido, fué a echarse a los pies de Eleuterio y le confesó su hipocresía. De nuevo suplicó Eleuterio al Dios omnipotente que realizase el milagro, mandó luego que se abriese la tumba, y, ante una muchedumbre inmensa, llamó por tres veces a la joven, ordenándole que se levantase en nombre de Jesucristo resucitado. Blanda se levantó, como en otro tiempo Lázaro y como la piadosa Tabita



EL *día de Navidad el ciego Mantilio pide limosna a la puerta de la catedral. Cuando entra San Eleuterio, prorrumpe en grandes gritos y solicita del obispo le devuelva la vista. El Santo hace el milagro en nombre del Hijo de Dios, con asombro de la ciudad, que glorifica al Señor.*

resucitada por San Pedro, y, convertida, solicitó el bautismo, que le fué conferido tras algunos días de penitencia.

El tribuno fué menos fiel. Olvidado de sus promesas y del beneficio recibido, no quiso instruirse en la doctrina cristiana ni recibir el bautismo. Hizó más; amenazó a su hija; le dijo que la echaría de casa y la desheredaría si no dejaba de ser cristiana. Y aun fué más lejos, pues encarceló a Eleuterio y le cargó de cadenas, hasta que por fin, venciendo la gracia a esta alma pagana y triunfando de todas las resistencias, se convirtió de veràs y para siempre.

La predicación y las oraciones del santo obispo obtuvieron maravillosos resultados.

EL CIEGO MANTILIO Y EL LEPROSO PERICIO

TOURNAI debió a su obispo la erección de una iglesia en honra de Nuestra Señora. No era, en verdad, la majestuosa catedral de cinco campanarios que se admira hoy, sino una basílica más modesta, pero tuvo a lo menos la gloria de oír durante cerca de treinta y seis años la voz solemne del apóstol. Bajo uno de los pórticos de esta iglesia curó Eleuterio al ciego Mantilio y al leproso Pericio.

En los primeros tiempos del cristianismo, Dios secundaba con frecuencia la labor apostólica de sus ministros con sorprendentes milagros; eran entonces necesarios para avasallar la naturaleza feroz de los bárbaros. La obra era de las más arduas. «El bárbaro convertido —dice Kurth— defendía sus vicios con más energía que a sus dioses... De los diez mandamientos de la ley de Dios, apenas si observaban el primero, y ¡cuán imperfectamente!» No obstante, una fuerza sobrenatural, un milagro evidente, palpable, le abatía y trocaba su corazón. Eleuterio recibió de Dios ese don precioso de apostolado.

Fué nota particularísima de su apostolado la caridad tierna y cariñosa, el carácter y el trato afable y bondadoso que le hicieron ser padre de los pobres y consuelo de los atribulados. Pasó los treinta y cinco años que desempeñó el episcopado, ocupado en todas las obras del varón apostólico; su predicación incesante en toda la diócesis, su celo por la pureza de las costumbres, su perseverancia para mantener con todo su brillo la disciplina de la Iglesia, su caridad para enjugar las lágrimas de los tristes, socorrer al necesitado, visitar al enfermo, y todos sus actos, en fin, lo atestiguan de una manera evidente.

Un día de Navidad, los pobres de la ciudad, en número muy crecido, habían ido a la catedral, y al terminar los oficios divinos se agrupaban en el pórtico para recibir las limosnas que el obispo tenía por costumbre dis-

tribuirles a su salida. Un ciego, llamado Mantilio, esperaba como los demás su parte de las larguezas del obispo; pero, empujado por la muchedumbre, se vió apartado del lazarillo, y pasó inadvertido. Profundamente desconsolado, clamó con voz lastimera:

—Padre misericordioso, apiadaos de un pobre ciego, y dadme una limosna, porque he perdido el lazarillo y no hay quien me lleve a casa.

Lo mismo que cuando el ciego de Jericó, hubo gente en el cortejo del obispo que mandaba callar a aquel importuno.

—Recordad la escena del Evangelio —les dijo severamente Eleuterio—. A lo largo del camino un ciego clamaba al Hijo de Dios: «Hijo de David, ten piedad de mí.» Los discípulos pedían al Señor que le despidiese para que cesase de importunarlos con sus lamentos; Jesús entonces mandó que se lo acercasen y le devolvió la vista.

Y mientras así hablaba, convencido de que Dios no resistiría a su oración, mandó que trajeran a Mantilio a su presencia y le dijo:

—Nuestro Señor Jesucristo, que abrió los ojos al ciego de nacimiento, abra también los tuyos.

Y trazando seguidamente la señal de la cruz en los ojos de Mantilio:

—¿Crees —le dijo— en el Hijo de Dios y Padre nuestro omnipotente?

—Sí, creo— respondió el ciego.

—Pues sucédate según tu voluntad y según tu fe —repuso el prelado.

Los ojos del ciego se abrieron inmediatamente, vió, y se fué alabando a Dios, sin preocuparse más del lazarillo. El hecho fué tan notorio —al decir de un antiguo historiador— que el pórtico donde se operó este milagro llevó desde entonces el nombre de «Puerta Mantilia».

El leproso Pericio fué curado en el mismo lugar. Un día de bautismo solemne, en que los catecúmenos se agolpaban para entrar en la iglesia, el leproso acudía también para ser bautizado; pero todos se alejaban de él por miedo al contagio. Nadie se atrevió a presentarle a Eleuterio. Un mes y medio más tarde, pasando el obispo cerca de él, Pericio clamó con todas sus fuerzas.

—Padre santo, hace cuarenta días que estoy aquí esperando para recibir, como los demás, el bautismo.

—Excelencia —dijo a Eleuterio uno de los sacerdotes que le acompañaban—, ahí está el leproso que os llama; decidle que se vaya.

—¡Hombre de poca fe! ¿Qué es lo que dices? —replicó el santo obispo—. De éstos es el reino de los cielos.

Y bautizó al leproso en presencia de todo el pueblo. El leproso, saliendo súbitamente de la piscina, dió gracias al Altísimo y alborozado enseñaba a todos su piel hermosa, sana y limpia: estaba curado.

SAN ELEUTERIO, MÁRTIR DE SU CELO

LA lucha encarnizada contra los herejes es la característica de los últimos años del pontificado de Eleuterio. La influencia nefasta de los errores de Arrio, se había dejado sentir hasta las extremidades de la Galia, adonde también habían penetrado las falsas doctrinas de Apolinar y de los nestorianos. Es de creer que Eleuterio había ido por segunda vez a Roma en 497, en tiempo de Anastasio II; mas, como celoso pastor, quiso ir una vez más a la autoridad suprema, en busca de consejo para poner fin a la propaganda de los herejes. Sucedía esto en 518. El papa San Hormisdas le acogió con la consideración y deferencia que merecían más de treinta años de episcopado y una eminente santidad.

A su regreso el prelado entró en lucha abierta con los herejes. En vista del peligro, era necesario tomar providencias rigurosas. Eleuterio creyó de su deber ordenar a aquellos enemigos de la religión, que hicieran pública profesión de su fe en la persona adorable de Jesucristo o que dejasen cuanto antes la ciudad de Tournai; en caso de necesidad, el gobernador civil estaba dispuesto a prestarle ayuda. Pero antes intentó ganarlos por la dulzura y la mansedumbre; en el Sínodo que convocó para ellos, en 527, les permitió exponer sus falsas doctrinas, que él refutó con todos los miramientos que le sugería su caridad. Pero los herejes pusieron en ello tan mala fe y tanto dolo, que fué preciso excomulgarlos en pleno Sínodo.

El obispo se mantuvo firme: sus adversarios tuvieron que alejarse de Tournai, llenos de confusión; pero no perdonaron a Eleuterio el haberlos humillado tanto y, como para vencerle no tenían más armas que la violencia, atentaron contra su vida.

Al salir un día de la catedral con el diácono Atanasio y Odoen, discípulo suyo, unos asesinos, apostados en una esquina del edificio, se lanzaron sobre él, le cosieron a puñaladas, le molieron a palos y huyeron, dándole por muerto. Sus dos compañeros, llenos de terror, le abandonaron. Cuando le recogieron, con la cabeza y el pecho ensangrentados, aun respiraba. Cinco semanas sobrevivió al atentado, recobrando fuerzas suficientes para interceder en favor de sus asesinos cerca del gobernador Censorino, que los había condenado a la horca.

Murió según todas las probabilidades el 30 de junio del año 531 —en la paz del Señor, después de haber peleado y derramado su sangre por la causa de Cristo, conquistando para la otra vida la doble aureola de confesor y de mártir.

Al saber la noticia de este atentado, su ilustre amigo San Medardo, obispo de Noyón, acudió presuroso a Tournai y, derramando copiosas lágrimas sobre el cuerpo inanimado de Eleuterio, le dió honrosa sepultura.

Algunos días después —según se cree— los fieles proclamaron al obispo de Noyón obispo de Tournai, y el papa Hormisdas ratificó la elección y autorizó al santo amigo de Eleuterio para que gobernase simultáneamente las dos Iglesias.

Los restos del mártir fueron trasladados a la iglesia de Blandain, donde permanecieron hasta el año 1064, en que fueron llevados a Tournai. En 1247, las santas reliquias fueron colocadas en un nuevo relicario que la catedral posee hoy en día.

SANTORAL

Santos Eleuterio de Tournai, *Eleuterio de Constantinopla,* Nilo, *Euquerio* y Falcón, obispos; León, confesor; Nemesio, mártir; Sadoth y ciento veintiocho compañeros, mártires; Tirannio, Zenobio, Nilo, Peleo y Silvano, mártires; *León el Taumaturgo, obispo de Catania;* Valerio, obispo; Salo, sacerdote; Dídimo, mártir. Santas *Barbada, virgen;* Damiana, abadesa; Tecla de Blandain, y Mildreda, virgen.

SAN ELEUTERIO DE CONSTANTINOPLA, obispo y confesor. — En 471, muerto el patriarca Genadio, fué elevado Acacio a la sede de Constantinopla por los herejes eutiquianos, favorecidos por el emperador entonces reinante. En 482, reinando el colérico y turbulento Zenón, el intruso patriarca originó un cisma que no acabó hasta el año 519. En 489 murió Acacio excomulgado, después de dieciocho años de patriarcado pasados en medio de graves desafueros y turbulencias religiosas. Mientras esto ocurría eligieron los católicos a un patriarca ortodoxo. La elección recayó en un santo presbítero, llamado Eleuterio, hombre de sólida piedad, ciencia profunda y eminentes virtudes, muy adicto a la Iglesia de Roma, cabeza de la cristiandad.

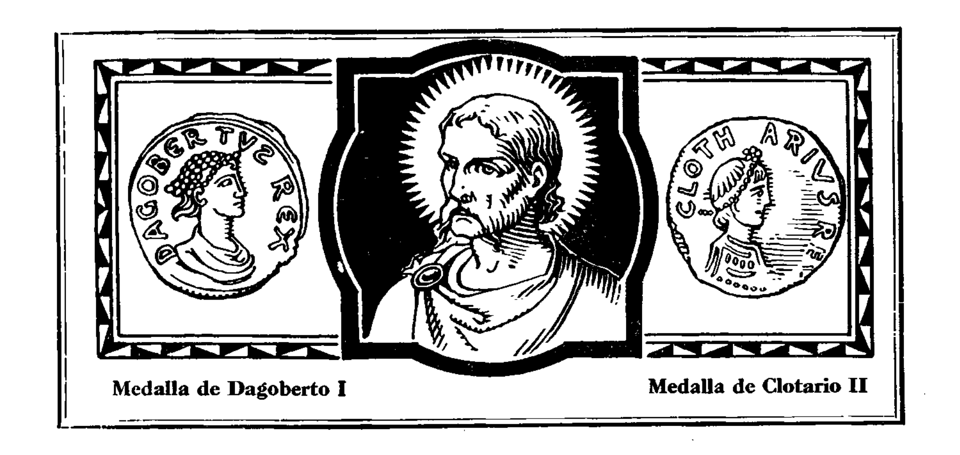
Dedicóse San Eleuterio, cuanto pudo y se lo permitieron las difíciles circunstancias, al bien de su iglesia, trabajando con celo incansable por remediar los males que ocasionaba Acácio y por destruir las divisiones de los sectarios y volverlos al redil del único buen Pastor, Cristo Jesús. Grandes persecuciones y crueldades tuvo que sufrir este santo Prelado, tanto de parte de sus contrarios como del emperador y su corte; pero todo lo sobrellevó con admirable paciencia y fortaleza, y siempre perdonó con gran generosidad, a imitación del divino Crucificado. Murió en 491, poco después que el emperador Zenón y dos años después que el hereje y cismático Acacio.

SAN EUQUERIO, obispo. — La ciudad de Orleáns, a la que dió fama la heroína Santa Juana de Arco, vió nacer a este ilustre obispo, que tuvo que sufrir el destierro a causa de su celo religioso, mal comprendido de algunos. Siendo joven se pasaba largas horas meditando la Sagrada Escritura, particularmente las epístolas de San Pablo. Se gozaba en repetir con frecuencia aquel pasaje donde el Apóstol dice que la sabiduría de los que aman las riquezas y satisfacciones del mundo, es una locura a los ojos de Dios. Retiróse a una abadía de Normandía, de la que tuvo que salir para ocupar la sede apostólica de Orleáns. Reprendía con suavidad y predicaba con ardor. Carlos Martel le desterró a Colonia y luego a Lieja. Con la ayuda del duque Roberto construyó un monasterio célebre en

la diócesis de Maestricht. Voló al cielo el año 743 a 20 de febrero, dejando huellas de santidad.

SAN LEÓN, obispo. — Este ilustre prelado vino al mundo en el territorio de Ravena, cuyo obispo le admitió a su servicio. Sus virtudes y sólida instrucción le merecieron ser ordenado de sacerdote, y más tarde fué elegido obispo de Catania, en Sicilia. Empleó todo su ardor apostólico en conservar, con predicaciones y escritos, la integridad de la Iglesia Católica, procurando desvanecer al instante todo asomo de herejía. Virtudes y milagros era lo que reconocían y admiraban en él sus ovejas de Catania; sus milagros fueron tantos que se le conoce con el nombre de Taumaturgo. Uno de éstos consistió en hacer bajar fuego del cielo sobre el impostor Heliodoro, el cual fué víctima de las llamas. Después de gobernar santamente su diócesis, por espacio de dieciséis años, acabó sus días en olor de santidad el 18 de febrero de 786. Fué enterrado en un monasterio fundado por él en Catania.

SANTA BARBADA, virgen. — El nombre verdadero de esta virgen era el de Paula, que fué trocado por el de Barbada con ocasión de un milagro que obró Dios en favor de su pureza virginal. Paula vino al mundo en el pueblo de Cardeñosa, perteneciente al obispado de Ávila, tierra llamada de Santos y de cantos. Sus padres, eminentemente religiosos, la educaron en las santas máximas del Evangelio. Salió ella muy aprovechada y dió de continuo ejemplos de virtud, que la hacían amable y atractiva en gran manera. Aunque tierna doncella, tuvo valor para triunfar de las seducciones de un joven libertino prendado de la hermosura de su rostro. Cierto día en que Paula iba a Misa, vió venir a lo lejos al joven que la buscaba para saciar su pasión de venganza. Para zafarse de él penetró la doncella en una ermita, situada cerca de la población, y pidió a Dios que la ayudase en aquel trance tan apurado. Dios la escuchó haciéndola crecer tan espesa barba que le desfiguraba el rostro; de modo que no fué conocida por el joven libertino, el cual salió de allí y dejó sola a la que tanto buscaba. Desde entonces se llamó Barbada, con cuyo nombre es conocida. Vivió a mediados del siglo VI.



Medalla de Dagoberto I

Medalla de Clotario II

EL BEATO PIPINO DE LANDEN

(hacia 580-640)

Y SANTA IDA, SU ESPOSA

DÍA 21 DE FEBRERO

EL beato Pipino de Landén ocupa en la historia política y religiosa de los comienzos del siglo VII, un lugar preeminente en extremo sugestivo y alentador. Ministro o consejero de varios príncipes, deviene el tronco de la dinastía carolingia. Uno de sus nietos, Pipino de Heristal, toma el título de duque de los francos; Carlos Martel, hijo de Pipino de Heristal, detiene en Poitiers (732) el poder musulmán; Pipino el Breve, hijo de Carlos Martel, y rey de Francia, es el padre de Carlomagno, emperador de Occidente.

Mas, por encima de esta gloriosa descendencia, el beato Pipino y su esposa Ida, se presentan ante el mundo de la santidad con sus hijas, las Santas Gertrudis y Begga: con sus parientes o aliados, como San Modoaldo, obispo de Tréveris y hermano de Ida, a los cuales acompaña un grupo de santos y santas, monjes y religiosas, o seglares que llevan vida santa en el estado del matrimonio. Es ello tanto más admirable, cuanto que a fines del siglo VI y durante todo el VII, aunque el cristianismo era desde hacía tiem-

po la religión oficial de las Galias, faltaba mucho aún para que el crimen, la superstición y hasta la idolatría, hubiesen desaparecido de su suelo. El esplendor de la fe y la virtud que brillan en numerosos personajes de las clases elevadas, en la corte de los reyes, entre los miembros del episcopado y entre lo más selecto del clero y de los religiosos, contribuirán en gran manera a desterrar los últimos vestigios del error y a fomentar costumbres de esencia verdaderamente cristiana.

JUVENTUD DE PIPINO. — MAYORDOMO DE PALACIO

LOS escritores modernos consideran a Pipino de Landén como el primer duque de Brabante, provincia muy extensa de Bélgica, ocupada en otro tiempo por los germanos, los romanos y los francos. ¿A cuál de esos tres pueblos pertenece Pipino de Landén? Lo ignoramos. Se ha afirmado también que descendía de nobilísima familia, y bien puede creerse, aunque no se tenga una prueba cierta, si se consideran los altos destinos de su descendencia. Su padre llamábase Carlomán y su madre Ermengarda; el niño vino al mundo hacia el año 580.

A la muerte del rey Clodoveo (511), dividiéronse sus Estados entre sus cuatro hijos, si bien el rey de Soissons, Clotario I, llegó a ser rey único de los francos durante algunos años. Pero a no tardar, dividióse el territorio en los reinos de Austrasia, Neustria, Borgoña y París. Por el tiempo en que nació Pipino de Landén, todavía subsistían los tres primeros. Siendo muy joven fué llevado a la corte de Clotario II, rey de Neustria, donde logró conservar la inocencia, en medio de las seducciones de una sociedad que aún se resentía de los perniciosos ejemplos de la cruel y licenciosa Fredegunda.

En tiempo de los reyes merovingios, cedían éstos buena parte de la autoridad soberana a los «condes», y alguna vez, aunque más raramente, a los «duques». Este nombre, derivado del latín *dux*, que significa «caudillo» o «general», tenía casi siempre un sentido militar, y no designaba, como más tarde, una forma de soberanía que dejaba al rey autoridad puramente teórica en el territorio que comprendía el ducado. Podemos decir que Pipino de Landén fué duque en el primer sentido, pero no puede afirmarse que fuese el primer duque de Brabante, pues este título es muy posterior.

Había por entonces algunos palatinos que gozaban de gran influencia en la corte: tales como el refrendario, el conde de palacio y el mayordomo de palacio o *major domus*, es decir, «el mayor» o «el jefe de la Casa real». Este último cargo llegó a ser en el siglo VII el más importante del reino. En un principio los mayordomos eran simples jueces de las querellas que se suscitaban en palacio, pero poco a poco se convirtieron en jefes de los leudes

o señores más adictos a la persona del rey, y acabaron por monopolizar todos los poderes civiles y militares.

Tales eran las altas funciones que el duque Pipino de Landén ejercía en la corte del rey de Neustria, Clotario II. Para sostener el prestigio del cargo y cumplir con las obligaciones que imponía, era necesario clarísimo talento y santidad acrisolada. Ni uno ni otra faltaban a Pipino, según testimonio de sus coetáneos; los cronistas de aquel tiempo le llaman «sede viviente de sabiduría, tesoro de los consejos, sostén de las leyes, fin y término de las contiendas, el antemural de la patria, honor de la corte, espejo de funcionarios y norma de reyes».

Tantos títulos reunidos, uno de los cuales bastaría para inmortalizar a un hombre, le fueron conferidos por el aura popular, como pago de actos de relevante mérito. Diremos, para terminar, que Pipino de Landén en el ejercicio de su cargo hizo brillar las virtudes de un gran santo y las dotes de un hábil político.

«Con gran fuerza —dice su biógrafo— conformaba sus decisiones con las normas de la divina justicia, y para mejor lograrlo rodeábase de consejeros como San Arnulfo, obispo de Metz, de quien sabía que obraba siempre movido del temor y amor de Dios... Después de la muerte de Arnulfo, tomó por consejero a Cuniberto, obispo de Colonia. Esto dice cuán grande era el amor al bien que inflamaba su pecho y qué obra tan grande pudo llevar a cabo con consejeros tan diligentes y árbitros tan incorruptibles. De este modo vivió solícitamente aplicado a la práctica de lo justo y equitativo, y, siguiendo los consejos de hombres piadosos, permaneció constante en el ejercicio de obras santas.»

En esta época de turbulencias políticas, cuya historia está frecuentemente señalada con páginas sangrientas, en donde se ve a los descendientes directos de Clodoveo matarse unos a otros, la actuación de un consejero prudente y amigo de la justicia, de elevada situación, podía ser feliz y benéfica. Tal fué Pipino de Landén, a lo menos en la medida de lo posible, con el rey Clotario II.

El hijo de Fredegunda había heredado de su madre un fondo de barbarie y de ferocidad. Al ser abandonado Teodoberto II, rey de Austrasia, por sus leudes, en 612 ó 613, su reino pasó a manos de Clotario II, que llegó a ser de este modo único rey de los Francos. Y hemos de suponer que el mayordomo de palacio trabajaría vanamente para impedir que Clotario manchara sus manos con la muerte de su rival vencido.

También se sublevaron los sajones y el rey los sometió a fuerza de crueldad, haciendo perecer —según dicen (aunque esta aserción no está probada)—a todos los prisioneros de aquella raza, cuya talla fuera mayor que la longitud de su espada.

El mayordomo de palacio le censuró vivamente por semejantes excesos.

De todos modos, se asegura que Clotario, hacia el fin de su reinado, y gracias sin duda a los consejos de Pipino, se había tornado «bondadoso y amable con todos, instruído en las letras, temeroso de Dios y protector magnífico de las iglesias, de los sacerdotes y de los pobres».

EL BEATO PIPINO Y EL REY DAGOBERTO. — UN CONSEJO DE SANTOS

La influencia del mayordomo de palacio fué más notoria con Dagoberto I, designado por su padre Clotario II como rey de los austrasianos en 621 ó 622, por los consejos de Pipino y del obispo de Metz, San Arnulfo.

La Austrasia abarcaba en esta época la parte oriental de la Galia, desde el Rin y las Ardenas hasta el mar, y tenía por capital a Metz.

Dagoberto —aquel «rey torrente», como le llamaba San Odeno (Ouén)— era un príncipe fogoso y arrebatado que se dejaba llevar de sus pasiones. Los prudentes consejos de Pipino y de Arnulfo, sin lograr corregirle por completo, le infundieron sentimientos de fe y de justicia que hicieron de él un gran rey. Era al mismo tiempo valiente y audaz. En un encuentro con los sajones, viósele luchar cuerpo a cuerpo con uno de los jefes, y enviar a su padre, como prenda de su valor y de su audacia, un mechón de cabellos con todo el cuero cabelludo, que la tremenda hachilla del bárbaro había arrancado de su cabeza al atravesarle el casco de oro.

Cuando en 628 ó 629, la muerte de Clotario II reunió a toda la monarquía franca bajo el cetro de Dagoberto, el joven monarca apareció a los pueblos como el verdadero representante de Dios, con la numerosa falange de santos que rodeaban su trono.

La política del mayordomo de palacio, guiada por la religión, llegó a crear esta maravilla rara en la Historia, es a saber: un real consejo formado casi exclusivamente de Santos. Pipino de Landén poseía la necesaria autoridad y energía para presidir esta asamblea de hombres de Estado única en su género. Los más notables de entre estos consejeros eran: San Eloy, intendente de la casa de la moneda; San Odeno, tesorero del reino; San Arnulfo, obispo de Metz; San Cuniberto de Colonia, San Amando de Maestricht, San Farón de Meaux; San Germer, fundador del monasterio de Flay, San Adón de Jouarre, San Dadón de Rabais y San Filiberto de Jumièges.

Sostenido con la autoridad y las luces de tan insignes varones, Pipino mandó revisar, para codificarlas en un solo cuerpo de legislación, las diferentes leyes de los salios, borgoñones, ripuarios y bávaros que estaban en vigor en el reino.

Sustituyó las duras prescripciones de las costumbres bárbaras por las



EL *Beato Pipino, mayordomo de palacio, visita el reino acompañando a su rey Dagoberto I. Escucha gustoso las reclamaciones de los siervos y pecheros, porque es padre de los oprimidos y tremendo justiciero contra los rebeldes, los opresores y los magistrados injustos.*

ordenanzas de la Iglesia. Los derechos sagrados del pobre y del oprimido, la protección del pueblo y de los esclavos fueron ratificados y consignados en ese nuevo código que inauguraba para Francia una nueva era de civilización. El ministro de Dagoberto repetía a menudo estas palabras del Espíritu Santo: «La justicia engrandece a los pueblos, la iniquidad abate las naciones y las sume en la ruina.»

En 630, el rey emprendió la visita del reino, llevando consigo a su mayordomo de palacio. Pipino deseaba restablecer, de un modo durable, el orden turbado por las prolongadas guerras civiles de los reinados precedentes. A él le correspondía la iniciativa de todas as reformas y la obligación de ponerlas en vigor. La visita produjo grandes frutos, pues los leudes opresores y los magistrados injustos tuvieron justo castigo y la alegría renació en el alma de los pobres. De él dice el cronista que «era terrible contra los rebeldes y prevaricadores, pero tenía entrañas de padre para con los humildes y oprimidos».

La gloria de esta sabia administración granjeó al rey el respeto de sus pueblos y Dagoberto fué apellidado por sus vasallos el Salomón de las Galias.

MATRIMONIO DE PIPINO CON SANTA IDA

PERO los cuidados del Estado no le hacían descuidar los que debía a su familia. Poco después de su elevación al cargo de mayordomo de Austrasia, habíase casado con la piadosa Ida, oriunda de la más ilustre nobleza de Aquitania. Pero si la desposada era rica en bienes terrenos, su santidad hereditaria en la familia era la dote más preciada que aportaba al matrimonio. Poseía, demás, las gracias del talento y las cualidades del corazón, que constituyen el adorno de una mujer y la hermosura de una santa.

Entre otros autores, el monje Sigeberto de Gembloux († 1112), en su Crónica que abarca desde el año 381 al 1111, nos ha conservado el nombre de los hijos nacidos de este matrimonio:

«Pipino —escribe— se hizo útil al reino por su abolengo, por su poder omnímodo, por su prudencia y por su valor. Dejó a su hijo Grimoaldo heredero de todos sus bienes; tuvo, además, dos hijas, Gertrudis y Begga, que fueron honor y gloria de su raza.»

Estas dos nobles familias sólo parecían haberse unido para dar nuevos santos a la Iglesia. La mayor de sus hijas, Gertrudis, consagró a Dios su virginidad y fué célebre en Brabante con el nombre de Santa Gertrudis de Nivelle. La inocente virgen declaró su resolución en medio de un festín ofrecido por su padre al rey Dagoberto. Según dice la crónica, habiendo oído contar un caballero que Gertrudis era por sus virtudes la joya de la nobleza

quiso obtener su mano y la pidió al rey, pero la hija de Pipino respondió: «Señor, ruego a vuestra majestad me perdone, pero he consagrado mi corazón y mi cariño a Jesucristo, y jamás consentiré en quebrantar mi voto, aun a costa de mi vida».

Begga, la segunda, no menos agraciada que su hermana, se casó con Ansegiso, hijo de San Arnulfo, amigo y confidente de Pipino. De este matrimonio nació Pipino de Heristal, que fué, como anteriormente queda dicho, padre de Carlos Martel y bisabuelo de Carlomagno.

Grimoaldo, su hijo, seducido por la loca ambición, no correspondió por desgracia a los desvelos de sus piadosos padres; pero sus santas hijas, a lo menos hicieron olvidar con sus virtudes los crímenes del padre.

Para educar a su familia en la virtud y guiarla por la senda de la santidad, Pipino de Landén no se contentaba con palabras, sino que él mismo quería servir de ejemplo y modelo. La historia nos refiere con respeto cómo Pipino iba descalzo todas las mañanas a pedir la absolución a San Arnulfo, su confesor y director. En tan humilde postura nos representan estampas antiguas al poderoso mayordomo del palacio de Dag Cuando en un ministro se ven reunidas las cualidades del hombre de Estado y las virtudes del cristiano, se puede tener confianza: la patria está en manos seguras.

La oración ha sido siempre el sostén más firme del trono. Así lo entendió Pipino y, en consecuencia, multiplicó en Francia los centros de oración, las abadías y los monasterios, como otras tantas fortalezas destinadas a la defensa del reino.

Muchos monasterios fueron levantados en esta época; Pipino era verdaderamente el padre y la providencia de aquellas comunidades nacientes.

Entre las fundaciones de aquel siglo, la más célebre fué la de la abadía de San Dionisio, destinada a servir más tarde de panteón a los reyes de Francia. Trescientos monjes, distribuídos en nueve coros, se relevaban día y noche para cantar las alabanzas del Señor. Esta oración continuada, llamada *laus perennis,* inaugurada en Agauno (San Mauricio en el cantón de de Valais, Suiza), sobre la tumba de los mártires de la legión tebea, había sido introducida en Borgoña por el santo rey Segismundo. Pipino y Dagoberto buscaron monjes suficientes para hacerla florecer en el centro y en varios puntos de la Galia.

EL BEATO PIPINO, EDUCADOR

DAGOBERTO, que puso por completo en manos de su ministro la organización del reino, le confió también lo más precioso que poseía en el mundo: la educación de su hijo Sigeberto, colocado por él en el trono de Austrasia cuando sólo tenía dos años (633). El discípulo no debía

defraudar las esperanzas de tal maestro; en la escuela de Pipino aprendió la ciencia de la santidad y el arte de gobernar a los hombres.

La historia refiere que el día de su bautismo, cuando San Amando hubo terminado las oraciones de rúbrica, no hubo nadie entre los leudes y guerreros presentes a la ceremonia que se acordase de contestar *Amén*. El principito abrió la boca y contestó por sí mismo muy claramente.

Si las lecciones del maestro eran excelentes y persuasivas, los ejemplos de su vida eran aun más convincentes. Pipino no se arredraba ante ninguna dificultad; lleno de misericordia con los débiles, era severo con los cobardes y flojos. No temía recordar a los reyes sus obligaciones. Hacia el fin de su vida, Dagoberto, llevado de su natural fogoso, se dejó arrastrar a graves desórdenes. Pipino le reprendió severamente y le amenazó con irse de la corte si no cesaba el escándalo. Ante la obstinación del rey, dejó la corte de Austrasia y se retiró a sus tierras de Aquitania. Allá le siguió su real discípulo, el príncipe Sigeberto, continuando Pipino en el destierro y el alejamiento la obra importante de la preparación de un rey y la formación de un santo.

Cuando murió Dagoberto en 638 ó 639, Sigeberto estaba preparado para recoger la herencia de su padre en Austrasia. Pipino de Landén regresó a palacio con su discípulo y durante dos años más le ayudó con sus consejos.

En esta época empezó un período poco glorioso a la verdad, llamado con más o menos fundamento y exactitud período de los «reyes holgazanes», en que el monarca —como ha sucedido también en tiempos no tan remotos de nosotros— resigna el poder, más o menos libremente, en su primer ministro o privado, que recibe el nombre de mayordomo de palacio. A lo menos —como dice el cronista— «mientras vivió el santo rey Sigeberto II, reinó en Austrasia una paz profunda».

La Neustria, que fué herencia de Clodoveo II, segundo hijo de Dagoberto, experimentó igualmente la influencia saludable de Pipino, sobre todo durante la regencia de Santa Batilde, viuda de Clotario II.

MUERTE DEL BEATO PIPINO Y DE SANTA IDA

LA misión de Pipino de Landén estaba cumplida y podía morir tranquilo. El 21 de febrero del año 640 se durmió en el Señor, según la expresión cristiana.

«Primero de su raza —dice el cardenal Pitra—, lleva a cabo su real misión con gran serenidad que por nada se turba ni arredra: los obstáculos acortan su camino, y las desgracias le elevan más rápidamente. Ante él se inclinan con amor los pueblos durante treinta años; su mano pacifica tres reinados; reyes, reinas y príncipes desaparecen arrebatados por la muerte

o la violencia, y él irreprochable y venerado por todos, cuando a su tiempo baja las gradas del trono sube a los altares, donde aun hoy conserva aureola de gloria al cabo de doce siglos.»

La Galia le lloró como se llora la muerte de un padre. De todo el reino acudió gente a Landén para asistir a sus funerales. Según la costumbre romana, aun en vigor en la Galia en el siglo VII, fué sepultado junto a la gran calzada que seguía la orilla del Mosa, no lejos de su posesión de Landén. La tradición muestra cerca de una serie de construcciones subterráneas descubiertas en el siglo XX, un túmulo designado con el título de «tumba de los Pipinos».

Ida sobrevivió doce años a su consorte; y en conmpañía de su hija Gertrudis, se retiró al monasterio de Nivelle, fundado por ellas, en el cual terminó sus días en la paz del Señor el año 652.

En fecha que no puede determinarse, los restos de Pipino de Landén fueron trasladados a Nivelle. Esta traslación fué acompañada de un hecho memorable, considerado como milagroso. En la procesión, treinta cirios encendidos rodeaban los restos del siervo de Dios, y a pesar de hacer un viento impetuoso no se apagó ni uno solo.

Las reliquias fueron depositadas junto a las de Santa Gertrudis. Con el tiempo, establecióse la costumbre de llevar las urnas de ambos santos consortes en la procesión de las Rogativas.

En los martirologios, menologios y otros documentos antiguos, Pipino es llamado Beato o Santo, y su esposa, Santa.

SANTORAL

Santos *Severiano* y Maximiano, obispos; Pedro, Secundino, Fortunato, Sérvulo y Germán, mártires; Félix, obispo de Metz; Daniel, presbítero; *Ascanio, obispo de Tarragona;* Paterio, obispo de Brescia; Gumberto, arzobispo; *Zacarías, patriarca de Jerusalén;* Benito, ermitaño de Montserrat; los 79 mártires de Zaragoza; otros 79 mártires en Sicilia, en tiempo de Diocleciano; **el Beato Pipino de Landén.** Santas Verda, mártir; **Ida**, esposa del **Beato Pipino de Landén;** Vitalina, virgen; *Irene, virgen, hermana del papa español San Dámaso.*

SAN SEVERIANO, obispo. — Este obispo de Palestina es digno de gloriosa memoria por el infatigable celo con que luchó contra los herejes y defendió los dogmas de nuestra santa religión. Asistió al Concilio de Calcedonia y suscribió la condenación del hereje Eutiques. Su intervención en este concilio fué causa de que muchos de los monjes partidarios de Eutiques se pusieran frente al obispo, en unión de otros tipos de peor calaña, capitaneados todos por un tal Teodosio, que no cesó en su ira contra Severiano y los demás prelados que firmaron la condenación de Eutiques. Sin que fueran respetadas sus dignidades, Severiano fué violentamente sacado de la ciudad donde ejercía su pastoral ministerio y, echándose las turbas sobre él, le dieron muerte. Era el año 452.

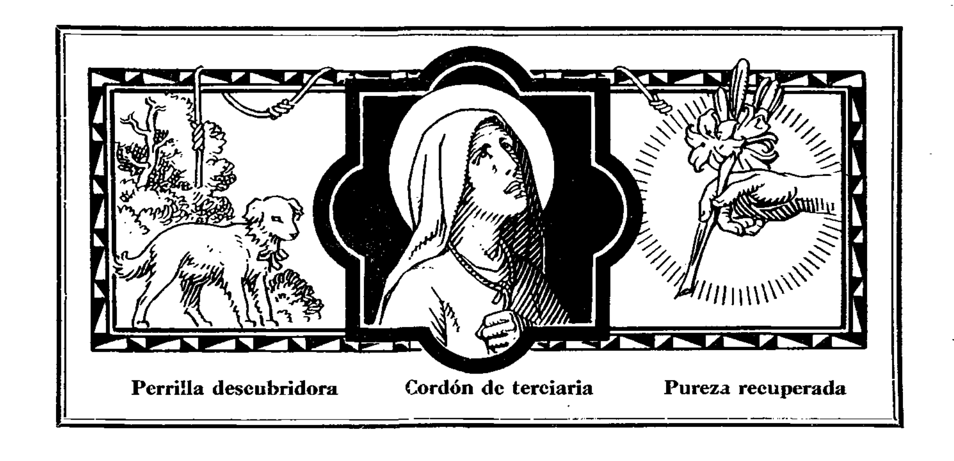
SAN ASCANIO, obispo. — Vivió este Santo español en aquellos tiempos duros de la persecución de Leovigildo, cuyas iras contra el cristianismo no perdonaron ni a su propio hijo Hermenegildo, a quien hizo degollar en la cárcel de Tarragona. Ascanio, obispo de esta ciudad, mandó dar honrosa sepultura a Hermenegildo, depositando sus restos mortales en la capilla de Santa Tecla, una de las más hermosas de la catedral tarraconense. Esta acción tan caritativa fué motivo suficiente para que el santo obispo sufriera los efectos de la cólera del rey, el cual mandó encerrarle en lóbrego calabozo y después lo desterró a Cerdeña, donde murió por la pena que sentía de verse separado de sus amadas ovejas. Esto ocurría el año 586.

SAN ZACARÍAS, patriarca de Jerusalén. — En los primeros años del reinado del emperador Heraclio, Cosroes II, rey de Persia, cayó sobre Jerusalén con un formidable ejército y lo pasó todo a sangre y fuego. Los habitantes que pudieron escapar de la matanza fueron reducidos a la esclavitud, entre ellos el santo patriarca Zacarías, que vió con dolor como el feroz vencedor se llevaba a Persia el sagrado leño de la cruz del Redentor (año 614).

Desanimado Heraclio por sus desastres, pensó en renunciar a la corona, pero la Iglesia le entregó todo el oro y plata de que pudo disponer para hacer frente a los gastos de una nueva expedición contra el opresor y los sacerdotes le secundaron con sus fuerzas. El héroe cristiano puso toda su confianza en el cielo y obtuvo un triunfo colosal. Heraclio recupó la Cruz del Salvador y libertó a los prisioneros cristianos, entre éstos al patriarca San Zacarías.

El pueblo de Constantinopla recibió la Cruz sagrada con inmenso júbilo; pero Zacarías reclamó para Jerusalén la más sagrada de las reliquias, y el soberano accedió a su justo ruego. Devolvióla, pues, a la Ciudad Santa y él mismo, al llegar a ella, quiso llevarla a hombros; mas al llegar a la puerta que da a la montaña santa, una fuerza misteriosa le impedía adelantar. Sorprendido por lo que le sucedía, volvióse a San Zacarías, el cual le dijo: «Príncipe, pensad que, tal vez, el ropaje que lleváis no está conforme a la humildad y pobreza de Nuestro Señor. Vos estáis cubierto de piedras preciosas, Jesucristo de tela basta. Vos lleváis una corona de oro, y Él iba coronado de punzantes espinas que le atormentaban cruelmente. Vos lleváis rico calzado, y Jesucristo tenía los pies desnudos...» Apresuróse Heraclio a despojarse de sus ricas vestiduras; vistióse una sencilla túnica como la de Cristo, y entonces pudo adelantar hasta la iglesia del Santo Sepulcro. San Zacarías murió cinco años después, en 633.

SANTA IRENE, virgen. — Hermana del papa español San Dámaso, fué siem-'e un alma recta y noble, timorata y casta, que se consagró a Dios desde sus primeros años. La norma de su vida la constituía la conducta de Dámaso, cuyas virtudes ella trataba de copiar en su cotidiano obrar. Siguió a su hermano cuando éste marchó a Roma, y no cesó de rogar por él y por la Iglesia para que saliese triunfante de todos los males que entonces la aquejaban. Acabó su carrera en este mundo el 21 de febrero del año 379, siendo ya de avanzada edad.


Perrilla descubridora — Cordón de terciaria — Pureza recuperada

STA. MARGARITA DE CORTONA

Penitente, Terciaria franciscana (1247?-1291)

DÍA 22 DE FEBRERO

«MUCHOS pecados le son perdonados, porque mucho ha amado.» Este admirable compendio de la vida de la gran penitente, María Magdalena, expresado en esa breve frase del Salvador, resume también, con toda perfección, la historia de otra pecadora, Margarita, llamada de Cortona, por el lugar de su penitencia y sepultura.

Margarita nació el año 1247, en Laviano, pequeña aldea de Toscana, situada no lejos del lago Trasimeno. Sus padres eran modestos labradores de arraigada fe; la madre sobre todo, era una mujer de piedad ilustrada; pero murió cuando Margarita no contaba más de siete años. ¡Siete años, edad en que nadie puede sustituir a la madre! Esta fué la causa de sus desgracias. Sin embargo, cuando la fe no ha sufrido menoscabo, queda siempre, en el fondo de la naturaleza más abyecta, un elemento de reparación moral. La fe y el dulce recuerdo de su madre fué lo que salvó más tarde a Margarita. Su padre se volvió a casar y, como sucede con frecuencia, la niña recibió de la dura madrastra más golpes que caricias.

Dotada de inteligencia despierta y de corazón ardiente, tenía —según dicen sus historiadores— esa hermosura y ese atildado perfil de camafeo

antiguo, que distingue todavía en el día de hoy a las mujeres toscanas. Desinteresada y burlona, como es la gente de esa edad, buscaba fuera de casa, sin ánimo, por supuesto, de faltar a las delicadezas de una conciencia cristiana, las compensaciones de felicidad que no le daba el hogar paterno. Un joven de la nobleza se enamoró de ella, el hijo del señor de Montepulciano, pequeña ciudad entre las principales del valle de Chiana, que después de erigirse en República, a principios del siglo VIII, como todas las ciudades de Italia, perdió su independencia y fué regida por un Podestá gibelino. Este Podestá era el padre de ese noble joven. Lucía, pues, un gran nombre y era de modales distinguidos y de bello continente. Margarita obtuvo palabra de casamiento, pero fué un engaño. Sin reflexionar en las consecuencias del paso que había dado, quizá alegrándose por salir de la odiosa tutela de la madrastra, y seducida sin duda alguna por joyas y regalos, se fué con el joven a la quinta Palazzi. ¡Diez y siete años, ignorancia de la vida, ausencia de la madre, un collar de perlas, promesa de casamiento! ¿No es esa la eterna y lamentable historia de la caída de tantas otras jóvenes? Esta unión ilegítima duró nueve años.

Pero, cuando, entrando en sí misma, Margarita hubo de reconocer su ruina moral, huyó la felicidad de su alma. En vano los salones del palacio almenado le ofrecían, en lugar de la cabaña de Laviano, el lujo, las fiestas y los torneos. En vano oía los elogios más lisonjeros cuando montada en su palafrén, cabalgaba a través de las calles de Montepulciano, radiante de belleza, con la cabellera flotante, vistoso traje de seda de grandes pliegues, y la escarcela pendiente del cinturón de raso. ¡No era feliz! La sonrisa de los transeúntes le parecía un reproche; la vista de una aldeana de edad madura despertaba en ella el recuerdo de su madre y a la vez crueles remordimientos. Por eso, después de su conversión, se la oirá decir: «En Montepulciano perdí el honor, la dignidad, la alegría. Lo perdí todo, menos la fe.» Y quizás hubiera persistido en su mala vida si Dios no hubiera roto mediante un suceso terrible la cadena que la unía a su cómplice.

EL GOLPE DE LA GRACIA. — LA CONVERSIÓN

ACONTECIÓ un día, que a poco de separarse de ella el joven, éste fué sorprendido y muerto por unos asesinos en las afueras de la ciudad. Al cabo de algunos días, viendo que no regresaba, Margarita, acompañada de una perrita que había vuelto a casa sin su amo, salió de Montepulciano y, guiada por el animal, iba por los campos. La perrita se detuvo de pronto, dando ladridos junto a una zanja. Margarita se acercó, y ¡cuál no fué su espanto al ver allí un cadáver medio podrido, que reconoció al momento: era el hijo del Podestá de Montepulciano, era su amante! Marga-

rita le lloró al pronto, pero con la ayuda de la gracia divina, comprendió cuán insensata había sido; había dejado a Dios por una criatura que era pasto de los gusanos. Llenóse su corazón de arrepentimiento sincero y muy hondo, y de deseo ardentísimo de reparar su vida desordenada.

Margarita volvió a subir a Montepulciano, se despojó de sus galas, arrinconó sus joyas y, vestida con sencillo traje de luto, encaminóse apresuradamente hacia su país natal. Margarita contaba entonces 26 años. Volvió de nuevo a Laviano, pobre como había salido de allí, pero con una de esas manchas que truecan por completo una existencia. ¿Cómo resistir la mirada de su padre y la de sus antiguas amigas? Sabía también que el mundo es duro para perdonar los escándalos de que él mismo es provocador.

Margarita sabía todo eso. ¿Pero en dónde hallar un corazón compasivo, fuera del techo paterno? El padre enternecióse por la sinceridad del profundo arrepentimiento de su hija. Pero la madrastra, implacable, declaró que abandonaría la casa el día que aquella desventurada volviera a poner los pies en ella. Entonces la pobre pródiga fué a sentarse bajo una higuera del jardín y allí lloró largo tiempo. Se la echaba duramente. ¡Qué tentación sentiría de volver a su pasada vida! Pero la tentación descubre también las grandes almas. «¡No!, Margarita —exclamó la pobre joven—, bastante tiempo has movido guerra contra Aquel que ha derramado su sangre por ti. Más te vale mendigar el pan, que tornar al pecado.» Esta vez la resolución era irrevocable. Apenas acababa de tomar esta resolución, oyó distintamente una voz interior que le dijo: «Vete a Cortona y ponte bajo la dirección de los Hermanos Menores.»

Al instante volvió la calma a su ánimo, y determinó seguir aquel llamamiento.

Cortona es una ciudad muy antigua y pintoresca, situada en la falda de una colina en las laderas del monte San Gil, uno de los contrafuertes del Apenino toscano. En la época a que nos referimos, 1273, Cortona era una República; tenía administración autónoma, era próspera, pues había sido libertada del yugo de los gibelinos por el ilustre Hugo Casali, y gozaba de una vida religiosa muy intensa, desde que el Patriarca de Asís en persona había mandado construir al pie del monte San Gil un convento conforme a sus ideas de renunciamiento y abnegación.

La desterrada de Laviano subía, pues, por las calles escarpadas de la ciudad que conducían al monasterio, cuando se encontró con dos nobles damas, Marinaria y Romeria Moscari. Conmovidas por la tristeza y la pena que delataba su rostro, se acercaron a ella con bondad. Margarita les expuso brevemente el motivo de su venida y la inspiración que había tenido de ir a los discípulos de San Francisco. Ofreciéronle un asilo en su domicilio y la presentaron ellas mismas al P. Bevegnati, varón venerable, prudente

y severo a la vez, el mismo que, con el tiempo, vino a ser el historiador de la penitente.

Margarita empezó haciendo confesión general de su vida que la ocupó durante ocho días. Cuando se levantó convencida del perdón divino, dos sentimientos brotaron en su alma: la paz interior, tras la cual esta alma fogosa, sedienta de felicidad, había vanamente ido por el mundo, y el aborrecimiento del cuerpo, cómplice de sus iniquidades.

Margarita tomó luego los medios más enérgicos para evitar toda recaída. Se cortó la cabellera, negra como el ébano y de que tan orgullosa se sentía, se afeó el rostro, y estaba dispuesta a mutilarle con una navaja de afeitar, de no haberse opuesto a ello su confesor. Sabiendo éste que el fervor de los principiantes necesita ser moderado por la discreción, se opuso más de una vez al proyecto que ella había formado de reparar sus desórdenes públicos por una penitencia igualmente pública. No obstante, la facultó para que hiciera pública retractación de sus extravíos en presencia de sus paisanos.

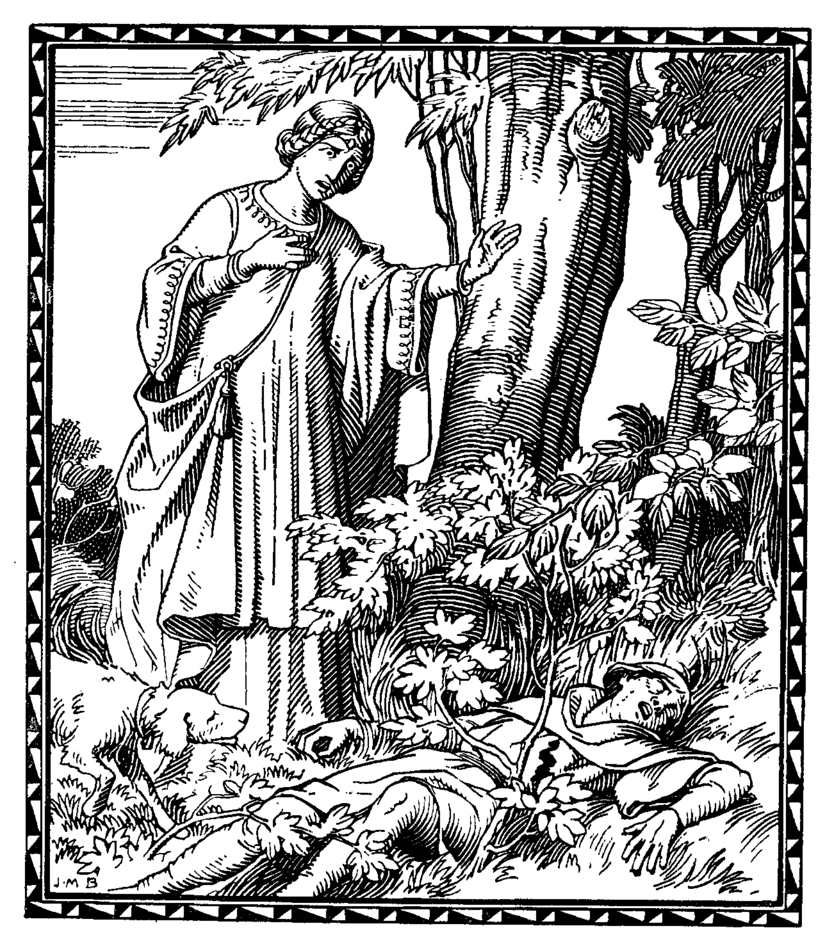
Un domingo bajó, pues, a Laviano y fué a la iglesia en donde los fieles estaban congregados. Terminada la Misa, se presentó con una cuerda al cuello y, en presencia de la multitud asombrada, se arrojó a los pies de una noble dama cuyos consejos había despreciado más de una vez, y pidió públicamente perdón de sus escándalos, con un acento de arrepentimiento tan profundo que arrancó lágrimas a todos los asistentes.

A tales actos de penitencia, Margarita añadía la mortificación del trabajo. Para no ser gravosa a las señoras que la habían recogido, asistía a las mujeres cuando les llegaba la hora de la maternidad y con preferencia a las más jóvenes. De aquí procede la costumbre de las mujeres piadosas que invocan aún en el día de hoy a Santa Margarita para obtener feliz alumbramiento.

Los habitantes de Cortona, incluso las familias distinguidas, tenían a grande honra que llevase a sus hijos a la pila bautismal. Y es que la rehabilitación, al resucitar la gracia en el alma del pecador, le devuelve también el honor perdido: de una mujer envilecida, hace un ser divino a quien los ángeles mismos sirven con respetuosa solicitud.

LA PENITENTE EN EL RETIRO. — ÉXTASIS Y REVELACIONES

MARGARITA solicitó el hábito de la Orden Tercera de San Francisco. No tenía otra aspiración que pertenecer a esa gran familia que permite a los cristianos, obligados a vivir en el mundo y no obstante deseosos de la vocación privilegiada de los religiosos, hacer de su casa una tebaida, de su aposento una celda; en ella pueden, sin romper los lazos de familia, practicar las virtudes del claustro. Pero este favor no le



MARGARITA *se acerca y ve el cuerpo de su desgraciado amante, horriblemente desfigurado, comido de gusanos y tan hediondo, que exhala un hedor intolerable. Atónita y como fuera de sí, determina mudar de vida y borrar sus culpas y escándalos con verdadera penitencia.*

fué concedido hasta después de tres años de pruebas, de obediencia, de arrepentimiento y de mortificaciones muy duras.

Probablemente fué admitida en la Orden Tercera en 1276. Nobleza obliga. Margarita comprendió que en esta falange que combate tan valientemente por la Iglesia con las armas de la oración y de la penitencia, ella debía redoblar sus mortificaciones. Suprimió, pues, de su alimento hasta los higos frescos y las legumbres cocidas. Dormía sobre una estera, y no salía de su celda más que para ayudar a los indigentes y a los enfermos o para oír misa en la iglesia de San Francisco, que tan querida de su corazón llegó a ser.

En esta iglesia fué donde oyó por vez primera, de una manera sensible, la voz del Señor de las misericordias. Un día en que Margarita estaba sola, de rodillas como de costumbre, delante de la imagen de Cristo crucificado, con amorosa mirada fija en Él, le habló de esta manera: «Dios mío, vos que tanto habéis sufrido por mí, ¿me perdonaréis?»

Inmediatamente salió una voz de los labios de la santa efigie, que le dijo: «¿Qué deseas de mí, pobre pecadora?» Toda sobrecogida: «Señor —respondió—, no busco ni quiero más que a Vos.»

Este Crucifijo milagroso se conserva en la iglesia de San Francisco de Cortona. Es del siglo X o del XI y de la escuela bizantina. De tamaño natural, con los brazos descarnados, la corona real sobre la cabeza y preciosos adornos de oro en el pecho, produce un efecto sorprendente: diríase que sus labios van a abrirse de nuevo, para repetir a la humilde penitente: «¿Qué deseas de mí, pobre pecadora?» Al lado del altar hay una estatua de Margarita, que parece responder: «Señor, no deseo otra cosa sino a Vos.»

¡Pero en qué estado de turbación no quedaba la que Dios mismo acababa de llamar «pobre pecadora»! Presa de ese malestar indefinible tan común en las almas timoratas, se decía: «¿Me habrá perdonado el Señor?»; en su celda admirábase al considerar que la paciencia y la misericordia hubiesen sido las únicas represalias de Dios. Mientras esto consideraba, oyóse de repente el mismo timbre de voz. Escuchó conmovida: «Quiero —decía la voz del Salvador— que el ejemplo de tu conversión predique la confianza a los que desesperan. ¡Quiero que sepan que siempre estoy dispuesto a abrir mis brazos a cualquier hijo pródigo, con tal que sea sincero!», y continuó diciendo: «Ama y respeta a todas las criaturas y no menosprecies a ninguna.»

Nuestro Señor le hizo aún otras revelaciones de las cuales merece especial atención la que se refiere a la comunión frecuente. El amor a la Eucaristía la devoraba. No obstante, cuando se acercaba a la Santa Mesa el recuerdo de sus pasadas culpas la sobrecogía de espanto. «Señor, ¿puedo recibiros con frecuencia sin ofenderos?» — le decía un día. La respuesta

fué muy consoladora para la pobre penitente, como debe serlo para cada uno de nosotros: «La frecuente recepción de la Eucaristía me es tan agradable, que por habértela aconsejado tu confesor, le bendeciré y le concederé gracias especialísimas. Tranquilízate, pues.»

No obraría de buena fe quien pusiera en duda la realidad de esas apariciones. Recordemos solamente que en la vida de Margarita nunca hubo nada que se debiera a exaltación o incoherencias de la alucinación. Además, el director de conciencia de Margarita era un religioso austero, gran letrado, de amplio y elevado criterio, y enemigo de las exageraciones de la falsa piedad. Conviene recordar, además, que fué su director durante 24 años, de 1273 a 1297; y no es fácil que se hubiera dejado engañar tanto tiempo.

Llegó por fin el día en que Nuestro Señor dió a esta alma tan santa la certeza definitiva de su perdón. ¡Había llorado tanto! El 27 de diciembre de 1276 hizo otra vez confesión general, y no obstante quiso acercarse a comulgar con una cuerda al cuello, como un criminal. Estando dando gracias, oyó repentinamente la voz de Aquel que ama a los humildes y que le decía con ternura: «*¡Hija mía!*» Después de esta revelación cayó sumida en prolongado éxtasis, que duró todo el día, con intermitencias, durante las cuales exclamaba: «¡Oh día por tanto tiempo esperado! Al fin, Jesús me llama hija suya.» Cinco personas dieron testimonio de este arrobamiento: el Padre Guardián y tres religiosos más; el quinto testigo fué una señora, llamada Egidia, ante cuyo espectáculo determinó abrazar la vida religiosa.

MARGARITA, TAUMATURGO

MARGARITA no tuvo hasta entonces otras preocupaciones que las de su propia persona; sin embargo, la penitente deseaba ofrecerse a Dios como víctima de expiación por los demás. De antemano, se había declarado humilde sierva de los pobres. En el ardor de su celo, hubiera deseado cargarse con todas sus cruces. Con ayuda de otras celosas señoras había fundado un hospicio frente a su casa, que aun existe en el día de hoy. Pedía limosna para los pobres, alimentándose con los restos de su comida, cuidando con preferencia las enfermedades más repugnantes y arreglándose para que todos los días de gran fiesta tuvieran mejor comida.

Vuelta a su celda, pasaba la noche al pie del Crucifijo, constantemente arrobada en las escenas del Gólgota, suplicando a la adorable Víctima que derramara a raudales en su corazón las amarguras de la Pasión. Cristo oyó favorablemente su súplica, y los cielos vieron la escena de su crucifixión mística. En la noche del Jueves al Viernes Santo, del año 1287, según todas las probabilidades, Nuestro Señor le reveló que ese mismo día sería crucificada en espíritu. Después de la misa conventual, quedó arrobada en éxta-

sis. Todo el drama de la Pasión se desarrolló a su vista. Vió el beso de Judas, la negación de Pedro... Oyó los azotes de la flagelación, los clamores del populacho, los martillazos sobre los clavos en la crucifixión. En una palabra, asistía a todas las escenas de la Pasión. Sin darse cuenta, la población toda de Cortona había acudido en tropel pra asistir a un espectáculo tan extraordinario. Vuelta de nuevo a su celda, pasó toda la noche al pie de su Crucifijo, sin querer más alimento que su propio dolor y dejando exhalar de cuando en cuando quejas como ésta: «¿Qué habéis hecho, Dios mío, para que los hombres os hayan tratado tan cruelmente?»

De todas partes acudían para contemplar a Margarita: de Roma, de Florencia, de Francia y de España. Pedíase por mediación suya la curación de los enfermos, la liberación de los endemoniados y la conversión de los pecadores. También en Cortona fué sensible su influencia, pues gracias a su intervención los güelfos hicieron las paces con los gibelinos. Bastó con que por orden expresa de Dios recorriera las calles de la ciudad gritando con ese acento de sinceridad que sugiere una misión providencial: «Cortoneses, haced penitencia y reconciliaos con vuestros enemigos.» El divino Maestro llegó incluso a manifestarle: «Cortona merecía ser castigada, pero por el cariño que te profesa, la perdonaré.» Poco tiempo después le reiteraba la misma promesa sin reservas ni restricción: «Escucharé favorablemente y bendeciré a cuantos te invoquen.»

¡Promesa magnífica, que nos veda desdeñar a una pecadora arrepentida a quien Dios enriquece con tantos privilegios!

ÚLTIMOS MOMENTOS DE LA SANTA

HACIA fines del año 1290, Margarita, baldada por el reuma y consumida por la fiebre, estaba visiblemente en el ocaso de su vida. Durante 17 días no pudo tomar ningún alimento. La ciudad entera vino a visitar a la enferma en su lecho de sarmientos. A todos decía con sonrisa angélica: «La salvación no es difícil; basta con amar.» El 21 de febrero de 1291, al atardecer, el P. Bevegnati le administró la Extremaunción y el Santo Viático. Margarita adoró profundamente a Aquel que muy pronto iba a contemplar en la gloria, y en los primeros albores de la mañana, según predicción suya, entregó su alma a Dios, diciendo: «¡Dios mío, os amo!»

Tan luego como exhaló el último suspiro, no parece sino que todas las enfermedades se dan la cita para ir a su tumba, en donde incontables prodigios aumentan la confianza pública.

En el siglo XIV el culto de la Venerable estaba ya extendido por toda la Italia meridional. En 1515, el Papa León X se arrodilló ante sus reli-

quias; aprobando luego el culto inmemorial tributado a la penitente de Toscana. Clemente IX inscribió el nombre de la Beata en el Catálogo romano. Finalmente, al papa Benedicto XIII fué dado el terminar la causa, el 16 de mayo de 1728, fiesta de Pentecostés, en que se pronunció la sentencia solemne de su canonización.

La actual iglesia de Santa Margarita de Cortona se debe a un voto que hizo la población, aterrada por una epidemia. En 1855, el cólera se cebó en las grandes ciudades de la península italiana. En Cortona hubo más de un millar de víctimas. Ante las tumbas entreabiertas, los cortoneses, con las autoridades al frente, se dirigieron a la capillita de la Santa y tomaron el compromiso formal de levantar un templo magnífico a la Santa si el azote cesaba. El 13 de octubre de 1877 el edificio fué consagrado solemnemente y en 1927 se le erigió en Basílica.

El cuerpo de Santa Margarita está encerrado en un relicario de cristal de roca, obra del célebre Pedro Berettini. Descansa sobre telas de seda blanca, vestida con el traje que llevaba la humilde Terciaria. El semblante está intacto, la piel de la frente es blanca y la mejilla izquierda un poco ennegrecida, recuerdo de la pedrada que le dió un joven libertino de Cortona, mientras Margarita visitaba a los pobres de la ciudad. Tiene las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza, ceñida con una corona de laurel, símbolo de su victoria sobre el infierno, se apoya en un almohadón de terciopelo rojo. En el frontispicio de la iglesia se leen estas palabras: *Pœnitenti Margaritæ.* (A Margarita la penitente.)

SANTORAL

La Cátedra de San Pedro en Antioquía. Santos *Siricio, papa; Abilio* y Pascasio, obispos; Baradato, Talasio y Limneo, solitarios y penitentes; *Papías, obispo;* Aristión, uno de los 72 discípulos de Jesucristo: Galo, cónsul en Antioquía y mártir. Santas **Margarita de Cortona, penitente**, y Luparia, gobernadora de Iria Flavia (Padrón), cerca de Santiago.

LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO EN ANTIOQUÍA. — Con esta fiesta se celebra el beneficio de Dios al establecer a Pedro como Vicario suyo y fundamento de su Iglesia. Desde que Jesucristo subió a los cielos, San Pedro ejerció el cargo de jefe de los Apóstoles y presidió todas sus reuniones. Después de obtener numerosas conversiones en Judea, pasó a Siria, estableciéndose en Antioquía, que era ciudad principalísima entre todas, y aunque al principio tuvo que sufrir muchas injurias, persecuciones y afrentas, luego le construyeron una iglesia y en ella una «silla», donde se sentaba para predicar al pueblo. Aumentaron allí tanto los fieles que, por primera vez, se llamaron «cristianos», en vez de discípulos. Tuvo San Pedro su cátedra en Antioquía durante siete años, pasados los cuales la trasladó a Roma, conforme dijimos el 18 de enero.

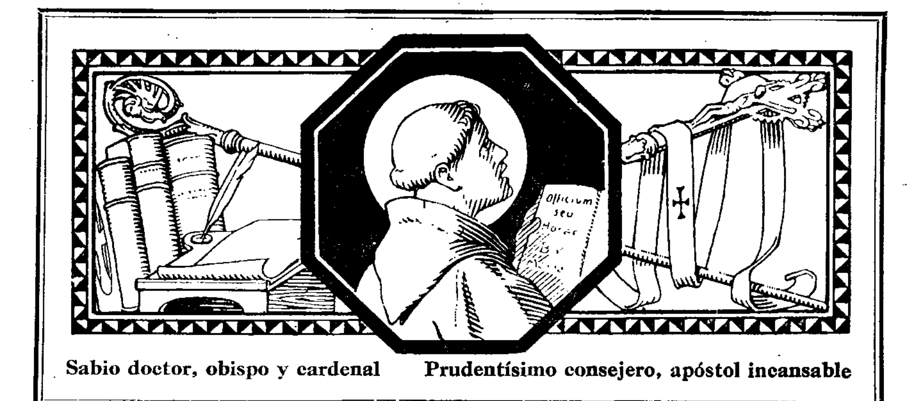
SAN SIRICIO, papa. — San Siricio o Ciricio fué el 38.° de los pontífices reconocidos como legítimos en la Iglesia católica. Era natural de Roma e hijo del noble Tiburcio. Fué cardenal presbítero o diácono, creado por su antecesor San Dámaso I. Gobernó la Iglesia durante trece años: desde enero de 385 al 22 de febrero de 398 en que murió.

Lo primero que hizo después de su elección fué contestar a Himerio, obispo de Tarragona, con una importantísima decretal, aclarando una consulta que éste había hecho anteriormente. En ella permitió a los monjes tomar las órdenes sacerdotales; prohibió la ordenación de los bigamos y de aquellos que hubiesen casado con viuda; determinó que se recibiesen las órdenes con intermedio de tiempo de unas a otras; prescribió el celibato a presbíteros y diáconos, y que no se administrase solemnemente el Bautismo sin necesidad, fuera de las fiestas de Pascua y de Pentecostés.

En otro decreto, dirigido a Dionisio el Menor, ordenó que todas las causas que se refiriesen a la religión e interés de la Iglesia, se llevasen ante el tribunal eclesiástico y no al civil. Condenó a los maniqueos y priscilianistas, a Joviano, monje milanés, y a su secta, que negaban la virginidad de María Santísima. Atacaron algunos la santidad de este Papa por no haberse resistido tan pronto como hubiera debido a los ponzoñosos errores de Rufino, monje de Aquilea. También le achacan otros delitos; pero todo ello fué perfectamente desvanecido por varios escritores y por el papa Benedicto XIV, que insertó su nombre en el martirologio romano. San Ambrosio, obispo de Milán, y todo su concilio, hallaron en él la cualidad de un buen pastor y le declararon digno de ser escuchado y seguido por las ovejas de Jesucristo.

SAN ABILIO, obispo. — Fué un gran predicador del Evangelio y ocupó con gran ejemplaridad la sede episcopal de Alejandría, para cuyo cargo fué nombrado en el año 84 de nuestra Era. Desempeñó su ministerio apostólico con gran celo, pues, no encontrando bastante amplios los límites de su diócesis, fué a sembrar la buena semilla por tierras de Pentápolis, en Egipto, y otros países de Africa. Murió santamente en el año 98.

SAN PAPÍAS, obispo. — Fué bautizado por San Juan Evangelista y oyó la doctrina de Cristo de labios de los Apóstoles, principalmente de San Felipe. A su vez, él mismo predicó con gran celo la doctrina del Evangelio. Fué elegido obispo de Hierápolis, y escribió cinco libros con el título de «Exposición de los discursos del Señor». En esta obra recopilaba los juicios que había oído a los discípulos acerca de los sermones de Jesús, añadiendo él algún comentario personal para aclarar la verdad. De algún punto no bien esclarecido es originó una opinión de la que participaron los Milenarios, opinión fabulosa que en nada se oponía a la santidad de Papías, que murió siendo obispo, a principios del siglo II.



Sabio doctor, obispo y cardenal — Prudentísimo consejero, apóstol incansable

SAN PEDRO DAMIAN

Cardenal, Obispo de Ostia, Doctor de la Iglesia (1007-1072)

DÍA 23 DE FEBRERO

TEÓLOGO y asceta, poeta y adversario implacable de los errores y vicios de un clero que había olvidado un tanto las virtudes evangélicas, hábil diplomático íntimamente unido con la historia religiosa de su época; escritor inagotable de epístolas, esmaltadas de acerba ironía, de chascarrillos finísimos y hasta de retruécanos, San Pedro Damián es ciertamente una de las fisonomías más notables del siglo XI. Representó en aquella época —como se ha dicho con razón— el corazón de la Iglesia, mientras que su amigo Hildebrando fué el alma, antes de ser su jefe y cabeza visible con el nombre de Gregorio VII.

Pedro nació en Ravena en 1007, de padres pobres a la sazón, pero que en días no lejanos habían gozado de cierta opulencia. Uno de sus hermanos mayores, al ver por primera vez al nuevo hermanito, exclamó: «¿Tantos herederos para una herencia tan menguada?» La madre, a quien la dureza de semejante salida dejó hondamente afligida, no tuvo ánimo para soportar tan amarga queja. Abandonó, pues, al recién nacido, pero con la firme intención de recogerle luego, porque comprendía la indignidad de tal conducta.

Siendo aún muy niño se quedó huérfano de padre y madre, y se vió a merced de un hermano desnaturalizado, que le ocasionó indecibles sufrimientos. Tratábale como al último de los criados. Cuando volvía por la noche con los puercos, cuya guarda le estaba encomendada, casi siempre le echaba en cara el triste pedazo de pan que le daba.

El hecho siguiente nos muestra cuál era ya la energía de su carácter y la generosidad de su corazón. Un día que Pedro, muerto de hambre, llevaba a pacer su piara, halló una moneda en el camino; su primer impulso fué manifestar la alegría más espontánea pensando que podría con ella comprar pan, pero renunciando súbitamente a esta idea: «¿De qué me servirá —exclamó— esa satisfacción de un instante? Vale más que entregue este dinero a un sacerdote, para que diga una misa por el alma de mi padre.»

Llegó un día en que Dios tuvo compasión de su miseria, e inspiró a otro hermano suyo, llamado Damián, el pensamiento de llevárselo a casa y encargarse de su educación. Este hermano, más humano que el anterior —y que era ya o fué poco después arcipreste de Ravena—, fué para nuestro Pedro un segundo padre, y el muchacho, agradecido, no quiso llevar en adelante más nombre que el de Pedro Damián.

Gracias a sus extraordinarias dotes intelectuales, el joven pastorcillo, trocado en escolar, recuperó pronto el tiempo perdido para el estudio. Las escuelas de Ravena, Faenza y Parma celebraron pronto el contar con tan brillante discípulo. Sus rápidos progresos en las ciencias le prepararon para enseñar, y cuando aun no contaba más que veinticinco años, fué ya profesor en Parma y poco más tarde en Ravena.

Rico y distinguido, no por eso se dejó seducir de la vanagloria. En medio de sus triunfos, solía repetir con frecuencia: «¿Por qué apegarse a bienes pasajeros? Puesto que debo dejarlos un día, ¿por qué no me desprendo de ellos desde ahora?» Anhelaba con todas las fuerzas de su alma la tranquilidad del claustro, pues no hallaba satisfacción alguna en la agitación del mundo. En espera del feliz momento de dar un adiós a las vanidades del siglo, «usaba de las cosas terrenas sin apego alguno», oía misa todos los días, servía la comida a los pobres y llevaba cilicio. Cuando se sentía tentado por la concupiscencia, se determinaba incluso a arrojarse a un estanque helado.

EN EL MONASTERIO DE FONTAVELLANA

PREPARÓSE por espacio de cuarenta días a la vida solitaria en una celda retirada y, confirmado ya en su vocación, partió Pedro Damián secretamente al monasterio de Fontavellana, en la diócesis de Gubbio. Era el año 1035. El prior, que ya conocía su reputación de varón fervorosor, ordenó que vistiera la cogulla benedictina sin pasar por el largo tiempo de prueba o postulantado que manda la Regla.

Pedro caminaba a grandes pasos por la vía de la penitencia. La Regla, de suyo tan austera, le pareció pronto suave en demasía. Mucho tiempo antes del toque de Maitines, ya solía estar nuestro Santo en el coro, y cuando los monjes se retiraban, prolongaba su oración cuanto podía. Estas vigilias excesivas llegaron a debilitarle hasta el punto de que cayó gravemente enfermo, por lo cual tuvo que ser más discreto en la práctica de la mortificación. Dióse de lleno al estudio de las sagradas Escrituras, de donde sacó grandes luces tanto para su conducta personal como para la dirección de los demás. Pedro hacía partícipes a sus hermanos del fruto de sus laboriosos esfuerzos y de su continua contemplación. Su palabra cálida inflamaba los corazones, obrando un bien inmenso, no solamente en el monasterio, sino también en las abadías comarcanas, a las que fortalecía con su enseñanza llena de doctrina y ardor, edificándolas sobre todo con su vida mortificada.

Contando con la comunidad, el prior de Fontavellana nombró al joven religioso mayordomo del monasterio, y más tarde le designó sucesor suyo. En consecuencia, Pedro tuvo que aceptar, aunque con repugnancia, esta dignidad hacia 1043.

Su gobierno imprimió en la marcha del monasterio una era de prosperidad tanto espiritual como material. La afluencia de novicios le obligó a fundar nuevos centros de oración, sobre los cuales ejercía su autoridad, manteniendo en ellos con gran empeño la más exacta disciplina, y aun añadiendo a las reglas establecidas, observancias al margen de la regla benedictina. Entre las prácticas piadosas que restableció o introdujo, se ha de contar el rezo del Oficio Parvo de la Virgen María, la dedicación del lunes a las almas del purgatorio, del viernes a la pasión del Señor y del sábado a la Santísima Virgen.

SAN PEDRO DAMIÁN, DENUNCIA LOS MALES DE LA IGLESIA

EN tanto que así florecía la virtud en la soledad, el mundo cristiano se veía sumergido en un abismo de corrupción. Dos terribles plagas afligían cruelmente el cuerpo místico de Jesucristo, a saber: la simonía y la incontinencia del clero. Desde 1033 a 1045, la Cátedra de Pedro estuvo ocupada por un Pontífice indigno, Benedicto XI, a quien su padre había hecho elegir Papa a la temprana edad de 12 años. Por increíble abuso de poder, los príncipes distribuían las abadías y los obispados entre infames favoritos sin ciencia ni virtud. En la mayor parte de las diócesis apenas se contaban algunos sacerdotes que hubieran ingresado en el ministerio apostólico por la puerta verdadera y que hubiesen permanecido fieles a los deberes de su estado. El sacerdocio así relajado no gozaba de influencia

social y sufría de continuo los embates del desprecio. Tal era ese siglo XI, al que San Pedro Damián iba a acometer de frente y al cual tan completamente debía vencer.

Al subir Gregorio VI a la Silla apostólica en 1045, ya había declarado enérgicamente que no toleraría semejante estado de cosas, y Pedro Damián, encantado de ver tanto valor y firmeza en el Vicario de Cristo, le escribió felicitándole por ello. Pero el mal había echado tan hondas raíces que el nuevo Pontífice, sintiéndose impotente para triunfar, abdicó el 20 de diciembre de 1046. Sus sucesores Clemente II y Dámaso II, no hicieron más que pasar por la Silla de San Pedro. A Bruno, obispo de Toul —elevado al solio pontificio el 12 de febrero de 1049, con el nombre de León IX y venerado como santo— le estaba reservada la misión de aplicar remedio eficaz a los desórdenes que sufría la Iglesia, y a su consejero, el arcediano Hildebrando, elegido Papa en 1073, con el nombre de Gregorio VII, la de coronar la obra de la reforma.

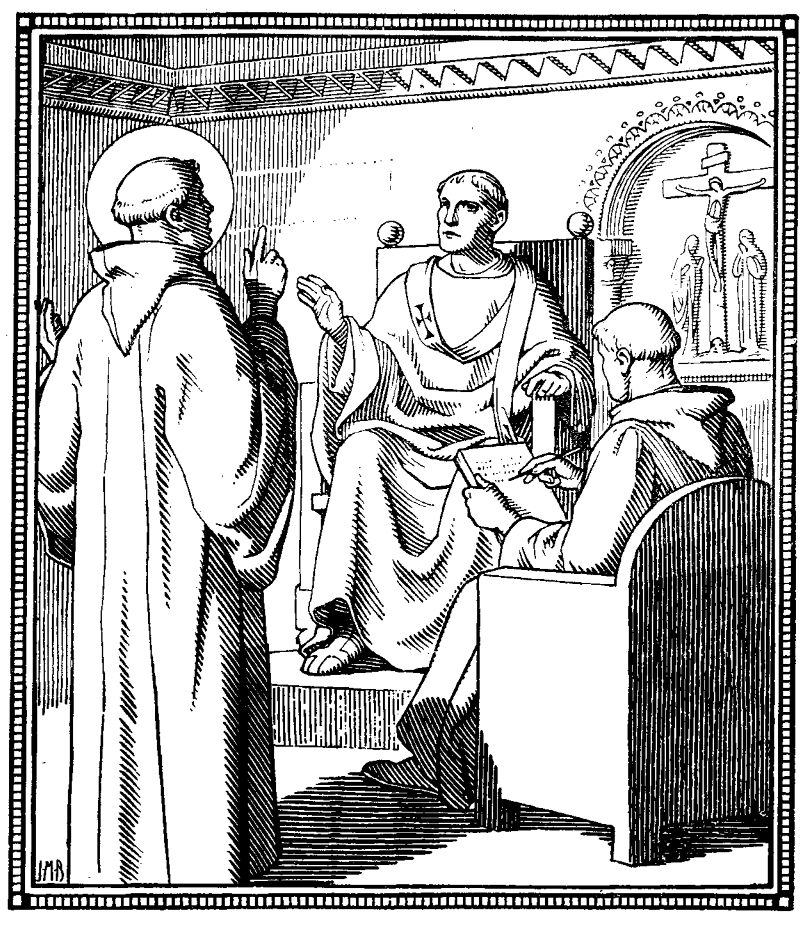
El prior de Fontavellana gozaba, como Hildebrando, de la confianza del Papa. Por consejo de estos dos hombres eminentes en ciencia y virtud, León IX convocó en Roma, en 1049, un Concilio investido de la misión de reprimir la simonía y la relajación de los clérigos. La actitud enérgica del Papa incitó a Pedro Damián a redactar su *Libro de Gomorra,* que dedicó a San León IX, y que según parece no fué del todo de su agrado. Debióse tal vez a que el autor faltó de moderación al exponer los vicios del clero, como también al reprochar a San León IX la desastrosa expedición que el Pontífice en persona emprendió contra los normandos y en la que fué hecho prisionero (1053-1054).

Por Pascua de Pentecostés del año 1057, Pedro Damián fué acometido de una enfermedad que le puso a las puertas del sepulcro. Recobró, sin embargo, la salud, y atribuyó su curación a un milagro. Lo cierto es que Dios iba a llamarle a un ministerio de trascendental importancia para la Iglesia.

EL CARDENAL OBISPO DE OSTIA

ESTEBAN X, segundo sucesor de San León IX, siguiendo los consejos de Hildebrando, determinó tomar a su servicio a Pedro Damián, cuya virtud y letras le habían ponderado, así como la actitud enérgica en que se había puesto con los malos clérigos.

Al efecto, le nombró cardenal obispo de Ostia. En un principio el monje lo rehusó, pero el Papa se lo mandó en nombre de la santa obediencia, y ya no insistió. Su consagración debió efectuarse en Roma antes del 30 de noviembre de 1057. Confiósele, además, la administración provisional de la diócesis de Gubbio.



SAN *Pedro Damián, ante el solio pontificio de León IX. Solicitado por el Papa, nuestro Santo da consejos y soluciones para librar a la Iglesia de la intromisión del poder civil y de las usurpaciones de sus derechos sagrados. El Padre Santo dicta disposiciones para remediarlo.*

Esteban X murió prematuramente en Florencia el 29 de marzo de 1058. En ausencia de Hildebrando, que se hallaba por entonces en Alemania, algunos miembros influyentes de la nobleza romana, valiéndose de los medios ordinarios de corrupción y soborno, eligieron de noche a Juan, obispo de Velletri, a quien impusieron el nombre de Benedicto X. Pedro Damián y los demás cardenales protestaron de semejante elección irregular y excomulgaron a los que habían tenido parte en ella.

El cardenal obispo de Ostia publicó por todas partes que el antipapa era un simoníaco, al aconsejarle algunos que obrara bajo el velo del anónimo, respondió:

—Un hijo de la Iglesia no se esconde para combatir a los sacrílegos profanadores que ultrajan a su Madre; al contrario, se levanta para defenderla, y muere si es preciso por vengarla.

Su actitud valerosa venció todas las dificultades, y facilitó la tarea de Hildebrando, quien de regreso a Italia, hizo elegir en diciembre de 1058 a Nicolás II, como legítimo Pontífice.

Mientras los facciosos inquietaban a la Iglesia romana, la diócesis de Milán era también presa de disensiones funestas. La ciudad se había dividido en dos bandos: uno contra el clero y otra a su favor. La casi totalidad de los clérigos, principiando por el arzobispo Guido, vivían indignamente y habían comprado la dignidad eclesiástica.

A instancias de Anselmo de Baggio, canónigo de la metrópoli, y del diácono Arialdo, los cristianos milaneses buscaron remedio ante el Soberano Pontífice. El papa Nicolás II, deseoso de poner fin a tales disensiones, envió a Pedro Damián y al canónigo Anselmo —de quien el arzobispo Guido había creído desembarazarse haciéndole nombrar obispo de Luca—, y que muy pronto iba a ser Papa con el nombre de Alejandro II.

Apenas el legado hubo expuesto sus intenciones a los milaneses, cuando resonaron por todas partes los gritos de: «¡Muera el romano!», mientras las campanas tocaban a rebato llamando al pueblo a las armas. El varón de Dios mandó llevar el ambón a la escalinata de la puerta de la catedral y, dirigiéndose a la multitud irritada, estableció, con palabras del propio San Ambrosio, el insigne obispo de Milán, que la Iglesia romana tenía autoridad sobre todas las demás Iglesias para la reforma de los abusos. Además, no se pretendía desposeer a la Iglesia ambrosiana de los privilegios de que gozaba, sino solamente restringirlos a sus justos límites. Estas razones, presentadas con hábil elocuencia, calmaron poco a poco la efervescencia popular, y Pedro Damián pudo proseguir la ardua tarea suspendida. Hallóse entonces frente a una simonía sumamente confusa. ¿Cómo curar un mal en el cual se complace el mismo enfermo? La prudencia del legado supo aunar la suavidad al rigor, y obrar con toda justicia en circunstancia tan

grave. Su principal cuidado fué poner término a toda clase de desorden y evitar su repetición mediante sabias providencias. Cuando vió terminada su misión, se alejó de Milán bendecido y aclamado por todo el pueblo, que le llamaba su salvador.

LA LUCHA CON EL ANTIPAPA CADALO

La muerte de Nicolás II en 1061, provocó un nuevo cisma. Pedro Damián hizo cuanto estuvo de su parte para sostener a Alejandro II —elegido según se ha dicho más arriba— por las gestiones de Hildebrando, contra el cual simoníacos y escandalosos presentaban al obispo de Parma, Cadalo, que tomó el nombre de Honorio II. A este intruso escribió dos cartas muy enérgicas el obispo de Ostia, reprendiéndole por su ambición, y amenazándole con inmediatos castigos de la venganza divina: «Estoy cierto de que no me engaño, antes de un año moriréis.» Impertérrito, Cadalo marchó sobre Roma al frente de un ejército. «No puedo reprimir las lágrimas —escribía Pedro Damián—; siento mi corazón traspasado de dolor por las calamidades de la Iglesia. Roguemos por esos furiosos para que se conviertan.»

Dios acogió favorablemente la oración del santo cardenal. En una asamblea de obispos que se celebró en Augsburgo en octubre de 1062, fué depuesto Cadalo. La extensa y notable memoria que en esta circunstancia compuso el obispo de Ostia, contribuyó a minar la ambición del antipapa más que todos los argumentos. De este modo se cumplía la profecía de Pedro Damián, pues como él mismo dice, si Cadalo no murió realmente, su poder y su honor, por lo menos, quedaron muy debilitados, o, por mejor decir, muertos.

A instancia del cardenal obispo de Ostia, congregóse nuevo Concilio en Mantua el 31 de mayo de 1064, en el que se confirmó la destitución de Cadalo.

En medio de estas luchas y triunfos, Pedro Damián suspiraba por la soledad y la tranquilidad de Fontavellana. Pero en vano alegaba su mucha edad y sus achaques; sobradamente comprendía el Papa la utilidad de su presencia, para que condescendiese con su deseo; sólo le permitió que tomara algún descanso. Desde entonces, en vez de firmar los documentos pontificios con su título de cardenal obispo, prefería hacerlo con el de «Pedro pecador».

DIVERSAS LEGACIONES

HABIENDO intentado Drogón, obispo de Macón, anular en 1063 los privilegios y exenciones de la abadía de Cluny y someterla a su propia jurisdicción, no obstante depender entonces directamente de la Santa Sede, fracasó ruidosamente al emplear la fuerza; pero terco en su propósito, puso en entredicho a la abadía y excomulgó a los monjes.

Enterado Alejandro II de todo por San Hugo, abad de Cluny, designó como legado a Pedro Damián, que se había ofrecido para ir a informarse directamente. En una carta del Papa a varios obispos de Francia, leemos estas palabras: «Os enviamos al que después de Nos tiene la más alta autoridad en la Iglesia romana, a Pedro Damián, obispo de Ostia, que es como Nuestro ojo y el más fuerte sostén de la Sede apostólica.»

Por la acertada gestión del legado se congregó un sínodo en Chalón del Saona, el cual reconoció la autenticidad de los títulos presentados por la abadía en defensa de sus privilegios, teniendo además Drogón que someterse a un ayuno de pan y agua durante una semana, después de la cual obispo y abad vivieron en buenas relaciones.

Movido a compasión Alejandro II por los escrúpulos y achaques de su consejero, otorgóle, si bien a pesar suyo, el descanso deseado, rogándole, no obstante, que le escribiera con frecuencia. Pedro Damián, una vez retirado a Fontavellana, acrecentó sus penitencias pasadas e hizo más rigurosos ayunos, llevando además hasta su muerte, ceñido al cuerpo, un cinturón de hierro guarnecido de puntas; su cama fué una estera de juncos que ponía en el duro suelo.

A pesar de esta rigurosa austeridad, siempre conservaba su buen humor y jovialidad, como lo demuestran sus relaciones íntimas con Alejandro II e Hildebrando. Un día que regalaron a éste un pescado, mandó la mitad al santo cardenal, el cual le contestó con este dístico:

—Ya no me maravilla que Pedro se vea reducido a semejante pobreza, cuando los ríos no producen más que medios pescados.

Otra vez —dice el mismo Pedro Damián— emprendió el Papa un negocio escabroso sin contar conmigo, y acudió a mi intervención para llevarle a buen fin. De modo que habían empezado el *Gloria Patri* y me llamaron para contestar *Sicut erat*.

Todavía aprovechó el Papa en diversas ocasiones de los servicios de nuestro Santo. En la dieta que tuvo lugar en Worms en junio de 1069, Enrique IV, que a la sazón contaba diecinueve años, había anunciado su resolución de repudiar a la joven reina Berta, con la que había contraído matrimonio en Tívoli el 13 de julio de 1066. Informado el Papa, apeló nuevamente al celo de Pedro Damián. Éste, en un Concilio celebrado en

Francfort, condenó el vergonzoso proyecto del príncipe alemán y declaró que, si Enrique no se sometía a las leyes de la moral cristiana, sería excomulgado y el Papa se negaría a coronarle. «Procuraré —dijo Enrique, más despechado que convencido— hacerme violencia y llevar lo mejor que pueda un yugo de que no puedo librarme.» Ambos esposos se reconciliaron, al parecer, sinceramente.

La postrera misión de Pedro Damián fué la de llevar a los pies de la Santa Sede su amada ciudad de Ravena, de la cual se había separado por culpa de su primer pastor, que participaba del cisma de Cadalo.

MUERTE DEL SANTO. — PÚBLICA VENERACIÓN

A su regreso de Ravena, acometióle la fiebre en el actual monasterio de Santa María Vecchia, en Faenza. El mal fué empeorando durante una semana, y en la noche anterior a la fiesta de la Cátedra de San Pedro —22 de febrero de 1072—, sintiendo el enfermo que su último fin se acercaba, ordenó a los monjes que rezaran inmediatamente el oficio del día siguiente por entero, pues «deseaba celebrar —según decía— el oficio del Príncipe de los Apóstoles como si hubiese estado en Fontavellana». Poco después de terminar los Laudes, «le vimos —dice su biógrafo Juan de Lodi— recogerse en profunda meditación que parecía un éxtasis, y su alma, desatándose suavemente de los lazos del cuerpo, dejó de vivir en la tierra».

Varias poblaciones se disputaron la honra de poseer los restos mortales del santo varón; pero Faenza no quiso nunca desprenderse de su precioso tesoro.

No existe ningún documento oficial concerniente a la canonización de San Pedro Damián, pero la voz popular, desde el día siguiente de su muerte, le veneró como a santo. Los monjes contemporáneos suyos, con quienes tanto se había relacionado, y en particular los de Monte Casino y de Cluny, comenzaron a darle culto poco después de su glorioso tránsito. Ravena, su patria, siguió su ejemplo, y con ellas las diócesis sufragáneas. Los calendarios más antiguos de Faenza, mencionan su nombre el 23 de febrero y muchas otras ciudades italianas admitieron igualmente su fiesta. Por eso los decretos del 27 de septiembre y 1.º de octubre de 1828 del papa León XII, extendiendo a la Iglesia universal, con el título de Doctor y rito de doble, el oficio y la misa de San Pedro Damián, no han hecho más que sancionar un culto ya existente desde tiempo inmemorial.

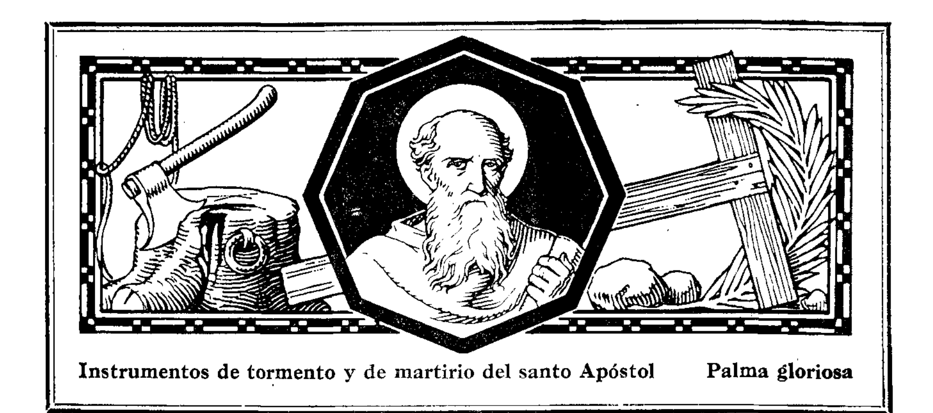
SANTORAL

Santos **Pedro Damián, cardenal, confesor y doctor;** Félix, obispo de Brescia; Florencio de Sevilla y *Lázaro,* confesores; Sereno, hortelano de Sirmio, mártir, en la persecución de Diocleciano; Boisil, abad; Policarpo, presbítero, amigo de San Sebastián; Ebertramno, abad; *Ordoño, de León, confesor;* Milón, obispo; setenta y dos mártires en Sirmio (Austria; Meraldo, abad; Veterano, confesor; Celso, obispo de Tréveris; Geroncio, Carpóforo y Eros, mártires. Santas *Marta de Astorga, virgen y mártir;* Milburga, abadesa; Romana, virgen, en Todi; Librada, virgen y mártir en Agen, y Concordia, mártir en Roma.

SAN LÁZARO, EL PINTOR, monje. — La vida de este Santo nos enseña que cada mal tiene su remedio. Los iconoclastas habían declarado la guerra más despiadada a toda clase de imágenes religiosas para acabar con la santa Religión de Cristo. Pero Dios hizo que los religiosos tuvieran el buen pensamiento de sustituir las imágenes por cuadros, y así lo hicieron, en efecto, llenando los conventos de dichas pinturas. Uno de los que más se distinguieron por su arte pictórico era Lázaro, que fué objeto de una persecución particular. Se negó a secundar la orden del emperador Teófilo, que ordenaba la entrega de todos los cuadros. Por lo cual Lázaro fué azotado cruelmente, se le aplicaron barras de hierro candentes en las palmas de las manos, consumiéndole toda la carne hasta llegar a los huesos, sin que le produjeran la muerte. Debido a la ayuda de la virtuosa emperatriz Teodora aun pudo Lázaro pintar nuevas obras de mucho valor. Cuando iba de embajador ante el Pontífice, murió en camino, según parece, hacia el año 867.

SAN ORDOÑO, confesor. — Pertenecía a una de las ilustres familias de León y se distinguió muy pronto por su ciencia y su virtud, particularmente desde que vistió el santo hábito de la Orden benedictina. Su elocuencia era muy grande, pero su fervor y unción en los sermones eran la causa de las muchas conversiones que obraba. Fué acompañando a Fernando I, rey de León y Castilla, en sus conquistas, y así extendía el reino de Cristo al compás en que se iba dilatando el reino cristiano a expensas de los infieles. Su alma voló a tomar posesión del reino de los cielos el día 23 de febrero del año 1065.

SANTA MARTA, virgen y mártir. — Celebra hoy la fiesta de esta Santa la Iglesia de Astorga. En su oficio del día se lee que, en tiempo de la persecución de Decio (249-251), Marta fué apresada por el procónsul Paterno, el cual quiso persuadirla a que adorase a los ídolos; mas ella se mantuvo firme en la fe de Cristo. Entonces, el procónsul mandó ponerla en el ecúleo y que la hiriesen con bastones nudosos; más tarde fué llevada a la cárcel. Renunció Marta a cuantas promesas y halagos le ofrecía Paterno; éste, al ver la inutilidad de sus esfuerzos, mandó que la degollasen y echaran su cuerpo en un lugar inmundo, de donde la sacó una noble matrona, dándole después cristiana sepultura.



Instrumentos de tormento y de martirio del santo Apóstol — Palma gloriosa

SAN MATIAS

Apóstol (siglo I)

DÍA 24 DE FEBRERO

SAN Matías, uno de los discípulos más fieles de Nuestro Señor, siguió muy pronto al divino Maestro y fué testigo de toda su vida pública, desde su bautismo en el Jordán hasta su Ascensión en el monte Olivete. Si Jesús no le contó en el número de sus Apóstoles durante su vida mortal, le destinaba, sin embargo, para sustituir al traidor Judas; y en vista de este destino, ¡cuántas veces el Señor debió fijar sus miradas llenas de ternura en aquel miembro del Colegio Apostólico y mensajero de la buena nueva!

No sin motivo el Salvador fijó en *doce* el número de sus Apóstoles. Este número estaba ya simbolizado por los doce patriarcas, padres de las doce tribus; por los doce príncipes que llevaban el Arca del Testamento, por los doce leones del trono de Salomón, etc. El número doce es número sagrado en la historia del pueblo de Dios. Posteriormente, San Juan, contemplando la Jerusalén celestial, en sus sublimes visiones de Patmos, nos dirá que tiene doce puertas guardadas cada una por un ángel, y doce fundamentos sobre los cuales «están escritos los nombres de los doce Apóstoles» *(Apocalipsis,*

cap. XXI, 12-14). San Pablo había llamado ya a los Apóstoles los «fundamentos» de la Iglesia de Cristo.

Este número simbólico se deshizo por la prevaricación del traidor. Los once que quedaban se preocuparon pronto de complementar la vacante. Eligieron un duodécimo apóstol: San Matías.

De su vida, tan sólo conocemos con certeza plena su elección, referida por los Hechos de los Apóstoles. Fijemos, pues, la atención, en primer lugar, en esta página de nuestros Libros Santos.

Cuando Jesucristo subió a los cielos viéronse los Apóstoles desamparados, «en este valle, hondo, oscuro». Con su vista le habían seguido y no podían apartar los ojos de la «nube envidiosa» que les robó su tesoro. Fué necesario que dos ángeles vinieran a decirles, como para sacarles de su arrobamiento: «Varones de Galilea, ¿qué hacéis aquí mirando al cielo?» A ellos correspondía ahora completar la obra del Salvador. En efecto, apenas estaba esbozada, y aun, humanamente hablando, se hubiera podido decir que el Hijo de Dios, subiendo al cielo, renunciaba al coronamiento de su gran empresa.

Pero los designios de Dios no son los nuestros. Por medio de los Apóstoles, Jesús quería establecer la Iglesia. Al privarlos de su presencia visible, les había dicho: «Permaneced aquí, en la ciudad, hasta que seáis revestidos de la fortaleza de lo alto.» *(Luc.* XXIV, 49). «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria y hasta las extremidades de la tierra» *(Hechos,* I, 8).

Jesús se había limitado a echar los cimientos del reino de los cielos y encargaba a los Apóstoles su constitución y organización. Conviene saber, además, que ninguno de ellos tenía el valor y arrestos suficientes para tal empresa e incluso parecían carecer aún de una idea clara de la obra que les estaba encomendada. Verdad es que tenían a la Santísima Virgen como consejera valiosa, mas en ello no tenía parte oficial. No es ella la cabeza, sino Pedro; son los Apóstoles los que deben enseñar y gobernar. Sin el Espíritu Santo, ¿qué podrían? Este divino Espíritu los transformará. «Lo que el alma es al cuerpo del hombre, dice San Agustín, es el Espíritu Santo al cuerpo de Cristo que es la Iglesia» *(Sermón* CCLXVII). En la venida del Espíritu Santo, la Iglesia nacerá y vivirá como vivió el cuerpo de Adán al recibir el soplo de la boca de Dios.

Apenas descendieron del monte Olivete, en donde el divino Salvador los había dejado, subieron los Apóstoles al Cenáculo para conformarse con sus instrucciones. *Allí estaban Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Simón el Celoso y Judas, hermano de Santiago.*

Estaban allí con la Madre de Jesús y numerosos discípulos. Señalemos principalmente la presencia de María en este nuevo Belén, en esta nueva

cuna en donde va a nacer la Iglesia. Como María había estado antes junto a la cuna del Salvador, convenía estuviera también hoy, cabe la cuna de la Esposa de Cristo. *Perseveraban todos juntos en la oración con las mujeres, y con María, Madre de Jesús y con sus hermanos,* es decir, con sus primos, según el modo de hablar de los judíos en aquella época. Los tres Apóstoles nombrados anteriormente en último término eran de éstos. Su oración llamaba con fervor al Espíritu que el Hijo de Dios les había prometido.

Mas antes de enviarles el divino Paracleto, queriendo Jesús que el Colegio Apostólico estuviese completo, inspiró a San Pedro que procediese a elegir el duodécimo Apóstol. Y esta elección se hizo mientras esperaban el día de Pentecostés.

ELECCIÓN DE SAN MATÍAS

ASÍ la refieren los Hechos de los Apóstoles (I, 15-26): «Por aquellos días, levantándose Pedro en medio de los hermanos (cuya junta era como de unas ciento veinte personas), les dijo:

—Varones hermanos, es necesario que se cumpla lo que tiene profetizado el Espíritu Santo por boca de David acerca de Judas, que se hizo adalid de los que prendieron a Jesús (...). Así es que está escrito en el libro de los Salmos: «Quede su morada desierta, ni haya quien habite en ella; y ocupe otro su lugar en el episcopado» (1). Es necesario, pues, que de estos varones que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que Jesús Señor nuestro conversó entre nosotros, empezando desde el bautismo de Juan, hasta el día en que, apartándose de nosotros, se subió al cielo, se elija uno que sea, como nosotros, testigo de su Resurrección.

»Con eso propusieron a dos: a José, llamado Barsabas, por sobrenombre el Justo, y a Matías. Y haciendo oración, dijeron:

»¡Oh Señor!, Tú que conoces los corazones de todos, muéstranos cuál de estos dos has destinado a ocupar el puesto de este ministerio y apostolado, del cual cayó Judas por su prevaricación, para irse a su lugar.

»Y echando suertes, cayó la suerte a Matías, con lo que fué agregado a los once Apóstoles.»

Los dos candidatos propuestos por la asamblea, eran juzgados con iguales méritos a los ojos de todos. Esto fué sin duda el motivo por el que en la perplejidad de la elección Pedro recurrió al nombramiento por la suerte.

---

(1) San Pedro toma esta cita de dos Salmos haciendo un solo texto. La primera parte, que desea la extinción de la raza del traidor, es del Salmo LXVIII, 26. La segunda, que habla de su sustitución, es del Salmo CVIII, 8. La partícula *y* que une los dos textos, significa, pues: «Está aún escrito: *que su obispado se confíe a otro.*»

Otro motivo debió aún decidirle a emplear ese procedimiento: el deseo de hacer intervenir directamente a Nuestro Señor en un asunto de tal importancia, como lo prueba la fervorosa plegaria que hizo rezar por todos. Jesús, en efecto, había escogido a los Doce; era, pues, conveniente que el sustituto del infiel y traidor fuese también designado por Él. Así, el Colegio de los Doce sería siempre el resultado de la elección divina.

Procedióse a la elección en la forma acostumbrada entre los judíos, o sea depositando en una caja o un vaso cubierto con su tapa, las cédulas de los que debían ser elegidos, y la mano invisible de Dios condujo la suerte de modo que cayó sobre Matías, y agregado a los otros once Apóstoles, completó el número de doce.

PENTECOSTÉS

MATÍAS era ya miembro del Colegio Apostólico cuando diez días después de la Ascensión, la mañana de Pentecostés y a la hora de tercia (las nueve de la mañana, según nuestra manera de contar el tiempo), descendió el Espíritu Santo acompañado de extraordinarios prodigios que llenaron de estupor a los habitantes de Jerusalén y a la inmensa muchedumbre de peregrinos que de Palestina y naciones vecinas, habían acudido para celebrar en el Templo la Pascua de Pentecostés, una de las mayores fiestas del año. Se conmemoraba ese día, entre los judíos, la promulgación de la ley en el Sinaí, y se ofrecían en el Templo las primicias de la cosecha. Esas antiguas ceremonias prefiguraban el nuevo orden de cosas. En lo sucesivo la ley de gracia sustituirá a la antigua ley de temor, y las primicias de la predicación evangélica reemplazarán a las primicias de los frutos de la tierra. Un ruido tan repentino como violento, que rememoraba los truenos del Sinaí, retumbó como silbido de huracán. Lenguas de fuego aparecieron sobre la cabeza de los Apóstoles, símbolo de su misión docente y del fervor con que debían inflamar el universo: «y se renovará la faz de la tierra.» «Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca» *(Hechos,* II, 4).

Residían entonces en Jerusalén, judíos venidos de todas las naciones, y estaban atónitos y se maravillaban, diciendo:

«¿Por ventura éstos que hablan no son todos Galileos *rudos e ignorantes?* ¿Pues cómo es que los oímos cada uno de nosotros hablar nuestra lengua nativa? Partos, medos y elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Frigia, de Panfilia y de Egipto, los de la Libia, confinante con Cirene, y los que han venido de Roma, tanto judíos como prosélitos, los cretenses y los árabes: los oímos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios» *(Hechos,* II, 7-11).



ALUMBRADOS *y movidos de Dios, los Apóstoles proclaman a San Matías para sustituir al desventurado Judas, y le invisten de la dignidad apostólica. Recibido el Espíritu Santo y abrasado de amor de Dios, comienza su vida de apostolado con celo abrasador y con gran fervor de espíritu.*

Este prodigio los pasmaba.

Dios quería dar a entender con ello que habían llegado los tiempos de restablecer la unidad de las naciones dispersadas desde Babel. Mostraba también que en lo sucesivo cualquier lengua podría servir para propagar la doctrina de la fe; así lo hace notar San Agustín: «Si hay lenguas —dice— que la Iglesia aun no habla, las hablará, pues se desarrollará hasta que se apodere de todas las lenguas del universo» (*Super Ps.* CXLVII, 19).

En este primer día, tomando San Pedro la palabra en nombre de todos los Apóstoles, se dirigió a la multitud; estuvo tan persuasivo y conmovedor, que tres mil personas se convirtieron en aquel mismo momento y pidieron el bautismo.

Comenzó San Matías, luego que fué hecho Apóstol, a desempeñar su misión y a predicar a los pueblos el misterio escondido e inefable de la cruz con gran santidad de vida, fervor de espíritu y celestial doctrina; porque además de la que, siendo mozo había aprendido, el mismo Espíritu Santo era su maestro y su doctor, y el que le alumbraba el entendimiento con su luz, le abrasaba el afecto con su ardor, y le daba lengua de fuego divino, para encender los corazones de los que le oían.

DISPERSIÓN DE LOS APÓSTOLES

LOS Doce no debían permanecer juntos. Nuestro Señor les había mandado ir a predicar a todas las naciones de la tierra. Evidentemente empezaron por Jerusalén y Palestina, hasta que llegó la hora de separarse para ir a sus respectivas misiones.

Primero tuvieron que concertarse para fijar las pautas de su enseñanza, naciendo de ahí la tradición que les hace componer juntos el Credo conocido con el nombre de «Símbolo de los Apóstoles», el cual, si no es una fórmula redactada por ellos, es sí el sumario de su predicación.

¿Se repartieron después las naciones que debían evangelizar? Puédese creer, mas la historia nada de positivo nos dice sobre ello. Obligados estamos a investigar sobre algunas alusiones escapadas a los escritores eclesiásticos primitivos, para determinar en qué regiones diferentes ejercieron los apóstoles su celo. De algunos de ellos, en particular de San Matías, sábese tan poco, que la Iglesia no ha encontrado materiales para redactar una lectura para el Breviario. Mas nos tendríamos por muy felices si poseyéramos algunos pormenores acerca de su apostolado, pero para la mayoría de ellos nos hemos de contentar con vagas probabilidades.

Créese que su salida definitiva de Jerusalén fué el año 42, en la persecusión de Herodes Agripa, durante la cual Santiago el Mayor fué decapita-

do y San Pedro encarcelado. Éste se libró entonces del martirio gracias a la milagrosa intervención del ángel.

Sabemos de manera cierta que el Príncipe de los Apóstoles fué primero a Antioquía, que evangelizó varias provincias del Asia Menor, y luego a Roma, donde fijó su residencia y fué crucificado.

Sabemos igualmente que Santiago el Menor se quedó en Jerusalén y que, veinte años después, el año 62, los judíos le arrojaron de lo alto de los pórticos del Templo y lo lapidaron.

Por lo que concierne a los otros diez Apóstoles, apenas si sabemos nada fijo y determinado. Sin embargo, si hay quien sea merecedor de una amplia biografía, nadie tanto como estos heraldos de la buena nueva. Mas, después de todo, ¿qué importan los pormenores? Su vida sublime se sintetiza en estas palabras que la liturgia canta en honor suyo:

«He aquí los campeones y amigos de Dios, que sin prestar homenaje a los mandatos de los príncipes han merecido eternas recompensas. Éstos son los que durante su vida fecundaron a la Iglesia con su sangre. Han bebido el cáliz del Señor. Su voz resonó en todos los confines de la tierra, y la Iglesia ha sido iluminada con su doctrina como la Luna por el Sol» *(Oficio de los Apóstoles)*.

Estas magníficas alabanzas se aplican indistintamente a todos los miembros del Colegio Apostólico.

MISIÓN DE SAN MATÍAS

QUÉ viajes hizo el apóstol San Matías? ¿Qué países evangelizó? Su relato no se ha escrito o, a lo menos, no ha llegado a nuestras manos.

El historiador Nicéforo dice que San Matías predicó la buena nueva en Etiopía y allí padeció el martirio. Clemente Alejandrino refiere algunas particularidades de la predicación del santo apóstol: «Insistía sobremanera —dice— en la necesidad de mortificar la carne, refrenar las pasiones y sus concupiscencias, acrecentar la fe y el conocimiento de las cosas de Dios.» Añadía que esta mortificación exterior, aunque tan necesaria, no basta si no está acompañada de fe viva, de esperanza que avasalle toda duda y de caridad ardiente. Enseñaba que nadie, cualquiera que fuera su edad o condición, estaba dispensado de esta ley y que no había otra teología moral. Reconozcamos que estas enseñanzas nada tienen de muy particular, pudiendo afirmar que todos los Apóstoles predicaban en la misma forma. Además, Clemente Alejandrino pretende que San Matías murió de muerte natural, así como San Felipe, San Mateo y Santo Tomás, pretensión que se contradice con la tradición comúnmente admitida.

Varios historiadores afirman que en el repartimiento que hicieron los Apóstoles de las provincias en que habían de predicar, a San Matías le cupo la Judea, y en ella convirtió innumerables gentes al Señor; luego, alejándose, llegó hasta Etiopía, donde fué apedreado después de treinta y tres años de apostolado; en cambio otros relatos más circunstanciados nos dicen que fué crucificado, desclavado después de la cruz y por fin decapitado.

Lo que parece ser tenido como cierto, entre otras varias contradicciones, es que San Matías fué el apóstol de Etiopía.

Existe un evangelio apócrifo que lleva su nombre. Clemente Alejandrino lo cita con el nombre de «Tradiciones de San Matías».

Los *Philosophumena* mencionan «discursos» apócrifos de San Matías. También el historiador Eusebio. Este evangelio está señalado por el *Catálogo gelasiano* que le niega todo valor.

Hemos de declarar francamente —y ello vale más— nuestra ignorancia sobre el ministerio evangélico de este gran Apóstol y sobre su martirio, que ciertos autores colocan el 24 de febrero del año 60.

SUS RELIQUIAS

ESTAMOS mejor informados acerca de la suerte que han corrido sus reliquias? Está igualmente envuelto en muchas incertidumbres.

El cuerpo de San Matías fué transportado a Roma por Santa Elena; la cabeza y huesos principales se hallan actualmente en Santa María la Mayor, bajo el altar papal.

Tréveris se gloría, sin embargo, de poseer el cuerpo de este santo Apóstol, que había sido depositado en la iglesia de San Euquerio, la cual se llamó después iglesia de San Matías. No olvidemos que Tréveris fué residencia del emperador Constancio Cloro, esposo de Santa Elena, y no es inverosímil que la piadosa emperatriz hubiese hecho donación de una parte de las reliquias de San Matías a la iglesia de Tréveris (1).

Por otra parte, el docto Juan Eck, disputando con Lutero, escribió que el cuerpo de San Matías fué llevado de Roma a Augsburgo. Trátase sin duda

(1) Parece ser que la emperatriz Elena dió las reliquias de San Matías a San Agricio, arzobispo de Tréveris. San Agricio era un clérigo de una iglesia de Antioquía, presentado por Santa Elena al papa San Silvestre. El Papa le nombró primado de las Galias y de las dos Germanías, designándole por residencia Tréveris, con el título de arzobispo. Santa Elena le dió numerosas e insignes reliquias, en particular la túnica inconsútil del Salvador, así como uno de los clavos de la Pasión. Dióle también el cuerpo de San Matías (tan sólo una parte, sin duda); San Agricio lo depositó en el Santuario de San Euquerio, que le servía de Catedral. Más tarde, esta iglesia, aumentada con un monasterio, fué dedicada a San Matías. San Agricio gobernó la Iglesia de Tréveris desde el año 313 al 335, sobre poco más o menos. El octavo centenario del descubrimiento de las reliquias de San Matías fué solemnemente celebrado en Tréveris del 1 al 8 de septiembre de 1927, bajo la presidencia del cardenal Schulte, arzobispo de Colonia, y del Nuncio Apostólico en Berlín, rodeados de cinco obispos.

de algunas reliquias, y la imaginación popular habrá tomado la parte por el todo. También puede ser que haya confusión con otro San Matías, obispo de Jerusalén en el año 420.

Venerábase, asimismo, una parte de la cabeza del santo Apóstol en Barbezieux, en Charente. Los calvinistas la arrojaron al fuego.

SU FIESTA. — SAN MATÍAS, COMO SANTO PATRONO

EL nombre de San Matías consta, desde los primeros siglos, en el Canon de la misa; no en la primera lista de los Apóstoles, sino en la segunda, o sea en la de los mártires, después del *Memento* de los Difuntos.

Su fiesta, señalada en el Sacramentario gregoriano para el 24 de febrero, fué mandada celebrar con rito de doble por Bonifacio VIII en 1295, juntamente con la de los demás apóstoles y evangelistas. Desde San Pío V, se celebra con rito de doble de segunda clase.

Los griegos rutenos celebran la fiesta de San Matías el 9 de agosto y los coptos el 8 de marzo.

Se representa a San Matías con símbolos distintos, según esté solo o en compañía de los otros Apóstoles. En grupo, tiene un hacha o una alabarda, emblema de su decapitación. Solo, tiene, ordinariamente, una cruz en forma de T llamada *potenzada* o de *San Antonio*, en memoria de su crucifixión.

Seguramente que por representar a San Matías con un hacha, fué escogido por patrón de los carpinteros, carreteros y talladores de hierros.

SANTORAL

Santos **Matías, apóstol;** Modesto, obispo de Tréveris; *Lucio, Montano, Victorico, Flaviano, Juliano, Donaciano y compañeros, mártires; Pretextato, obispo y mártir;* Ruricio, obispo de Limoges; *Edilberto* o *Etelberto, rey de Kent;* Letardo, obispo; *Sergio, mártir en Capadocia;* Honorato, obispo de Milán; Quinto, mártir; el Venerable Julián de Ávila. Santas *Cuartilosia, mártir;* Demetriada, penitente; Primitiva y Nina, mártires.

SANTOS LUCIO, MONTANO Y COMPAÑEROS, mártires. — Poco después del martirio de San Cipriano, víctima de la persecución de Valeriano, fueron encarcelados ocho discípulos del insigne obispo de Cartago. Seis de ellos eran clérigos y se llamaban Lucio, Montano, Flaviano, Juliano, Reno y Victorico; otros dos eran catecúmenos: Prímolo y Donaciano. Ellos mismos dejaron escritos los pormenores de su martirio. Quiso el procónsul quemarlos vivos el día siguiente de su arresto, mas cambiando luego de parecer, los dejó en la cárcel, donde sufrieron hambre, sed y toda clase de privaciones.

Reno y Victorico tuvieron un sueño que los llenó de gozo, pues les anunciaba su próximo martirio. Una viuda, llamada Cuartilosia, compañera de prisión, les

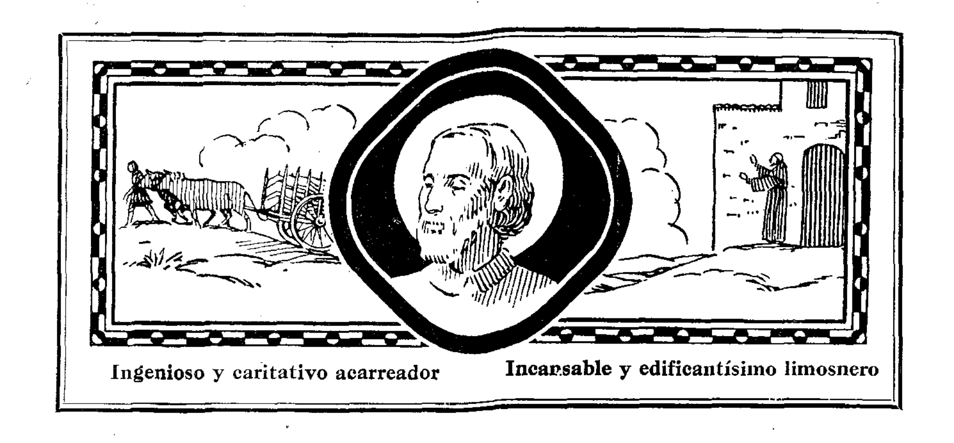
anunció que Dios les proveería de pan y agua, como en efecto sucedió al día siguiente.

Después de largo cautiverio fueron presentados al juez, y después vueltos a la prisión. Donaciano murió unas horas después de recibir el bautismo y Prímolo varios días antes. Reno y Cuartilosia también murieron pronto. Los que quedaban fueron alimentados por un diácono que, de cuando en cuando, les llevaba la Eucaristía. Después de ocho meses volvieron a comparecer ante el procónsul, y, como éste los viese tan firmes como siempre en la fe, los condenó a muerte. Lucio, Montano, Juliano y Victorico fueron conducidos al suplicio, siendo decapitados. Tres días después el diácono Flaviano moría también en el cadalso, lleno de santo gozo, como sus compañeros. Sucedía esto el año 259.

SAN PRETEXTATO, obispo. — Era obispo de Ruán, en Francia, y asistió a varios concilios. Fué muy perseguido por Fredegunda y acusado falsamente ante el rey y ante un sínodo de obispos, celebrado en París por orden del rey Chilperico, de Neustria. Pretextato, ignorando las circunstancias, bendijo el matrimonio incestuoso de Meroveo, hijo de Chilperico. En el sínodo dicho fué acusado de esto, de sedicioso y de haber contribuído con sus consejos a envenenar el corazón de Meroveo, arrastrándole al crimen. Sólo Gregorio, obispo de Tours, se levantó para defender a Pretextato. Éste fué depuesto, y acusado, además, de que había querido incautarse de los bienes de la viuda de Sigeberto, rey de Austrasia. En una nueva reunión del concilio en que se juzgaba a Pretextato, éste, sobornado por Fredegunda, confesó ser culpable de cuanto se le acusaba. Durante siete años vivió haciendo penitencia, profundamente arrepentido de haber confesado falsamente su culpabilidad. Dios patentizó al fin la inocencia de Pretextato, que tuvo que reprimir la vida licenciosa de Fredegunda, la cual mandó asesinar a nuestro Santo después de haber sido devuelto a su sede de Ruán.

SAN EDILBERTO, rey. — Este rey ceñía la corona del reino marítimo de Kent; su esposa Berta, hija del rey de París, era muy católica y exigió y obtuvo del rey su esposo, que le respetase su religión, de la cual le hablaba frecuentemente. De modo que cuando llegaron a Inglaterra los misioneros mandados por el Papa, fueron muy bien recibidos por Edilberto o Etelberto, dándoles toda clase de facilidades para su predicación. La cosecha fué grande, pues en un solo día fueron bautizados por el monje Agustín más de diez mil ingleses. El mismo rey se convirtió y se mostró siempre digno de la Iglesia, tanto por sus obras como por sus leyes. Fué el primer rey cristiano de Inglaterra. Murió el 24 de febrero de 616.

SAN SERGIO, mártir. — La conducta y obras de este Santo nos prueban una vez más el poder de la oración y la ceguera del hombre apasionado que, ni aun en vista de los mayores milagros, quiere deponer su error. En cierta ocasión en que la ciudad de Cesarea celebraba grandes fiestas en honor de los dioses del imperio, se presentó ante la inmensa concurrencia un monje de penitente aspecto, llamado Sergio, el cual desafió a las falsas divinidades a que permanecieran en pie ante la sola invocación del santo nombre de Dios. Al instante se desplomaron los ídolos, y aquel pueblo, en vez de reconocer el poder de Dios invocado por Sergio, pidió el castigo del santo monje, el cual, aunque sometido a los más inhumanos tormentos, salió ileso de todos, pero al fin fué degollado y despedazado en una plaza pública de Cesarea, el día 24 de febrero del año 304.


Ingenioso y caritativo acarreador — Incansable y edificantísimo limosnero

BTO. SEBASTIAN DE APARICIO

Labrador y franciscano (1502-1600)

DÍA 25 DE FEBRERO

EN aquellos tiempos dorados en que España iba extendiendo su Imperio por tierras vírgenes, descubiertas, civilizadas y cristianizadas por los españoles, vino al mundo un niño que debía ser, con los años, un rayo esplendoroso que iluminara el cielo americano con los destellos de su santidad y asombrara a los mortales moradores de aquel país con sus innovaciones civilizadoras, las cuales contribuirían a ensanchar los fértiles caminos que descubriera Colón, el Almirante, y afianzaran con su espada Hernán Cortés y Pizarro y ennoblecieran con su espíritu los esforzados misioneros, que iban sembrando por doquiera la semilla santificadora de la Buena Nueva evangélica, adquiriendo así nuevos horizontes para la Corona de nuestros Monarcas y nuevos súbditos para la Iglesia de Cristo. Este niño formidable se llamó Sebastián de Aparicio, cuya biografía vamos a relatar brevemente.

INFANCIA

La bellísima región galaica que, con sus rías y sus montañas, con la plata de su océano y el encanto apacible de sus bosques, ha visto nacer a muchos grandes hombres, tuvo también la suerte de mecer la cuna de Sebastián de Aparicio, que vió la luz en el pintoresco pueblo de Gudina, perteneciente al obispado de Orense. Los padres de Sebastián se llamaban Juan de Aparicio y Teresa del Prado. Poseían escasos bienes de fortuna, pues constituían su única riqueza material unas cuantas cabezas de ganado y los pocos frutos que sacaban de las escasas tierras que poseían. Pero en contraste con esta pobreza material poseían grandes riquezas espirituales, pues eran sumamente devotos y piadosos. Sebastián fué creciendo en medio de este cálido clima religioso, y, gracias a esta poderosa influencia de piedad y a las buenas y constantes enseñanzas de sus padres, pudo triunfar en medio de los mil peligros que le salieron al paso en los primeros años de su vida a través de los caminos del mundo.

Sebastián se ocupó primero en guardar el ganado de su casa; pero a más altos fines le encaminaba Dios, según dió a entender con el siguiente

PRODIGIO

Sebastián contaba sólo doce años de edad cuando fué acometido de un mal muy extendido en la región gallega y que hacía enormes estragos. Para que el contagio no se extendiera a los miembros de su familia, el niño fué llevado a una choza perdida en medio del campo, viviendo allí completamente solo, sin más compañía que los lobos que poblaban aquellos contornos.

Su madre le llevaba la comida todos los días, pero se la dejaba junto a la entrada, ya que no se atrevía a penetrar en la choza por no contaminarse; después llamaba a la puerta y en seguida se marchaba. Sebastián abría, tomaba el frugal alimento que su madre le había dejado, y luego cerraba bien la puerta por temor a los lobos. Sin embargo, una vez, tan desfallecido estaba, que no tuvo fuerzas suficientes para cerrar debidamente, y al poco rato penetró en la cabaña un lobo de los que vivían en las cercanías, produciendo en el niño el susto consiguiente; pero ¡cuál no fué su sorpresa al ver que aquel fiero animal, lejos de dañarle, le abría el maligno tumor, causa de su mal, y le iba chupando toda la podre que de él salía! Con esto quedó Sebastián completamente curado. No cabían en sí de gozo los padres del niño al ver tal prodigio, que atribuían a la bondad de Dios, al que no cesaron de dar reconocidas gracias.

SEBASTIÁN, LABRADOR

YA del todo restablecido, Sebastián se ocupó en las faenas del campo ayudando a sus padres, sin descuidar por eso los progresos en la virtud. Más tarde ejerció el oficio de labrador sirviendo a diversos amos y entregando íntegro el jornal a su familia. Primero sirvió en casa de una señora muy rica de Salamanca; luego, en casa de Don Pedro Figueroa, en Extremadura; y por fin, en Sanlúcar de Barrameda prestó sus servicios en casa de una señora viuda que tenía dos hijas. Pero, lo mismo aquí que en sus anteriores servicios tuvo que luchar contra las asechanzas que le tendía el demonio por medio de las mujeres que había en las casas donde trabajaba. Finalmente, viendo que peligraba su pureza, abandonó esta casa lo mismo que había abandonado las anteriores y determinó no servir a nadie más, a fin de evitar los riesgos de perder la virginidad que él deseaba conservar íntegra a toda costa.

Después de mucho correr por caminos y pueblos encontró Sebastián quien le ofreció una posesión de relativa extensión, muy apropiada a sus necesidades y gustos; con ello podía entregarse más a Dios y elevar a Él su corazón en medio de sus cotidianas labores del campo. Fué modelo de sencillez, laboriosidad y devoción. Las gentes quedaban prendadas de sus cualidades y se admiraban al ver que la finca de Sebastián producía más y mejores frutos que nunca.

VIAJE A LAS INDIAS

HACÍA poco que se habían descubierto las Américas, cuya riqueza y maravillosa fertilidad atraían, cual imán irresistible, a grandes masas de emigrantes de las diversas provincias españolas. Entre los atrevidos que osaron atravesar los mares, siguiendo el camino de Colón, para explorar aquellos ignorados países, figura en lugar destacado nuestro ilustre biografiado Sebastián de Aparicio. Un suceso inesperado le obligó a aplazar el viaje. Fué el de tener que salvar a una muchacha abandonada por su amante, y que no quería volver a su casa para no incurrir en las iras que su fuga despertara.

Solucionado ya este asunto, Sebastián se hizo a la mar en el puerto de Sanlúcar de Barrameda y llegó a las Indias Occidentales el año de 1533, desembarcando en Veracruz. Pronto dejó esta ciudad, donde no encontraba recursos para vivir, y se estableció en Puebla de los Ángeles, población que acababan de fundar los españoles.

a los blasfemos y murmuradores, haciéndolo siempre con suavidad y dulzura, de modo que nadie se pudiera molestar.

Se interesaba vivamente por los pobres, a quienes ayudaba y protegía cuanto podía. Todos encontraban en él a un padre; su casa era la casa de todos, hallando en ella lo que necesitaban. Prestaba dinero, pagaba deudas de otros, daba dotes a las doncellas que por falta de ella no podían contraer matrimonio y estaban expuestas a mil peligros físicos y morales; regalaba semillas, prestaba sus jornaleros para la labranza de otros campos y siempre gratuitamente.

Pero su caridad resalta sobre todo en los siguientes hechos. Un hombre muy honrado y virtuoso tenía tres hijas a las que no podía casar a causa de su extremada pobreza. Súpolo Sebastián y desde entonces daba a la familia cuanto dinero necesitaba; atendió a su manutención durante varios meses, y, además, dió al padre cuantiosas sumas para que colocase a sus hijas de modo que pudieran constituir cristianos hogares, dándoles la dote que requerían. Pues bien, vino a morir este hombre, y la viuda quedó desconsolada ante las deudas de su marido, las cuales nunca podría satisfacer; pero Sebastián, acudió con el notario a casa de la viuda para que constara en acta notarial la condonación de la deuda, pues se contentaba y satisfacía con haber realizado semejante acto de caridad.

En otra ocasión vió que llevaban preso a un hombre conocido suyo. Preguntó la causa y, al saber que era porque debía tres mil pesos, pidió que le libertaran, que él salía fiador y pagaría de su bolsillo todo lo que aquel hombre adeudaba. Bajo su palabra el juez dió orden de libertarle.

SEBASTIÁN, SE DECIDE A TOMAR ESTADO

PROBÓ Dios a nuestro Beato con una dolorosa enfermedad que le llevó a las puertas del sepulcro, por lo cual hizo testamento, convencido de que su destierro en este mundo había llegado ya a su fin. Mas no fué así, sino que pronto recuperó la salud perdida y pudo dedicarse nuevamente a sus faenas del campo.

Mas un problema se le presentaba, y era que no podía continuar viviendo solo a causa de los achaques propios de sus años y necesitaba de alguien para que le cuidara y sirviera. En su interior se libró ruda lucha entre la necesidad del matrimonio y su afán de conservar la pureza virginal. Por fin, a los setenta años se casó con una joven honesta y de muy buenas prendas, con la cual vivió más como padre que como esposo, y como tal le consideraba ella. Pero a los pocos meses Dios se la arrebataba para llevársela consigo, quedando solo otra vez el bueno de Sebastián. Casóse segunda vez y le pasó

lo mismo, ya que esta segunda mujer, también delicada doncella, murió a los ocho meses de casada.

Con estos golpes comprendió Sebastián que Dios no aprobaba aquella vida matrimonial, sino que le quería en la vida retirada de la Religión. Pidió, pues, que le admitieran en el convento de los Padres Menores observantes de San Francisco de la ciudad de Méjico. El Padre Guardián le puso algunos reparos indicándole que aquello era asunto que debía pensarse durante muchos días; pero Sebastián insistió tanto, que a los pocos días fué admitido por el Superior, diciéndole: «Este asunto pide muchos días para resolverse, pero ya que vos no queréis sufrir más dilación, os diré lo que me parece que podéis ejecutar y que será agradable al Señor: distribuid todos vuestros bienes a los pobres, dando una parte de ellos a las monjas de Santa Clara, que están fundando un monasterio y se hallan bastante necesitadas». «Todo esto, respondió Sebastián, lo cumpliré al momento; pero decidme lo que debo hacer de mi persona.» El Guardián, que era el confesor del Beato, replicó: «Pues deseáis ser religioso, por ahora vestid el hábito de terciario de mi Orden, y de este modo podréis prestar algún servicio a las monjas de Santa Clara; y, si Dios os quiere en otro estado, Él os descubrirá los caminos que os conduzcan a la consecución de vuestra salvación eterna.»

Indescriptible fué la alegría que sintió Sebastián al verle revestido con el hábito de terciario; fué destinado al servicio de las monjas y les dió la cantidad de dieciséis mil pesos; permaneció en este menester por espacio de dos años, pues el 9 de junio de 1573 fué admitido en el Noviciado del convento de San Francisco. Durante este período de su formación religiosa fué motivo de edificación para todos los de su casa. Profesó solemnemente el día de San Antonio de Padua con indecible alegría de su alma.

PRUEBAS

TERMINADO el noviciado, Sebastián fué trasladado al convento de Santiago de Tecali, en el cual permaneció un año sirviendo a los religiosos en los empleos más bajos. Después fué la Puebla de los Ángeles su residencia, en la que ejerció el cargo de limosnero del convento. Con su carreta y sus bueyes iba por aquellos caminos que antes santificara con sus caritativas peregrinaciones. Comía poco, lo que le daban de limosna; vestía pobremente, y llevaba los pies descalzos; sufría con resignación las inclemencias del tiempo, lo mismo los ardores del verano que los rigores del invierno; no aceptaba la hospitalidad que se le ofrecía para librarle de los rigores de la noche, sino que prefería dormir al raso debajo de su carro y al calor del hálito que exhalaban los bueyes; muchas veces ama-

necía cubierto de blanca nieve o con los vestidos hechos fuente. Con esta conducta a todos edificaba y se ganaba el respeto y el afecto de todos.

Cuando podía se acercaba al convento para oír Misa y recibir los Santos Sacramentos; pero su presencia ante el pueblo producía hilaridad a causa del desorden de su vestido. Cuando ayudaba al Santo Sacrificio lo hacía con tan notorias incorrecciones, que le valieron las burlas de los fieles y los más duros reproches de su Superior, el cual le quitó el empleo de limosnero y le mandó de nuevo al Noviciado, cuyo maestro de novicios le reprendió con excesiva violencia, tanto, que Dios lo dió a entender con los hechos. Comprendió el Maestro de novicios que el temblor de su cuerpo era un castigo de Dios por los malos tratos dados a su siervo, el cual lo soportaba todo con santa alegría y resignación. Nuevamente fué Sebastián destinado al empleo de limosnero y lo cumplió siempre con gran edificación de todos.

MILAGROS Y MUERTE

COMPLACÍA a Dios la conducta de su fiel servidor Sebastián, según dió a entender concediéndole el don de milagros y el poder de tener pleno dominio sobre los animales salvajes, particularmente sobre los toros, los cuales le obedecían como si tuvieran uso de razón. Estas bravas reses, que se volvían contra sus pastores y amos, se tornaban mansas ovejitas en presencia de Sebastián. Cuando los dejaba en libertad para que pacieran a sus anchas, les prohibía que entrasen en los sembrados e hicieran daño a nadie. Así lo hacían todos, sin que ni uno solo se desmandara, a pesar de que estaban circundando los campos vecinos. Al llegar la noche los dejaba bajo la custodia de un toro, el cual estaba de vigilante y ponía empeño en que ninguno hiciera el menor daño a nadie. Al llegar la mañana, y apenas el sol asomaba su rostro dorado por el horizonte levantino, el toro jefe los hacía comparecer a todos ante la presencia de Sebastián para proceder a la continuación de sus ordinarias labores.

En cierta ocasión se presentaron a Sebastián dos mujeres quejándose falsamente de que los toros habían causado daños en los campos. Pero habiendo preguntado el Beato a los animales si era verdad, éstos contestaron con la cabeza que no. Entonces ellas confesaron su malicia, diciendo que lo hacían para que les diera dinero. Con frecuencia se vió servido por los ángeles. Su cordón y su vestido tenían el poder de devolver la salud a cuantos los tocaban.

Mas se acercaba ya el fin de su carrera. Dios se lo manifestó con antelación, y destinó los pocos días que le quedaban de vida para despedirse de sus amigos y conocidos. Luego volvió al convento de Puebla de los Ángeles, y echóse a dormir en el suelo como si fuera su lecho. Por mandato del Su-

perior se trasladó a la enfermería, no haciendo uso de la cama más que por obediencia al médico. Sus últimos días fueron una seria y devota preparación a la muerte; se confesó con gran dolor y recibió la Santa Extremaunción, aunque no pudo recibir el Viático a causa de los frecuentes vómitos. No se cansaba de besar una imagen de Jesucristo que tenía entre sus manos, y así, encendiéndose en amor de Dios, se apagó aquella vida terrenal para comenzar la otra eterna que mereció por la santidad de sus obras. Tenía a la sazón noventa y ocho años, y corría el año del Señor de 1600.

Su cuerpo, antes feo y desfigurado por los trabajos, sufrimientos y enfermedades, se volvió lúcido y hermoso después de morir, como si Dios quisiera manifestar con ello la gran pureza de vida de su fiel siervo. Fueron muchos los milagros que obró Dios por mediación de Sebastián en aquellas horas que precedieron a su sepelio. He aquí uno de ellos:

Una mujer rompió, indignada, un vaso en el que había bebido Sebastián cuando iba al convento para reponerse; y le dió tal asco que lo tiró contra el suelo, haciéndose añicos; pero cuando supo las maravillas que Sebastián obraba, quiso recoger los cascos para conservarlos como si fueran reliquias; mas al ir a tomarlos se encontró con el vaso entero y con una flor olorosa que salía del lugar mismo en que el Beato había aplicado sus labios. Este vaso se conserva en el convento de la Puebla con todos los honores de reliquia. Fué beatificado Sebastián por Pío VI en 1789.

SANTORAL

Santos *Félix II (o III), papa;* Victorino, Víctor, Nicéforo y compañeros, mártires; *Cesáreo, confesor;* Tarasio, patriarca de Constantinopla; Gerlando, obispo de Agrigento; Avertano y Romeo, religiosos carmelitas; *Eterio, obispo de Osma;* Leobardo, religioso penitente; Kenán, presbítero bretón; Gotardo, anacoreta, de quien toma nombre el célebre macizo de los Alpes; Donato y Justo, mártires; Ananías y Regino, mártires; **el Beato Sebastián de Aparicio, confesor.** Santas *Walburga, virgen y abadesa;* Luciosa y Casta, mártires.

SAN FÉLIX II (o III), papa. — Nació en Benevento, se educó muy cristianamente e hizo grandes progresos en los estudios profanos, pero aun más en la virtud, por lo cual se ganó el aprecio del rey ostrogodo, Teodorico, que se gozó en gran manera cuando Félix subió al Solio Pontificio al morir San Simplicio, el año 483. Gobernó la Iglesia con gran sabiduría y prudencia, al mismo tiempo que con viril energía para combatir los errores que pudieran dañar a los fieles. Dictó sentencia de anatema y deposición contra Acacio, patriarca de Constantinopla, por negarse a romper sus relaciones con Pedro Mongo, sobre el cual pesaba ya sentencia de excomunión por sus herejías. Convocó un concilio en Roma en 487, mandó construir la iglesia de los Santos Cosme y Damián, y reedificó la de San

Saturnino. Supo captarse la simpatía de Atalarico, rey de los ostrogodos. La cristiandad entera lloró su muerte, acaecida en febrero del año 492.

SAN CESÁREO, confesor. — Dotado de un talento extraordinario, se dedicó al estudio con gran interés y aprovechamiento, llegando a ser un buen orador y un gran filósofo; pero se distinguió sobre todo por sus conocimientos de Medicina, llegando a ocupar el cargo de médico del emperador Juliano el Apóstata. Era muy apreciado de todos. Vivió algún tiempo en Constantinopla; pero, a instancias de su hermano San Gregorio Nacianceno, prefirió vivir apartado del mundanal ruido. Valente le hizo tesorero de su patrimonio privado y también de Bitinia. Con motivo de un terremoto que se produjo al internarse Cesáreo en este país y del cual salvó la vida milagrosamente, se convirtió de veras, y desde entonces despreció los bienes de la tierra y repartió sus bienes entre los pobres. Rindió su espíritu al Señor el año 369.

SAN ETERIO, obispo. — Este Santo español fué un esforzado luchador de la buena causa, pues no reparó en contradecir y aun atacar las teorías heréticas de Elipando, arzobispo de Toledo, quien, valiéndose de su posición, favorecía y propagaba la herejía de Félix de Urgel, que consistía en afirmar que Jesucristo no era más que Hijo adoptivo de Dios. En esta campaña le ayudó el esforzado sacerdote Beato de Liébana, cuya vida hemos reseñado el día 19 de este mismo mes. Eterio ocupaba la sede episcopal de Osma. Descansó en la paz del Señor el día 25 de febrero del año 800.

SANTA WALBURGA, virgen y abadesa. — Hay familias que parecen tener la santidad y la nobleza del patrimonio hereditario. Santa Walburga o Vauburga, cuyo nombre significa «graciosa», nos presenta un ejemplo de ello. Nació en 710, en Devonshire (Inglaterra). Su padre fué el rey sajón Ricardo, que por su piedad y heroicas virtudes mereció el honor de los altares. Su madre Winna era hermana de San Bonifacio, el gran apóstol de Alemania y arzobispo de Maguncia. Tuvo dos hermanos que la Iglesia venera con los nombres de San Willibaldo y San Winibaldo.

Ya de joven, Walburga no sentía ningún atractivo por los placeres y diversiones de la corte. Gustábale retirarse con Winibaldo a algún rincón apartado del palacio para rezar. Pronto descubrió a su padre el deseo de abandonar el mundo para consagrarse a Dios; y el piadoso rey acompañó muy gustoso a su hija a la gran abadía benedictina de Wimborne en el Devonshire. A los 18 años hizo la profesión solemne y ya no tuvo más ambición que la de ser más y más humilde y obediente y la de vivir más y más unida a Dios en la oscuridad del claustro. A los 38 años fué llamada por su tío San Bonifacio a Alemania y la puso al frente de un monasterio de monjas recién fundado. En él se entregó a la práctica de virtudes tan sublimes que todos pudieron ver en ella lo que con razón debían admirar y ventajosamente imitar. En los últimos días, su vida era más angélica que humana. Fué al encuentro del Esposo celestial el 25 de febrero de 779.


El Santo Sepulcro en el siglo V   Cierre de templos paganos   Lluvia prodigiosa

SAN PORFIRIO

Obispo de Gaza (352-420)

DÍA 26 DE FEBRERO

PORFIRIO nació en Tesalónica (Macedonia) el año 352, de padres ricos y virtuosos. Estudió en las escuelas más acreditadas de su provincia natal, haciendo grandes progresos en las letras humanas. El conocimiento que tenía de los Libros Santos le dió tal reputación, que más tarde se acudió a él frecuentemente para consultar en materia de exégesis, pues resolvía mejor que nadie las dificultades de la sagrada Escritura. Al menos así lo escribe su biógrafo. Sirvióle esta ciencia en particular para refutar las objeciones de ciertos herejes, por ejemplo de los discípulos de Arrio y Manes.

VIDA MONÁSTICA

EN el ardor de su juventud, supo levantar el corazón lo suficiente para comprender que Dios vale más que todas las esperanzas de la tierra. Salió, pues, de su patria y dejó a su opulenta familia para retirarse al desierto de Escete, uno de los principales centros monásticos de Egipto. Acontecía esto hacia el año 372, cuando Porfirio tenía veinte años. En él

se mantuvo cinco años, entregado a los rigores de una austerísima vida, hasta que el deseo de visitar los Santos Lugares y adorar aquellos sitios regados por la sangre del Redentor, le sacó del desierto. Fué luego a vivir, durante otros cinco años en una gruta cercana al Jordán, determinado a llevar allí vida eremítica. Lo insalubre del lugar y las terribles mortificaciones a que se entregaba arruinaron completamente su salud. Contrajo un tumor en el hígado, complicado con calentura permanente, viéndose por ello obligado a retirarse a Jerusalén. Corría probablemente el año 382.

Allí le encontró su futuro biógrafo, Marcos, joven copista de manuscritos que había fijado su residencia en la Ciudad Santa tanto por devoción, como porque allí había encontrado ocasión de ejercer su arte. Asiduo a los oficios del Santo Sepulcro, Marcos notó la asistencia cotidiana de un monje, joven anacoreta, de tez biliosa, piel seca, espalda encorvada, que andaba penosamente apoyado en un bastón. Veíale cada día con el cuerpo inclinado, acercarse con dificultad hasta el altar para recibir la Sagrada Eucaristía y después de larga acción de gracias, retirarse a su albergue con el rostro radiante y tranquilo, que bien se echaba de ver lo mal que correspondía el pobre cuerpo al alma que le daba vida.

Marcos se sintió movido a compasión a la vista del enfermo. Viéndole subir un día con mucha dificultad las pocas gradas de la escalera que conduce a las tres puertas de entrada de la iglesia del Santo Sepulcro, le ofreció el brazo. Porfirio rehusó este alivio por virtud, pero desde entonces trabóse entre ambos una amistad que sólo la muerte debía romper. El copista se puso al servicio del monje que le encargó un viaje a Tesalónica. Tratábase de vender los bienes de Porfirio, porque había sabido la muerte de sus padres y, además, porque sus hermanos no lo necesitaban. El encargo fué cumplido pronto y bien, sacó de la venta 4.500 monedas de oro que distribuyó a los pobres y a los monasterios de Egipto y Palestina.

¡Cuál no sería la sorpresa de Marcos, cuando a su regreso encontró a Porfirio lleno de salud y de vida, de tal modo cambiado que apenas era reconocido! Marcos abrazó a su amo y le suplicó le dijera cómo se había operado un cambio tan repentino y tan maravilloso.

—No te sorprendas, hermano mío —respondió el Santo—, antes bien admira la bondad de Nuestro Señor Jesucristo. Hace cuarenta días, me encontraba abrumado por los dolores, penosamente llegué según mi costumbre, a la tumba del Salvador y, estando allí, vencido por el dolor, caí desvanecido. Mis miembros quedaban rígidos, mi cuerpo parecía muerto, pero mi alma estaba viva como nunca. Gozaba de la vista de mi Salvador crucificado; a su derecha estaba el buen Ladrón, y como él exclamé: *Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino.* Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando Jesús mandó al buen Ladrón que me socorriera; y éste, descendiendo de la cruz, vino y me abrazó y tomándome de la mano me

condujo a Jesús. El divino Maestro descendió entonces de la Cruz y me dijo: *Toma este leño y guárdalo*. Tomé al momento el precioso obsequio y apenas el leño tocó mis espaldas, todo mi cuerpo se enderezó: estaba curado.

La curación de Porfirio no trajo cambio alguno en las relaciones de los dos amigos. El copista hubiera deseado trabajar solo, creyendo poder ganar lo suficiente para el sostenimiento de su amo y el suyo, pero el monje no lo consintió. Acordándose que San Pablo después de predicar y evangelizar todo el día, robaba el tiempo a la noche para trabajos manuales, ganando así su pan y evitando ser carga a nadie, el antiguo solitario se hizo batanero y curtía cueros para ganar su sustento. Su alimento era de sólo pan y algunas verduras cocidas, y un poco de vino aguado que le habían ordenado por su mal de estómago. Los días festivos añadía un poco de aceite y queso, tomando la comida al medio día, pues los demás días no rompía el ayuno hasta después de puesto el sol.

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL INESPERADO

LA fama de sus virtudes se extendió tanto por Jerusalén, que Juan, patriarca de esta ciudad, le ordenó de sacerdote a pesar de sus lloros y protestas. El mismo día le encomendó la custodia de la verdadera Cruz en la capilla del Calvario. Porfirio se acordó entonces de las palabras que le dirigió Cristo en su visión: *Toma este leño y guárdalo*, y con humildad se sometió a la voluntad divina. Tenía a la sazón cuarenta años y corría el 392.

Tres años después de la ordenación sacerdotal de Porfirio, murió Eneas, obispo de Gaza. El clero y los fieles de esta ciudad, aunque poco numerosos, no podían entenderse para el nombramiento del sucesor, y acudieron al metropolitano de Palestina, Juan, obispo de Cesarea marítima, el cual puso los ojos en Porfirio. Para sacar de Jerusalén al candidato, se valieron de una estratagema: una cuestión de la Sagrada Escritura para cuya solución el clero de Cesarea requería las luces de Porfirio. El obispo de Jerusalén consintió en la partida de su súbdito, a condición de que la ausencia no pasara de una semana.

Apenas Porfirio supo la solicitud de que era objeto, exclamó: «¡Hágase la voluntad de Dios!», y dirigiéndose a su discípulo: «Hermano Marcos —le dijo—, vayamos por última vez a adorar la Cruz de Jesucristo en el Calvario; en mucho tiempo no lo volveremos a hacer.» Marcos, extrañado de tales palabras, le pidió explicación de ellas.

—Esta noche —le dijo el Santo— he visto a Jesucristo, que me ha dicho: «*Devuelve el obsequio que te entregué;* quiero darte una esposa humilde y menospreciada, pero cuya fe y piedad atraen mi amor. Es mi hermana pre-

dilecta; cuida de adornarla con nuevas virtudes.» Esto es lo que el Señor me ha dicho y yo, que sólo pensaba en expiar mis pecados, me veo obligado, según temo, a expiar los de los demás.

Maestro y discípulo se postraron llorando ante el leño sagrado de la Redención, encerrando luego en su relicario la santa reliquia. Porfirio llevó las llaves al obispo de Jerusalén y aquella misma tarde se puso en marcha.

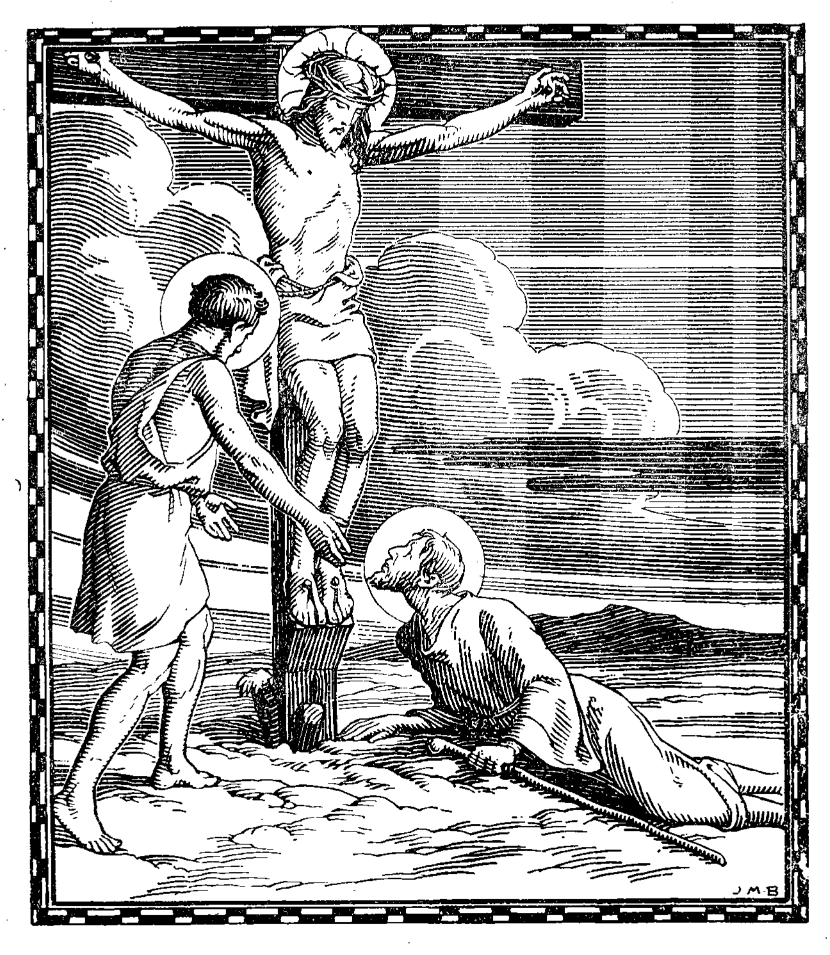
A pesar del cansancio del viaje, el Santo interrumpió el sueño de la noche, levantándose para asistir al canto del oficio. A la mañana siguiente, al canto de las horas canónicas, siguió la misa solemne. Entonces los enviados de Gaza, que habían llegado el día anterior, rodearon a Porfirio y le llevaron a los pies de Juan, rogando al arzobispo le confiriera la consagración episcopal. Por más que Porfirio protestó de su inexperiencia e indignidad, los diputados exclamaron por tres veces, según costumbre: «Es digno, es el elegido de Dios.» Temiendo desobedecer entonces a la voluntad divina, Porfirio se sometió, por más que no cesó de llorar durante toda la ceremonia.

Era Gaza en aquellos tiempos ciudad muy poblada y próspera. Casi todos sus habitantes eran paganos; los cristianos no llegaban a trescientos y el clero lo constituían un sacerdote, un diácono y un ecónomo. Esta reducida comunidad cristiana poseía tres lugares de oración: dos iglesias extramuros de la ciudad, y un santuario en el interior, que hacía de catedral. Los paganos, por el contrario, muy bien organizados, tenían en la ciudad ocho templos públicos, y en particular el templo dedicado a Júpiter Marnas, que los habitantes consideraban como el más ilustre de los santuarios del mundo. Pululaban también otros ídolos en las casas y pueblos, en tal número que era imposible calcularlos.

Apenas el populacho pagano tuvo noticia de que el nuevo obispo se acercaba a Gaza, puso en juego todas sus malas artes para impedirlo. Abrió anchas zanjas en la carretera, obstruyó el camino con zarzas y espinas, plantó estacadas y lo llenaron todo de barro y lodo. A su paso inflamaron sustancias infectas y sólo merced a la oscuridad de la noche y a fuerza de paciencia y humillaciones, el obispo y su reducido séquito llegaron a la residencia episcopal. Al día siguiente, Porfirio dirigió la palabra a los cristianos perseguidos, que tuvieron gran consuelo al comprobar que Dios les había enviado un obispo santo. Marcos fué pronto promovido a la dignidad de archidiácono, es decir, de vicario general.

MILAGROSO TÉRMINO DE UNA GRAN SEQUÍA

PORFIRIO había llegado a Gaza al principio de la primavera del 395. Una gran sequía asolaba la región aquel año, presagio de hambre para el siguiente. Los paganos ofrecían víctimas sobre víctimas a su dios Marnas; salieron en procesión fuera de la ciudad durante siete días a un



ENFERMO *San Porfirio, llega arrastrándose al Calvario. Aparécesele Jesucristo teniendo a su derecha al Buen Ladrón, el cual, por mandato del Señor, baja y le lleva al Salvador, que a su vez desciende de la cruz y le dice: «Esta es mi Cruz, guárdala.» Se acerca a ella, y siente que está curado.*

santuario que había pertenecido a los judíos; pero todo fué en vano, el cielo permaneció insensible a sus ruegos. Marnas era tan sordo como el Baal de quien se burlaba el profeta Elías.

Perdidas todas las esperanzas por parte de los paganos, creyeron los cristianos que su hora había llegado. El obispo prescribió oraciones especiales; celebraron un día de rogativas y acudieron a una función en la iglesia de la ciudad. Los cristianos cantaron durante la noche treinta oraciones, seguidas de otras tantas genuflexiones. A la mañana siguiente, todos salieron en procesión, precedidos de la cruz, a una iglesia extramuros de la ciudad; hízose después una estación ante las reliquias de San Timoteo, natural de aquel país, y volvieron a la ciudad cantando himnos sagrados. Llegados a las murallas, hacia las tres de la tarde, encontraron las puertas cerradas. Los paganos creyeron que las súplicas de los cristianos no tendrían eficacia si en esa forma no les permitían terminar sus ceremonias. A pesar del cansancio de la noche y del día, los fieles, prosternados de rodillas y levantando las manos al cielo, redoblaron sus súplicas al Señor. Dos horas transcurrieron así; el cielo permanecía sereno y nada anunciaba para aquel día un cambio de tiempo.

De repente el cielo se cubrió de nubes, sopló el viento con violencia y la lluvia cayó con tal abundancia, que amenazaba hundir las casas construídas con adobes. Ante este milagro, 127 paganos se convirtieron, abrieron las puertas a los cristianos, que con extraordinario alborozo se dejaron calar por la lluvia, y juntos con ellos entraron en la iglesia exclamando: «¡Sólo Cristo es Dios; Él es el único vencedor!» La lluvia duró dos días, trayendo la fertilidad a los campos y la felicidad a las familias. Eran los primeros días del año 396. La conversión de los paganos continuó, contando aún otros 35 ingresos en la Iglesia cristiana durante aquel año.

PRODIGIOS Y CONVERSIONES

UNA mujer de noble estirpe sufría desde hacía siete días dolores increíbles, sin que ningún médico de la ciudad pudiera librarla de ellos. La criada de aquella señora, que era cristiana, fué a hablar a Porfirio, y, al regreso a la casa de su ama, le dijo:

—El obispo de los cristianos conoce a un hábil médico; si este médico os cura, ¿qué le daréis?

—Lo que quiera— dijo la familia.

—¿Prometéis que no os volveréis atrás en vuestra promesa?

—Lo prometemos.

—Si es así —replicó la criada levantando la voz—, ved lo que dice el

obispo Porfirio: «¡Que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, os dé la salud! Creed en Él y viviréis.»

Instantáneamente cesaron los dolores y la señora dió a luz un niño con toda felicidad. Conocido este hecho en la ciudad, convirtiéronse 64 personas.

En otra ocasión, érase una rica maniquea llamada Julia, que había bajado de Antioquía a Gaza para propagar sus errores; los recién convertidos, poco instruídos aún en la fe, vacilaban. El santo pastor voló al socorro de sus fieles y para detener pronto todas las maniobras de la hereje, la invitó a aceptar una controversia pública, en la que refutó todos sus errores. La maniquea, no sabiendo qué responder a los argumentos del obispo, se desató en injurias y blasfemias. Porfirio indignado, exclamó: «¡Dios que crea todas las cosas, que solo es eterno, sin principio ni fin, que es glorificado en la Santísima Trinidad, encadene tu lengua y cierre tu boca en castigo de tus blasfemias!»

Estas palabras tuvieron efecto inmediato. La maniquea, sobrecogida de un temblor nervioso, palideció de repente desencajándosele los ojos; ¡estaba muda!, y falleció al cabo de breve tiempo. Sin embargo, el Santo quiso que se la enterrase cristianamente. Su mansedumbre, no menos que el castigo infligido a esta mujer mantuvieron a los cristianos en su religión y aun determinaron la conversión de varios paganos.

LUCHAS CONTRA LA IDOLATRÍA. — TEMPLOS CERRADOS

AUNQUE se habían promulgado numerosas leyes contra el paganismo, contra sus leyes y contra sus dioses, no se habían aplicado en Gaza, y la pequeña cristiandad de esta ciudad, ante la hostilidad creciente de los paganos, pasaba días cada vez más penosos.

Para poner término a esta situación, el Santo envió a su discípulo a Constantinopla, y, gracias a la influencia de San Juan Crisóstomo y a la intervención del chambelán, el famoso Eutropio, obtuvo del emperador Arcadio un decreto que ordenaba cerrar todos los templos de la ciudad, imponía silencio a los oráculos y confiaba la ejecución de estas órdenes a un funcionario importante.

Pero el decreto se cumplió flojamente; pues el delegado imperial se dejó sobornar, permitiendo que en el santuario de Marnas se diesen oráculos en secreto. En resumidas cuentas, Porfirio sólo consiguió un mediano resultado que fué casi un fracaso. Los paganos se dieron cuenta de ello, y, por lo mismo, sus vejaciones contra los cristianos fueron tan violentas y tan continuas que el obispo pensó en retirarse.

Echóse a los pies del metropolitano de Cesarea, declarándose indigno del episcopado, adelantando que él era la única causa de todas las desgra-

cias de su pueblo y presentó la dimisión. El metropolitano, conmovido ante tan gran dolor, abrazó afectuosamente al Santo, sin permitirle, sin embargo, abandonar su grey. Entonces Porfirio dió a entender al arzobispo que los paganos de Gaza permanecerían siempre aferrados a su culto, mientras vieran sus santuarios en pie, siendo necesario para extirpar la idolatría de su diócesis, destruir los templos paganos reemplazándolos por iglesias cristianas. Mas para ello se necesitaba la autorización del emperador. Los dos obispos convinieron en ir a Constantinopla para visitar a Arcadio, haciéndose a la vela el 25 de septiembre del año 401.

A su paso por Rodas, no dejaron de visitar al monje Procopio, renombrado por su santidad, el cual les predijo el feliz éxito de su misión. San Juan Crisóstomo no tenía entonces en la corte ningún ascendiente, y los dos obispos se dirigieron a la emperatriz Eudoxia. Esta, los recibió al día siguiente de su llegada encargándose de obtener de su marido orden de destrucción de los templos de Gaza.

El asunto no era tan fácil de resolver, pues los paganos de Gaza pagaban generosamente el impuesto y el emperador temía, con razón, descontentarlos. Pero como Arcadio no sabía negar nada a su esposa y como ésta tuvo la suerte, mientras duraban estas negociaciones, de dar a luz un hijo esperado desde largo tiempo, Porfirio vió por fin despachada favorablemente su petición. Eudoxia misma preparó una escena y el emperador fué o fingió ser la víctima.

El día del bautizo de Teodosio, hijo del emperador, la petición de Porfirio fué presentada al tierno infante, el cual dijo que *sí* con la cabeza, movida por la mano del cortesano que le llevaba. El emperador se dió cuenta cabal de todo, pero se contentó con decir: «Dura es la petición, empero, duro sería denegarla. Al fin es el primer decreto de nuestro hijo.»

EL TRIUNFO. — LA MUERTE

EL 18 de abril del 402, los obispos, colmados de regalos, abandonaron la capital y regresaron a Palestina. Durante la travesía, Porfirio apaciguó una violenta tempestad, prodigio que contribuyó a que el piloto, que era arriano, se convirtiera a la religión católica. Llegados a Waiumas, puerto de Gaza, los cristianos, que allí eran mayoría, salieron en procesión a recibirle. Luego se dirigieron a Gaza, yendo la cruz al frente del cortejo; en el trayecto, una estatua de Venus cayó de su pedestal sobre dos paganos que hacían mofa de la procesión.

Algunos días más tarde, se dió lectura al edicto imperial que ordenaba la destrucción de los templos, empezando la demolición bajo la protección de las tropas. Las estatuas fueron derribadas, los libros mágicos echados al

fuego, los templos demolidos, a excepción del santuario de Marnas. En cuanto a éste último, un niño de siete años, a quien por casualidad su madre había llevado ante el templo, exclamó de repente con acento inspirado: «Quemad este templo hasta los cimientos, pues muchos crímenes se han cometido en él y muchos sacrificios humanos se han hecho aquí; cuando esté quemado, construid en su solar una iglesia al Dios verdadero.» Y añadió: «No soy yo quien habla, sino Jesucristo quien habla en mí.» Había dicho esto en siríaco, lengua del país; pero llevado a presencia del obispo, lo repitió en griego, lengua que ignoraba por completo.

Diéronse, pues, órdenes para que se hiciera punto por punto todo lo que el niño había dicho. Pronto las llamas dominaron el edificio y los muros se desplomaron. El obispo hizo construir en seguida, sobre el emplazamiento de este templo, una vasta y hermosa iglesia a la que se dió el nombre de la emperatriz Eudoxia, su principal bienhechora. Al cabo de cinco años de un trabajo ininterrumpido, fué terminada e inaugurada el día de Pascua del año 407, con gran solemnidad.

Porfirio vivió aún largos años, durante los cuales su ocupación constante fué infundir en las almas un profundo amor al reinado de Jesucristo. Asistió en diciembre de 415 al Concilio de Dioscópolis o de Lida, ante el cual hubo de comparecer el heresiarca Pelagio. Por fin, después de haber distribuído todos sus bienes a los pobres y lleno de achaques, se durmió plácidamente en la paz del Señor, el 26 de febrero del año 420.

SANTORAL

Santos **Porfirio, obispo de Gaza;** *Alejandro, patriarca de Alejandría;* Andrés y Faustiniano, obispos respectivos de Florencia y Bolonia; *Néstor, obispo y mártir;* Víctor, mártir; Agrícola, obispo de Nevers; Sérvulo, obispo de Verona; Justiniano, mártir; Hilario, obispo de Maguncia; Donativo y dos compañeros mártires; *Juan de Gorze, abad;* los Beatos Juan de Banegas, carmelita, y Antonio de Valdivieso, dominico. Santa Mectilde, religiosa; *la Venerable Ana de Jesús, carmelita.*

SAN ALEJANDRO, obispo. — Ocupó la sede episcopal de Alejandría en 313, portándose como buen pastor con sus ovejas, a las que procuraba el sustento necesario y las apartaba de los manjares nocivos que solapadamente les presentaban los herejes, verdaderos envenenadores del pueblo. Alejandro combatió con cuantos medios pudo la herejía de Arrio, que negaba ser el Hijo de Dios consustancial con el Padre. Reunió nuestro Santo dos concilios en Alejandría, y en ellos se condenó el error de Arrio y el de su amigo Melecio, que hacía mucho daño entre los fieles. Luego se condenó solemnemente esta herejía arriana en el memorable concilio de Nicea, celebrado el año 325, al cual asistieron el emperador Constantino y 318 obispos. Alejandro siguió gobernando santamente su diócesis hasta que Dios le llamó a sí el 25 de febrero del año 326.

SAN NÉSTOR, obispo y mártir. — Es una de las muchas víctimas que hizo Decio en la comarca de Panfilia. Ejercía el cargo de obispo, y se distinguió siempre por su gran talento y sobre todo por su santidad. Una vez preso por los sicarios del emperador, exteriorizó su condición de cristiano y confesó ante el tribunal que jamás emperador alguno de la tierra sería capaz de apartarle de su amor a Jesús, emperador del cielo.

Esta manifestación hizo que el juez le condenara a morir crucificado como Jesús. Sufrió el martirio con inmensa alegría por caberle la dicha de morir como su Maestro. Desde la cruz alentaba a los cristianos que le miraban, a que supiesen sufrir por Dios para ser con Él glorificados. Sus postreras palabras fueron: «Hijos míos, doblad las rodillas, y bendigamos al Señor». Después de pronunciarlas, Néstor entregó su espíritu a Dios; eran las tres de la tarde del quinto día de la semana, o viernes.

SAN JUAN DE GORZE, abad. — Nació este santo abad benedictino a fines del siglo IX, en un pueblo de Lorena, llamado Vandieres. Aunque hijo de ricos labradores, tomó ojeriza al campo y dióse a peregrinar, contra la voluntad de su padre, en busca de la sabiduría. Pasó de una escuela a otra sin hallar los maestros que deseaba. Muerto su padre, volvió al campo y reveló su gran talento organizador. Pronto volvió a sentir añoranza de los libros y tuvo ocasión de tratar con monjes, de modo que empezó a sentirse inclinado por la vida religiosa. Frecuentó iglesias y conventos; saboreó la salmodia; turbóse más al leer las vidas de los Padres del yermo; hizo confesión general de sus pecados; emprendió larga peregrinación por Italia; púsose bajo la dirección de un anacoreta, cerca de Verdún; y, finalmente, en 933, el arzobispo de Metz le encargó la restauración y administración de la antigua abadía de Gorze, a 15 kilómetros de esa ciudad. Adoptó la Regla benedictina en toda su perfección: vigilia perpetua, silencio estricto y predilección por la liturgia solemne, aumentada con muchos salmos. El Santo ayunaba casi constantemente a pan y agua, y al mismo tiempo seguía estudiando con avidez a San Gregorio, San Ambrosio, San Aggutín y otros. Usó su talento administrador en plantar viñas, explotar salinas, criar grandes rebaños y pesquerías y hacer valer las tierras. En 956 Otón I le envió de embajador a Córdoba, con una misión cerca de Abderramán III, que no le recibió hasta pasados tres años. De vuelta a Gorze y nombrado abad, tuvo el consuelo de ver su monasterio convertido en un gran centro de renovación benedictina. Entregó su alma al Creador en 975.

LA VENERABLE ANA DE JESÚS, carmelita. — Parece que nació en Medina del Campo, aunque según otros, en Extremadura; pertenecía a la casa de Lobera. Profesó en la Orden Carmelitana, recibiendo el santo hábito de manos de Santa Teresa, quien más tarde la nombró superiora del convento de Madrid, mandado construir por la emperatriz María de Austria, hermana de nuestro gran rey Felipe II. Posteriormente fué enviada a Francia para diversas fundaciones, echando en aquel país las raíces y fundamentos de dicha Orden; entre otros monasterios fundó el de París. Lo mismo que había realizado en Francia, realizó la Venerable Ana en Bélgica, cuyas fundaciones de Amberes, Tournai, Mons y otras, son obra suya. En Bruselas acabó santamente sus días, a los 66 años de edad, el 26 de febrero del 1661.



Gloria a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que han dado a España la fe católica

SAN LEANDRO

Arzobispo de Sevilla (520-600 ó 603)

DÍA 27 DE FEBRERO

NO se conoce ninguna biografía antigua de San Leandro, arzobispo de Sevilla. Lo que de él sabemos está tomado de los escritos de San Isidoro, de San Gregorio Magno que le honró con su amistad, y por fin, de San Gregorio de Tours y de algún otro historiador.

Puede asegurarse que entre los héroes del cristianismo no hay ninguno, después del apóstol Santiago, que haya ejercido mayor influencia en los destinos de España, que los que ejerció San Leandro, cuya obra gloriosa tiene muchos puntos de contacto con la realizada por el santo Patrón de nuestra patria, pues si éste la sacó de las tinieblas del paganismo, iluminándola con la luz evangélica, el bienaventurado arzobispo de Sevilla restauró la obra del apóstol Santiago, disipando los negros nubarrones que sobre ella había extendido el arrianismo.

Era San Leandro egregio por su linaje, el mismo de los reyes godos; y más ilustre todavía por la piedad de sus padres Severiano y Túrtura. Nació poco antes de 520 en Cartagena, y era el mayor de cuatro hermanos a quienes la Iglesia ha colocado en los altares: San Fulgencio fué obispo de Écija, San Isidoro sucedió a su hermano mayor en la sede episcopal de Sevilla,

y Santa Florentina fué abadesa, madre y maestra de muchas monjas vírgenes consagradas al Señor. No falta quien a los cuatro hermanos añade la princesa Teodosia, esposa de Leovigildo, rey de los visigodos, y madre de San Hermenegildo, rey y mártir († 585).

Dióse Leandro desde niño con tanto celo y piedad a la virtud y al estudio de las ciencias sagradas, que pasaba por ser el varón más ilustrado y elocuente de su tiempo. Tal era la solidez y eficacia de sus argumentos y tal su irresistible mansedumbre, que fácilmente persuadía a su auditorio. Mas, temiendo al mundo y a sus vanos atractivos, resolvió entregarse por entero a Dios, dar libelo de repudio al mundo y a sus vanidades e ingresar en un monasterio de Sevilla. Vistió el hábito de San Benito y se consagró con más ardor que nunca al estudio y a la virtud. Pero Dios le había conducido al retiro para disponerle en el silencio del claustro a las luchas supremas que le tenía preparadas en un teatro más glorioso.

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA

LA fama de Leandro habíase difundido por toda España, por lo que al vacar la Sede episcopal de Sevilla, el clero y el pueblo, de común consentimiento, le aclamaron por pastor en 579. Había sonado la hora de la lucha para él; mas, fortalecido por la gracia que atesorara en el retiro, puso manos a la obra con inquebrantable firmeza.

Supo dominar en su Sede todas las dificultades que le salieron al paso; pero fué a costa de constantes desvelos, empleando para reducir a los arrianos a la fe católica, los esfuerzos de su arrebatadora y persuasiva elocuencia y los efluvios de su ardentísima caridad.

Con las mismas espirituales medicinas fortificó la fe de los católicos, y les alentó a no dejarse intimidar por la osadía de los herejes, cada día más insolentes, a causa del favor que a sus perniciosos errores prestaban el rey y los principales dignatarios de la corte. En estas y otras santas obras se ejercitaban el celo y la sabiduría del santo prelado, cuando una serie de hechos verdaderamente providenciales vino a aumentar su gloriosa fama, realzándola con la aureola de la persecución por la justicia, con que Dios señala muy especialmente a sus escogidos.

Reinaba en aquella sazón en España Leovigildo, que abiertamente patrocinaba a los arrianos. Sin embargo, su hijo Hermenegildo, nacido de su primera mujer Teodosia, se había casado con Ingunda, hija de Sigeberto I, rey de Austrasia. Por orden de su padre fué a vivir a Sevilla con su joven consorte, que era católica. La influencia de esta última, no menos que los consejos de Leandro, que como queda dicho era presunto pariente del joven príncipe, determinaron a éste a recibir el bautismo (580).

Sabedor Leovigildo de lo ocurrido, sufrió por ello gran contratiempo, viniendo el negocio a tales extremos, que para eludir el peligro de muerte que le amenazaba, resolvió Hermenegildo apelar al auxilio de los bizantinos, que aun conservaban dominios en la Península, y con tal objeto, envió al arzobispo de Sevilla a Constantinopla a negociar con el emperador Mauricio. En esta ciudad se encontró Leandro con un monje llamado Gregorio, legado a la sazón del papa Pelagio II para tratar de los intereses de Roma y de Italia, y que a no tardar había de engrandecer la cátedra apostólica con el nombre de San Gregorio Magno. Y como San Gregorio y San Leandro eran tan parecidos en carácter y tan santos, trabóse entre ellos estrecha amistad que duró toda la vida. Cuando más tarde subió Gregorio al solio pontificio, dedicó al arzobispo de Sevilla el *Libro de Morales* o *Comentario de Job,* que a instancia suya compusiera.

PERSECUCIÓN CONTRA LOS CATÓLICOS. — DESTIERRO DE SAN LEANDRO

LA misión de San Leandro no alcanzó todo el resultado que era de esperar, porque ya había declarado Leovigildo la guerra a su hijo. Cierto que el emperador Mauricio ordenó a algunas tropas griegas de la Península, que apoyaran el partido de Hermenegildo, pero no supieron resistir al poder del oro y, cuando llegó la hora del combate, fueron cobardemente traidoras al joven príncipe a quien tenían que defender. Desamparado Hermenegildo de los suyos y vendido de los soldados romanos, refugióse en una iglesia, como en asilo sagrado, confiando aplacar la ira de su padre. Y, en efecto, mientras se hallaba prosternado al pie del altar, entró su hermano Recaredo en nombre del rey a prometerle perdón si se rendía.

Fiado en su promesa, el joven príncipe vino a echarse a los pies de Leovigildo, mas este padre desnaturalizado, que había jurado la muerte de su hijo, le despojó de las insignias reales y le envió a un oscuro calabozo cargado de cadenas. Tres años permaneció allí Hermenegildo inquebrantable siempre en su fe. Ciñó áspero cilicio y buscó fortaleza en la oración y en la penitencia. Se acercaban las fiestas de Pascua y como rehusara tomar comunión sacrílega de manos de un obispo arriano enviado al efecto, fué allí mismo decapitado de orden de su padre, el 13 de abril de 585. La Iglesia honra su martirio en dicho día.

Leovigildo, convertido de padre en verdugo, quedó muy satisfecho con la muerte de su hijo por parecerle que había asegurado su reino y su falsa religión. Pero como un pecado siempre atrae a otro, empezó la persecución más violenta contra la Iglesia de España desterrando a los obispos, que eran sus columnas vivientes. Entre los primeros que fueron desterrados se

de su hijo Recaredo, suplicándole velara por él y le guiase como guió a Hermenegildo. A Recaredo recomendó siguiera en todo los consejos del santo obispo.

No olvidó Recaredo los prudentes consejos del moribundo y su primer cuidado al subir al trono, fué aprovechar las enseñanzas de Leandro. Llegó, por fin, a conocer la verdad y pidió el bautismo. Su ejemplo fué seguido por toda la nación visigoda, que abrazó el catolicismo.

SAN LEANDRO, EN EL CONCILIO DE TOLEDO

PARA más afianzar la conversión de su pueblo, Recaredo congregó en concilio nacional a los obispos del país sometido a su autoridad, es decir, España y la Galia narbonense. Dicha asamblea se celebró en Toledo y Leandro desempeñó en ella función capital y preponderante. Este concilio —el tercero toledano— se abrió el 1.° de mayo de 589.

El rey, acompañado de su corte, declaró abierto el concilio, y, dirigiéndose a los Padres del mismo, les dijo las siguientes palabras:

—No ignoráis, reverendísimos sacerdotes, que os hemos llamado para restaurar la forma de la disciplina eclesiástica, y que, si en los tiempos pasados la dominante herejía arriana negó a la Iglesia católica el permiso para tratar sus asuntos en los sínodos, Dios al presente se ha valido de Nos para remover ese obstáculo. Alegraos, pues, y regocijaos en el Señor, por cuya providencia vuelve la costumbre canónica a sus antiguos términos. Os amonesto y exhorto ante todas cosas, a que pongáis en práctica las vigilias, las oraciones y los ayunos, para que el buen orden establecido por los cánones y borrado por su largo olvido de los entendimientos de los sacerdotes, se imprima de nuevo en ellos y vuelva a brillar con su natural esplendor.

A estas palabras siguió una aclamación unánime de aprobación y de alabanza, quedando acordado un ayuno de tres días según la intención del piadoso monarca para el mejor resultado de las deliberaciones de la sagrada y docta asamblea. Cumplida esta penitencia previa, volvió a reunirse el concilio, y el rey presentó a los Padres un largo escrito, pidiéndoles que lo leyesen y examinasen, y que, una vez aprobado por ellos, sirviera en todos los templos de público testimonio de su fe.

—Bien sabéis —dice, entre otras cosas—, las grandes molestias que hasta ahora ha sufrido la Iglesia católica, y cómo Dios nos ha inspirado el ardor de su fe para reducir a sus pueblos al conocimiento de la verdad. Toda la preclara nación de los godos, que se hallaba envuelta en las tinieblas del error y separada de la autoridad de la Iglesia, unida ahora con Nos, desea con el mayor afecto ser participante de la comunión católica. Y no sólo hemos procurado la conversión de los godos, sino que, además, hemos llamado

con igual celo a su antigua creencia a la muchedumbre de los suevos, sujeta a nuestro reino con el auxilio del cielo. Ofrecemos, pues, por vuestras manos al eterno Dios, estas nobilísimas gentes, como un santo y agradable sacrificio, y para completarle, hemos resuelto también manifestar y declarar nuestra fe en medio de vosotros como si estuviéramos en la presencia de Dios.

A continuación de este exordio, leyó el mismo rey su profesión de fe, ajustada en un todo a las decisiones de los concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, y pidió a los obispos que dicha profesión de fe constara en las actas del Concilio, y que las que hiciesen de viva voz los prelados, monjes y nobles del reino, constasen igualmente por escrito, firmándolas y sellándolas de su propia mano.

A su confesión de fe, agregó el rey Recaredo el símbolo de Nicea, el de Constantinopla y el decreto relativo a la fe del sínodo de Calcedonia, haciendo seguir a su firma esta declaración:

—Yo, Recaredo, rey, he firmado con mi mano derecha esta santa fe y verdadera confesión que la Iglesia católica profesa por todo el mundo y que yo tengo en mi corazón y confieso con la boca.

A continuación, firmó Bada, la mujer de Recaredo, añadiendo estas palabras:

Yo, Bada, gloriosa reina, he firmado de mi mano, con todo mi corazon, esta fe que he recibido y profesado.

A la lectura de estas declaraciones, sucedieron las jubilosas aclamaciones de todos los Padres del Concilio, en honor de Dios y del rey. El concilio invitó a los obispos godos recientemente convertidos, a los clérigos y a los nobles a declararse con la misma profesión de fe.

La asamblea pronunció veintitrés anatemas contra los partidarios de Arrio y contra los que rechazaban la fe de los cuatro grandes Concilios mencionados. El proceso verbal fué firmado en primer término por Recaredo y seguidamente por sesenta y cuatro obispos y por los siete clérigos representantes de otros tantos obispos. En presencia de semejante milagro de la gracia, que en tan breve espacio de tiempo había transformado los corazones, Leandro no podía contener su satisfacción: «Nuestros perseguidores de antaño —exclamaba en el discurso de clausura del concilio— han llegado a ser con su conversión, nuestra corona. Levántate con alegría, salta de júbilo, ¡oh Iglesia de Dios!, y entona himnos de gratitud. Levántate en el esplendor de tu unidad, ¡oh cuerpo místico de Cristo!; revístete de fortaleza en medio de las alegrías de tus triunfos, pues tus lágrimas se han trocado en gozo, tu vestidura de luto en túnica gloriosa. No llores más la muerte de tus hijos inmolados, que en su lugar te nacen cientos de miles. Aquéllos fueron la simiente, éstos el fruto.» Y lanzando su mirada a lo porvenir añadía: «Y lo que hoy pasa entre nosotros se ha de realizar en todo el universo. El

mundo entero está hecho para creer en Cristo y para vivir en la unidad de la Iglesia católica. Si aun quedan en apartadas regiones, razas bárbaras no alumbradas por el rayo de la fe cristiana, día llagará en que también creerán.»

Más que nadie había contribuído el arzobispo de Sevilla a este triunfo de la fe; por eso mereció llevar el glorioso dictado de *apóstol de los godos.*

AMISTAD ENTRE UN GRAN PAPA Y UN GRAN OBISPO

GREGORIO Magno recibió tan alegres nuevas al principio de su pontificado, y presuroso contestó a Leandro dándole el parabién por tan dichoso y feliz suceso y declarándole el gozo incomparable que había sentido.

«Recibí —le decía— vuestra epístola, escrita con la pluma de la caridad. Del corazón tomó la lengua lo que escribió con la pluma. Estaban presentes cuando se leyó vuestra carta algunos varones buenos y sabios, y comenzaron luego a enternecerse y compungirse con sólo oírla leer, y cada uno amor y afección os ponía en su corazón, porque le parecía no oír sino ver la dulzura del vuestro.»

Unas líneas después se encomienda con gran humildad a las oraciones de San Leandro confesando su impotencia y debilidad. Para premiar los señalados servicios que Leandro prestara a la Iglesia y a la religión por su labor eficaz en la conversión de Recaredo y sus vasallos, San Gregorio le envió el palio, testimonio de honor y de distinción que acostumbran conceder los Papas a los arzobispos.

Cuando Leandro dió cuenta al Pontífice de las intenciones rectas y puras de Recaredo el Católico, contestóle San Gregorio:

«Mis palabras no aciertan a expresaros lo que siente el corazón, al ser sabedor de la conversión sincera a la fe católica, del celo y de la piedad de nuestro hijo común, el gloriosísimo rey Recaredo. Lo que me decís de sus costumbres hace que le aprecie aun antes de que haya podido conocerle. Vele vuestra Santidad por esa alma noble y generosa, pues el enemigo de las almas tratará de seducirle todavía, ya que acomete preferentemente a los que le vencieron una primera vez. Enseñad, pues, a vuestro real discípulo a perseverar en la senda de la virtud, a glorificar con obras santas la pureza de su fe; prevenidle contra el orgullo, para que goce de un reinado largo y feliz en la tierra, preludio de la gloria que le espera en el cielo.»

Es común creencia que el mismo San Gregorio hizo donación a Leandro de la imagen de Nuestra Señora pintada por San Lucas y que se conserva en Guadalupe (Cáceres). Dicha imagen es objeto de gran veneración, y cuantos delante de ella invocan con fervor y perseverancia a la Reina del cielo, consiguen que sus oraciones sean siempre favorablemente atendidas.

TRÁNSITO DE SAN LEANDRO. — LITURGIA

UNA vez que Leandro dió tan venturoso fin a un negocio de tanta entidad como la conversión de la nación visigoda, llevó entre sus ovejas la vida del buen pastor, apartando los obstáculos dispuestos por el demonio y desplegando toda su actividad en bien de su rebaño. Estaba cumplida su misión y aguardaba la hora suprema, afligiendo su cuerpo con severas mortificaciones a pesar de su avanzada edad y regalando su espíritu con la oración y estudio de la Sagrada Escritura. Finalmente, Dios consideró las obras de su fiel siervo y le juzgó digno de las eternas recompensas

Leandro había llegado a los ochenta años cuando se durmió en el Señor, volando su hermosa alma al cielo escoltada por ángeles que cantaban los triunfos del apóstol de los visigodos. Ocurrió tan feliz tránsito el 27 de febrero del año 603, juzgando por un epitafio común a Leandro, a su hermana y a su hermano Isidoro. Con todo, J. B. Rossi opina que fué el año 600. Su cuerpo recibió sepultura en la iglesia dedicada a las santas vírgenes Justa y Rufina. Después de sucesivas traslaciones fué inhumado por fin en la catedral de Sevilla, junto al cuerpo del rey San Fernando que rescató esta ciudad de la dominación agarena.

En un breviario antiguo hallamos este elogio a San Leandro:

«Ganó para España un nombre ilustre; fué hombre lleno del santo temor de Dios, de prudencia consumada, pródigo en sus limosnas, equitativo en sus juicios. Fué un obispo sobrio en sus sentencias, asiduo a la oración, defensor benemérito de todas las Iglesias; levantóse contra los orgullosos y estuvo animado de caridad tan sobresaliente, que jamás rehusó nada a los que llamaban a su puerta.»

También extendió Leandro sus desvelos a la liturgia y la restauró en nuestra patria. Desde tiempo inmemorial se ha conservado en Toledo un rito especial conocido con el nombre de mozárabe, hoy todavía en uso. Proviene tal nombre de haberse conservado en la Península después de la invasión de los moros, pues los cristianos obtuvieron de los vencedores licencia para conservar su religión aun «viviendo entre los árabes», que eso precisamente significa *mozárabe*. En realidad, este rito era mucho más antiguo y se remontaba a la época de los visigodos; pero si no lo compuso San Leandro, él fué cuando menos quien lo reorganizó y, guardada la debida proporción, su obra en este orden de ideas puede compararse con la que realizó su amigo el papa San Gregorio Magno en el canto eclesiástico.

San Leandro es honrado como Doctor de la Iglesia en la Orden benedictina, no tanto por sus escritos como por la actividad que desplegó en el tercer Concilio de Toledo, de capital importancia para la religión.

SANTORAL

Santos **Leandro, obispo, confesor y doctor;** *Gabriel de la Dolorosa, pasionista, confesor;* Alejandro y Abundio, mártires; *Baldomero, cerrajero y monje;* Talileo, penitente; *Gelasio, comediante y mártir;* Cronión, Julián y Besas, mártires; *Juan de Gorze* o *de Vandieres,* abad (cuya biografía dimos ayer); Basilio y Procopio, confesores; Marciano, obispo de Tortone; Daciano, mártir; Dionisio y veinticuatro compañeros, mártires en África. Santas Ponciana, mártir; Onésima, virgen; Honorina, virgen y mártir.

SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA, pasionista. — Nació en la católica ciudad de Asís, patria del sublime San Francisco. Era el segundo de los siete hijos que Dios concedió a los esposos Santos Possenti e Inés Frisciotti. En el bautismo recibió el nombre de Francisco, que después cambió por el de Gabriel al vestir el santo hábito religioso. El sello característico de Francisco era su carácter abiertamente jovial; no fué un Santo triste, no, sino un Santo francamente alegre. Su primera juventud fué algo frívola; gustábanle lecturas, diversiones y bailes. Pero Dios le visitó repetidas veces con serias enfermedades, que fueron el aldabonazo que despertó a Francisco para que escuchara la voz de Dios que le llamaba a la vida religiosa.

Nuestro joven ingresó en la Congregación de los Pasionistas, de la que es una gloria. Entre las muchas virtudes que en él descollaron destacaremos su obediencia, su amor a Jesús y su devoción a María. Acerca de ésta escribe: «Creo que vuestra intercesión es moralmente necesaria para salvarnos; que todas las misericordias otorgadas a los hombres vienen por vuestro conducto, y que nadie puede entrar en el cielo sin pasar por Vos, que sois la puerta que allí nos introduce.» Rodeado de sus hermanos en Religión, Gabriel de la Dolorosa voló a la Gloria al despuntar el alba del día 27 de febrero del año 1862, en el retiro de Issola, del reino de Nápoles. Contaba 24 años de edad.

SAN BALDOMERO, monje. — Vino al mundo en las cercanías de Lión y ejercía la profesión de cerrajero. Los ratos libres que le quedaban después de la cotidiana jornada, los empleaba en rezar, gustando mucho de visitar a Nuestro Señor en la iglesia, en la cual tenía siempre una postura edificantísima. Vivencio, abad del monasterio de San Sulpicio, en Lión, quedó altamente impresionado al verle en su actitud de oración y le invitó a que entrara en su monasterio, donde tendría grandes facilidades para entregarse a la oración y a la penitencia; para ello le proporcionó una celda en su monasterio. El obispo Gaudry le ordenó de subdiácono, pero Baldomero rehusó el sacerdocio por considerarse indigno de tanta dignidad. Descansó en el Señor a mediados del siglo VII.

SAN GELASIO, mártir. — Era natural de Fenicia, de un lugar no muy distante de Heliópolis. En una representación teatral se hacía burla de la ceremonia del Bautismo, y nuestro Gelasio representaba el papel de bautizado. Cuando le echaron a una cuba de agua, según rito de la época, su corazón y sus ojos fueron deslumbrados por una luz celestial que le hizo ver la verdad de aquel misterio. Allí mismo confesó su creencia religiosa y manifestó que estaba dispuesto a morir por ella; al fin, fué martirizado.



Cenobita y solitario en el bosque — Dos hermanos santos, siervos de Jesucristo

SAN ROMAN

Abad y Fundador (390?-460?)

DÍA 28 DE FEBRERO

SAN Román fué destinado por la divina Providencia para encender en el extremo oriental de las Galias un nuevo foco de vida monástica y religiosa; fué el fundador y primer abad de la célebre abadía de Condat, árbol vigoroso y fecundo que durante trece siglos cubrió con sus ramas y verde follaje esta región que se ha llamado la Tebaida de las Galias.

Nació Román a fines del siglo IV, hacia el año 390, de virtuosa y honrada familia, en la provincia secuanesa, limitada por el Jura. Sus padres, en aquella época perturbada por las invasiones de los bárbaros, no tuvieron con qué hacerle instruir en las ciencias humanas, pero procuraron desenvolver las hermosas cualidades de que estaba dotado aquel niño de predilección.

La juventud de Román discurrió, como su niñez, en medio de la oración y de la vida familiar, apartado del mundo y de sus placeres y diversiones, que le causaban horror. Sin embargo, dotado como estaba de bondad y afabilidad, se había granjeado la estima y el aprecio de todos, incluso de algunos que no tenían el valor de imitarle.

VOCACIÓN. — CENOBITA Y SOLITARIO

ROMÁN había oído la voz íntima de la gracia que le incitaba a renunciar a todo y a vivir sólo para Dios. Pedía al Señor le iluminara sobre el mejor modo de realizar este designio. En vano sus padres le habían querido obligar a pedir matrimonio, no consintió en ello. Su determinación era cerrada, quería ser ermitaño para mortificarse más y entregarse a la contemplación.

Apenas quedó libre, desasiéndose de los halagos y cariños de su familia y ofreciendo a Dios este doloroso sacrificio, marchó a Lyón, que entonces se llamaba *Lugdunum*. ¿Estaba Lyón en el camino del desierto? Sin duda que no, pero Román sabía que antes de entrar en batalla, hay que aprender el manejo de las armas. Habiendo oído hablar del venerable abad Sabino, superior del monasterio de Ainay, fué a ponerse humildemente bajo su dirección, para que le enseñara el arte sublime y difícil de la perfección cristiana. Tenía a la sazón 35 años.

El abad no tuvo más que felicitarse por la adquisición de este nuevo discípulo, que pronto se formó a las prácticas de la vida cenobítica e hizo rápidos progresos en la ciencia de los santos.

La lectura de la *Vida de los Padres del yermo* constituía sus delicias; el ejemplo de los sacrificios y penitencias de los solitarios, lejos de asustarle, aumentaba, por el contrario, cada día su deseo de vivir como los Pablos, los Antonios y los Hilariones.

Cuando estuvo suficientemente instruído, Román se dirigió a las selvas deshabitadas del Jura; la Providencia le deparó como retiro un lugar casi inaccesible llamado *Condat,* que en lengua céltica significa confluencia. Este desierto, situado en la confluencia de dos riachuelos: el Tacón y el Binne, y encerrado entre tres montañas, presentaba aspecto agreste de profunda soledad. Román encontró un lugar verdaderamente encantador, donde esperaba evitar fácilmente las miradas y las suspicacias de los hombres. En este lugar fijó, pues, su morada con gusto, albergándose al principio bajo un enorme abeto, cuyo espeso ramaje le recordaba la palmera que servía de tienda a Pablo el ermitaño, en el desierto de Egipto.

Como este Santo, cuyos ejemplos ansiaba imitar, empezó inmediatamente y con ardor, una vida de oración y penitencia. Según las reglas que se había trazado, destinaba un tiempo considerable a la oración; su conversación estaba en los cielos; para mantener su fervor leía asiduamente la *Vida de los Padres del yermo,* que había llevado de Ainay. Por fin, el gran alimento de su oración era la mortificación extraordinaria; trataba duramente al cuerpo, reduciéndole a servidumbre con espantosas austeri-

dades; durante mucho tiempo no se alimentó más que de raíces y frutas silvestres y no tenía otro lecho que la tierra desnuda.

Dios sólo le bastaba. Dedicaba una parte del tiempo al trabajo manual. Para ello se proveyó de algunas herramientas, de semillas y hortalizas, y empezó a cultivar una corta extensión de tierra, no para procurarse mejores alimentos, sino para hacer a Dios el sacrificio de sus miembros y de todo su cuerpo en este ejercicio penoso, tan conforme al espíritu monástico.

SAN LUPICINO. — LLUVIA DE PIEDRAS. — DERROTA Y VICTORIA

ROMÁN había dejado en el mundo a un hermano a quien amaba tiernamente. Llamábase Lupicino, el cual no habiendo sabido resistir a las solicitaciones apremiantes de sus padres, se había casado; pero poco después de la partida de Román, perdió sucesivamente a su mujer y a su padre, y consideró esta desgracia como un aviso del cielo.

Una voz interior le impulsaba a juntarse con su hermano, que se le apareció en sueños, instándole a hacerse solitario. Sin más vacilaciones fué a echarse a los pies de Román, que le admitió con gozo en su compañía.

Los ejemplos del maestro, más aún que sus palabras, eran elocuente enseñanza para el discípulo, cuya naturaleza robusta y enérgica se prestaba admirablemente a la vida austera del desierto. Los dos hermanos rivalizaban en fervor y generosidad. Pero llegó la hora de la tentación.

Mientras rezaban las oraciones acostumbradas, se vieron agredidos de repente por una verdadera lluvia de piedras, sin poder descubrir la mano que las lanzaba. Continuaron el rezo y los cánticos, y las piedras siguieron cayendo con más fuerza. Volvieron a sus plegarias, y volvieron los asaltos y acometidas; cada vez que se arrodillaban eran heridos cruelmente por aquel enemigo invisible, que los dejó maltrechos y cubiertos de heridas. Este hecho, al parecer tan extraño, se produce a veces por causas naturales. ¿Era este el caso, o había en ello intervención del enemigo de las almas? No sabríamos decirlo. Lo cierto es que la misma escena se repitió varios días.

Román y Lupicino, acobardados se dijeron mutuamente: «Acaso Dios quiere que vayamos a otra parte y por esto permite que el enemigo nos atormente.»

Partieron, pues, en busca de morada más apacible. En el camino se detuvieron una tarde en el umbral de la casa de una pobre mujer, que les ofreció hospedaje, creyendo que eran peregrinos ordinarios, rendidos por el cansancio de un largo viaje.

«¿Quiénes sois? —les dijo— ¿De dónde venís? ¿Qué os trae por estas tierras?»

Los dos hermanos refirieron con toda humildad lo que les había acontecido: sus miedos y el por qué de su huída.

«¡Cómo! —exclamó aquella mujer— ¿es esto un motivo justo para abandonar el servicio de Dios? ¿Tendré que enseñar yo, flaca mujer, que lo que habíais de hacer era perseverar en la oración? Si no hubierais cedido tan pronto, habríais triunfado.»

Estas palabras los llenaron de humillación; avergonzados de su cobardía, volvieron a emprender inmediatamente el camino de Condat. Apenas llegaron fueron objeto de una prueba más terrible: cayó sobre sus cabezas nueva lluvia de piedras y se vieron con los rostros inundados de sangre. Pero esta vez se mantuvieron firmes, acudieron a la señal de la cruz repetidas veces, en medio de una oración ferviente y llena de confianza.

Aun tuvieron que resistir más de un combate de este género, acudiendo también a las mismas armas. Pronto bendijo Dios su paciencia y energía y los libró de prueba tan terrible.

EL DESIERTO FLORECE. — HUMILDAD Y MANSEDUMBRE DE SAN ROMÁN

LA santidad es perfume que no puede menos de trascender a lo lejos y cuya suavidad atrae misteriosamente a los que aspiran a ser preservados de la corrupción del siglo. Cierto día, Román, inspirado por una luz divina, dijo a Lupicino: «Preparemos en esta colina vecina una habitación para los hermanos que la Providencia nos envíe.» Al día siguiente llegaban dos jóvenes eclesiásticos de Borgoña, suplicando a los piadosos solitarios que los guiasen por las sendas de la salvación y perfección.

El camino del desierto estaba abierto; pronto fué conocido y seguido por otros discípulos a quienes Roman acogió con la mayor caridad; su número creció tanto, que los dos hermanos resolvieron edificar un monasterio regular. Nivelaron el terreno, talaron los bosques del contorno y el humilde eremitorio se transformó en un gran convento; tal es el origen de la abadía de Condat, llamada a gozar pronto de tanta celebridad.

Dios había santificado estos lugares; de todas partes acudían a ellos para ver y oír a aquellos hombres extraordinarios; no dudando de su poder, les llevaban enfermos y paralíticos, a los cuales curaban o restituían el uso de sus miembros; les presentaban posesos y ellos los libraban del demonio con la señal de la cruz. Los que habían recuperado la salud, no querían separarse de sus bienhechores; otros, que habían sido convertidos por sus instrucciones, pedían para quedarse junto a ellos y hacer penitencia; por último,



YA claro el día, mirólos a todos San Román y, viendo que estaban sanos y limpios de la lepra, dió gracias a Dios por su misericordia y despidióse de ellos abrazándolos cariñosamente. Les encomendó mucho que no ofendieran a Dios, para que no se vieran castigados con nueva lepra.

el espectáculo de aquellos prodigios y de tan sublimes virtudes, decidía a muchos a no regresar al mundo y a permanecer en Condat para hacerse santos.

La afluencia de novicios fué tan numerosa que Román se vió precisado a construir otro monasterio, una legua más allá, y más tarde un tercero aun más amplio. Aquellas maravillas henchían de gozo el corazón de Román pero le conservaban en la más profunda humildad, porque refería toda la gloria a sólo Dios; una de las pruebas que dió de su humildad fué rehusar el título de abad, que confirió a su hermano.

La dirección de los monasterios era común a los dos hermanos. La regla que en ellos establecieron estaba sacada de las observancias de la abadía de Leríns, fundada hacia el 410, y de las *Instituciones* de San Juan Casiano, quien habiendo sido monje en Oriente, había fundado hacia el 413 la abadía de San Víctor en Marsella. Introdujeron en ella algunos usos de los monjes de Oriente, de la regla de San Basilio y de la de San Pacomio, acomodándolos al clima del Jura y al temperamento de los galos. Los monjes de Condat cultivaban la tierra; les estaba vedado el uso de la carne, pero podían comer huevos y lacticinios. Esta regla fué observada en toda su pureza y exactitud, gracias a la vigilancia de los santos fundadores. Visitaban con frecuencia y por turno los monasterios, manteniendo en ellos el fervor por medio de sus instrucciones y consejos, y sobre todo con el ejemplo.

Román brillaba por el esplendor de su mansedumbre y caridad; al verle en medio de sus hijos, hubiérase creído ver al discípulo amado, diciendo: «*Hijitos míos, amaos unos a otros.*»

Uno de los religiosos más antiguos de Condat le echó en cara un día, con aspereza, la excesiva facilidad con que recibía a los que se presentaban solicitando ser monjes. «Pronto —añadió— no tendremos puesto para acostarnos.» «Acojamos, hijo mío —respondió el santo fundador—, a todas esas ovejas que nos envía el Divino Pastor; no nos neguemos a defenderlas contra el enemigo que procura su pérdida con encarnizamiento; antes bien, conduzcámoslas con nuestro celo a la puerta del paraíso.»

Román sólo era duro consigo mismo, conservándose siempre en una perfecta igualdad de ánimo. Lupicino, por el contrario, era muy austero y severo en sus correcciones; mas sus esfuerzos, aunque inspirados por un santo celo, no eran siempre tan fructíferos como los de su hermano.

En una visita que hizo a uno de los nuevos monasterios, Lupicino entró en la cocina, donde estaban preparando diferentes guisos de pescado y legumbres; indignóse el Santo por aquella prodigalidad tan contraria a la observancia. «¿Es ésta —exclamó— la templanza que conviene a unos monjes? ¿Es posible que pierdan en semejantes fruslerías, un tiempo que deberían dedicar al oficio y al culto divino?» Y tomando una gran caldera echó en ella juntamente aquellos diversos alimentos, y así mezclados los

hizo hervir, imponiendo a los religiosos como penitencia el comer aquel manjar extraño y de aspecto repugnante. Doce se negaron a ello murmurando, y como el superior persistía en su mandato, tomaron la resolución de dejar el monasterio.

Cuando Román supo, por revelación, lo ocurrido, sintió gran pesar y tan pronto como Lupicino regresó, le reprochó su excesivo rigor: «¿¡Cómo!, hermano mío —le dijo—, ¿por un guisado has sacrificado el alma de esos doce hijos? ¿Qué va a ser de ellos en medio de las vanidades y placeres del mundo?» Púsose entonces en oración y por sus súplicas, lágrimas y penitencias obtuvo de la divina misericordia la vuelta de los fugitivos. Éstos, arrepentidos de su pasada y liviana cobardía volvieron con más celo a la práctica de la regla, llegaron a ser excelentes religiosos, dando a sus hermanos los ejemplos más edificantes.

CERCA DE GINEBRA. — LOS LEPROSOS CURADOS

PERO veamos hasta dónde puede llegar el heroísmo de la caridad fraterna, Román fué a visitar un nuevo monasterio fundado cerca de Ginebra, tal vez la abadía de Romain-Moutier, a la otra parte del Jura, cerca del lago Lemán; salió tarde y le sorprendió la noche en los alrededores de la ciudad.

No había por allí más albergue que un lazareto que servía de refugio a nueve leprosos. Entró sin vacilar, considerándose feliz con poder dar una prueba de cariño a aquellos desgraciados a quienes la sociedad ha desterrado de su seno. Lejos de manifestar repugnancia al ver las horribles llagas que roían sus cuerpos, se acercó a ellos con semblante risueño, hablóles con la mayor bondad; y les lavó los pies, como el divino Maestro hizo con los Apóstoles, y comió en su compañía. Después, dispuso una sola y espaciosa cama en que todos cupiesen, y se acostó con ellos.

Una vez acostados, los nueve leprosos se durmieron, velando sólo Román, que se puso en oración, como si estuviese en la capilla del monasterio, y empezó a cantar himnos sagrados. Luego, movido por una inspiración celeste, se acercó a uno de los leprosos y le tocó el costado; al instante el leproso quedó sano y limpio de la lepra. Tocó a otro, y al instante sanó también.

Estos dos recién curados despertaron entonces a sus compañeros para que pidieran a su visitante la misma gracia que ellos habían recibido; mas, ¡oh prodigio sorprendente!, semejante a un flúido misterioso, la virtud del taumaturgo se les comunicó, y por el mero hecho de tocarse unos a otros para despertarse, quedaron libres de su horrible enfermedad. Al levantarse echaron de ver que la lepra había desaparecido totalmente. Entonces, cele-

braron su dicha con exclamaciones de alegría y agradecimiento, pero ya la humildad de Román se había librado de sus demostraciones de gratitud, poniéndose en camino para Agauno, donde quería hacer oración junto a la tumba de San Mauricio.

Cuando al regresar de su peregrinación pasó por Ginebra donde ya era conocido el prodigio, salieron a su encuentro el clero, los magistrados y todos los habitantes, y le tributaron una ovación.

SACERDOTE. — LA HERMANA DE SAN ROMÁN IMITA A SUS HERMANOS

LA humildad profunda de Román, se había opuesto hasta entonces a recibir los honores del sacerdocio, del que se consideraba demasiado indigno. Pero Dios quería que esta aureola brillara en la frente de su siervo. Habiendo pasado San Hilario, obispo de Arlés, por Besanzon, oyó hablar de las eminentes virtudes de Román, le mandó llamar y después de una larga conversación le dijo: «Padre, os falta la autoridad del sacerdocio para hacer todo el bien que Dios quiere de Vos; preparaos, pues, para recibir las sagradas órdenes; yo mismo os las conferiré.» El humilde religioso tuvo que someterse y se dejó ordenar de sacerdote. Era el año 444: tenía por lo tanto unos 54 años.

La dignidad sacerdotal no modificó en lo más mínimo su vida de oración y de austeridades; sólo sirvió para acrecentar su amor al Dios cuyas misericordias le confundían. Sirvió también para aumentar la caridad para con sus hermanos; observaba con ellos la misma sencillez, la misma familiaridad y la misma bondad paternal que antes. Por su parte, ellos mostraban cada día mayor amor y confianza al que cada día era aún más padre de sus almas.

Varios discípulos suyos alcanzaron alto grado de santidad e hicieron milagros. El poder de lanzar demonios se concedió especialmente al diácono Sabiniano, el cual, con perseverancia heroica, había triunfado de las más espantosas tentaciones y de las obsesiones del enemigo infernal, en forma que llegó hasta abofetearle terriblemente.

El sacerdocio daba al apostolado monástico de Román nueva fecundidad. De todas partes en los Vosgos y hasta en Alemania reclamaban su presencia para nuevas fundaciones.

Accedió al mismo tiempo al deseo de su hermana, que quería también terminar sus días en la oración y la penitencia. No lejos de Lauconne, construyó para ella y para las mujeres que quisieran seguirla, el monasterio de la Baume, llamado así porque estaba situado sobre una caverna, que es lo que significa *balme* en lengua céltica. Esta comunidad fué visiblemente bendecida por Dios y contaba quinientos religiosas a la muerte de San Román.

SAN ROMÁN SABE QUE VA A MORIR Y SE DESPIDE DE SUS DISCÍPULOS

ROMÁN supo por revelación que su peregrinación terrestre iba a terminar. Acometióle poco después una dolorosa enfermedad que acabó de purificar su alma en el crisol del sufrimiento. Soportóla con perfecta conformidad a la voluntad de Dios. Movido por un sentimiento de caridad se lo notificó a su hermana, que era abadesa, y se despidió de ella con palabras santas y enternecedoras. Reunió luego, por última vez, a todos los monjes a quienes abrazó y bendijo con ternura. Abrazó asimismo a su hermano Lupicino, encareciéndole con insistencia que gobernase sus queridos monasterios con amor paternal.

—Dime, hermano carísimo —le declaró Lupicino al fin—, ¿en cuál de nuestros monasterios quieres que te disponga el sepulcro, para preparar también el mío? Porque quisiera descansásemos juntos los que hemos vivido juntos.

—Yo, hermano mío —dijo Román—, te profeso cariñoso afecto, pero has de saber que no seré sepultado en monasterio donde no puedan entrar mujeres. Ya sabes que a mí, vilísima criatura, se ha dignado nuestro gran Dios, por ser quien es, comunicarme la gracia de curar las enfermedades con sólo tocar mis manos y hacer la señal de la santa cruz; por esta causa quiere el Señor que mi sepulcro esté fuera del monasterio para que todos, hombres y mujeres, gocen de ese beneficio en las aflicciones y enfermedades, pues te aseguro que su concurso será siempre grande.

Así murió este «héroe de Cristo», como le llama su biógrafo. Ocurrió su muerte el 28 de febrero, probablemente del 460 ó 463. La abadía de Condat, alrededor de la cual se había formado poco a poco una ciudad, subsistió hasta la revolución.

Tal como el siervo de Dios lo había profetizado, su cuerpo fué sepultado fuera del monasterio, en un montecillo poco distante de él. Su caridad multiplicó allí los milagros. Levantóse una vasta iglesia sobre su tumba. En 1522, un violento incendio destruyó el convento. Parte de sus reliquias fueron salvadas felizmente de las llamas. Después fueron trasladadas a una iglesia edificada en el emplazamiento del antiguo monasterio. Los habitantes de los pueblos circunvecinos tienen dichas reliquias en gran veneración.

SANTORAL

Santos **Román, abad;** ***Macario, Rufino, Justo* y *Teófilo, mártires; Proterio, patriarca de Alejandría y mártir;*** Ruelín, obispo en Bretaña; Cereal, Púpulo, Serapión, Cayo y muchos otros, mártires en Alejandría; Alderto, obispo de Viviers; y el Venerable *Diego Pérez de Valdivia, en Baeza, presbítero.* Santas Edina, princesa de Baviera y abadesa; Avelina; Rufina, virgen, y Onésima, en Colonia; Sira, mártir en Persia; Servilia, Basilisa, Jenara y Silvona, mártires.

SANTOS MACARIO, RUFINO Y COMPAÑEROS, mártires. — Macario, Rufino, Justo y Teófilo eran cristianos y fueron hechos prisioneros por sus creencias. Gracias a los herejes novacianos adquirieron la libertad, y en agradecimiento a ellos se hicieron también herejes. Mas al saberlo San Cipriano, obispo de Cartago, escribió a Macario para recriminarle su mala acción. Macario entró dentro de sí y se avergonzó de su caída y abrazó nuevamente la fe cristiana; lo mismo hicieron sus compañeros. Tuvieron nuevo encarcelanmiento y, por fin, el martirio, que sufrieron el 28 de febrero del año 252.

SAN PROTERIO, obispo y mártir. — Admira la vida de este Santo que no tuvo más norma de conducta que el agradar a Dios y cumplir sus preceptos y los de la Iglesia. Tuvo que oponerse a los deseos de Dióscoro, sucesor de San Cirilo de Alejandría. El concilio ecuménico de Calcedonia depuso a Dióscoro por hereje, y en su lugar fué elegido Proterio. Esta elección excitó las iras de los herejes partidarios del obispo depuesto; para apaciguar los ánimos tuvo que intervenir el ejército, que nada logró. Proterio obtuvo del emperador que devolviera a Alejandría el trigo que, en castigo, había llevado a Constantinopla; este hecho le atrajo el aplauso y la admiración del pueblo, pero no acalló la envidia de los herejes, los cuales, a pesar de la edad del obispo y de ser Viernes Santo, en la misma iglesia le dieron muerte a fuerza de golpes; después le arrastraron por las calles y le cortaron en pedazos, que algunos de aquellos criminales comieron como si fueran caníbales o leones hambrientos. Después quemaron lo restante de ese venerable cuerpo y aventaron sus cenizas.

VENERABLE DIEGO PÉREZ DE VALDIVIA, presbítero. — Esta honra del sacerdocio católico vino al mundo en la ciudad de Baeza, de la bella región de Andalucía. Fué discípulo muy aprovechado del Maestro Ávila, siendo en la tierra catalana lo que su Maestro fué en la andaluza. Empezó sus funciones sacerdotales explicando Sagrada Teología en la Universidad de su ciudad natal, y luego pasó a ocupar el cargo de Deán de la Catedral de Jaén. Este puesto le acarreó serios disgustos y persecuciones, incluso la cárcel; y todo era debido a su vehemencia y tesón en combatir los vicios y corregir las malas costumbres. A pesar de su humildad y resignación cristianas, no pudo soportar más tiempo aquella violenta situación y pretendió marchar a países infieles. Pero Dios hizo que se quedara en Barcelona que, en adelante, había de ser el centro de sus predicaciones evangélicas, con las cuales reformó casi todo el Principado de Cataluña. Entre sus escritos figura el llamado «Avisos de gente perdida», muy docto tratado espiritual. La costumbre de exponer el Santísimo durante los días de carnaval, es institución suya. Murió el 28 de febrero de 1589.


Cuchillo y vasos de medicina. Símbolos del religioso fervoroso e inocente

SAN DOSITEO

Monje (siglo VI)

DÍA 29 DE FEBRERO

HAY en la fisonomía de cada santo una característica que llama especialmente la atención. Esta particularidad es la que importa hacer resaltar y proponer a la imitación de los lectores. En Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, es el amor ardiente; en San Francisco de Sales, la dulzura y mansedumbre; en San Vicente de Paúl, la caridad. Por lo que toca a San Dositeo, debemos hacer resaltar el vencimiento propio y la completa abnegación de la voluntad.

QUIÉN FUÉ DOSITEO

NO conocemos el lugar ni la época de su nacimiento; sólo sabemos que fué un joven noble, hijo de un prefecto, ministro de la guerra o tribuno, oficial que mandaba un cuerpo de tropas, y que corresponde ahora al grado de teniente general. Como estaba en la flor de la edad, y era de bello aspecto y bien proporcionado, constituía las delicias de toda la familia, y el ídolo de su padre, que le crió con gran delicadeza y el mayor

regalo. Aunque cristianos, sus padres le dieron lastimosa educación, manteniéndole en la total ignorancia de la religión cristiana, y por miedo de contrariar su libertad, no le dedicaron a los estudios, y le dejaron crecer sin darle el menor barniz de cultura científica ni literaria.

Si Dositeo no se precipitó en las más funestas licencias de la juventud, debiólo a la buena inclinación de su bella índole, o por mejor decir, a la especial gracia con que el cielo le preservó hasta de los menores escollos. Era Dositeo de natural dulce, gracioso y apacible; y como a ello se añadía la hermosura de su semblante, la proporción airosa de su talle, la delicadeza y blancura de su tez, modales desembarazados, modestos y llenos de una noble ingenuidad, junto con una rara inocencia de costumbres, fué universalmente amado de todo el mundo. El padre, particularmente, estaba tan hechizado con su hijo, que no sabía negarle ningún gusto, siendo tan excesiva condescendencia la causa de su crasa ignorancia.

VIAJE A TIERRA SANTA

EN esta regalona ociosidad vivía Dositeo cuando oyó hablar del viaje que unos oficiales iban a realizar a Tierra Santa movidos por la devoción. El Señor, que tenía particulares designios sobre aquella alma privilegiada de su gracia, le inspiró el deseo de hacer este viaje. Apenas dió a entender a su padre la curiosidad que se le había excitado, al instante providenció todo lo necesario para complacerle y pidió a los oficiales que llevasen consigo a su hijo y le cuidaran durante aquellas jornadas.

Llegaron a Jerusalén. Todas las cosas grandes y santas que Dositeo veía en aquellos sagrados lugares le tenían como embelesado, causándole especialmente grande impresión todo lo que oía decir de nuestros sacrosantos misterios. Condújole un día la divina Providencia a cierta iglesia, cerca de Getsemaní, y vió en ella una pintura que le afectó vivamente. Era un vivísimo retrato de los tormentos que los condenados padecen en el infierno. Contemplaba inmoble aquel horroroso lienzo, cuando de pronto apareció a su lado una señora de majestad y belleza extraordinarias, que le explicó el espectáculo que tenía ante los ojos. Aturdido Dositeo con lo que estaba oyendo, y reflexionando en la vanidad de su vida pasada, temió que le estuviese reservada la misma suerte.

—¿Qué debo hacer, pues, para evitar tamaña desgracia?—preguntó.

—Hijo mío —le respondió la matrona— si quieres no ser del número de los condenados, ayuna, no comas carne y ora sin cesar.

Y diciendo esto desapareció. Nunca dudó nuestro Santo que esta Señora había sido la Santísima Virgen, y por esto le profesó siempre una ternísima devoción.

DOSITEO, SE HACE RELIGIOSO

LUEGO que Dositeo volvió al lugar de su hospedaje, comenzó a poner en práctica el consejo recibido. Sus compañeros echaron de ver la mudanza, y en tono de broma le aconsejaron que se retirase al claustro. El joven ignoraba lo que esto quería decir, y cuando se lo explicaron no vaciló un momento. La broma de sus amigos había sido para él una advertencia del cielo, porque sin demora se presentó en uno de los monasterios más florecientes de Palestina, del cual era abad San Seridio.

El venerable abad, al ver a un joven tan apuesto, educado con la mayor delicadeza y vestido con un rico uniforme militar, temió en un principio que su resolución fuese hija de un fervor pasajero. Así es que llamó a San Doroteo —que era su principal discípulo— y declarándole lo que recelaba, le encargó que examinase la vocación de aquel mozo. No tardó San Doroteo en apreciar todo el mérito del joven aspirante pero viendo que su nuevo discípulo era joven, tierno, delicado y criado con todo regalo, no quiso sujetarle desde luego a todas las austeridades de la Regla, contentándose por entonces con enseñarle a obedecer con alegría y puntualidad, a no tener voluntad propia, a modificar sus inclinaciones, y a desprender su corazon aun de las cosillas más menudas.

Fué acostumbrándole por grados a la abstinencia. Al principio el joven consumía pan y medio. Pocos días después, por orden de su maestro, disminuyó una parte de esta cantidad y como le preguntase si había quedado satisfecho, contestó:

—Tanto como satisfecho no; pero estoy bien.

Más tarde, aumentando el rigor de las mortificaciones, Dositeo, a quien no bastaban al día cuatro libras de pan en los principios de su conversión, llegó insensiblemente a contentarse con solas ocho onzas, sin haber enflaquecido ni experimentado mengua en sus fuerzas.

Ansiaba por entonces el santo mancebo dedicarse al estudio de la Sagrada Escritura, y así se lo dijo a su abad, el cual lejos de condescender con aquella petición, le contestó con aparente menosprecio, y sólo para probarle, que un hombre que había llevado en los primeros años de su juventud una vida tan disipada, era más digno de cavar la tierra, a la que estuvo un tiempo tan apegado, que de elevar su espíritu con la contemplación de las cosas celestiales.

Fácil es comprender, por tanto, cuán violentas tempestades se levantarían en el corazón de Dositeo con el choque diario de su propia voluntad con la regla de obediencia que le obligaba a someterse a los mandatos del superior, y cuántas serían las batallas que hubo de sostener contra el espíritu de la soberbia y de independencia que tanto le excitaban. Pero de todos estos

asaltos salió vencedor, gracias a las plegarias que continuamente elevaba a la Santísima Virgen para que le encaminara por donde mayor gloria pudiera dar a Dios y mejor correspondiera al beneficio que le había hecho cuando se le apareció en Getsemaní, mientras contemplaba la pintura del infierno, al advertirle los peligros que corría si seguía entregado a las pompas y vanidades del mundo y a las malas compañías que habían estado a punto de pervertir su alma.

LE ENCARGAN DE LA ENFERMERÍA

A causa de su carácter afable, Dositeo era más apto que ningun otro para el servicio de los enfermos, por lo cual le encargaron de la enfermería. Desempeñó este empleo con una limpieza y una caridad que edificaba a todos los religiosos confiados a su cuidado. Si alguna vez por la propia debilidad de la naturaleza humana se le escapaba alguna palabra un poco ruda, sentía profundo dolor, se retiraba a su celda y, postrándose rostro en tierra, deploraba su fragilidad. En tales ocasiones sólo Doroteo podía secar sus lágrimas.

—¿Qué tienes, pues, Dositeo? —le preguntaba—; ¿por qué lloras de esa manera?

—Perdóneme, Padre mío —le respondió entonces el humilde discípulo—, me he dejado llevar de la cólera contra mi hermano y le he hablado con impaciencia.

—¡Cómo!, hermano mío, ¿no sabes que aquellos a quienes sirves son los miembros de Jesucristo y que al servirlos sirves al mismo Cristo? ¿Por qué, pues, lo haces tan mal? ¿Quieres afligir al divino Salvador, que toma como cosa suya todo lo que se hace a sus siervos?

Nuestro Santo sólo respondía a esta suave corrección con suspiros y lágrimas. Movido a compasión por aquel arrepentimiento sincero, Doroteo dejaba entonces el tono de maestro y hablaba como padre:

—Levántate, pues, y ten buen ánimo. En adelante, procura portarte mejor y no caer en semejantes faltas. Espero que Dios por su misericordia te perdonará.

Perdonado y alentado de tal suerte, Dositeo se levantaba en seguida y corría a su trabajo con tanta tranquilidad de espíritu como si el mismo Dios le hubiese perdonado. ¡Cuántas almas excesivamente escrupulosas hallarían muy pronto una paz que desesperan de alcanzar, si, imitando a nuestro Santo, acudiesen con fe sencilla y confianza filial a solicitar el consejo de su prudente director!



LA *gran señora le dice: «Si quieres evitar tan horrendos suplicios, renuncia al mundo, ayuna y entrégate por completo a la oración y a la penitencia.» Nunca dudó San Dositeo de que aquella señora había sido la Santísima Virgen; siguió sus consejos y le tuvo tiernísima devoción hasta morir.*

CÓMO SAN DOROTEO LE EJERCITABA EN LA HUMILDAD Y DESPRENDIMIENTO

EXHORTÁBALE también a estar continuamente en la presencia de Dios, a corregirse cada día de alguna falta, a no dejar sin dolor y sin castigo las menores culpas, a no hacer cosa alguna por su propia voluntad, a no tener apego a persona ni a cosa de esta vida, a no ejecutar aun las acciones más menudas y más ordinarias, sino puramente para agradar a Dios, y a no temer nada tanto como desagradarle.

El santo mancebo puso en ejecución estos saludables consejos, cuya puntual observancia le elevó en menos de cinco años a una eminente santidad; jamás se desmentían su dulzura, su modestia y su profunda humildad; siempre se mostraba igual, laborioso, alegre; de manera que sólo con ver aquel risueño y angelical semblante se consolaban los enfermos. Todo su empeño consistía en hacer perfectamente todas las acciones: ninguna falta se perdonaba, y por eso, si le ocurría alguna vez levantar algo más la voz, o escapársele algún súbito ímpetu de genio, estaba inconsolable.

Hemos dicho que San Doroteo no imponía a su discípulo duras penitencias corporales, pero en cambio le acostumbraba a dominar más y más su carácter, de suyo tan dócil. Para ello le reprendía continuamente, le humillaba en toda ocasión y le bastaba observar en él el menor apego a alguna cosa, para obligarle a renunciar a ella. Dositeo aceptaba estas pruebas con sumisión y aun con alegría.

En cierta ocasión que Doroteo visitaba la enfermería para ver si todo estaba en orden, le dijo:

—¿No os parece, Padre mío, que hago las camas de los enfermos con pulcritud y destreza?

—Verdad es, hermano mío —replicó el maestro—. Has alcanzado ser buen enfermero, pero eso no prueba que seas buen religioso.

En otra ocasión dióle San Doroteo paño para que se hiciese un hábito nuevo: trabajó en él Dositeo muchos días, y le costó mucha fatiga coserle. Llevóselo al fin a su maestro, y éste le mandó que se lo diese a un monje, y que él hiciese otro hábito nuevo para sí. Ejecutólo el santo mozo, y se repitió con el segundo hábito lo mismo que se había hecho con el primero. Muchas veces le hizo repetir estos sacrificios en actos semejantes de desasimiento, y Dositeo los cumplía no sólo sin quejarse y sin repugnancia, sino cada vez con mayor alegría.

El mayordomo del monasterio le entregó una vez un cuchillo muy bueno y muy a propósito para el servicio de la enfermería y Dositeo pidió a su maestro permiso para aceptarlo. «Es muy bueno —añadió— y me servirá perfectamente para el uso a que pienso destinarlo.» Al oír esto San Doroteo

creyó que le agradaba aquel regalo y, queriendo arrancar de su corazón hasta el menor apego a las cosas, replicó:

—Según veo te satisfaces mucho con inútiles bagatelas. ¿Qué prefieres, ser esclavo de tu cuchillo o servidor de Jesucristo? ¿No tienes vergüenza, Dositeo, de poner tu corazón a más bajo nivel que un cuchillo?

El humilde discípulo bajó los ojos y respondió con un ademán silencioso que estaba dispuesto a prescindir de él.

—Ahora —añadió Doroteo—, vete a poner ese cuchillo con los otros y no lo toques más.

Obedeció inmediatamente y vió, sin sentir la menor acritud ni el más leve despecho, cómo lo usaban sus hermanos.

A medida que el joven novicio iba aumentando en perfección, encontraba en su camino mayores pruebas, aunque jamás llegasen a turbar la tranquilidad de su alma.

Habíanle permitido por entonces leer las Sagradas Escrituras y, como lo hacía con gran pureza de corazón, empezaba a entender su sentido oculto. Si a veces encontraba alguna dificultad, acudía inmediatamente a pedir la explicación a su padre espiritual. Éste, para probar su humildad, le recibía con rudeza y le negaba la explicación deseada. Un día, en vez de responderle, le envió a San Seridio, el cual, prevenido de antemano, miró al discípulo con aire severo.

—¿Qué ignorante, como tú, dijo, se atreve a hablar de cosas tan elevadas?

Añadió otras palabras tan duras como éstas y le despidió sin contemplaciones. Dositeo recibió esta humillante corrección con la dulzura de un ángel y volvió tranquilamente a sus ocupaciones.

Empero conviene saber que, como Dios se complace en comunicarse a las almas puras y humildes, aunque Dositeo no tenía ni el más leve barniz de letras, ni de doctrina, poseía un conocimiento tan comprensivo y una inteligencia tan clara, tan limpia, de los más elevados y profundos misterios de la religión, que algunas veces hablaba de ellos como hombre divinamente inspirado. Su maestro, que no perdía ocasión de ejercitarle en la humildad, lo lograba siempre que se trataba de estas materias, pues hablaba en ellas Dositeo con su acostumbrado acierto, humillándole entonces grandemente; pero con tanta complacencia del humildísimo joven, que nunca sentía mayor gozo que cuando le echaban en rostro su ignorancia.

ENFERMEDAD Y MUERTE DEL SANTO

CINCO años pasó Dositeo en estos ejercicios de obediencia, regularidad, humildad y continua unión con Dios. De noche sólo asistía a la última parte de maitines, según se le había ordenado, en atención a su poca salud. De día cuidaba a los enfermos, y comía un poco de pescado

a las horas señaladas. Estaba tan mal del pecho, y arrojaba tanta sangre por la boca, que de esta enfermedad vino a perder la vida. La inquietud y dolores que le causaba, nunca le pudieron arrancar ni una leve señal de impaciencia; su oración ordinaria era ésta:

—Señor, ten misericordia de mí. Dulce Jesús mío, asistidme. Virgen Santísima, mi querida Madre, no me neguéis vuestro favor.

Díjole un hermano que tal vez unos huevos frescos podían aliviarle y detener la sangre que perdía en abundancia; mostró Dositeo algún deseo de tomarlos; pero luego le pareció que ésta era inclinación sensual, y la detestó. Después se acusó al abad —que a la sazón era San Doroteo— como de una tentación a que había prestado oídos.

—Padre mío —le dijo—, me han hablado de un remedio que quizás me fuera de mucho provecho. Yo desearía indicártelo, pero te conjuro que no me lo procures, porque me inquieta demasiado.

—¿Qué remedio es ése?

—Unos huevos frescos. Pero te suplico en nombre de Dios que no accedas a este deseo, pues no quiero recibir nada que tú no me ofrezcas por tu propio impulso.

—Está bien —dijo San Doroteo—, así lo haré; no te acongojes por eso.

Sin embargo el mal iba empeorando; pero al paso que crecían sus dolores crecía también su resignación y su paciencia. Redújole la debilidad a no poder moverse; y preguntado por San Doroteo si hacía siempre su acostumbrada oración:

—¡Ay!, Padre —respondió al punto—, y ¡cómo la hago!, por señas, pues no puedo hacer otra cosa.

Habiéndole ido a visitar San Barsanufio, uno de los más eminentes religiosos del monasterio, y sintiendo Dositeo que ya le iban faltando las fuerzas, díjole con gran humildad:

—Padre mío, mándame que muera, porque ya no puedo más.

—Ten un poco de paciencia, hijo mío —le contestó el anciano—, que cerca está la misericordia del Señor.

En efecto, pocos días después el enfermo le decía dulcemente:

—Padre mío, permíteme acabar en paz mi destierro.

El santo religioso le respondió lleno de ternura con lágrimas en los ojos:

—Vete en paz, hijo mío, y ponte con mucha confianza en la presencia de Dios, que quiere hacerte participante de su gloria; ruega a Su Majestad por nosotros.

«Entonces —dice la *Vida de los Padres del yermo* aquel bienaventurado hijo de la obediencia se durmió con el sueño de los justos en el seno de aquella hermosa virtud que había sido como su nodriza en el camino de la perfección...»

Los religiosos que se hallaban presentes quedaron admirados de la extraordinaria opinión que San Barsanufio tenía de la eminente santidad de su hermano. Es más, algunos monjes ancianos sintieron cierto despecho:

—Dositeo —decían entre sí— no ayunaba, dispensábasele en los ejercicios más penosos de la religión; tratábasele con demasiada indulgencia; pues ¿en qué consistía su extraordinaria virtud?

Pero Dios les quiso dar a entender a qué grado tan sublime de virtud se puede llegar en poco tiempo por el ejercicio de una perfecta obediencia. Poco después de la muerte de Dositeo, pasando por el monasterio un solitario de virtud eminente, vió en sueños a todos los religiosos de la casa, a quienes Dios había llamado ya a su seno. En medio de los ancianos que componían aquella celeste asamblea, vió a un joven novicio, cuyas facciones quedaron grabadas en su memoria. Habló de ello con asombro, y por el retrato que hizo, no fué posible dudar de que se trataba de San Dositeo.

A partir de aquel momento entendieron los religiosos que el vencimiento y el renunciamiento de la propia voluntad son más meritorios que las mortificaciones exteriores, porque si es difícil al espíritu domar la carne y las pasiones que de ella nacen, más difícil le es aún el dominarse a sí mismo.

Ninguna cosa enseña mejor que los ejemplos. Por eso ha querido el Señor proponérnoslo en toda edad, condición y estado, atajando por este medio los falsos pretextos de que pudiera servirse nuestro amor propio para desviarnos de la virtud. Quiso confundir nuestra cobardía poniéndonos a la vista la santidad de aquellos, que siendo más jóvenes, más débiles, más delicados, menos sabios que nosotros, no por eso dejaron de arribar a un eminente grado de virtud, aun ceñidos siempre dentro de los límites de los empleos menos brillantes y de las acciones más comunes y ordinarias.

SANTORAL

Santos **Dositeo, religioso;** Oswaldo, obispo; Arculfo, presbítero; Tibeo, mártir; Flaviano y Vendemial, obispos; Sión, mártir en Bulgaria. Santas *Tarasia* o *Teresa;* Cocilina, virgen penitente, y Gobertrudis; las Beatas Eduvigis, reina de Polonia: *Emma, reina;* Antonieta de Florencia, abadesa clarisa.

SANTA TARASIA o TERESA DE NOLA. — En Alcalá de Henares vió la luz primera esta mujer fuerte, modelo de esposas, de madres y de cristianas. Contrajo matrimonio con Paulino de Nola quien, por razón de su cargo, se hallaba entonces en dicha ciudad española, fecundada con la sangre de los santos niños Justo y Pastor. ¡Matrimonio feliz el de Teresa y Paulino! Éste encontró en el hogar el ambiente apropiado a la elevación de su espíritu, pues su numen de poeta pudo encumbrarse hasta las alturas del reino de la caridad, de cuya virtud es escuela necesaria la paz del hogar. ¡Bellas condiciones para un poeta! Es que Teresa poetizaba y embellecía aquella vida del hogar con sus abnegaciones, deli-

cadezas, laboriosidad, sencillez, humildad, piedad, y demás virtudes. No se alteró esta paz ni con la muerte de su único hijo objeto de sus trabajos, imán de sus amores. Teresa aprovechó esta triste circunstancia para penetrar en el corazón de Paulino y convencerle de la caducidad de los bienes de la tierra. Con ello, Paulino se hizo cristiano recibió el Bautismo y vivió en adelante con ansias de santidad, llegando a ser obispo de Nola y una de las más preciadas glorias del episcopado. De Teresa tendrían que aprender mucho las mujeres y aún los hombres cuando traten de buscar consorte en el cual han de brillar por encima de todas sus cualidades la fe y la religiosidad, porque como dice Severo Catalina, una mujer incrédula es el ser más inverosímil y hasta repugnante que puede existir sobre la tierra.

Cuando Paulino se trasladó a Roma, y de común acuerdo se separaron, ella se vino a España y acabó sus días en la áspera soledad de un convento el 29 de febrero de 424.

LA BEATA EMMA, reina. — Ejemplo palpable y notorio de la fuerza irresistible de una mujer cuando anima su pecho la fe y caldea su corazón el amor. Emma pertenece a la generación de aquellas esforzadas cristianas que, sabiendo infiltrar en los corazones de sus esposos la creencia religiosa que las animaba, lograron uncir naciones enteras al carro triunfal de la Iglesia Católica. Así fueron: Berta que influyó sobre Ethelberto, en Inglaterra, y Margarita sobre Malcolm, en Escocia; y Brígida sobre Wulfon en Suecia, y nuestra biografiada Emma, hija, madre y esposa de rey. Hija de Ricardo II, duque de Normandía, mujer de Etelredo II de Inglaterra y madre de San Eduardo. Casada en 1017 con Canuto II el Grande, rey de Dinamarca, supo trocar la fiereza de este león rugiente en suavidad de manso cordero. Si la serpiente que engañó a Eva fué causa de la caída del hombre, la piedad de Emma originó el levantamiento de Canuto, cabeza de todo un pueblo. Y con este cambio obrado en el corazón del rey, Dinamarca e Inglaterra se hermanaron pacíficamente, habiendo sido enemigas hasta entonces. Una vez transformado, Canuto procuró que los daneses no oprimieran ni molestaran a los ingleses; envió misioneros a Escandinavia para acelerar la derrota total del paganismo; y su orgullo se tornó en profunda humildad. Un día, sentado junto al mar, mandó a éste que detuviera sus movimientos, pero nada consiguió; entonces dijo a sus cortesanos: «Ya véis la debilidad de los reyes de la tierra; el único fuerte es el Señor». Y por humildad depositó su corona a los pies del Crucificado y no quiso usarla más. Y ello fué obra de Emma, que por sus virtudes goza en el cielo de un puesto de honor entre los elegidos. Murio en 1046 ó 1052.



INDICE

ENERO

FEBRERO

INDICE ALFABETICO

Los nombres escritos con negrita, corresponden al Santo de cada día, con vida completa.

Los escritos con letra redonda ordinaria, corresponden a Santos de los cuales se hace mención y se dan referencias más o menos extensas. Cada uno lleva la fecha de su fiesta.

